Martin Hume

HISTORIA DEL PUEBLO ESPAÑOL

SU ORIGEN, DESARROLLO E INFLUENCIA

CLÁSICOS DE HISTORIA 533

MARTIN HUME

HISTORIA DEL PUEBLO ESPAÑOL
SU ORIGEN, DESARROLLO E INFLUENCIA

The Spanish people; their origin, growth, and influence
London 1901
https://archive.org/details/spanishpeoplethe00hume/page/n1/mode/2up

Versión castellana, revisada y aprobada por el autor,
por José del Caso
La España Moderna (Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia)
Madrid 1904
https://archive.org/details/historiadelpuebl00hume

Con dos epílogos

MIGUEL DE UNAMUNO
EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL (1902)
Miguel de Unamuno, Ensayos IV, Madrid 1917, pp. 63-86.
https://archive.org/details/ensayos04unam_0/page/n221/mode/2up

CARLOS PEREYRA
LA POPULAR ESPAÑA DE MARTÍN HUME
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, año 3 (1921), pp. 64-84.
https://www.cervantesvirtual.com/obra/la-popular-espana-de-martin-hume-973411/

CLÁSICOS DE HISTORIA 533

ÍNDICE

ANEXOS

PRÓLOGO

Se intenta en este libro trazar la evolución de un pueblo muy complejo, a partir de sus varias unidades étnicas, y buscar en las particularidades de su origen y en las circunstancias de su desarrollo la explicación de su carácter e instituciones, y de las principales vicisitudes que ha atravesado como nación.

Por varios motivos, semejante tarea es menos difícil y más interesante tratándose de los españoles que tratándose de cualquier otro de los grandes pueblos de Europa. La Península Ibérica, situada en el extremo occidental del continente, recibió siempre la última ola vigorosa de las influencias sucesivas propagadas desde el antiguo Oriente al mundo europeo. Cada una de las razas, cada una de las civilizaciones que llegaron a esta península extrema, no pudieron ir más adelante, y aquí forzosamente tuvieron que permanecer, luchar y caer a la postre ante las que vinieron a suplantarlas. España fue así, no sólo el campo de batalla en que se decidió la forma en que debía modelarse la civilización moderna —aria o semita, cristiana o musulmana—, sino también el sitio en que subsistieron las huellas y tradiciones de cada sistema sucesivo, mucho tiempo después de pasado su primer impulso. El país vino a ser, de esta suerte, el conservador de muchas supervivencias de antiguos sistemas extinguidos, y el vehículo de su transmisión al mundo moderno; y la cultura de España fue, en cierto sentido, un compendio de los varios sistemas rivales que en los tiempos históricos han dividido el mundo.

La configuración física del país contribuyó a este proceso de conservación. Separada España del resto de Europa, salvo en dos puntos, por una barrera casi inaccesible de montañas, y cortada la mayor parte de su superficie por valles aislados de difícil comunicación entre sí, las regiones en que se divide geográficamente permanecieron distintas también etnológicamente, hasta un extremo desconocido en cualquiera de las otras grandes naciones, y conservaron rasgos característicos de antiguas razas mucho después de su desaparición en otras partes. Celtas, afro-semitas, griegos, fenicios, cartagineses, romanos, teutones, francos, godos, y las hordas mixtas del Islam, invadieron sucesivamente el país, y en los innumerables valles, escondidos entre agrestes montes, quedaron los residuos que fue depositando cada inundación. El grado, pues, en que cada invasión llegó a dominar en una región determinada puede reconocerse fácilmente en el carácter y en los rasgos distintivos de los habitantes actuales; y el influjo de las tradiciones étnicas sobre los acontecimientos históricos puede seguirse en el desarrollo de las instituciones en las diversas partes del país. Para el historiador filosófico, pues, el estudio del origen y desenvolvimiento del pueblo español encierra una enseñanza inapreciable, que permite demostrar la concatenación de causas y efectos en la vida de las naciones, y comprender mejor el desarrollo de las demás naciones europeas.

Aunque una buena parte de la historia del pueblo español pueda parecer de una complicación invencible, aunque se ofrezca bajo la forma de una porción de historias concurrentes de diversos pueblos con pocos puntos de contacto, no obstante, si se considera atentamente el movimiento del agregado nacional, se verá que existen ciertas características más o menos salientes en el conjunto de los pueblos ibéricos, y que esas características comunes, debidas al predominio numérico de las razas matrices, han prevalecido invariablemente siempre que la nación entera se ha movido por una inspiración común.

Por otra parte, el desarrollo del pueblo español, sobre todo en lo tocante a sus instituciones, ha revestido un carácter regional. Esto ha contribuido con las causas geográficas a impedir la completa fusión de los pueblos, y ha retardado la organización de la nación con arreglo al tipo moderno de unidad de raza y de territorio: porque las diversas unidades regionales han conservado tradiciones de sus instituciones primitivas, y han pugnado contra la absorción política tan poderosamente como sus circunstancias contra la amalgama étnica. Esto explica la gran tendencia centrífuga de algunas

regiones del país, tendencia que encierra la clave de varios sucesos históricos, que de otra suerte serían incomprensibles.

Esta falta de unidad entre las partes componentes de la nación parece que hubiese debido impedir a España ejercer en el mundo una influencia política dominante; pero condiciones privativas de la raza hicieron posible que ese grupo de pueblecitos antagónicos apareciese ante el mundo como un verdadero coloso, y desplegase un poder imperial que, durante un tiempo, redujo a pigmeos a las demás potencias modernas. El objeto de este libro es describir el origen y desarrollo de esas cualidades étnicas especiales, y mostrar cómo por su virtud esos pueblos desunidos pudieron llegar a una gran unidad de acción, y cómo, después de pasada la inspiración común, volvieron a caer en la disolución y la impotencia.

Dotados de una vehemente viveza de imaginación, y de una palabra florida que supera a la de los italianos del Sur, y procedentes de orígenes semejantes, los españoles poseen, sin embargo, ciertos caracteres de su raza cardinal afro-semítica, que, salvo en momentos de irresistible excitación y decaimiento social, refrenan la vivacidad bullente de los latinos meridionales. La nota, dominante de ese primitivo carácter étnico es el individualismo avasallador; y todo lo que los españoles han hecho en el mundo, su grandeza imperial transitoria y su tenacidad perdurable, es debido a esa cualidad en sus varias manifestaciones.

Para el español, hasta tiempos históricamente recientes, España no era una patria; no lo es hasta el día sino en un sentido muy limitado. La verdadera patria del español era su pueblo, o el repliegue particular de los montes que formaba su mundo. Sus compatriotas eran, no los que hablaban una lengua semejante al otro lado de las montañas, sino los que hacían causa común con él a la parte de acá. El pensamiento céntrico de cada hombre era su propia independencia respecto de sus semejantes, y no había cosa común capaz de fundir en una masa su orgullo personal con el del prójimo. Vinieron luego los romanos, y, durante los siglos de su dominación, infundieron un orgullo ardiente en el corazón de cada uno de los españoles que formaban parte de aquel espléndido imperio, cuyas águilas llevaban en triunfo desde el Danubio hasta Caledonia. Animados por ese estímulo, los españoles se hicieron grandes, no como españoles, sino como ciudadanos individuales de la poderosa Roma. Marco Aurelio, Trajano y Adriano, los mejores emperadores romanos, fueron hombres de sangre española y nacidos en España. Marcial, Quintiliano. Séneca, Lucano y otros españoles, fueron tan ilustres en las letras latinas como lo fueron sus compatriotas en el mando de ejércitos y en la organización de Estados. Pero cayó Roma, y España cayó con ella; porque no había ninguna cohesión, aparte del común orgullo político que había formado el vínculo temporal.

Cuando luego los godos infundieron nuevo vigor en la decadente España romana, el fervor cristiano unió a los españoles, y otra vez fue elemento de adhesión el orgullo individual. La consideración de ser todos hermanos ante el trono divino, hizo al esclavo ibérico igual al más altivo noble godo. Cada hombre se engrandeció a sus propios ojos, por el hecho de formar parte de los elegidos a quienes Dios miraba con especial atención individual; y todos los españoles pusieron nuevamente la vista en una autoridad central. Pero ahora los gobernantes eran sacerdotes. Una teocracia con un rey decorativo era una mala organización para defender a un país contra la acometida de un pueblo conquistador, y la teocracia fue rechazada por los moros al rincón extremo del reino, desde donde hubo que reconquistar gradualmente con una continua cruzada, durante ocho siglos de lucha, el país que la teocracia había perdido.

El más grande de todos los movimientos nacionales del pueblo español fue el que debió su fuerza a la exaltación espiritual mística fundada en el orgullo individual, que se apoderó de toda España en el siglo XVI, e impulsó a la raza al través de la América del Sur, arrostrando peligros y penalidades que rayan en lo inconcebible. Llevando en una mano la cruz y en la otra la humeante espada, aquellos conquistadores, de heréticos en Europa y de paganos en el lejano Occidente ignoto, eran santos, especialmente elegidos por el Señor para su obra. La matanza y la rapiña no eran matanza y rapiña para ellos, porque para ellos todas las cosas eran lícitas, ya que cada individuo era

un ser aparte, puesto bajo la inspección divina y distinguido especialmente por el Señor. No había nada que contrarrestase a un sentimiento como ese; y la grandeza moral, nacida de la exaltación religiosa, fue la que dio a España un predominio mucha mayor del que justificaban sus recursos materiales y su verdadera situación nacional en ningún tiempo.

El sentimiento de la individualidad, en que se basaba tal estado de espíritu, yacía profundamente arraigado en la raza; pero astutos políticos lo aprovecharon deliberadamente en beneficio de sus ambiciones. El fanatismo, inspirado por la persecución de minorías; la crueldad de la Inquisición, que desgarró el corazón del mundo y avergonzó a la humanidad, no fueron sino otros tantos medios para un fin. Inflamaron el orgullo de cada español de la mayoría por su propia ortodoxia, y por su superioridad sobre los heréticos, judíos y moros, o hicieron de la nación un arma sólida, que la hábil mano del rey o César pudo usar para sus propios fines. Pero el lazo que unía a los españoles era temporal, porque el pensamiento humano no puede ser encadenado por siempre; y España volvió a caer deshecha en átomos, para empezar de nuevo la obra de consolidación sobre bases más permanentes.

Los españoles han contribuido en gran escala a la civilización del mundo. Su concurso en la misión civilizadora del imperio romano, y sus servicios a la literatura latina, que en el curso de su decadencia corrompieron y degradaron, fueron inmensos en los mejores días de Roma. El auxilio prestado por los soldados españoles, y especialmente por las armas españolas, así a las huestes púnicas como a las legiones romanas, contribuyó en no pequeña parte a las heroicas batallas que aseguraron a la postre el triunfo de los romanos y de los arios en Europa. La subsistencia del sistema romano de jurisdicción, después de desaparecer la dominación romana, conservó vivos, en beneficio ulterior de las demás naciones, los principios en que se basan los códigos civilizados del día; y el estudio, en la España muslímica, de la literatura de los griegos y de la ciencia de los pueblos orientales, conservó para las edades posteriores inapreciables tesoros, que, de otra manera, se hubiesen perdido para el mundo. Además, en los días siguientes, la devoción caballeresca y mística de los españoles de la Edad Media, la idea del sacrificio fervoroso por Cristo, a pesar del mal uso que de ella hacían los gobernantes, infundió en Europa un ideal más puro y altruista del deber religioso que el que iba prevaleciendo bajo la influencia sensual y pagana del Renacimiento italiano. Por todo esto, el mundo es deudor de España; y la deuda crece cuando se mira la producción literaria con que han contribuido los españoles a la riqueza del mundo. El teatro moderno debe su renacimiento en gran parte al genio español, así como la novela moderna de aventuras tiene sus precedentes en *Don Quijote* y en *El lazarillo de Tormes.*

Estos y otros muchos tributos con que han cooperado los españoles a la civilización de la Europa moderna, se exponen circunstanciadamente en las páginas del presente libro; pero el objeto principal de la obra es describir el desarrollo de todo un pueblo, y remontarse a las causas primitivas de sus vicisitudes. El libro ha sido escrito, no con la idea de invalidar y sustituir las historias ordinarias, sino sólo con la idea de completarlas y explicarlas; y aunque en algunas partes de la obra se haya concedido a los hechos dinásticos y políticos más espacio que el que se hubiese deseado, se ha creído indispensable hacerlo así para la mejor inteligencia de los demás acontecimientos. Por mi parte, no puedo pedir más que un juicio indulgente para un libro tan lleno de pormenores y de puntos controvertidos como éste tiene que ser; pero confío en que la presente historia de la evolución progresiva de un pueblo grande y simpático puede recomendarse por sí misma al hombre de estudio como a la masa general de los lectores.

Martín Hume

I.
Civilizaciones rivales. España púnica. España bajo la república romana.

Los fenicios en España.—Los iberos.—Civilización primitiva.—La influencia de los griegos.—Los cartagineses.—Las guerras púnicas en España.—Los romanos.—Levantamiento de los celtíberos.—Viriato.—Numancia.—La rebelión de Sertorio.—España bajo el Imperio romano.—Instituciones primitivas de España.—La municipalidad.

Más de mil cien años antes del nacimiento de Jesucristo, las naves de Tiro y de Sidón, siguiendo a tientas su ruta de cabo en cabo por la costa septentrional de África, llegaron a las puertas del mundo que conducían desde el Mediterráneo a una inmensidad desconocida. Las naves eran poco más que frágiles botes impelidos por remo y vela; pero los tripulantes pertenecían a la indomable raza de Sem, cuya función en el mundo consistía en transportar hacia Occidente las antiguas civilizaciones orientales, y llevar de los confines de la tierra conocida las primeras materias para el lujo y esplendor de los Faraones.

La pobreza de su pequeño territorio de Fenicia los impulsó a lanzarse al mar en busca de subsistencia, e hizo de ellos comerciantes, marinos y corredores, cuyas colonias comerciales estaban diseminadas por todas las costas e islas del Mediterráneo. Al mar habían arrancado también el secreto que les deparó su artículo especial de tráfico, el artículo cuya belleza les permitía deslumbrar a los pueblos primitivos con quienes trataban, y obtener de ellos los productos naturales y los metales preciosos que anhelaban los egipcios y asirios. Los caracoles marinos, cuyos cuerpos tenían sus telas; la rica purpura tiria, que aumentaba la magnificencia de los emperadores y deslumbraba los ojos de los salvajes, habían enriquecido a los fenicios; pero cada vez hacían falta más mercados y más abastecimientos, y atravesando el estrecho, llegaron al Océano, y en 1100 antes de J. C. fundaron su primera colonia española, que llamaron Gadeira o Gadir (Cádiz), bajo la protección especial de Melcarte, el dios favorito de los tirios, que entonces habían suplantado a los sidonios, como jefes de la federación fenicia.

Encontraron en posesión del país un pueblo de un carácter acentuado, cuyo sello permanece aún profundamente impreso en la raza española, después de tres mil años de una mezcla tan varia como no ha sufrido ninguna otra población de Europa. De dónde procedían los iberos, cosa es que ha sido siempre, y debe ser aún, materia de discusión. Eruditos respetables han tenido mucho tiempo por artículo de fe, que los iberos, como los celtas, constituían una rama de la gran familia indo-europea, y se habían extendido por el Sur de Europa, desde las vertientes del Cáucaso; pero investigaciones más recientes tienden a quebrantar algo la creencia en esa teoría. Es cierto que eran una raza dolicocéfala (de cabeza alargada) de corta estatura, de color muy oscuro[1] y de abundante cabello negro y rizoso; y probablemente habitaban todo el suelo español en la edad neolítica, ya como sucesores de una raza más antigua —de la cual es posible que sean supervivientes los vascos, que forman aún un pueblo especial en el Norte de España y en el Suroeste de Francia—, ya como habitantes primitivos desde los tiempos prehistóricos en que África y Europa, y quizá también América, estaban unidas por tierra.

En todo caso, lo que se conoce de su físico parece contradecir la hipótesis de que fuesen de origen ario o indo-europeo; y, para encontrar su semejante en los tiempos presentes, no hay sino volver los ojos a las kabilas del Atlas, los naturales de la costa africana opuesta a España, que fueron rechazados a los montes por olas sucesivas de invasión. No sólo en lo físico recuerdan esas tribus lo que debieron ser los antiguos iberos, sino que, en las particularidades más inalterables de

---

1 *Colorati vultus et torsi plerunque crines.*—Tácito.

carácter e instituciones, es fácil seguir la semejanza hasta el español del día. La organización de los iberos, como la de los pueblos del Atlas, era la organización del clan y la tribu, y su principal característica una indomable independencia local. Belicoso y valiente, sobrio y jovial, el hombre de la kabila resistió tenazmente, durante miles de años, todas las tentativas de fundirle en una nación o someterle a un dominio uniforme; mientras que el ibero, procedente quizá del mismo tronco, se mezcló con razas arias que poseían otras cualidades, y estuvo sometido durante seis siglos a la organización unificadora de la raza gobernante más grande que ha conocido el mundo, los romanos; y, sin embargo, aun en el día presente, la principal característica de la nación española, como la de las kabilas del Atlas, es la falta de solidaridad.

Desde el primer albor de la historia, el centro de la vida hispana, la unidad de gobierno, la tierra nativa y el foco del patriotismo ha sido la localidad. El pueblo de un español significa para él infinitamente más que para un inglés o para un francés el suyo. La idea del Estado —de la nación— es cosa sobrepuesta a sus más antiguas tradiciones; en su corazón ibero, lo primero es su pueblo; después, mucho después, viene su provincia, y lo último de todo, España. Podrá argüirse que mucho de ese sentimiento regional dominante, que yace en la raíz de todos los problemas políticos españoles, se debe a la configuración física del país, cortado en pequeñas divisiones por numerosas cordilleras, que han dificultado la comunicación recíproca, perpetuado las rivalidades locales y retardado la fusión de las razas; y realmente, puede admitirse que tal causa ha producido su efecto.

Pero las tribus del Atlas, ajenas a toda idea aria de Estado, conservan en pleno vigor el mismo sentimiento que los españoles respecto de la localidad. Siglos de gobierno romano acabaron con la organización autónoma de los iberos, que las kabilas conservan aún, y la sustituyeron con la idea del Estado centralizado; pero a una y otra parte del Mediterráneo, la unidad menor del gobierno local permanece realmente intacta desde tiempos prehistóricos. La *djemáa* y el *pueblo,* respectivamente, son los centros alrededor de los cuales gira la vida; el *amin* elegido y el *alcalde* elegido son hoy, como han sido en todo tiempo, la unidad primera y siempre presente de autoridad. Ninguna de las razas dominantes ha conseguido unir a los kabilas, tuaregs y bereberes en un Estado, como hicieron los romanos con los iberos y celtas; y en España, con sus innumerables Constituciones escritas y sus febriles experimentos políticos, la localidad conserva hasta el día presente su independencia práctica respecto del gobierno central, que ha formado confederaciones de pueblos bajo el nombre de provincias, pero nunca ha absorbido ni destruido enteramente el primitivo germen de la administración local.

El granero del pueblo (pósito) subsiste aún en los pueblos españoles, como su semejante en las regiones del Atlas; los pastos y las tierras comunales siguen atestiguando a ambos lados del estrecho el cercano parentesco de los antiguos iberos con las razas libio-semíticas, que comprendían los egipcios o coptos, los kabilas, los tuaregs y los berberíes. El lenguaje de los iberos se ha perdido, pero queda lo bastante de él en monedas del último período celtíbero para probar que tenía un origen común con el egipcio y las lenguas saháricas, que se extienden desde Senegal hasta Nubia a la parte acá de la zona negra[2]. Con todos estos testimonios por delante, se nos permitirá poner en duda la exactitud de la teoría que atribuye un origen caucásico al primitivo pueblo ibérico.

Mucho antes del comienzo de la historia documentada, cuando la humanidad salía penosamente de la fase neolítica, llegó del Norte una gran incursión de celtas, y cayó sobre España por los Pirineos occidentales[3]. Hallando las primeras provincias a que llegaron ocupadas por los

2 La forma primitiva de los caracteres escritos se ajustó manifiestamente al modelo fenicio, aunque ahora poco pueda descifrarse.

3 Me induce a esta conclusión una serie interesantísima de descubrimientos hechos recientemente en una mina de cobre abierta en el monte Aramo, cerca de Oviedo. Los trabajos son muy extensos, y se ha encontrado un número considerable de martillos y agujas de piedra pulimentada, de picos de cuerno, etc., pero no instrumentos de metal. Se han extraído diez y seis esqueletos; y por la gran diferencia existente en el tamaño de los huesos y en la forma de los cráneos, es manifiesto que pertenecen a dos distintas razas, que trabajaron sucesivamente la mina: hecho probado también porque la fundición en un caso es mucho más perfecta que en el otro, y los objetos de cerámica y

iberos —o quizá por los restos de una raza anterior, cuyos descendientes las habitan todavía—, los invasores celtas se dirigieron al Occidente, y tomaron posesión de todo lo que es ahora Portugal y Galicia, donde predomina aún su sangre. Los recién llegados eran de tez blanca, altos y fuertes, y mucho más adelantados en saber que los iberos. La necesidad de adquirir el sustento en sus peregrinaciones, había hecho de ellos un pueblo pastoril y hasta cierto punto agrícola.

Durante un largo período ignoto de guerras locales, esos pueblos semisalvajes vivieron, lucharon y murieron. En la gran meseta que ocupa el centro de España, las razas se juntaron y amalgamaron gradualmente, mientras que el Noroeste y el Occidente del país seguían siendo principalmente célticos, y en el Sur y en el Este predominaba la sangre ibérica. En el tiempo en que los fenicios establecieron su colonia de Cádiz, los celtíberos de las costas mediterráneas habían alcanzado un conocimiento considerable de la agricultura, y eran duchos en la fundición del hierro y de otros metales, mientras que las tribus del inaccesible interior seguían siendo bárbaras en todo, y sostenían entre sí continuas luchas, en que las mujeres, llegado el caso, peleaban al lado de los hombres. La mezcla de celtas e iberos era un ideal para la formación de una raza aguerrida. El amor a la casa y la familia, la robusta constitución endurecida por una larga estancia en climas fríos, y la poderosa imaginación poética engendrada por una vida anterior nómada y pastoril, hicieron de los celtas denodados y apasionados defensores de lo suyo; mientras que los iberos, ágiles, arrojados, activos y sufridos, con un sentimiento indomable de individualidad e independencia, infundieron en la raza amalgamada el elemento del orgullo personal en la lucha y en el vencimiento de un adversario, aparte del objeto de la contienda.

Tal era la raza, aún imperfectamente fundida, que los marinos mercantes fenicios encontraron en posesión de la Península cuando por primera vez fundaron su establecimiento permanente en la costa. Pero no fue la raza lo que atrajo a los hombres de Tiro en pos de sus hermanos para fundar otras colonias, además de Cádiz, por toda la costa meridional y oriental de España. Los dilatados y fértiles valles del Guadiana y del Guadalquivir, en cuyos estuarios se establecieron las primeras colonias fenicias, daban rico pasto a rebaños de carneros, cuya lana era la más hermosa que jamás habían visto los colonos; las encinas enanas de los montes fronteros al mar, abundaban en esas curiosas y misteriosas excrecencias oscuras y brillantes de que sacaron los persas el espléndido tinte escarlata que tanta competencia hizo a la púrpura tiria en los mercados de Oriente; la bahía de Cádiz proporcionaba copiosa pesca de atún, de una delicadeza y de un tamaño antes desconocidos, y durante siglos, el atún de Gadeira y las anguilas de Tarteso, en la desembocadura del Guadalquivir, compartieron los sufragios apasionados de los gastrónomos griegos y sirios.

Y no era esto todo: porque los fenicios encontraron en el suelo de Iberia gran provisión de metales preciosos que hicieron a los tirios de España el pueblo más rico del mundo. El azogue y el cinabrio de Almadén; la plata, el oro, el cobre y el estaño, que servían para preparar el bronce; las perlas, los corales y las piedras preciosas del país afortunado, permitieron a las colonias fenicias de España competir en riqueza, si no en poder, con la gran Cartago, su hermana y rival de la opuesta costa[4]. Pero, si los fenicios sacaron mucha riqueza de España, trajeron al país algo que valía más que la riqueza: la escritura alfabética, que, como todos los pueblos semíticos, practicaban de derecha a izquierda, en lo cual los siguieron los celtíberos. Otras cosas enseñaron a los bárbaros entre quienes vivían. Erigieron en la costa faros y marcas, como la torre de Hércules en la Coruña;

los instrumentos de madera, próximos a los esqueletos mayores, son superiores a los encontrados en las obras del pueblo más pequeño. Las dos razas parecen haberse limitado a escoger los nódulos de cobre nativo, y haber desconocido los procedimientos de reducción del mineral. Estos hechos me llevan a creer que los celtas debieron llegar a Asturias en el período de transición entro las edades de la piedra y del bronce, cuando el conocimiento de la minería se concretaba a escoger y fundir el cobre nativo.

4 Algunos de los escritores griegos parecen exagerar la riqueza de las minas de España, hasta el punto de decir que los fenicios de Iberia hacían sus áncoras de oro, y que los cartagineses, cuando llegaron a Andalucía, se asombraron de ver que los pesebres y las tinajas eran del mismo metal precioso (Véase *Antigüedades de España*, por Ambrosio de Morales, Alcalá, 1577). Pero varias fuentes, tazas, etc., de oro y plata de las épocas fenicia y cartaginesa se han encontrado en España, y aparecen descritas en *Spanish Industrial Art*, por J. F. Riaño.

el arte de refinar y manufacturar los metales se propagó de los colonos a las tribus indígenas; y andando el tiempo, las finas lanas de la Bética fueron manufacturadas por laboriosos tejedores de la misma España, y enviadas, ya teñidas con el brillante escarlata de quermes ibérico, a Grecia y Siria, a Roma y Cartago, y aun a Galia y las «Islas del Estaño».

Así, durante seiscientos años, las factorías fenicias de la costa ibérica introdujeron gradual e insensiblemente los primeros gérmenes de riqueza y refinamiento en la vida del pueblo. Los griegos, simultáneamente, habían establecido colonias en el Nordeste de España, en Rhodas (hoy Rosas), en las islas Baleares, y más adelante en Emporium (Ampurias), Denia y Sagunto, y aportaron su tributo a la civilización incipiente de España. Ni en uno ni en otro caso vinieron los colonos como guerreros y conquistadores. Las factorías estaban protegidas por fuertes murallas y estacadas, y ninguna tentativa se hizo, durante siglos, de subyugar ni gobernar a las tribus del interior. En el curso del tiempo, los celtíberos de la costa adaptaron su modo de vivir al de los fenicios y griegos que se habían establecido entre ellos; pero existía una gran diferencia en el influjo ejercido por las dos naciones colonizadoras. Los fenicios, simples comerciantes y en continuo contacto con la madre patria, y en tiempos posteriores con Cartago, rara vez se identificaban permanentemente con el país de su residencia; mientras que los griegos, que fueron impulsados a formar colonias, no principalmente por afán de lucro, sino por convulsiones políticas, rompieron a menudo toda dependencia respecto de la madre patria, salvo en materia religiosa, y siguieron su camino aparte como comunidades gobernadas autonómicamente en el nuevo país de su elección. La influencia, pues, de los fenicios sobre los celtíberos fue principalmente material, en tanto que los griegos, que eran mucho más simpáticos a los naturales, infundieron en su espíritu ideas morales, religiosas y políticas[5], que echaron raíces y produjeron importantes frutos.

Finalmente, unos quinientos años antes de Jesucristo, los fenicios de Cádiz intentaron penetrar en el interior del país, atravesando la zona de las tribus del litoral, y, quizá sin quererlo, entraron en colisión con los celtíberos. Las tribus indígenas, en guerra constante entre sí, habían ya aprovechado lo bastante de la cultura griega para reconocer la importancia de la federación contra un enemigo común, y unidas cayeron sobre las colonias fenicias de la costa, llevándolo todo a sangre y fuego. Gadeira misma estuvo en peligro, y las grandes riquezas de las otras colonias tirias estaban siendo ya saqueadas por hordas salvajes que habían arrojado a los comerciantes semíticos de sus hogares y de sus casas de campo, cuando los fenicios, en el extremo de la desesperación, decidieron pedir auxilio contra los asaltantes. Tiro estaba muy lejos, ya en las redes de los asirios, y eclipsada por la gran colonia africana, que Dido y los aristócratas tirios habían fundado siglos antes; así, los azorados comerciantes de Gadeira se vieron precisados a enviar galeras rápidas al través del estrecho a sus parientes de Cartago, rogándoles que acudiesen en su ayuda.

Los cartagineses, que hacía tiempo envidiaban las riquezas adquiridas con tanta facilidad por sus pacíficos parientes, respondieron a la invitación rechazando a los hombres de las tribus celtíberas, pero sólo para impresionarlos con su poder; luego, utilizándolos como aliados irregulares, se apoderaron de las colonias españolas de los fenicios. Sólo Cádiz opuso una firme resistencia; pero al fin cayó el último baluarte fenicio, y los cartagineses, gente más arrojada y belicosa, ocuparon el puesto de sus parientes. Era un pueblo cuyas prendas no tardaron en ganar los corazones de los valerosos celtíberos, y durante doscientos cincuenta años las prósperas colonias del litoral de España proporcionaron a Cartago los medios que la permitieron aspirar a la dominación universal y extender su influencia desde Bretaña hasta Nubia. Aunque durante este primer período de su dominación los cartagineses visitaron todas las partes de la Península, no intentaron imponer

5 El gobierno de las colonias griegas, oligárquico al comienzo, fue en un período ulterior democrático y electivo, eligiendo la Asamblea general de los ciudadanos un poder ejecutivo compuesta de un corto número de personas. Esa institución se asemejaba mucho a la organización ibérica, y algo de su procedimiento fue adoptado por los indígenas. Los griegos trajeron también una forma mitológica de religión más atractiva que los fenicios, y los imaginativos celtíberos, profundamente religiosos, acogieron con diligencia aquel sistema poético que introducía la religión en todos los actos de su vida.

un gobierno a las tribus. Los celtíberos se alistaban en gran cantidad en las legiones púnicas, y sus espadas y lanzas de Bílbilis (cerca de la moderna Calatayud) eran de un acero tan bien templado, que no había yelmo ni escudo que las resistiese[6]; pero los cartagineses, como antes sus parientes fenicios, se contentaron por espacio de dos siglos y medio con utilizar las minas españolas como una fuente de recursos, dejando a los celtíberos gobernarse a su modo, mientras quisieron nutrir sus ejércitos contra los romanos.

Pero el fin de la primera guerra púnica, que los romanos habían llevado a África, fue desastroso para los cartagineses; y el gran ejército de mercenarios, sin pagar y descontentos, se sublevó al volver a Cartago, resultando de aquí una de las guerras civiles más sanguinarias que registra la historia. La rebelión mercenaria fue aplastada y ahogada en olas de sangre, y de entre los vapores surgió un gran soldado y estadista que había dirigido la matanza. Los desastres de la guerra púnica y la siguiente contienda civil habían dividido en dos partidos a los cartagineses. Por un lado, el gran Amílcar Barca capitaneaba el partido militar, y abogaba por la extensión territorial en Europa, a fin de poder amenazar a Roma a sus mismas puertas; mientras que el partido de la paz, dirigido por Hannón, deseaba volver a la antigua tradición fenicia de expansión y acción puramente comerciales, sin cargar a la república con la responsabilidad de un vasto dominio. Después de una lucha, el Senado cartaginés se puso de parte de Amílcar, y España pasó a ser, en vez de África, la base de las operaciones cartaginesas contra Roma. Existían buenas razones para ello. Los celtíberos se habían acreditado, en la primera guerra púnica, de soldados infinitamente mejores que los mercenarios númidas que habían formado el grueso de los ejércitos cartagineses; el contingente de tales hombres era casi inagotable en España; los caballos abundaban, y las armas de acero españolas eran las mejores del mundo.

Amén de esto, la posesión de los espléndidos puertos de la costa oriental de España frontera a Italia, y el dominio de los pasos que por los Pirineos orientales conducían a Liguria, amenazaban a Roma por el lado más vulnerable; y al primer movimiento de los cartagineses desde África, los romanos procuraron tomarles la delantera, y ocuparon lo que es ahora Cataluña. Amílcar, con su ejército de africanos, fue recibido en el Sur por los celtíberos de la costa con los brazos abiertos. Como ya se ha dicho, había probablemente mucha afinidad de sangre entre los pueblos de ambos lados del mar; los cartagineses y los fenicios habían vivido, durante siglos, en buena armonía con los naturales; los celtíberos habían combatido en los ejércitos de Cartago durante generaciones, y así, se acogía a Amílcar y a sus huestes púnicas, no como invasores, sino como amigos. Varias de las tribus del interior opusieron alguna resistencia al avance de Amílcar; y los celtíberos que habían vivido bajo la influencia de las colonias griegas en el Nordeste se pusieron por lo común de parte de los invasores romanos; pero, en términos generales, los cartagineses tenían a su favor todo el Mediodía de España, y Amílcar impuso respeto al Este con sus fuertes guarniciones númidas. Después de nueve años de lucha porfiada, durante los cuales los romanos fueron arrollados desde la línea del Ebro hasta las laderas de los Pirineos, y se fundó la altiva ciudad de Barcelona para perpetuar la memoria del conquistador, cayó Amílcar en el campo de batalla, y le sucedió su pacífico yerno Asdrúbal. Por espacio de ocho años Asdrúbal se granjeó el ánimo de los celtíberos, y consolidó el imperio púnico en España; y, antes de que muriese asesinado al fin de su reinado efímero, todo el Sur y Sureste y algunas de las tribus del interior reconocían la suave soberanía de Cartago[7], y se hizo la primera tentativa de unificar a España como nación.

Un Barca más grande que Asdrúbal debía tratar de llevar las cosas más lejos aún, aunque por métodos muy diferentes, y arriesgarlo y perderlo todo. Aníbal, hijo de Amílcar, tenía veintiséis años

6 Livio, Diodoro de Sicilia y Polibio mencionan a menudo la excelencia de las armas ibéricas y el valor de los legionarios indígenas. Los celtíberos eran renombrados jinetes (el caballo era la divisa más común en sus monedas), y fueron muy utilizados como tropa de caballería por los cartagineses y por los romanos. No menos de 20.000 mercenarios celtíberos combatieron por los cartagineses en Sicilia durante la primera guerra púnica.

7 Como para acentuar la intención de los Barcas de trasladar a España permanentemente el centro del imperio cartaginés, Asdrúbal fundó con toda solemnidad la ciudad de Nueva Cartago, llamada ahora Cartagena.

cuando se puso al frente de la España púnica. Se había educado en el país desde su infancia; se había casado con una mujer celtíbera, y se había identificado en todo con el pueblo en que pasaba su existencia. Ídolo de los soldados, y uno de los más grandes capitanes que el mundo ha conocido, a él y a sus tropas estaba reservada la empresa de entrar en la gran lid que iba a decidir para siempre si dominaría Roma o Cartago, si dirigirían la civilización futura de Europa los arios o los semitas. Falta aquí espacio para narrar la animada historia de las guerras púnicas fuera de España, pero hay que hacer referencia a unos cuantos incidentes de los que atañen con especialidad al pueblo celtíbero.

Las tribus del Nordeste, y sobre todo las comprendidas en las antiguas esferas de la influencia griega, siguieron resistiéndose a la dominación de Cartago y clamando por fuerzas romanas para ayudarles. Se había convenido por Asdrúbal que el territorio situado al Norte del Ebro y las ciudades greco-ibéricas de la costa se considerarían bajo la protección de Roma; pero Aníbal no tardó en encontrar un pretexto (219 a. de J. C.) para atacar la colonia de Sagunto (cerca de Murviedro). En vano pidieron los saguntinos auxilio a Roma —*Dum Romæ consulitur, Seguntum expugnatur*—; no recibieron ningún auxilio. Los celtíberos descollaron siempre en la defensa de su propio pueblo, y el valor demostrado en Sagunto, y después en Numancia, revivió dos mil años más tarde en Zaragoza y Gerona. Durante nueve meses Aníbal y sus grandes ejércitos —de 150.000 hombres, se dice— atacaron la heroica ciudad; y cuando, al fin, el hambre, más que la espada, hizo inevitable la rendición, Aníbal se negó a conceder condiciones honrosas, y todos los habitantes prefirieron el suicidio a la humillación. El orgulloso conquistador cartaginés, al entrar en la plaza tomada, no encontró más que cenizas, ruinas y cadáveres[8].

De allí en adelante hubo guerra a muerte entre Cartago y Roma. Con un ejército de unos 100.000 hombres, de los cuales eran españoles una cuarta parte, realizó Aníbal aquella marcha prodigiosa desde España al través de los Pirineos y de los Alpes casi hasta las puertas de Roma, arrollando una y otra vez a las veteranas legiones de la república. Cuatro tremendas derrotas hizo sufrir Aníbal a los romanos, hasta que al fin se agotaron las fuerzas del mismo vencedor, y el Senado romano aprovechó la coyuntura para mandar un ejército a España a las órdenes de Cneo Escipión, a fin de impedir el envío de refuerzos a Aníbal y atacar al enemigo en su propio país. Cneo, desembarcando en el extremo Nordeste, no tardó en tener 20.000 iberos bajo sus banderas para atacar a los cartagineses y a sus tropas indígenas. Aun en esos primeros tiempos Cataluña estuvo dispuesta a combatir contra el resto de España, como lo ha estado siempre desde entonces. Cneo y Publio Escipión quedaron victoriosos al principio, e impidieron que se enviasen auxilios a Aníbal; pero sus fuerzas fueron derrotadas después, muriendo Publio en el campo de batalla. El Senado romano, sin desanimarse, mandó a España a Escipión el Africano (209 a. de J. C.) para vengar a su padre, Publio, y continuar la guerra. Más afortunado que sus predecesores, no sólo impidió otra vez el envío de refuerzos cartagineses, sino que destruyó totalmente el poder púnico en España; después, corriendo a África, hirió a Cartago en el mismo corazón.

En vano pidieron la paz los cartagineses; en vano volvió Aníbal, abandonando su conquista italiana (208 a. de J. C.) en dos años de continuo batallar, durante los cuales las tribus ibéricas cambiaron de partido frecuentemente: los romanos arrollaron cuanto se les oponía, y Cartago desapareció como potencia europea al final de la segunda guerra púnica, Pero, aunque las fuerzas organizadas de Aníbal habían sido derrotadas, las bandas ibéricas estaban dispuestas a luchar hasta morir antes que soportar el yugo que ahora trataban de imponerles los romanos —exactamente como dos mil años después los guerrilleros españoles disputaron palmo a palmo el terreno a los ejércitos de Napoleón en pasos de montañas y angostos valles, después de inutilizadas las fuerzas organizadas de las Cortes. Si Escipión fue generoso en la toma de Cartagena, como cuenta la conocida leyenda, olvidó su generosidad, una vez derrotadas las tropas púnicas, y abandonado

8 Pueden verse relatos del sitio de Sagunto en Livio, XXI; Silo Itálico, I; y Polibio, III.

Cádiz, el último puesto cartaginés en España (206 a. de J. C). Desde entonces hubo que imponer por la espada a los hostiles iberos la rígida autoridad de Roma.

Con la llegada de Escipión el Africano y los esfuerzos de Roma por someter a la gente ibera a un sistema uniforme de gobierno, puede decirse que principia la historia de España como nación. Antes de hablar de la influencia ejercida por la larga dominación romana, conviene dirigir la vista a la situación del país cuando le abandonaron definitivamente los cartagineses. En Tito Livio, Apiano, Estrabón y Polibio hay datos bastantes para poder adquirir idea exacta del pueblo ibero después de algunos años de dominación romana. Las tribus del Norte y del Noroeste, salvo en algunos puntos de la costa, eran en realidad bárbaras, desconocían el valor de los metales preciosos y los refinamientos de la vida civilizada, mientras que las tribus de la costa meridional y oriental se habían asimilado fácilmente las artes, gustos y exigencias de los cartagineses, romanos y griegos, con quienes se habían hallado en contacto[9]. En el Mediodía había progresado mucho la agricultura; las galeras de las ciudades celtíberas eran las más hermosas del Mediterráneo; circulaba la moneda[10], que se acuñaba en todas las colonias, con una inscripción latina, griega o fenicia por un lado, y una leyenda ibera por el otro; existía en gran escala la cría de ganado y de caballos; y la minería y la metalurgia se practicaban ahora sistemáticamente. La bebida del pueblo parece haber sido un vino de cebada fermentada o cerveza[11], y sus principales diversiones eran ejercicios atléticos y quizá también corridas de toros.

Hay que repetir que la dominación fenicia y cartaginesa fue mucho más importante desde los puntos de vista material y étnico que en materia de desarrollo e instituciones sociales, en lo cual no intervinieron grandemente los colonizadores. Durante los ocho o nueve siglos en que poseyeron las costas gentes afro-semitas, una continua mezcla de sangre africana había aumentado la ya crecida

---

9 Las interesantísimas excavaciones hechas el año último por M. Bonsor en el valle del Guadalquivir (*Les colonies agricoles préromaines de la vallé du Betis*, París, 1899) demuestran que los conquistadores púnicos, antes de la llegada de los romanos, habían introducido en la Bética un grado relativamente elevado de civilización. M. Bonsor desenterró de los túmulos que había explorado un inmenso número de fragmentos de cerámica bellamente decorados, en que se nota un acentuado influjo griego, así como peines, placas y tazas de marfil, armas, adornos de bronce, lámparas y otros objetos del período cartaginés, que ostentan figuras de toros alados, combates con leones y otros emblemas orientales, juntamente con la hermosa decoración peculiar de los griegos. Más interesante era aún la gran cantidad de cerámica encontrada por M. Bonsor, con adornos geométricos en relieve de gran complicación y belleza, formados por líneas superpuestas de arcilla. M. Bonsor considera esa cerámica como celta en su origen y de una fecha anterior al período fenicio o muy primitiva dentro de él. Como en Portugal se ha encontrado cerámica celta semejante, es de colegir que la influencia céltica, habiendo atravesado los Pirineos, llegó al Mediodía por la costa occidental. Se verá así que, mucho antes de la llegada de los romanos, el Sur de España, por lo menos, disfrutaba ya de un grado relativamente elevado de civilización. Hay también en el Louvre un busto muy hermoso de mujer, de tamaño natural, vestido y adornado a la moda cartaginesa, que patentiza el influjo del arte griego sobre las tradiciones orientales. Ese busto fue encontrado en Elche, cerca de Alicante, en 1897.

10 Las primeras monedas que se conocen acuñadas en España fueron griegas, de la famosa colonia de Emporium (Ampurias). Esas monedas, que presentaban el caballo alado en el reverso y una cabeza hermosamente hecha en el anverso, eran conocidas y circulaban en las costas del Mediterráneo. La inscripción se reduce en la mayoría de los casos a la palabra Emporium en caracteres griegos, pero algunas monedas ofrecen la misma palabra en letras ibéricas. Aunque en España no existe ningún monumento de origen reconocidamente griego, se ha encontrado una gran cantidad de cerámica puramente griega, cuya característica ornamentación influyó profundamente en los gustos artísticos de los pueblos indígenas. Los griegos fueron también los primeros que introdujeron en España escuelas o academias.

11 El género de vida, sistema de agricultura, etc., del pueblo español del Sur puede verse hoy, sin cambio esencial desde los tiempos romanos, en el fértil valle alabado por Estrabón, y llamado La Vega, cerca de Carmona. Los trabajadores necesarios para las faenas agrícolas se contratan anualmente en los pueblos, y el labrador se los lleva a su hacienda; las mujeres, incluyendo las de la misma familia del labrador, se quedan en el pueblo, adonde vuelven los hombres cuando han terminado los trabajos de la estación. Las comidas de los campesinos se reducen generalmente a sopas de ajo, gazpacho y garbanzos, con pan y vino. Cuando se matan en Julio y Agosto los carneros viejos, se toma una vez al día carne estofada, y la comida se sirve en una fuente, colocada en el centro, donde comen todos con cucharas de palo. Excepto el uso del vino y algún pormenor en el vestir, la vida de ese pueblo ha cambiado poco en los tiempos que recuerda la historia.

proporción de elementos semejantes que probablemente contenía la raza ibérica. Cierto que en el Occidente los celtas permanecían casi puros; pero las tradiciones sociales y de gobierno que conservaban los celtíberos del resto de España, procedían de sus antepasados iberos, y habían ido consolidándose por siglos de contacto con vecinos afro-semitas. Excepto, pues, los pueblos que rodeaban a las colonias griegas del Noroeste —cuyos descendientes han conservado hasta el día un espíritu distinto del de los demás españoles—, la tendencia de las tradiciones sociales de los iberos era más africana que indo-europea. El problema de los romanos, como el de todos los gobernantes posteriores de España, era construir un edificio de civilización europea sobre un cimiento líbico y semítico. Aunque Escipión el Africano y sus sucesores no reconocieron quizá plenamente la naturaleza y complejidad de la empresa, se verá en el curso de estas páginas que en todo el desarrollo subsiguiente del pueblo español ha influido la diferencia de origen entre los estratos superiores y los estratos inferiores de su civilización, y que la historia de España consiste en un continuo antagonismo entre distintas tradiciones étnicas.

Los romanos impidieron el desarrollo ulterior de las instituciones de España sobre la base de la tribu; dotaron al pueblo de una religión y de un sacerdocio, que los españoles amoldaron a su primitivo misticismo religioso, tan acentuadamente visible aún en las tribus del Atlas; introdujeron la idea de un Estado en una sociedad compuesta de poblaciones separadas; hicieron a España, finalmente, más romana que Roma; pero jamás alteraron, ni podían alterar, los caracteres primitivos del pueblo: el sentimiento predominante de la individualidad, la independencia personal y el patriotismo local acentuado, tan notable aún en sus descendientes como en las tribus berberiscas, a quienes ninguna civilización romana trabajó por consolidar en un pueblo durante siete siglos. Ese sentido de independencia personal y ese sentimiento regional tan poderosos, no alterados en el Atlas por la civilización centralizadora de los romanos, impidiendo, como lo hacen, la formación de una aristocracia o de una casta sacerdotal, son suficientes para condenar a un pueblo al estacionamiento; y aun en la forma muy modificada que ofrecen todavía en España, donde la mezcla de razas y la centralización han trabajado durante siglos, entran por mucho en la desgracia y el atraso que han afligido al país durante tanto tiempo.

Roma empezó, sin pérdida de tiempo, su gran tarea organizadora, y un año después de la gran victoria de Escipión (206 a. de J. C), considerando todo el país como una posesión conquistada, lo dividió en dos proconsulados: Citerior al Este, y Ulterior al Oeste. Durante doscientos años lidió Roma con los tenaces celtíberos del Centro y del Norte. Cada valle, cada paso, cada vado, tenían que ganarse por la fuerza de las armas. Contra el sistema usual de los romanos, se vio que era preciso mantener en España grandes guarniciones permanentes, de 40.000 hombres acantonados, sobre todo en Sagunto, Cádiz y Tarragona. Trajo esto, como es natural, la existencia de una gran población mixta, celtíbera y romana, y el nacimiento de ciudades o colonias semi-romanas, habitadas principalmente por mestizos, tales como Urbs Itálica (o Julia Augusta), frente a Sevilla; Carteia (cerca de Algeciras), fundada especialmente para la descendencia de plebeyos romanos y madres ibéricas; y la Colonia Patricia, para una clase superior, que estuvo a orillas del Guadalquivir en el sitio de la actual Córdoba. Así, mientras las tribus del interior y del Norte resistían aún obstinadamente la absorción, los habitantes de la costa se romanizaron del todo en muy corto espacio de tiempo.

Las águilas avanzaban lenta pero seguramente. La suerte de la guerra, considerada en pormenor, parecía variar de día en día; pero en general los romanos marchaban de continuo hacia adelante. *Ubi castra ibi Respublica.* Todo campo afortunado de acción vino a ser parte del Estado, y en 179 a. de J. C. la España meridional y oriental quedaba bajo la dominación romana.

El país era proverbialmente rico, y Roma había empezado ya a corromperse; los pretores, no pensando más que en enriquecerse y en volver a la vida de lujo y esplendor de la metrópoli, ejercían exacciones violentas con una crueldad despiadada, que sembraba el descontento e impedía el

desarrollo del país[12]. Al fin, en 154, una imponente federación de tribus, principalmente lusitanos de origen céltico, intentó de una manera resuelta sacudir el yugo de Roma. El cónsul Fulvio, con un gran ejército, fue derrotado dos veces, y su sucesor Marcelo (152 a. de J. C.) tuvo que firmar al pie de las murallas de Numancia un tratado de paz, que se negó a ratificar el Senado romano. Marcelo vio sobre el terreno mejor que el Senado la dificultad de domeñar a aquellos bárbaros valerosos, y aceptó 600 talentos de plata de los celtíberos para terminar la guerra. Pero un nuevo general de Roma, Lúculo, desaprobó lo hecho, y llevó la mortandad al centro de lo que ahora es Castilla. Aunque mató a 20.000 personas de una ciudad, tuvo que pedir la paz, que los generosos celtíberos le concedieron en honrosas condiciones no merecidas. Al año siguiente (151 a. de J. C.) el pretor Galba dejó atrás a todos sus predecesores en crueldad y perfidia. Con una infamia sin ejemplo, redujo a la esclavitud a tres tribus lusitanas, y después, con una falsía semejante, engañó y mató a 30.000 refugiados, que habían confiado en su palabra de honor.

De entre la muchedumbre de bárbaros anónimos que sufrían, luchaban y morían, surgió entonces un hombre cuyo nombre vivirá eternamente. Semejante a los campesinos como Mina, que a fuerza de carácter se elevaron de la condición de guerrilleros a la de jefes de ejércitos en las guerras napoleónicas de España, Viriato, pastor lusitano, empezó por capitanear una partida de compañeros fugitivos. A él acudieron en los montes de Extremadura gentes de otras tribus, atraídas por su arrojo y su fortuna. Durante diez años peleó victoriosamente contra todos los ejércitos y los mejores generales que Roma pudo enviar para someterle. Consumado táctico y estratégico, jefe nato de hombres, magnánimo, noble, generoso y justo, fue el primer hombre de nacimiento celtíbero que supo infundir en sus compatriotas la idea de una acción común. Ante sus 10.000 lusitanos, los romanos tuvieron que retroceder en no menos de nueve acciones generales, y al fin, gracias a su estrategia, el ejército de Favio Serviliano quedó a merced suya. En vez de imitar la inhumanidad romana, concedió honrosas estipulaciones, por cuya virtud podía retirarse a Tarragona el ejército vencido, y todo el territorio que poseían los lusitanos debía permanecer independiente en alianza con Roma. Pero la traición consumó lo que no pudieron conseguir las armas romanas. Se infringió el tratado; Viriato alcanzó nueva victoria sobre el hermano del vencido Serviliano; y en las falsas negociaciones de paz que siguieron, un puñal comprado por el oro de Roma acabó con Viriato, el primer patriota español. Roma, la vencedora de Cartago, de Macedonia y de Grecia en los campos de batalla, no pudo vencer a España más que por un asesinato.

Los celtíberos, sin la poderosa personalidad de Viriato para unirlos, se dividieron otra vez en bandos locales, y se sometieron casi universalmente al yugo de la república. Una ciudad al menos se hizo firme. Dentro de las débiles murallas de Namancia se refugiaron todos los celtíberos que desdeñaron rendirse a aquellos a quienes habían vencido en una docena de combates. La ciudad, sin ser una fortaleza, ocupaba a orillas del Duero, cerca de la moderna Soria, una fuerte posición natural, y no tenía acceso sino por pasos de montaña, que podían defenderse fácilmente. La ciudad y las tribus vecinas rehusaron someterse, y molestaron a sus agresores con guerrillas incesantes, hasta, que, al fin, el cónsul Quinto Pompeyo Rufo accedió a sus condiciones de paz. Como de costumbre, su sucesor, Popilio, se desentendió del tratado, y la guerra continuó más cruelmente que nunca, y sin fortuna otra vez para los romanos. El Senado envió un nuevo cónsul con un ejército de refuerzo para reducir a la obediencia a toda costa a la altiva ciudad, y también éste tuvo que desistir del empeño como superior a sus fuerzas. En su retirada con 20.000 hombres, fue sorprendido en un desfiladero por 4.000 enemigos, y se vio obligado a pedir la paz, que los numantinos le concedieron nuevamente. Pero Roma, que no podía avenirse a ser desafiada de ese modo, se negó a ratificar lo

12 El censor Marco Catón fue enviado por el Senado para tomar el mando supremo en 197, y poner coto a las exacciones de que eran víctimas los iberos. Era un estoico de una justicia proverbial; pero, aun así, destruyó 400 poblaciones en un año, y durante su breve gobierno mandó de España al Tesoro de Roma 1.400 libras de oro y 1.024 libras de plata. Si el justo Marco Catón procedió de esa suerte, puede suponerse cuáles serían los excesos de los codiciosos pretores ordinarios.

convenido, y tornó a reanudarse la guerra. Otros tres cónsules romanos fueron derrotados sucesivamente, y renunciaron a la empresa como cosa desesperada.

Aún seguía sin vencer el *terror Respublicæ,* y Roma tuvo que enviar al más grande de sus generales, a Escipión Emiliano, para sojuzgar a la insignificante ciudad ibérica, ya que no a los indomables corazones ibéricos que albergaba. El sitio fue largo y tenaz; el hambre y la peste aumentaron sus horrores; y cuando, al fin, después de un estrecho cerco de diez y seis meses, se perdió toda esperanza, los numantinos hicieron lo que habían hecho antes los saguntinos: destruyeron cuanto poseían, y después se mataron heroicamente con sus espadas cortas de Bílbilis. Seis mil defensores se encontraron muertos en las humeantes calles de la ciudad, y el cruel Escipión entró en Roma tan sólo con unos cuantos prisioneros numantinos para adornar su triunfo. Durante catorce años se sostuvo Numancia; pero cuando cayó, toda España, salvo el fiero Noroeste céltico, quedó abierta a las legiones romanas; y durante los cincuenta años siguientes marchó adelante, casi sin interrupciones, la obra de la organización y administración del país como provincia de la república.

Sería un error atribuir el tenaz heroísmo celtíbero, de que no son más que ejemplos Sagunto, el levantamiento de Viriato y la defensa de Numancia, a un sentimiento como el que nosotros llamamos patriotismo, o sólo a la pugnacidad y fiereza de la raza celtíbera. No se opuso a la dominación cartaginesa una resistencia tan porfiada como a los romanos, porque las tradiciones púnicas estaban más de acuerdo con las de los celtíberos que las de la raza latina; y el valeroso batallar de los naturales durante el primer siglo y medio contra los romanos puede atribuirse probablemente, en parte, a la naturaleza antipática de la organización romana, y, en parte, a incitaciones de emisarios cartagineses, que deseaban debilitar a su enemigo, alentando en España una guerra irregular devastadora. Después de la caída de Numancia, las guerras sostenidas en España por los romanos no eran tanto consecuencia de la rebelión ibérica contra la autoridad de la república como una extensión de las disensiones civiles que dividían a la misma Roma. Este cambio de situación, debido en gran parte a la rápida romanización del pueblo celtíbero en sangre y en hábitos, resalta acentuadamente en la gran rebelión de Sertorio.

Sertorio, sabino de madre española, había sido abogado en Roma, oficial en la Galia, y tribuno militar en España, donde su sangre medio ibera y su firme rectitud le habían hecho sumamente popular. De aquí había ido como cuestor y se había lanzado a la contienda política que dividía la metrópoli. Uniéndose al partido plebeyo de Mario, fue pretor el año 83 a. de J. C; pero la vuelta de Sila y la derrota de Mario le hicieron venir huyendo a España, ya la colonia más influyente de la república, con objeto de organizar aquí el partido de Mario. Tuvo al principio poco éxito, y, retirándose a África con un pequeño cuerpo de partidarios, continuó amenazando al partido patricio dominante en las posesiones romanas. El año 81 a. de J. C. fue llamado a España para capitanear la rebelión contra el gobierno. Quién le llamó no puede decirse a punto fijo, y ha solido sostenerse que se trataba de otra tentativa espontánea de los celtíberos para sacudir definitivamente el yugo de Roma. Pero, a juzgar por la conducta ulterior de Sertorio y por el cambio de cosas que había determinado en España el gran incremento de la población semi-romana, es muy dudoso que fuese así. Los numerosísimos descendientes de soldados romanos y mujeres iberas eran romanos en todo y por todo, usaban los nombres de sus padres, hablaban su lengua y observaban sus costumbres; pero, excepto en casos especiales, se veían privados de todos los privilegios de los ciudadanos romanos. En tales circunstancias, era natural que promoviesen una revuelta en que el descontento de los oprimidos celtíberos pudiera aprovecharse contra una administración que les negaba sus derechos y a favor de un jefe de partido de quien podían esperar concesiones.

Sertorio aceptó la invitación, y casi simultáneamente se agruparon en torno de su bandera toda la Bética, donde era más abundante la sangre romana; Lusitania, donde predominaban los celtas, y

las legiones celtíberas del centro de España[13]. Con gran habilidad y fortuna organizó su pueblo desde su capital Évora, embaucando a los celtíberos con patrañas acerca de su inspiración sobrenatural, e infundiéndoles gran entusiasmo con llamamientos a su amor a la independencia. Lo lejos que estaba Sertorio de trabajar por la independencia de los celtíberos se revela en el hecho de que no extendió a ellos ningún privilegio durante su administración, y, so pretexto de enseñarles la cultura latina, tuvo medio presa a la flor de la juventud celtíbera en su gran escuela de Osca (Huesca). Sertorio derrotó a todos los generales que el partido patricio pudo enviar contra él, y en el año 80 a. de J. C. se le unió Perpenna, otro partidario mariano de Cerdeña, con 20.000 hombres. Metelo y Pompeyo, con toda la fuerza del Senado romano a sus espaldas, fueron impotentes para resistir la rebelión casi universal capitaneada por Sertorio; y, al retirarse Pompeyo a la Galia, Sertorio hubiese podido fácilmente avanzar hasta la misma Roma y tener a sus pies al Senado. Pero era romano ante todo, y no quería hacer nada que humillase a la república. Su inacción en aquel momento disgustó, naturalmente, a sus aliados celtíberos, y su envidioso lugarteniente se aprovechó de ese disgusto para fraguar una maquinación a consecuencia de la cual fue asesinado el caudillo en un banquete dado ostensiblemente en honor suyo (73 a. de J. C).

Durante su administración Sertorio sentó los cimientos de una nueva organización de España. Los alucinados celtíberos secundaron los esfuerzos del jefe, que creían luchaba por su independencia, y los planes de Sertorio no encontraron la oposición con que tropezaban generalmente las reformas romanas. Dividió la Península en dos provincias: Celtiberia, con su capital en Osca (Huesca), y Lusitania, con su capital en Évora. En esta última ciudad estableció un Senado de trescientos miembros, casi todos de origen romano puro o mixto; sus oficiales, magistrados y gobernadores eran romanos, casi sin excepción. Su gran escuela de Osca era regentada por profesores latinos y griegos; sus grandes esfuerzos por fomentar la literatura, la ciencia y la industria; sus espléndidos premios a los estudiantes aprovechados; su organización militar, naval y judicial, todo se encaminó realmente hacia la romanización de España y su íntima conexión con la madre patria más bien que a su independencia. Con la muerte de Sertorio y la desilusión de los celtíberos la insurrección decayó rápidamente. Pompeyo aniquiló las fuerzas plebeyas que quedaban, y pocos años después el joven Julio César atravesó el país con sus legiones, llegando hasta Brigantium, en el Noroeste, donde los montañeses celtas comprendieron por primera vez que la civilizadora Roma venía ahora de veras, y que la *lex romana* regiría sin oposición dondequiera que hubiesen estado las águilas.

Y no sólo recibieron esa lección las selváticas tribus del Noroeste. Los rapaces funcionarios romanos tuvieron que soltar su botín, y los celtíberos, con sorpresa suya, obtuvieron justicia imparcial de un pretor. El mismo Julio había venido a España manifiestamente para sacar recursos con que pagar las crecidas deudas de su desordenada juventud, y el tesoro que envió a Roma era enorme[14], como podía serlo justamente, dados los recursos casi inagotables del país; pero el peculado, la extorsión y la crueldad, que habían irritado hasta lo sumo a los celtíberos, no formaban parte del sistema del gran Julio.

Del establecimiento del triunvirato en Roma y de la lucha entre César y Pompeyo por el consulado no hay que relatar aquí sino la parte que se decidió en el suelo español. Julio estaba en la Galia al frente de sus legiones cuando llegó a él el severo mensaje del Senado declarándole enemigo de Roma si no licenciaba al instante su victorioso ejército. A marchas forzadas, pasando el Rubicón con sus legiones, sorprendió y tomó a la madre ciudad, y después corrió a España para aplastar a los amigos de Pompeyo, que mandaban aquí. Arrollando cuanto encontraba a su paso en la España citerior, de la cual le hizo dueño la batalla de Ilerda, venció al odiado Varrón en el Mediodía, y

13 La rebelión de Sertorio fue interesante también desde el punto de vista étnico, en cuanto sirvió para introducir en Iberia otra gran infusión de sangre africana. Sertorio trajo consigo 5.000 africanos, y luego se unió a él un número mucho mayor. Entre los 20.000 hombres traídos de Cerdeña por Perpenna debía haber también muchos de la misma raza.

14 Casi su primer acto como pretor fue apoderarse de las grandes riquezas acumuladas en el Templo de Hércules.

luego llevó a otras tierras sus victoriosas legiones. El año 45 a. de J. C, después de la huida de Pompeyo y de su muerte en Egipto, César tuvo que volver a España y acabar con los últimos restos del partido patricio en la célebre batalla de Munda, que le hizo, al fin, dueño del mundo como dictador perpetuo de Roma.

En estas largas guerras entre facciones romanas, las poblaciones mixtas de España combatieron por ambas partes; no había entre los españoles ninguna conciencia de un vínculo común que les impidiese matarse unos a otros en una contienda doméstica de extranjeros, y una vez más se descubre la influencia de la organización primitiva del pueblo y de la configuración física del país, que entorpecía la comunicación recíproca, en la falta de solidaridad étnica o nacional en un tiempo en que la unidad pudiese haber significado la independencia.

Después del asesinato de César y del fin de la guerra macedónica (42 a. de J. C.), Octaviano, el futuro Augusto, fue cónsul supremo en el Oeste. Tenía especial predilección por España[15], y una de sus primeras medidas se encaminó a estrechar los lazos que la unían al futuro imperio. La imposición de una nueva contribución general (38 a. de J. C.) condujo a una agrupación de ciudades contribuyentes y a la sumisión de grupos clasificados de súbditos a los varios grados de la ley romana.

Aquí principia, para la generalidad de los historiadores, una nueva era de la historia española, y bien puede decirse que con el establecimiento del imperio (30 a. de J. C.) cambió considerablemente la posición de España. La tendencia del imperio en un principio, aunque militar, fue realmente mucho más democrática que la de la república; y Augusto no tardó en aumentar el número de ciudadanos y en dar a los grandes dominios coloniales de Roma una organización política más popular que la que habían disfrutado antes. España fue dividida nuevamente en tres provincias (29 a. de J. C). La Bética estaba ahora romanizada casi por completo, y era gobernada, en consecuencia, pacífica y fácilmente. De ésta se hizo una provincia senatorial, regida por procónsules civiles que designaba el Senado, aunque en asuntos militares el emperador era el jefe supremo. Las partes menos seguras del país se dividieron en dos grandes provincias: Lusitania, al Oeste, y Tarraconense, al Este, las cuales eran gobernadas, bajo un legado imperial, por jefes militares que nombraba el mismo emperador.

Antes de entrar en la historia del desarrollo español bajo el imperio, convendrá dirigir una ojeada a los procedimientos seguidos durante los dos siglos anteriores de dominación republicana para amoldar los celtíberos al tipo de civilización que el pueblo conquistador consideraba adaptable por igual a todos los países, desde el Eufrates hasta la remota Bretaña. Los romanos hallaron en pleno vigor, al empezar su dominación en España, el primitivo gobierno local de los celtíberos y la organización más adelantada, pero semejante, de las colonias cartaginesas. Afortunadamente, sus propias tradiciones gubernamentales eran las de riqueza y protección mutua, o democracia, más bien que las de concentración de la riqueza y del deber de la defensa en unos pocos, o aristocracia; y así pudieron implantar gradualmente en las ciudades celtíberas una nueva administración sin ponerse en pugna abierta con la base de la antigua.

Desde el principio se estableció una diferencia entre las poblaciones conquistadas por la fuerza de las armas y las que se sometieron voluntariamente. Importantes plazas de la última categoría pasaron a ser *municipalidades* que pagaban un *estipendio* a Roma, y sus habitantes podían obtener individualmente el honor de la ciudadanía romana, aunque las comunidades en conjunto no la disfrutasen hasta mucho después. Las poblaciones más pequeñas se clasificaban también de análogo modo, siendo menos gravadas por tributos las que habían acogido bien a los romanos, y teniendo que soportar cargas muy pesadas las que habían sido sometidas con dificultad. Los pretores y sus cuestores, no obstante, durante el período republicano solían explotar todo lo posible

15 Formó una guardia para su persona de 3.000 celtíberos de Calahorra, y a él debió su alta posición Cornelio Balbo, un español de Cádiz, el primer extranjero que debía subir al consulado. Muchos de los principales funcionarios de Augusto en Roma eran españoles.

las ciudades indígenas sin respeto a la ley, aunque periódicamente fuesen a Roma emisarios de las poblaciones con quejas amargas de exacciones ilegales. Después de algunos años de mezcla de razas nació otro tipo de ciudad, llamado *colonia*, donde sólo residían romanos puros o mixtos, y a la cual se concedieron todos los derechos de la ciudadanía romana. Posteriormente surgieron otras colonias menos romanas, a las cuales se concedió un privilegio menor, como ocurría con las ciudades de Italia, disfrutando algunas el *jus Latii*, a semejanza de las próximas a Roma, y otras el *jus Italicum*[16].

Pero en esas diversas categorías de ciudades se seguía el mismo sistema de gobierno interior. Todos los habitantes libres que poseían una yugada o más de tierra formaban una asamblea, que era responsable colectivamente del gobierno de la ciudad y del pago del tributo. De esta obligación no podía eximirse ningún propietario[17], y la consecuencia fue que, aunque la tierra perteneciese nominalmente a los individuos, la comunidad exigía su pleno cultivo, para que cada «curial» o pleno ciudadano; pudiese pagar su cuota de contribución. Cuando la tierra era pobre y el tributo crecido, el propietario solía abandonar su tierra, y ésta pasaba a la comunidad. En los días de corrupción, anteriores a la caída de la dominación romana, la situación del curial llegó a ser intolerable. En las colonias y en los municipios de orden superior que gozaban del *jus italicum*, la asamblea de propietarios, o curia, elegía los magistrados administrativos; en las ciudades de segunda clase el funcionario principal era un rector nombrado por el pretor romano del distrito; y en la tercera clase el poder ejecutivo estaba en manos del mismo pretor. En todos los casos los funcionarios ejecutivos convocaban la asamblea o curia, que deliberaba y decidía por mayoría de votos sobre las cuestiones referentes a la distribución de las tierras comunes, al pago del tributo y a la hacienda de la comunidad, quedando en manos de los funcionarios ejecutivos los pormenores del gobierno. Los curiales gozaban de ciertas inmunidades y consideración social, y, si el imperio se hubiese desenvuelto con carácter civil y senatorial, el sistema hubiese podido tener éxito; pero, según se verá en el capítulo siguiente, la imposición de una autocracia militar (como llegó a ser pronto el imperio) sobre una base tan democrática como ésta, condujo a una situación insostenible, y contribuyó poderosamente a la caída del poder romano en España.

Hasta los últimos días de la república no se hizo ninguna tentativa seria —si se exceptúa la administración de Sertorio— de unir esas pequeñas comunidades tributarias en un completo sistema provincial. A excepción de las tribus semisalvajes del Noroeste, la organización primitiva de los celtíberos estaba olvidada ahora, y la población del Mediodía y de Levante había adoptado, en general, el traje y el lenguaje de los romanos, distinguiéndose ya los habitantes de las colonias, de Córdoba especialmente, por su refinamiento y su amor a la literatura latina[18]. La formación, pues, de las tres provincias en que se dividió España, fue aceptada como una medida administrativa natural por un pueblo que, habiendo renunciado a la tribu, estaba ahora, dispuesto para otra forma de federación. Cada provincia fue subdividida en tres o cuatro distritos (*conventus juridici*) y cuya

16 En un período algo posterior de la dominación romana se otorgaron a ciudades favorecidas nuevos privilegios especiales, declarándose a unas libres del pago del estipendio, y haciéndose a otras prácticamente independientes, a condición de ayudar a la metrópoli con una contribución de cierto número de hombres armados y de galeras. Allí donde no se había opuesto ninguna resistencia a la ocupación romana, los pleitos entre indígenas se decidieron con arreglo al derecho consuetudinario local, y auxiliando al gobernador provincial romano asesores romanos e indígenas. De análogo modo, en los comienzos de la dominación imperial, las asambleas representativas populares, que se reunían anualmente en cada provincia para celebrar fiestas religiosas dedicadas al emperador, estaban facultadas para fiscalizar los actos del gobernador provincial, y, si lo creían conveniente, enviar delegados a Roma en queja contra él. Esta atribución fue ejercitada frecuentemente en años posteriores.

17 Tan estrictamente era impuesta, que a ningún curial se permitía vivir fuera de la ciudad, y sólo con grandes dificultades y estrechas garantías podía entrar en un orden privilegiado o ingresar en el sacerdocio en la época cristiana. Tres cuartas partes de los bienes de un curial pasaban a la comunidad si moría sin hijos, y la cuarta parte era confiscada si su heredero no era curial.

18 Mételo, después de acabar con la rebelión de Sertorio, llevó consigo ciertos poetas de Córdoba, cuyo lenguaje era elogiado aun por Cicerón, que no encontraba en él más defecto que la pronunciación algo basta y rara del latín: *Pingue quiddam, adunque peregrinum*.

capital era el asiento de las autoridades civiles, locales y militares, dependientes del legado imperial o senatorial de la capital de la provincia. Así al comienzo del imperio estaba completo el marco administrativo para gobernar a España, su principal colonia, como un país civilizado.

1100 a. de J. C. a 27 a. de J. C.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Los fenicios y los griegos habían traído al pueblo las artes de la civilización, el conocimiento de los caracteres escritos, del uso de la moneda, del cultivo del suelo, de la cría de ganado para lana, del tinte de las telas, de la minería sistemática, de la fundición y temple de los metales, y también, hasta cierto punto, las artes estéticas de la pintura, escultura, mosaico y decoración cerámica.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Las lanas y paños de las deltas del Guadalquivir habían adquirido fama en todo el mundo, especialmente cuando se tiñeron con los quermes grana de los montes de la cordillera litoral. Las hojas de acero de Bílbilis y los escudos y armaduras del mismo sitio eran muy apreciados por los soldados romanos, al par que los españoles celtíberos, así en sus guerras intestinas como al servicio de los generales púnicos y de la República romana, habían dado muestras de ser combatientes de excepcional valor y sufrimiento, y contribuyeron no poco a extender la civilización que seguía a las banderas romanas por la Europa central. En el período sobre el cual escribimos ahora (el establecimiento del Imperio romano), la metrópoli sacaba ya de España mucho del lujo material que enervaba a los pueblos: la plata, las joyas, las perlas, las telas finas, las frutas, el vino, el aceite, el atún[19], etc., que se enviaban en abundancia de Bética, Cartagena y Tarragona a los puertos romanos.

19 Una de las exportaciones más apreciadas de España era el condimento llamado *garum*, tan estimado del gastrónomo de Roma. Se hacía (principalmente en Carteia, cerca de Gibraltar) de los intestinos de cierto pez macerados en sal.

II.
Un nuevo régimen. España bajo el Imperio Romano y bajo los godos.

Organización de la España romana.—Influencia de los españoles en la literatura latina.—Los Césares españoles.—Decadencia de la civilización romana en España.—El cristianismo en España. Su influencia en el carácter del pueblo y en las instituciones.—Caída del imperio.—La venida de los godos.—Influjo de las tradiciones góticas en España.—La monarquía electiva.—El triunfo del romanismo sobre el arrianismo.—El código de Alarico.—Literatura y arte en España en tiempo de los godos.—Los concilios de prelados.—Teocracia.—El desembarco de los moros.

El gran Julio había castigado, pero no sometido por completo, a las tribus del montuoso Noroeste, y las fronteras de las provincias imperiales Lusitania y Tarraconense estaban expuestas a las frecuentes incursiones de esos bárbaros. A Augusto le pareció fácil, sin duda, aniquilar ese puñado de montañeses, y poco después de su elevación a la dignidad imperial vino personalmente a extender hasta el remoto Finisterre la red de la administración romana.

Estableciendo su cuartel general por el pronto en Segisamo, entre Burgos y el Ebro, mandó dos divisiones de su ejército contra los cántabros y asturianos, respectivamente; pero su empresa era más difícil de lo que él esperaba —como a Napoleón le ocurrió con la suya mucho después—, y Augusto se retiró desalentado a Tarragona, dejando a sus generales proseguir aquella guerra irregular que, tras muchas decepciones y parciales victorias, condujo al agotamiento más que a la sumisión de las tribus. Pero se establecieron grandes guarniciones permanentes en varios puntos de las fronteras, en Astorga, en Braga y en Pisoraca, al Sur de Santander, cercando así a los bárbaros, y reduciéndolos a la impotencia contra las partes normalizadas del país. Augusto estimuló la creación de nuevas ciudades en los sitios que ocupaban sus guarniciones. *Emérita Augusta* (Mérida), *Asturica Augusta* (Astorga), *Bracara Augusta* (Braga), *Lucus Augusti* (Lugo), *Cesaria Augusta* (Zaragoza), *Pax Augusta* (Badajoz) y *Urbs Séptima Legionis* (León), recibieron su bautismo y especiales privilegios de Augusto, y llegaron a ser otros tantos centros de propagación y cultura latinas, que de allí a poco hicieron a las poblaciones del centro y del Norte casi tan romanas como habían sido las del Sur durante varias generaciones. De aquí en adelante, por espacio de cuatro siglos, España corrió, política y socialmente, la suerte del imperio. Pero lo que a nosotros nos interesa es el efecto que produjo en el desarrollo del pueblo español su conexión con Roma.

La primitiva lengua ibérica, con sus letras semi-fenicio-hebraicas, se olvidó rápidamente, y por toda España resonó, de extremo a extremo, lo que San Agustín llamaba la *odiosa cantio* de los niños indígenas que aprendían el latín, pronunciado, como puede presumirse, de un modo que ofendía los delicados oídos de los descontentadizos doctos de Roma, pero que no por eso dejaba de ser un vehículo apropiado para la rica expresión de esa raza extraordinariamente compleja, cuyas primitivas manifestaciones de civilización tomaron las formas peregrinas de la actividad literaria y de la sutileza mental. La introducción de este nuevo elemento exuberante en la cultura latina tuvo efecto en una ocasión crítica de la vida de la última. La literatura que fundaron los romanos sobre la de Grecia, había alcanzado su más alta expresión nacional en los últimos días de la república; el establecimiento del imperio, no sólo cortó las alas a la oratoria y a la polémica, sino que dio a las grandes colonias una importancia de que jamás habían gozado antes. Afluyeron a Roma hombres de los más lejanos confines del imperio; galos, españoles y africanos rodearon a Augusto como cortesanos, parásitos y funcionarios; cónsules de nacimiento extranjero gobernaron provincias; estadistas coloniales invadieron el Senado mismo, y en unos cuantos años, un César tras otro, nacidos en España, gobernaron el mundo desde Roma. Era inevitable, pues, que la cultura latina

recibiese nuevo color de las nuevas influencias que el imperio introducía en el corazón del sistema romano.

Literariamente, la raza mixta que descollaba, sin comparación, entre las que surgieron de las ocupaciones romanas, era la neo-celtíbera; y durante el siglo de Augusto introdujo en la literatura latina la verbosidad exuberante, la sátira mordaz y la viciosa sutileza, que han seguido siendo hasta el día las características invencibles de la producción intelectual española. Pero, aunque la introducción de esa rica frondosidad, con su declamatoria vehemencia y su desenfrenada fantasía, pareció dar nuevo vigor por algún tiempo a la ya decadente literatura latina, trajo consigo las semillas de la viciosa vegetación inferior que ahogó las flores; y, tanto en la literatura como en la vida social, la declinación y caída de la civilización romana, aunque nacidas de causas inherentes a la civilización misma, fueron hechos a que coadyuvaron en gran escala las cualidades especiales del pueblo celtíbero, que desde la época de Augusto, hasta la venida de los godos, ejerció tan poderosa influencia sobre la cultura romana. A partir de los sobrios comentarios sobre Virgilio escritos por el español Julio Higinio, esclavo liberto de Augusto, y jefe de la Biblioteca Palatina de Roma, y de las compilaciones y críticas de oratoria de Séneca el mayor (español también), el espíritu peculiar ibérico se despliega rápidamente en la docta pero verbosa pompa de Séneca el menor, la belleza oratoria de la *Farsalia* del cordobés Lucano, el ingenio satírico y la insolencia desvergonzada de Marcial de Bílbilis, y la sutileza crítica y la doctrina discreta de Quintiliano de Calahorra. Los puristas romanos podían ridiculizar los provincialismos que desvirtuaban el estilo latino castizo — y aun los más grandes entre los mismos escritores hispano-latinos, como Marcial y Qaintiliano, trataron de suprimir las formas exóticas de expresión que los extranjeros introducían en Roma— pero la marea era demasiado fuerte para ser contenida, y la decadencia, en punto a estilo, desde Cicerón y Séneca el mayor hasta Tácito, y desde Tácito hasta los escritores de la Roma cristiana, fue rápida y completa.

Al par que escritores de cuna española introducían en la literatura latina un estilo excesivamente florido y un atildamiento excesivamente sutil, España prosperaba extraordinariamente. Bajo los emperadores Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, la rapacidad de los funcionarios romanos vejaba a España, como vejaba al resto del imperio; pero el creciente lujo y la ociosidad creciente de la capital hicieron de España así el granero como la tesorería de Roma; y el incremento consiguiente de la riqueza la permitió, no sólo vivir, sino sembrar su suelo de edificios públicos, circos, caminos, acueductos y puentes, cuyos poderosos restos despiertan un vago asombro en el español degenerado del día. Así ocurrió, aun en tiempo de los malos emperadores; pero a éstos sucedieron Vespasiano y Tito, y posteriormente una serie de Césares españoles, bajo cuyo benigno gobierno su tierra nativa se elevó a su más alto punto de grandeza y prosperidad. Trujano, Adriano y Marco Aurelio gobernaron sabiamente durante sesenta años, con ligeros intervalos entre unos y otros. Bajo ellos la administración se reformó y subdividió más aún; el aceite, el vino, el trigo, la salazón, la lana, el lino y los metales preciosos de España proporcionaron a Roma el lujo que debía enervarla y arruinarla[20]. Legionarios españoles paseaban las águilas desde el Tigris hasta el Tyne, y en todo, salvo en el nombre, España, la hija, fue más grande que Roma, la madre, desde la muerte de Domiciano hasta la muerte de Marco Aurelio.

Pero la civilización española, por mucho que pudiese teñir las aguas con su carácter nacional, recibía toda su inspiración de la fuente romana[21], y más pronto o más tarde la gran colonia tenía que

---

20 España, como *provincia nutrix,* tenía que enviar todos los años a la madre patria cierta cantidad de géneros comestibles, lo cual podía hacer fácil y provechosamente a consecuencia de la riqueza de su suelo. El pago de estos envíos se hacía en gran parto en moneda, y acrecentaba mucho la prosperidad del país y la propagación del lujo en el mismo. Por este tiempo existían corporaciones de artesanos en varios puntos de España, especialmente en Tarragona, que era famosa por sus manufacturas de tejidos y su cerámica.

21 De los numerosos ejemplares existentes de arte hispano-romano —obras de oro y plata, de barro, de vidrio y armas — ninguna presenta un carácter especial que la distinga del arte romano encontrado en otros puntos del mundo. El arte español no parece haber adquirido un sello propio hasta después de la venida de los godos.

participar de la decadencia que aquejaba a la metrópoli. Aunque Trajano y los demás Césares españoles ejerciesen una influencia beneficiosa, su misma elevación significaba un gran paso en la pendiente de la decadencia política del imperio, porque indicaba que los legionarios provinciales habían aprendido de la guardia pretoriana la lección perniciosa de la intervención militar en el gobierno civil, y que el trono imperial debía ser prenda y juguete de soldadescas rivales. Después de la muerte del infame Cómodo y el asesinato de Pertinax, sobrevino la lucha que era resultado inevitable de ese estado de cosas. La guardia pretoriana de Roma sacó el trono a pública subasta, y asesinó al favorecido, porque no pudo pagar todo el precio que prometió. Las legiones provinciales proclamaron entonces tres emperadores rivales, y la consecuencia fue el despotismo militar fundado por Septimio Severo, a que debía seguir un siglo de anarquía, durante el cual los bárbaros francos asolaban impunemente los territorios de Roma, y devastaban algunas de las más ricas provincias del Oriente de España (256 a 268). La rapacidad de los recaudadores de contribuciones, y la corrupción de los pretores, convertían rápidamente a España en un desierto. Caracalla había impuesto a todas las poblaciones provinciales la carga de la ciudadanía romana, para sacar de ellas mayores tributos, y a los desgraciados curiales de las ciudades se los hacía responsables ahora, no sólo de las contribuciones de sus propios municipios, sino de las de los distritos rurales del contorno. Esto significaba la general ruina, y los propietarios menores, sobre quienes pesaba principalmente esa abrumadora responsabilidad, abandonaron a millares sus tierras, y buscaron la salvación en lejanas legiones extranjeras, y hasta en la esclavitud. Sus abandonadas tierras eran conferidas a elegidos del gobierno provincial, para que el despojo de los cultivadores fuese completo en nombre de la ley. Bajo esta carga abrumadora de contribución, que pesaba casi enteramente sobre los labradores, la agricultura cayó en la postración más completa, y algunos de los mejores campos de cereales de Europa se convirtieron en bosques y desiertos. Además, extensos eriales cayeron en manos de los funcionarios romanos, quienes, a falta de colonos libres, que habían huido o perecido en las guerras extranjeras de Roma, recurrieron al trabajo de esclavos, para el cultivo de sus dominios. También en las ciudades españolas vino a ser cosa corriente la esclavitud, porque también los menestrales, agobiados por las contribuciones, solían hacerse esclavos voluntariamente para asegurarse siquiera pan y albergue.

Esta ruina de una gran civilización no llegó a consumarse sin que hombres ilustrados hiciesen más de un esfuerzo por detenerla. En los comienzos de la tercera centuria, Diocleciano y Constantino procuraron, pero demasiado tarde, descentralizar el gobierno y devolver la vitalidad a los atrofiados miembros exteriores. De las cuatro grandes prefecturas que formaron, la de la Galia comprendía Francia, Gran Bretaña y España, y el último país se dividió en siete provincias: Bética (Andalucía), Lusitania (Portugal meridional), Gallæcia, Tarraconensis, Carthagenensis, Tingitana (Marruecos) e Insula Balearum, siendo gobernadas las tres primeras por cónsules, y las restantes por presidentes, todos los cuales eran responsables ante el vicario de España, subordinado, a su vez, al prefecto pretoriano de Galia, que tenía su corte casi independiente en Arles, a orillas del Ródano. Pero la institución de esos grandes funcionarios, soberanos en todo, salvo en el nombre, cuando la corrupción había destruido el patriotismo romano y minado la integridad romana, no hizo más que allanar el camino para la completa disolución del imperio; y las hordas de bárbaros, que asaltaban los territorios romanos por todas partes, desde Armenia hasta la Galia, invadieron con relativa facilidad las provincias semi-independientes, abandonadas a sí mismas por los viciosos tiranos de Roma, mientras daban dinero para el despilfarro y perversidad de la capital. Otro factor poderoso de la disolución del imperio romano, especialmente influyente en España, por las razones que ahora se dirán, fue el establecimiento del Cristianismo como sistema religioso y político.

Las bases de la vida social romana se desmoronaban. Apoyábase esa vida desde un principio sobre el cimiento del gobierno doméstico. El individuo, como tal, no tenía derechos naturales que reconociese el Estado. El *pater familias* concentraba en sí todos los derechos y deberes de la familia. No sólo era el jefe, sino el juez, el sacerdote doméstico y el autócrata de su casa. En los días de la sencillez y pureza de Roma, en una fase primitiva de civilización, todo marchaba bien; pero,

cuando se desacreditaron los antiguos dioses, se generalizó la corrupción, y cuando el creciente número de esclavos domésticos condujo a la promiscuidad, la institución de la familia no fue ya suficiente para la protección de los individuos, y se hizo absolutamente necesaria una nueva organización de la sociedad.

La política y la filosofía habían seguido un proceso de decadencia algo semejante. Con el creciente elemento provincial introducido en Roma por el imperio, y con las consecuencias progresivamente viciosas del despotismo militar, los magistrados y administradores habían degenerado en opresores, de quienes no podía esperarse ninguna protección, y la inmensa masa de los individuos del pueblo eran simples máquinas, cuyo trabajo mantenía el desenfrenado lujo de una débil y viciosa minoría. La antigua religión, además, había perdido su ascendiente. Las dos escuelas de pensamiento que dividían al mundo romano, la epicúrea y la estoica, ofrecían dos sistemas que podían sustituir a la fe decadente en las divinidades paganas. El materialismo sensual y la franca incredulidad del epicúreo atraían a los enervados por el lujo del tiempo, contra los cuales no podía abrirse camino el estoico, con su frío credo de deber, justicia y abnegación, sin mandato divino ni recompensa sobrehumana. Pero con el nacimiento del cristianismo cambió todo. Había un credo vivo que daba al estoicismo una razón y una recompensa, y murmuraba al oído del esclavo, del «bárbaro», del labriego y del artesano: «Vosotros sois también hijos de Dios, tan caros para vuestro Hacedor como el más orgulloso de los tiranos». No para los judíos sólo, como anunciaba San Pablo, sino para todo el mundo, se daba esta nueva carta de la humanidad, que hería en su misma base a la sociedad romana, deponía al *pater familias*, excepto en los corazones de sus hijos, y proclamaba la fraternidad de todos los hombres como hijos igualmente amados del Padre universal.

Desde los días más remotos la nota dominante del espíritu celtíbero había sido el sentimiento absorbente de la individualidad; y un nuevo Evangelio que daba un apoyo divino al instinto más enérgico de la raza española, se apoderó aquí del corazón del pueblo como en ninguna otra parte del mundo. Si Santiago predicó el Evangelio en el Norte de España y San Pablo en el Sur, poco importa; lo cierto es que, durante los tres primeros siglos, el cristianismo se extendió rápidamente por el país, y aun en época tan temprana la organización de la Iglesia, donde todo lo demás estaba desorganizado, la permitió ejercer un poder político mayor que en ninguna otra parte. En medio de la general disolución de la autoridad civil, un cuerpo compacto de sacerdotes y obispos, con recursos independientes, una jurisdicción especial y un fin común, vino a ser de hecho un Estado dentro del Estado[22]. Así, antes de que el poder romano desapareciese definitivamente de España, había sido reducido a la impotencia por la apatía de la gran masa de la población, que no tenía nada que perder, y por el vigor y cohesión de los obispos y sacerdotes cristianos españoles, cuya eminencia personal los hacía poderosos, y cuya doctrina de fraternidad humana y de comunión de las almas con Dios cuadraba perfectamente a la imaginación mística del celta, amalgamada con la altiva independencia del ibero.

España no se libró de la persecución que afligió al cristianismo en otras partes, especialmente desde Trajano, que conocía a sus compatriotas y comprendía que el triunfo del cristianismo significaba la pérdida de España para el imperio. Muchos mártires aislados padecieron intrépidamente por su fe en los dos primeros siglos; pero con el terrible edicto de Diocleciano (303), España, durante algunos años, fue teatro de las crueles persecuciones generales, que sólo sirvieron para aumentar el fervor de los que presenciaban la constancia de las víctimas. Al fin, el edicto promulgado por Constantino en Milán (306) dio la libertad religiosa a todos los ciudadanos romanos, y con el bautismo del gran Teodosio antes de finalizar el siglo, el cristianismo pasó a ser la religión del mundo romano. El emperador Teodosio, español, fue el hombre que reunió el

22 En 313 se celebró en Elvira (Granada) el primer gran concilio del clero español, con asistencia de 19 obispos, 36 presbíteros y muchos diáconos; y aunque sus 81 decretos se referían sólo a teología y disciplina eclesiástica, sin embargo, la existencia tan temprana de semejante asamblea nacional anunciaba la preponderancia futura de la Iglesia en asuntos civiles. En 380 el gran concilio se reunió en Zaragoza, y en 400 el primer concilio de Toledo asumió las funciones de Parlamento nacional, y discutió tanto asuntos civiles como eclesiásticos.

imperio, y se atrevió a hacer frente al nuevo orden de cosas, tratando de conciliar a todo trance la continuación de un poder basado en el paganismo con el reinado de Cristo. Pero Teodosio, a pesar de ser grande, tenía la vehemencia de su sangre ibera y los viciosos métodos de sus tradiciones paganas imperiales. Al paso que mandaba a todos los ciudadanos adherirse a la doctrina de la Trinidad enseñada por San Pedro y sostenida por el pontífice Dámaso, estigmatizaba a los que creían en otras variantes del cristianismo como locos extravagantes, a quienes «infamaba con el nombre de heréticos», y amenazaba con «las severas penas que nuestras autoridades, guiadas por la sabiduría divina, sabrían imponerles.» Ese verdadero español vino al mundo demasiado tarde. La corrupción y decadencia de Roma habían ido demasiado lejos para que sus instituciones pudiesen reconstituirse con arreglo al tipo cristiano. Los godos estaban ya a sus puertas; los vándalos, en sus legiones; y la muerte de Teodosio (395), que tanto había hecho por reanimar el imperio moribundo con la fuerza de la cruz, fue la señal de la disolución de Roma.

Teodosio volvió a dividir el imperio entre sus dos hijos, debiendo gobernar Arcadio el imperio bizantino de Constantino, y el débil Honorio el de Occidente. El gobierno del último fue disputado por otro Constantino, elegido emperador por los legionarios de Bretaña. Para hacer frente al rebelde, Honorio y su mercenario vándalo Estilicón dejaron atravesar el Rhin y llegar a la Galia (406) al enjambre de hordas de los bárbaros, vándalos, suevos y alanos. Así, al fin, quedaron abiertas las compuertas, y el poder romano no pudo volver a rechazar nunca la ola invasora. Constantino, sin embargo, venció fácilmente a su rival, y no tardó en ser elevado al trono en Arlés. Dejando a los aliados bárbaros de Honorio entenderse con el último, Constantino atravesó los Pirineos y penetró en España, porque, sin este territorio, el imperio de Occidente hubiese carecido de valor. Honorio, el hijo de Teodosio, era español; mas, por razones que ya se han indicado, las poblaciones indígenas de España hacían poco aprecio ahora de la persona del supremo gobernante de Roma. La descomposición y la anarquía que aquejaban al mundo romano, habían dejado de hecho a España sin más gobierno que una serie de sanguijuelas insaciables que robaban al trabajador y al débil en nombre de un emperador lejano, que no daba ni protección ni paz a cambio de sus exacciones. Constantino, pues, atravesó España casi sin resistencia, y no tardó en ser reconocido emperador por el mismo Honorio. Pero una empresa mayor que hacer correrías por la apática España presentábase ante él, si se hubiese atrevido a acometerla. El godo Alarico era dueño de la Italia septentrional, y Constantino, considerándole demasiado fuerte para habérselas con él, se retiró al otro lada del Ródano, y tuvo que contentarse con el territorio que ya había conquistado. Pero mientras él estaba en la Galia, estallaba la anarquía en España, donde había dejado a su joven hijo como regente. Geroncio, el general de España, proclamó emperador a su propio hijo, con su capital imperial en Tarragona, y en hora funesta invita a atravesar los Pirineos para ayudarle a las bandas de bárbaros que habían cruzado el Rhin para auxiliar a Honorio, y a las cuales había dejado tras sí Constantino en la Galia.

Como nube devastadora de langostas, sin hacer distinción entre amigos y enemigos, cayeron las tribus sobre España (409), y uno de los hechos más extraños de la historia es que ni los soldados romanos ni la población latino-celtíbera opusieron a su avance ninguna resistencia eficaz. Sin duda, su aspecto era salvaje y sus procedimientos de guerra terroríficos; pero el que los celtíberos, cuya índole fue antes y después fieramente guerrera, sobre todo en la defensa de sus propios distritos, se dejasen humildemente saquear y matar por salvajes, prueba más que nada la completa desesperación que había engendrado en el pueblo el imperio romano. Durante siglos, además, los hombres más viriles de la raza habían sido alistados en las legiones y enviados a los más remotos confines del imperio, para no volver a ver nunca, en la mayoría de los casos, la tierra natal; y esto, juntamente con las consecuencias enervadoras de la molicie romana, sobre todo en el Mediodía y en Levante, había debilitado indudablemente la raza, al par que las fraternales y pacíficas doctrinas del cristianismo pudieron quitar vigor a la resistencia. En todo caso, ni Roma ni la población indígena resistieron el ímpetu de los salvajes, y España, desde los Pirineos hasta las columnas de Hércules, fue asolada y saqueada.

Durante sus largas peregrinaciones desde las orillas del Báltico, los invasores no habían visto ningún país tan fértil y hermoso como el que se ofreció a sus ojos al bajar las vertientes meridionales de los Pirineos; y las varias tribus germánicas no tardaron en combatir entre sí por la posesión de las regiones escogidas. Los menos numerosos, los suevos, fueron rechazados al montuoso rincón Noroeste, donde, dando espaldas al mar, defendieron lo suyo contra cuantos llegaban, mientras que los alanos, más numerosos, se extendieron hasta el centro y hasta el extremo Oriente y el extremo Occidente, saqueándolo todo a medida que avanzaban. Los vándalos tomaron posesión del fértil Mediodía, con sus hermosos puertos y ricos valles, y durante seis años (409 a 415) las tribus se enseñorearon de la España romana en medio de la carnicería, el hambre y la peste.

Alarico, el rey godo, era dueño de Italia antes de morir en 411, y su cuñado Ataúlfo, el nuevo rey, extendió su poder victorioso sobre la Galia, venciendo a los Césares advenedizos que, elegidos por varias legiones, disputaban la corona al débil Honorio. El objeto de Ataúlfo era contraer alianza con la familia de Honorio casándose con su hermana Placidia, y acaso sucederle después en el trono imperial como primer emperador visigodo. Honorio era suspicaz, y rehusó; pero Ataúlfo realizó su propósito, casándose con Gala Placidia sin el consentimiento de su hermano. El último entonces indujo al visigodo a atravesar los Pirineos y reconquistar a España de los bárbaros, como había reconquistado la Galia para el imperio. Llegaba sólo a Barcelona cuando fue asesinado, como lo fue su sucesor pocos días después. Los generales góticos que había en Barcelona eligieron entonces rey a Valia, que no tardó en domeñar a las tribus bárbaras, y lealmente dejó a España bajo el poder del emperador de Rávena, recibiendo para sí como recompensa el reino de la Galia meridional (Tolosa) en 418. Pero no bien se habían retirado de España los godos, cuando otra vez volvieron a agitarse los vándalos, y corriéndose hacia el Norte, atacaron a los suevos que bajaban, y los rechazaron nuevamente a su fortaleza montañosa. Los vándalos, a su vez, fueron obligados a retirarse a su territorio de Andalucía (es decir, Vandalucía) por las fuerzas unidas de romanos y suevos en 420, y allí dominaron por mar y tierra durante siete años. Qué poder hubiese llegado a adquirir ese enérgico pueblo si hubiese permanecido en Andalucía, es difícil decir, porque a la sazón era ya dueño del Mediterráneo occidental; pero un general romano descontento solicitó desde Marruecos su ayuda, y casi toda la tribu de 80.000 hombres, con muchos alanos también, atravesó el Estrecho de Gibraltar (429), y España no volvió a verlos, aunque sangre vándala debía correr abundantemente por las venas de los fieros berberiscos, que trescientos años después salieron de África, capitaneados por Tárik, a fin de conquistar España para la media luna.

Durante cerca de cuarenta años, los reyes godos de Tolosa prestaron auxilio a emperadores débiles para conservar una sombra de dominación en España, castigando a los salvajes y paganos suevos y reprimiendo a los belicosos alanos; pero en todo ese tiempo no existió sistema regular ninguno de gobierno central fuera de los campamentos imperiales, y el débil lazo de la nacionalidad española volvió a resolverse en sus primitivos elementos: poblaciones autónomas independientes. Por fin, hubo un rey de Tolosa bastante fuerte para hacer caso omiso de aquella sombra de dominación romana en España. Eurico venció a la guarnición romana de Tarragona; y de allí en adelante (466-484), por virtud de un tratado con el emperador, gobernó toda España, excepto el Norte y el Occidente suevos, desde su capital del Mediodía de Francia.

Convendrá aquí pasar revista brevemente a la nueva situación creada por la aparición de una nueva raza gobernante en la Península, y considerar el influjo que ejerció este hecho en la formación del pueblo español. El influjo de las tribus bárbaras puede descartarse desde luego por exiguo, excepto en Galicia, donde la mezcla de celtas y suevos produjo una raza, que conserva aún un carácter completamente especial. Pero los godos, al tiempo de aparecer en España como una aristocracia gobernante, eran ya de todo en todo, por su largo contacto con Roma, un pueblo civilizado, a quien los españoles recibieron como libertador de las depredaciones de los bárbaros, y, en cierto sentido, como sucesor de los funcionarios romanos que habían mandado en el país tanto tiempo. Las tradiciones gubernamentales góticas eran las propias de un pueblo que había llevado

una existencia guerrera y nómada durante siglos; y, como veremos, su incapacidad para alterar esas tradiciones, cuando fundaron un poder regular, condujo a su caída coma raza directora.

Se ha visto cuan completamente habían adoptado los españoles los usos sociales y los gustos literarios de sus conquistadores romanos: que el arte, la ciencia, la arquitectura y la religión latinas fueron aceptadas enteramente, sin glosa ni alteración ibéricas, por un pueblo que, como nación, había surgido del salvajismo al conjuro de Roma; y, sin embargo, a pesar de todo, las tradiciones gubernamentales centralizadoras que el sistema romano había injertado en el primitivo gobierno local de los celtíberos echaron tan pocas raíces en España durante seis siglos, que, mucho antes de que saliesen del país los últimos legionarios, el gobierno centralizado había fenecido, y las poblaciones, con su asamblea de todos los ciudadanos libres, sobrevivían con poca alteración desde el período prerromano. Ningún genio gubernamental centralizador desangre neoceltíbera continuó las tradiciones nacionales introducidas por los romanos, ni trató de emplear los procedimientos romanos para hacer de España una nación civil regularmente constituida; y en el tiempo en que aparecieron los godos, tenían el camino expedito para volver a empezar las cosas a su manera. Esa manera era radicalmente distinta de la de los romanos. El sistema social gótico había reconocido siempre la independencia del individuo, y especialmente la de las mujeres de la familia. El jefe doméstico no concentraba en sí todos los derechos de su casa; mujer e hijos debían contribuir a luchar con el enemigo y a buscar el sustento, y participaban por derecho del botín y del sustento. La igualdad de la mujer con el marido se prescribía estrictamente, no sólo en la ceremonia del matrimonio, sino también por la ley, que la reconocía el pleno derecho sobre sus bienes y participación a medias en los bienes comunes. Como consecuencia de ese reconocimiento de los derechos de los individuos, las tradiciones gubernamentales de los pueblos germánicos eran puramente electivas y representativas, pero sobre una base aristocrática, como era inevitable en un pueblo que había vivido durante siglos por la lucha armada.

A primera vista parecería que un sistema como ese estaría en completo acuerdo con los instintos individualistas del pueblo español; pero no era así ni remotamente, y las tradiciones gubernamentales de los godos tuvieron en España comparativamente poco influjo. El individualismo, tan característico del español, nacía de un altivo sentimiento natural de independencia y de hostilidad a someterse a ningún otro hombre, mientras que el reconocimiento gótico de los derechos del individuo no tenía tal base. Era producto de la fase de civilización a que había llegado la raza, y el camino especial por donde la había alcanzado. Se apreciará fácilmente la diferencia por la prontitud con que los godos aceptaron la doctrina arriana de la predestinación, que no concede a los actos del individuo ninguna importancia en su evolución espiritual; mientras que los celtíberos afirmaron arrogantemente desde el comienzo la responsabilidad individual y la independencia racional de cada criatura respecto de su Hacedor.

La única idea centralizadora de los godos era una monarquía militar electiva, sostenida por capitanes propietarios, que posteriormente se desarrolló en el feudalismo europeo; y se verá que esa organización no podía ingerirse, sino con muchas dificultades y mucho tiempo, en un sistema de poblaciones tributarias autónomas[23]. El lector, por tanto, no se sorprenderá al saber que la consolidación de España bajo los reyes godos se efectuó por medios muy distintos de las tradiciones gubernamentales germánicas, y que el espíritu que dominó finalmente en la formación de la nación fue el neoceltíbero, y no el gótico.

Se ha citado ya el ardimiento con que los hispano-latinos abrazaron la religión de Cristo, y la temprana preeminencia que alcanzó el clero español en punto a organización eclesiástica. La masa

23 En Britania, por ejemplo, donde no se habían perdido las primitivas tradiciones «tribuales», y donde las poblaciones habían sido gobernadas según procedimientos militares puramente romanos, las tradiciones germano-sajonas de una pequeña clase aristocrática que hablaba en nombre de toda la Comunidad, se aclimataron de un modo fácil, y condujeron naturalmente al feudalismo, donde la posesión de la tierra traía consigo el derecho de hablar en nombre de los que en ella vivían, y el deber de protegerlos contra los demás, reclamando en cambio cierto servicio. Por razones que se han consignado, ese sistema feudal nunca tuvo gran fuerza en España.

de la población, como puede suponerse, era pagana aun en la práctica y en sentimientos; pero la doctrina del cristianismo sobre la igualdad humana y la responsabilidad individual hablaba a sus instintos más caros, y los hombres de su propia raza y lengua que la enseñaban, viniendo como venían con la aureola de una misión sobrenatural, extendieron rápidamente su influencia sobre el pueblo. Los concilios primitivos de la Iglesia, a que ya se ha aludido, fueron así las primeras asambleas congregadas en España que, en cierto sentido, pudieron pretender hablar en nombre de la nación. Cuando el primer gran cisma amenazó dividir la Iglesia, un español, Osio, obispo de Córdoba, fue el elegido por Constantino (321) para persuadir a Arrio a abandonar su herejía unitaria. Fracasada esta tentativa, Osio asistió al gran concilio de Nicea, que fijó los cánones de la fe, descollando allí sobre todos los demás eclesiásticos; y cuando (880) Prisciliano, obispo de Ávila, se atrevió a pensar por su cuenta en lo tocante a la Trinidad, su enseñanza fue perseguida sañudamente, él fue ejecutado, y sus pocos secuaces se diseminaron hasta las lejanas islas Scilly[24]. No había en España lugar para la herejía, y cada concilio que se celebraba volvía a afirmar la pureza de la única fe verdadera.

Cuando Eurico y sus sucesores aparecieron en España como reyes, la única institución unificada que encontraron fue la organización eclesiástica, nacida con la extensión del cristianismo, y obedecida, al menos en materias doctrinales, por todo un pueblo. Desgraciadamente, los godos habían adoptado la creencia arriana; y cuando Clodoveo y sus francos, paganos todos, codiciaron la Galia, y el primero adoptó el cristianismo latino para ganarla, entonces el godo Alarico, rey de Tolosa y España, hijo de Eurico, vio que la doctrina tenía más fuerza que la lealtad temporal, porque ninguno de sus súbditos católicos quería ayudar a un arriano contra el católico franco, y los godos fueron arrojados de la Galia y se vieron reducidos a España, que sólo las armas de Teodorico, el ostrogodo de Italia, conservaron para su pariente Amalarico contra Clodoveo (511). Desde entonces, durante años, los católicos francos sostuvieron una cruzada, generalmente afortunada, contra los arrianos godos de España y del Mediodía de Francia, en la cual los católicos iberos dejaron toda la lucha a su arriano monarca y a sus gentes[25]. También el imperio halló motivo de contienda con los godos arrianos de España, y por una intriga con uno de los pretendientes godos a la corona (Atanagildo), el emperador bizantino recobró la mayoría del Sur de España (554), mientras Atanagildo reinaba desde su capital de Toledo en el resto del país. Esta división religiosa permanente entre el rey godo y sus súbditos españoles paralizó el progreso de la organización civil, e hizo que la casta militar goda fuese doblemente extraña para el pueblo, en cuyo seno vivía. Otra circunstancia vino a aumentar el aislamiento de los godos. Durante ciento cincuenta años, los suevos habían conservado en el Noroeste de España su pagano reino independiente, hasta que en 560 San Martín de Dumio, por medio de unas reliquias milagrosas que devolvieron la salud a un príncipe suevo, convirtió toda la nación al catolicismo. Así, a cada lado de los Pirineos, como en el Sur de España, y aun entre la masa de sus propios súbditos, los reyes godos se encontraron amenazados por celosos enemigos religiosos, anhelantes de una cruzada, en que los españoles se pondrían de parte del adversario.

Y no era ese el único peligro que amenazaba a la dominación goda. El sistema de elección del soberano por los jefes militares abría la puerta a interminables disensiones e intrigas, ocurriendo las más de las veces que el rey elegido era asesinado después de un breve reinado, por una de las facciones o por uno de los pretendientes que codiciaban la sucesión. Se veía ya de una manera palmaria que las instituciones que convenían a una nación militar ambulante eran destructoras en un Estado civil regular, y el rey godo Leovigildo (572) convocó a los jefes militares, y obtuvo su autorización para hacer hereditaria la corona en su familia, siendo designados sucesivamente, como primeros herederos, sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo. Después reunió todas sus fuerzas y expulsó a las tropas del emperador bizantino de los territorios del Este, que habían usurpado,

24 Islas Sorlingas, en Cornualles. (Nota del editor digital.)

25 En 532 los francos penetraron en el país hasta Zaragoza, pero fueron combatidos y derrotados por un ejército godo en su retirada al través de los Pirineos.

confinándolas en la provincia meridional, que habían obtenido de Atanagildo, y volvió a rechazar a los suevos y a los cántabros hacia sus inaccesibles montañas del Norte y Noroeste.

Pero, aunque triunfaron sus armas, la dificultad religiosa continuó, o más bien aumentó. Tres cuartas partes de la población, por lo menos, eran católicas, aunque toda la aristocracia militar y los soldados godos eran arrianos; de modo que la fuerza estaba de parte de los últimos; pero los católicos ganaron un notable recluta en Hermenegildo, el heredero de la corona, cuya mujer franca, Ingunda, era atanasiana ferviente; e instigado por el clero católico indígena, especialmente por Leandro, obispo de Sevilla, Hermenegildo se colocó al frente de una rebelión contra su padre, en que todos los elementos católicos de la Península se pusieron al lado del rebelde. Los bizantinos imperiales le abandonaron en un trance crítico, y después de sufrir un largo sitio en su capital vice-real de Sevilla, Hermenegildo fue derrotado, desterrado a Valencia y perdonado por su padre, a condición de abjurar el catolicismo. Pero, cuando los godos, poco después, trataron de imponer el arrianismo a sus secuaces católicos, Hermenegildo volvió a levantarse, y tornó a devastar el país una guerra civil entre el padre y el hijo, en que los francos y los bizantinos romanos estuvieron de nuevo al lado del rebelde. Hermenegildo fue derrotado por las tropas de su padre en Tarragona, y ejecutado de allí a poco, con gran escándalo del clero romano, que, andando el tiempo, forjó una fábula piadosa sobre el hijo desobediente, de quien la Iglesia ha hecho un santo, y España un héroe católico nacional.

Leovigildo, el más grande de los reyes góticos de España, murió en 586, colmado de honores y rodeado de esplendores regios, como ninguno de sus predecesores. Hombre enérgico, empeñado en unificar un pueblo, sometiendo la mayoría a las ideas religiosas de la minoría, fracasó, como no podía menos de fracasar, dada la fuerza de los elementos contrarios. Cien años antes, el clero español había descubierto que la unión es la fuerza, y que sus concilios eran la única institución del país que podía arrogarse un carácter nacional. No era, pues, verosímil que los obispos, con tres cuartas partes del pueblo tras de sí, permitiesen a un monarca extranjero, con un ejército extranjero, romper su fuerte organización y sustituirla con una centralización legal y una fe extraña. Leovigildo hizo cuanto pudo por convertir a España en una nación de carácter civil en vez de eclesiástico; pero tuvo contra sí, no sólo el clero interesado, sino el espíritu del pueblo español, a quien sedujo siempre la identificación absoluta entre el Estado y la Iglesia, y con el cual se armonizaba la idea de una nación asentada sobre una base eclesiástica. La opresión individual de un hombre no pudo sufrirla nunca; pero con todo, es y fue siempre el pueblo más fácilmente de gobernar del mundo, cuando el poder imperante es una entidad colectiva que se arroga una sanción sobrenatural.

La opresión del sacerdote, que habla en nombre de la Iglesia, o del rey cuyo poder emana del cielo, no degrada al súbdito, en su sentir; al contrario, le eleva y le pone en comunión con la Divinidad, que por su bondad infinita se digna intervenir en sus asuntos personales. Así, los sacerdotes católicos fueron más fuertes que Leovigildo, y el hijo de éste, Recaredo, lo reconoció, y bajó la cabeza ante lo inevitable. Hacia fines del siglo VI, efectivamente, el elemento godo había sufrido tal mudanza por ciento ochenta años de proximidad con los españoles romanizados, que era imposible mantener por más tiempo el aislamiento que había sido natural al principio. Los jefes militares godos, como los normandos que acompañaron después a Inglaterra a Guillermo el conquistador, se habían hecho dueños de la mayoría de las tierras, y fue creándose gradualmente un estado de cosas algo semejante al feudalismo, que redujo a la mayoría de la población extraurbana a un estado de semi-servidumbre. Cuanto más creció el poder de esos nobles, hasta el punto de pretender que el soberano fuese simple hechura suya, para disfrutar del trono sólo mientras procediese bien[26], tanto más preciso fue para los reyes —que ahora trataban de hacer hereditaria la corona— buscar fuerza y sanción en otra parte; e indiscutiblemente fue un golpe de buena política, de parte de Recaredo, el proclamarse católico y atraerse el apoyo de la Iglesia y de la masa de sus súbditos. Después de una tentativa parcialmente afortunada para convertir con él a los obispos

26 La fórmula era: «Serás rey, si obras bien; si no obras bien, no serás rey.»

arrianos y reconciliarlos con los prelados católicos, Recaredo convocó el famoso tercer Concilio de Toledo en 589, e hizo solemnemente su profesión de fe, exhortando a su pueblo a seguirle[27]. En vano protestaron contra el acto del rey la nobleza goda arriana y algunos de sus obispos. El orgulloso clero católico, con Leandro de Sevilla a la cabeza, reconoció a Recaredo como soberano, y el sacerdote tuvo en adelante la primacía en la política de España.

Ese era el punto en que se separaban los caminos. El espíritu ibero llevó a los españoles a preferir un monarca sacerdotal, que gobernaba con autoridad sobrenatural una democracia voluntariamente sumisa, aunque vigorosa, mientras que en Inglaterra la aristocracia territorial derrotó a la Iglesia, y el rey vino a ser juguete de los nobles, al par que el pueblo fue siervo de los mismos, hasta que, por pasos lentos, las clases medias se emanciparon gradualmente. Los diferentes caminos seguidos por los dos pueblos deben explicarse: primero, por tradición étnica, como ya se ha indicado; segundo, porque, con la invasión normanda, los reyes extranjeros de Inglaterra fueron al principio enteramente dependientes de los nobles, que poseían el poder armado, mientras que no había ningún lazo especial entre el rey y el pueblo; en España, por el contrario, la religión de los jefes godos tenía enfrente de sí, no sólo el poder eclesiástico, sino la gran mayoría del pueblo, y el rey pudo burlar y burló a sus nobles, uniéndose al partido más fuerte.

Después de muchas guerras con los francos en sus dominios allende los Pirineos, Recaredo murió en Toledo en 601. Su reinado marca una nueva época en la dominación goda, así como una linde en la historia más vasta del pueblo español. La ruda raza germánica había adoptado ahora, en gran parte, la lengua de los españoles romanizados; y, aunque el matrimonio entre las dos razas estaba prohibido, hubo, sin duda, una mezcla considerable de sangre de los dos siglos que habían transcurrido próximamente desde que Ataúlfo cruzó los Pirineos. Recaredo, el godo arriano, se había hecho un soberano nacional español bajo el patronato eclesiástico católico; pero desde ese instante declinó la fuerza de la monarquía goda, y cien años después se hundió. Antes de narrar los hechos de su decadencia, conviene dirigir los ojos hacia atrás por un momento para examinar la influencia que había ejercido sobre el pueblo hispano la dominación goda en los días de su vigor.

Tras los primeros años de anarquía, la llegada de esta robusta raza septentrional había infundido nueva energía en las poblaciones enervadas por siglos de decadencia romana, y nueva vida en las instituciones que minaban los abusos romanos; pero hubo pocas alteraciones en la organización social que los godos hallaron establecida en la España romana. Ya se ha dicho que el gobierno local, el núcleo de todo otro gobierno en España, había caído a consecuencia de hacerse responsables a los curiales del pago de todas las contribuciones. Los godos conservaron la institución de la curia, compuesta, como antes, de los contribuyentes territoriales, pero relevaron a los miembros de la responsabilidad por los tributos, cuya recaudación se confiaba ahora a un funcionario especial nombrado por el conde del subdistrito. En los casos en que no había en la ciudad bastante número de personas habilitadas para formar una curia, el conde podía nombrar otros residentes, y la curia ejercía también funciones judiciales en primera instancia en causas criminales de la localidad. Estas reformas restituyeron al gobierno municipal todo el vigor de que había disfrutado antiguamente, y durante los trece siglos siguientes la institución continuó casi inalterable. Los godos habían aceptado asimismo las divisiones provinciales romanas: la Bética, la Lusitania, la Cartaginense, la Galaica y la Tarraconense, en cada una de las cuales mandaba un duque o jefe militar godo, con un poder casi soberano; y los subdistritos eran gobernados por condes que nombraba el rey, y que ejercían intervención en las curias de sus distritos. Había también un juez de paz en cada subdistrito y jueces regulares en cada provincia, y para cada ciudad se nombraba un abogado encargado de defender o representar sus intereses ante las autoridades superiores, cuando aparecían en peligro sus privilegios[28]. El rey, en teoría, era absoluto dentro de la ley mientras reinaba, pero tenía a su lado un consejo de palatinos, o altos funcionarios del Estado, que le

27 Recaredo sometió al Concilio, no sólo cuestiones de doctrina y de disciplina eclesiástica, sino también muchos puntos de gobierno civil. Además de los 67 prelados, había en ese Concilio cinco funcionarios seglares del Estado o palatinos.

asesoraban en puntos difíciles. El consejo, que al principio era un verdadero poder que permitía a los nobles moderar la acción real, empezó a decaer cuando los intereses del monarca estuvieron en desacuerdo con los de la nobleza goda; y en el período siguiente, cuando escalaron el trono usurpador tras usurpador sobre los cadáveres de sus predecesores, el oficio de palatino fue desempeñado las más de las veces por viles advenedizos e intrigantes sin escrúpulos.

Debe consignarse también que, aunque la institución de la esclavitud había continuado como bajo los romanos, la condición de los esclavos había mejorado mucho. Debíase esto, en gran parte, a la circunstancia de que los godos poseían dos tercios del suelo, fuera de las ciudades y de las tierras comunales, sin pagar ninguna contribución por sus dominios[29], ni poder enajenarlos a ninguna persona de sangre hispano-romana. Para cultivar esa gran proporción de tierra, había que utilizar el trabajo del esclavo, y, como consecuencia, muchos de los esclavos se hicieron siervos adscritos a la tierra, en vez de muebles domésticos que habían sido antes bajo los romanos.

Por todo esto se verá que, a pesar de haberse superpuesto hasta cierto punto los métodos góticos, la idea capital que había sobrevivido en el gobierno del país era la romano-ibérica más bien que la germánica; y el mismo fenómeno puede observarse en la legislación. Las leyes primitivas de la República romana fueron modificándose y suavizándose, en el curso del tiempo, por los edictos que promulgaba cada pretor al entrar en funciones, anunciando la interpretación que daría al código primitivo. Por orden de Adriano (120 d. de J. C.) esos varios edictos se condensaron en un código uniforme, bajo el nombre de «edicto perpetuo»; pero, como este código resultó inaplicable a algunas de las provincias lejanas, tales como España, que tenía ya sus tradiciones equitativas, Antonino Pío, el sucesor de Adriano, publicó un «edicto provincial», en cuya virtud sólo porciones especificadas del código romano serían obligatorias en ciertas provincias que poseían leyes propias consuetudinarias. Cuando los godos llegaron a España, encontraron como ley nominal del país el edicto provincial y una masa no codificada de edictos proconsulares y pretorianos basados en la costumbre romano-ibérica; y Eurico compiló un código que promulgó Alarico II (506 d. de J. C.) con el nombre de *Breviarium Alaricianium*. Este código fue escrito en latín, y, hasta cierto punto, seguía al código romano, pero tenía mucho de godo en su sentido y procedimiento[30]. Éste se reservaba exclusivamente para uso de los godos, mientras que los españoles romanizados seguían sometidos a sus antiguas leyes. Cada rey sucesivo añadió algo a estas disposiciones; pero era más evidente cada vez que dos sistemas judiciales distintos, en el mismo país, no podían existir como un

---

28 Se notará que, excepto en materias militares y judiciales, las ciudades eran independientes de hecho, y que no ejercían sobre ellas ningún género de derechos señoriales ni los magnates territoriales del contorno, ni el *dux* de la provincia, ni el *comes* del subdistrito, reduciéndose la intervención del último a la recaudación de los tributos y a la inspección general de los actos de la curia. En caso de intrusión arbitraria o innecesaria de parte del *dux* o del *comes*, la ciudad tenía el derecho de apelar al rey mediante el funcionario nombrado especialmente al efecto. Así el gobierno territorial o aristocrático no estaba más que injertado imperfectamente sobre el antiguo sistema municipal.

29 Las tierras que quedaban aún en manos de los naturales, no sólo pagaban un tributo representativo de la obligación militar aneja a la tierra que poseían los nobles godos, sino también la antigua contribución territorial romana (*jugatio*), llamada ahora capitación. Amén de esto, toda persona, libre o servil, excepto los nobles godos, estaba sujeta a una *humane capitatio*.

30 Por ejemplo: el sistema aristocrático germano se revela en el hecho de que el castigo dependía no tanto de la naturaleza del delito como del rango del delincuente. Siendo *nobiles* todos los godos, clasificados en *primates* y *seniores*, su castigo, que consistía en cada caso en una multa, era siempre muy leve, mientras que los esclavos eran víctimas de la mayor crueldad por las faltas más ligeras. Así: un ciudadano libre podría atacar a otro ciudadano libre por 10 piezas de oro; pagaría 4 piezas de oro por pegar a un ciudadano libre inferior, y sólo unos 50 céntimos por pegar a un esclavo, mientras que un esclavo recibiría 200 latigazos por atacar a un ciudadano libre. La sanción de los derechos de las mujeres indica también la influencia germánica en este código. El código, tal y como fue publicado finalmente por Egica en los últimos días de la dominación goda, se componía de doce libros, de los cuales los cinco primeros regulaban las relaciones civiles y privadas, los tres siguientes trataban de los delitos y de sus castigos, el noveno se refería a los delitos contra el Estado, el décimo y el undécimo al orden público y al comercio, y el duodécimo trataba de la supresión del judaísmo y de la herejía.

régimen permanente, sobre todo a medida que se mezclaban las razas y las clases, a pesar de todas las prohibiciones.

Recaredo, en la época del tercer Concilio toledano, publica ciertos edictos que obligaban a la vez a godos y españoles; y esta tendencia a uniformar la legislación creció naturalmente conforme fue aumentando el poder civil de los Concilios. Por fin, cuando la monarquía goda vacilaba, un rey vigoroso, que vino demasiado tarde, trató de unificar su pueblo, añadiendo el lazo de la ley al de la Iglesia, que por entonces había usurpado todos los poderes. Chindasvinto (642-654) fundió los sistemas de jurisdicción godo y romano en un código nacional, obligatorio para todos los ciudadanos, y abolió las antiguas disposiciones heterogéneas. La *Lex Visigothorum*, aunque teñida aún de tradiciones sociales godas, era una adaptación cristianizada del derecho romano a las circunstancias especiales de España, que revelaba en todas sus páginas la gran influencia de los obispos españoles; y bajo el sucesor de Chindasvinto, su hijo Recesvinto, se promulgó y puso en vigor en todo el país. Esta *Lex Visigothorum*, o *Fuero Juzgo*, tiene especial interés como la trasmisión más directa que se conoce de las antiguas leyes romanas a un país moderno; y su adopción y adaptación por los reyes godos de España, demuestra la superioridad de los godos como pueblo asimilativo sobre las demás naciones germánicas que invadieron a Europa, y que en la mayoría de los casos trabajaron por destruir y abolir todas las huellas de la civilización romana.

Aunque los visigodos no eran un pueblo literario, y aunque su influjo sobre las letras españolas fue insignificante, los hispano-romanos, con su talento literario exuberante, y saturados de las últimas tradiciones latinas que su raza había contribuido a formar en gran medida, continuaron su producción intelectual durante toda la dominación goda. El hilo de la cultura latina no se había interrumpido nunca en España, a pesar de lo tenue que había sido a veces en manos de medianías como el geógrafo Pomponio Mela y otros semejantes. Pero en el siglo IV la idea cristiana se apoderó soberanamente de la imaginación de los escritores hispano-latinos, y de allí en adelante fue el eje alrededor del cual giraron sus composiciones. Antes de la venida de los godos, un escritor, que los españoles suelen reivindicar como el primer poeta cristiano, Juvenco (330)[31], puso en hexámetros, con reminiscencias virgilianas, los Evangelios cristianos. El estilo, florido y artificial, no se halla exento del sabor pagano que naturalmente debían comunicarle sus tradiciones y los modelos que seguía el autor. Prudencio, nacido en Tarragona, fue también fervoroso poeta cristiano, orgulloso de su país, orgulloso de Roma, y más orgulloso que de nada, de su fe; pero en sus más exquisitos versos, llenos como están de fuego religioso y de entusiasmo por el martirio, revela el antiguo amor clásico pagano por lo bello y por los esplendores de la fantasía que. le habían enseñado a admirar sus predecesores y modelos paganos. Orosio[32], el discípulo español de San Agustín, fue el primer escritor que dio a la historia el carácter universal y general que trajo consigo el cristianismo, reconociendo la igualdad de todos los pueblos ante el Creador, aunque también él estaba orgulloso de la gloria de la España romana.

El más famoso de los escritores hispano-latinos durante la época visigoda fue el gran San Isidoro, que había sucedido en el episcopado de Sevilla a su hermano, el rebelde Leandro, defensor de San Hermenegildo contra su padre, el rey. San Isidoro, que ocupó la sede metropolitana de Sevilla desde 600 hasta 636, puede considerarse como el último representante docto de la antigua ilustración clásica, antes de que cayese sobre el mundo el oscuro velo. Su gran obra es una especie de diccionario enciclopédico, titulado *Etimologías*, que contiene una gran masa de saber recogida de los escritores anteriores de todas las épocas, muchas de cuyas obras se han perdido. El principal valor de la obra de San Isidoro, en el tiempo presente, es permitirnos comprender, por sus definiciones, el grado en que había modificado el cristianismo las ideas clásicas romanas sobre la sociedad y sobre la vida en la España del siglo VII, y hasta qué punto había aceptado el conocimiento científico de los antiguos. No hay nada, grande o pequeño, que no toque la pluma de

31 Las obras de Juvenco y de Prudencio fueron publicadas por Arévalo en Roma, en 1792 y en 1789, respectivamente.

32 Las obras de Orosio se encontrarán en el *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Viena, lib. V.

San Isidoro; y las definiciones de las Etimologías patentizan que un obispo cristiano no vacilaba lo más mínimo en aceptar en gran parte las ideas sobre arte, elocuencia, música y expresión literaria, que habían formulado los escritores de la Grecia y Roma paganas. Su filosofía de la vida es platónica y aristotélica, y su filosofía religiosa está inspirada en San Gregorio el Magno. Como obispo cristiano, citando a un Papa cristiano, condenaba los vanos libros gentiles, «las ficciones de los poetas, que con el atractivo de las fábulas mueven el alma a la liviandad», y la ostentosa pero vacía elocuencia de los últimos retóricos paganos, que compara desfavorablemente con la grave sencillez de la Sagrada Escritura; pero, como escritor impregnado del «espíritu ibérico, no desdeña el uso de una retórica florida en sus propias obras, y sus ideas sobre el arte y la belleza están tomadas por completo de los escritores paganos, a pesar de algún que otro pasaje cristiano introducido para encarecer la vanidad de las creaciones humanas.

La portentosa cosecha de doctrina recogida por San Isidoro de todas las fuentes, influyó profundamente sobre sus contemporáneos y sucesores, y a él suele mirársele como el jefe de una escuela de pensamiento sevillana, aunque sin bastante razón, porque la asimilación del saber clásico por escritores cristianos, tan notable en las *Etimologías*, no es propia de Sevilla solamente, sino de los escritores cristianos de toda la España visigoda, bajo la influencia de San Isidoro, especialmente de los de Zaragoza y Toledo, a cuya cabeza figuran, respectivamente, San Braulio, discípulo y editor de San Isidoro, y San Eugenio. La influencia ejercida después fuera de España por esa asimilación, se ve, sobre todo, en las obras del godo hispano-romano Teodulfo, obispo de Orleans bajo Carlomagno, poeta, cortesano, filósofo y gran eclesiástico. Teodulfo, como San Isidoro, adaptó las bellezas de Virgilio, Ovidio, Quintiliano y Donato al credo cristiano. Poseyendo todo el antiguo amor a la belleza y a la elegancia, toda la antigua admiración por las obras perfectas del arte, el obispo cristiano trató de probar en cada página de sus escritos que la belleza armoniosa en forma, color y expresión no era necesariamente pagana, sino que el soplo del cristianismo prestaría a la belleza una nueva vida, que transportaría los pensamientos al Autor de toda armonía. Veremos más adelante que su idea, especialmente española en su origen, desapareció en España, durante tiempo, más completamente que en ninguna otra parte, merced al fervor cristiano promovido por la dominación musulmana. Renacerían, es verdad, en el país las ideas clásicas; volvería a encenderse la chispa que San Isidoro conservó viva tan amorosamente durante su tiempo; pero sería por hombres de lengua extranjera y de fe no cristiana, que recibían su inspiración directa de la fuente original.

A juzgar por los cánones de los varios concilios de Toledo, es evidente que la educación secular de la juventud no fue desatendida en la España visigoda, aunque con la casi completa supremacía de la clase eclesiástica durante el ultimo período de la dominación, es natural que las escuelas más famosas fuesen las escuelas monásticas y episcopales para los destinados al sacerdocio. En Dumio (Galicia) el obispo húngaro de Braga, San Martín, fundó una escuela conocida en toda la Europa occidental; las academias de Valclara en Cataluña, de Toledo, de Zaragoza, de Sevilla y otras muchas, fueron célebres por el saber de sus profesores y alumnos. Es de presumir, por las varias referencias de San Isidoro y de otros, que en las escuelas se concedió tanta atención como siempre a la retórica y a las formas de expresión, porque la elocuencia y la elegancia del estilo son alabadas más frecuentemente aún que la sustancia misma de la doctrina por esos primeros españoles cristianos. La verbosidad del ibero era tan evidente entonces como en los días gloriosos de Séneca el menor, y como lo ha sido invariablemente después en todas las manifestaciones de la actividad literaria española. Mientras así florecía en España bajo los visigodos la poesía cristiana y una adaptación de la literatura clásica, otra rama del arte decaía casi enteramente. Durante la dominación romana, el teatro y las diversiones públicas alcanzaron gran boga, como pueden atestiguar la poesía dramática de la época y las ruinas de los espléndidos anfiteatros existentes todavía en España. Los godos, sin embargo, no eran una raza dramática ni poética, y bajo la influencia de San Gregorio, el sentimiento cristiano estuvo muy en contra de las diversiones escénicas que habían deleitado a los paganos romanos. San Isidoro habla siempre del

teatro y de los actores en tiempo pretérito, aunque sabía que las recitaciones poéticas en público no habían desaparecido enteramente, y no encuentra palabras de reprobación bastante fuertes para tales distracciones. «Qué conexión (pregunta) puede tener un cristiano con la locura de los juegos del circo, con la torpeza del teatro, con la crueldad del anfiteatro, con la perversidad de la arena o con la lascivia de las obras escénicas? Los que gozan en tales espectáculos niegan a Dios, y, como apóstatas de la fe, ansían aquello a que renunciaron en el bautismo, esclavizándose al diablo con sus pompas y vanidades.»

Se verá, pues, que la influencia que dominó la literatura de España bajo los visigodos fue la tradición de la cultura romana, más o menos modificada por la doctrina cristiana; y en el dominio del arte se observa el mismo fenómeno. El descubrimiento cerca de Toledo, en 1858, del inapreciable tesoro de Guarrazar, nos permite formar una idea precisa de la influencia gótica sobre el trabajo artístico del metal en España. Once coronas votivas de oro y piedras preciosas, de una magnificencia extraordinaria, con otras muchas joyas de oro del ultimo período gótico, atestiguan el esplendor opulento, aunque algo bárbaro, que rodeaba a los reyes visigodos en la decadencia de su monarquía[33]. Los cercos de las coronas, especialmente la del rey Suintila (en Madrid) y la de Recesvinto (en París), se hallan decorados con rosetones de perlas y zafiros y con delicada ornamentación de una pasta roja alveolada (*cloisonnée*). Las cadenas de suspensión están formadas de hojas caladas, y en todos los objetos se ven los mismos motivos sencillos de decoración, de labor afiligranada, repujada y alveolada, de maravillosa riqueza y dificultad de factura. El carácter general, aunque con algunas reminiscencias de la última época romana, ofrece por primera vez notas propias, que después distinguieron durante siglos las obras en metales preciosos de la España cristiana, y casi con seguridad influyeron en el arte francés del mismo período, a menos que el origen de ambas escuelas fuese similar y simultáneo. En el estilo de ornamentación se advierte marcada influencia bizantino-oriental, pero en todo es evidente el pesado esplendor del gusto germánico.

La manufactura de las espadas y armaduras de acero de Bílbilis y Toledo, de fama universal, había continuado durante todo el período, y también aquí ejercieron los godos alguna pequeña influencia. Las espadas hechas en los tiempos cartagineses y romanos eran hojas anchas, rectas, de dos filos, con una cavidad central; y el arma especial de los celtíberos, una espada corva, en forma de hoz, con el filo en la curva interna. En tiempo de los godos desapareció la última arma, y la primera se alargó y estrechó. Los petos y las ócreas romanas cayeron también en desuso bajo los godos, y cedieron el puesto a las cotas de malla, que delatan asimismo reminiscencias orientales. La cerámica española, durante el período visigodo, se aparta poco de los modelos romano y aretino, que habían sido generales bajo el imperio; sólo la ornamentación superficial atestigua en algunos casos la influencia general bizantina; pero la manufactura de vidrio fino, en que España había sido famosa bajo los romanos, parece haber desaparecido casi durante la dominación goda; y la misma suerte parece haber cabido a las industrias textiles, no mencionándose ahora nunca los famosos lienzos y paños grana de los antiguos días.

Se verá así, en general, que España debió poco, política ni artísticamente[34], a los godos, cuya principal influencia durante los primeros ciento ochenta años de su dominación fue reanimar las instituciones existentes. Con la conversión de Recaredo al catolicismo y su sumisión al poder eclesiástico más bien que al feudal, el vigor de la monarquía goda declinó con asombrosa rapidez. Recaredo y sus sucesores se decidieron a aceptar la Iglesia como el vínculo de unión nacional, y el desarrollo nacional tuvo que ajustarse desde entonces al patrón eclesiástico. En los países donde las instituciones feudales vencieron en las primeras luchas, surgieron gradualmente parlamentos

33 La mayoría de esos interesantes objetos puede verse en el Museo de Cluny (París), y el resto en la Armería Real de Madrid.

34 La arquitectura no había adquirido aún en España el carácter que solemos asociar a su nombre. El ejemplar más antiguo existente es la iglesia de Naranco, cerca de Oviedo, de mediados del siglo IX, y ésa no se aparta del estilo de los últimos tiempos del imperio, salvo una tendencia natural hacia el bizantino predominante.

nacionales de las asambleas de nobles; en España el progreso siguió otra dirección. Aquí las asambleas electivas de nobles fueron estériles, y los concilios de obispos con unos cuantos funcionarios palatinos formaron el primitivo germen de la representación nacional. La consecuencia de esto será visible más adelante en el desarrollo de las instituciones españolas.

Después de la muerte de Recaredo (601) hubo una rápida sucesión de reyes: no menos de tres fueron asesinados en veinticinco años, amén de dos que murieron de muerte natural dentro de ese período. El único digno de mencionarse fue Suintila (621-631), que aprovechó la circunstancia de hallarse en guerra con Persia el emperador de Oriente, Heráclito, para arrojar a las tropas imperiales del último territorio del Sur de España, que habían obtenido de Atanagildo sesenta años antes; y así llegó a su término en 626 la larga relación de España con el imperio romano, para renovarse en otra forma novecientos años después, bajo Carlos V.

Pero Suintila trató de hacer demasiado. No sólo se atrevió a hacer frente a los obispos católicos españoles, sino que, intentando de nuevo convertir la corona en hereditaria, se indispuso también con los nobles godos. Fue, pues, destronado, y un protegido del clero, Sisenando, fue proclamado rey (631) sin la forma de elección por los nobles. Así, para sancionar su usurpación, reunió el famoso Concilio IV de Toledo, y en sus manos depositó el poder que se había apropiado. San Isidoro presidía esa augusta asamblea eclesiástica, y en nombre de la Iglesia reconoció a Sisenando como rey. Pero aun esto no fue bastante para los eclesiásticos. Se dispuso que en lo sucesivo todo rey recibiese del concilio de obispos y palatinos la confirmación de su elección antes de reinar; la Iglesia católica fue declarada la única religión de la monarquía, y se fulminó la excomunión contra el depuesto Suintila y todos los que se atrevieron a discutir las decisiones de los concilios.

La influencia del clero, de sangre y simpatías ibéricas, se vio a poco en la sañuda persecución de los judíos, que habían afluido a España en gran número al tiempo de la destrucción de Jerusalén por Tito, y habían vivido en paz y prósperamente desde entonces bajo el imperio y los primeros reyes godos. Inmediatamente que la conversión de Recaredo dio el triunfo a los obispos españoles, empezó la persecución. No fue permitido a los judíos desempeñar cargos públicos, poseer esclavos cristianos ni casarse con mujeres cristianas; y bajo Sisebuto (612-620) se les impuso la obligación de bautizarse, y gran parte del pueblo perseguido marchó a Francia y a Marruecos huyendo de la tortura y de la muerte. Suintila se negó a perseguirlos; pero cuando el IV Concilio de Toledo hubo ungido a su usurpador sucesor (633), el clero no se contentó ya con la persecución, sino que aspiró al exterminio, a pesar de las serias amonestaciones del mismo San Isidoro contra el exceso de celo. Para la raza aborrecida no debía haber misericordia, tolerancia ni derechos sociales, y cinco años después (638), el VI Concilio de Toledo dispuso que no se permitiese vivir en España a quien no fuese católico. Cada nuevo concilio daba una nueva vuelta a los tornillos que oprimían a la raza judaica. Aun los que aceptaban el cristianismo eran molestados y perseguidos con implacable rencor. Sometidos a jueces eclesiásticos, privados de propiedad, de derechos y de hijos, azotados, esclavizados y torturados, no es maravilla que los que atravesaban el estrecho y los que quedaban en España como parias, a pesar de profesar el cristianismo, maquinasen continuamente contra el poder de los fanáticos crueles que los habían privado a ellos y a su raza de todo lo que es más caro a la humanidad.

Y no era esta persecución la única consecuencia de la supremacía eclesiástica en el Estado. La conducta del mismo clero, seguro de la impunidad en tales circunstancias, llegó a ser de lo más corrompido y disoluto; y todo el país participó, naturalmente, de la corrupción de sus guías políticos y religiosos. Los reyes se contaban por poco ahora, porque si se hacían independientes se los destituía con facilidad. Los concilios de Toledo menudeaban y daban decretos para el gobierno del país, que tendían en su mayor parte a la extensión de las ideas españolas y católicas y a la absorción de los godos, mientras que los reyes, simples juguetes del clero en su mayoría, veían declinar su poder cuando más aumentaban su fausto y esplendor.

Una vez brilló una chispa del antiguo espíritu godo en la elección del antiguo soldado Wamba, hecha por los nobles (672). Teniendo que habérselas con una extensa conspiración judía para entronizar a un rival en la Galia gótica, y con una rebelión de las tribus cantábricas en el Norte de la Península, Wamba enseñó a su pueblo a luchar vigorosamente y a sacudir el marasmo que le aquejaba. Pero los libres hispano-romanos, gobernados ahora por sacerdotes hasta un extremo que difícilmente se comprendería hoy, renegaban cuanto podían de Wamba y de sus guerras, y sólo a viva fuerza se resignaban a seguir a un rey godo, aun victorioso. Era él, además, demasiado inteligente y enérgico para agradar al clero. Convenía más el débil y falso Ervigio, y los conspiradores, dando a Wamba un narcótico, le tonsuraron la cabeza, lo cual incapacitaba para reinar al brioso general, porque ningún eclesiástico podía ceñir la corona. La Iglesia se sobrepuso así al mismo Wamba, que cedió el puesto a Ervigio; y el último gran rey godo de España, arrojado arteramente de un trono que no había ambicionado (680), se retiró a un monasterio para acabar sus días. Ervigio, a su vez, fue desposeído por Egica, sobrino de Wamba, a quien sucedió su hijo Witiza. Los nobles godos hicieron entonces un último esfuerzo por obtener la supremacía, porque ahora dominaban completamente la Iglesia y los hispano-romanos. Rodrigo, hechura de los nobles godos, logró arrebatar el trono a Witiza, el protegido de los obispos (710); pero la guerra civil resultante entre los dos elementos completó la ruina de la monarquía. El elemento gótico feudal poseía aún la tierra, mientras las ciudades, que suministraban los recursos del país, eran principalmente españolas. La organización eclesiástica era completa y nacional, mientras que el elemento feudal tenía poca cohesión, salva la comunidad de sangre y de intereses, y aun éstos tendía a dividirlos constantemente el carácter electivo de la monarquía.

La novelesca historia de los amores de Rodrigo con la hermosa Cava, y la introducción de los infieles en España por su ultrajado padre, puede descartarse como una fábula. Existía una razón mucho más poderosa que esa para la caída de la monarquía. El obispo de Sevilla (Oppas), intrigando con los hijos de Witiza para destronar a don Rodrigo, concertó con el conde don Julián, gobernador de Ceuta, el envío de una fuerza de africanos que, pasando el estrecho, se uniese al partido eclesiástico para aniquilar definitivamente a los nobles godos poseedores del suelo. Los árabes habían proseguido su marcha conquistadora por Siria, Egipto y el Norte de África, y se habían hecho dueños de Marruecos. Eran un pueblo que acababa de despertar; y, animados por el celo y el brío de una fe recién nacida, habían arrollado hasta entonces cuanto se les ponía por delante. Hacía pocos años habían realizado un intento de invasión por la costa oriental de España, y probablemente, aun sin invitación, hubiesen hecho otra tentativa. Autorizado por el Califa de Damasco, el jefe árabe Muza envió en 710 una pequeña expedición, mandada por Tarif, al punto que ahora se llama Tarifa, para enterarse de las fuerzas del país. Volvió a Berbería, cargado de botín, y con noticias de un pueblo tan flojo y poco guerrero que casi invitaban a conquistarle. Al siguiente año (711) 7.000 salvajes bereberes —afro-pre-semitas con gran mezcla de sangre vándala— fueron, como sus lejanos ascendientes, a desembarcar en la costa de España.

Fue ésta una de las grandes crisis de la historia, aunque no lo supiesen sus actores. Tárik, el jefe beréber, con su fanática soldadesca, sentó la planta en el famoso peñón, que luego llevó siempre su nombre, *Gebel-al-Tarik*, seguro de una fácil victoria sobre un pueblo cuyo único vínculo de unión nacional eran los cánones de la Iglesia y cuyo supremo gobierno era un concilio de obispos. Rodrigo y sus oficiales godos, con su ejército vasallo de 60.000 hombres, se precipitaron del Norte a dar la batalla, no sólo contra el invasor, sino contra el régimen sacerdotal que había hecho posible la invasión. Durante tres días se combatió furiosamente en la confluencia de los ríos Guadalete y Guadalquivir, donde la laguna Janda riega la fértil llanura; pero al tercer día se unieron a los bereberes las fuerzas del clero, a las órdenes del obispo de Sevilla y de los hijos de Witiza[35], al paso que el conde don Julián, con 5.000 berberiscos, volvía también sus armas contra sus compañeros cristianos. Los godos lucharon con denuedo hasta el fin, pero fueron envueltos y arrollados, y don Rodrigo desapareció desde entonces de la vista, aunque su corona y su cetro se

35 Algunos historiadores españoles aseguran que no se pasaron al enemigo, sino simplemente que desertaron.

encontraron a la orilla del río. El elemento puramente gótico se desvaneció como arrebatado por un incendio. Los españoles se inclinaban a mirar a los invasores africanos más como amigos que como enemigos: porque ¿no habían venido para asegurar al clero hispano-romano la supremacía que le disputaban los nobles godos? Dondequiera, además, los judíos estaban en inteligencia con el invasor, y las puertas de las ciudades se abrían como por obra de magia al acercarse los africanos. Los invasores respetaron la propiedad y la vida hasta un punto desconocido en guerras semejantes, y a los dos años del desembarco de Tárik el país entero se hallaba bajo el poder de los infieles. Entonces, cuando era ya demasiado tarde, el infatuado clero vio el error que había cometido, y comprendió que, por su ambición, España, cuando no Europa, tendría que ser reconquistada palmo a palmo para la Iglesia de Cristo. Y durante cerca de ocho siglos las poderosas armas del sacerdote —la esperanza en el cielo, el temor del infierno, la ira de Dios, la estima de los hombres, el afán del lucro, el orgullo, el patriotismo y el odio, todas las pasiones que agitan el corazón humano— fueron esgrimidas constante y vehementemente por el clero español durante la gran lucha en que fue avanzando paso a paso la Cruz, y quedó arrollada la media luna.

27 a. de J. C. a 710 d. de J. C.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

En los primeros días del imperio se completó la organización civil y judicial de todo el país. Las instituciones municipales eran la base del gobierno. Asambleas generales de los habitantes de las ciudades (*cives* e *incolas*) elegían anualmente los funcionarios: los *dunviros* o los dos alcaldes mayores, y los dos ediles, con cuestores, lictores, escribas, etc., hallándose sometido este poder administrativo a la inspección de la curia o consejo municipal, compuesto de propietarios territoriales. Frecuentemente las ciudades mayores y más romanas tenían incorporadas otras ciudades vecinas. Cada ciudad o grupo de ciudades formado así hacía y aplicaba su presupuesto, sacándose los fondos de las contribuciones de las dos clases de ciudadanos y de las rentas de las tierras comunes. Las ciudades enviaban anualmente diputados al centro provincial para asistir a las fiestas religiosas, aunque más que nada para fiscalizar los actos del gobernador de la provincia, que, aunque nominalmente supremo, ejercía una autoridad limitada por la ley y los usos locales. Los fondos provinciales procedían de las rentas de las tierras comunes y de las minas, de las aduanas (introducidas ahora por primera vez) y de pequeños impuestos pagados por varias clases de ciudadanos y ciudades. Bajo Vespasiano se concedió d toda España el privilegio del «derecho latino», y después Antonino Caracalla dio la ciudadanía a todos los hispano-romanos libres. El refinamiento y el lujo de España aumentaron con el creciente esplendor de la vida romana, y la colonia acompañó a la metrópoli en su degeneración moral y social.

La introducción del cristianismo influyó profundamente en las ideas sociales de los españoles. Se dulcificó la esclavitud, participando progresivamente del carácter del vasallaje territorial, y la idea de la libertad y de la inviolabilidad del individuo echó firmes raíces en la imaginación española. La reanimación de las instituciones por los godos, y el oscurecimiento subsiguiente del feudalismo militar de los pueblos germánicos por concilios de obispos de espíritu latino, dio a la vida pública española durante este período la dirección que siguió siempre después. Los emperadores romanos dotaron a España de una red completa de caminos, viaductos y puentes, varios de los cuales subsisten aún; y los hermosos acueductos, anfiteatros, baños y edificios públicos fueron construidos también en su mayoría en este período de la dominación. El comercio se desarrolló enormemente con el incremento de la riqueza y de los medios de comunicación; en todos los grandes centros se establecieron escuelas públicas de tres grados sucesivos; y, como se verá en el texto, se apoderó de los españoles una fiebre de actividad literaria. Los numerosos y espléndidos restos, que aún existen en España de la arquitectura de la Roma imperial; las esculturas, mosaicos, armas, joyas y adornos, que se han descubierto, prueban que, aunque la colonia rivalizase

con Roma misma en las artes de la civilización, no llegó a manifestar un carácter propio que distinguiese su gusto.

Las incursiones de los bárbaros, y luego la decadencia de los godos, viniendo después de un largo período de decadencia latina, hicieron que desapareciese del país la mayor parte de la elegancia y el lujo de la época romana, siendo ahora los modelos seguidos las producciones más rudas del gusto germánico y franco, con la influencia predominante bizantina. Como se indica en el texto, los reyes godos dieron a España la única adaptación directa del derecho romano a las circunstancias modificadas del tiempo: el primer código de leyes publicado en Europa después de la caída del imperio, la *Lex Visigothorum*, Introdujeron también ligeramente el sistema feudal en las antiguas instituciones del país.

SUMARIO DE LO QUE HIZO ESPAÑA POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Algunos de los escritores más grandes que enaltecieron la literatura latina fueron españoles. Su influjo, aunque halagüeño, contribuyó a la decadencia, y las cualidades nacionales de vehemencia y redundancia arruinaron a la postre el estilo latino. Con todo, los escritores hispano-cristianos —Juvenco, Prudencio, San Isidoro, San Braulio, etc.— hicieron mucho por mantener viva la cultura en un tiempo en que se condensaban las tinieblas. Industrial y artísticamente España sólo sirvió al mundo durante este período como un satélite de Roma, aunque con la dominación goda hizo algo por mantener y extender la forma mixta de arte teutónico-bizantina. Pero mucho más importante que esto fue producir la mejor y más directa adaptación del derecho romano, la *Lex Visigothorum* o *Fuero Juzgo*, cuando todas las otras dominaciones teutónicas estaban tratando de anular o destruir el sistema jurídico latino. España transmitió así a la Europa moderna el derecho de la antigua Roma.

III.
España musulmana

Consecuencias de la invasión.—Los berberiscos y los árabes.—Abderrahmán derrotado por los francos.—Los mozárabes.—El califa Abderrahmán.—Ronces valles.—Covadonga.—La influencia religiosa en la reconquista.—Influencia de la civilización árabe sobre los cristianos españoles.—Santiago.—Los califas de Córdoba.—Desarrollo del fanatismo en ambas partes.—Anarquía en la España musulmana.—Extensión de la conquista cristiana.—Restauración del califato por Abderrahmán-an-Nasir.—Tributo cristiano a Abderrahmán III.—Independencia de Castilla.—Almanzor.

Se ha dicho con verdad que la decadencia y caída de la monarquía visigoda en España no fue más que la continuación y complemento de la ruina de la civilización romana en el país. Por razones ya expuestas, los godos infundieron temporalmente nuevo vigor en las instituciones durante el primer siglo de su dominación; pero la decadencia inevitable era demasiado poderosa para que ellos la contuviesen, y su desastre fue completo y definitivo. Las instituciones que en los primeros días habían sido su gran fuente de fuerza, contribuyeron no poco a su derrota, mucho mayor que la del pueblo que habían conquistado. La aristocracia del mundo romano había sido burocrática y oficial —la aristocracia de una clase abierta a todos los ciudadanos libres, y a la cual, como hemos visto, los españoles tuvieron pronto acceso—, mientras que el régimen gótico se basaba en una aristocracia de casta, hereditaria y territorial, cuyas puertas estuvieron herméticamente cerradas para los españoles. La posesión inalienable de la mayoría de la tierra por los godos dio por resultado acrecentar enormemente las varias formas de servidumbre, y redujo así los derechos de la gran masa del pueblo, cuyo instinto más poderoso era el de la independencia personal.

El extraordinario fervor con que los españoles aceptaron la forma católica del cristianismo se explica en gran parte por la circunstancia de que la Iglesia siquiera estaba abierta a ellos; y al lado de la privilegiada casta hereditaria de los godos se desarrolló la clase privilegiada eclesiástica de los españoles mismos. La lucha más o menos consciente de las dos clases por la supremacía fue lo que consumó la catástrofe. Los españoles, que eran los cuatro quintos de la nación, estaban naturalmente de parte de su propia raza; y conforme crecía el poder de los concilios eclesiásticos, más firmemente ponían en la Iglesia sus esperanzas de emancipación y de reforma. Así, en la lucha suprema con los moros, la nobleza goda apenas encontró, para combatir por ella, fuera de los de su propia raza y casta, más que siervos desafectos. Resultó de aquí que mientras los hispano-romanos, después de la victoria musulmana, no quedaron civilmente en situación peor que antes sino, en muchos casos, mejor, los godos fueron barridos, y acabó su sistema de nobleza hereditaria, basada en la propiedad de la tierra. Este hecho no debe perderse de vista, porque influyó de un modo profundo en la organización que se desarrolló después en la nacionalidad renaciente.

Las primeras conquistas de los árabes no obedecieron a un afán de proselitismo, sino al deseo de extender el imperio del califa de Damasco; y la prontitud con que los pueblos del África septentrional abrazaron la fe de Mahoma no fue completamente grata a los recaudadores de contribuciones del califa, que vieron así reducido su tributo. La dinastía Omeya, que ahora reinaba en Damasco, además era de ortodoxia dudosa, y no tenía el menor deseo de mermar su tesoro por causa de la fe. Y aunque los berberíes, con el celo de recién convertidos y de semisalvajes, que habían aprendido la parte material, pero no la espiritual, de su nueva fe, se inclinaban a ser fanáticos, los invasores no trataron en un principio de convertir a la población cristiana de España, que tan prontamente aceptó su yugo.

Probablemente la primera intención de Tárik y de sus berberiscos no fue conquistar una nación, sino más bien saquear una provincia, y quizá conservar un punto de la costa para dominar el estrecho. Pero la victoria sobre Rodrigo había sido demasiado completa para detenerse en las orillas del Guadalete, y Tárik marchó al través de un país que no ofrecía resistencia, desafiando las órdenes que desde el otro lado del estrecho le envió el valí del califa, Muza: porque los conquistadores y jefes árabes no veían sin recelo que sus fieros súbditos emprendiesen por su cuenta una carrera de conquistas. Enviando columnas para ocupar a Córdoba y Málaga, Tárik en persona se dirigió hacia la imperial Toledo, que cayó en su poder sin combatir, por connivencia con los judíos, que tenían que ajustar una larga cuenta con el régimen caído. Al principio los bereberes no dejaron de entregarse al saqueo; pero no habían pasado muchos meses cuando Muza, el valí árabe, atravesó el estrecho con un ejército de 18.000 hombres, a fin de asegurar la conquista para sí y su califa. Encerrando en una prisión al jefe beréber Tárik por contravenir sus órdenes, Muza avanzó hacia los Pirineos, desde donde pudo extender la vista sobre una España en que no había ahora más que un rincón gobernado por cristianos.

Estos, las más de las veces, y sobre todo los judíos, que habían acompañado a los invasores en gran número, tenían motivos para congratularse de su cambio de dueños. Se permitió la tolerancia religiosa más absoluta, y se amparó el ejercicio de todas las creencias. Donde no se opuso resistencia ninguna a sus armas, los moros dejaron a los propietarios en plena posesión de sus tierras, con el derecho de enajenarlas libremente, de que antes no disfrutaban; en las ciudades los propietarios debían satisfacer la contribución general del *jarach* (un 20 por 100 próximamente), amén de una capitación especial, impuesta a cristianos y judíos, de 48 diherms por cabeza tratándose de personas ricas, la mitad para las más pobres y la cuarta parte para las clases serviles. En los distritos del Sur, donde se opuso resistencia, las tierras fueron confiscadas, reservándose un quinto el Estado, y distribuyéndose los otros cuatro quintos entre las tropas moras; pero, aun en estas tierras, se respetó a los siervos que las cultivaban, a condición de pagar a los nuevos dueños, el Estado o los soldados, un tercio o cuatro quintos de la cosecha, respectivamente. Aparte de esto, los cristianos eran gobernados por su propio código de leyes latino-visigodo, y administrados por sus propios funcionarios; y aun los sacerdotes cristianos —aunque no los obispos políticos ni la Iglesia como institución— vivían y ejercían su ministerio seguramente bajo la dominación de los infieles.

Si Tárik fue aprisionado por Muza, como afirman generalmente los contemporáneos, pronto fue puesto en libertad para perseguir a los restos de la hueste goda refugiados en el Noroeste y capitaneados por Pelayo, mientras Muza con su ejército sometía el Este y el Nordeste hasta los Pirineos. Pero el califa de Damasco no tardó en sentir inquietud, quizá indignación, por esas grandes campañas que, según le había escrito su valí, «no eran conquistas comunes, sino como la congregación de las naciones en el día del juicio»; y así, ordenó a Muza perentoriamente que se presentase ante él para dar cuenta de sus actos. Muza dejó en España como virrey a su hijo Abdulasis, quien, después de reducir al bizarro duque godo Teodomiro en Orihuela, cerca de Alicante, a la condición de rey vasallo[36], estableció su corte en Sevilla, se casó con una señora cristiana y, a usanza verdaderamente oriental, fue asesinado por un emisario del califa, el cual había ya degradado y arruinado a su padre Muza al llegar a Damasco. Antes de su muerte, Abdulasis había organizado hasta cierto punto la España árabe siguiendo el sistema de tolerancia, de que ya se ha hecho mención, aceptando el mecanismo gubernamental existente, pero nombrando un alcaide o gobernador moro para cada gran ciudad, con los pueblos dependientes de la misma, en reemplazo del *comes* godo, y mandando un valí a cada provincia en vez del duque.

36 Se cuenta que Teodomiro, habiendo sido arrojado de las montañas de Murcia, huyó a la ciudad de Orihuela, acompañado sólo por un paje. Allí presentó en las murallas muchedumbre de mujeres vestidas de guerreros, y él, figurando un mensajero, con su paje como heraldo, arrancó hábilmente a Abdulasis condiciones ventajosas de capitulación, haciéndose Teodomiro príncipe tributario del califa y amigo íntimo del árabe Abdulasis. Los moros llamaban al territorio de Orihuela la tierra de Tadmir siglos después de la muerte de Teodomiro.

La dificultad en estos primeros días de la dominación árabe radicaba, no en la oposición entre cristianos y mahometanos, sino en la rivalidad de los diferentes bandos de vencedores. Los berberiscos, no sin razón, miraban a su propia raza como la conquistadora del país; pero sus jefes árabes trataban tales pretensiones con el desprecio de una raza superior, que acababa de traer a los bereberes la religión que profesaban y la civilización que habían alcanzado. El califato mismo, presa de la revolución, se inclinaba ya a un lado ya a otro. De África acudían millares de hombres a la fértil tierra que acababan de conquistar sus hermanos —bereberes, tuaregs, coptos y nubios—, los cuales se odiaban unos a otros como sólo saben odiar tribus salvajes, pero reconociendo todos hasta cierto punto la superioridad de los árabes, que los habían traído al redil del profeta. A la muerte de Abdulasis sucediéronse, pues, rápidamente unos emires a otros. Entre las tribus continuaban las rivalidades y las guerras, en las cuales, aunque prevalecían los árabes generalmente, los bereberes más fanáticos hacían triunfar la idea de que el mahometano más fervoroso era necesariamente el mejor hombre.

Entre los emires que subieron y cayeron oscuramente durante los cuarenta primeros años del poder árabe, hay uno que brilla al través de los siglos como el principal actor en una serie de sucesos de capital importancia en la historia del mundo. Hasta entonces ninguna resistencia eficaz se había opuesto al avance de los árabes. En menos de cien años esa nación nómada había llevado sin oposición su bandera y su fe desde el Hindukush hasta los Pirineos, y todo los impulsaba a seguir avanzando hasta encontrar un obstáculo insuperable» Ya Alahor en 719 había conquistado sin dificultad la porción de la Galia que estuvo sometida a los reyes godos, con Narbona por capital, y de allí los invasores se habían extendido hasta Beaune, apoderándose de Aviñón en 730.

Entonces apareció Abderrahmán como gobernador de la Galia meridional, hombre que soñaba llevar la media luna al Rhin y al mar del Norte. Al principio le fue contraria la suerte, y el califa le depuso; pero en 731 se le nombró emir de España, y después de atajar aquí el desorden de las tribus y de reprimir firmemente a los bereberes y a sus fanáticos morabitos, marchó a realizar su gran sueño de hacer al califa dueño de Europa. Atravesando la Aquitania hasta las orillas del Garona, los sarracenos arrollaron cuanto encontraron por delante. Cayó en su poder Burdeos, y tuvieron abiertas las ricas llanuras de la Francia central. Pero antes de que pudiesen cruzar el Loira y dominar el Norte de Francia, se opuso a su paso un ejército francés. Entre Poitiers y Tours las fuerzas del Islam se encontraron con la hueste cristiana mandada por Carlos Martel, como después se le llamó siempre. Los sarracenos iban confiados: porque, ¿no habían inclinado ante ellos la cabeza los cristianos de España, como se inclina ante el viento la mies madura? ¿Y no eran también cristianos aquellos francos? Sí, pero con una diferencia: porque los francos, en vez de ser absorbidos por una nación romanizada, la habían absorbido; los vicios del último imperio no los habían contaminado, y entre los poderes de la Iglesia y del Estado había una rivalidad saludable, en vez de ser el último mero patrimonio de la primera, como en España. Y así Abderrahmán quedó en el campo de batalla; Carlos Martel detuvo la corriente del Islam, y una lucha de siete días decidió el predominio de la cruz. De allí en adelante, aunque los moros conservaron a Narbona algunos años más, su poder se detuvo en los Pirineos.

Los árabes se habían apropiado las partes mejores de la Península, especialmente la risueña costa meridional, su hermosa Andalús, y habían relegado a sus súbditos africanos, los bereberes y otros, al árido centro y al frío y lluvioso Norte. El beréber, como su lejano pariente el ibero, era hombre de un acentuado individualismo, con una tenaz resistencia a obedecer a ningún otro, a menos que hablase en nombre de una entidad sobrenatural. Sus morabitos habían obtenido sobre él un ascendiente semejante al que poseía el sacerdote sobre el español; e inflamados por esos fanáticos contra los tolerantes y escépticos árabes, los pueblos africanos de ambos lados del estrecho se unieron contra sus señores. La situación estaba llena de peligros para el poder árabe en España, y antes de que pudiese asegurarse la paz, hubo que hacer una nueva división del país, en la cual obtuvieron los africanos una parte algo más equitativa, y se asignaron a las diversas tribus zonas apropiadas a ellas climatológicamente hasta cierto punto. Así los árabes de Damasco se

establecieron en la hermosa vega de Granada, los mahometanos egipcios ocuparon el distrito tórrido de Murcia, y los berberíes tenían su principal asiento en el Suroeste, avanzando por Extremadura y Castilla, de modo que estaban en continuo contacto con el enemigo. Durante estos primeros cuarenta años de la dominación muslímica, en que fue continua la lucha entre árabes y africanos, y dudoso el éxito definitivo, el vínculo de dependencia respecto del califato fue debilitándose hasta que, al fin, el emir de España vino a ser elegido por los varios jefes de tribu, limitándose el califa de Damasco a confirmar la elección.

Al lado de los nuevos dominadores vivían en paz los cristianos y los judíos. Los últimos, enriquecidos con el comercio y la industria, estaban satisfechos de dar al olvido los días de su opresión, ahora que habían desaparecido los primeros autores de ella. Instruidos en todas las artes y ciencias, cultos y tolerantes, eran tratados por los moros con marcado respeto, y se multiplicaron extraordinariamente por toda España; y, como los cristianos españoles sometidos a los moros —que se llamaban *mozárabes*—, tenían que agradecer a sus nuevos amos una era de prosperidad como nunca la habían conocido. Muchos cristianos adoptaron la fe del Islam, porque así se eximían de la capitación, y, si eran esclavos, se hacían libres. Su religión anterior probablemente no iba mucho más allá de un vago deísmo, con un respeto supersticioso hacia el sacerdote, y esos elementos podían ser suplidos por la nueva fe; pero, de parte de los árabes, no había ningún proselitismo, y nada más lejos de ellos que estimular la conversión. Sólo cuando los fanáticos sacerdotes cristianos de ambiciones políticas, ansiosos de reconquistar lo perdido, empezaron a atizar el celo de los mozárabes, sólo entonces los bereberes, igualmente intolerantes, y animados del mismo espíritu, empezaron a perseguir en nombre de Alá y del Profeta.

Por lo que hace al imperio del Islam, era muy difícil conservar su cohesión, dada la diversidad de pueblos que le componían y las simples tradiciones tribuales en que estaba basado. El califato llevaba ya unos cien años de existencia desde la muerte del Profeta, cuando los Omeyas reinantes en Damasco fueron depuestos por el primer califa de la dinastía persa Abasida, que trasladó el califato a Bagdad. El único príncipe Omeya que se libró del exterminio de su casa fue el joven Abderrahmán, que huyó de sus perseguidores, y, después de muchas aventuras por mar y tierra, llegó a África, y encontró entre los bereberes del Mogreb un asilo, adonde no podía seguirle el odio del nuevo califa.

Desde su nacimiento los adivinos le habían pronosticado un gran porvenir. Era inteligente, enérgico, ambicioso, y el único hijo superviviente de una larga dinastía de poderosos soberanos; y no es maravilla que, al través del estrecho, dirigiese los ojos a la hermosa Andalucía, soñando con fundar un gran imperio sobre las tribus contendientes que a la sazón poseían el país. El partido sirio era poderoso en España, y acogió con jubilo la venida del hijo de los califas sirios (755). Las tribus sirias y yemenitas de la España musulmana abandonaron al representante del califa de Bagdad, y saludaron a Abderrahmán como soberano. Pero hubo que reñir más de una ruda batalla, y hubo de recurrirse a la traición y a la crueldad antes de que el joven pretendiente entrase en Córdoba en triunfo, para fundar allí la capital de su imperio, el centro de la cultura del mundo occidental durante doscientos años.

El sultán Abderrahmán fue uno de los gobernantes enviados por el cielo. Decidido, aunque cauto en el gobierno y en la guerra, despreocupado, dominante y altivo, estaba tan dispuesto a tomar terrible venganza como a perdonar cuando le convenía. Con una energía que todo lo arrollaba, aniquiló las fuerzas enviadas por el califa contra él. Sublevaronse tribu tras tribu, especialmente en el Norte, donde la causa abasida era poderosa, pero sólo para ser aplastados con mano de hierro. Bereberes y yemenitas reconocieron por igual que, al fin, habían encontrado su soberano, aunque durante todo el reinado de Abderrahmán las ciudades fronterizas del Norte no le rindieron homenaje sino de mala gana. De esto fue, en parte, consecuencia la pérdida de Narbona y de la Galia meridional; y la famosa batalla de Roncesvalles, tan celebrada como poco conocida, tuvo su origen en la misma división existente entre los moros. Emisarios abasidas se avistaron en 777 con

Carlomagno, aliado del nuevo califa de Bagdad, pidiéndole que atravesase los Pirineos y prestase auxilio a los adversarios de Abderrahmán. Se le aseguró que Zaragoza estaba de parte de los Abasidas, y en el verano de 778 Carlmagno y sus francos atravesaron los Pirineos por el paso de Saint-Jean Pied de Port, yendo a unirse con su tío Bernardo, que había avanzado por el Rosellón y los Pirineos orientales. Recibiendo el homenaje de Pamplona, que, aunque tributaria de los moros, era completamente cristiana, Carlomagno se presentó delante de Zaragoza. Entonces no se sabe a punto fijo si Abdulmelik, general de Abderrahmán, estaba allí antes que los francos e impidió su entrada, o si los últimos temieron alguna traición de parte de sus amigos. Lo único en que todos convienen es en que, después de una campaña afortunada, Carlomagno se retiró de pronto, saqueando al paso a la inofensiva Pamplona, y que en el desfiladero de Roncesvalles su retaguardia fue atacada y destrozada por una fuerza mixta de vascos, españoles, y aun, según se dice, de moros.

De la legendaria matanza, del heroísmo de Roldan, del valor de Bernardo del Carpió, de las mil narraciones que se han servido sobre la simple base de esa emboscada en medio de los montes, nada hay que decir aquí; pero de la leyenda se desprende, por lo menos, un hecho importante, a saber: que los españoles de todas especies y razas, aunque lo bastante divididos para estar combatiendo constantemente entre sí, ahora, por primera vez en su historia, sentían con suficiente fuerza los primeros estímulos de la nacionalidad territorial, aparte de los de la fe o de la afinidad gentilicia, para llegar a una coalición contra un extranjero como tal extranjero. Ese sentimiento volvió a manifestarse pocos años después (797), cuando Alfonso II, alentado por sus incursiones afortunadas contra los moros en el Sur, meditó pedir auxilio a Carlomagno para afirmarse en su nueva conquista, aun como tributario del emperador franco. Los nobles hispano-góticos no quisieron sufrirlo, e inmediatamente encerraron al rey en un monasterio, hasta que prometió que jamás se permitiría a ningún extranjero intervenir en luchas empeñadas en el suelo de España.

En el Nordeste no existía semejante sentimiento, porque la inmediata vecindad, el trato constante, la comunidad de lengua y la común soberanía de la Galia meridional y de Cataluña habían contribuido a que apenas se distinguiesen los pobladores de ambas regiones. Así, a principios del siglo IX, cuando se organizó una cruzada en Aquitania para rescatar a Barcelona del poder del infiel, la población cristiana no ofreció oposición ninguna. Ciudad tras ciudad se sometieron sin lucha, hasta que los francos llegaron a Barcelona. Aquí Zaid, el gobernador árabe, se mantuvo firme muchos meses hasta que, desesperado del silencio del califa Alhacam ante sus peticiones de auxilio, se escapó de la ciudad y trató de llegar a Córdoba para insistir en su súplica. Los francos le cogieron prisionero y le pusieron en la alternativa de morir o entregar la ciudad. La respuesta de Zaid fue exhortar a los barceloneses, tanto moros como cristianos, a resistir con firmeza y vengar así su muerte. Pero los cristianos estaban en gran mayoría, y se rindieron con condiciones honrosas, siendo respetado Zaid. El rey Luis de Aquitania entró triunfante en la ciudad, y estableció a un noble godo, Bera, como conde tributario; y desde entonces Cataluña, primero como Estado vasallo, después como Estado independiente, se sostuvo con valentía durante doscientos años contra los continuos ataques de los musulmanes del Sur, cayendo a veces en sus manos durante cierto tiempo, pero siendo reconquistada siempre por la vigorosa raza que la poblaba. A partir de esta época (800), durante dos siglos, aunque las fronteras estaban cambiando constantemente, y cada uno de los enemigos, moros y cristianos, hacía frecuentes correrías en los dominios del otro, el suelo de España puede dividirse en general en dos zonas distintas. La de los cristianos estaba al Norte de la línea del Ebro, de la sierra del Guadarrama y de la cordillera que separa los valles del Duero y del Tajo, mientras que los moros se encontraban al Sur de esa línea. Los moros poseían así la porción más fértil y hermosa de la Península, mientras que los cristianos poseían las regiones que criaban los hombres más sanos y robustos.

Después que Abderrahmán hubo consolidado su reino de Córdoba, independiente ahora de los califas de Bagdad, gobernó hasta su muerte, en 788, con la templada severidad, sabiduría y justicia que hicieron de su imperio el mejor organizado de Europa, y de su capital la más espléndida del mundo. Por una curiosa coincidencia, o algo más, España había encontrado así por segunda vez en

la ortodoxia su vínculo nacional de unión. Hemos visto cómo la consolidación de la España cristiana se había llevado a efecto por el ferviente catolicismo atanasiano frente al arrianismo. Análogamente, la España mahometana resistió a la consolidación hasta que el emir omeya, representante del imperio electivo de los fieles, se alzó como campeón de la palabra del Profeta contra la tradición familiar de los impíos abasidas, heréticos del Jorasán. Entonces africanos, egipcios y yemenitas se unieron al grito del marabut como jamás se habían unido bajo sus jefes de tribu, y Córdoba vino a ser una segunda Damasco. Algo más que un simple accidente hay que ver en esto. La vehemente ortodoxia cristiana y la veneración al sacerdote, que unieron a España bajo los godos, eran ibéricas en su espíritu; la fanática ortodoxia mahometana, que había permitido a Abderrahmán unir las tribus bajo su mando, era principalmente africana; y la teoría de que existían lazos de sangre entre las primitivas poblaciones de ambos lados del estrecho, cobra en nosotros más fuerza que nunca. Tendremos ocasión de notar, en el curso de esta historia, que siempre que los elementos africanos se rebelaron contra los emires y el califato de Córdoba, y cuando después le destruyeron, su descontento nació de la culta tolerancia que acompañaba a la ortodoxia religiosa de la casa reinante siro-árabe, y que los africanos miraban como apostasía.

Mientras Abderrahmán y sus sucesores empleaban así en consolidar su imperio las fuerzas del fanatismo mahometano, en el extremo Noroeste de España, entre las ásperas montañas cantábricas, suscitábase en el campo cristiano un espíritu semejante de fervor al intento de destruir el imperio del Islam. Todo lo que quedó de la caballería goda después de la batalla de Janda, huyó a las montañas casi inaccesibles del Norte, llevando consigo solamente las sagradas reliquias de los santos de Toledo. No podían ser muchos comparativamente los españoles romanizados que hubiese entre los fugitivos, porque, como hemos visto, la masa de los cristianos permaneció tranquilamente en sus casas y haciendas bajo los moros; pero los restos del ejército godo debieron encontrar en los montes de Asturias una población intrépida, guerrera, de origen céltico en gran parte, con mezcla de aquella sangre sueva que había dado tanto que hacer a los visigodos. Elementos así eran fáciles de organizar para la defensa de aquellos apartados valles; y cuando las fuerzas árabes mandadas por Alsamach, teniente de Alahor, trataron de someter en 718 ese último resto del imperio cristiano, sufrieron una gran derrota, que los cronistas cristianos exageraron extraordinariamente, para infundir aliento en sus filas y convencerlas de la especial protección del cielo[37]. La batalla de la cueva de Covadonga fue probablemente uno de esos combates de montaña en que unos cuantos hombres bien situados pueden castigar terriblemente a una gran fuerza encerrada en un paso reducido sin facilidad para la retirada. En todo caso fue decisiva, y los moros, dueños del fértil Mediodía, Levante y Occidente, se resignaron con facilidad a la existencia de un exiguo principado de cristianos en el remoto y poco atractivo Norte. De ese insignificante principado, a cuyo frente estaba un soldado godo, surgió la monarquía española; y el soberano que un día aspiró a la dominación universal, y casi la alcanzó, era el sucesor directo de Pelayo, primer rey de Asturias, con su capital en Cangas de Onís.

El yerno de Pelayo, Alfonso, apellidado el Católico, fue bastante fuerte en 742 para extender los límites de su pequeño reino: porque en ese período, como hemos visto, los bereberes y los árabes estaban en discordia, y la derrota de las fuerzas del Islam por Carlos Martel había dado nueva confianza a los cristianos. Las tribus vascas de los Pirineos occidentales simpatizaron también con sus correligionarios, y se hizo una serie de incursiones contra los moros hasta Salamanca y Segovia, con lo cual las fronteras del reino cristiano se extendían por Galicia y Lusitania a la vez que por Vizcaya. Dondequiera que triunfaba Alfonso, se establecía la fe cristiana como única religión, y por todas partes pregonaban los sacerdotes la protección divina de la causa

37 El obispo de Salamanca (Sebastián), escribiendo cerca de doscientos años después de la batalla, asegura que Pelayo y su pequeña banda de 30 guerreros mataron al general moro y 124.000 hombres, amén de 63.000 ahogados en el río. El resto de los moros hasta el número de 375.000 buscó refugio en Francia. Los números son absurdos y pueden reducirse en dos cifras por lo menos; pero atestiguan quizá que la derrota fue completa e inesperada. [Se atribuye tradicionalmente al obispo Sebastián la autoría de la *Crónica de Alfonso III*.—Nota del editor digital.]

cristiana. Covadonga fue, no una batalla, sino un milagro; profecías sin cuento de altares y ermitas anunciaban al pueblo que Dios estaba de su parte; voces celestiales se elevaban en dulce concierto ante el cadáver del rey, y la exaltación religiosa hizo así de las montañas de Asturias un santuario, y de la guerra de reconquista una santa cruzada.

La primitiva organización del reino de Asturias era una continuación del sistema godo que había regido en España antes de la invasión árabe[38]. El *Fuero Juzgo* era aún la ley; la corona era nominalmente electiva con un carácter casi hereditario; el rey era un ministro ungido de Dios a la vez que un jefe militar, y el sacerdote estaba en todas partes para encender el celo y exhortar al sacrificio. Gradualmente, durante el reinado de Alfonso I el Católico, surgieron castillos a lo largo de todas las marcas y territorios disputados, hasta las llanuras de León por el Sur, y hasta Aragón por el Este; y dondequiera que se elevaban castillos, el altar tenía un puesto honroso y los soldados y los eclesiásticos compartían el trabajo, el peligro y la gloria.

Fruela, el hijo de Alfonso, menos rígido quizá que su pueblo en materia de fe —puesto que pagó tributo al árabe Abderrahmán por una parte de sus territorios—, no tardó en tener que habérselas así con los sacerdotes como con los nobles; y la fatal división de los españoles se manifestó aun en esos primeros días de la reconquista. Las tribus vascas estaban ya dispuestas a luchar con los moros; pero no querían rendir homenaje al rey de Asturias; y Fruela consumió vidas y recursos en una larga guerra con cristianos, y disputó con los nobles y el clero, hasta que recibió la muerte en venganza del asesinato de su hermano, de cuya influencia estaba celoso (757). Aunque cristiano tibio, Fruela fundó una iglesia espléndida en honor de San Vicente, alrededor de la cual surgió la futura capital del reino, Oviedo.

Y así, asegurando gradualmente el territorio conquistado, y manteniendo una comunicación no rara, y a veces amistosa, con los moros, cuyos dominios lindaban con los suyos, esos reyezuelos de Asturias vivían, disputaban, rezaban, pagaban tributo, y, sin más, morían o eran asesinados, hasta que apareció uno más importante que el resto en la persona de Alfonso II, hijo de Fruela y nieto de Alfonso I (791), en ocasión en que reinaba en Córdoba Hixem, hijo del gran Abderrahmán. Las ambiciones de Alfonso II eran más grandes que las de sus inmediatos predecesores, porque avanzó hasta Lisboa, y al menos una vez derrotó a los moros en una gran batalla campal, cuando ellos intentaban invadir su reino. Prosiguió también el plan de su abuelo, de organizar su Estado con arreglo al tipo de la monarquía goda, y trasladó su capital a la ciudad de Oviedo, que venía prosperando rápidamente.

Pero, a pesar de las exhortaciones de los sacerdotes, el pueblo empezó a encontrarse bien avenido con el adversario, no obstante la diversidad de creencias. Se celebraba un número considerable de matrimonios entre moros y cristianos[39]. Los pobladores de las fronteras no podían estar batallando siempre, y en las ciudades sometidas a los árabes reinaba, como hemos visto, la tolerancia más perfecta, y aun los cristianos empezaron a disfrutar y a enorgullecerse del lujo y la elegancia que acompañaban a la vida de los cultos árabes. En Córdoba especialmente, donde el gusto y la liberalidad de Abderrahmán y de su hijo Hixem habían levantado ya el más hermoso de todos los templos españoles, la gran mezquita, aún subsistente, y de cuyos maravillosos palacios y encantadores jardines se hacían lenguas en toda España, un número enorme de mozárabes había afluido a la ciudad a fines del siglo VIII, y se había convertido a la fe de Mahoma. Tan numerosos

38 Pocos años antes de la invasión árabe se había abolido la prohibición del matrimonio entre godos y españoles, y en la organización del reino de Asturias no fue ya posible la separación de las razas, aunque, a semejanza de lo que aconteció con los normandos en Inglaterra, la consideración tradicional de la sangre goda como la más aristocrática continuó mucho tiempo después de haber desaparecido toda distinción real. En los primeros años de la reconquista la mayoría de los funcionarios principales era naturalmente de linaje godo, y su posesión de las plazas fuertes fronterizas constituyó el núcleo de una nueva nobleza de espíritu principalmente godo.

39 Los estimularon varios de los reyes, especialmente Fruela y Aurelio, y acaso esto dio origen a la leyenda popular del tributo de cien doncellas cristianas, pagado anualmente por el último a los moros.

eran, y tan celosos, en consonancia con su carácter nacional, que bajo Hixem llegaron a constituir un poder y un peligro para el Estado.

No era de presumir que los sacerdotes cristianos de Asturias se resignasen tranquilamente a la conciliación gradual de moros y cristianos; y el hallazgo oportuno del cuerpo de Santiago sirvió para reavivar el entusiasmo de los soldados de la cruz. En las montañas de Galicia un pobre pastor vio brillar una luz sobrenatural. Se buscó el sitio, y en un ataúd de mármol se encontró el cuerpo del Apóstol. Una humilde capilla primero, y luego una catedral augusta rodeada por una ciudad, surgió en el *Campus Apostoli*, donde el santo había yacido. Afluyeron peregrinos al santuario de tan señalado milagro; desde el rey Alfonso hasta el humilde campesino español, todos sabían que el santo se había aparecido así para guiarlos a la victoria contra los enemigos de la fe; y luego vino la leyenda que presentaba al Apóstol, en tiempo del hijo de Alfonso, Bermudo, interviniendo a caballo en la fabulosa batalla de Clavijo con una espada flamígera, y conduciendo a los cristianos a la victoria, cuando ya se había perdido toda esperanza. Hay otra leyenda del mismo tiempo relativa a la fabricación sobrenatural de «la cruz de los ángeles». Alfonso II, se dice, deseaba atestiguar su gratitud a Dios mandando hacer una espléndida cruz con el oro cogido a los moros, y encomendó la obra a dos jóvenes extranjeros que ofrecieron sus servicios. Fueron encerrados con los materiales, y a poco se vio que habían desaparecido, dejando la hermosa cruz procesional que aún existe en la catedral de Oviedo. Probablemente resultó que los artífices eran de sangre mora, y para evitar el escándalo se inventó la leyenda[40].

El espíritu que engendró esos milagros y otros cien semejantes no pudo menos de producir su efecto en un pueblo tan devoto e imaginativo como la raza celtíbera; y los mozárabes empezaron a abandonar las poblaciones sometidas a los moros y a afluir al territorio cristiano, al par que los que permanecían en las partes musulmanas del país se hallaban más prevenidos cada vez, bajo el influjo de sus sacerdotes, contra la fe de sus gobernantes. Al rencor religioso de un lado respondía el fanatismo religioso del otro. Hixem, el hijo y sucesor del gran Abderrahmán de Córdoba, fue un santo. Por él fue acabada la espléndida mezquita de Córdoba[41], y a los pocos años de reinado se hizo un completo devoto, y su reino tenía tanto de teocracia como la última monarquía goda. El mayor poder de su Estado era el de la fanática clase religiosa —renegados en su mayoría— que se había establecido en un suburbio de Córdoba, y era dirigida por un famoso santón beréber, Tahía ben Tahía, que en los últimos años de la vida de Hixem manejó el poder principal del Estado. Alhacam, que sucedió a su padre Hixem en 796, se encontró frente a frente con una rebelión promovida por ese fanático elemento, los faquíes, en favor de sus dos tíos. Después de sofocada esta rebelión, los faquíes provocaron una revolución en Toledo, que no quedó definitivamente vencida hasta que fueron ejecutados muchos centenares de rebeldes (807)[42].

---

40 Esta cruz de oro revela algo de gusto árabe. Por el respaldo está adornada de delicada filigrana y piedras preciosas. Por delante hay cinco medallones con una inscripción latina entre ellos. La fecha es 808, y se dice que fue una ofrenda del rey Alfonso. En la misma catedral existe la cruz de madera llevada delante de Pelayo en sus primeras batallas. La cruz fue forrada de oro en 828.

41 Este soberbio edificio se alza en el emplazamiento de un templo romano de Jano. Durante los primeros setenta años a partir de la conquista árabe se dividió la iglesia cristiana que allí había, y en ella se practicaban ambas formas de culto. Abderrahmán I compró la parte cristiana y empezó la mezquita, a cuya construcción se consagraron grandes tesoros. Tiene 360 pies de largo, por 270 de ancho; es baja de techo, y el interior presenta innumerables arcadas de triples arcos árabes, soportados por 1.200 columnas de mármol, despojos en su mayoría de más antiguos edificios romanos.

42 Toledo se había puesto de parte de los pretendientes Suleiman y Abdallah contra Alhacam, y había sido sometido por Amru, general del último. Después de la completa derrota de los conspiradores, el vecindario de Toledo se quejó tan amargamente de la severidad del gobernador Yúsuf, hijo de Amru, que Alhacam tuvo que separarle, pero envió en su lugar a su terrible padre. Cuando el hijo de Alhacam, después Abderrahmán II, visitó a Toledo, Amru invitó a todos los personajes principales de la población a un gran banquete dado en honor del heredero del califa. Cuatrocientos jefes y señores aceptaron la invitación, y, a medida que llegaba cada uno, era degollado. Los cadáveres fueron arrojados a un foso, y la matanza ha pasado a la historia con el nombre de «el día del foso».

Siete años después el elemento sacerdotal intentó de nuevo deponer al califa, que no era bastante devoto para agradarle. Excitada Córdoba por las vehementes denuncias de los faquíes, Alhacam se vio sitiado en su propio palacio; pero, haciendo una salida con una guardia fiel, cayó sobre el suburbio en que vivían los fanáticos, arrasándole por completo, y arrojando a la mayoría de su habitantes de la ciudad[43]. El hijo de Alhacam, Abderrahmán II, volvió a dejar que el jefe de los fanáticos, Tahía, ejerciese el ascendiente supremo. El nuevo califa era un poeta, un músico y un *dilettante*, más preocupado de la belleza y el lujo de su capital que de la grandeza de su nombre; y Tahía, el santón fanático, no compartía el gobierno más que con el persa Ziriab, poeta, artista, literato y árbitro del gusto, el hombre más popular de Córdoba.

Guerra civil esporádica entre los musulmanes, insurrecciones parciales sofocadas con aterradora crueldad, constantes escaramuzas con los cristianos de las fronteras o luchas con los francos en la costa, fanatismo en progresivo aumento, así de parte de los sacerdotes cristianos como de los santones mahometanos: tales fueron las notas características del reinado del dulce y culto Abderrahmán II. Hizo cuanto pudo, en el terreno de la tolerancia y la protección, por suavizar el acerbo espíritu de persecución que se desarrollaba en ambos campos; pero pocos meses antes de su muerte (852), vio la explosión de las terribles llamas que el clero había estado aventando durante tanto tiempo. Entre los sacerdotes mozárabes llegó a ser una obsesión el anhelo del martirio.

Verdad es que la gran mayoría de la población civil mozárabe estaba muy contenta con su suerte, y había adoptado en gran escala las costumbres y hasta el lenguaje de la raza dominadora[44]; pero el clero no cesaba de clamar contra el oprobio de que el infiel se enseñorease de una antigua ciudad cristiana, y de comparar las costumbres muelles y el espíritu acomodaticio de los ilustrados judíos y árabes con la dura vida ascética que ellos hacían por amor a Cristo. Todo lo lujoso, limpio o bello era maldito, porque trascendía a Islam; todo lo sucio, repulsivo y penoso era santo, porque dimanaba del ideal cristiano de sacrificio. Así, cuando un sacerdote, por insultar abierta y deliberadamente la fe de Mahoma, se atraía el martirio que ansiaba, muchedumbre de cristianos pugnaba por participar de su suerte.

Abderrahmán y sus consejeros árabes hacían toda clase de esfuerzos por refrenar el celo de esos fanáticos, pero con poco éxito. Entre otras cosas, reunió en Córdoba (852) un concilio de obispos cristianos, presidido por el obispo de Sevilla, el cual, de acuerdo con el de Córdoba, prohibió a los cristianos buscar voluntariamente el martirio. Como pudo preverse, la orden no sirvió sino para excitar más aún a los espíritus exaltados, y ahora vinieron los martirios, no a centenares, sino a millares, porque, a medida que arreciaban los insultos de los cristianos contra la fe del Islam, más se endurecían los corazones de los fanáticos musulmanes y mayor rigor se desplegaba. Es lo que sucedió especialmente después de la muerte de Abderrahmán II y el advenimiento de su hijo Mohamed I, espíritu estrecho y cruel.

El excesivo refinamiento de la capital, en comparación con el estado de cultura de la gran masa de los musulmanes, compuesta principalmente de razas africanas rudas e inferiores, condujo naturalmente, bajo una serie de gobernantes débiles, a la división y decadencia dentro y fuera. Durante cierto tiempo, efectivamente, pareció que el califato español debía hundirse por su propia debilidad, puesto que los fanáticos berberiscos no hacían nada por disimular su disgusto contra el

43 Algunos escritores árabes atribuyen la matanza del suburbio de Córdoba a la venganza de Alhacam por la resistencia de los habitantes al pago de un nuevo tributo para sostener el esplendor de su corte. Se dice que no menos de 8.000 descontentos fueron desterrados a Fez, y 16.000 encontraron una patria en Creta.

44 Las obras de San Eulogio (el obispo de Toledo cuyo anhelado martirio vino a cerrar realmente la era del sacrificio cristiano en Córdoba) y de su contemporáneo el seglar Álvaro el Cordobés, están llenas de alusiones a los constantes esfuerzos hechos por el clero español en este período para impedir la introducción de la cultura judía o árabe en las poblaciones cristianas. Al citar a cada uno de los mártires cristianos, San Eulogio dice casi siempre que era *peritus et doctus lingua Arabica*, o *Arabica erudiendus litteratura*. Álvaro censura duramente a la juventud de su tiempo por aprender la lengua del infiel y escribir versos en árabe; pero es evidente que, a pesar de las protestas de sus pastores, los españoles de los territorios musulmanes tenían casi tanto afán de aprender el árabe como sus antepasados ibéricos de aprender el latín.

proceder de la capital árabe. Un renegado visigodo. Muza ben Zeyad, que había conquistado alta reputación entre los moros, se apoderó de Huesca, Tudela, Zaragoza y Toledo, y se proclamó independiente. Al pronto Ordoño I, rey de Asturias, no hizo aprecio de él, porque el rebelde circunscribió sus ataques al califa árabe y a los francos de Cataluña; pero, antes de morir, en 866, Ordoño había tomado y añadido al reino cristiano mucho de lo que Muza había arrebatado al califato. Los cristianos renegados de los Algarbes, los bereberes de Extremadura, los moros de Tadmir (Murcia) y la aristocracia árabe de Sevilla, todos aspiraban a librarse de la sumisión al rey de Córdoba, en tanto que los españoles del Norte, los francos del Nordeste y los piratas normandos de la costa reducían a una sombra el poder, en otro tiempo supremo, del califato español.

Por fin, cuando peor estaban las cosas, surgió un hombre que debía devolver todo su esplendor al trono de sus padres, y hacer del califato de Córdoba un rival, si no un superior, del califato de Bagdad. A Mahomed, hijo de Abderrahmán II, habían sucedido Almondir y Abdalá, que cruzan como sombras por las páginas de la historia. La mayor parte de la rica Andalucía había sacudido realmente el yugo del débil tirano de Córdoba, y de toda la España musulmana se enseñoreaba la anarquía. Los clanes berberiscos poseían todo el Suroeste y el centro, y aun algunas plazas fuertes del mismo Sur, con ostensible independencia de los árabes. Muza con sus saqueadores bereberes asolaban cuanto querían, poseyendo gran parte de la España central como tributaria de los reinos cristianos. La nobleza árabe del Mediodía miraba con disgusto y menosprecio a un rey que no sabía defender lo suyo; y un godo cristiano, Ibn Hafsún, dominaba la rica vega de Granada desde sus fortalezas montañosas de Sierra Nevada. Murcia, próspera y bien gobernada por su señor árabe, no soñaba en rendir homenaje al califa, y competía en esplendor y riqueza con la fastuosa Sevilla bajo su ilustrado rey, Ibn Hajjáj; y cuando, al fin, murió en 912 el desdichado califa Abdalá, los fanáticos de la capital pudieron gritar que la cólera de Dios caería seguramente sobre la España musulmana como castigo por la perversidad de la capital. «¡Ay de ti, Córdoba, sentina de corrupción!»

En verdad, el rescoldo del odio religioso, que los fanáticos de ambas partes habían atizado tan afanosamente, los abrasaba ahora a ellos mismos. La demolición de las iglesias cristianas, el sacrificio de mártires cristianos voluntarios y las consiguientes rebeliones de los mozárabes no habían producido más que desdichas. Ni había ganado la fe, ni se había beneficiado la raza; el resultado había sido que tres partes del país estaban infestadas de merodeadores; que los menores jefes se erigían en tiranos por su propia cuenta, y que cada hombre alzaba la mano contra su prójimo. El país había llegado así insensiblemente a la condición mísera en que lo único exigido era un salvador de la sociedad que trajese consigo el imperio de la ley.

El hombre apareció en el nieto de Abdalá, el joven califa Abderrahmán III (an-Nasir), que tomó el título de Califa de Occidente. Mozo como era de veintiún años a su advenimiento, demostró desde un principio su resolución de ejercer una autoridad no disputada. Reuniendo a los jefes, les manifestó que no consentiría la menor desmembración ni la menor desobediencia. Sabía que no existía ninguna cohesión entre las tribus combatientes y los principillos que se habían emancipado; y a medida que el joven califa avanzaba con su ejército por la España musulmana, encontró a los rebeldes en todas partes dispuestos a someterse. Hasta el cristiano Ibn Hafsun fue vencido, al fin, en su fortaleza de Bobastro, y sólo se hizo firme la tenaz Toledo. Pero, sitiada la ciudad permanentemente, acabaron por ser demolidas sus fortificaciones, y a los diez y ocho años de su exaltación (930) Abderrahmán-an-Nasir el Grande pudo contemplar desde sus murallas el ancho valle del Tajo, y dio gracias a Dios y al Profeta por ver unidos una vez más bajo su poder los dominios de sus ascendientes omeyas. Abderrahmán fue un déspota, pero benéfico. Con tanta severidad como justicia acabó con el imperio de los fanáticos. Para él, cristianos y árabes eran súbditos que debían ser gobernados igualmente, no rivales a quienes debía permitirse degollarse unos a otros; a ningún ministro ni favorito se consintió erigirse en un poder, ni a ninguna clase, por alta que fuese, dominar a las otras; el único gobernante era el califa mismo, ayudado por hechuras

suyas[45], y apoyado por un gran ejército de mercenarios extranjeros que no contaban más que con la paga de él.

Fue una suerte para el imperio del Islam que el gran califa viniese en hora oportuna para presentar un frente unido a sus rivales cristianos del Norte, porque, algún tiempo antes de su elevación al califato, había aparecido en el reino de Asturias un soberano de cualidades excepcionales. Durante el período de disensiones y de debilidad que siguió, entre los musulmanes, a la muerte de Abderrahmán II (852), había muerto Ordoño, rey de Asturias, y los nobles, difiriendo a su súplica testamentaria, habían aceptado en su lugar a su hijo Alfonso III, aunque Fruela, conde de Galicia, protestó contra esa infracción del antiguo derecho gótico de elegir libremente el soberano[46]. Desde los primeros años de su reinado Alfonso III el Grande sacó el mayor partido posible de las disensiones de sus adversarios. Su padre se había aprovechado grandemente de la rebelión del godo musulmán Muza y su familia, y Alfonaso siguió la misma conducta. El descontento de los berberiscos de ambos lados del estrecho de Gibraltar contra los árabes creció en intensidad, y, aprovechándose de su rebelión, Alfonso, unas veces como aliado y otras como adversario, se dio trazas para extender sus dominios por el gran territorio litigioso existente entre ambos campos.

Los límites del reino cristiano se extendían ahora por el Sur hasta Zamora, Toro y Simancas, incluyendo a Galicia y Portugal hasta la orilla derecha del Duero; el conde tributario de Álava (Diego Rodríguez) reivindicaba el territorio allende Burgos, cuya ciudad había fundado; y las incursiones del mismo Alfonso llegaban a veces hasta Toledo, cuya ciudad le pagó tributo. Los vascos de Navarra semi-independientes entraron también hasta cierto punto en la esfera de acción de Alfonso por el matrimonio de éste con Jimena, hija de Don García, conde de Pamplona. Aunque durante todo su reinado Alfonso estuvo en guerra intermitente con las tribus moras más o menos independientes de las tierras limítrofes, mantuvo una comunicación nada hostil con el rey musulmán de Córdoba, y cortó cuanto pudo la exaltación religiosa que trataba de comprometerle en contiendas impolíticas e intempestivas cuando podía conseguirse más por arreglo amistoso[47].

Lo que hizo Alfonso III durante su vida por acrecentar y consolidar su reino, lo deshizo, y más que deshizo, antes de su muerte. Se ha indicado cómo obtuvo la corona por disposición testamentaria de su padre, confirmada por los nobles; él procuró sobrepujar esa enseñanza abdicando en 909 y dividiendo el reino entre sus ya envidiosos y rebeldes hijos, que fueron ayudados por el suegro del mayor, el conde de Castilla. Hemos indicado cuan débil era la cohesión entre los pueblos cristianos de España. La idea de una nacionalidad territorial era hasta entonces una idea muy vaga, y los obispos cristianos no habían conseguido restablecer la nacionalidad eclesiástica que había existido antes de la dominación mora. Los vasco-navarros, hombres separados por la raza, la lengua y las tradiciones, de los celtíberos germanizados de Asturias y de Galicia, y la población más que medio francesa de Barcelona, no tenían en rigor nada de común con el reino de Asturias y los condes tributarios fronterizos de Álava y Castilla; en continuo contacto con los enemigos bereberes y árabes, se resentían acerbamente de toda intervención del rey en Oviedo.

Con estos elementos de división ya existentes, un genio gobernante de primer orden hubiese procurado encontrar un lazo común de unión para constituir una nacionalidad; pero, con toda su indudable habilidad y energía, Alfonso III carecía de genio, e introdujo nuevos elementos de

45 Como se verá más adelante, ése era exactamente el sistema de Carlos V, y fue transmitido por él a su hijo Felipe como el principio cardinal de su gobierno.

46 Este hecho se menciona tan sólo para mostrar que aun entonces (866) sobrevivía la tradición goda de una monarquía puramente electiva. Los reyes se esforzaron constantemente por hacer la soberanía hereditaria, y a la sazón casi lo habían conseguido; pero las antiguas tradiciones no mueren fácilmente.

47 Aunque incluyó entre las estipulaciones de un tratado (883) el que los cuerpos de los mártires San Eulogio y Lucrecia fuesen trasladados con toda veneración desde Córdoba a Oviedo, y aunque dotó espléndidamente las catedrales de Oviedo y Santiago, estaba, con todo, tan libre de prejuicios, que envió su hijo a Zaragoza para que le educaran maestros árabes.

desintegración, dividiendo su reino. Dio al hijo mayor, García, el reino de León; a Ordoño, Galicia y el Norte de Portugal; a Fruela, Asturias; y él se contentó durante el año que medió hasta su muerte (910) con la ciudad fronteriza de Zamora. León pasó a ser así el primer reino, con la ciudad de León por capital, y a la muerte de García (914) volvió a comprender el reino de Galicia bajo su hermano Ordoño II. A éste sucedieron el hermano menor, Fruela II, que volvió a incorporar su reino de Asturias[48], Alfonso IV y Ramiro II (930-950), todos los cuales lucharon, y el último con señalado éxito en Simancas[49], con el gran califa Abderrahmán III; pero, fuera de eso, no dejaron huella de sí.

Los condes de Castilla, siempre turbulentos, y reclamando siempre la parte del león por luchar contra los musulmanes en las fronteras, habían intrigado más de una vez para hacerse completamente independientes, y habían sido asesinados con frecuencia por emisarios de sus señores de Asturias; pero al fin Ordoño, heredero de la corona de Ramiro II, se casó con Urraca, hija de Fernán González, conde de Castilla, comprometiéndose a reconocer la independencia del último. Cuando Ordoño III subió al trono (950), no satisfizo a su ambicioso suegro, el cual levantó contra el rey a su hermano Sancho. Aunque esta rebelión no fue afortunada, por el pronto Sancho subió al trono a la muerte de Ordoño, habiéndose casado antes con Urraca, la mujer repudiada por su hermano. Pero aún no quedó satisfecho el conde de Castilla, y arrojó del trono a Sancho el Craso, que buscó refugio en la corte de su tío, García de Navarra, en Pamplona, con su madre, Teuda.

Lo que sucedió después es muy instructivo en punto a las relaciones entre los soberanos cristianos y musulmanes. Había en Córdoba un famoso médico judío llamado Hasdai, y allá fue Sancho con su madre para curarse de su obesidad. No sólo fue afortunado en eso, sino que el califa Abderrahmán III recibió a sus regios huéspedes cristianos con una ceremonia y un esplendor desconocidos en Asturias y en León, y consintió en enviar un ejército para reponer a Sancho en el trono, que había usurpado su primo Ordoño, hijo de Alfonso IV, al paso que García de Navarra convino en atacar al rebelde conde de Castilla., Fernán González[50]. El programa se realizó por completo. Ordoño, el usurpador desposeído, apeló, a su vez, a Córdoba, y el diplomático Alhacam, hijo de Abderrahmán el Grande, satisfecho de ser arbitro de los reyes cristianos, le recibió cortésmente en el hermoso palacio de Az Zahra, aunque la simple amenaza de la intervención muslímica impulsó a Sancho el Craso a pedir paz y amistad con su poderoso vecino árabe, y Ordoño el Malo permaneció como un pensionista en Córdoba sin volver a reinar. A Sancho, que fue envenenado, sucedieron su hijo, Ramiro III, y Bermudo II, ambos ineptos, y a la muerte del último, en 999, el reino de León se vio reducido nuevamente casi a sus montañas natales, y el cristiano pagó tributo humildemente al moro.

Digamos en pocas líneas cómo se llegó a ese resultado. Abderrahmán III, antes de morir, querido y llorado como ningún otro soberano musulmán de España (961), había elevado el imperio de los califas españoles al más alto punto de esplendor y de poder[51]. Su hijo Alhacam II había

48 Debe advertirse que no se trató de mantener separados los Estados, aunque los reyes de los reinos más pequeños tuviesen hijos.

49 Ramiro II fue realmente un hombre capaz, pero se vio entorpecido por las tentativas de su hermano mayor, Alfonso IV, que había abdicado en su favor, para recuperar la corona. Derrotado Alfonso, por último, su hermano Ramiro le sacó los ojos, y también a sus primos Ordoño y Ramiro, hijos de Fruela II, que se habían rebelado en Asturias.

50 El resultado de toda esta serie de episodios fue la completa independencia del condado de Castilla bajo Fernán González, que con sus vasallos no había perdonado ninguna ocasión, buena o mala, de sacudir el yugo de León. La independencia de Castilla fue resultado natural de un esfuerzo persistente; pero los cronistas del tiempo refieren la siguiente curiosa anécdota sobre el caso: Sancho el Craso, dicen, deseaba un hermoso caballo y un halcón pertenecientes a su suegro, Fernán González, conde de Castilla; pero no quiso aceptarlos como regalo. Se les puso precio, con la peregrina condición de que cada día que pasase sin pagar se doblaría la suma. Cuando más adelante se enemistaron el rey y el conde, y el último preguntó lo que debía, resultó que todo León no encerraba tanto dinero, y Sancho se vio obligado a reconocer la independencia de Castilla para pagar la deuda.

51 Incorporó a sus dominios las costas africanas del Mediterráneo y el interior hasta Fez, y con sus barcos capturó las naves de Túnez y de Egipto. Recibió embajadas de la mayoría de las potencias cristianas, y se asegura por escritores árabes que su tesoro en 951 contenía 20.000.000 de monedas de oro. Merced a las grandes obras de riego

continuado su sabia política con éxito no menor; y Córdoba, bajo su gobierno, llegó a ser el centro de la cultura y del saber del mundo; pero, a la muerte de Alhacam, su heredero, Hixem II, era un niño de nueve años, y la sultana viuda Sobeyra, en cuyas manos recayó el gobierno nominalmente, era dominada por un amante que, de escriba de la corte, se había elevado ya, antes de la muerte de Alhacam, a un puesto preeminente en la corte del califa. Mohamed-ben-Abdalá-abu-Amir, mejor conocido por sus arrogantes sobrenombres Almanzor-al-Alá, «el Victorioso de Dios», y el azote de los cristianos, era un hombre que por su gran capacidad como tesorero del ejército de África, se había captado la estima de Alhacam, y por su belleza y galanura había subyugado el corazón de la mujer del califa.

Atajando todos los conatos de oposición desde un principio, ese personaje, apenas murió Alhacam II, proclamó al joven califa Hixem, y gobernó con energía en su nombre, contrarrestando firmemente la influencia de Ghiafar, el antiguo y poderoso ministro de Abderrahmán-an-Nasir, y de los mercenarios «eslavos», ganados por la facción berberisca. Él era un advenedizo, y comprendía que, para marchar bien con árabes y bereberes, tenía que seguir una política intrépida y victoriosa con respecto al reino cristiano. Ramiro III, como Hixem II, era menor de edad; pero su madre no tenía un ministro enérgico como Almanzor que la guiara, y no podía ofrecer gran resistencia al poderoso árabe, que invadió el reino de León en 978 con un gran ejército, y volvió a Córdoba cargado de botín y escoltado por huestes de cristianos cautivos. Habiendo humillado así a León, al siguiente año (979) marchó a Cataluña, y de nuevo volvió a Córdoba triunfante. En 981 entró en Castilla y tomó a Simancas y Zamora, llevándose consigo 9.000 cristianos prisioneros y matando muchos miles más. Ramiro III, entretanto, aunque un simple niño aún, tomó el gobierno en sus manos temerariamente, y con su presunción y violencia ofendió a la mayoría de los nobles, los cuales proclamaron un rey rival en la persona de Bermudo, hijo de Ordeño III.

Siguióse una guerra civil, en que ambas partes sufrieron duramente, sosteniéndose uno de los reyes en Galicia y el otro en León. Pero Ramiro murió joven, en 984, y Bermudo II le sucedió en todo el reino. Las disensiones cristianas depararon a Almanzor ocasión propicia para sus fines, y en 983 entró en León a sangre y fuego, haciendo huir al rey. En 985 el terrible árabe tomó a Barcelona, y tres años después puso sitio a la ciudad de León. Los cristianos se sostuvieron meses y meses —sus crónicas dicen por más de un año—; pero al fin la ciudad fue tomada por asalto, en medio de horrible carnicería, saqueada y poco menos que arrasada. Mientras el rey cristiano huía a las montañas de Asturias, el victorioso musulmán prosiguió su marcha, dejando tras de sí un rastro de sangre, destruyendo la segunda ciudad del reino, Astorga, y llegando hasta la Coruña. La misma ciudad sagrada de Santiago fue profanada por la triunfante media luna, aunque la urna del santo, según se dice, se salvó por un milagro. Todo lo demás cayó ante el implacable Almanzor; y Bermudo, humilde tributario en adelante del musulmán, dio gastoso en matrimonio al vencedor su propia hija[52]. Bermudo murió en 999, y tres años después terminó la vida de Almanzor en Medinaceli[53]. Fue, sin disputa, el caudillo más grande que produjo la España musulmana. Sin el lastre de una alcurnia regia ni elevada, logró no sólo tener al califa como prisionero en su palacio,

introducidas y promovidas por él, se desarrolló un cultivo floreciente en inmensas superficies de tierra, y el comercio de la España musulmana era tan importante, gracias a su protección, que, antes de su muerte, los derechos de aduanas proveían al grueso de sus enormes gastos, y la capital, Córdoba, contenía 500.000 habitantes.

52 Posteriormente Sancho de Castilla dio a Almanzor por mujer una hija, de la cual tuvo el segundo un hijo, Abderrahmán Sanchuelo.

53 Hay muchas dudas respecto a las circunstancias de la muerte da Almanzor. Los cronistas castellanos —y, según se asegura, un manuscrito árabe de Ben Haiyan, existente en El Escorial, pero de autenticidad discutida— refieren, aunque de muy diverso modo, una gran batalla de Calatañazor, a orillas del Duero, en que se dice que Almanzor recibió la herida mortal. Nada hay en esto de improbable, aunque el silencio general de los historiadores árabes, y los vagos y discordantes relatos de los españoles, inducen a pensar que la batalla pudo no ser tan importante como se pinta. La versión árabe es que, durante una expedición en 1002, Almanzor cayó enfermo y se retiró a Medinaceli, que era su base de operaciones, donde murió poco después. En todo caso, murió en la fecha indicada, en Medinaceli, importa poco si de una herida o de muerte natural.

sino reducir a la impotencia, por una combinación de severidad, astucia y magnanimidad, a los innumerables conspiradores que había contra su supremacía, y armonizar los elementos profundamente divididos que constituían el califato. Era hombre de alta ilustración, un amante de los libros, que llevaba consigo aun en sus campañas una hermosa biblioteca. Prodigó a los hombres de letras y de ciencia atenciones y consideraciones apenas excedidas por las del mismo Alhacam II; y, no obstante, para atraerse a los bereberes y a los fanáticos renegados, uno de sus primeros actos fue permitirles saquear la inapreciable biblioteca a cuya formación había consagrado Alhacam II su vida y su tesoro, a fin de que pudiesen ser destruidos todos los libros de astrología y de ciencias prohibidas, como lo fueron en número de decenas de millares, pérdida que no pueden reparar todas las victorias de Almanzor. La sultana, que era española de nacimiento, celosa del omnímodo poder de su antiguo amante y favorito, tramó en 996 una intriga de harén para emancipar de esa tutela a su hijo, el califa. Llamando a un general y a una fuerza poderosa de los dominios africanos del califato, la sultana decretó el destierro de Almanzor. Pero Hixem era débil, y Almanzor obtuvo de él fácilmente la firma que le hizo dueño de la España musulmana, para confusión de sus enemigos. Desde entonces hasta su muerte el gran Mohamed-ben-Abdalá-abu-Amir fue califa en todo menos en el nombre, y cuando murió (1002), su hijo favorito Abdul Malik le sucedió en el gobierno de un país cuyo rey nominal había caído en los placeres afeminados de su hermoso palacio de Az Zahra, en donde le había recluido su dominante ministro.

710 a 1002

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Las energías de la España cristiana fueron monopolizadas por la reconquista, uno de los hechos más importantes de la historia universal. Durante estos tres siglos se vio que el poder musulmán era una fuerza en retroceso más bien que en progreso. Merced a la necesidad que tenían los reyes cristianos del auxilio de sus súbditos de todas condiciones, creció la fuerza de los nobles feudales godos, que conquistaron y ocuparon tierras lindantes con el territorio musulmán, y las ciudades de las zonas reconquistadas tuvieron nuevos y valiosos privilegios, que las hicieron más independientes que nunca. Las mismas influencias contribuyeron considerablemente al desarrollo de la independencia individual en las clases inferiores, y fomentaron la inclinación del pueblo a esa altiva pretensión a la igualdad de todos los españoles de sangre cristiana, que hace de España, considerada socialmente, el país más democrático de Europa. En arte, industria y comercio poco o nada se adelantó en la España cristiana durante este periodo, aunque algo después se sembraron las semillas para un adelanto enorme. Las olas sucesivas de la invasión musulmana, introduciendo tantos nuevos elementos étnicos y religiosos —sirios, coptos, persas y bereberes—, alteraron profundamente la etnología de España, e hicieron más difícil que nunca la completa fusión en una nacionalidad de los varios pueblos, ya separados por la configuración física del país.

En lo tocante a los principales progresos durante estos tres siglos, debemos volver los ojos a la España musulmana. Aquí se había efectuado una completa revolución en los hábitos sociales, el lenguaje y las industrias, aun de aquellos españoles que seguían siendo cristianos. Dejados en el goce de todas sus libertades, y tratados con dulzura, entraron voluntariamente en la vida de los conquistadores, y participaban de la riqueza, prosperidad y comodidades que veían en torno suyo. En el próximo capítulo pasaremos revista a algunas de las consecuencias de la nueva civilización. Bastará aquí decir que, bajo los califas árabes, España llegó a ser el país más rico, más populoso y más ilustrado de Europa. Los palacios, las mezquitas, puentes, acueductos y edificios particulares alcanzaron un lujo y belleza de que aún queda una sombra en la gran mezquita de Córdoba. Nuevas industrias, particularmente el tejido de seda, florecieron extraordinariamente, hasta el punto de que sólo en Córdoba existían 13.000 telares. La agricultura, a favor de sistemas de riego nuevos en Europa, se elevó a un alto grado de perfección, introduciéndose entonces muchos frutos, árboles y vegetales del Oriente desconocidos hasta allí. Con la minería y la metalurgia, la fabricación del

vidrio, el esmalte y la ataujía (damasquinado) vivían ocupadas y prósperas todas las poblaciones. De Málaga, Sevilla y Almería salían buques a todos los puntos del Mediterráneo cargados con los ricos productos del gusto y de la industria de la España musulmana, y de la riqueza natural y cultivada del país. Caravanas llevaban a la remota India y al África los preciosos tejidos, las maravillas de las obras en metal, los esmaltes y las piedras preciosas de España. Todo el lujo, refinamiento y belleza que el Oriente podía proporcionar en cambio afluyó a las ciudades musulmanas de la Península. Las escuelas y bibliotecas de España eran famosas en todo el mundo; las ciencias y las letras eran cultivadas y enseñadas como nunca lo habían sido hasta entonces. Judíos y musulmanes, en noble competencia intelectual, hicieron a su país ilustre para siempre con las producciones de su estudio, aunque el grado más alto de elevación científica no se alcanzó hasta después del período que nos ocupa. Industrial y socialmente, puede decirse que España llegó al punto más elevado de prosperidad, riqueza y esplendor en tiempo de Abderrahmán-an-Nasir y sus sucesores.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Se ha dicho ya que los hermosos productos de la industria hispano-árabe y los frutos naturales de España se distribuyeron por todas las partes del mundo conocido. Así llegaron a conocerse en Europa nuevos frutos, flores y vegetales. Los judíos y los árabes de España conservaron vivo el gusto por la ciencia y la literatura en los tiempos de obscuridad, aunque su mayor servicio a la cultura estaba aún por venir; y ese gusto, con sus influencias refinadas y el tipo más elegante de vida que engendró, penetraron hasta cierto punto en la Europa cristiana.

IV.
La decadencia de la Media Luna

Influencia de los árabes y los judíos en el carácter y las instituciones españolas.—La fusión de razas, entorpecida por los sacerdotes.—Desarrollo de la literatura árabe en España.—Artes, ciencias e industrias de la España cristiana y musulmana.—Discordia en la España cristiana.—Tradiciones distintivas de los reinos cristianos.—Caída del califato de Córdoba.—Sancho el Grande de Navarra.—El concilio de Coyanza.—Fernando I de Castilla y de León.—La guerra de los hermanos.—Alfonso VI de Castilla y de León.—El Cid.—Los almorávides.—Toledo, la capital cristiana.—Adopción del ritual romano.—Urraca de Castilla y de León, y Alfonso el Batallador de Aragón.—Los almohades.

Por este tiempo (1002) hacía cerca de trescientos años que los muslimes venían dominando en la mayor parte de la Península. Una minoría refinada de árabes, con un séquito más intelectual aún de judíos, y una gran muchedumbre de gentes africanas semi-civilizadas y fanáticas, habíanse depositado como una capa superyacente, por decirlo así, sobre un estrato celtíbero, saturado de tradiciones y de cultura latinas. Como hemos visto, la base era en gran parte libio-semítica, pero la civilización era casi enteramente romana; de modo que, étnicamente, no hubiese habido gran dificultad para una amalgama de la capa superyacente con el estrato profundo y para una mezcla de la cultura de los semitas y de los arios, a no ser por un elemento comparativamente reciente que se interpuso en el camino: era éste la firme raíz que había echado en el pueblo español la forma católica del cristianismo, y el hecho de que la única unidad nacional propia que había conocido ese pueblo era la organizada por la Iglesia en el último siglo de la monarquía goda.

De análogo modo, los musulmanes españoles —gentes de diversa raza y de grado de cultura y hábitos sociales diversos— habían encontrado su vínculo más fuerte de unión, cuando no en la guerra, en el fervor religioso promovido por el establecimiento de los califas omeyas en España, y después en el jactancioso fanatismo de Almanzor, cuando se vio que se desmoronaba la consolidación temporal del dominio realizada por la fuerza armada de Abderrahmánan-Nasir. Ese sentimiento religioso de ambas partes —poco sensible en los primeros años de la dominación muslímica— fue creciendo en fuerza a medida que las castas sacerdotales luchaban por el acrecentamiento de su influjo. El canon del califa Omar (717-720) ordenaba la extirpación del cristianismo a toda costa, y, aunque nunca obedecido plenamente en España, dio a los fanáticos musulmanes sucesivos un pretexto para oprimir y humillar a los mozárabes, y condujo en varios períodos a imponer muchas restricciones irritantes a los cristianos[54], que, como hemos visto por su tenaz martirio voluntario, opusieron fanatismo a fanatismo; y el sentimiento de cada una de las razas hacia la otra, que al principio era simpático, llegó a ser una aversión apasionada, que veremos existir en los últimos días de la dominación.

A no ser por el creciente encono religioso, no había ninguna razón para que España no se hubiese hecho una nación homogénea mediante la absorción o amalgama gradual de los varios pueblos ahora establecidos en su territorio. Una prueba de ello es la rápida asimilación de las instituciones durante el período anterior al encono. Los españoles arabizaron permanentemente desde un principio los nombres de los funcionarios públicos de las ciudades, aunque los recién

54 No se permitía edificar nuevas iglesias cristianas, ni reedificar las antiguas. Los musulmanes tenían el derecho de entrar en los templos cristianos de noche y de día. Hubo que quitar la cruz del exterior de las iglesias, y no se podían cantar himnos que llegasen a oídos de los musulmanes. Se prohibió la propaganda, y se procuró no fomentar la conversión de los cristianos al islamismo . Los cristianos tenían que estar de pie en presencia de un musulmán, y se les prohibía llevar el traje árabe. Tales fueron algunas de las disposiciones dictadas en varias épocas, pero sólo se cumplieron parcialmente.

llegados dejaron intacto el mecanismo del gobierno municipal[55]. El *comes* pasó a ser el *caíd* (alcalde o alcaide), el gobernador de distrito pasó a ser el *uasir* (alguacil), el mayordomo pasó a ser *al mohtrib* (almotacén), y así sucesivamente.

Ya hemos visto lo que anhelaba la juventud mozárabe, aprender el árabe y estudiar la literatura arábiga en las espléndidas escuelas que existían en la España musulmana; y tanto se extendió esa costumbre, que en el siglo IX el obispo de Sevilla consideró necesario mandar traducir la Biblia al árabe para uso de los mozárabes que habían olvidado su lengua latina; y, a juzgar por el prefacio de la gramática hebrea perdida del gran judío español Salomón Ibn Gebirol (Avicebrón), escrita en el siglo XI, la misma lengua hebrea corría peligro en aquel tiempo de ser oscurecida por el árabe, suerte que previnieron el mismo Avicebrón y sus ilustres sucesores judíos[56]. Hasta tal punto se habían desatendido las letras latinas después de ciento treinta años de dominación árabe, que, cuando San Eulogio llevó a Córdoba de Pamplona, en 848, copias de la *Eneida* de Virgilio y de las *Sátiras* de Horacio y de Juvenal, esos clásicos eran casi desconocidos de los cristianos cordobeses. Cristianos mozárabes servían en los ejércitos musulmanes, ocupaban altos puestos en el palacio del califa, y, en Córdoba y Sevilla por lo menos, se sometían usualmente sin repugnancia al rito de la circuncisión. Pero el desarrollo del sentimiento religioso guerrero y el avance gradual de las fronteras cristianas introdujeron un nuevo elemento en el problema, e impidieron la completa fusión de razas, que un tiempo parecía probable.

Los mozárabes, con su mecanismo municipal intacto, sin ser grandemente molestados en su vida civil, conservaron su autonomía y existencia local durante el largo período en que todo el centro y gran parte del Mediodía de España era tierra fronteriza, expuesta a ser tomada y dominada alternativamente por árabes y cristianos. Hábitos y, en ciertos casos, lenguaje y parentesco hubiesen inclinado a los mozárabes hacia los primeros, pero la influencia siempre creciente de la religión los llevó a simpatizar con los últimos; y el resultado fue, como podría colegirse, aunque no existiesen amplias pruebas del hecho, que las grandes poblaciones mozárabes permanecieron lo más apartadas posible de la lucha activa, y sacaron el mayor partido posible de cada régimen a que se sometieron, sin que tuviesen que padecer seriamente en ningún caso sus instituciones civiles ni su vida social. La existencia de esas municipalidades organizadas, prósperas, con tradiciones que se remontaban a los tiempos más antiguos, cuando fueron incorporándose sucesivamente a los reinos cristianos, impidió que se restaurase el poder feudal en España en la misma extensión que en el resto de Europa, y condujo otra vez al desarrollo de las instituciones gubernamentales españolas según el tipo de una democracia gobernada por déspotas representativos con sanción sacerdotal, más bien que por reyes con el freno de asambleas cimentadas sobre consejos de barones.

La influencia musulmana sobre los mozárabes, aunque grande en un principio, a la muerte de Almanzor (1002) había empezado ya a decaer ante el odio religioso engendrado por la guerra de la reconquista y la santurronería de los fanáticos de ambos campos. La decadencia continuó a medida que el poder cristiano avanzaba, y así los últimos vestigios permanentes que los moros dejaron en el pueblo no fueron tan grandes como a veces se supone. Un número considerable de palabras árabes,

---

55 El califato árabe fue una pura autocracia. El califa reinante designaba del seno de su familia el sucesor a la corona, como acontece aún en los países mahometanos. Un *mexuar* o diván elegido por el monarca formaba un consejo con atribuciones puramente consultivas, y un *hagib* o primer ministro ejecutaba los mandatos del califa. Los *valíes*, que gobernaban las provincias en sustitución de los duques godos, eran responsables directamente ante el califa, mientras que el *uasir* (el gobernador de distrito) y el *caíd* (el jefe de una ciudad fortificada con los pueblos anejos) eran responsables ante el *valí*. El *cadí* administraba justicia en las ciudades, mientras que el *cadí de los cadíes*, o juez principal, era el tribunal supremo de apelación. Se verá así que, a excepción del carácter de la monarquía misma, las instituciones habían cambiado muy poco, salvo de nombre. Formaban los ingresos el producto de las minas, que eran explotadas por el Estado, los derechos de aduanas sobre importaciones y exportaciones, un diezmo en especie por toda clase de productos, agrícolas e industriales, y la capitación impuesta a mozárabes y judíos.

56 «Yo veía que la lengua sagrada estaba en camino de perderse y olvidarse. La mitad del pueblo habla en idumeo, y la otra mitad en la falsa lengua de los hijos de Kedar; y así nuestro lenguaje se hunde en los profundos como plomo». (Citado por el Sr. Menéndez Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*.)

sobre todo las referentes a cargos públicos y a las ciencias, encontraron puesto naturalmente en el latín bastardo de los mozárabes, que después cristalizó en el lenguaje vulgar de España; pero de instituciones no quedó nada en rigor, porque nada se impuso a las poblaciones cristianas sometidas; y las comunidades, es verdad, se reincorporaron a los reinos cristianos con alguna ligera modificación étnica, y con nuevos hábitos sociales, pero, en lo demás, con su mecanismo gótico-romano intacto.

En el tiempo sobre el cual escribimos ahora —los tres primeros siglos a partir de la conquista musulmana— no se había dejado sentir la influencia de los judíos y de los árabes españoles sobre las letras europeas. Ese importante influjo pertenece a un período ulterior, y se tratará de él a su debido tiempo; pero debe advertirse aquí que los árabes no trajeron consigo a España una gran cultura, y que la mayor parte de la prodigiosa actividad intelectual y literaria, que hizo ilustres a Córdoba y a Toledo bajo el imperio musulmán, se desarrolló en España por los judíos y moros de nacimiento español. Los árabes, que formaban la minoría y la aristocracia de los invasores, eran un pueblo nuevo, con menos de cien años de existencia nacional, cuando llegaron a España; y, aunque poseían mucho saber tradicional procedente de pueblos orientales más antiguos, con viva imaginación y amor a la poesía, su cultura literaria era escasa; y no hay que añadir que la de los salvajes berberiscos, que formaban la gran masa de los musulmanes, era nula.

La afición a la cultura literaria no prendió en los árabes hasta el establecimiento del califato de Bagdad por los Abasidas, en cuya época se desarrolló una rivalidad entre la dinastía omeya de España y la dinastía usurpadora de Bagdad en la colección de libros raros y en el cultivo de la literatura como arte bello. El gran Abderrahmán-an-Nasir, que elevó el califato de Occidente a su mayor grandeza, e hizo de Córdoba una ciudad de palacios[57], sentó los cimientos de una gran biblioteca, a cuyo engrandecimiento consagraron su vida su hijo Alhacam II y su nieto Hixem[58]. Persia, Siria, Grecia e Italia fueron saqueadas por agentes de los califas españoles en busca de libros. Se dice que Alhacam envió a Ispahan mil dinares de oro por obtener la primera copia de la *Antología* de Abulfaraj, que se leyó en España antes de que fuese conocida en el país de su origen. Las escuelas de Córdoba, Toledo, Sevilla y Zaragoza, especialmente la primera, bajo el patrocinio del mismo califa, alcanzaron una celebridad que atrajo a ellas después estudiantes de todas las partes del mundo.

Al comienzo las principales materias de estudio eran literarias, como la retórica, la poesía, la historia, la filosofía y otras semejantes, pues el fatalismo de la religión del Islam retardó hasta cierto punto la adopción de los estudios científicos. Sin embargo, a ellos abrieron el camino los judíos españoles, y, cuando cayeron las barreras, los mismos árabes entraron con avidez en el dominio de la ciencia. Córdoba pasó a ser entonces el centro de la investigación científica. La medicina y la cirugía especialmente se cultivaron con gran diligencia y éxito, y puede decirse que la cirugía veterinaria llegó a constituir entonces por primera vez una ciencia. La botánica y la farmacia tenían también sus famosos profesores, y la astronomía era estudiada y enseñada como nunca antes lo fue; el álgebra y la aritmética se aplicaban a los usos prácticos; se inventó la brújula, y la ciencia aplicada a las artes y manufacturas hizo que se estimasen en todo el mundo los artículos de la

57 La descripción de Córdoba bajo Abderrahmán-an-Nasir parece un cuento de hadas. La hermosa mezquita acredita hoy que no era una fábula esa pintura. Paradores públicos guarnecían los caminos millas antes de llegar a la ciudad, y dentro de las murallas el califa tenía su Palacio de las Flores, su Palacio del Placer, su Palacio de los Amantes, y su hermoso Palacio de Damasco a orillas del río; y los habitantes de la ciudad, siguiendo el ejemplo del soberano, imitaban su esplendor en la medida de sus recursos El famoso palacio y ciudad suburbana de Az-Zahra, de que hoy no quedan huellas, era el más encantador de todos. Un tercio de los recursos del Estado se consagraron durante más de veinte años a su construcción, y se dice que 10.000 obreros trabajaron en él durante cuarenta años. Cristianos y musulmanes alababan en competencia la magnificencia sin ejemplo de aquel suburbio suntuoso, con sus mágicos jardines, sus fuertes, sus bosques de granados y almendros, y, sobre todo, su gran casa de recreo, resplandeciente de oro y piedras preciosas, despojos de medio mundo.

58 Se dice que esta biblioteca del palacio de Merwan constaba de 600.000 libros, en cada uno de los cuales había escrito el califa el nombre del autor, con la fecha y lugar de su nacimiento.

España musulmana, los cueros finos, las armas, los tejidos y las obras en metal. La agricultura y la horticultura se desenvolvieron hasta un punto antes desconocido: gracias a la liberalidad de los califas y al saber de los hombres de ciencia, no fueron ya un pesado oficio propio de rústicos, sino una ocupación atractiva digna de la atención de un docto. Ibn Zacarías, de Sevilla, dio a luz un tratado de agricultura lleno de sabiduría y de enseñanza aun hoy mismo. Canales y norias para el riego dieron maravillosa fertilidad al Sur de España, donde la primera necesidad para convertir la tierra en un paraíso era el agua. Se introdujeron y cultivaron con prodigioso éxito el arroz, el azúcar, el algodón y el gusano de seda; las sedas, brocados, terciopelos y la cerámica de Valencia, el hermoso acero damasquinado de Sevilla, Toledo, Murcia y Granada, los cueros estampados de Córdoba y los paños finos de Sevilla, trajeron la prosperidad a musulmanes y mozárabes bajo el gobierno de los califas omeyas, al par que el laboreo sistemático de las minas de plata de Jaén, los corales de las costas andaluzas y las perlas de Cataluña suministraban los materiales para el opulento esplendor a que eran aficionados los árabes en su atavío y adorno.

El desarrollo del arte arábigo-español fue algo entorpecido por los preceptos del Corán; pero un sentido innato de la belleza venció ese obstáculo, y produjo un estilo que, aunque reducido primeramente a dibujos geométricos y a inscripciones cúficas, ha conquistado por siempre la admiración del mundo. Algunos bellos ejemplares de talla en marfil de este estilo pueden estudiarse en el Museo de Kensington, en dos arquetas del siglo X: una hecha para el califa Alhacam II, y otra para la mujer del gran califa Abderrahmán-an-Nasir; en la catedral de Pamplona existe una tercera más exquisita que las otras, y hecha para Almanzor. Pero aquí son visibles influencias antiarábigas, porque se ven representaciones de hombres y de animales, como ocurre también con algunos bronces encontrados en el emplazamiento del famoso palacio cordobés de Az Zahra, y con otros muchos ejemplares de este período. Es, pues, evidente que tres siglos en contacto con cristianos y judíos habían relajado algo las rígidas ideas de los árabes. Veremos después cómo el fanatismo religioso volvió a determinar una reacción en la España musulmana, y cómo en el arte, lo mismo que en otras cosas, la diversidad de creencias impidió la fusión de las dos civilizaciones. Un fenómeno semejante se observa en la arquitectura. Los árabes trajeron consigo de Siria una adaptación del estilo bizantino, noble, sencilla y severa, como la mezquita de Córdoba, pero inspirada evidentemente por la Constantinopla imperial y por los últimos romanos, como lo fueron las construcciones del Bagdad y de Damasco. Pero con el flujo del fanatismo que siguió a la muerte de Almanzor y la enemiga creciente entre musulmanes y cristianos, desaparecieron gradualmente todas las huellas de Constantinopla, hasta que al fin la belleza elegante, exuberante, aérea y completamente anticristiana de la Alhambra y del Alcázar de Sevilla aparece libre por igual de la rigidez cúfica y de la pesadez cristiana: un estilo desenvuelto por fervor anticristiano, puramente musulmán y puramente español.

Es menester ahora dirigir una ojeada al progreso del pueblo de la España cristiana durante el período de la reconquista que va hasta fines del siglo X, en que la energía de Almanzor había confinado la Cruz en los rincones extremos de la Península. En cuanto el primer Alfonso extendió sus dominios más allá de las montañas de Asturias, fue patente que los españoles no eran aún una nación que pudiese ser movida por un solo impulso, sino una porción de razas imperfectamente fundidas, cada una de las cuales miraba su propia división geográfica como su exclusiva patria. Al relatar los sucesos de los primeros tiempos de la reconquista hemos aludido ya a las constantes disensiones entre los cristianos, aun en presencia de un enemigo común. Los gallegos se tenían por un pueblo diferente de los asturianos, como realmente lo eran, y lo son aún; vascos y navarros no tenían ningún vínculo, aparte de la religión, con el pueblo leonés; y los catalanes estaban entonces, como están hoy, en más estrecho parentesco con el pueblo de la Galia meridional que con los de la Península española en que vivía. El castellano, por su parte, en quien predominaba el ibero más que el celta, se impacientaba altivamente contra la autoridad lejana de un rey en Oviedo, y estuvo siempre en rebelión, hasta que se arrancó a Sancho el Craso la independencia de Castilla respecto del reino leonés. La división temporal del reino entre los tres hijos de Alfonso III había acentuado

esas discordias y facilitado las conquistas de Almanzor, aunque la derrota cristiana, juntamente con la anarquía que reinaba entre los musulmanes después de la muerte del vencedor, dieron nueva cohesión a los españoles y nueva energía para el avance subsiguiente.

El fervor religioso que había presidido a la fundación del reino de Asturias desde las primeras victorias de Pelayo, hizo a ese reino depositario y transmisor de las tradiciones teocráticas de la última monarquía goda, y dio al clero un poder y una consideración que no poseía en los demás Estados cristianos; al propio tiempo, y en consonancia con otra supervivencia gótica, los nobles de Asturias afirmaron también su derecho a elegir, o, en todo caso, a confirmar la elección de los reyes, aunque ahora la elección se circunscribía en la práctica a la familia del soberano reinante. El que el rey dependiese más que nunca del albedrío de sus nobles para ocupar territorios limítrofes y extender sus fronteras, explica el hecho de que, por primera vez (en tiempo de Alfonso II), expidiese decretos «*cum consensu comitium et principium meorum*». No cabe duda de que los consejos de esos primeros reyes de Asturias y León eran una continuación de los antiguos concilios episcopales de Toledo; pero las nuevas circunstancias habían disminuido en ellos el influjo eclesiástico y aumentado el seglar, y hasta 1020 los concilios concretaron su atención a materias eclesiásticas.

En las montañas de Navarra había surgido otro reino, donde eran débiles las tradiciones góticas, y donde aún conservaba su ascendiente el sentimiento de tribu. Allí el rey era un jefe puramente electivo. No había en torno de él nada sagrado o sacerdotal. Reinaba en virtud de un pacto, y se discutía y limitaba su poder antes de conferírsele. Juraba mantener los derechos de sus comitentes y no adoptar ninguna decisión importante sin el consejo y consentimiento de doce ricohomes. Estaba obligado a dividir sus conquistas entre los suyos, y limitaban el ejercicio de su poder multitud de prerrogativas de sus varias clases de súbditos; y en todo caso la concesión de la corona era condicional y dependiente de su respeto a los derechos de los que se la conferían. Posteriormente esta constitución se extendió a Aragón, que al principio era una dependencia de Navarra.

La organización de Cataluña demuestra también su origen. Aquí tenían el ascendiente tradiciones francas más bien que tradiciones godas, y, por consecuencia, se estableció sin oposición el carácter hereditario de la soberanía, y el principio feudal fue mucho más fuerte que en otras partes. Aquí, como en el resto de la España cristiana, se adoptó como ley el *Fuero Juzgo* de los reyes godos; pero los condes añadieron un gran número de disposiciones nuevas o «usajes», para poner el código godo de acuerdo con los sentimientos franceses de los catalanes. Los primeros «usajes» emanaban de un concilio de Gerona, y fueron confirmados en 1068 por unas Cortes de Barcelona[59].

La más importante y la primera de las cartas políticas escritas[60] fue la otorgada al reino de León en 1020, pocos años después del período que ahora nos ocupa. Fue obra de un concilio de obispos y de nobles celebrado en la ciudad de León, y constituía una revolución verdadera en la condición del pueblo. Se reconoció el derecho hereditario del siervo a la tierra que trabajaba, a fin de que combatiese contra los mores con mayor denuedo en defensa de lo suyo. Al vasallo se le permitía por primera vez cambiar de señor a su albedrío, y en muchos sentidos las clases serviles se hicieron más independientes. Lo más importante de todo fue la concesión hecha a los municipios, de amplias atribuciones administrativas y de funciones judiciales primarias, sin más dependencia que del rey.

---

59 Los «usajes» de Barcelona introducían un sistema representativo feudal en el código gótico-romano. Los nobles, divididos en condes, vizcondes y señores, tenían jurisdicción en sus respectivos distritos, siendo su derecho sobre los vasallos supremo y limitado únicamente por «las costumbres del país», que todos debían obedecer, de igual modo que era supremo nominalmente el derecho del rey sobre los nobles.

60 El fuero de Sobrarbe, el supuesto original de la carta de Navarra, es sumamente dudoso, aunque acaso existió desde un principio alguna especie de convenio, escrito o verbal, entre los soberanos y el pueblo de Navarra. [Véase Jerónimo de Blancas, *Comentarios de las cosas de Aragón*.—Nota del editor digital.]

También los primeros condes de Castilla otorgaron a varias ciudades cartas importantes, que confirmaron y extendieron los derechos de los municipios y aumentaron la independencia de los ciudadanos. Todas ellas, y más aún los fueros liberalísimos otorgados a la ciudad de Nájera y otras por el rey de Navarra (Sancho García[61]), tienen el mismo carácter. Los reyes eran impotentes para combatir a los moros y extender sus fronteras sin el auxilio libre y liberal de sus súbditos; las villas y ciudades no tenían grandes motivos para preferir una dominación a otra, y su ayuda debía ser comprada por los soberanos mediante la concesión de privilegios e inmunidades, que resarciesen al vecindario de los sacrificios que hacía. Resultó así que, según las necesidades del rey, las cartas de las varias poblaciones fueron más o menos liberales, y que las comunidades en cada caso procuraron sacar el mayor partido posible del soberano que necesitaba su ayuda.

Hemos visto que las instituciones políticas de las varias divisiones de la España cristiana diferían según las circunstancias, y la misma diferencia se advierte en la situación de la Iglesia. En Asturias y Galicia, donde se había suscitado primeramente el celo religioso, dominó la idea de la cruzada. A un pueblo empeñado en una guerra santa, ayudado por Santiago en persona, y en comunión casi diaria con los santos y los ángeles, le bastaba su absorbente devoción. Su rey era un ministro ungido, y el pueblo no sentía necesidad de un Papa; así, en el Noroeste de España, la Iglesia tuvo durante tres siglos un carácter verdaderamente español e independiente, que apenas conservaba aún una sombra de dependencia respecto del pontífice romano. Tres concilios, continuación de los de Toledo, celebrados en Asturias y León en el siglo X, se concretaron a materias eclesiásticas; pero en 1020, cuando se reunió en León el concilio ya mencionado (y otro en Coyanza en 1050), los obispos, otra vez en mayoría, como en los últimos tiempos de los godos, decidieron sobre asuntos de Estado y gobierno del reino de León.

En los Estados de la España oriental —Cataluña, Navarra y Aragón— no existían las mismas razones para la preeminencia del clero, porque aquí los cristianos no luchaban con los moros primeramente por la causa de Cristo, sino por la conquista del suelo; y la Iglesia no dejó nunca de estar en contacto con el Papado, porque nunca traspasó la órbita de su ministerio religioso.

Durante los trescientos años que nos ocupan, la ciencia y el arte de la España cristiana estaban realmente muertos. En medio del estruendo de la guerra, las escuelas permanecían silenciosas, y excepto la arquitectura, que la construcción de iglesias estimulaba hasta cierto punto, la España cristiana tiene poco que ofrecer en este período, salvo la extensión de la frontera. Aun en arquitectura no se introdujo ningún estilo ni movimiento nuevo hasta la segunda mitad del siglo XI, en que se edificaron las catedrales de Santiago y Ávila, y San Isidoro de León. La venida a España de los monjes franceses de Cluny, y el influjo que ejercieron en los asuntos eclesiásticos, introdujo en la arquitectura española el estilo de la Francia meridional, exactamente como la conquista normanda llevó a Inglaterra un nuevo estilo de construcción. Pero, como en Inglaterra, las razas naturales de España no tardaron en imprimir su sello sobre el estilo extranjero, y, como tendremos ocasión de ver más adelante, la arquitectura eclesiástica de Anjou y la escuela de Cluny adquirió en España un estilo nacional característico, el cual existió hasta que el Renacimiento convirtió los espíritus a nuevos ideales.

En literatura no hubo nada especialmente español durante este período. Los obispos cristianos, como Juan de Sevilla y Cirilo de Toledo, continuaron las últimas tradiciones latinas con las vidas de santos y obras semejantes, al propio tiempo que las acciones heroicas de la reconquista eran registradas por los cronistas Sebastián de Salamanca, cuya historia comprendía desde el advenimiento de Wamba hasta la muerte de Ordoño I (866), y Sampiro, obispo de Astorga, que extendió la crónica hasta la muerte de Ramiro III (982). Unos cuantos eclesiásticos de la España cristiana escribieron versos latinos sobre los sagrados misterios, y, entre los mozárabes de Córdoba especialmente, San Eulogio y Álvaro escribieron obras en latín dudoso y florido[62]; pero hasta aquí

61 [Sancho III el Mayor.]

las letras españolas no se habían desprendido de los últimos andrajos romanos y adoptado una vestidura propia.

El sistema centralizador inaugurado por Abderrahmán-an-Nasir, de apartar del gobierno a los poderosos nobles árabes y rodearse de mercenarios eslavos, consiguió aplazar cierto tiempo la disolución inevitable del califato; pero, al desaparecerla potente mano de Almanzor, pudieron volver a ganar terreno la división y el descontento. Hixem, el califa, siguió aún prendido en sus doradas redes mientras vivió Abdelmelic, el hijo de Almanzor, que siguió las huellas de su padre durante seis años. Pero, cuando murió Abdulmelik, y le sucedió Abderrahmán Sanchuelo, el hijo de Almanzor con una princesa cristiana, estalló la tempestad. La antigua aristocracia árabe había sido aniquilada en gran parte, pero había surgido una nueva aristocracia de cortesanos y de parásitos, que, con los generales berberiscos y los mercenarios eslavos, no había ahorrado sus exacciones desenfrenadas a la sombra de Almanzor. Los ilustrados y refinados árabes de Córdoba se habían vuelto cada vez más laxos y escépticos en el constante trato familiar con judíos y mozárabes, y merced al culto que la moda rendía en las escuelas a las ciencias y las letras, mientras que el elemento africano, numéricamente superior, miraba con creciente odio y recelo el lujo desenfrenado y la dudosa ortodoxia de las clases más ricas y cultas. Ahora, con todo, la división no era tanto étnica como social y religiosa, porque el refinamiento afeminado de unos pocos significaba la humillación de la mayoría; y la revolución que estalló en Córdoba contra el gobierno del hijo semi-cristiano de Almanzor prendió en los descontentos de todas las razas musulmanas, y tuvo lejanas consecuencias en que nunca pensaron sus primeros promovedores. Un príncipe omeya, llamado Mahomet, se levantó (1008), pidiendo la libertad del califa Hixem; y, conseguido esto, obligó a abdicar en su favor al débil califa, matando a Sanchuelo y clavando su cabeza en una cruz para escarnio. Haciendo creer que Hixem había muerto, Mahomet se proclamó califa bajo el nombre de Mahdi. Una rebelión berberisca capitaneada por Suleimán, con el apoyo de Sancho García, conde de Castilla, arrojó a Mahdi de Córdoba a Toledo, y Suleiman tomó el título de califa, para ser derrotado y expulsado, a su vez, por Mahdi en alianza con Ramón Borrell, conde de Barcelona. El desgraciado Hixem fue entonces puesto en libertad por los mercenarios eslavos y volvió a llamarse califa; Mahdi fue decapitado, y su hijo, que había hecho resistencia en Toledo, sacrificado con espantosa crueldad.

Durante breve tiempo las cosas marcharon tranquilamente bajo el restaurado Hixem; pero la insolencia de la soldadesca eslava disgustó a los cordobeses, los cuales llamaron a Suleiman, y éste, hecho califa de nuevo, asesinó a Hixem (1018). En pos de esa cruel guerra civil vinieron el hambre y la peste, y la mayoría de los valíes provinciales, no pudiendo o no queriendo atender las peticiones de auxilios del nuevo califa, se negaron a reconocerle, y elevaron al califato a un príncipe de la familia omeya, bajo el nombre de Abderrahmán IV. Durante los doce años siguientes reinó la más completa anarquía. Un llamado califa sucedía a otro, y a su tiempo era asesinado o destronado. Las provincias negaban obediencia al gobierno, y unos valíes tras otros se proclamaban emires independientes.

A la muerte de Motad (1031) cayó por fin el califato de Occidente en medio de sangre y de indecible oprobio, y, en vez de un imperio unido del Islam para hacer frente a los cristianos que avanzaban, aparecieron doce reinecillos[63], celosos unos de otros, débiles y desunidos, destinados a ser, más pronto o más tarde, presa de sus adversarios. Si vivieron lo que vivieron, no fue por su propia unidad, sino por la división de sus enemigos.

Mientras la España musulmana era así presa de la anarquía, los reinos cristianos hacían algo más que sostenerse. El rey de León, Alfonso V (hijo de Bermudo II), fue un soberano enérgico, que

62 A esto debe añadirse la crónica de los árabes, atribuida erróneamente por punto general a cierto Isidoro de Beja, pero obra, sin duda, de un cordobés.

63 Eran los reinos de Málaga, Algeciras, Sevilla, Toledo, Zaragoza, Córdoba, Badajoz, Valencia, Granada, Almería, Murcia y las Islas Baleares.

volvió a fijar su residencia en su capital, y ocupó su dominio patrimonial conforme las huestes desordenadas del Islam retrocedían. En su capital reedificada reunió el gran concilio de obispos y nobles (1020) a que ya se ha hecho referencia incidentalmente, el primer concilio de importancia política celebrado desde la desaparición de la teocracia goda. No se pretendió limitar los actos del concilio a los asuntos eclesiásticos, y las veinte leyes que aprobó relativas al gobierno del reino pueden considerarse como la base de la constitución de León, al paso que las treinta y una Ordenanzas municipales eran una verdadera carta para la capital. El reinado de Alfonso V de León, como el de sus predecesores y sucesores, fue una larga historia de sangre y de violencia: guerras contra Castilla, cuyo último conde, García, fue asesinado en 1026; guerras contra Navarra y contra los moros; y cuando en 1027 sucumbió Alfonso V en el sitio de la ciudad musulmana de Viseu, dejó a su hijo, BermudoIII, el legado de una guerra que se prolongó durante el resto de sus días.

La gran contienda fue con Sancho el Grande de Navarra (970-1035), que se había casado con la hermana del conde de Castilla, y al ser asesinado éste por los Velas, *protégés* de Alfonso V de León, reclamó y tomó a Castilla por derecho de su mujer, cuya hermana menor se había casado con Bermudo III. Sancho de Navarra era ahora el monarca más poderoso de España, puesto que reinaba a la vez en Navarra, Aragón y Castilla, y le costó poco invadir los dominios de su cuñado leonés[64]. Gracias, sin embargo, a los obispos, se vino a un arreglo, por cuya virtud el rey de Navarra se retiró de la ciudad de León, que había conquistado, y la hermana de Bermudo se casó con Fernando, segundo hijo del rey de Navarra, cediendo el último a Fernando el condado de Castilla, reino en adelante, y la parte de León que había ocupado durante la guerra. El desgraciado Bermudo procuró al año siguiente deshacer aquel arreglo que le privaba de una parte de su territorio; pero Sancho el Grande marchó de nuevo a León, y rechazó a su cuñado a las montañas de Galicia, donde se vio obligado a someterse.

A la muerte del poderoso Sancho, en 1035, su reino se dividió entre sus cuatro hijos, y esta división alentó a Bermudo a ver de arrebatar Castilla a su cuñado Fernando; pero Castilla y Navarra unidas eran demasiado fuertes para él, y Bermudo murió derrotado en la batalla de Tamarón (1037), quedando extinguida la línea masculina de los reyes de Asturias y de León.

Por derecho de su mujer, la hermana del difunto Bermudo III, Fernando de Castilla reclamó la corona vacante de León; y la consecución de su propósito marca una nueva era en la historia española, puesto que se admitió por primera vez la doctrina del derecho puramente hereditario, aun en la línea femenina. Castilla, que por el testamento poco cuerdo de Sancho el Grande había sido separada nuevamente de Navarra y Aragón, vino a ser, merced a la adición de León, aunque ahora sólo temporal, el reino más poderoso de España. Fernando I fue hombre de una sabiduría y energía excepcionales. Resuelto a consolidar sus territorios recién unidos, se apresuró a confirmar a los leoneses los fueros que les habían sido concedidos por el concilio de León en 1020, y reunió un nuevo concilio en Coyanza (1050), que fue de hecho un verdadero parlamento, a que acudieron los nobles, convocados por el rey, en unión con los prelados, aunque sólo los últimos votaron sobre cuestiones eclesiásticas, mientras que la asamblea entera votó sobre materias civiles.

Todos los fueros de León y Castilla fueron ratificados por ese importante concilio; pero también se trataron asuntos de gran entidad para la Iglesia. La independencia efectiva de esta rama de la Iglesia española respecto del Papado había dado margen a la relajación de la disciplina, y todo género de corrupción había invadido el ceremonial y la liturgia. Además, el gran incremento de las fundaciones monásticas, promovido al comienzo por la exaltación cristiana de la reconquista, había llegado a ser ahora un escándalo, y la administración de las casas monásticas una ignominia. Se adoptaron medidas rigurosas para corregir esos abusos, sometiendo todos los monasterios a la regla de San Benito y poniéndolos bajo la autoridad inmediata de los obispos.

64 El pretexto para la guerra fue la oposición de Bermudo III a la fortificación de Palencia, que, aunque perteneciente a Castilla, se halla comprendida geográficamente en León.

Mientras este enérgico rey Fernando I se ocupaba así en reorganizar sus Estados, con la intención de avanzar después contra los musulmanes, sus hermanos, hijos de Sancho el Grande de Navarra, disputaban sobre sus respectivas porciones de territorio. García, rey de Navarra, estaba en guerra con su hermano Ramiro, rey de Aragón, y codiciaba los territorios de Fernando de León y Castilla. Fingiéndose enfermo, el hermano mayor, García, invitó a Fernando a visitarle en Nájera; pero sabedor, al llegar, de que se le tendía un lazo, Fernando escapó de Navarra, y huyó a su propio territorio. Entonces tocó a Fernando la vez de caer enfermo e invitar a García a Castilla; pero, apenas apareció el hermano mayor, fue encerrado en una prisión, de la cual se evadió después con la ayuda de algunos nobles castellanos. Jurando vengarse de esa traición, García reunió un ejército navarro e invadió Castilla; pero fue vencido y muerto por Fernando en la batalla de Atapuerca (1054). Fernando, sin embargo, no quiso extremar su victoria; y conservando sólo una pequeña parte de Navarra para redondear sus dominios castellanos, sentó en el trono de Navarra a su sobrino Sancho, hijo del difunto rey García. Fernando entonces marchó contra los moros, y conquistó a Viseo y Coimbra, extendiendo las fronteras de Castilla más al Sur que adonde habían llegado permanentemente hasta allí. Fernando avanzó más aún, penetrando en el valle del Tajo; y entonces, animado por el éxito, puso sitio a la importante ciudad fronteriza de Al-Kalaa-en-Nahr (Alcalá de Henares), que era la llave del reino de Toledo; y aunque no la tomó, el rey de Toledo sólo pudo salvar su ciudad consintiendo hacerse en adelante tributario de Castilla. Tal fue el último triunfo de Fernando. Había luchado desde el principio por la unidad del territorio; pero tan fuerte era aún en él la antigua tradición, que, a imitación de su padre, Sancho de Navarra, deshizo en la hora de su muerte la obra de su vida, y volvió a dividir sus reinos entre sus hijos (1065). Sancho III heredó Castilla; Alfonso, León; García, Galicia y Asturias; Urraca, la hija mayor, el señorío de la ciudad independiente de Zamora; y Elvira, la menor, el territorio de Toro.

Apenas había exhalado el rey el último aliento, cuando estalló una acerba rivalidad entre los hermanos, cuya primer consecuencia fue «la guerra de los tres Sanchos». El hijo mayor, Sancho, rey de Castilla, descontento de la generosidad de su padre después de la batalla de Atapuerca, reclamó el reino de Navarra de su primo Sancho, alegando la victoria de Fernando diez años antes, Sancho de Navarra llamó en su auxilio a su otro primo, el rey Sancho de Aragón, y juntos derrotaron completamente al Sancho castellano, que con dificultad escapó de la refriega (1068).

Pero Sancho III de Castilla estaba decidido, si era posible, a acrecentar su reino a expensas de alguien, y atacó a su hermano Alfonso de León. Los ejércitos de los dos hermanos se encontraron a orillas del Pisuerga, cerca de Valladolid, y después de una acción indecisa los dos reyes se retiraron a prepararse para una apelación final a la fuerza. Por fin, en la batalla de Volpéjar (1071) fueron derrotados los castellanos, y Alfonso de León dio muestras de magnanimidad en su triunfo, permitiendo a su hermano retirarse sin perseguirle. Pero no contó con su Sancho. Mientras los leoneses descansaban, regocijándose de la desaparición de sus enemigos, volvieron los castellanos, los atacaron por retaguardia, destrozaron todo el ejército y encerraron al desgraciado Alfonso en el castillo de Burgos, del cual no salió sino por las súplicas de su hermana Urraca, y bajo promesa de retirarse al monasterio de Sahagún, de donde se escapó para pedir refugio al rey moro de Toledo, mientras su ambicioso hermano, el rey Sancho, marchaba al través del conquistado León al reino de su hermano menor, García, a quien arrojó de su trono de Galicia.

Aún quedaban por conquistar, no obstante, los dos pequeños señoríos de sus hermanas. Con poca dificultad se apoderó del territorio de Toro, perteneciente a la menor; pero la mayor, Urraca, era del mismo temple que él, y le opuso fiera resistencia detrás de las murallas de Zamora. Durante el sitio, un noble leonés atrajo a Sancho a un lugar cercano al foso, donde decía que había un punto flaco que podía tomarse por asalto; y el ambicioso rey cayó herido mortalmente por el puñal del traidor, no sin que los castellanos murmurasen coléricos que el asesino había obrado en connivencia con Urraca, la hermana, y con el hermano, Alfonso de León.

Con la muerte de Sancho (1072) pasó a ser rey de Castilla y de León su hermano Alfonso VI; y ahora entramos en uno de los períodos más interesantes de la historia de España, no sólo por la importancia de los sucesos mismos, sino más aún porque la riqueza de tradiciones, leyendas y poesía que rodea al gran héroe nacional nos permite formar por primera vez una idea verdaderamente clara del estado social y moral, así de los cristianos como de los musulmanes. La noticia del asesinato de Sancho delante de Zamora llegó a Alfonso en su refugio de Brihuega, cuya ciudad le había asignado como residencia el rey de Toledo, Al-Mamún. En vez de tratar de evadirse, Alfonso fue a Toledo a participar a su atento huésped la nueva de su exaltación. Hizo bien en proceder así, porque Al-Mamún tenía la noticia, y había tomado medidas para impedir la marcha clandestina de Alfonso. Al moro, no obstante, le impresionó la confianza caballeresca del rey cristiano, y los dos juraron amistad y alianza, ofensiva y defensiva, obligatoria para Al-Mamún y su inmediato sucesor.

Alfonso fue recibido con extraordinario júbilo por sus leales leoneses; pero los castellanos se hallaban prevenidos y recelosos, porque sabían que su nuevo rey tenía muchos agravios que vengar. El hombre que había aconsejado a Sancho de Castilla que acometiese traidoramente a Alfonso y a los leoneses en la batallado Volpéjar era un caballero castellano, que, aunque sólo de treinta años de edad, ejercía ya alto mando, y era famoso por su pericia y arrojo en el combate. Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid[65], como fue llamado luego, era un tipo verdaderamente español de espadachín, un antepasado directo de aquellos capitanes baladrones que alborotaban, jugaban, reñían y traicionaban al servicio de Enrique VIII de Inglaterra y de su hijo, y de aquellos indomables soldados y bergantes sin conciencia que cayeron sobre América con un puñado de hombres, y por su codicia cruel convirtieron un paraíso en un infierno. Despreciador de la vida, propia o ajena; valiente hasta la temeridad, hostil a todo freno, vano y fanfarrón, falso y codicioso, y, sin embargo, con cierta ruda caballerosidad de una especie elástica y variable, el Cid Campeador, tal y como le pintan los poemas y las crónicas de los cristianos y las crónicas árabes contemporáneas[66], fue la primera encarnación famosa de un tipo nacional característico en que domina la altiva independencia del ibero; y, en tal concepto, fue aprovechado por poetas y cuentistas para personificar el heroísmo de su raza.

Considerando la parte que había tomado en la guerra contra el rey de León, no es sorprendente que Alfonso VI desconfiase de él. Habíase convocado en Burgos una asamblea de nobles castellanos para acordar la forma de elegir el nuevo rey y jurar fidelidad; pero los castellanos seguían recelosos, y la sangre de su rey Sancho, asesinado en Zamora por un leonés, no se había secado aún. No es, pues, maravilla que desconfiasen de Alfonso y tratasen de asegurarse de que no padecerían sus libertades castellanas bajo el rey de León. Según el poema (escrito unos cincuenta años después de la muerte del Cid), el único noble bastante audaz para ponerse frente al nuevo soberano fue su antiguo enemigo Rodrigo Díaz de Vivar, que, en presencia de doce nobles, antes de que se reconociese por rey a Alfonso, le exigió juramento de no haber tenido parte en la muerte de su hermano. Como cabe suponer, ese acto no podía aumentar el afecto de Alfonso hacia el atrevido noble, y así se lee:

«Tres veces tomó la jura,
Tantas le va a preguntar.
El rey, viéndose afincado,
Contra el Cid se fue a airar.
—Mucho me afincáis, Rodrigo,
En lo que no hay que dudar,

65 Del árabe *Sidi*=Señor. Mientras los cristianos suelen darle el título árabe, los escritores moros le designan más frecuentemente con el sobrenombre cristiano: *El Campeador*.

66 Sobre las obras árabes referentes al Cid, véase Dozy: *Recherches sur l'histoire de l'Espagne*, Leyden, 1881, vol. II.

Cras besarme heis la mano,
Si agora me hacéis jurar.»

Y cuando Alfonso VI ocupó los tronos unidos de Castilla, León y Galicia[67], se acordó de la afrenta que el Cid había hecho a su soberano.

La desmoralización completa del poder musulmán en España proporcionó a Alfonso VI una ocasión que no tardó en aprovechar. Los pequeños reinos moros no tenían más idea del patriotismo que los cristianos. Cada reyezuelo atendía sólo a sus intereses locales, y uno tras otro pidieron apoyo al hombre más poderoso de la Península, al rey de Castilla y de León, cuyos dominios se extendían desde el golfo de Vizcaya hasta el valle del Tajo. Con el rey de Toledo, que le había dado asilo en momentos de tribulación, estaba obligado Alfonso por tratado; y cuando los reyes de Córdoba y Sevilla atacaron al moro de Toledo, el rey de Castilla fue en auxilio de su antiguo amigo Al-Mamún, y tomó las ciudades de Córdoba y Sevilla, aunque éstas, al retirarse los cristianos, volvieron a caer en manos de sus jefes.

Cuando murió Al-Mamún de Toledo (1075), y cuando los fanáticos musulmanes destronaron a su hijo mayor, Hixem Al-Kadir, por su amistad con los cristianos, cesaron las obligaciones de Alfonso hacia el reino de Toledo. El nuevo rey, Yahía, no tardó en disgustar por su tiranía a sus súbditos, y éstos llamaron a Alfonso en su auxilio. El rey cristiano se unió con el de Sevilla, Al-Motamid, cuya hija tomó por mujer —o concubina legalizada, pues estaba ya casado por segunda vez con Constanza de Borgoña—, y se preparó para la conquista de Toledo. En el ínterin se sublevó Valencia, Estado vasallo de Toledo; y el virrey, Abdulasis, se decidió a pagar un cuantioso tributo a Alfonso, a cambio de su protección y reconocimiento. Pero cuando el ejército de Alfonso obligó a Toledo a someterse, las estipulaciones acordadas comprendían la completa rendición de la ciudad a los cristianos, y el reconocimiento, por parte de Alfonso, del ex-rey de Toledo como rey de Valencia, aun cuando Alfonso había vendido ya su nueva soberanía de Valencia al rey moro de Zaragoza por 100.000 monedas de oro, y aunque Abdulasis de Valencia seguía pagando el tributo cristiano. El ex-rey de Toledo marchó, pues, a posesionarse de su Estado de Valencia como tributario de Castilla, y la capital cristiana fue trasladada a Toledo (1085).

El Cid había sido desterrado de Castilla, y había entrado al servicio del rey moro de Zaragoza (porque, como se cuenta que dijo a Alfonso, todos los reyes, moros y cristianos, eran iguales para él mientras le pagasen sus servicios), y había tomado el mando de un ejército zaragozano para atacar a Ramón Berenguer III, conde de Barcelona. Derrotó a los cristianos en Almenara (1081), y se llevó prisionero al conde. Después defendió la bandera del Islam contra el rey Sancho de Aragón (1083), y derrotó a los cristianos nuevamente. Triunfos como éstos ganaron a Ruy Díaz, no sólo honores, sino lo que ambicionaba más aún —porque «peleaba para comer»—: riquezas sin cuento. En 1085 fue a imponer a Valencia la soberanía del rey de Zaragoza, comprada por el moro a Alfonso; y cuando el último estaba sitiando a Zaragoza, llegó la noticia de que había aparecido en el país un nuevo enemigo.

Una gran ola de fanatismo beréber había asolado el África septentrional, y las hordas salvajes, incitadas por los morabitos, habían destruido por dondequiera el imperio de los árabes. Los pueblos africanos de España habían perdido hacía tiempo su fuerza en medio del lujo enervador de sus gobernantes árabes; y ocurrió que el rey de Sevilla invitó a los victoriosos berberiscos a pasar el estrecho para ayudar a los musulmanes a hacer frente al rey de Castilla, que estaba haciendo a toda España tributaria suya, y volviéndose más opresor cada año. Los morabitos (almorávides, como los llamaban los españoles), bajo su gran caudillo puritano Yúsuf, cruzaron el estrecho como un enjambre de abejas y cayeron sobre el país. Alfonso, comprendiendo el peligro que corría la causa cristiana, se precipitó desde Zaragoza hasta cerca de Badajoz, y encontró a los almorávides en Zalaca. El ejército cristiano había ido de victoria en victoria, y Alfonso de Castilla y de León

67 García, el monarca destronado de Galicia, había buscado refugio en el reino moro de Sevilla cuando Sancho conquistó el suyo. Al volver a reclamarle, su otro hermano, Alfonso, le encarceló y conservó a Galicia.

confiaba en el valor de sus hombres; pero Yúsuf era un gran táctico, mientras que Alfonso no lo era, y cogiendo a los cristianos por el flanco y por la retaguardia, segó la caballería española como la hoz siega la mies.

Alfonso huyó del campo de batalla con unos cuantos jinetes, y el ejército castellano desapareció de la haz de la tierra. El rígido, salvaje, fanático, rudo e iletrado Yúsuf envainó la espada, y se retiró a África con la mayoría de su ejército después de haber cumplido su obra. Su moderación salvó a la España cristiana; porque si hubiese continuado su avance, como Tárik en 711, nada hubiera podido resistirle. Pero el respiro que dio su marcha permitió a Alfonso reorganizar lentamente sus fuerzas. Alfonso cumplió su promesa al joven rey destronado de Toledo, y, merced a las lanzas de los caballeros cristianos, le puso en posesión de Valencia. Pero con la venida de los almorávides a España, Alvar Fáñez y los cristianos tuvieron que retirarse de Valencia, y los fanáticos habitantes de la ciudad se volvieron contra su rey como amigo del tirano cristiano Alfonso. El Cid, aunque llamado por el rey de Castilla, no llegó a tiempo de combatir en la batalla de Zalaca; probablemente pensó que podía emplearse más provechosamente. En todo caso, con su banda de mercenarios —hombres de todas castas y condiciones— y con el ejército del rey de Zaragoza, invadió el reino de Valencia, y acabó por conseguir la rendición de la capital con un par de promesas falsas: la primera, hecha al rey de Valencia, fue que le apoyaría contra sus súbditos; la segunda, hecha al rey de Zaragoza, fue que le entregaría a él el reino. No hizo completamente ni lo uno ni lo otro, sino que obligó al rey de Valencia a pagarle un tributo mensual de 10.000 dinares de oro, atestiguando al propio tiempo toda la lealtad posible al engañado rey de Zaragoza. Pensó, indudablemente, que también era preciso dar alguna disculpa a su soberano cristiano por su manera de proceder; y mientras trataba el Cid de volver a la gracia de Alfonso con mentidas protestas, el rey de Zaragoza se alió con su antiguo enemigo el conde de Barcelona, y atacó de nuevo a Valencia por su propia cuenta.

Después de esto (1089) el Cid parece haberse considerado libre de obrar como quisiese. No fue ya un capitán al servicio de este o del otro rey, aunque Alfonso le había perdonado, sino un aventurero independiente, con un ejército de 7.000 perdidos, que exigía regios tributos a cristianos y musulmanes, especialmente a los últimos, siempre que podía. Las cantidades que, según se dice, recibió, son enormes. A creer a los testimonios cristianos, poco dignos de fe probablemente en este punto, siempre inspiró al Cid el celo exaltado de un cruzado. Si son verídicas las crónicas árabes, fue un hombre rapaz y sanguinario, sin conciencia, justicia ni humanidad. Fue realmente, según todas las probabilidades, un buen representante de la ruda generación en que vivió. Atacando a los zaragozanos y catalanes delante de Valencia, los derrotó con grandes pérdidas (1090), cogiendo prisionero por segunda vez al conde de Barcelona, y pidiendo por su rescate 80.000 piezas de oro, que jamás fueron pagadas. Alfonso VI, sin embargo, estaba resuelto a que su poderoso súbdito no se hiciese soberano independiente de Valencia, y avanzó contra la ciudad. El Cid, en respuesta, entró, saqueando y matando, por el territorio cristiano de Alfonso; y cuando el rey abandonó a Valencia para proteger su propio país, el Cid, viendo cerradas para él las puertas de Valencia, puso sitio a la codiciada ciudad (1093). Si hay que creer una décima parte de lo que cuentan las crónicas árabes, el hombre debió ser un monstruo de crueldad. Como una diversión, criaturas humanas fueron despedazadas a su vista por perros furiosos, y cada día, en presencia de la ciudad sentenciada, se quemaba a fuego lento a los prisioneros del día anterior. El hambre y la peste dentro de sus muros, y fuera el terrible Cid, redujeron a Valencia a la desesperación, y, después de cerca de un año de agonía, acabó por sucumbir. Entonces la venganza contra los que habían resistido fue llevada a los últimos límites; y durante el resto de su vida, hasta 1099, Ruy Díaz imperó en Valencia como rey independiente de moros y cristianos. Cuando murió, acabó su soberanía; y tres años después, su mujer, Jimena, llevó el cadáver a Burgos, donde debía reposar santa y gloriosamente en el gran

monasterio de Cardeña, hasta el año 1842, en que fueron trasladados sus huesos, para ser objeto, en adelante, de la curiosidad del «turista» en la Casa Consistorial de Burgos, la ciudad del Cid[68].

La popularidad del Cid como héroe nacional no ha decaído nunca. Los hechos de su historia, según lo refieren la Crónica, el poema, los romances y la *Crónica de las mocedades del Cid*, no dejan ninguna duda en punto a su carácter real; pero la constante afirmación de su celo cristiano, aunque contradicha por los hechos mismos, ha sido suficiente para rodearle de una aureola de santidad, mientras que los hechos constantes de desafío y deslealtad hacia su rey se le han perdonado, porque lisonjeaba y agradaba al espíritu ibérico considerarlos como la afirmación de la libertad pública frente a las intrusiones del poder real.

El establecimiento de la capital cristiana en Toledo por Alfonso VI es un acontecimiento de primera importancia, porque inaugura un período de cambio radical en la situación de la Iglesia española en Castilla. Alfonso VI había prometido a los moros que se concedería a su religión completa tolerancia, y que la gran mezquita de Toledo seguiría estando consagrada a la fe del Islam. Pero el obispo, un monje francés llamado Bernardo, se aprovechó de la ausencia del rey para violar el compromiso, y se apoderó de la mezquita para el culto cristiano, con gran indignación de Alfonso. La reina, Constanza de Borgoña, estaba de parte del prelado; y Alfonso, que era naturalmente un hombre tolerante, se dejó guiar. Ya Cataluña y Aragón, que hasta cierto punto habían permanecido en contacto con el papado, habían abolido el antiguo ritual gótico y adoptado el de Italia (en 1071), a instancias del Papa Alejandro II[69]; y el poderoso Gregorio VII había tratado de atraer a la Iglesia de Castilla y de León al redil pontifical mediante una embajada pidiendo tributo para Roma, y, sobre todo, la adopción del ritual romano en todas las iglesias españolas.

El rey, aunque gobernado por la reina francesa y su instigador y compatriota, el obispo de Toledo, probablemente entendía y se preocupaba poco de liturgias y rituales, y estaba dispuesto a asentir. Pero la Iglesia hasta allí había sido independiente y había presumido bastarse a sí propia. Bajo su sola égida había salido de las escabrosas montañas asturianas el puñado de españoles que, con la ayuda de Dios y de Santiago, había conquistado a España para la cruz. El pontífice no había hecho nada, ni aun bendecido la empresa; y clérigos y seglares españoles juntamente, celosos de su independencia, combatían la sumisión de su Iglesia nacional a un extranjero. Para decidir la cuestión se recurrió primero a la ordalía del combate singular, y salió victorioso el campeón del ritual antiguo; después se recurrió a la prueba del fuego, y los dos misales fueron arrojados solemnemente en Toledo a una gran hoguera. El libro romano fue consumido, y el misal gótico salió incólume. Alborozado con su victoria, el pueblo creyó salvado su antiguo ritual nacional; pero, como dice el proverbio nacido entonces, «allá van leyes, do quieren reyes»; y Alfonso VI de Castilla y de León, con una plumada, sometió sus reinos al dictado del pontífice. En adelante, durante siete siglos, el papado trató de afirmar y conservar su ascendiente sobre la Iglesia española, y los monarcas castellanos procuraron hacer uso del prestigio papal, aunque conservando en sus manos hasta donde era posible su autoridad sobre la Iglesia patria. El resultado, como veremos, fue una serie interminable de pactos políticos, en que la sede romana no triunfó a la postre más que en parte.

---

68 En la catedral, además, existe la antigua caja que él y su leal Martín Antolínez empeñaron, llena de arena, a dos confiados judíos, los cuales la aceptaron, bajo su palabra, como llena de oro.

69 Bajo Ramiro I se celebraron en Aragón dos importantes concilios. En el último, celebrado en Jaca en 1063, el monarca reconoció la autoridad de la Iglesia como superior a la suya, y concedió al Papa un diezmo de todas las conquistas que hiciese y de los tributos que impusiera a sus súbditos. Esa concesión fue aprobada formalmente por una asamblea general de los habitantes de Jaca, cuyo solo hecho denota la gran diferencia existente entre las instituciones primitivas de Aragón y las de Castilla. El acuerdo de toda la comunidad, por los votos de todos los que podían hallarse presentes, con las decisiones de los nobles, era puramente germánico y feudal, sajón lo mismo que franco. En el sistema indígena ibero era desconocido. Los godos de España eran una clase noble aislada, y hablaban sólo por sí mismos; el pueblo no tenía más órgano de expresión que el Municipio o la Iglesia, no los nobles.

Luego que Yúsuf, el jefe de los almorávides africanos, derrotó a los cristianos en Zalaca (1086), se volvió a su país, dejando una parte de su ejército para ayudar al rey de Sevilla; pero en el curso de tres años Alfonso había reorganizado sus fuerzas, y reanudó sus incursiones al territorio musulmán desde su gran ciudad de Toledo[70] y la fortaleza tomada de Aledo. El Cid, además, llevaba la desolación y el saqueo por todas partes desde su base de Valencia; y el rey de Sevilla llamó nuevamente al emperador de Mogreb con su ejército puritano para hacer retroceder la invasora ola cristiana. Esta vez (1090) los almorávides vinieron en una disposición de ánimo diferente. Los reyezuelos de la España muslímica no habían sabido aprovecharse de la derrota cristiana; eran tiranos cultos y refinados, que frecuentemente hacían causa común con los cristianos unos contra otros, que descuidaban la ley del Corán y ofendían de mil maneras a los rígidos musulmanes puritanos, cuyo auxilio invocaban en sus contiendas.

La clase religiosa de la España mahometana estaba profundamente descontenta de sus escépticos y tolerantes gobernantes, y secundó a Yúsuf y los almorávides cuando resolvieron barrer a los tiranos débiles, cuyas capitales eran, en su mayoría, centros de fastuoso esplendor, sin proporción ninguna con su extensión y su riqueza; teatros de voluptuosa poesía, de diletantismo literario, de efusión de sangre, de miseria y de vicio. Yúsuf empezó por Granada, rica sobre toda ponderación en exquisitas obras de arte. El emir, con su familia, fue hecho prisionero y enviado a África; y oro, plata, piedras preciosas, ricas telas, manuscritos iluminados, esculturas en marfil e inapreciables esmaltes se repartieron entre los rudos soldados morabitos. El ejército de Castilla fue derrotado nuevamente, y luego los africanos puritanos marcharon de ciudad en ciudad, derrocando a los soberanos, hasta que, tres años después de la muerte del Cid, Valencia misma cayó en su poder, y toda la España musulmana pasó a ser una provincia del imperio africano de los almorávides, bajo el gobierno de Alí-Abdul-Hassan, hijo de Yúsuf, que a la muerte de su padre (1107) transmitió el gobierno de España a su hermano Yemin. Este príncipe causó a Alfonso VI una completa derrota en Uclés (1108), en la cual sucumbió el único hijo del rey cristiano, Sancho, cuya madre era Zaida, hija del anterior rey árabe de Sevilla; y la pérdida de la batalla y de su hijo destrozó el corazón del gran Alfonso. Con la muerte del rey de Castilla y de León (1109), después de un reinado de cuarenta y tres años, cesó el impulso dado por su energía a la reconquista; y la conclusión de la obra, que ahora hubiese sido fácil en manos de un rey capaz, fue aplazada indefinidamente por rivalidades locales e incompetencia de dirección.

La hija de Alfonso, Urraca, era ya viuda de su primer marido, Raimundo de Borgoña; pero gozaba fama de ligera y frívola, y sus súbditos, belicosos e indómitos, no se avenían a la idea de ser gobernados por una mujer, y menos por una mujer poco juiciosa. Antes de morir Alfonso, se habían iniciado negociaciones para el matrimonio de Urraca con Alfonso I de Aragón, biznieto de Sancho el Grande, cuyo reino de Aragón se había extendido ahora por el Sur hasta la orilla septentrional del Ebro. Alfonso el Batallador, como se le llamaba, era un joven de grandes dotes militares y de una ambición sin límites, pero de formas ásperas y rudas; y su matrimonio con Urraca, reina de Castilla y de León —que, si los cónyuges hubiesen sido de diferente carácter, hubiera podido anticipar la conquista cristiana cuatro siglos— fue, durante muchos años, manantial fecundo de disturbios, división y efusión de sangre.

Después de un año de discordia se separaron el rey y su mujer; pero Alfonso el Batallador no estaba dispuesto a dejar que Castilla y León se le escapasen de entre las manos, y puso guarniciones aragonesas en algunas de la principales fortalezas castellanas, recluyendo a su mujer en el castillo de Castelar. Castilla y León se levantaron al punto en armas en defensa de su reina, y pidieron el divorcio, basado en el parentesco de Alfonso y Urraca, descendientes ambos de Sancho el Grande

70 En una ocasión llegó hasta Tarifa, donde metió su caballo en el mar, en señal de haber llegado al punto extremo.

de Navarra. Alfonso el Batallador invadió entonces a Castilla, ayudado por Enrique de Portugal[71], y derrotó completamente al pueblo de su mujer en Sepúlveda (1111), avanzando hasta León.

Entonces, por primera vez en la historia de España, surgió un nuevo factor en la gestión de los negocios: Urraca era popular entre los nobles —dos de los cuales, por lo menos, eran amantes suyos—; pero la gente de los concejos estaba disgustada de su conducta, porque ella y el clero habían mirado desfavorablemente su matrimonio con Alfonso, y no tenía ningún interés en una guerra originada simplemente a consecuencia de ese matrimonio[72]. Ya se ha indicado que sucesivos monarcas de León y de Castilla habían concedido fueros sumamente amplios a muchas villas y ciudades, cuyo gobierno local era la más antigua institución civilizada de España. Esos municipios no habían tomado hasta aquí ninguna parte en los asuntos políticos del país, pero ahora vinieron a ser la voz de los vecindarios y de las clases medias en general; y ciertas ciudades de Galicia, seguidas rápidamente por otras de León y de Castilla, proclamaron soberano suyo, con el título de Alfonso VII, al hijo de Urraca y de su primer marido borgoñón, niño de seis años[73].

Los concejos habían tomado la iniciativa, pero los siguió al punto todo el país. Enrique de Portugal, no pensando más que en su propio medro, cambió de partido, uniéndose a los castellanos, y juntos arrojaron de Astorga al rey Alfonso de Aragón, y concertaron un tratado de paz entre él y su mujer, que Alfonso el Batallador procedió a romper inmediatamente después de firmado. Pero el clero castellano, en el ínterin, había acordado con el Papa la declaración de nulidad del matrimonio entre Alfonso y su mujer Urraca; y desde entonces el Batallador no tuvo ya ningún pretexto para intervenir en los dominios de su mujer, aunque continuase aun la enemistad y la mutua agresión entre los dos pueblos.

Los nobles tomaron a mal la intrusión de los municipios en el gobierno de León y de Castilla; el clero fluctuaba entre uno y otro partido; la reina, Urraca, estaba generalmente a favor de los nobles. La lucha, que a veces adquirió casi las proporciones de una guerra civil, duró hasta la muerte de Urraca, en 1126; pero fue un indicio de que la creciente clase media de la España cristiana no sufriría la imposición del poder aristocrático, como estaba ocurriendo en el resto de Europa; y en lo sucesivo, los municipios españoles tomaron una parte importante en el gobierno del país. Alfonso el Emperador, a quien habían sido los primeros en aclamar, se puso, naturalmente, a su lado, cuando a la muerte de Urraca llegó a ser rey de Castilla y León.

Entretanto, su padrastro, Alfonso el Batallador de Aragón, luchaba incesantemente contra los musulmanes, llevando sus victoriosas banderas hasta Andalucía, y venciendo a los almorávides en muchas batallas campales. Zaragoza se hizo su capital, Calatayud y Daroca vinieron a aumentar sus dominios, y Aragón, con la adición de Navarra[74], no cedió en poder más que a Castilla, bajo el infatigable Batallador. Murió éste en la batalla de Fraga (1134), sin dejar hijos; pero el clero había influido sobre él en sus últimos días, para que reparara su irreligiosa juventud, y dejó por testamento sus reinos a los caballeros Templarios y a los caballeros de San Juan.

---

71 Alfonso VI había conferido el condado de Portugal a Enrique de Borgoña, que con su hermano (el primer marido de Urraca) le había ayudado en sus luchas contra los musulmanes.

72 El clero especialmente era opuesto a Alfonso el Batallador de Aragón, de cuyo odio a la Iglesia hablaba con mucha severidad. Se le acusaba de haber convertido iglesias en cuadras, de haber destruido el famoso monasterio de Sahagún, de haber desterrado al famoso monje Bernardo, obispo de Toledo, y al más famoso aún Gelmírez, arzobispo de Santiago. El lejano parentesco del rey con su mujer era también materia de reprobación para el clero; y puede tenerse por cosa casi cierta que el acto de las ciudades, al proclamar rey al niño Alfonso (el Emperador), fue debido a instigaciones del clero, y más especialmente de Gelmírez, arzobispo de Santiago. Véase Prudencio de Sandoval, *Chronica de Alfonso VII*.

73 La razón por la cual Galicia, especialmente, proclamó rey a Alfonso en vida de su madre, fue que una parte de la provincia había sido concedida en feudo por Alfonso VI a Raimundo de Borgoña al casarse con Urraca. A Alfonso VII (el Emperador) se le llama frecuentemente Alfonso VIII para distinguirle de su padrastro Alfonso I de Aragón (el Batallador), que tomó el nombre de Alfonso VII de Castilla y de León, por derecho de su mujer Urraca, la reina.

74 El rey Sancho IV de Navarra había sido asesinado en 1076 por su hermano Ramón, y los nobles navarros habían proclamado rey a Sancho de Aragón, padre de Alfonso el Batallador.

Ni Aragón ni Navarra quisieron aceptar como soberana una comunidad extranjera; y después de muchas disputas, Aragón sacó de su monasterio a Ramiro el Monje, hermano de Alfonso, y le hizo rey, casándole, previa dispensa del Pontífice, con una princesa de Aquitania, mientras que Navarra eligió por rey a un hijo de su anterior soberano nacional Sancho IV. Guerras y disensiones constantes fueron la consecuencia de la nueva separación de Aragón y Navarra, y Alfonso VII de Castilla (el Emperador) ayudó primero al uno, después al otro reino, y a veces a ambos, contra los musulmanes, hasta que reclamó su vasallaje, y se arrogó desde entonces, en virtud de él, el título de emperador de España. Ramiro el Monje se cansó pronto de matrimonio y de trono, y reunió a los nobles y al clero de Aragón en Barbastro (1187) para que aceptasen su abdicación en favor de su hija Petronila, niña de tierna edad, que estaba desposada ya con Ramón Berenguer, conde de Barcelona, soberano de Cataluña, el cual fue proclamado regente de Aragón: combinación afortunada, que dio a Aragón los espléndidos puertos y la costa de Cataluña, y aseguró la prosperidad a los dos Estados unidos durante la vida de Ramón Berenguer y de su mujer Petronila,

Entretanto, la dominación de los almorávides había modificado enteramente la condición de las poblaciones mozárabes de la España musulmana. Los mismos árabes, tolerantes y refinados, estaban disgustados del rudo fanatismo de las tribus del Atlas que se les habían sobrepuesto, y fueron organizando gradualmente la resistencia y la rebelión; pero los mozárabes estaban en circunstancias mucho peores[75], y en varios distritos su situación era intolerable. Los almorávides eran una secta más bien que un pueblo, aunque la mayoría procedían de dos tribus del Atlas; y sus triunfos maravillosamente rápidos en África y en España, se habían debido en gran parte al fervor religioso y al disgusto con que miraban los pueblos sometidos la laxitud de los árabes, más que a ninguna aptitud de los almorávides para el gobierno. Los triunfos, por otra parte, habían mermado mucho la energía que en un principio hizo tan terribles a esas gentes; y otras tribus del Atlas, más fanáticas que ellas, bajaron de sus áridas montañas, acaudilladas por un hombre que se proclamaba Mesías, y trataron de derrocar el imperio africano de los almorávides. Su jefe era un fanático de la clase religiosa, hijo de un lamparero de la gran mezquita de Córdoba. Habiendo estudiado en Oriente, empezó por predicar en España contra la relajación de los mulsumanes; y, siendo desterrado por el emperador almoravid Alí, se había retirado al Atlas a organizar sus fuerzas. Al principio fue derrotado; pero su sucesor, Abdul-Mamún, destruyó el poder almoravid en Mogreb en 1127; y, a invitación de los árabes descontentos y sublevados de España, así como de los jefes de los almorávides, que también buscaron su auxilio, los almohades cruzaron el estrecho para dar el golpe mortal a la opresora dominación almoravid (1145).

Se hallaba ésta tan profundamente corrompida, que invitaba a la destrucción. El rígido puritanismo de la secta había sido minado ya en cincuenta años por el lujo y la molicie de Andalucía. Los gobernantes, en vez de oponerse a la invasión del refinamiento, como en un principio, hicieron lo posible por imitar la afeminación de los árabes a quienes habían suplantado, y por proteger la poesía y las letras, mientras que los rudos soldados almorávides habían descendido a los últimos grados de la corrupción y de la disolución en el muelle ambiente de la España meridional. Las incursiones cristianas se extendían ahora sin obstáculo hasta las costas de Andalucía, y con la caída del imperio almoravid en África, la España musulmana se fraccionó nuevamente en tantos reinos como ciudades. Los judíos y los mozárabes, a quienes los almorávides habían perseguido y en muchos casos desterrado, estaban en mayoría en algunos distritos, y proclamaron reinos y repúblicas independientes o se pusieron bajo la protección de los reyes cristianos.

En esta situación anárquica, la aparición de la hueste almohade —o unitaria— en Algeciras (1145) fue bien recibida por la mayoría de los musulmanes pacíficos, que deseaban, ante todo, la seguridad de su vida y de su hacienda, ambas a merced ahora del tiranuelo bajo el cual vivían, o de sus enemigos, si se aventuraban a salir de sus muros.

75 Alfonso el Batallador de Aragón transportó grandes masas de Andalucía y Valencia para repoblar los distritos que había conquistado en las orillas del Ebro. Como 10.000 familias fueron trasladadas de Andalucía de una vez.

Los fanáticos del Atlas pasearon una vez más sus fieras hordas por el Sur de España, porque ninguno de los príncipes musulmanes era bastante fuerte para resistirlas. Algeciras, Sevilla, Málaga, Córdoba, y poco después Almería y Valencia, cayeron en poder de los africanos; y en 1149 toda la España musulmana reconocía la autoridad del Mahdí, cuyo imperio tenía su asiento al otro lado del estrecho; Córdoba era la capital del valí que vino de Berbería a gobernar la provincia de Andalus. En adelante, una cruel opresión, cuando no el exterminio, fue la dura suerte de los judíos y mozárabes dondequiera que dominaba el Islam, y en cada ciudad de la España muslímica había una masa considerable de habitantes que suspiraban y trabajaban secretamente por el triunfo de la causa cristiana.

1002 a 1150.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Los varios reinos cristianos habían seguido desenvolviendo sus instituciones respectivas. El continuo avance de las fronteras cristianas y la desmembración del imperio musulmán, con la consiguiente opresión de los mozárabes y de los judíos por los fanáticos africanos, pusieron bajo la dominación cristiana grandes poblaciones, cuyos antepasados habían vivido durante siglos en contacto con los musulmanes. Después de la conquista del reino de Toledo, quedaron también bajo la dominación cristiana gran número de españoles mahometanos. Todas esas gentes introdujeron en la España cristiana nuevas costumbres, nuevas industrias, una nueva filosofía de la vida y nuevos elementos étnicos, e imprimieron un sello profundo en el carácter futuro del pueblo. La conquista de Toledo como capital cristiana, y la nueva política del conquistador respecto del pueblo vencido, marcan así una nueva época en la historia de España.

No fueron hechos menos importantes la sumisión de la Iglesia de Castilla al dictado papal, y la acción confederada de los municipios del Noroeste para elegir a Alfonso VII rey de Galicia. Este suceso, como se verá en el próximo capítulo, fue el preludio de un movimiento más grande, que decidió el futuro desarrollo de las instituciones castellanas. Otro acontecimiento importante de esta época fueron las reuniones periódicas en Castilla y León de los concilios de obispos y de nobles como asambleas legislativas, desarrollo de la teocracia latino-gótica anterior a la conquista árabe, que denota el poder y la ambición crecientes de los nobles en su actitud con respecto al rey y a las clases inferiores, especialmente después de las Cortes (así llamadas por primera vez) de Nájera, en 1137, compuestas casi enteramente de nobles. Aunque de Provenza se propagaban a España la cultura y la poesía, apenas había llegado aún el tiempo del pleno renacimiento del arte y de la industria cristiana, bien que al fin de este período los mozárabes y los judíos incorporados, especialmente en Levante, introducían nueva prosperidad en los puntos donde se habían establecido, y la arquitectura procedente del Mediodía de Francia iba adquiriendo el carácter especial hispano-románico que la distinguía de su modelo original.

La anarquía que por tanto tiempo afligió a la España mahometana durante este período perjudicó al comercio y a la industria, aunque uno y otra revivieron algo durante el gobierno de los almorávides, y en el siglo XII varios reyezuelos hicieron tratados comerciales con Génova, Pisa, etc. Pero, como veremos en el texto, la nueva dominación africana introdujo un espíritu completamente nuevo en arte y arquitectura. El lujo, el refinamiento, la literatura y la ciencia habían llegado a ser ahora una obsesión en la España musulmana, como suele acontecer en los pueblos decadentes; y ésta, entre otras mil señales, demostraba que ni la fe ni las razas muslímicas podían competir ventajosamente con el cristianismo y el pueblo más fuerte del Norte.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

El período a que ahora pasamos revista fue el principio de aquel en que España hizo al mundo un servicio inapreciable. Los judíos de Córdoba fueron los primeros que volvieron a estudiar las ciencias y la filosofía que los griegos habían producido aprovechando la enseñanza de

civilizaciones más antiguas. Siguieron su ejemplo los árabes, y las Universidades de la España musulmana llegaron a ser centros de cultura, donde el saber de la antigüedad era traducido por judíos y árabes a sus lenguas vivas, para ser transmitido después en otras lenguas a todas las naciones del globo. En un tiempo en que Europa yacía en las tinieblas, Córdoba fue la patria de las ciencias exactas: la astronomía, las matemáticas, la medicina, la botánica, y aun la cirugía, fueron objeto de estudios profundos y pacientes; y de este modo, siglos antes de que Erasmo se remontase a la fuente original, el claro riachuelo de la cultura griega corría libremente por Córdoba hacia el resto del mundo.

V.
Religión y cultura en la España medieval.

El vínculo religioso de unión entre las razas españolas cristianas.—La emigración de los mozárabes.—Su influencia sobre las instituciones.—Germen de instituciones representativas.—Las Hermandades y el feudalismo español.—Alfonso el Emperador.—Alfonso VIII y Leonor Plantagenet.—Berenguela de Castilla y Alfonso IX de León.—San Femando y la unión de Castilla y León.—Aragón y Cataluña.—Jaime el Conquistador.—Sus grandes proyectos.—Sus contiendas con los nobles.—Conquistas de San Fernando.—Progreso intelectual y social de España en los siglos XII y XIII.—Los trovadores.—Lengua y literatura castellana.—Alfonso el Sabio y sus obras.—Influjo de los judíos y árabes españoles sobre la cultura europea.—Artes y oficios.—El desarrollo del lujo en España.—Diversiones nacionales.—El clero español.—El crecimiento de la intolerancia religiosa.

La venida de los almohades trajo al país la última gran infusión de sangre africana, y los elementos componentes de la raza española estaban ahora completos. Convendrá considerar aquí hasta qué punto había sido alterado el carácter del pueblo por las olas sucesivas de invasión. Es fácil conceder excesiva importancia a la influencia étnica ejercida por los ejércitos invasores. El terror que causan y la entidad de los acontecimientos políticos que suelen producir nos hacen olvidar que una raza puede asimilarse fácilmente unos cuantos miles de hombres sin gran alteración de su índole característica. Aunque la configuración geográfica del país era desfavorable a la amalgama de los pueblos de la Península, y aunque todavía hoy continúa existiendo extraordinaria variedad etnológica, con todo, la larga dominación romana había dado a los habitantes la unidad que puede producir la comunidad de lengua y de leyes. Hemos visto que los invasores germánicos hallaron tan firmemente establecida esa unidad, que tuvieron que aceptarla. Posteriormente, la adopción del cristianismo atanasiano por los reyes godos, y el gobierno teocrático resultante, proporcionaron otro vínculo al pueblo español; de modo que, a la llegada de Tárik y sus 12.000 berberiscos, los españoles de todas las variedades de raza pudieron mirarlos como extranjeros, porque diferían de ellos en lengua, creencias y leyes.

El tolerante gobierno árabe, que concedió perfecta libertad en esos tres importantes puntos a los pueblos indígenas de la España musulmana, al par que facilitaba la asimilación y la comunicación social, impidió la fusión de razas, alentando a los mozárabes a vivir en comunidades separadas[76]. Aunque, por tal razón, debieron celebrarse infinidad de matrimonios mixtos, eso no pudo ser suficiente para hacer a los mozárabes de una raza distinta de la española. La concesión de la manumisión a todos los esclavos y siervos cristianos que abrazaban las creencias del Islam, con sólo pronunciar la fórmula, llevó gran número de españoles de esas clases al pueblo musulmán, y este último debió teñirse de sangre española mucho más que los mozárabes de sangre mora.

Durante los tres primeros siglos de la reconquista, los moros de las provincias conquistadas fueron generalmente expulsados o exterminados por los cristianos; pero, después de la toma de Toledo por Alfonso VI de León y de Castilla, se adoptó una política diferente. El ilustrado rey, que se había casado con una mujer árabe, y admiraba la cultura e industria de los judíos y musulmanes, alentó a los pueblos conquistados (mudéjares) a permanecer bajo su dominio, garantizándoles una completa tolerancia, y estimulando los matrimonios entre moros y cristianos. Esto introdujo, sin

76 Cosa semejante se ve en el caso de los judíos ingleses de los tiempos actuales. La tolerancia y la igualdad social completas, aunque llevándolos a hacerse ingleses en lenguaje y costumbres, tiende a mantener la separación de las razas por medio de la religión.

disputa, en la población de ciertos distritos una gran mezcla de sangre mora, cuyos efectos son fáciles de discernir en el día presente.

Al propio tiempo, el rigor desplegado por los almorávides y los almohades determinó la emigración de grandes masas de mozárabes desde los distritos moros al centro y Norte de España, donde establecieron nuevas comunidades en las comarcas despobladas por la guerra, llevando consigo las artes, oficios y costumbres que ellos y sus antepasados habían aprendido de los árabes. La infusión de sangre puramente arábiga debió ser pequeña, porque la enorme mayoría de los invasores habían sido bereberes y otros pueblos del Atlas, de origen y tradiciones semejantes al tronco español original. Salvo, pues, que esos pueblos no habían tenido la ventaja de la civilización romana, los dos elementos no eran desemejantes, y el resultado étnico de la mezcla fue principalmente corroborar la tendencia ya poderosa del pueblo a afirmar la independencia individual y a localizar el patriotismo.

Conforme iba avanzando la reconquista, las ciudades que caían en poder de los conquistadores o se formaban por el establecimiento de nuevas comunidades de mozárabes, recibían fueros, ya de los reyes, ya, con más frecuencia, de los nobles que poseían en vasallaje los nuevos distritos que habían dominado. Como ya se ha visto, la concesión de esas cartas implicaba un convenio entre la ciudad y el señor; y por primera vez introdujo prácticamente cierta especie de relaciones feudales entre los municipios y la nueva aristocracia militar, que por derecho de conquista y concesión del rey poseía el suelo. El principio romano y romano-gótico de democracias colocadas bajo la inspección de altos funcionarios nombrados por un César, cayó en desuso; y una vez más tenemos en yuxtaposición las dos ideas: la germánica, en que un señor hereditario del suelo daba protección a los vasallos que vivían en él a cambio de ciertos servicios; y la tradición primitiva ibérica, modificada por la organización latina, de municipalidades democráticas, independientes en su mayoría unas de otras.

Pero la presencia constante de un enemigo, que lo era más del señor que de la ciudad, hizo de la última en España el elemento más importante de la asociación, y permitió a las municipalidades durante la reconquista hacerse verdaderas repúblicas tributarias bajo el dominio general del rey. Las inmunidades concedidas a las villas y ciudades por los fueros, no sólo aumentaron directamente su riqueza, sino también su población e importancia, introduciendo en ellas gran número de habitantes rurales, que, buscando refugio en las ciudades libres, eludían la opresión individual y las exacciones ejercidas por los señores del suelo fuera de las posesiones de los municipios forales tributarios[77].

Pero, cuando el país reconquistado entró más en orden, y cuando fue menos de temer el enemigo moro, los nobles trataron de destruir los fueros que sus predecesores habían concedido, y, aprovechándose de la flaqueza de la autoridad real, empezaron a oprimir y saquear a las ciudades y a implantar generalmente la tiranía feudal, tal y como existía en Francia, en Alemania y en Inglaterra. Así, a fines del siglo XIII, la fuerza de los municipios y la idea democrática latina llegaron a ser patentes, y quedaron sentados los cimientos del Estado moderno de España.

La acción de los municipios en esas circunstancias impidió el predominio de los privilegios feudales en el reino de Castilla y de León, y formó el núcleo del gobierno representativo que rigió en España durante más de doscientos años. Treinta y cuatro ciudades se reunieron por diputación en 1295, y firmaron un acta solemne de confederación bajo el título de la «Hermandad de Castilla»,

77 No debe olvidarse que casi siempre había un extenso territorio anejo a las ciudades fuera de las murallas, que era propiedad privada en parte, pero en su mayoría propiedad comunal. Las ciudades mismas no eran, ni mucho menos, exclusivamente industriales, sino que dependían en gran parte del cultivo de sus territorios; y la organización interior de la mayoría —aunque variaba mucho el tipo según el origen de la comunidad— no era puramente democrática, sino un término medio entro democracia y aristocracia. Había una división precisa de clases en los concejos, siendo los caballeros los que desempeñaban las magistraturas municipales y los que constituían la parte montada de las fuerzas concejiles. En muchas poblaciones, sólo una mitad de los funcionarios eran caballeros, siendo la otra mitad ciudadanos libres de rango inferior, elegidos especialmente para representar los intereses de su clase.

exponiendo: que, desde la muerte de Alfonso X, imperaban en Castilla la rapiña y la agresión, y que, para la defensa de la autoridad del rey y el mayor sosiego del país, formaban una confederación con un sello común y reuniones periódicas. Se levantó una fuerza armada, bastante fuerte para resistir a cualquier noble y para vengar cumplidamente a cualquier miembro de la Hermandad que fuese agraviado; a los mismos oficiales del rey se los castigaba si obraban ilegalmente.

Las reuniones de esta importante confederación, a que se adhirieron rápidamente otras poblaciones hasta el número total de 100, se llamaban Cortes extraordinarias, y no sólo acordaban reglas para su propia defensa, sino que adoptaban también leyes que se enviaban al soberano y se hacían cumplir como si hubiesen sido decretos reales. Pero la victoria de las comunidades sobre el elemento feudal no se ganó sin dura y larga lucha, como se verá en el curso de esta historia, ni la victoria fue completa siquiera durante cierto tiempo; que, a ser así, quizá España se hubiese convertido en una república federal como Suiza. Impidieron esto los nobles colocándose y colocando a sus vasallos dentro de la jurisdicción de los concejos, cuyo gobierno municipal dominaron y corrompieron, particularmente en el Mediodía. En la lucha entre los dos poderes, el rey apoyó alternativamente a uno y a otro para sostener el equilibrio, y finalmente obtuvo para sí el derecho de nombrar alcaldes y regidores, lo cual, como veremos, arruinó en lo sucesivo la independencia municipal y la representación nacional democrática, y llevó a España a un puro despotismo con el consentimiento tácito del pueblo.

Alfonso VII (el Emperador) pasó su vida haciendo avanzar el estandarte de la cruz contra los desorganizados almorávides. Una vez, las vicisitudes de la guerra llevaron a los moros a las puertas de Toledo; pero en 1147, Alfonso, en unión con potencias mediterráneas deseosas de suprimir la piratería, de que era centro Almería, conquistó esta ciudad, y poco después (1150), apesadumbrado por la muerte de su mujer, Berenguela de Cataluña, abdicó el Emperador, y volvió a dividir torpemente sus reinos entre sus dos hijos, dando a Sancho el de Castilla y a Fernando el de León. Siete años después, cuando los almohades, nuevamente victoriosos, sitiaban a Almena, volvió a descolgar su arnés guerrero, y rechazó a los sitiadores; pero murió en seguida, de una fiebre, dejando sus dos reinos bajo diferentes monarcas.

Otro reino surgió además en la Península durante el reinado de Alfonso el Emperador. Ya se ha dicho que Alfonso VI concedió la parte de Portugal situada al Norte del Duero, como un condado tributario, a Enrique de Borgoña, que se había casado con Teresa, la hija menor del rey. Tanto el borgoñón como su mujer procuraron desde un principio hacer independiente su territorio, y Alfonso VII se vio obligado más de una vez a recurrir a las armas para reducir a su tía a la obediencia, hasta que, al fin, los portugueses arrojaron del poder a la condesa, tan liviana como su hermana Urraca, y proclamaron soberano a su hijo, otro Alfonso (Enríquez). Alfonso Enríquez tomó al punto la ofensiva contra su primo y soberano, Alfonso VII de Castilla, pero acabó por prestar vasallaje a este último. Entonces, Alfonso VII de Castilla concedió a Alfonso Enríquez de Portugal el dominio absoluto de todas las tierras que conquistase a los moros al Sur del Duero; y con este incentivo, el príncipe portugués llevó sus banderas al Tajo, ganando una señalada victoria contra los moros en Ourique, en 1139, después de la cual se consideró bastante fuerte para proclamar su completa independencia de Castilla. Alfonso VII se preparaba a dar a su turbulento primo otra lección de obediencia, cuando intervino el clero; y el Emperador fue bastante débil para permitir que la cuestión se remitiese al Papa (Inocencio II), el cual la decidió en favor de Castilla.

Los portugueses, sin embargo, ofrecieron con destreza rendir vasallaje a la Santa Sede; y aunque Inocencio II no podía volver fácilmente sobre su propia decisión, sus sucesores Lucio I y Alejandro III aceptaron el ofrecimiento portugués, y Alfonso Enríquez fue reconocido por Roma rey de Portugal. En adelante, y por motivos harto insuficientes, el reino de Portugal quedó separado del de España, y se aceptó sin objeciones la intervención del Papado en los asuntos de la Península, y en general de la cristiandad.

Sancho III de Castilla, hijo mayor de Alfonso VII el Emperador, murió un año después de su advenimiento al trono (1158), dejando a un niño de tierna edad, Alfonso III de Castilla[78], un reino desgarrado por la guerra civil[79], y abierto, casi sin defensa, a las invasiones de los vigorosos almohades, que llegaron hasta Ávila en sus incursiones destructoras. Los africanos aspiraban juntamente a someter el nuevo reinecillo de Portugal; y después de años de lucha, estaban a punto de apoderarse de la importante fortaleza de Santarem, cuando la muerte del emperador musulmán, Yusuf ben Yacub, sembró el pánico entre los moros, y Fernando II, rey de León, se apresuró a prestar auxilio oportuno a Alfonso Enríquez para infligir una desastrosa derrota a los musulmanes.

La contienda civil y las guerras destructoras entre Castilla, León y Aragón continuaron hasta que el joven rey Alfonso III (VIII) de Castilla alcanzó la mayor edad, en cuyo momento cambió todo. Se casó sabia y felizmente en el mismo año (1170) con Leonor Plantagenet, hija de Enrique II de Inglaterra, y con gran energía, habilidad y diplomacia llevó a Castilla a una situación de seguridad y de orden. No dejó descansar a los almohades, y a pesar de la celosa enemiga de los demás Estados cristianos por los triunfos del rey de Castilla, el último extendió sus fronteras más al Sur cada vez, hasta Jaén y Andújar, y en una ocasión llegó a la punta extrema de Algeciras, y desafió al emperador almohade al través del Estrecho. Esto era más de lo que podía sufrirse, y al año siguiente (1195), los moros le causaron una gran derrota en Alarcos, donde los castellanos perdieron 20.000 hombres. Esto animó al rey de León, Alfonso IX (hijo de Fernando II y nieto de Alfonso el Emperador, de Castilla), a invadir el reino de su primo castellano, y la guerra no terminó sino mediante el matrimonio de Alfonso IX de León con Berenguela, hija de Alfonso III (VIII) de Castilla, y de Leonor Plantagenet.

Berenguela era una mujer de una energía y una capacidad excepcionales. Había sido prometida a Conrado de Suabia, hijo del emperador Federico Barbarroja, pero había renunciado a ese matrimonio al llegar a la edad de contraerle; y su enlace con Alfonso IX de León fue un acto sabio en todos sentidos, puesto que anunciaba nuevamente la unión de los reinos de León y Castilla. Pero a la sazón Inocencio III ponía mano sin contemplaciones en los negocios de la cristiandad. Ya había disuelto un matrimonio entre la princesa Teresa de Portugal y ese mismo Alfonso IX de León, que iba a casarse con Berenguela, y había excomulgado a los novios; y ahora declaró nulo el nuevo matrimonio por la misma razón de consanguinidad[80], poniendo a León en entredicho.

Durante siete años los semi-cónyuges y los reinos de León y Castilla lucharon contra la decisión del pontífice, y en el ínterin nacieron varios hijos a Alfonso IX de León y a Berenguela; pero a la postre la princesa tuvo que volverse a su país como madre soltera, aunque el Papa, con la más palmaria inconsecuencia, reconoció los hijos como legítimos, y Fernando, el primogénito, permaneció con su padre como heredero de la corona de León.

A la desastrosa derrota de los castellanos por los moros en Alarcos, había seguido nueva disputa y una pequeña guerra entre Castilla y León; pero Alfonso III (VIII) de Castilla ardía en deseos de reparar su desastre, y concertó una coalición entre todas las potencias cristianas, a que los Papas (Inocencio III y Urbano II) concedieron los privilegios e indulgencias de una cruzada. Los

---

78 La numeración es para confundir, a consecuencia de la unión y separación frecuentes de Castilla y de León. A este Alfonso III, de Castilla solamente, se le conoce casi siempre con el nombre de Alfonso VIII, que es el que le hubiera correspondido, a ser también rey de León.

79 El pretexto para la guerra civil fue el haber nombrado Sancho III en su testamento tutor del rey niño Alfonso III (VIII) a Gutierre Fernández de Castro. La gran familia rival de Lara se resintió, y el reino quedó dividido en dos facciones en guerra durante la minoría, aunque los Castros entregaron la regencia a sus rivales, que después persiguieron cruelmente a los Castros. Esto dio a Fernando II de León (tío del rey niño) un pretexto para intervenir, y fue ocasión propicia para que el rey de Navarra (Sancho el Sabio) se apoderase de una parte de la Rioja. Los Laras quedaron victoriosos, por fin, después de una sangrienta batalla en Huete, y los Castros buscaron refugio entre los moros.

80 Alfonso IX de León era nieto, y Berenguela biznieta, de Alfonso VII de Castilla (el Emperador).

almohades respondieron, por su parte, predicando una *jehad*, y de toda Europa acudieron caballeros cristianos a combatir, bajo la bandera de la cruz, contra los celosos guerreros del Islam.

Diez mil jinetes y cuádruple número de infantes marchaban como vanguardia a las órdenes de D. Diego López de Haro. Pedro II de Aragón en persona iba al frente de su poderoso ejército, mientras que Alfonso III acaudillaba su hueste castellana, y los hermanos Girón mandaban una vanguardia de 40.000 hombres. Sacerdotes y príncipes, nobles y caballeros, de todos los países, rivalizaban unos con otros en celo y esplendor, aunque los cronistas no ocultan que los aventureros extranjeros eran más molestos que útiles, y que la mayor parte volvieron pies atrás cuando llegaron al tórrido Mediodía. Pero los ejércitos nacionales, al atravesar los pasos de Sierra Morena, guiados por los mozárabes, recibieron noticias que les infundieron las mayores esperanzas. Las tropas africanas del emperador almohade habían ofendido ya, por su salvajismo e insolencia, a los musulmanes andaluces, la mayoría de los cuales eran en parte de sangre española; y por consiguiente, reinaba la división en las filas del Islam. Desertores guiaron a los cristianos por desfiladeros a una posición desde la cual podían ser sorprendidos los almohades, y la caballería de Castilla, Aragón y Navarra cayó como un torrente sobre Mahomet ben Yacub y su guardia de 10.000 negros y 3.000 camellos. En medio de la refriega se retiraron los musulmanes andaluces, y quedó ganada la gran batalla de las Navas de Tolosa[81] (1212).

Desde entonces fue decayendo en España el poder muslímico; y el gran movimiento cristiano de avance que siguió después, tanto por la parte castellana como por la aragonesa, redujo el dominio del Islam, en el curso de una generación, a un reino insignificante, que sobrevivió, casi por tolerancia, durante otros dos siglos, pero nunca extendió sus límites.

Dos años después de la batalla murió Alfonso III (VIII) de Castilla, dejando un hijo de once años de edad, que pasó a ser Enrique I. Una vez más, como en los días de la minoría de Alfonso, los Laras se opusieron a la regencia elegida por los nobles y el clero a la muerte de la madre del joven rey, Leonor Plantagenet, un año después de su marido. La regente elegida fue la tía del rey, Berenguela, la mujer repudiada de Alfonso IX de León, y difícil hubiese sido hallar gobernante de mayor capacidad y patriotismo. Pero Álvaro Nuño de Lara consiguió apoderarse de la regencia, aunque jurando a Berenguela no imponer nuevas cargas al pueblo ni celebrar tratados con países extranjeros sin su consentimiento. D. Álvaro violó su juramento apenas lo pronunció, y los nobles y prelados de Castilla se reunieron en Cortes en Valladolid, y rogaron a Berenguela que volviese a tomar la dirección de los negocios. Antes de que pudiese hacerlo, D. Álvaro, como regente, disolvió las Cortes, y persiguió cruelmente a Berenguela y sus amigos. Pero el rey niño Enrique, jugando en el patio del palacio episcopal de Palencia, recibió en la cabeza una teja desprendida, que le causó la muerte, y Berenguela pasó a ser reina de Castilla.

Lo primero que la importaba era posesionarse de su hijo Fernando, que estaba bajo la custodia de su padre, el rey de León. Si Alfonso IX sabía que su primogénito era heredero de Castilla, podía hacerle servir a sus propias ambiciones. Así, artificiosamente, se consiguió que Alfonso permitiese a su hijo visitar a Castilla antes de que supiera la muerte del rey niño Enrique. Cuando llegó Fernando, su madre, Berenguela, convocó las Cortes de nobles y prelados de Castilla en Valladolid (1217), y, después de recibir su homenaje como reina, abdicó acto continuo en favor de su hijo Fernando, famoso después con el nombre de Fernando el Santo, bajo el cual se unieron nuevamente

81 Los cronistas cristianos atribuyen el honor principal de esta gran victoria a Rodrigo, arzobispo de Toledo, que, con otros muchos prelados, figuraba entre los primeros en el combate. Se dice que, cuando el mismo Alfonso empezaba a desesperar, el arzobispo tomó el mando de la vanguardia, y con ímpetu irresistible condujo a los cristianos a la victoria. El campesino que, según se cuenta, guió a la hueste cristiana por los desfiladeros para sorprender a los musulmanes, no era otro, al decir del clero, que San Isidro, el santo patrón de Madrid, por quien araban los ángeles mientras él rezaba. Innumerables leyendas se han tejido en torno de la historia de esta victoria memorable, y el mismo Alfonso escribió al Papa que murieron en la contienda 100.000 musulmanes y 25.000 cristianos; pero, como quiera que fuese, la derrota fue bastante seria para inutilizar a los almohades y aniquilar el poder muslímico en España.

Castilla y León para no volver a separarse. Los Laras, apoyados ahora por Alfonso IX de León, padre del rey de Castilla, promovieron nueva guerra civil, y una vez más volvieron a encontrarse los ejércitos de padre e hijo, de marido y mujer. La reina madre Berenguela, tan heroica en la guerra como diplomática en el gobierno, logró al fin la paz y alianza, en parte por las armas y en parte por negociaciones; y Fernando III pudo lanzarse a la gran carrera de conquistas que dio a los cristianos el valle del Guadalquivir, después de quinientos años de dominación musulmana. Mientras sitiaba a Jaén (1230), Fernando supo por su madre (Berenguela) que su padre, Alfonso IX de León, había muerto, dejando el reino dividido entre sus dos hijas Sancha y Dulce[82], habidas de su matrimonio con su primera mujer, Teresa de Portugal, repudiada también a instancias del Papa. La unión de los reinos había sido el sueño de la vida de Berenguela; y así, al par que incitaba a su hijo a presentarse en persona, ella corrió a León, y, convocando a los nobles, hizo proclamar rey a Fernando. Luego marchó a la frontera portuguesa, y concertó con la madre de las infantas, antigua mujer, como ella, de Alfonso IX de León, una equitativa renuncia de los derechos de las hijas. De ese modo León y Castilla llegaron a constituir permanentemente un solo Estado, y quedó sentada la base de la monarquía española (1230).

Casi a la vez que la consolidación de Castilla y León y el avance de San Fernando hasta Andalucía, se realizaba un progreso semejante en otra nación cristiana de la Península. Hemos tenido que notar en varias ocasiones que la marcha del desarrollo en el Nordeste de España había sido distinta que en el Noroeste. Hemos visto que el reino de Asturias, desdoblado gradualmente en León y Castilla, estaba desenvolviendo una civilización realmente nueva, sobre la base de los restos de los antiguos sistemas que la habían precedido, una civilización que no era ni enteramente aristocrático-germánica ni democrática ibero-latina, sino un término medio entre las dos, dictado por las circunstancias especiales de la reconquista. La entrada de España por tierra era mucho más fácil y más frecuentada por el extremo oriental de los Pirineos que por el occidental; y desde los tiempos más remotos las poblaciones de la costa del golfo de León y de la Galia meridional se habían fundido con las de la costa Nordeste de España. La influencia francesa, como hemos visto, había dominado en Cataluña desde su conquista a los moros a principios del siglo IX; y sus príncipes, durante la mayor parte de este período, habían poseído también extensos territorios al Norte de los Pirineos, como antes los visigodos. El parentesco francés era, pues, mucho más fuerte en Cataluña que en ninguna otra parte de España, y, etnológica y socialmente, el país era, y sigue siendo, absolutamente distinto de Castilla.

El principado de Cataluña, por el matrimonio de Petronila, hija de Ramiro el Monje de Aragón (1137), se había unido al último reino, en lo tocante a la personalidad del monarca, aunque permaneciendo intactas las respectivas leyes, y conservándose la autonomía de los Estados. En Aragón también las tradiciones de gobierno eran diferentes de las de Castilla. Desde la primera erección de Aragón en señorío por el rey de Navarra, la nobleza feudal había sido más poderosa e independiente que en el Noroeste de España, donde había sobrevivido la tradición goda de un rey sacerdotal con un concilio eclesiástico, y donde se miraba la reconquista como una cruzada inspirada por Dios. Los reyes de Aragón, como los de Navarra, eran creaciones de una necesidad; no eran los transmisores semi-divinos de la monarquía teocrática de los últimos visigodos, sino jefes feudales superiores, elegidos primeramente por sus compañeros, porque era necesario tener un jefe sobre muchos. Al rey de Aragón se le recordaba en todas las ocasiones posibles que su poder estaba estrictamente sometido a las leyes, y que no sería mirado como rey sino mientras procediese rectamente. Así en Aragón como en Cataluña los nobles superiores, que poseían «honores», eran en

82 Para afianzar el porvenir de sus hijas, Alfonso IX había negociado un matrimonio entre la mayor, Sancha, y el victorioso y poderoso rey Jaime I de Aragón. Este último estaba ya casado con Leonor, la hija menor de Alfonso III (VIII) de Castilla, medio hermana de Berenguela, y, por consiguiente, tía de Fernando III; y el Papa autorizó el divorcio por el motivo usual de parentesco consanguíneo; pero, antes de terminarse el asunto, murió Alfonso IX de León, como se ha dicho, y Fernando de Castilla subió al trono de León. Jaime el Conquistador, pues, no se casó con la infanta.

rigor soberanos independientes con derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, y no tenían más traba que los «usages»; y, aunque en los pleitos civiles ordinarios el tribunal del rey era supremo, en todas las cuestiones entre el soberano y los nobles aragoneses el juez o árbitro supremo era el justicia, con caballeros y nobles como asesores. Los nobles feudales de Aragón y Cataluña no se habían encontrado en oposición con el pueblo en el mismo grado que los de León y Castilla, porque tanto en Aragón, como en Cataluña la idea ibero-latina de independencia democrática bajo un César supremo era comparativamente débil, y el sistema aristocrático germánico estaba de acuerdo con el espíritu general de la población. El resultado de esto fue que los nobles y los Municipios, a los cuales habían concedido fueros muy liberalmente la Corona y los señores feudales, hicieron causa común para impedir las intrusiones de la autoridad real; y las asambleas deliberantes de Aragón y de Cataluña contaron con representantes de los pueblos (1133) antes de que se conociese tal cosa en Castilla (1169)[83]. Se verá así que las Cortes de Aragón y de Cataluña, como el Parlamento de Inglaterra, se derivaron de los consejos de los señores territoriales; mientras que las Cortes de Castilla y León nacieron de la asociación de Municipios libres, al par que la asamblea eclesiástica y feudal más primitiva conservaba una existencia aparte como consejo del soberano. Es necesaria esta explicación para que pueda comprenderse bien la marcha divergente de los asuntos en los dos grupos de reinos de la Península.

Pedro II de Aragón y de Cataluña, nieto de Ramón Berenguer IV de Barcelona y de Petronila de Aragón, tuvo un hijo nacido en Montpellier en 1208. Los reyes de Aragón, merced a continuas alianzas matrimoniales con las casas soberanas del Mediodía de Francia, habían obtenido extensos territorios al Norte de los Pirineos, y estaban tan interesados en los asuntos de Francia como en los de España. Simón de Montfort, con gran muchedumbre de cruzados, molestaba a Tolosa, Bearn y Provenza, so pretexto de extirpar la herejía albigense; y en una de las varias fases diplomáticas del asunto, Jaime, el heredero del rey de Aragón, fue desposado con la hija del conde de Tolosa, confiándose a Simón de Montfort la custodia del príncipe niño (1211).

La tregua así pactada no tardó en romperse; los ejércitos de Aragón y Tolosa fueron derrotados en 1213 por Simón de Montfort, y el rey Pedro sucumbió en la contienda, dejando su heredero de cinco años en manos del enemigo. Aragón era presa de la discordia civil, pero se presentó unido para demandar la restitución de su soberano. Pedro II de Aragón había recibido su corona del Papa, y poseía su reino como feudo papal[84], y mediante la intervención del Pontífice, después de muchas negociaciones, el rey niño Jaime fue entregado al fin a sus súbditos (1214) en su ciudad de Narbona, desde donde fue llevado a Lérida, y aquí recibió el juramento de fidelidad de las Cortes de Cataluña y Aragón, compuestas de prelados, nobles y diez representantes de cada ciudad.

El legado del Papa fue el que llevó la voz en todo, y el rey niño estuvo sentado sobre las rodillas del arzobispo de Tarragona durante la ceremonia. El mismo legado fue el que nombró los gobernadores y el regente de los reinos de Jaime durante la minoría; y en lo que quiera se veía el ascendiente que ejercería en el porvenir la influencia de Roma como señora feudal de Aragón. Era regente el tío del rey, Sancho; pero tenía enfrente de sí a la mayoría de los nobles feudales aragoneses, que estaban de parte de otro tío, Fernando el Monje. Mientras los nobles y el regente disputaban, el joven rey Jaime crecía en vigor y capacidad, y antes de cumplir los diez años tomó

83 Las Cortes de Aragón se componían de nobles, clero y burgueses, dividiéndose el orden de los nobles, en un período ulterior, en dos ramas: superior e inferior. Los brazos deliberaban separadamente, y sus decisiones finales comunes eran elevadas por los nobles al rey. El rey convocaba las Cortes y proponía asuntos de legislación, pero no podían obtenerse grandes subsidios sin el voto de las Cortes. Es manifiesto que los nobles representaban el papel principal; pero el rey, como cabeza del poder ejecutivo y de la fuerza armada, era realmente el jefe.

84 Ese acto de Pedro II disgustó profundamente a los nobles aragoneses; y cuando el rey, a su regreso, trató de levantar fondos para pagar el tributo al Papa, la alta nobleza o los ricos homes formaron una liga para oponerse a todo intento del Papa de ejercer su soberanía. A estos sucesos se debieron las contiendas subsiguientes entre Aragón y el papado.

las cosas por su cuenta, escapó de manos de sus guardianes, huyó a Zaragoza, y allí se arrojó en brazos de sus súbditos.

Desde entonces hasta su muerte, la vida de Jaime el Conquistador fue una vida de lucha constante. Hombre enérgico, astuto, rudo y disoluto, pero uno de los grandes soberanos de la tierra, hizo por Aragón lo que San Fernando por Castilla, y mucho más: porque si Fernando y Jaime añadieron nuevos reinos moros a sus dominios y dejaron consolidados sus territorios —los dos grandes reinos rivales de España—, sólo Jaime emprendió una política extranjera de amplias miras, que, aunque desafortunada en su primer objeto, la fundación de un gran imperio mediterráneo, imprimió, no obstante, en su pueblo las tendencias tradicionales de expansión a que se deben indirectamente el engrandecimiento y la caída de España.

La primer campaña afortunada de Jaime fue la dirigida contra Mallorca[85], cuyos habitantes moros, según se dice, habían molestado el comercio catalán; y en 1228 el rey de Aragón volvía victorioso a su ciudad de Tarragona, habiendo añadido a sus dominios las Baleares. Diez años después conquistó a Valencia, erigiéndola en reino aparte, con una constitución ajustada al modelo de la de Cataluña[86]; y más adelante aún, añadió a sus conquistas el territorio hasta Játiva y Alicante.

Pero en este tiempo, Castilla, por su parte, había llegado a las fronteras de Murcia, y no había espacio para ulteriores expansiones de Aragón en ese sentido. En cambio, al Norte existía ancho campo para la vasta ambición de Jaime, y allí dirigió sus pasos. Jaime se había casado con Leonor de Castilla, y de ella tenía un hijo, Alfonso; pero se divorció a causa del parentesco. Después se había casado con Yolanda, hija de Andrés, rey de Hungría, con quien tuvo otros hijos; y aunque no le era fácil impedir que su primogénito heredase el reino de Aragón, su sueño era extender el dominio de Cataluña sobre los principados del Mediodía de Francia a favor de los hijos habidos con Yolanda. En las largas intrigas que mediaron para conseguirlo, tuvo que luchar, naturalmente, con la oposición de los reyes de Francia, que iban incorporando poco a poco a sus dominios el Sur del país, y Jaime se presentó abiertamente como campeón de la nacionalidad románica contra la septentrional. Se recurrió a divorcios, a nuevos matrimonios, a toda especie de artes; pero las cosas tomaron mal sesgo para los proyectos de Jaime, y su vasto plan fracasó. Por el tratado de Corbeil (1258) San Luis adquirió la soberanía de la mayor parte del Sur de Francia, y vinieron a tierra las esperanzas de Jaime de un imperio románico, aunque conservó su dominio materno de Montpellier y algunos otros territorios.

Pero su ambición no tenía límites, y andaba siempre en busca de nuevos objetivos. Amén de su empeño de conseguir la reversión del reino de Navarra por matrimonios, divorcios, testamentos arrancados violentamente, y aun por la fuerza bruta, ahora soñaba en una alianza que diese a su casa el reino de Sicilia, y quizá el imperio de Oriente. El primogénito de Jaime, Alfonso, con quien siempre se había llevado mal, murió sin hijos en 1260; y Pedro y Jaime, los hijos del rey y Yolanda, no tardaron en disputar entre sí y con su padre acerca de la herencia. Jaime, el menor, era el favorito del rey, y a él se le asignaron las Baleares y los dominios franceses, mientras que Pedro, el mayor, debía heredar los reinos españoles y casarse con Constanza, hija de Manfredo, rey de Sicilia, con gran indignación del Papa y del rey de Francia, porque Manfredo estaba en abierta rebelión contra

85 La expedición a Mallorca fue puramente catalana, y a ella contribuyeron liberalmente los nobles y prelados catalanes; pero Aragón nada tenía que ganar directamente, y allí la guerra fue impopular. En cambio, los aragoneses deseaban el ataque a Valencia.

86 Para indicar en términos generales la constitución de los reinos conquistados en este tiempo, puede mencionarse que el reino de Valencia se dividió *pro rata* entre los que habían contribuido a la conquista con la bolsa o con su persona. La alta nobleza obtuvo «honores» —es decir, extensos dominios con plenos privilegios feudales—; los 380 caballeros que se encargaron de guarnecer y custodiar el nuevo territorio recibieron otros tantos feudos de la Corona, y la mayor parte del suelo se distribuyó entre los otros órdenes inferiores. Pronto se vio que los últimos —los únicos contribuyentes— enajenaban sus tierras a los órdenes privilegiados (los nobles y la Iglesia), y se dictaron continuas disposiciones para impedirlo, pero con poco éxito. Durante su reinado, Jaime hizo grandes esfuerzos en todos sus dominios para impedir la enajenación de tierras por un noble a otro o por un burgués a un noble; pero, a pesar de todo, siguió adelante la enajenación.

el papado. Mas el astuto Jaime casó a su hija Isabel con Felipe, delfín de Francia, y paralizó así uno de los elementos opuestos a sus planes[87].

Pero, en una historia del pueblo español, lo que es aún de más importancia que las conquistas y la política extranjera de Jaime I, es su actitud para con los nobles y su influencia sobre las leyes de Cataluña y de Aragón. Circunstancias que ya se han explicado dieron a los nobles de esa parte de España una suma de poder y de privilegios desconocidos en otras partes. La posesión de la tierra no implicaba más obligación que el servicio militar, y eso dentro de un límite estrictamente fijado por la ley, porque la contribución ordinaria pesaba enteramente sobre los municipios y los órdenes no privilegiados.

Desde un principio el espíritu imperioso de Jaime se rebeló contra el altivo poder de los nobles, especialmente en Aragón, y tuvo por constante política reducirle, poniéndose de parte de las ciudades; así, durante todo el reinado, se prolongó la guerra civil entre el rey y los nobles. En 1226 se formó una federación poderosa de las ciudades de Cataluña y Aragón, a imitación de la Hermandad de Castilla, pero con objeto de defender los intereses de las clases medias v comerciales, así contra el rey como contra la alta nobleza; y en los últimos años de la vida de Jaime (1274), todos los más grandes señores feudales estaban en armas contra él[88]. Pero, entretanto, él no había perdido ninguna ocasión de atraerse a las clases comerciales; y cuando se reunieron las Cortes en Lérida, para juzgar arbitralmente entre el rey y los nobles, fue evidente que aquél tenía en su favor a los representantes, y los nobles no quisieron avenirse a la decisión de estos últimos. El hijo menor de Jaime, Fernando, estaba de parte de los nobles; pero fue vencido por su hermano Pedro, y ahogado, mientras la alta nobleza recibía una dura lección del rey, seguro ahora, como estaba, del apoyo de la mayoría de sus súbditos. Por primera vez doblaron la cerviz los nobles de Cataluña y Aragón, y Jaime y su hijo Pedro triunfaron en toda la línea.

Desde entonces el feudalismo existió en Aragón, como en cualquier otra parte, pero fue impotente para obrar contra el rey por sí solo, como hasta allí, y tuvo que hacer causa común con los municipios en las Cortes. Gracias a esto y a la tendencia general de la legislación de Jaime I, la institución de la servidumbre murió gradualmente, y las instituciones parlamentarias alcanzaron gran vigor. Jaime encontró vigente en Cataluña el antiguo Fuero Juzgo, o código legal visigodo, modificado por los «usages» locales, que habían adoptado gobernantes anteriores; y los esfuerzos del rey se encaminaron ahora principalmente a adaptar esa legislación a las nuevas circunstancias del tiempo. Pero en Aragón el caso era distinto. Aquí no se habían hecho nuevas adiciones al Fuero Juzgo, si se exceptúa un fuero tradicional de Sobrarbe, que se suponía concedido por el primer rey de Navarra.

Para Aragón, pues, promulgó Jaime en Huesca (1247) un nuevo código, que sentó un sistema completo de procedimiento; y una carta análoga, aunque diferente en ciertos puntos, fue concedida a Valencia después de la conquista. En esos códigos y fueros aparece claramente una tendencia,

87 Se recordará que Manfredo, el segundo hijo del emperador Federico II, había sido excomulgado, como su padre y su hermano mayor, Conrado de Suabia, y que el reino de Sicilia había sido concedido por el Papa Urbano IV a Carlos, duque de Anjou. Durante siglos fue ésa una materia de disputa entre la Corona de Aragón —que bajo Pedro se apoderó de Sicilia—, los reyes franceses y la casa de Lorena, como descendientes de los duques de Anjou. La madre de Jaime era hija del señor de Montpellier y de Eudoxia, hija de Manuel Commeno, emperador de Constantinopla.

88 Conviene saber que la alta nobleza se componía de «ricos homes de natura», o propietarios hereditarios de feudos semi-independientes inalienables, pocos en número, pero pequeños soberanos en todo, salvo en el nombre. Los soberbios privilegios de esta clase, y no los de los nobles inferiores y caballeros, eran los que constituían una amenaza y un peligro constante para el rey, y también, hasta cierto punto, para el pueblo. Uno de los privilegios extraordinarios de la alta nobleza aragonesa era el de poder negar obediencia a la Corona cuando le conviniese, y hacer la guerra al rey o a cualquier otro, aunque el soberano tenía el derecho de requerirla a someter a un arbitraje sus agravios, en cuyo caso los nobles debían suspender las hostilidades; pero ellos solían encontrar alguna falta en los términos del arbitramento o en la constitución del tribunal, y seguían adelante su camino, como en el caso citado anteriormente.

inevitable tratándose de leyes basadas en modelos latinos, a saber: la extensión de los derechos y libertades populares y la limitación de los privilegios anejos a la posesión hereditaria de la tierra. Tal fue el principal tributo que aportó Jaime a la formación del pueblo español. En un futuro capítulo se explicará cómo contribuyó en gran parte a deshacerle la política extranjera inaugurada por él.

En el reino hermano, Fernando III, gracias a la sabiduría de su madre, se encontró en 1230 soberano indiscutible de su herencia paterna de León y de su herencia materna de Castilla, en paz con Aragón, y libre de reanudar las conquistas musulmanas que su advenimiento al trono leonés había interrumpido. Los almohades, quebrantados por la gran batalla de las Navas de Tolosa (1212), no podían presentar ahora un frente unido al avance cristiano. Un poderoso musulmán español, Mahomet ben Hud, descendiente de los reyes de Zaragoza, se había apropiado la soberanía de la mayor parte de la España meridional, y se esforzó heroicamente en volver a consolidar el reino de Córdoba. Pero vino demasiado tarde. Fernando III lo arrolló todo desde su posición ventajosa de Sierra Morena. Úbeda y Baeza fueron ocupadas, y en 1236 cayó la ciudad imperial de Córdoba, el asiento de los califas, y la bandera de la cruz ondeó sobre los minaretes de la sin par mezquita erigida por la piedad de Abderrabmán. El mágico palacio de Zahra había desaparecido hacía tiempo, en medio del fanatismo y de la anarquía que siguieron a la muerte de Almanzor; las ciencias y las letras, de que Córdoba había sido el centro universal, habían pasado en su mayoría a otras partes; pero la ciudad había hecho bastante para su fama. Colonia patricia romana, ciudad de palacios, capital de una gran dinastía, hogar sagrado de una fe ferviente, mágico laboratorio donde la cultura del mundo antiguo se transmitió a la civilización del nuevo, eso y mucho más había sido la hermosa Córdoba. Ruina desde entonces, hermosa aun en su decadencia, permanece silenciosa en las filas de las glorias desvanecidas, pero inolvidables, al lado de Atenas, Roma, Cartago y Constantinopla.

Pero no se detuvieron aquí los progresos de la cruz. Granada, vasalla del rey cristiano, cooperó a la rendición de Sevilla. Fernando sitió por tierra y mar la ciudad del Wady al Kebir —Guadalquivir en adelante—, y el 23 de noviembre de 1248 el rey de Castilla entró triunfante en la ciudad; y España entera quedaba nominalmente bajo la dominación cristiana, excepto el pequeño reino tributario de Granada, cuando Fernando III murió en su capital de Sevilla, cuatro años después de la conquista de la ciudad.

Fernando había proseguido incesantemente el plan de su sabia madre de consolidar los reinos de Castilla y León. El Fuero Juzgo era aún la ley del país, pero reyes sucesivos habían concedido a innumerables poblaciones e individuos: fueros, inmunidades y privilegios, que no concordaban con la ley general ni entre sí. A los pobladores de los distritos fronterizos y de los territorios recién conquistados se les había concedido en muchos casos la facultad de formar «comunidades», según se llamaban, que eran en muchos sentidos pequeñas repúblicas, con el derecho de levantar e invertir fondos y de constituir municipios, y poseedoras de una exención de jurisdicción mayor aún de la que disfrutaban las ciudades más favorecidas que habían recibido cartas de la alta nobleza.

En medio de tal confusión, el primer paso hacia una legislación unificada era fijar el estado de derecho existente; y eso hizo Fernando, nombrando una junta de jurisconsultos para traducir y simplificar el Fuero Juzgo, y trazar después un código más moderno sobre esa base. El rey santo murió antes de completar su obra; y a su famoso hijo, Alfonso X el Sabio, corresponde la gloria de haber llevado a la práctica la idea de su padre en las *Siete Partidas*, uno de los códigos más completos e importantes que se han promulgado nunca.

Y ya es tiempo de volver los ojos al progreso intelectual y social de la nación española, que en ciertos sentidos puede decirse que empezó a existir durante los siglos XII y XIII. Hemos visto que en los primeros días de la dominación árabe, cuando la cultura de la raza dominadora y de los judíos, que la acompañaban, era mayor que la de las poblaciones cristianas, el árabe era la lengua de moda aun entre los mozárabes de la clase más ilustrada, al par que los de la clase inferior que abrazaban la religión del Islam se aficionaban naturalmente al lenguaje de su nueva fe. Pero, con el

avance de la conquista cristiana y los continuos esfuerzos de los fanáticos de ambas partes por separar a los fieles de ambas creencias, sobrevino una reacción; y, aunque la masa de los mozárabes comprendiese algo la lengua arábiga y adoptase cierto número de palabras moras, su lenguaje usual era el latín bastardo, que les habían transmitido sus ascendientes.

Teniendo en cuenta que, durante algunos siglos, las poblaciones mozárabes del Mediodía estuvieron sometidas a influencias muy diferentes de las que rodeaban a los cristianos en los nuevos reinos septentrionales, no extrañará que el dialecto latino hablado por los mozárabes y por muchos de los mudéjares, que después de la conquista de Toledo se decidieron a permanecer bajo la dominación cristiana, fuese muy distinto del que formaba el lenguaje común de los asturianos y gallegos. La batalla de las lenguas continuó durante todo el período de la reconquista. Existía primeramente el antiguo vasco, hablado por los montañeses de Navarra y Vizcaya, aunque éste permanecía recluido en su propio suelo, y jamás descendió a las llanuras, porque era un lenguaje exótico aparte, sin ninguna afinidad con las lenguas modernas. Venía después el bable, o dialecto latino hablado en Asturias, y el de Galicia y Portugal, un lenguaje dulce, más semejante que ningún otro al latín último, pero simplificado en su construcción por el contacto con las razas cuya lengua primitiva había sido de formación teutónica. Éste había sido el lenguaje dominante de los españoles cristianos durante los cuatro o cinco primeros siglos de la reconquista; pero tuvo que luchar porfiadamente en los últimos años con un rival afín, y la lucha condujo por último a una batalla en regla.

La comunicación constante ya mencionada entre la Francia meridional y Cataluña, y el dominio ejercido durante siglos en ambos países por los mismos monarcas, introdujeron primeramente en Barcelona, y después en Aragón, esa variedad de romance llamada la *langue d'oc*, la lengua de los trovadores, que vino a dividirse en España en dos formas: el lemosín poético y literario, y el catalán común, que era, y es, la lengua usual del pueblo. Pero lo que dio a este lenguaje su gran impulso fue la circunstancia de afluir a Barcelona, a la corte de Jaime el Conquistador, aquellos trovadores y juglares que habían sido arrojados de Provenza por la despiadada cruzada de Simón de Montfort. Antes habían venido de allí cantores a las cortes españolas, y habían sido bien recibidos; ahora afluyeron a centenares con su lenguaje lemosín y sus versos; y de ciudad en ciudad, de castillo en castillo, recorrían el país, agasajados, halagados e imitados por un pueblo que durante siglos había estado demasiado ocupado en combatir al infiel para crear una literatura propia.

Los mejores bardos, poetas que recitaban sus propios versos heroicos o amorosos, eran recibidos con los brazos abiertos en las cortes de los reyes y de los nobles; siempre había para ellos un asiento en la mesa, y un auditorio dispuesto a aplaudir sus canciones. El juglar también, quizá con dotes especiales de voz o de porte, era un huésped bien acogido en todas las mesas. Y así, bajando la escala entera hasta los mimos, músicos y bufones, todos los que hablaban lemosín traían a la población del Norte y del centro de España nuevos modelos de construcción, antiguas narraciones populares puestas en versos nuevos, y nuevas ideas del uso que podía hacerse de las palabras: una revelación para los más, pero para muchos un renacimiento de una tradición, o un recuerdo de los cantores y cuentistas moros, de los poetas judíos y árabes, a quienes hacía mucho habían oído e imitado ellos o sus ascendientes.

Un pueblo de profundos instintos literarios y florido lenguaje como los españoles, privado, como estaba hacía tiempo, del ejercicio de las letras, se sintió invadido por la fiebre de la producción literaria, como sus antecesores en los tiempos romanos, y la moda de la versificación degeneró en manía en los siglos XI y XII. El lenguaje común del Noroeste, el gallego, afín como era con el provenzal de moda, no tardó en adquirir la flexibilidad bastante para usarse en verso; y las *Cantigas de Santa María*, de Alfonso X, y algunas composiciones del *Cancionero de Baena*, patentizan que, mucho después de ser común la lengua castellana y de existir la literatura española, se usaba aún preferentemente la lengua gallega para la alta versificación.

Con el movimiento de avance, la conquista de Toledo por Alfonso VI y el rigor de los primeros almorávides, afluyó a Castilla una gran emigración de mozárabes; y el establecimiento de la corte en Toledo, donde se hablaba, naturalmente, el dialecto mozárabe, introdujo esta forma más viril de lenguaje en la corte del rey, y ya a mediados del siglo XII existía todo un poema épico en esa lengua, el *Poema del Cid*, aunque es muy inverosímil que fuese la primera composición en verso castellano. Pero, con el advenimiento de Alfonso X el Sabio de Castilla y de León (1252), la lengua castellana se elevó al puesto dominante que debía ocupar en el porvenir, y puede decirse que empezó la literatura castellana en su más amplio sentido[89].

Hasta este tiempo, como en el *Poema del Cid*, el modelo había sido invariablemente la lírica provenzal francesa; pero con Alfonso el Sabio, la literatura castellana, así en prosa como en verso, adopta métodos propios. Berceo, el gran poeta eclesiástico castellano (1200-1265?), cuyo metro y asunto siguió Dante, escribió copiosa y floridamente sobre martirios y milagros; y, aunque buscó sus asuntos en fuentes francesas (especialmente Gautier de Coinci), su estilo está lleno del espíritu que anima a la lengua española, y formó una escuela de versificación que existió después de él durante doscientos años.

Es una vulgaridad decir que la poesía precede a la prosa en la literatura de una nación, y que la primera forma de la prosa suele ser la historia o la crónica. Hemos visto que la crónica había sido casi la única producción profana en el bajo latín de los primeros reconquistadores cristianos; ahora vemos que la historia es la forma más antigua que existe de la prosa castellana, si se exceptúa la traducción del Fuero Juzgo dada a los cordobeses por Fernando III. Verdad es que la *Historia de los Godos* había sido escrita primitivamente en latín por Rodrigo Jiménez de la Rada, arzobispo de Toledo; no obstante, a instancias de San Fernando, se hizo una traducción castellana, probablemente por el mismo arzobispo. Pero las primeras grandes obras en prosa de la literatura castellana fueron emprendidas a instancias del hijo de Fernando III, Alfonso el Sabio.

Se ha dado en declamar contra los trabajos de Alfonso en las letras, porque el monarca fracasó como político, según veremos al reseñar los sucesos de su reinado; pero, teniendo en cuenta las circunstancias de su tiempo, no se ponderarán nunca bastante su prodigiosa actividad mental y sus inmortales servicios a la literatura castellana. El lenguaje de la nación no se había fijado aún definitivamente; las ciencias y las letras antiguas, que los judíos y los árabes de Córdoba y de Toledo habían conservado vivas en los siglos de oscuridad, habían influido en los países extranjeros, especialmente en Inglaterra y en Italia, mucho más que en la España cristiana, porque aquí habían sido un obstáculo el odio religioso y la enemiga étnica de siglos de lucha. Mas, para Alfonso, el saber no tenía religión ni raza, y desafió a los fanáticos, alistando en su ejército de escritores y traductores hombres de todas partes, así de España como del Oriente[90], para ayudarle en su tarea. Ninguna ciencia había dormido tan profundamente en Europa, desde los días de la antigua Grecia, como la astronomía. El estudio de las estrellas atrajo poderosamente a los musulmanes, y Córdoba, en competencia con Bagdad, tomó por su cuenta esa reliquia del saber, como todas las demás ramas de la olvidada ciencia griega. En el siglo XI un musulmán español de Córdoba, llamado Al Hazen, sobrepujó a sus colegas de Bagdad y de todas partes en sus descubrimientos y escritos astronómicos y ópticos. Fue seguido por el famoso Averroes, uno de los grandes filósofos

89 Cuando San Fernando conquistó a Córdoba (1236), dio a los habitantes como código de leyes una traducción del Fuero Juzgo en castellano. La *Crónica rimada del Cid* está escrita en castellano del mismo período, y también otros poemas: el *Libre dels tres Reyes Dorient*, la *Vida de Santa María Egipciaca*, y la primer composición lírica castellana, *Razon feita d'amor*. Posteriormente a estas obras, y cien años después de escrito en castellano el *Poema del Cid*, a imitación de las *chansons de geste* francesas, fue cuando Alfonso X empleó el gallego en sus himnos a la Virgen.

90 En sus versos de arte mayor dice Alfonso que aprendió el secreto de la piedra filosofal de un filósofo egipcio que había traído de Alejandría. Alfonso transmite al mundo sus secretos en verso; pero, a nuestros ojos, esos secretos no parecen revestir una gran importancia.

de todos los tiempos (1116-1198), el traductor y reanimador de la doctrina aristotélica[91], que él popularizó en la Europa moderna, y el primer traductor al latín del Almagesto de Ptolomeo. Pero los prelados cristianos y los soldados ignorantes de España consideraban los fenómenos celestes como cosa que excedía del alcance del humano estudio, y miraban con malos ojos toda investigación que no se encaminase a descubrir portentos favorables o adversos a la causa cristiana en las maravillas de los cielos; y se necesitaba gran valor en Alfonso para compilar en el palacio toledano de su padre, mucho antes de ser rey, las *Tablas Alfonsinas*, una completa revisión y corrección de las tablas de Ptolomeo, y los colosales *Libros de Saber de Astronomía*, en castellano. La actividad literaria de Alfonso fue universal: guías para los juegos de ajedrez, dados y tablas; tratados sobre música, filosofía, alquimia y derecho; una traducción de la *Biblia* del hebreo; poemas en gallego y en castellano; una gran historia universal, escrita por varios sabios bajo la dirección del rey[92], y, sobre todo, el código legislativo de fama universal, llamado las *Siete Partidas*: tales son algunas de las producciones aún existentes del saber de Alfonso. Las *Siete Partidas* derogaron el antiguo *Fuero Juzgo* de los godos, y eran, no sólo un código legal, sino una guía para la conducta de los diversos órdenes de ciudadanos, desde el rey hasta el siervo, en todas las relaciones y en todos los actos de la vida. No sólo dicta leyes, sino que da las razones de ellas, y contiene acerca de todo informes que nos permiten apreciar el grado de progreso social que había alcanzado la nación española en este período (1252-1284). No es exagerado decir que Alfonso X de Castilla encontró por lenguaje español un dialecto indeciso, y dejó una lengua nacional majestuosa, rica y noble, con una vigorosa literatura propia.

Hemos visto ya que la principal influencia excitadora del despertar literario de España en los siglos XII y XIII fue la francesa provenzal, más especialmente en poesía y bellas letras; pero sería injusto y erróneo suponer que el ejemplo de Córdoba y el saber de los judíos y árabes españoles no habían penetrado hasta cierto punto en la España cristiana antes de que Alfonso X se atreviese a traducir algunas de sus enseñanzas al castellano. Ramón, arzobispo de Toledo (1130), había vertido al latín algunos tratados árabes; el gran poeta judío español, Judah ben Samuel el Levita, introdujo en sus versos hebreos, a principios del siglo XII, algo de lo que ahora llamamos castellano; y los mozárabes y los mudéjares que permanecieron entre los cristianos debieron conservar algunos recuerdos de la cultura árabe en medio de la cual se habían educado, como es seguro que trajeron consigo sus oficios y sus modelos artísticos.

Había otra clase, que trajo a España, como llevó al resto del mundo, ecos de la ciencia de Córdoba y Toledo antes de la era de Alfonso X, a saber: los médicos judíos, que ejercían en casi todas las cortes de Europa. Así, pues, el despertar literario de España y el triunfo del lenguaje de Castilla, inaugurados por Fernando III y continuados por su hijo, Alfonso el Sabio, puede decirse

---

91 En el espacio de que disponemos es imposible especificar el inmenso influjo que ejercieron las obras de Averroes sobre el pensamiento europeo. Sabios ingleses, franceses e italianos tradujeron sus obras al latín; y Oxford, Padua y París contaban centenares de discípulos del gran árabe. Pero, aunque sus ideas sobre la religión natural, revelada, condujesen a la adopción de más amplios puntos de vista teológicos, y contribuyesen últimamente a la simplificación y purificación de la fe cristiana, la filosofía que inculcó era simplemente la de la escuela de Aristóteles. Averroes no conocía el griego, sino que tradujo al árabe de un texto hebreo. Su gran gloria es haber introducido a Aristóteles en el mundo occidental. Debe mencionarse también al gran adversario de la filosofía de Averroes, el famoso doctor cristiano mallorquín Raimundo Lulio (1235-1315), autor de prodigiosa fecundidad, que empleó una larga vida y dotes asombrosas en predicar y enseñar por Europa la verdad del cristianismo demostrada por la razón y la lógica. Su influjo sobre las Universidades cristianas de la Edad Media fue mayor que el de su famoso predecesor árabe, como que a él se debió el estudio de las lenguas orientales en Oxford, París y Bolonia; y la escuela luliana del cristianismo racional existió durante siglos, especialmente en Cataluña y en el Norte de Italia. Lulio fue alternativamente atacado y exaltado por la Iglesia y la Inquisición, siendo sus obras puestas en el *Index Expurgatorius* y excluidas de él varias veces; y la controversia no puede decirse que haya concluido todavía, aun cuando Lulio haya sido beatificado por la Iglesia.

92 De esta historia sólo quedaron acabados tres libros. Fue empezada hacia 1260, y yo he descubierto recientemente una copia desconocida hasta aquí, iluminada en vitela, en perfecto estado de conservación, en la biblioteca del duque de Wellington. Esta copia está fechada en 1378, y es la más antigua de que tengo conocimiento.

que recibieron su inspiración, en cuanto a la forma, de los provenzales, y, por lo que toca a su sustancia, en gran parte, de los judíos y de los árabes, que habían traducido al latín, hebreo o arábigo el saber de la antigua Grecia.

Infinitamente más que en la literatura influyeron los árabes en el arte y la industria, contribuyendo a formar un nuevo estilo nacional de decoración. Verdad es que en la arquitectura cristiana la inspiración venía aún de Francia, y ya empezaban a insinuarse las formas llamadas góticas en el estilo más sencillo que habían derivado los españoles del angevino-románico[93], mientras que la influencia árabe sólo se advertía —y eso principalmente en edificios domésticos— allí donde los mudéjares superaban mucho en número a los cristianos. Los rígidos dogmas religiosos impuestos primero por los almorávides, y después por los almohades, habían tendido a eliminar del arte arábigo-español las corrupciones que el contacto con los estilos cristianos había introducido; y la más airosa ornamentación, que ahora denominamos alhambresca, había sustituido a las rígidas formas cúficas y semibizantinas de los árabes anteriores.

Las armas damasquinadas y cinceladas y las obras en metal hechas por los mudéjares de Almería, Murcia y Sevilla gozaban de gran crédito en toda España; y el ajuar doméstico de la mayoría de las casas cristianas de la clase superior, hecho en gran parte por artífices mozárabes y mudéjares, ofrecía en el siglo XIII huellas del dibujo árabe del más airoso carácter desarrollado bajo los almohades[94], al par que el gran número de hermosas arquillas de marfil esculpidas del mismo período y estilo, existentes aún en las catedrales españolas, prueban que, aun para la conservación de las sagradas reliquias cristianas, no se oponían objeciones al uso de esas obras de arte, no obstante hallarse penetradas del espíritu del Islam. También la manufactura de la cerámica de reflejos dorados de Málaga, Manises y otras partes continuó después de la conquista cristiana como antes, y no era sólo artículo apreciado en todo el mundo[95], sino que debió usarse en toda España; y, como es evidente, la ornamentación árabe influyó mucho en la de la cerámica cristiana española de Talavera y otros puntos, al propio tiempo que los azulejos tan usados en la construcción, las tinajas de Cataluña, las alcarrazas porosas de Andújar y los brocales de pozos continuaron ofreciendo siglos después las formas y colores que introdujeron en la España cristiana los obreros mudéjares y mozárabes.

Las conquistas contemporáneas, comparativamente fáciles, de Andalucía por Fernando el Santo, y de Valencia por Jaime el Conquistador de Aragón, produjeron también en el pueblo hispano un efecto social muy importante. Córdoba, Sevilla, Murcia y Valencia eran las ciudades más ricas y fastuosas de España; a mediados del siglo XIII, tanto el reino de Castilla como el de Aragón comprendieron que los musulmanes, que hasta entonces habían sido para ellos una perpetua amenaza, no podían volver a molestarlos mucho nunca. La riqueza de las ciudades conquistadas, las lecciones de lujo dadas a los cristianos por los mudéjares y mozárabes, y fomentadas por los comerciantes judíos que vivían entre ellos, el sentimiento nuevo de la seguridad nacional, todo tendía a relajar la severa sencillez que había distinguido a los españoles cristianos durante los primeros siglos de la lucha.

Y no era esto todo. La afluencia de millares de caballeros extranjeros a España para combatir por la cruz, y la afición a la poesía y a las diversiones desarrollada por los trovadores y sus secuaces, contribuyeron a aumentar esa disposición de espíritu de los conquistadores cristianos. Parece que Jaime el Conquistador de Aragón fue el primero en preocuparse de tal tendencia de sus súbditos. En 1234 publicó una ley llamando la atención sobre el lamentable desenfreno que había en

93 Véase especialmente el gran pórtico occidental de la catedral de Santiago (siglo XII), del cual existe una hermosa reproducción en el Museo de Kensington.

94 En el Museo de Kensington puede verse un buen ejemplar, llamado la *Botica de los Templarios*, núm. 1.764.

95 Una descripción de las industrias de Valencia en el siglo XV, citada por el Sr. Riaño, dice, hablando de este artículo: «Por encima de todo sobresale la belleza de la espléndida cerámica de reflejos dorados de Manises, que enamora a todo el mundo en tales términos, que el Papa y los cardenales y los príncipes del mundo sólo la obtienen por especial favor, y se sorprenden de que obras tan excelentes y nobles puedan hacerse de barro.»

el comer y el vestir, y mandando que en el porvenir ninguno de sus súbditos tuviese a su mesa más que un plato de estofado y otro de asado, aparte las carnes secas y saladas. Caza podía tener cada cual lo que quisiese, siempre que la hubiese matado él mismo. Se prohibía rigurosamente que los juglares y cantores se sentasen a la mesa con damas y caballeros; se dictaban las reglas más severas contra el abuso del oro, de la plata y de los oropeles en los trajes de mujeres y hombres, y se restringía el uso del armiño y de las pieles finas.

En el Sur, después de la conquista de Sevilla y de Córdoba, las cosas iban peor aún, y Alfonso X, con el concurso de sus cortes, publicó en Sevilla, a los cuatro años de su advenimiento, un ordenamiento suntuario prohibiendo el uso del «orpel» y «argentpel» en el adorno de sillas de montar y escudos, salvo como una estrecha orla. No podían usarse cascabeles como adorno más que en las mantillas de silla en los juegos de cañas, y no se permitían en las gualdrapas divisas bordadas. La gente del pueblo no podía usar telas finas, ni trajes de formas caprichosas o adornados con cintas o cordones de seda, so pena de perder uno o los dos pulgares. A las mujeres se las prohibía además llevar colores brillantes, adornar sus cinturones con perlas y guarnecer sus mantos o tocas con hilo de oro o plata. Hasta qué punto se había extendido el vicio de la gula nos lo muestra el empeño de Alfonso de obedecer su propio ordenamiento sobre el particular, limitando el número de platos a dos, y uno de caza comprada. También se condena en ese decreto el gasto excesivo en fiestas de boda. No podían hacerse regalos de trajes, y el coste total del equipo de boda no debía exceder de 60 maravedís, y no podía haber más de 20 invitados. Parece que los moros empezaban ya a vestirse como los cristianos, y esto se prohibía rigurosamente. No debían usar telas rojas ni verdes, ni zapatos blancos ni dorados; debían ir «cercenados alrededor, o el cabello partido sin copete», y se les mandaba dejarse crecer la barba.

Aunque las penas por la infracción de estos reglamentos eran atroces, no debieron ser muy eficaces, porque dos años después se publicó un nuevo conjunto de reglas, en que el rey acordaba limitar su gasto de mesa a 150 maravedís por día[96], y ordenaba a los ricos homes comer más frugalmente y gastar menos dinero. A todos los individuos de la servidumbre palatina se les mandaba vestir más modestamente; no se les permitía llevar pieles blancas, «nin calzas de escarlata, nin zapatos dorados, nin sombreros con orpel, nin con argentpel, nin con seda»; y a los sacerdotes, que, según parece, iban disminuyendo el tamaño de sus tonsuras y vistiéndose de hermosos colores, se les prescribía severamente afeitar toda la corona y ceñir con una cuerda sus vestiduras de color obscuro[97]. Nadie, ni aun el rico home, debía comprar «más de cuatro pares de paños al año: e estos (se decía) que no sean armiñados, nin sumtirados, nin con seda, nin con orpel, nin con argentpel, nin con cortas luengas, nin bastonadas, nin con orfres, nin con autas, nin perfil, nin con otro adobe nenguno, sinon peña, e paño, nin entallen un paño sobre otro: e que nenguno non traya capa aguardera de escarlata, sinon el Rey: e que non fagan capas pielles, sinon dos veces al año: e capa aguardera, que la trayan dos años: e que nenguno non vista cendal, nin seda, sino el Rey, o novel sinon fuere en forradura de paños: e que nenguno non traya peñas veras, sinon el Rey, o nobel, o novio, si fuere hijo de rico ome, o rico ome: e que nengún rico ome, nin otro ome, que non traya en capa, ni en pelote, plata, ni cristales, ni botones, ni cuerdas largas, nin armiños, nin nutra, si non perfil en capa piel.» Los castigos prescritos para judíos y moros eran brutales hasta el extremo,

96 Debe advertirse que, aunque el soberano indicaba materias de legislación a las Cortes, y a veces hacía que se presentasen a ellas proyectos de ley, la iniciativa partía usualmente de las Cortes, y tomaba siempre la forma de una presentación o petición al rey, el cual, en caso de aprobación, la firmaba y promulgaba como un edicto. Por consiguiente, la proposición de que Alfonso diese un buen ejemplo en punto a su modo de vivir, procedía, no del rey mismo, sino de las Cortes.

97 Las costumbres del clero, así en Castilla como en Aragón, habían llegado a una corrupción vergonzosa. Los concilios y sínodos de prelados de ambos países no cesaban de dictar cánones contra la disolución. En 1274 un concilio aragonés creyó preciso prohibir al clero llevar en la ropa ningún bordado, botones de oro o plata, ni hebillas en el cuello o en las muñecas. No se permitían zapatos bordados ni puntiagudos, ropajes de colores ni capillas largas.

llegándose a imponer la tortura o la muerte por la más leve contravención de la ley, pero el castigo de los ricos homes debía dejarse a discreción del monarca.

Otro gran cambio social sufrió el pueblo español en los siglos XII y XIII como consecuencia de la prosperidad del país y de la sumisión de los moros. Los juegos de las espléndidas arenas y circos romanos habían desaparecido ante las olas invasoras del Islam, como todos los demás signos materiales de la civilización latina. Los moros trajeron consigo sus propias diversiones públicas. El cuentista y el cantor, el simulacro guerrero de los torneos, los ejercicios de caballos y las corridas de toros y jabalíes deleitaban a la población jovial del Mediodía; pero durante los dos primeros siglos de la reconquista los cristianos del Norte estaban ocupados demasiado seriamente, y eran demasiado devotos e incultos para preocuparse de espectáculos públicos aparatosos; y las justas y ejercicios de fuerza en que se complacían eran mejor preparación para la guerra que las diversiones de la paz.

La primera forma de esparcimiento público, aparte de esas exhibiciones de armas, eran las romerías a santuarios especiales en los días del santo patrón. Estas romerías degeneraron en ferias, donde los peregrinos se solazaban con el baile y la música, después de terminadas sus devociones. Pero, con la toma de Toledo, la emigración de grandes masas de mozárabes hacia el Norte, y la aglomeración de extranjeros, sobre todo de provenzales, en España, cambiaron rápidamente esas sencillas diversiones. Empezó a desplegarse el esplendor oriental en los torneos y en los juegos de cañas, tomados de los árabes[98]. Los magnates castellanos y aragoneses empezaron a rivalizar unos con otros en el lujo de las exhibiciones marciales con que celebraban sus bodas y otras fiestas. Las carreras de sortijas, las corridas de toros[99], los torneos y juegos de cañas se aprovechaban como un pretexto para desplegar pompa y magnificencia. Los trovadores, los juglares, los cantores, los mimos, que giraban en torno de cada castillo y casa grande, eran puestos a contribución para que produjesen nuevas divisas e invenciones galanas, que redundasen en loor de sus señores. El antiguo espíritu ibérico volvía a revelarse en las diversiones, como en la literatura. Los españoles del siglo XIII, ostentosos, pomposos y redundantes, como los del siglo III, se apropiaban todo lo relumbrante y fantástico de las diversiones de los moros y las invenciones de los provenzales; y todas las ciudades de España competían ahora en la frecuencia y brillantez de sus diversiones públicas.

A este período puede remontarse también el nacimiento del teatro español, que mucho después debía ser la principal forma de la expresión intelectual del país. Durante cierto tiempo se habían representado en las iglesias misterios sagrados; pero los trovadores y juglares habían introducido ahora en esas representaciones notas profanas y discutibles, y una de las leyes de las *Siete Partidas* vedan severamente esa innovación[100]. Es digno de nota que, al levantarse contra estos

98 Los juegos de cañas continuaron siendo la gran diversión de la corte española hasta fines del siglo XVII. Consistían en bandos de caballeros dirigidos por miembros de la alta nobleza, cada uno de los cuales llevaba una divisa o color especial en el traje, flámulas banderas y gualdrapas. Corría un bando contra el otro, arrojando inofensivas jabalinas de caña cuando estaban cerca, girando después repentinamente y retirándose en orden. La gracia y destreza con que esto se hacía, la perfección del manejo de los caballos y el ingenio y esplendidez de las divisas decidían la contienda, y el bando victorioso recibía finalmente el premio. Hoy es común en Marruecos una diversión semejante, aunque ahora sin las cañas (*jerud*).

99 La primera corrida que se conoce según las ideas modernas, se dio en una fiesta de bodas en Ávila en 1107, y afines del siglo XIII era común la diversión. Una de las leyes de las *Siete Partidas* de Alfonso X prohíbe a los prelados asistir a las corridas de toros.

100 Será interesante reproducir ese artículo de la ley como una muestra de la primitiva prosa castellana. Se verá que ha habido poca alteración en el lenguaje desde que nació. Hablando del clero, dice: «Nin deben ser facedores de juegos de escarnios, porque los vengan a ver gentes cómo se facen: e si otros homes los ficiesen, non deben los clérigos y venir, porque facen muchas villanías e desaposturas, *nin deben otros estas cosas facer en las iglesias; antes decimos que los deben echar de ellas deshonradamente*, ca la Iglesia es de Dios... Pero representación hay que pueden los clérigos facer; así como de la nascencia de nuestro Señor Jesu Cristo, en que muestra cómo el ángel vino a los pastores, e cómo los dijo cómo era nascido Jesu Cristo. É otrosí de su aparición, cómo los Reyes Magos le vinieron a adorar, e de su resurección, que muestra que fue crucificado, e resucitó al tercero día: tales cosas como estas, que mueven al home a hacer bien, e haber devoción en la fe, pueden las facer, e además porque los homes hayan remembranza que según aquellas fueron las otras hechas de verdad; mas esto deben facer apuestamente e con

primitivos actores, la ley cuida de distinguirlos de los que tocan instrumentos y cantan para recrear a los reyes y a otros grandes señores; y, aunque los vagabundos vieron desterradas de la Iglesia las representaciones burlescas de Judas o del diablo y sus danzas indecorosas, sabemos que llevaron sus talentos a otras partes; y siglo y medio después de la publicación de las *Siete Partidas*, el drama español embrionario había llegado a ser una diversión favorita, no sólo del vulgo, que se embobaba con los bufones, sino de los caballeros y damas de las cortes, que escuchaban los ingeniosos conceptos de las églogas y narraciones dramáticas de Juan de la Encina y sus discípulos.

Hemos visto que en casi todo se había verificado una revolución importante en la vida del pueblo español durante los siglos XII y XIII. En este último los españoles se habían apropiado mucho del refinamiento árabe y del lujo del Mediodía y de Levante, y parte de la cultura más reciente de los pueblos románicos mediante Cataluña y Aragón. Las clases medias habían ganado grandemente en riqueza e independencia, tanto en Levante, con los laboriosos telares de Barcelona y Valencia, y su próspero comercio por el Mediterráneo, como en Castilla, donde las industrias de los mudéjares y mozárabes y la mayor demanda de las lanas finas del ganado trashumante permitía a los municipios forales sostener fuerzas armadas propias, y unirse con poder irresistible para la protección de sus intereses.

Con este aumento de la riqueza, de la seguridad y del bienestar general, vino, como en otros pueblos en circunstancias análogas, un escepticismo tolerante, que, a proseguir, hubiese significado la decadencia. Pero los españoles eran un pueblo acabado de nacer, y no había llegado aún la hora de su decadencia. El clero, como clase, estaba ahora desorganizado y corrompido; pero era tan fanático y celoso, tan ávido de poder y de riqueza, como había sido siempre, y algunos de sus miembros más fervorosos estaban resueltos a oponerse a la relajación nacida del espíritu acomodaticio, y a dar unidad a los pueblos y poder a su propio orden obligando a todos los españoles a atemperarse a las rígidas doctrinas de la Iglesia. La idea no era una idea puramente española, porque, mientras se concedió al ibero completa independencia individual, no fue intolerante para los actos de los otros. Generaciones sucesivas de sacerdotes fanáticos, juntamente con siglos de lucha, habían engendrado un odio de raza a los musulmanes y judíos, que con el tiempo se extendió a sus creencias; pero, aunque había habido inhabilitaciones religiosas, y a veces cruel persecución, por ambas partes, sin embargo, hablando generalmente, el cristiano y el musulmán habían encontrado durante siglos un *modus vivendi*, que permitía a cada uno vivir en paz a su manera, a menos de provocar él mismo la oposición saliéndose de su órbita.

La extensión del poder civil del Papado, y más especialmente la desapoderada ambición de Inocencio III, habían conducido a la cruzada instigada por Roma contra los heréticos del Mediodía de Francia, a que ya se ha hecho referencia. Inocencio había ordenado una inquisición, con tremendos poderes directos de Roma, para restituir a todos los herejes a la fe, so pena de confiscación de sus bienes, excomunión espiritual y castigo corporal.

Había en Provenza por entonces (1206) un joven y fanático fraile español, cuyo ardiente celo se sublevaba contra la corrupción de sus cofrades, y concibió la idea de formar una orden de predicadores que, pobres y castos, renunciarían a la comodidad del claustro, y predicarían la fe viva por los caminos a todos los hombres. Los obispos y el clero regular miraron con malos ojos tal innovación; pero ¿qué podía resistir al celo de Domingo? Ni cánones, ni concilios, ni aun Papas; y el austero santo futuro siguió adelante su camino.

Con palabras de fuego hasta donde podían servir las palabras, con ejércitos devastadores cuando hacía falta sangre, sin retroceder ante ninguna crueldad, sin demostrar ninguna compasión, Domingo llevó el mensaje de Dios por el Languedoc; y cuando Pedro de Aragón murió combatiendo en pro de su herético cuñado de Provenza en Muret (1213), su compatriota, el fraile Domingo, llevó el gran crucifijo delante de la hueste de Simón de Montfort, y tomó parte activa en

---

muy gran devoción en las cibdades grandes donde hobiere Arzobispos e Obispos, o con su mando de ellos... e non lo deben facer en las aldeas nin en los lugares viles, nin por ganar dinero con ello.»

la matanza de los que resistían a una doctrina hecha. Desde entonces la tarea de la Orden de Santo Domingo fue obtener de su gran superior en Roma, y de los Papas a quienes gobernaba, el derecho de examen y persecución de aquellos cuya ortodoxia era dudosa; y el Papado tuvo bajo su poder más firmemente que nunca las comunidades cristianas.

Aunque Aragón, como hemos visto, se había mantenido desde los primeros tiempos más subordinado al Papa que Castilla, su rey, Pedro, murió luchando contra él; pero Jaime el Conquistador había sido elevado al solio por la Iglesia, y durante su reinado, a instancias de Roma, continuó la persecución de los herejes. Se prohibieron las traducciones de la Biblia en lengua vulgar, se excluyó de todos los cargos públicos a los sospechosos de herejía y se quemó a los herejes contumaces. Verdad es que Jaime era blando con los judíos, que monopolizaban casi el comercio de sus dominios y le pagaban bien, porque eran los más ricos de sus súbditos; pero también ellos vieron mutilar y quemar sus libros sagrados, y tuvieron que oír en silencio la predicación de los dominicos; y los sarracenos de Valencia fueron tratados más duramente aún[101]. Era un pequeño comienzo; pero el populacho ignorante, enardecido por los sacerdotes, se sintió acometido por la fiebre de intolerancia, y perseguía a los judíos y mudéjares con maldiciones e insultos, siempre que se atrevían a salir de sus barrios.

En Castilla Alfonso el Sabio moderó lo mejor que pudo el celo del Papa y de los inquisidores; pero Jaime de Aragón deseaba comprar el olvido de sus agravios contra la fe permitiendo al clero abrirse camino a expensas de sus súbditos[102]. Así quedó sembrada en Aragón la mala semilla de la intolerancia; y como el poder de los sacerdotes crecía, y los gobernantes explotaban la religión para sus fines, la intolerancia se extendió por todo el país, y produjo cosecha abundante de miseria y de sufrimientos durante siglos.

El siglo XIII, pues, vio el ingreso del pueblo español en el círculo de las naciones cultas de Europa. La civilización que había brotado en medio del tumulto de razas guerreras y de sucesivas dominaciones había recibido su aliento de vida de las tradiciones de la antigua Roma; pero la copiosa sangre libio-semítica existente en la raza y el elemento de la cultura oriental —los gustos y artes de Siria y de Persia introducidos por los árabes— habían dado a la civilización española caracteres que la distinguían de la de cualquier otra nación occidental. El fatalismo y el desprecio de la vida, característico de las razas libio-semíticas, había hecho de los españoles combatientes denodados y conquistadores crueles. Cuando la necesidad de combatir y de conquistar había desaparecido casi, y el pueblo podía haberse normalizado a favor de las suaves influencias de la paz, vino de Roma el funesto hálito de la intolerancia, y convirtió en llama, que después pasó a ser un horno, la chispa, siempre encendida en el pecho ibérico, de la rivalidad y el odio contra el hombre del valle contiguo o del pueblo inmediato, contra el hombre que vestía de diferente modo, que hablaba de diferente modo o que adoraba un dios diferente.

Y así, al par que surgía un nuevo pueblo dotado de ventajas de clima, de situación y de suelo, no concedidas a ninguna otra nación europea, penetraba en el corazón de la raza, harto dispuesto a recibirle, el virus que, andando el tiempo, debía convertir todo su oro en escoria, condenar a la

101 En 1247, con pretexto de un conato de rebelión de los musulmanes de Valencia, Jaime dictó un decreto expulsándolos del reino. Esa expulsión hubiese equivalido a la completa ruina, especialmente para los nobles y caballeros que poseían la tierra, y se elevaron al rey enérgicas representaciones, no sólo de los mismos moros, sino de los nobles, caballeros y municipios. Los moros de Játiva ofrecieron al rey 100.000 besants por el permiso de permanecer en sus hogares. Pero, cuando Jaime se mostró irreductible hubo un levantamiento general de musulmanes, y en los distritos montañosos la guerra se prolongó durante años. Cien mil moros fueron expulsados del reino; pero, a pesar de la excitación y admonición del Papa, fue imposible despajar todo el territorio de sus principales habitantes, y se dejó caer en el olvido el cruel edicto.

102 Por si no era suficiente la escandalosa inmoralidad de Jaime, que más de una vez había sido reprobada por el Papa, el rey mandó cortar la lengua a su confesor, el obispo de Gerona, por lo cual tuvo que hacer penitencia pública. Había casado a su hijo con la hija del enemigo del Papa, Manfredo de Sicilia, y su juego con los votos matrimoniales, propios y ajenos, para servir a sus fines políticos, exigió a menudo los buenos oficios del Papado. Era, pues, menester que complaciese al Papa en algunas cosas.

esterilidad sus fértiles campos, matar su industria, frustrar el genio de su pueblo, y condenar, en fin, a una gran nación, durante siglos, a la impotencia, a la pobreza y a la degradación.

1150 a 1300

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

España había tomado a la sazón un puesto preeminente entre las naciones cultas de Europa. La conquista de Valencia por Aragón, y de todo el Mediodía de España, menos Granada, por Castilla, habían hecho de esos dos reinos grandes potencias comerciales, como herederos de la industria y el comercio de los vencidos moros. La inclusión de tantos mozárabes, mudéjares y moriscos en los dominios cristianos había influido profundamente en los gustos artísticos, en la arquitectura, en la vida social y en la prosperidad de toda España, El dialecto latino de los mozárabes había desenvuelto, bajo Alfonso X el Sabio, una literatura propia, y había llegado a ser el lenguaje dominante de España. Simultáneamente con el avance de la civilización muslímica desde el Sur, otro tipo de civilización invadía a España desde el Norte en este período. Los acontecimientos relatados en el texto y la creciente riqueza de las cortes españolas atrajeron de Provenza legiones de poetas, recitadores y músicos. Teatrales, verbosos y afines en sangre a los españoles del Nordeste del país, su influjo sobre la literatura y las costumbres fue grande y duradero.

Bajo el punto de vista político, los reinos cristianos estaban organizados ahora con arreglo al modelo a que se ajustaron finalmente. En el triple Estado de Aragón, Cataluña y Valencia se hallaban establecidos los Parlamentos nacionales con los tres brazos nacidos de las tradiciones feudales, aunque Jaime el Conquistador había refrenado hasta cierto punto el poder feudal de los nobles. En Castilla se habían afianzado las poderosas municipalidades autónomas, y habían unido sus fuerzas (1295) para resistir la creciente turbulencia e intrusión de los nobles; y tanto en León como en Castilla, los representantes de las ciudades principales tenían ahora asiento en las Cortes convocadas por el rey (1169). En Aragón y Cataluña, Jaime el Conquistador había compilado su famoso código de leyes sobre la base de la *Lex Visigothorum* y de los *Usages* locales, y en Castilla Alfonso el Sabio había adoptado también y traducido al castellano el Fuero Juzgo (*las Siete Partidas*), modelo que sirvió al resto de Europa como una adaptación del derecho romano.

Con la fijación del lenguaje y el ejemplo poético de los trovadores, la literatura se desarrolló extraordinariamente bajo el patrocinio de los reyes de Castilla y Aragón. La cultura de los griegos, que, al través del hebreo, del árabe y del latín, se había filtrado en el resto de Europa, apenas había rozado antes, a su paso, a la España cristiana. Ahora Alfonso X había trasladado mucho de ella a las lenguas peninsulares por mediación de los judíos, mozárabes y moriscos, a quienes era familiar. España no estaba ya aislada. Las naves cristianas de la costa oriental surcaban el Mediterráneo; lana, frutas, cera, jabón y vino iban en gran cantidad a Inglaterra, Flandes y Francia, y la venida de extranjeros para tomar parte en la cruzada peninsular había familiarizado a los cristianos españoles con el lenguaje, el pensamiento y el progreso extranjeros. España en este período era un grupo de prósperos reinos cristianos recién nacidos, con grandes ambiciones e infinitos horizontes.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Si se exceptúa la creciente exportación de sus productos —las sedas de Valencia, las armas de Almería y de Toledo, los tejidos de oro, la cerámica y cristal de Andalucía, y las frutas, cueros, vino, cera y lana, que se envían ahora a todo el mundo—, los principales tributos de España en este período en favor del progreso humano fueron intelectuales. Las escuelas de filosofía fundadas por Averroes y Raimundo Lulio, especialmente la última, promovieron universal controversia; las universidades, desde Oxford hasta Padua, buscaron nueva inspiración y saber en las fuentes españolas, y en todas las cortes europeas figuraban médicos y hombres de ciencia judíos españoles.

Pero el servicio hecho a la ilustración religiosa por los perseverantes esfuerzos de Raimundo Lulio para armonizar la religión revelada con la razón y la ciencia, fueron contrabalanceados por la propagación europea del fiero espíritu de persecución, que se debió en tan gran parte al español Santo Domingo.

VI.
Progreso político de la España católica

Reinado de Alfonso el Sabio.—Las Cortes.—Rebelión de Sancho IV.—Anarquía en Castilla.—Guzmán el Bueno.—Fernando IV y Doña María de Molina.— Aragón.—La conquista de Sicilia.—La rebelión de los nobles aragoneses.—El Privilegio de la Unión.—Pedro el Ceremonioso de Aragón.—Revocación de la «Unión».—Castilla bajo Alfonso XI.—El desarrollo de las Cortes.—Pedro el Cruel de Castilla.—Rebelión de los nobles castellanos.—Guerra civil.—Conducta de Don Pedro con sus auxiliares ingleses.—Asesinato de Don Pedro y advenimiento de Enrique II de Trastamara.

Alfonso el Sabio distaba mucho, desgraciadamente, de ser sabio en todos sentidos. A sus ilustrados esfuerzos por poner la ciencia de los libros al alcance de su pueblo, y a su extraordinaria actividad literaria, acompañaba una completa ineptitud en la ciencia más vasta del gobierno y en el conocimiento de los hombres. Con vagas ambiciones, pero sin bastante fijeza de propósito para dar cima a grandes proyectos, hizo cuantiosos gastos en preparativos, que la mayoría de las veces no produjeron más que decepciones. Como su gran suegro, Jaime de Aragón, él también soñó en una gran política extranjera. Creía que su casa tenía cierto derecho sobre Gascuña, que, como hemos visto, ocupaba Simón de Monfort bajo Enrique III de Inglaterra; y el rey de Castilla, poniéndose de parte de los nobles heterodoxos, marchó a reivindicar su supuesto derecho sitiando a Bayona. Pero el espléndido heredero de la corona inglesa, Eduardo Plantagenet, estaba en edad de casarse, y fácilmente se indujo a Alfonso a transferir sus pretendidos derechos sobre Gascuña a su hermana Leonor, a condición de que esta contrajese matrimonio con Eduardo.

De la solemne llegada del príncipe inglés con sus nobles para casarse con la princesa de Castilla en Burgos (1254) están llenas las crónicas del tiempo. Cómo sobresalían la cabeza y los hombros de Eduardo por encima de todos los demás, cómo veló las armas delante del altar del monasterio de Las Huelgas, cerca de Burgos, antes de recibir del rey el honor de la caballería, y cuan espléndidos eran los atavíos y presentes de los huéspedes, no hay aquí espacio para referirlo. Baste decir que, aunque la magnificencia deslumbrase a los escritores cortesanos que narraron la historia de estos sucesos, el pueblo, cuya principal participación en los mismos consistía en el pago de cargas mayores, veía las cosas de muy distinto modo; y la arbitraria reducción de la ley de la moneda y el desacertado intento de conjurar la carestía poniendo tasa a las mercancías, en que imitaron a Alfonso tantos de sus sucesores, no sirvieron más que para agravar el descontento.

Los súbditos miraban con desdén a un soberano que no adoptaba proyectos más que para abandonarlos, y que pasaba la mayor parte del tiempo en hojear libros misteriosos y tratar con personas heterodoxas llenas de un saber sospechoso. El clero también movía gravemente la cabeza, dando a entender que tras de todo eso andaban la magia negra y la brujería; y los nobles, a cuyo frente se hallaba el hermano del rey, Felipe, apoyado por los Laras, pensaban en arrancar al estudioso rey privilegios que diesen a su orden en Castilla un poder igual al que disfrutaban los nobles de Aragón[103].

El gran proyecto de la vida de Alfonso fue ser elegído emperador por derecho de su madre, hija de Conrado de Suabia, primogénito del gran emperador Federico; y en la Dieta de Francfort, en 1257, después de la muerte de Conrado, fueron candidatos a la corona imperial Alfonso X y Ricardo, conde de Cornualles. Ambas partes se atribuían la victoria, y las dos hicieron preparativos para una apelación a las armas. Luis IX, envidioso del engrandecimiento de un príncipe inglés,

103 Los más apreciados de ellos eran la estricta limitación de los auxilios feudales que estaban obligados a prestar al monarca, y someter a un juez imparcial todas las cuestiones entre el rey y los nobles.

concedió todo su apoyo a Alfonso, mientras que los pontífices se oponían a sus reclamaciones: porque, fuera la que quisiese la actitud de Aragón, Castilla, y especialmente Alfonso, no sufrían con paciencia la intrusión de la autoridad papal en España. Durante años gastó Alfonso tiempo y tesoros en esa candidatura sin esperanza. Roma se interpuso siempre en su camino, y al fin la elección de Rodolfo de Habsburgo como emperador (1278) puso término a las esperanzas del rey de Castilla.

Cuando Alfonso venció a los moros en los Algarbes, consintió en ceder su conquista al rey de Portugal, a condición de casarse éste con la hija natural de Alfonso, Beatriz; y el descontento que esto produjo lo aprovecharon los nobles para formular sus reclamaciones al rey. Alfonso, en vez de tomar las armas contra ellos, como Jaime de Aragón, reunió Cortes en Burgos para examinar las reclamaciones. Como era costumbre ahora, fueron convocados los representantes de las ciudades que tenían cartas directamente del rey; y, si Alfonso se hubiese mantenido firme, es seguro que las municipalidades poderosas, ricas y armadas, le hubiesen apoyado: porque el año antes (1272), en las Cortes de Almagro, fueron atendidas y remediadas las quejas de los municipios. Pero Alfonso parecía querer comprar la paz con los nobles a cualquier precio, y los nobles consiguieron de golpe cuanto pedían; después, temiendo un lazo, huyeron al territorio de Granada, hasta que se convencieron de que el rey no meditaba nada en su contra.

Las guerras de Alfonso con los moros sublevados del Mediodía fueron constantes. En un principio contó con la ayuda de Alhamar, el rey de Granada, que era tributario de Castilla; pero la rebelión de los moros de Murcia, de la cual había sido soberana Granada en otro tiempo, fue secundada por Alhamar, y durante varios años, a partir de 1262, las fuerzas de Castilla estuvieron en guerra con las de Granada, a la vez que Jaime de Aragón reconquistaba a Murcia, y en el tratado de paz de 1266 la entregaba lealmente a Alfonso. Con todo, mientras Alfonso estaba en Francia, llevado por sus pretensiones imperiales, estalló un nuevo levantamiento de los moros de Andalucía; y Fernando, el hijo mayor del rey, que era regente en su ausencia, corrió al Sur con un ejército; pero, desgraciadamente, murió en el camino, en Ciudad Real.

Subsistían aún las antiguas ideas godas de elección del soberano de entre los miembros de la familia real. Según el derecho romano, y según las Partidas del mismo Alfonso (aunque aún no habían sido promulgadas generalmente, sino concedidas sólo a ciertas ciudades), el hijo mayor del difunto príncipe, Fernando[104], debía ser el heredero de la corona, pero la ley visigoda favorecía al segundo hermano adulto. El segundo hijo de Alfonso, Sancho, no perdió el tiempo, sino que corrió a Ciudad Real, y obtuvo la adhesión de varios de los nobles reunidos allí. Después venció a los aliados africanos de los moros rebeldes, y, prevalido de sus victorias, instó a su padre a confirmar su supuesta elección para la herencia de la corona, por los nobles que había en Ciudad Real.

Alfonso, sin valor para consentir ni para negarse por sí propio, sometió la decisión a un consejo de nobles y eclesiásticos. La elección recayó en Sancho, que fue reconocido como heredero en las Cortes de Segovia en 1276, y los dos hijos de Fernando, Alfonso y Fernando, huyeron a Aragón con su madre, Blanca[105], hermana del rey Felipe el Atrevido de Francia. La conducta de Sancho con sus sobrinos fue una indicación del carácter del hombre. Enviado de nuevo contra los moros rebeldes de Andalucía, invirtió gran parte de los recursos puestos a su disposición en ganarse adictos para sus planes ambiciosos contra su padre.

Cuando logró ganar a los principales nobles de Castilla, Sancho arrojó la máscara, convocó Cortes en Valladolid, depuso formalmente a su padre y tomó el título de rey. Entretanto Alfonso X, encerrado en Sevilla, su única ciudad leal, alzó la voz contra la rebeldía de su hijo con ayuda del

104 Él y sus sucesores fueron conocidos siempre con el nombre de Infantes de la Cerda, por los pelos que tenía en un lunar de la mejilla. Sus descendientes, los duques de Medinaceli, llevan el nombre hasta hoy.

105 Los acompañó en su huida Violante, la mujer de Alfonso X, hermana de Pedro III de Aragón, que se asoció a la causa del legítimo heredero, Alfonso de la Cerda, el hijo mayor del difunto Fernando. Pedro de Aragón, no obstante, entró después en tratos con Sancho, conviniendo en conquistar una porción de Navarra y dividirse entre ellos los despojos; y entonces Alfonso X entró en negociaciones con el rey de Francia para desheredar a Sancho y reconocer como heredero a Alfonso de la Cerda.

Papa, e imploró el auxilio de los musulmanes africanos para recuperar su trono de Castilla. Con ese auxilio Alfonso hizo volver sobre su acuerdo a algunos de los nobles rebeldes, y Sancho buscó una reconciliación. El débil rey, que por testamento solemne había instituido como herederos a los hijos de su primogénito, aceptó ahora la sumisión de Sancho y sus hermanos, reconociendo al primero como heredero del trono de Castilla, a su hermano Juan como rey de Sevilla y Badajoz, y al hermano menor, Jaime, como rey de Murcia. Al morir, pues, en 5 de abril de 1284, dejó Alfonso gérmenes abundantes de discordia entre sus descendientes.

Sancho empezó por hacer caso omiso de los derechos de sus hermanos a ser considerados como reyes tributarios por virtud del testamento de Alfonso, y luego se encontró frente a frente con sus nobles. Ya se ha visto que en Castilla y León la nobleza feudal no obtuvo nunca el mismo poder que en otras partes; pero el movimiento que tendía en el resto de Europa a elevar el poder de los soberanos con ayuda de las clases medias y debilitando a los nobles, había llegado a España, y, como se acaba de ver, los nobles castellanos habían ganado la primera partida en el juego, gracias a la debilidad de Alfonso X. Ellos creyeron, sin duda, que el auxilio que habían prestado al hijo rebelde les aseguraría mayores concesiones aún, y, sin pérdida de tiempo, formularon sus pretensiones en cuanto Sancho subió al trono. Los celos de los nobles principales habían deshecho en gran parte su confederación, y dado origen a una porción de ligas turbulentas, enemigas las unas de las otras y de las ciudades; de donde vino a resultar un estado de completa anarquía. Partidas de merodeadores vagaban por el país, tomando el nombre de una u otra liga, y asesinando y robando por dondequiera que marchaban. Fuera de las murallas fortificadas de las ciudades no estaba segura la vida de ningún hombre; y entonces ocurrió que los municipios, cada uno de los cuales era una pequeña república tributaria, con sus fuerzas de a caballo y a pie, su sistema de defensa y su considerable territorio circundante (en gran parte propiedad comunal), se juntaron en sus «hermandades» para proteger los intereses de la confederación y fortificar incidentalmente la corona.

El poder legislativo del rey era casi absoluto, porque podía citar a Cortes a los procuradores de cualesquiera o de todas sus ciudades tributarias, y sólo a la parte de los nobles y el clero que quisiese[106], y era completamente potestativo en él lo referente a la época y lugar de la reunión, lo mismo que el convocar o no convocar las Cortes. Así, pues, cuando los nobles vieron que Sancho IV (el Bravo), lejos de otorgarles nuevas concesiones, estaba dispuesto a anular muchas de las ya hechas, no tuvieron más camino que levantarse en armas contra el rey.

Capitaneados por el infante Don Juan, hermano de Sancho, pidieron primero la retirada del favorito del rey, Lope de Haro; y el monarca estaba dispuesto a complacerles en punto a privar a Haro de alguna parte de su enorme riqueza. Se entablaron, pues, negociaciones para este fin y para reunir Cortes en Alfaro (1288), Pero todo acabó en una lucha abierta, en que Haro halló la muerte, y el rey mismo corrió grave riesgo; tras lo cual estalló de nuevo la guerra civil, proclamando el hijo de Haro y un partido de nobles como rey a Alfonso de la Cerda, con el apoyo del monarca de Aragón.

Grande fue el peligro de Sancho, pero supo afrontarle como hombre y como rey. Marchando primero contra los rebeldes, y derrotándolos, se concertó con el soberano de Francia para que éste abandonase la causa de su joven primo, Alfonso de la Cerda, a cambio del reino de Murcia, que Sancho cedió a Francia; y celebró también una alianza con Portugal. En medio de su turbulento reinado tuvo que marchar al Sur para hacer frente a una nueva invasión africana, que vino a atacar a su tributario moro, el rey de Granada. Los castellanos rechazaron a los invasores, que se reembarcaron en Algeciras; pero Sancho no pudo tomar esa ciudad, aunque fue más afortunado en Tarifa, cuya plaza se rindió a los cristianos en 1292, confiándose su custodia a los caballeros de

106 Como los nobles se habían eximido a sí mismos de toda contribución directa, no era obligada su cooperación para que los reyes obtuviesen recursos, desde que el pago en moneda había sustituido en gran parte a los auxilios feudales; y durante éste y el inmediato siglo, los monarcas dejaron de convocarlos gradualmente (salvo para el juramento de fidelidad), con excepción de los que desempeñaban cargos oficiales.

Calatrava, con una subvención de 2.000.000 de maravedís anuales[107] —arreglo modificado al año siguiente por el compromiso que contrajo el famoso Alfonso Pérez de Guzmán de defender la plaza por un subsidio de 600.000 maravedís anuales.

El hermano del rey, Juan, después de un tercer acto de rebelión, se había refugiado en Marruecos y ofrecido a los moros (1293) reconquistar a Tarifa. Fracasando en la empresa, merced al heroísmo del defensor, se apoderó del hijo de Guzmán, niño de pocos años, y, llevándole a la vista de las murallas, intimó la rendición al padre, si no quería presenciar la decapitación de su inocente hijo. Guzmán había empeñado su palabra de defender a Tarifa a toda costa, y no quiso posponer su deber a su amor de padre. A su vista, con brutal crueldad, degolló el infante Don Juan al niño, y Alfonso Pérez de Guzmán el Bueno pasó a ser desde entonces uno de los héroes nacionales.

Sancho el Bravo fue rey de Castilla durante once años, once años no interrumpidos de efusión de sangre y de anarquía; y cuando murió (1295), no había abatido en un ápice la insolente agresión armada de los nobles. El heredero era un niño de nueve años, Fernando IV, y la regente nombrada por el testamento del rey era su mujer. Doña María de Molina, cuyo parentesco con el rey había hecho discutible la legitimidad de su matrimonio, habiéndose negado siempre el Papa a concederles la dispensa.

El turbulento infante Don Juan, tío del joven soberano, levantó otra vez la bandera de la rebelión, y se proclamó rey, con el apoyo del rey moro de Granada. La regente Doña María mandó a los principales nobles, Haro y los Laras, a combatir al rebelde con sus fuerzas; pero ellos se unieron a los insurgentes, y durante cierto tiempo la regente y su hijo no tuvieron ninguna ciudad de su parte, excepto Valladolid, que andaba vacilando. Pero unas Cortes congregadas en la ciudad por Doña María reconocieron a Fernando IV como rey (1295), aunque tenía contra sí, no sólo al rebelde infante Don Juan, sino una poderosa liga de Portugal, Aragón, Navarra, Francia y Granada, cuyos Estados, deseosos de la desmembración de Castilla y León, convinieron en proclamar a Alfonso de la Cerda rey de Castilla, como lo era indiscutiblemente de derecho, y al infante Don Juan rey de León.

Doña María de Molina fue heroica y sabia. Apelando con algún éxito a la lealtad de los nobles, y con mucho mayor éxito a las ciudades, reunió a su alrededor en Valladolid los elementos de defensa. El Papa acabó por enviarle la dispensa que legitimó a su hijo; Guzmán el Bueno, habiendo salvado a Tarifa y obligado a los africanos a pasar el estrecho, se puso de su parte valerosamente; y la animosa reina, estimulando a las hermandades de las ciudades, y reuniendo Cortes todos los años, se mantuvo firme hasta que su hijo Fernando llegó a la edad de gobernar (1300).

Desgraciadamente, el joven se dejó influir por el infante Don Juan y los Laras; y no bien se proclamó su mayoría, se volvió contra la madre, a quien debía la corona, y le pidió estrecha cuenta de su administración durante la minoría. Las ciudades libres se indignaron de tan vil ingratitud, y Medina del Campo, donde debían reunirse las Cortes de León, manifestó al rey que le cerraría sus puertas si no iba acompañado de su madre. Pero Doña María de Molina era mujer de una magnanimidad a prueba de ingratitudes; y, presentándose al lado de Fernando en las Cortes, suplicó

107 La fundación de la Orden militar de Calatrava, a imitación de los Caballeros Templarios, es un buen ejemplo de la forma en que concedían feudos los reyes españoles durante la reconquista. Alfonso VII de Castilla (el Emperador) había confiado la custodia del importante castillo fronterizo de Calatrava a los caballeros Templarios durante su marcha para atacar a Almería (1147); pero, al llegar los almohades diez años después, los cristianos abandonaron la plaza. Sancho III entonces ofreció el castillo, con 28 leguas cuadradas de terreno a la redonda, a cualquiera que pudiese ganarle y defenderle. El ofrecimiento fue aceptado por dos monjes cistercienses —Raimundo, abad de Fitero, y Diego Velázquez—, y con ayuda del arzobispo de Toledo, que les proporcionó fondos y fuerzas, los dos monjes tomaron la fortaleza. Los aventureros constituyeron poco después una Orden religiosa de caballería bajo las reglas de San Benito, en virtud de una bula pontificia (1164); y, como el auxilio de los caballeros era solicitado a menudo para conquistar plazas a los infieles, las posesiones de la Orden llegaron a ser muy extensas, y los grandes maestres de la misma y de las otras Ordenes de Santiago, Montesa y Alcántara, que se fundaron a ejemplo suyo, se hicieron personajes de enorme riqueza y gran influencia, con poderes casi soberanos.

a éstas que, aunque sólo fuera por amor a ella, fuesen leales a su rey, después de lo cual demostró victoriosamente la honradez y pureza de su administración durante la minoría del monarca.

La fortaleza de Algeciras estaba aún en poder de los moros africanos, y contra ella resolvió Fernando IV dirigir sus fuerzas, mientras su aliado, Jaime II de Aragón, atacaba a Almería por mar. Reuniendo Cortes en Madrid, Fernando obtuvo de ellas los recursos indispensables; pero, apenas estuvo delante de la fortaleza, sus nobles empezaron a dar muestras de falsía y a pedir concesiones como premio de su lealtad; en su consecuencia, pactó una paz con los moros y se retiró a Burgos. Poco después el rey tributario de Granada volvió a agitarse, y Fernando marchó a unirse con su ejército en Alcaudete. Cuando llegó a Martos, los cronistas contemporáneos dicen[108] que dos hermanos llamados los Carvajales fueron llevados ante él por el asesinato de Don Juan de Benavides, y condenados precipitadamente a muerte, aunque ellos protestaron solemnemente de su inocencia, y suplicaron que se les proporcionase medio de probarla. Los acusados fueron arrojados, por orden de Fernando, desde un alto precipicio, y en la hora de la muerte emplazaron al rey ante el Tribunal de Dios en el término de treinta días. No hay que decir que Fernando cayó enfermo, y murió en Jaén treinta días después (1312), y por eso ha pasado a la historia con el nombre de Fernando el Emplazado.

Antes de referir los sucesos del brillante reinado del] sucesor de Fernando en las coronas de León y Castilla, será conveniente dirigir una ojeada a la marcha de los asuntos en el reino aragonés después de la muerte del Jaime el Conquistador (1276). Hemos dicho páginas atrás que el hijo mayor del Conquistador, Pedro, heredó los dominios españoles de su padre, en tanto que Jaime, el más joven, obtuvo los territorios franceses y las Islas Baleares como tributario de su hermano, el rey de Aragón. Pedro, llamado después el Grande, heredó la política exterior de su padre, con una gran parte de su resolución y habilidad. Sus primeros actos, después de coronado en Zaragoza, fueron sofocar el conato de levantamiento de los nobles en Cataluña[109] y la rebelión de los moros oprimidos en Valencia, y demostrar a sus súbditos, incluso su hermano Jaime, el rey tributario de Mallorca, que el manto del gran Jaime había caído en buenos hombros.

La ambición de Jaime el Conquistador de fundar un poderoso imperio románico se había visto defraudada por el avance de Francia hacia el Sur; pero el matrimonio de Pedro con la hija de Manfredo de Sicilia abrió una perspectiva más amplia aún hacia el Este, y dictó la política extranjera de Aragón durante siglos. A la muerte del emperador Conrado IV, duque de Suabia, le sucedió su hijo Conradino bajo la tutela del excomulgado Manfredo de Sicilia, su tío. El papado estaba en lucha con el imperio y la casa de Suabia, y el Papa nombró rey de Sicilia a Carlos, duque de Anjou, el cual derrotó y mató a Manfredo en la batalla de Benevento (1266), y entró en posesión de su reino, ejecutando poco después al niño Conradino, rey titular de Sicilia, duque de Suabia y emperador pretendiente (1268).

Carlos de Anjou, la hechura del Papa, fue un tirano. Ya cuando sacrificó al rey niño Conradino era detestado el usurpador francés; y el grito de venganza de la víctima, al arrojar su guante desde el cadalso entre los espectadores, resonó en más de un corazón siciliano. Cuando la noticia y el guante llegaron a Aragón, Jaime el Conquistador y su hijo Pedro vieron que había un reino que se les venía casi a las manos. Era una empresa para el hijo más bien que para el padre, porque la mujer de Pedro era hija del rey Manfredo y tía de Conradino.

Pero era una empresa seria, porque equivalía a un desafío al papado, que reivindicaba a Aragón como feudo, y había colocado a Jaime el Conquistador en el trono. Cuando Pedro III fue coronado, dio el primer paso; y rechazando la soberanía a que se había sometido su abuelo, declaró

108 Quizá es poco exacto decir que las crónicas *contemporáneas* cuentan esta historia dudosa. La refiere por primera vez Ben Al Hatib cincuenta años después de la fecha en que se supone acaeció el suceso.

109 El pretexto para el levantamiento fue que Pedro había descuidado marchar a Barcelona, inmediatamente después de ser coronado en Zaragoza, para prestar juramento de respetar los privilegios de Cataluña y recibir el subsiguiente homenaje de los catalanes.

solemnemente que él no debía fidelidad a Roma. No se permitió a ningún eclesiástico ayudarle a tomar posesión de los reales emblemas, y Pedro desafió abiertamente al Papa a inmiscuirse en nada de su reino. Después se preparó una poderosa escuadra en Barcelona y en Valencia, e indiferente en absoluto a la excomunión papal, Pedro III de Aragón se dispuso a hacer valer los derechos de su consorte a la corona de su difunto padre.

La matanza de franceses en Palermo, conocida con el nombre de «Vísperas sicilianas», precipitó los acontecimientos. Carlos de Anjou acudió con una flota a Mesina, resuelto a castigar a sus súbditos; pero Pedro III se le anticipó. La flota de Anjou fue destruida por el marino aragonés Pedro Querel, y el rey de Aragón no tardó en ser dueño de Sicilia, con gran júbilo de los habitantes. En vano Anjou desafió a Pedro a combatir en Burdeos, porque el Papa prohibió al retador asistir a la liza, aunque el caballeresco rey Jaime de Mallorca, hermano de Pedro, compareció a responder al desafío de Anjoa y de todo su bando[110].

El Papa (Martín IV, francés) tenía un medio mejor de habérselas con Pedro que el combate personal; y ejerciendo su derecho de señorío sobre Aragón y Cataluña, proclamó una cruzada contra esos Estados, y concedió las coronas unidas a Felipe de Valois, hijo de Felipe el Atrevido, el cual, con ayuda de su padre, marchó a posesionarse de su reino español. Era una coyuntura inmejorable para los ambiciosos nobles aragoneses. Jaime el Conquistador, tras su larga vida de lucha con ellos, había conseguido al fin humillarlos algo; pero viendo en un apuro al rey Pedro, le impusieron duras condiciones a cambio de su ayuda. Las ciudades, sobre todo Barcelona y Gerona, se pusieron al lado del rey valerosamente, y con su auxilio obtuvo el monarca algunos triunfos sobre los invasores franceses, recuperando a Gerona, que ellos habían tomado, y destruyendo su flota, gracias a la pericia del famoso Roger de Lauria.

Los fieros ataques de los almogávares, los auxiliares africanos de Aragón, completaron la derrota de los invasores; y el gran ejército de 100.000 hombres, dirigido por Felipe el Atrevido en persona, volvió sobre sus pasos al través de las ciudades asoladas en cuyas poblaciones habían hecho terrible mortandad los soldados de la cruz (1285).

Resultó, pues, de todo que, aunque el rey de Aragón se hizo rey de Sicilia, con sueños indefinidos de expansión hacia Tierra Santa y el lejano Oriente, quedaron dos príncipes franceses como pretendientes de sus coronas, y el Papa echó el peso de su poder hacia el lado de Francia en la futura lucha secular entre ese país y Aragón. Castilla, como se recordará, no tenía puntos vitales de contienda con Francia, porque Navarra y Aragón formaban una cuña entre ella y la frontera francesa del Pirineo; pero en adelante los ojos de Aragón y de Cataluña se fijaron en Italia, y por dondequiera que trataron de llegar allí, encontraron un francés en su camino. Los diferentes intereses de los dos reinos españoles principales no deben perderse de vista, porque, como veremos después, proporcionan la clave de muchas cosas que, sin eso, serían ininteligibles.

En la hora del trance más apurado de Pedro, en 1283, sus recalcitrantes nobles se reunieron en las Cortes de Tarragona, y formularon una serie de quejas y peticiones como nunca antes se había presentado a ningún monarca; y entonces también las grandes ciudades se quejaron de una política exterior que las comprometía a hacer crecidos gastos sin la debida consulta. A los pocos meses, en unas Cortes de Zaragoza, el prudente rey accedió a todas las condiciones exorbitantes impuestas por los nobles, e incluidas posteriormente en el «Privilegio de la Unión», aceptado cinco años después por el hijo de Pedro[111]. Sólo a esta costa consiguió Pedro el auxilio de los nobles en apoyo de su

110 Eduardo I de Inglaterra debía presidir la lid, en que 100 caballeros franceses combatirían contra 100 aragoneses. Pedro se dirigió al campo del duelo; pero avisado oportunamente de que se le preparaba una asechanza, escapó disfrazado. El Papa dio orden severa de que se abandonase el asunto, y ni Eduardo I ni Anjou estuvieron presentes. Pero el rey Jaime parece que llegó a la escena a la hora prefijada e hizo levantar acta de haber asistido. Se verá que Jaime se opuso después a la política de expansión de su hermano.

111 Fue esto no sólo una reiteración de todas las primitivas condiciones que ponían límites y cortapisas al ejercicio del poder real, sino que dio a los súbditos el derecho legal de unirse y hacer la guerra contra su soberano, si consideraban que él no cumplía con su compromiso.

política exterior. Pero, a pesar de todo, el apoyo no fue concedido más que en parte y de mala gana, porque era cosa seria luchar contra el pontífice, y aun el voluble Jaime de Mallorca se unió a los enemigos de su hermano. Estando haciendo preparativos para una expedición contra su hermano Jaime, murió Pedro el Grande de Aragón (1285), uno de los pocos monarcas de valía en un período en que era difícil que hubiese más que malos soberanos.

Pedro dejó a su primogénito, Alfonso III de Aragón, sus dominios españoles, y a su segundo hijo, Jaime, el reino de Sicilia. El primero navegaba con Lauria para castigar a su tío Jaime, rey de Mallorca, cuando murió su padre, y abatió el orgullo de la isla antes de volver a tomar posesión de su herencia. En su primera proclama al pueblo después de arribar, usó el título de rey de Aragón, Mallorca y Valencia, y conde de Barcelona; pero, como no había jurado aun proteger los privilegios de sus súbditos, los nobles se aprovecharon de ese pretexto para humillarle. Prohibiéndole tomar el título real hasta que hubiese recibido su investidura, le requirieron para que se presentase en Zaragoza, donde tuvo que sincerarse, aun antes de que los nobles le ofreciesen su lealtad condicional. Yendo de insolencia en insolencia, la liga de los nobles disgustó al fin a muchos de su propio orden, que se pusieron al lado del rey; y durante los tres años siguientes se desencadenó una destructora guerra civil entre los dos partidos de nobles, adversa en general para el monarca.

Por último, en las Cortes de Zaragoza de 1288, el soberano tuvo que otorgar el famoso «Privilegio de la Unión», que confirmaba legalmente las concesiones que ya se habían apropiado los nobles. Se prohibía al rey proceder contra ningún miembro de la Unión sin el acuerdo del justicia y de las Cortes[112]; se le obligaba a convocar Cortes en noviembre de cada año en Zaragoza, en las cuales los miembros elegirían el consejo del rey para los doce meses siguientes. Éstas y otras concesiones semejantes redujeron al mínimum el poder real, y en un período ulterior, como veremos, no sólo quedó anulada la concesión, sino destruido todo recuerdo de ella.

Pedro el Grande había dejado Sicilia a su segundo hijo, Jaime; y Roger de Lauria, con la flota aragonesa, consiguió asegurar su pacífico establecimiento. Pero, con un rey francés enemigo en Nápoles, y con las continuas intrigas de Roma, la situación era insostenible tanto en Sicilia como en Aragón, a menos de llegarse a un *modus vivendi*. Eduardo I de Inglaterra fue el arbitro elegido, y trabajó, sin levantar mano, para lograr un acuerdo, reuniéndose en una ocasión personalmente con Alfonso en la isla de Olerón, donde se concertaron las estipulaciones. Pero las dilaciones o la mala fe se interpusieron en el camino, y el tratado quedó sin cumplir. Vino a agravar las cosas la aparición en Jaca de legados papales de Nicolás IV, reclamando de Alfonso III la inmediata libertad del príncipe de Salerno, hijo del rey angevino de Nápoles, a quien aquél tenía prisionero en Barcelona. Se exigía también a Alfonso que se presentase ante el Papa en el término de seis meses, y que se abstuviera de ayudar a su hermano de Sicilia.

Por fin, cansado de una lucha en que muchos de sus súbditos estaban contra él, cedió Alfonso, y por el tratado de Tarascón (1291) se sometió humildemente al Papa, que le reconoció como rey de Aragón y Mallorca, mientras que Sicilia debía ser cedida al joven Carlos de Anjou, príncipe de Salerno, y Alfonso debía casarse con Leonor de Inglaterra. Pero, antes de que el tratado pudiese llevarse a efecto, y en medio de los preparativos para el matrimonio, murió Alfonso III de Aragón, y pasó a ser su heredero Jaime de Sicilia. Nuevamente fracasó el convenio, porque el nuevo rey, Jaime II de Aragón, no tenía la menor intención, si podía evitarlo, de ceder Sicilia, donde era muy popular.

112 Pocos años después (1301) se resolvió un importante pleito que ofrece un ejemplo interesante de la supremacía de la ley en Aragón y de la forma en que se decidían las contiendas entre el rey y los nobles. Una porción de nobles se habían levantado en armas, so pretexto de que el rey les debía algunas cantidades de dinero. En las Cortes de Zaragoza de 1301 se concedió permiso para someter el pleito al justicia, el cual decidió en favor del rey, condenando a los nobles a la confiscación de sus feudos y a varios plazos de destierro.

Dejando su reino siciliano a cargo de su hermano Fadrique[113] y de Roger de Lauria, Jaime II se dirigió a Zaragoza para recibir la investidura de sus nuevos reinos, celebró una alianza con Sancho el Bravo de Castilla, y después procuró realizar sus designios por medio de negociaciones. El papado atravesaba una violenta crisis, y hacía años que no había un Pontífice estable, cuando Bonifacio VIII subió al trono y arregló las cosas a su albedrío con mano enérgica. Por el tratado de Anarquí, Jaime de Aragón debía someterse al Papa, casarse con la hija de Carlos II de Anjou, rey de Nápoles, y renunciar todo derecho sobre Sicilia; tras lo cual el Papa levantaría su excomunión y le reconocería como rey de Aragón. Sin embargo, existía un tratado secreto, en cuya virtud Jaime debía proporcionar una flota que permitiese al rey de Francia atacar traidoramente a Inglaterra, y el Papa hacía a Jaime rey de Córcega y Cerdeña.

Pero no se había contado con los sicilianos. Los habitantes de la isla no habían sacudido el yugo de Anjou para pasar de unas manos a otras tranquilamente según el capricho de potentados a quienes jamás habían visto; y así, rechazando el arreglo, proclamaron rey al infante Fadrique. Cumpliendo lo pactado, Jaime II de Aragón envió expediciones para expulsar a su hermano del reino a que él mismo había renunciado. La armada del rey de Sicilia fue dispersada por su antiguo amigo Roger de Lauria, ahora contrario; pero el intrépido Fadrique no cejó aún. Entonces Carlos de Anjou, con poderes especiales del Papa, probó suerte, y fracasó de una manera desastrosa; y la firmeza de Fadrique le valió, al fin, el ser reconocido por todos rey de Sicilia, a condición de casarse con la hija del rey angevino de Nápoles, y de adoptar a este último como heredero[114].

Jaime II no alcanzó la posesión de sus nuevas islas de Cerdeña y Córcega sin oposición de los genoveses y de los pisanos, que las habían poseído durante siglos; pero al fin, en 1324 y 1326, respectivamente, quedaron bajo su soberanía nominal, aunque durante muchos años después las islas apenas fueron aragonesas más que en el nombre. Jaime II murió en 1327, dejando como sucesor a su hijo, Alfonso IV, cuyo reinado de nueve años fue una serie continua de guerras y disputas entre Cataluña y Génova por el dominio de la navegación del Mediterráneo, y una serie de discordias promovidas por la segunda mujer de Alfonso, Leonor de Castilla, en interés de sus hijos y en perjuicio de Pedro, habido en el primer matrimonio del monarca, y sucesor de éste en 1336.

Desde el primer día de su reinado Pedro IV de Aragón se halló frente a sus nobles, y la mayor parte de su largo reinado fue ocupada por sus disensiones con ellos. El nuevo monarca era un hombre despótico y ambicioso, un defensor acérrimo de sus derechos y de la letra de la ley, a lo cual debió el sobrenombre de Pedro el Ceremonioso. Así, pues, cuando los nobles catalanes y valencianos pidieron que jurase conservar las libertades de esos dominios antes de ser coronado como rey de Aragón en Zaragoza, y de recibir como tal el homenaje de los catalanes y valencianos, el rey se negó; y los nobles, excepto los aragoneses, se ausentaron en masa de la coronación, y continuaron mirándole adustos cuando, según la Constitución, se presentó en Lérida y en Valencia a recibir la investidura de Cataluña y Valencia.

Tal fue el principio de una guerra facciosa, que tuvo por causa inmediata las disensiones entre Pedro y su madrastra, Leonor de Castilla, y los hijos de ésta, Fernando y Juan, a quienes el último rey había dejado importantes señoríos independientes, que Pedro no estaba dispuesto a reconocer. Alfonso XI de Castilla tomó las armas en defensa de los derechos de sus sobrinos; y Pedro, teniendo contra sí a la Unión de los nobles en su mayoría, se vio obligado a ceder, y puso en manos de

113 Alfonso III había rogado en su testamento a su sucesor, Jaime, que cediese Sicilia a ese príncipe cuando él (Jaime) subiese al trono de Aragón.

114 Tras esta guerra, realizóse en 1302 la famosa expedición de los catalanes a Oriente. Un gran número de aventureros catalanes y aragoneses habían combatido por D. Fadrique, y, cuando acabó la guerra, formaron un cuerpo de 4.000 infantes y 500 caballos, a las órdenes de Roger de Flor y de Berenguer de Entenza, y aceptaron la proposición de Andrónico, emperador de Constantinopla, de entrar a su servicio contra los turcos. Después de aventuras extraordinarias y de varias vicisitudes, dominaron toda la Macedonia, y luego la misma Atenas, cuyo ducado ofrecieron como feudo a Fadrique.

juristas la cuestión litigiosa. Estos, naturalmente, se pronunciaron en favor de los dos jóvenes infantes, Fernando y Juan, que conservaron así los dominios legados por su padre.

Después de siete años de discordia civil, Pedro IV se acordó de que el rey tributario de Mallorca, su cuñado y primo Jaime, no le había tributado homenaje, y, como Jaime estaba en guerra en sus dominios franceses con Felipe de Valois, creyó propicia la ocasión para apoderarse de Mallorca con todas las formalidades legales. Cuando el rey Pedro se hubo hecho dueño de las Baleares, expulsó a Jaime de su condado del Rosellón, y se dirigió finalmente a su señorío de Montpellier, donde Jaime sucumbió en el campo de batalla, y su joven hijo, otro Jaime, cayó en poder de su despiadado tío, y fue llevado a Barcelona.

Los nobles de la Unión, que miraban a Pedro IV con creciente recelo, no tardaron en encontrar otra buena razón para combatirle bajo la poderosa jefatura de su propio hermano, el infante Jaime, conde de Urgel. Sólo en una ocasión había pasado la corona aragonesa a una mujer: cuando Petronila sucedió a su padre Ramiro el Monje (1137); pero en esa ocasión el investido del poder real desde el comienzo fue su marido, el conde de Barcelona, y había poderosas razones nacionales para el arreglo. Pedro el Ceremonioso, que no tenía hijos varones, trató de prevalerse de ese precedente para dejar la corona a su hija Constanza, con exclusión de su hermano Jaime. Túvose esto por una infracción de la Constitución, y la Unión se levantó en armas legalmente contra el rey[115]. Y no sólo los nobles, sino los burgueses unieron sus fuerzas a las de la Unión, y pidieron la presencia del rey en las Cortes de Zaragoza para que renovase su juramento respecto a los privilegios de sus súbditos. Pedro no se atrevió a negarse, y fue recibido con fría cortesía por sus súbditos ofendidos, a quienes otorgó todas las concesiones pedidas, aunque haciendo previamente la declaración secreta de que, si se viese obligado a ir más allá de la letra de la ley, sus concesiones serían nulas.

Pedro supo aprovecharse de las circunstancias en Zaragoza, y se dio trazas para dividir a los nobles, atrayéndose al poderoso Don Lope de Luna y a otros que eran opuestos a las medidas extremas de sus colegas. Reuniendo nuevas cortes en Barcelona, con el pretexto de una reconciliación, el rey se consideró ahora bastante fuerte para dar un golpe a los nobles. Su jefe, el infante Don Jaime, heredero de la corona, fue envenenado tan pronto como llegó a la ciudad, y el anuncio de los proyectos legislativos del rey impulsó a la Unión a la guerra abierta. Capitaneados por el hermanastro menor del rey, Fernando, los nobles consiguieron al principio algunos éxitos; pero los adictos de Pedro encontraron al ejército de los nobles en Épila, cerca de Zaragoza, y le derrotaron completamente, haciendo terrible matanza. El infante Don Fernando cayó prisionero, y poco después fue asesinado en la mesa de su hermano (1348).

La pérdida de los nobles principales de la Unión en Épila fue un golpe de muerte para la causa feudal en Aragón; pero los nobles valencianos seguían en armas en su capital, y era menester aniquilarlos para que el triunfo del rey fuese completo. Antes de dar el último golpe, el rey Pedro convocó Cortes en Zaragoza, y allí, en presencia de todos, tomó el pergamino en que estaban escritas las cláusulas del Privilegio de la Unión, lo rasgó con su puñal, y ordenó que se borrase por siempre todo recuerdo o mención oficial de tal concesión.

Corrió después a Valencia a habérselas con el resto de los rebeldes. La peste hacía estragos en la ciudad, y el pánico se había apoderado de sus habitantes. Llegó a los nobles como una sentencia de muerte la terrible noticia de Épila y de la revocación violenta del Privilegio de la Unión, y, cuando se encontraron con las fuerzas del rey en Mislata, fueron derrotados, y se sometieron a su irritado soberano. No hubo piedad con los jefes; y en adelante los nobles de Aragón, Cataluña y Valencia tomaron puesto en el Parlamento, y compartieron el gobierno con el rey y el estado llano, pero no eran ya una oligarquía.

En honor de Don Pedro hay que decir que sólo revocó el insufrible Privilegio de la Unión arrancado a sus predecesores en horas de debilidad; pero no intentó infringir el fuero general de

115 El rey alegaba que su hermano había perdido sus derechos por abrazar el partido del difunto Jaime, rey de Mallorca.

Aragón, que sometía a la ley al soberano mismo, y protegía a los diversos órdenes de ciudadanos contra toda opresión ilegal de parte de sus reyes. Pedro, una vez afirmada la supremacía de sus armas, aumentó el poder del justicia, que en el porvenir fue realmente inamovible; y con varias disposiciones, que acrecentaban la seguridad de los ciudadanos particulares, demostró adoptar la política de atraerse las simpatías de las clases medias.

El nacimiento de un hijo, habido de su tercera mujer, Leonor de Sicilia, puso término a una de las causas de discordia civil, proporcionando un heredero directo de la corona en la línea masculina; pero pocos años después ese hecho dio origen a disensiones exactamente semejantes a las ocurridas al fin del último reinado, porque la cuarta mujer de Pedro, Sibila de Foix, fue objeto de la sañuda persecución del hijo de su marido, Juan.

Aragón estaba experimentando ya algunas de las perturbaciones consiguientes a la posesión de colonias. Ahora había perdido a Sicilia por el tratado de Fadrique con el rey de Nápoles; pero Cerdeña, no sometida más que a medias por los aragoneses, y codiciada aún por los genoveses, obligó a Pedro a guerrear en el Mediterráneo durante cerca de cuarenta años, y le llevó, por fin, a consentir en una división de dominio que sus súbditos consideraron una deshonra para él y para ellos (1386).

Cuando la Unión estaba en armas contra él, Pedro había hecho una alianza con Pedro el Cruel de Castilla, entre cuyas estipulaciones figuraba la muerte de sus respectivos hermanos; Don Fernando, a quien se mató, en efecto, como queda dicho, después que fue cogido prisionero en Épila, y Enrique de Trastamara, el hermano bastardo de Pedro de Castilla. Pedro de Aragón no cumplió la última parte del convenio, sino que se asoció a la causa de Don Enrique, y le ayudó a él y a sus aliados franceses en la larga serie de guerras, que terminó con el asesinato de Pedro el Cruel y la elevación de Enrique de Trastamara al trono castellano. Lo único que sacó Aragón de esa larga serie de guerras ignominiosas fue debilitar a Castilla y tener bien dispuesta a Francia por la oposición hecha a Inglaterra, aliada de Castilla; pero Valencia y Cataluña quedaron exhaustas, y disgustadas por la larga interrupción del comercio pacífico del Mediterráneo, de donde sacaban su riqueza; y cuando murió Pedro IV en 1387, después de un reinado de cincuenta y un años, salió un suspiro de alivio de los reinos unidos, al verse libres de tan costoso monarca.

Quizá sería demasiado decir que Pedro de Aragón fue un diplomático de primera fila, porque su diplomacia, como la de su homónimo contemporáneo de Castilla, consistía principalmente en una completa falta de escrúpulos y sobra de mala fe; pero sería ocioso negar que su reinado fue casi tan importante para el país como el de Jaime el Conquistador. Los nobles feudales de Aragón se vieron reducidos finalmente a su puesto propio, los territorios recibieron gran incremento, las libertades del pueblo no sólo fueron mantenidas, sino aumentadas, y la aceptación del ducado de Atenas por Pedro reveló que continuaba la política aragonesa de expansión oriental.

Juan I de Aragón, que sucedió a su padre, Pedro IV, no perdió tiempo en usar de su poder para perseguir a su madrastra. Sibila de Foix, afectando creer que había hechizado a su padre. Ella se libró de la tortura y de la muerte cediendo todos los bienes que la había dejado el difunto rey, pero la mayoría de sus amigos recibieron la muerte como cómplices. Juan era un príncipe amante del placer, saturado de la afición de moda a la poesía y los espectáculos. Ninguna corte de Europa fue más espléndida que la suya; músicos, poetas y apuestos caballeros de Francia, de Italia y aun de Inglaterra venían a aumentar el atractivo de la corte de Zaragoza. Violante, la consorte francesa de Juan, estaba más enamorada aún que él de la «gaya ciencia» de la poesía; pero las cortes de amor, los juegos florales y la decadente frivolidad de los afectados provenzales que la rodeaban no se avenían bien con el genio de los rudos aragoneses y catalanes, que, al fin, en las Cortes de Monzón de 1388, pidieron que se acabase con todo eso y que se redujesen los gastos de la corte. Juan cedió de mala gana; pero las Cortes de Aragón eran ahora demasiado poderosas para que el monarca resistiese, y en lo sucesivo se vio obligado a contentarse con las distracciones del galanteo y de la caza, en la última de las cuales halló la muerte en 1396, de resultas de una caída del caballo.

Su hermano Martín el Humano estaba en Sicilia cuando murió Juan, defendiendo su derecho a la corona de la isla por parte de su mujer, princesa siciliana. Dejando a su hijo Martín como rey de Sicilia, corrió a Aragón, y, después de una breve contienda con las hijas de Juan, que reclamaban el trono, Martín el Humano fue reconocido rey de Aragón. Pero encontró fuera un nuevo y serio obstáculo. El cisma del papado había continuado durante muchos años, y el cardenal aragonés, Pedro de Luna, fue elegido, con el nombre de Benedicto XIII, como Anti-Papa, en Aviñón. Todos los españoles, como es natural, acogieron entusiastamente la elevación de su compatriota, y el Papa de Roma, Bonifacio IX, en venganza, concedió la investidura de Cerdeña y Sicilia a los pretendientes rivales, y declaró desposeído al rey de Aragón.

Martín de Sicilia, seguro de la lealtad de los sicilianos, corrió a Cerdeña para oponerse a Bracaleone Doria. Después de una serie de encuentros, murió en esa isla; y pocos meses después su padre, Martín el Humano de Aragón, siguió a la tumba a su único hijo, no dejando ningún heredero directo de las coronas de sus reinos; con lo cual Aragón, durante los dos años siguientes, fue presa de la anarquía y de la guerra civil a consecuencia de las reclamaciones encontradas de seis pretendientes a la corona (1410-1412).

Ahora es tiempo de volver a los sucesos de Castilla, que dejamos en el advenimiento del rey niño Alfonso XI como sucesor de su padre, Fernando IV el Emplazado, en 1312. La antigua reina Doña María de Molina, fomentando durante su regencia las Hermandades de Castilla y de León para contrarrestar la fuerza de los turbulentos bandos de nobles, había llegado a ser la persona más poderosa del Estado a la muerte de su hijo Fernando IV. A ella buscaron en general por guía las clases medias cuando volvió a ser necesaria una regencia por el advenimiento al trono del niño Alfonso XI. Pero los nobles, a quienes Doña María había tenido a raya antes, estaban resueltos, si era posible, a impedir que subiese al poder nuevamente, y promovieron una lucha por la regencia. Los tíos del rey niño, Don Pedro y Don Juan, otros dos miembros de la casa real, Don Juan Manuel y Don Felipe, Don Juan Núñez de Lara, noble principal, y la madre del rey, Doña Constanza, así como la abuela. Doña María de Molina, todas estas personas aspiraban a la tutoría del soberano; pero la ciudad de Ávila, donde el rey acertó a hallarse, era fiel a Doña María de Molina, y ella fue la que propuso términos de avenencia que pusieron fin al conflicto. En unas Cortes celebradas en Palencia en enero de 1313 se convino en que la regencia se dividiría entre Don Pedro y Doña María de Molina, por un lado, y Don Juan y la reina madre. Doña Constanza, por otro, y que cada partido mandaría en las ciudades que se declarasen en su favor. Poco después, sin embargo, murió Doña Constanza, y por mutuo consentimiento se confirió la custodia del rey a su abuela.

Pero los males de la división de la autoridad habían llevado a Castilla a la mayor confusión, y los moros de Granada aprovecharon la coyuntura para invadir el territorio cristiano. Los dos infantes, Don Pedro y Don Juan, se pusieron al frente de una fuerza contra los musulmanes, y los dos murieron en una acción en 1319. A la regente única, Doña María de Molina, se opusieron entonces los primos segundos del rey, Don Juan Manuel, que obtuvo la regencia por el voto de las Cortes de Burgos en 1320, y Don Felipe, a la vez que otro miembro de la real familia, Don Juan el Tuerto, intrigaba en Navarra con Don Fernando de la Cerda.

En este estado de casi completa anarquía, en que sólo se mantenía el respeto a la ley por las Hermandades de las ciudades, Doña María convocó Cortes en Palencia para decidir algunas de las cuestiones urgentes; pero murió antes de reunirse las Cortes, y Don Juan Manuel quedó de único regente durante los cuatro años posteriores, al cabo de los cuales Alfonso XI fue declarado mayor de edad a los catorce. A pesar de ser un niño, no tardó en hacer comprender a sus parientes que estaba resuelto a ser el amo. Don Juan el Tuerto fue asesinado en el palacio del rey, Don Juan Manuel buscó asilo en la musulmana Granada, y a los turbulentos nobles se los hizo entrar en razón mediante confiscaciones y castigos ejemplares, que valieron al rey el dictado de «el Justiciero».

Alfonso XI no era un modelo de virtud privada ni excesivamente escrupuloso en punto a los medios que empleaba para conseguir fines políticos; pero, al menos, era un gobernante que sabía

adonde iba y se hacía cargo de los problemas que tenía delante. En una excursión por todas las ciudades principales de sus reinos se conquistó la buena voluntad de las clases medias mediante la confirmación y extensión de sus privilegios municipales. Las Cortes fueron convocadas ahora regularmente; y el consejo supremo del monarca, que desde los días del padre de Alfonso (1295 y 1297) había sido nombrado anualmente por las Cortes, creció en poder y en importancia, y una diputación de los miembros de las Cortes actuaba permanentemente durante los interregnos parlamentarios. Alfonso XI vio claramente, como su abuela María de Molina, que las fuerzas unidas de las ciudades libres eran un ejército de más confianza que los contingentes de los nobles, los cuales tan pronto ayudaban al soberano como volvían sus armas contra él; y en su consecuencia, confirmando los poderes de los municipios, procuró poner ese poder bajo su dependencia mediante el nombramiento de funcionarios municipales que inspeccionaran los Ayuntamientos[116].

Al fin del reinado de Alfonso XI los municipios, aunque tan poderosos como siempre en apariencia, habían perdido en realidad su iniciativa, y estaban supeditados a alcaldes mayores nombrados por el rey. Una vez más el imperio de la ley fue supremo. Las *Siete Partidas* de Alfonso el Sabio se promulgaron por primera vez como código nacional en 1348, y la colección de cartas municipales (el *Fuero de Albedrío*), hecha primero por Sancho IV (1284-1295), fue completada bajo su nieto Alfonso XI con el importante *Becerro de Behetrías*[117] o colección de cartas de poblaciones libres.

Amén de esto, Alfonso XI y sus sucesores acumularon una gran masa de legislación social. Estatutos sobre el trabajo, leyes de vagabundos, reformas administrativas, y sobre todo, reglamentos suntuarios, emanaban de las Cortes anuales, que enviaban al rey para su sanción los proyectos de ordenamientos. No podían imponerse contribuciones a los concejos sin la sanción previa de sus representantes en Cortes; y como los nobles y el clero no pagaban ninguna contribución directa, aparte del servicio feudal de las armas, que en este período (siglos XIV y XV) iba decayendo, sobrevino un gran cambio en la constitución de las Cortes castellanas.

Hemos visto que a los concilios de obispos se agregaron nobles oficiales o palatinos, y que, durante los primeros siglos de la reconquista, la nobleza militar se había sobrepuesto a los eclesiásticos en las asambleas nacionales. Pero, con la decreciente importancia política de los nobles militares territoriales y el desarrollo del poder de las villas y ciudades libres, había convenido a los reyes llamar a las asambleas a los representantes de los municipios (1169 y 1188). Como ya se ha explicado, el monarca podía convocar a los nobles y a los municipios reales que quisiese, y el número de los últimos variaba mucho, aunque en teoría tenían derecho a asistir todos los que habían recibido feudos directamente de la Corona. En las Cortes de Burgos, v. gr. (1315), 90 municipios estuvieron representados por 192 procuradores, mientras que en las Cortes de Madrid (1391) sólo 50 municipios estuvieron representados por 126 miembros. Pero, con el incremento del subsidio en metálico y la disminución de importancia del auxilio feudal, los nobles y el clero

116 Esto se hizo al principio con cautela y bajo varios pretextos. Tengo a la vista, por ejemplo, copia de un manuscrito perteneciente al duque de Frías, confirmando una orden dada por Alfonso XI, nombrando varios comisionados para ayudar a los alcaldes, merinos y notarios de la ciudad de Burgos «en todos los asuntos del concejo de esa ciudad, para impedir que ciertos hombres asistan y promuevan discordias, entorpeciendo las deliberaciones en pro del bien común». En otro documento del mismo monarca, fechado en 1327, se priva a la ciudad de Sevilla del derecho de elegir el alcalde y jurados, basándose en que la elección «causaba muchos males, gran escándalo y serios disturbios». Por estos y otros medios análogos los Ayuntamientos y los alcaldes llegaron a ser gradualmente de nombramiento real, y en muchísimos casos el cargo de primer alcalde vino a ser cargo hereditario de un noble. Una forma más viciosa aún se insinuó en algunas de las ciudades principales de Andalucía, donde el cargo de corregidor era enajenable por venta. En otros casos se introdujo el nombramiento de un corregidor, por lo común un noble que vivía en o cerca de la ciudad, a guisa de alcalde adjunto ostensible, pero que en rigor llegó a ser quien gobernaba.

117 El privilegio de behetrías fue completamente único. A diferencia de las ciudades de realengo, que eran feudos del rey, y las ciudades de solariego, o tributarias de los nobles, las behetrías tenían el derecho de elegir su propio señor, ya de entre los miembros de una familia determinada, ya con libertad completa. Eran en rigor pequeñas repúblicas que elegían sus presidentes vitalicios. Los nobles estaban sumamente celosos de ellas, y el mismo Alfonso XI cercenó sus privilegios.

dejaron de ser llamados gradualmente en la misma proporción, salvo en ocasiones especiales o por virtud de los puestos oficiales que ocupaban —según ocurría con los oficiales palatinos de los reyes visigodos—, como miembros del consejo del rey, funcionarios del Estado, jueces de corte, etc.; y en lo sucesivo los grandes propietarios territoriales y el clero, como clase, no tuvieron en Castilla privilegios legislativos especiales. Por su propia ambición se habían acarreado su anulación política. Habían eludido toda participación en las cargas nacionales, fuera de su auxilio feudal, y así en el importante período de transición de los siglos XIV y XV vieron que su presencia y cooperación en las asambleas nacionales (convocadas principalmente para la cuestión de tributos) no eran necesarias para el soberano, que obtenía sus recursos de otras fuentes, y llamaba naturalmente a aquellos de quienes dependía en la materia.

La actividad legislativa de Alfonso, con ser grande y extensa, no agotó sus energías. Al comienzo de su reinado tuvo que dar a sus turbulentos nobles la lección que necesitaban; pero, cuando se vio libre de ellos, amenazó a su reino un peligro más apremiante. Algeciras estaba aún en manos de los moros, y era una puerta constantemente abierta para la invasión musulmana de Andalucía; y en 1340 el rey de Marruecos, con una numerosa flota de 250 naves, se acercó a la costa española, destruyó las galeras castellanas y desembarcó un ejército considerable. Alfonso XI se había malquistado con el hermano de la reina, el monarca de Portugal, a causa de la preferencia que demostraba a su amante, Doña María de Guzmán, sobre su mujer legítima; pero temporalmente hizo las paces con él, y contando también con la ayuda de Pedro IV de Aragón, y alquilando quince galeras genovesas, consiguió, después de algunas derrotas parciales, aniquilar completamente la hueste sarracena en la gran batalla del Salado, cerca de Tarifa, y coger un botín inmenso.

Al recibir noticia, dos años después, de los preparativos de una nueva expedición mora, Alfonso convocó Cortes en Burgos, y obtuvo subsidios para tomar la defensiva, procediendo a sitiar a Algeciras, que, después de una heroica defensa de año y medio, cayó en su poder en 1344. El hecho era de la mayor importancia, porque privaba a los musulmanes de su principal puerto de ingreso. Pero Gibraltar seguía aún en manos de los moros, y en las grandes Cortes de Alcalá[118] de 1348, Alfonso pidió y obtuvo fondos para tomar la plaza. El sitio fue largo; en el ejército castellano se declaró una gran epidemia; pero Alfonso XI se negó obstinadamente a retirarse, aun durante cierto tiempo, y a principios de la primavera de 1350, el rey mismo murió, víctima de la plaga. De su mujer, María de Portugal, sólo tenía un hijo de quince años, llamado Pedro; pero de su amante, María de Guzmán, que había suplantado por completo a la reina, dejó descendencia numerosa; y su injusta parcialidad por la misma había ofendido gravemente a sus súbditos, altos y bajos. El joven Pedro, que había sido educado en Sevilla por su repudiada y abandonada madre, era un mozo de violentas e indomables pasiones, a quien se había enseñado desde la niñez que a su debido tiempo le llegaría su desquite; y joven como era a la muerte de su padre, estaba dispuesto a no desperdiciar la lección.

---

118 Las Cortes de Alcalá no fueron sólo famosas por la promulgación del Código alfonsino, sino por lo mucho que además legislaron del más alto interés. Se confirmaron todos los privilegios municipales y generales, pero con la importantísima modificación de que sólo eran válidos mientras se ejerciesen efectivamente; y con espíritu semejante se trataron los privilegios de los nobles. Estas Cortes elevaron al rey una exposición deplorando el lujo y la prodigalidad crecientes de la época, y proponiendo las reglas más rígidas para combatirlos. Esos reglamentos son sumamente interesantes, por marcar el tipo superior de gasto comparativamente con los edictos de Alfonso X noventa años antes. Lo que más parecía preocupar a las Cortes era el gran derroche en el vestir y en los gastos de boda. Los reglamentos evidenciaban aún cuan excesivo era el dispendio en adornos. El traje de boda de la novia podía costar 4.000 maravedís, el del novio 2.000, y podía convidarse legalmente a la fiesta a 32 personas. Ningún caballero podía dar a su mujer más de tres vestidos en el término de cuatro meses de matrimonio; y el uso de colas, excepto por las damas nobles que fuesen en literas, se prohibía a las mujeres como una moda censurable, costosa e inútil. Es muy de advertir, como síntoma de la decadencia del privilegio noble, que en este código los nobles que delinquen deben perder una cuarta parte de sus tierras, los caballeros deben perder un tercio de sus bienes, los ciudadanos deben pagar una multa de 500 maravedís, y las clases más pobres, en vez de incurrir en las penas de tortura y de muerte por leves faltas contra el código suntuario, sólo eran condenadas a perder el vestido pecaminoso o su valor en dinero.

El rey Alfonso había dejado al mayor de sus hijos ilegítimos el feudo de Trastamara, y había dotado espléndidamente a doña María de Guzmán y a sus otros hijos. Esto, naturalmente, provocó los celos del nuevo rey y de su madre, y desde los primeros días del advenimiento de Pedro empezó la persecución de sus hermanos bastardos. La mortal contienda que anegó a Castilla en sangre se inauguró con el destierro de los hermanos bastardos del rey y la traidora prisión y subsiguiente asesinato en Sevilla de Doña María de Guzmán, aunque la principal reprobación por esto último debe recaer, no sobre el joven monarca Pedro I —a quien no se llamaba aún Pedro el Cruel—, sino sobre su madre y su primer consejero, Don Juan de Alburquerque, que había sido ministro de su padre.

El veredicto usualmente aceptado de que Don Pedro fue un monstruo de iniquidad no debe admitirse sin algunas restricciones. Las crónicas de su reinado fueron escritas por López de Ayala, el historiador oficial de su enemigo y sucesor, y cada cosa que cuenta contra Don Pedro la presenta por el lado más sombrío. Hemos visto que sus predecesores y sus contemporáneos tenían ideas muy diferentes de las nuestras en punto a la santidad de la vida humana y a la permanencia del vínculo matrimonial; hemos visto imperar en los palacios de los reyes la lascivia y el asesinato; hemos visto que la fe jurada, la lealtad y el sagrado honor eran temas a propósito para declamaciones altisonantes, y cosas que se usaban como meros peones en el tablero de la intriga, cuando convenía a los designios del príncipe.

Que Don Pedro adoptara la única política conocida entonces de hombres como él, la política seguida durante siglos por los Alfonsos y los Jaimes, no es para causar asombro. Que fue cruel, perjuro, licencioso y asesino, es indudable, porque ésa era la norma de los reyes peninsulares de su tiempo; pero presentarle como el rey de Castilla excepcionalmente «cruel» es falsificar la historia y cerrar los ojos a las costumbres y a la moral de la España de la Edad Media. El secreto de su fracaso e impopularidad con los nobles no debe buscarse tanto en su maldad y en su falsía, a pesar de lo grandes que eran, como en su resolución de continuar la política de su padre, de apoyarse principalmente en los pueblos representados en Cortes, y poder contrarrestar así los esfuerzos de los nobles por conquistar la supremacía en el Estado.

Con este propósito convocáronse Cortes en Valladolid al año del advenimiento de Don Pedro (1351), y se adoptaron una porción de disposiciones en beneficio de las clases medias. Los menestrales tenían que trabajar bajo penas severas desde la salida hasta la puesta del sol por un salario fijo, y la holganza se castigaba brutalmente; se protegía al comercio y a la industria mediante la prohibición de monopolios y la restricción de las atribuciones de los gremios de artesanos. Se estableció un sistema rudimentario de policía urbana para la aprehensión de malhechores, por cuya virtud, al toque de una campana de alarma, una partida de habitantes armados debía salir a prestar servicio[119]. Se restringió la tala de los montes, y se garantizó la seguridad personal de los vasallos de los nobles. Contra las clases superiores hubo también una colección terrible de leyes limitando el esplendor del boato.

Mientras se andaba en negociaciones con el rey de Francia para el matrimonio de Don Pedro con una princesa francesa, Blanca de Borbón, el joven rey entraba en relaciones con Doña María de Padilla; y cuando Alburquerque y la reina madre, a fuerza de instancias, lograron al fin que dejara a su concubina para contraer matrimonio, lo hizo de mal talante, y a los tres días de la boda abandonó a su mujer francesa, que después fue envenenada (1366), y se fue a vivir otra vez con Doña María de Padilla, escandalizando a su pueblo. Cuando nació su hija Constanza (casada luego con Juan de Gante), y Doña María de Padilla se retiró temporalmente a un convento, el joven monarca, de

119 Se llamaba el somatén, y en Aragón, por lo menos, subsistía en el siglo XIX. Otra serie curiosa de disposiciones se aprobó a petición de esas Cortes. Los pueblos se quejaban mucho de lo gravosas que les eran las visitas de la corte, y se decretó que en el porvenir las ciudades principales no tenían que dar en esos casos más que 45 carneros, a 8 maravedís cada uno; 22 docenas de pescado seco, a 12 maravedís la docena, y pescado fresco por valor de 30 maravedís, con otras provisiones en proporción, no debiendo exceder el coste total de la fiesta de 1.850 maravedís. Los pueblos y los nobles particulares no debían gastar más de 800 maravedís en semejantes ocasiones.

menos de veinte años aún, violó a una dama de alta alcurnia, que estaba ya desposada con la Iglesia, Doña Juana de Castro, y para salvar las apariencias se casó con ella, aunque luego la repudió para volver con su primera amante, con quien también se había casado.

Todo esto fue un pretexto excelente para que se sublevara la liga de los nobles, y aun varias de las ciudades. Don Pedro fue encerrado por sorpresa en la ciudad de Toro, y allí se le presentó un ultimátum; pero, gracias a la destreza de su tesorero judío, Manuel Leví, se evadió y huyó a Sevilla. Organizando una fuerza, se dirigió hacia el Norte y tomó a Toledo, que se le había resistido, y perpetrado una terrible matanza de todos los comerciantes principales, judíos en su mayoría. Después, marchando a Toro, tomó tremenda venganza (1356): nobles, caballeros y burgueses recibieron la muerte en su presencia, hasta que al fin, se dice, llegó la sangre en la estancia a la altura del tobillo.

Cuando Toro quedó bien castigado, el rey se volvió a su favorita Sevilla; y allí, con pretexto de reconciliación, su hermano bastardo Fadrique, Gran Maestre de Santiago, fue invitado a visitarle, con las mayores promesas de seguridad. En presencia del rey fue asesinado su hermano con las circunstancias más atroces; y se asegura que la propia daga de Don Pedro asestó al fin el golpe fatal (1357). Después asoló a Castilla la matanza. Del regio alcázar de Sevilla salían malhechores con el encargo de buscar y asesinar a todo personaje tenido por adversario del rey. Don Juan de Aragón[120], su primo, murió víctima del odio de Don Pedro, cuyo huésped era; y poco después se asesinó por orden suya al menor de sus hermanos bastardos y a la mujer de otro hermano (1369), Sería innecesario e inútil recorrer toda la lista de las atrocidades que cuenta Don Pedro López de Ayala; pero una perfidia como el asesinato del príncipe aragonés, de Abu Said, el rey moro de Granada[121], de sus propios hermanos, de los nobles castellanos principales y de los más fieles servidores, como Gutierre Fernández, su embajador en Roma, y el tesorero judío, Samuel Leví, levantó naturalmente contra el rey de Castilla una poderosa confederación de enemigos, así del país como de fuera, y Don Pedro no tardó en encontrarse en guerra con Aragón, en cuyos dominios había buscado refugio con muchos caballeros castellanos el mayor de los hermanos bastardos del rey, Enrique de Trastamara. Cuando después de una lucha destructora, pero indecisa, se pactó la paz por mediación del Papa, Don Enrique, conociendo la táctica seguida usualmente en tales casos, huyó a Francia por cierto tiempo[122], y allí se ocupó en organizar la invasión de Castilla.

La paz de Bretigny, en 1360, había dejado desocupados en Francia un gran número de soldados, tanto franceses como ingleses, que, formando partidas, cometían tropelías por todas partes. Estaban dispuestos a emprender cualquier aventura que se les pagase, y con satisfacción del rey de Francia fueron alistados por Don Enrique de Trastamara para auxiliarle en la lucha contra su hermano. A esas Compañías Blancas, mandadas por el célebre soldado bretón Beltrán Duguesclín, se unieron muchos caballeros franceses, a causa del ultraje inferido a Doña Blanca; y no pocos caballeros ingleses marcharon con sus intrépidos compatriotas a castigar al rey de Castilla. Enrique de Trastamara y Duguesclín fueron recibidos con los brazos abiertos por Pedro IV de Aragón; y acompañado por sus hermanos, por príncipes de la casa de Borbón y por los mejores caballeros castellanos y aragoneses, el pretendiente se dirigió al reino de su hermano por Cataluña, en medio del júbilo de ricos y pobres; y venciendo la débil resistencia que encontró, fue proclamado rey en Calahorra (1366).

---

120 Don Juan reclamaba el señorío de Vizcaya por derecho de su mujer, y Don Pedro le había prometido la investidura a cambio del asesinato de su hermano Fadrique. Como el asesinato, no obstante, fue obra de otras manos, Don Juan recibió la muerte traidoramente en presencia del rey, y luego su cadáver fue arrojado por la ventana a los vizcaínos que formaban su séquito, dioiéndoles: «Ahí tenéis vuestro señor; tomadle.»

121 El asesinato de Abu Said no pudo ser más atroz, puesto que parece que su único objeto fue el robo de las espléndidas joyas del moro.

122 Como ya se ha dicho, uno de los artículos secretos del Tratado entre Don Pedro el Cruel de Castilla y Pedro IV el Ceremonioso de Aragón era que Enrique de Trastamara sería asesinado en Aragón.

Don Pedro con sus fuerzas había avanzado hasta Burgos; pero la noticia de que todo el reino estaba contra él, y de que el ejército de Enrique era irresistible, le llenó de terror, y abandonando sus tropas, huyó, primero a Toledo, después a Santiago, donde asesinó al arzobispo por codicia y libertinaje; y luego, embarcado, a Gascuña, donde Eduardo, el Príncipe Negro, tenía su corte en representación de su padre, el rey Eduardo III de Inglaterra.

Entretanto, Don Enrique de Trastamara marchó en triunfo al través de su nuevo reino, y fue coronado en Burgos con toda pompa. Los que le habían auxiliado fueron recompensados espléndidamente. Distribuyéronse títulos hereditarios de Castilla desconocidos hasta entonces[123], y en adelante los reyes de Castilla dispusieron de otro medio poderoso de dominar o dividir a los nobles concediendo títulos.

Pero Enrique II de Castilla y de León no estaba destinado a gobernar tranquilamente. Por razones que ya se han apuntado, mientras que Aragón tenía por lo común intereses antagónicos con los de Francia, nada había que separase permanentemente a este último país y a Castilla. Por lo mismo, siempre había sido política de los reyes ingleses mantener relaciones amistosas con Castilla, y apartarla así, hasta cierto punto, de la amistad francesa[124]. Así aconteció especialmente en el momento actual, porque no sólo estaba reciente aún la memoria de la gran guerra entre Inglaterra y Francia, sino que Francia había arrojado en la balanza todo el peso de su influencia contra Pedro. El último, pues, fue recibido amablemente en Burdeos por el Príncipe Negro, y después de consultar con el rey de Inglaterra, se firmó un Tratado en Libourne (Septiembre de 1366), por el cual el Príncipe Negro prestó a Don Pedro 6.000 florines de oro, pagaderos en el plazo de un año, y se comprometió a restaurar a Don Pedro en su trono, a cambio del señorío de Vizcaya; mientras que el falso Carlos el Malo de Navarra, aunque ya había sido sobornado por Enrique con una suma considerable de dinero, se comprometió a permitir a los nuevos invasores atravesar su reino por el paso de Roncesvalles.

Se llamó a los aventureros ingleses que estaban con Don Enrique, incluso a Sir Hugo Calverly, a quien el rey de Castilla había hecho conde de Carrión, y con las restantes fuerzas fueron, dirigidos por su propio príncipe Eduardo y su hermano, Juan de Lancaster (o de Gante), contra el usurpador del trono del asesino. En el primer encuentro, cerca de Vitoria, los ingleses fueron rechazados a Navarra; pero después, cerca de Nájera, derrotaron completamente a Enrique de Trastamara y los suyos. Fue una gran victoria para las armas inglesas, aunque obtenida por una mala causa, porque el Príncipe Negro era uno de los soldados más brillantes de Europa; y su hueste de caballeros, la flor de la caballería inglesa, y un ejército de aguerrida infantería, aventajaban con mucho a los mercenarios extranjeros y a los campesinos a medio armar que combatían por el bastardo Enrique de Castilla.

Enrique huyó a Aragón; su hermano Sancho, Beltrán Duguesclín, los Grandes Maestres de Santiago y Calatrava y los principales jefes franceses cayeron en manos de los vencedores, y Don Pedro el Cruel volvió a ser rey de Castilla. Don Pedro estaba por la venganza sangrienta, y el caballeresco Príncipe Negro no tardó en disgustarse de su sanguinario aliado. El inglés le había exigido juramento de que no se mataría a los prisioneros, y, cuando vio que la promesa era violada, amonestó severamente al rey inhumano. Pero, una vez en salvo dentro de las murallas de su ciudad de Burgos, con el grueso del ejército aliado acampado fuera, Don Pedro dio rienda suelta a su deseo de sangre. En vano protestó, reconvino y amenazó el príncipe inglés. Pedro no le dio la recompensa estipulada, trató de envenenarle, y no le faltó mucho para conseguirlo; y luego le abandonó a él y a su ejército sin víveres ni recursos, huyendo a su amada Sevilla, y dejando morir de peste y de hambre a los ingleses que le habían restaurado en el trono, o volverse, como hicieron algunos, por

123 Los condes de Castilla, de Barcelona y de Portugal habían pasado a ser reyes hacía tiempo. Los ricos homes no llevaban otro título que el de barones en Castilla, y al tiempo de su advenimiento, Enrique de Trastamara era el único conde.

124 Había ya, además, un comercio considerable entre Castilla e Inglaterra en vinos y lanas.

los agrestes Pirineos a las hermosas llanuras de Gascuña (1367), para trabar allí de nuevo con los enemigos franceses la desastrosa guerra que siguió.

Al año siguiente Enrique de Trastamara, con menos gente que antes, pero acompañado aún por Duguesclín, volvió a cruzar Aragón, y entró en Burgos, con regocijo de sus súbditos, casi todos los cuales se declararon en su favor. Don Pedro, sin más que Andalucía y Toledo a sus espaldas, fue sitiado en el castillo de Montiel, y trató de entrar en un convenio pérfido con Duguesclín para que le entregase a su hermano Enrique. El astuto francés fingió aceptar, y Don Pedro marchó disfrazado a la tienda de Duguesclín, donde se encontró cara a cara con Don Enrique, a cuya madre y cuyos hermanos había asesinado. Otra vez el hermano mató al hermano; pero ahora la víctima fue Don Pedro, cuyo negro corazón atravesó el puñal de Don Enrique el Bastardo, en adelante Enrique II de Castilla (1369).

El carácter personal de Don Pedro es una cuestión secundaria para nuestro fin de ahora, y podemos dejar discutir a otros el grado positivo y relativo de su criminalidad. Pero es seguro que, si le hubiese sido dado continuar la política de Alfonso XI, por cuya virtud iba despojándose gradualmente de su poder a la antigua nobleza territorial, se hubiera evitado una gran parte de las turbulencias y de la efusión de sangre de los cien años siguientes. La rebelión de Enrique de Trastamara contra su hermano no fue tanto la empresa de un bastardo atrevido para arrancar la corona a su legítimo poseedor, como un levantamiento de los señores territoriales para reafirmar sus opresores privilegios, cuya razón de ser había pasado ya.

Como los varios infantes rebeldes de los reinados anteriores, Enrique no fue más que un instrumento de los señores territoriales; y a no ser por el disgusto que causaba a las ciudades castellanas la conducta de Don Pedro, el pretendiente no hubiese sido más afortunado que sus antecesores. Así, pues, cuando Enrique II consiguió la victoria, los gananciosos fueron los nobles territoriales; y las mercedes prodigadas[125] por el nuevo rey, juntamente con el poder que les daba la circunstancia de ser Enrique hechura suya, obligaron a emprender de nuevo la lucha constitucional.

1300 a 1400

SUMARIO DE ESTE PERIODO

El desarrollo nacional había seguido distinto rumbo en Aragón y en Castilla. En el primer reino la derrota de los nobles en la batalla de Épila había impedido que el gobierno acabara por convertirse en una oligarquía feudal, y el Estado se había organizado ahora en un triple reino con Parlamentos constitucionales, en que los ricos y prósperos burgueses de las villas y ciudades representaban un gran papel. El poder legislativo de la Corona era grande; pero, como todas las regias prerrogativas, estaba estrictamente limitado por la ley. El fenómeno más digno de notarse en Aragón, ahora y después, era la perfección de su sistema judicial y la independencia de la judicatura respecto del poder ejecutivo.

En Castilla el punto principal que merece notarse es el desmedido desarrollo del poder de los concejos y su federación para oponerse a las reivindicaciones políticas y al despotismo social de los nobles. La lucha entre las clases populares y privilegiadas continuó durante este siglo y el siguiente; pero ya pronosticaban la derrota definitiva de la nobleza su exclusión de las Cortes y los muchos privilegios extraordinarios arrancados por los concejos a los reyes. La eliminación gradual de la nobleza y el clero de las Cortes de Castilla es un punto de historia constitucional de gran importancia. Tuvo su origen en la codicia de las clases privilegiadas, que las llevó a eximirse de contribuciones, y a hacer así innecesaria su presencia para la obtención legal de recursos; pero su consecuencia última fue permitir a los reyes destruir completamente el poder parlamentario,

125 Su liberalidad asustó a los nobles mismos, y le dirigieron una representación (*Archivos de Frías*, Catálogo 34, núm. 1) pidiéndole que no diese más feudos de la corona, o se arruinaría el país. Indudablemente la representación (que no lleva fecha) sólo fue elevada después de haber sido satisfechos los nobles principales.

entendiéndose separadamente con los dos elementos, entre los cuales no existía ninguna cohesión ni cooperación.

El período que ahora revisamos presenció también una serie de sucesos que tuvieron una influencia decisiva en la suerte futura de España, a saber: las reclamaciones y ambiciones del rey de Aragón sobre Sicilia, Cerdeña y Córcega, y el desarrollo consiguiente de la rivalidad secular entre Francia y Aragón. Como se verá después, todo el curso subsiguiente de la historia española se enlaza con este suceso. El comercio y la industria habían seguido el rumbo que tomaron en el siglo anterior. Uno y otra habían prosperado extraordinariamente bajo la influencia de los mozárabes y mudéjares incorporados a la España cristiana. La influencia de los mismos pueblos y tradiciones había penetrado ahora profundamente en las producciones artísticas de España, sobre todo en el Mediodía y en Levante, donde era suprema en arquitectura, adornos y muebles, y ha dejado huellas en el gusto hasta el día. Paralela a esta influencia fue la que vino de Francia e Italia, especialmente en materia de arquitectura religiosa, que al fin de este período adquiría la majestuosa forma del gótico ojival, educida por España de las producciones francesas.

La educación y la literatura habían marchado al paso con la creciente riqueza del país. Las cortes cristianas competían unas con otras en el cultivo y protección de las letras. Las universidades de España rivalizaban ahora con las de Italia y Francia; la literatura castellana se hallaba floreciente, y ya había dado al mundo algunas obras maestras.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Los productos de su suelo y de la industria y el gusto de los obreros semi-moros salían fuera en cantidades siempre crecientes. Las hermosas cruces procesionales y la plata de las iglesias, las vestiduras bordadas de oro y las armas y armaduras damasquinadas, eran tan bien conocidas en Inglaterra, Francia e Italia como en España misma, e influyeron profundamente en el gusto europeo hasta que el Renacimiento artístico vino a barrer los últimos vestigios de las formas románicas en que se habían ingerido los gustos franco, bizantino y moro.

Pero los servicios permanentes prestados al mundo por España durante este período fueron aún más intelectuales que materiales. Los cuentos del conde Lucanor, por Don Juan Manuel, ofrecieron modelos a Boccaccio y a Chaucer, y son una obra clásica todavía en toda lengua civilizada. El Arcipreste de Hita fue el precursor de Rabelais, López de Ayala el modelo de los futuros historiadores, y los escritos de un árabe español, traducidos por Alfonso XI, dieron a Chaucer los materiales para sus *Dichos y sentencias de los filósofos.*

VII.
Progreso y decadencia de la España medieval.

La España industrial en el siglo XIV.—El comercio de lanas y la Mesta.—Sedas y terciopelos.—Trabajo en metal.—Influencia árabe en el dibujo.—Introducción de géneros extranjeros.—La arquitectura gótica en España.—La arquitectura de los mudéjares.—La educación y las Universidades.—La literatura castellana en el siglo XIV.—Organización del gobierno y de la judicatura.—Pretensiones de Juan de Gante a la corona castellana.—Batalla de Aljubarrota.—Los nobles y los concejos de Castilla.—La decadencia de la independencia municipal.—El «Buen» Regente Fernando de Castilla.—Su elección para el trono aragonés.—Don Álvaro de Luna y Don Juan II de Castilla.—Estado social y literario de España bajo Juan II.—La influencia italiana.—La literatura de la caballería andante.—Su influencia sobre el carácter español.

Más de un siglo había pasado desde la conquista de Andalucía y Valencia, y la industria española había adquirido en el ínterin un carácter nacional que prestará interés a un examen sumario de la misma y de la situación del pueblo a fines del siglo XIV. Durante los primeros siglos de la reconquista las artes de la paz habían desaparecido casi enteramente entre los cristianos, y las manufacturas se circunscribían a. los artículos más ordinarios de uso indispensable. Como hemos visto en capítulos anteriores, la incorporación de poblaciones moras y mozárabes a la España cristiana, el aumento de la seguridad y el progreso general de la civilización dieron después gran impulso a los oficios, que se habían perfeccionado bajo la dominación árabe. Desgraciadamente, esos oficios, aunque muy prósperos, sobre todo durante el siglo XIV, permanecían casi exclusivamente en manos de los moriscos y «cristianos nuevos»[126], que los habían ejercido primitivamente, y fueron considerados, por consecuencia, como patrimonio especial de gentes a quienes la creciente influencia religiosa de un sacerdocio intolerante hacía que mirasen con desprecio y con odio los cristianos viejos. Del desdén por el obrero al desdén por la obra no había más que un paso; y los cristianos viejos, cuyos ascendientes habían vivido en estado de guerra durante siglos, empezaron a desdeñar industrias ejercidas principalmente por gentes sospechosas, que vivían aparte en sus aljamas, oprimidas por todo linaje de restricciones e inhabilitaciones, de que estaban libres los españoles de sangre pura. Lo mismo ocurría, especialmente en Valencia y Cataluña, con el comercio y los negocios bancarios, casi enteramente en manos de los judíos, los cuales vivían, como los moriscos, en sus propios barrios, y tratados con menosprecio, aunque utilizados en casos particulares por los reyes y los nobles que necesitaban su ayuda.

Desde los primeros tiempos las lanas de España habían sido las más hermosas del mundo. La situación agitada del país durante casi toda su historia, y quizá también la inclinación de sus primitivos habitantes, había hecho siempre de España un pueblo pastoril más que agrícola. En la meseta central se daba, y se da aún, trigo de calidad excepcional; pero los mil obstáculos opuestos a su transporte limitaban la producción a las necesidades locales. Los moros habían traído consigo el sistema perfecto de pequeño cultivo y de riego, que convirtieron a Valencia, a Murcia y a algunas partes de Andalucía en risueños vergeles, e hicieron ricos a los pacientes y laboriosos agricultores[127]; pero esa industria quedó circunscrita a ellos solamente, mientras que el español puro

126 Los cristianos nuevos eran esos moriscos o pueblo de sangre mixta que profesaba el cristianismo.

127 Los moros de Andalucía y de Valencia aclimataron y cultivaron un gran número de frutos y de plantas semitropicales poco conocidas hasta allí en Europa, y estudiaron la arboricultura y la horticultura, no sólo práctica, sino científicamente. La célebre obra sobre este asunto, de Abu Zacaría al-Awan, fue la base de tales libros y de la aplicación de la ciencia al cultivo. Procedía principalmente de manuscritos caldeos, griegos y cartagineses, ahora perdidos. España había producido bajo los romanos un libro famoso de agricultura, debido a Columela; pero, en lo tocante a conocimiento científico, no puede compararse con el Tratado de agricultura de Abu Zacaría.

siguió siendo, como siempre había sido, agricultor por necesidad, pastor por inclinación, cuando no era soldado. Los nobles y los señores eclesiásticos poseían grandes rebaños de carneros pequeños y de mala estampa, pero de lana espléndida; y en los primeros tiempos de la reconquista, cuando esas clases eran omnipotentes, se formó una confederación de esos ganaderos, que en los siglos XIV y XV llegó a constituir una corporación de inmensa riqueza.

Se llamaba la *Mesta*, y monopolizó de hecho el comercio de lanas en España durante siglos. Tenía su administración representativa, su fondo común, y posteriormente su tribunal especial. Las zonas montañosas de Soria y Segovia eran el centro estival de los grandes rebaños de carneros, que sumaban en conjunto, en el tiempo sobre que ahora escribimos, de cuatro a cinco millones de cabezas; pero al acercarse el invierno bajaban a las llanuras de Extremadura y a las vertientes inferiores de Sierra Morena, ocupando grandes trechos del país. La corporación era bastante poderosa para imponer condiciones a los propietarios territoriales, y toda Extremadura se veía así condenada a proporcionar pasto a bajo precio a los rebaños que poseían hijos de otras provincias, y se empobreció y despobló, al propio tiempo que una ancha zona de Norte a Sur quedaba improductiva a consecuencia del paso anual de millones de carneros. Los vellones eran muy hermosos, pesaban frecuentemente doce libras por animal, y eran solicitados por todo el mundo[128], especialmente por los fabricantes de paños franceses y flamencos. Pero, a pesar de todo, el paño fabricado en España continuó siendo de lo más basto hasta después del matrimonio de Catalina de Lancaster con el heredero de la corona de Castilla (1388), en que se fabricaron paños más finos y se adoptaron métodos mejores. Hasta ese tiempo los géneros usados por la clase superior venían de Brujas, de Londres y de Montpellier[129].

Durante la dominación árabe en el Mediodía, Jaén, Granada, Valencia y Sevilla habían sido grandes centros de cultivo y manufactura de seda[130], y en el siglo XII se hacía con Constantinopla y con el Oriente en general un comercio muy floreciente en sedas, terciopelos y brocados. Todavía en el siglo XIV y principios del XV las sedas de Valencia y los bordados de canutillo briscado y los tisúes de oro y plata de Córdoba y Toledo no eran superados en la cristiandad, a pesar de las cargas que imponían a los artífices la legislación del trabajo y las preocupaciones étnicas, y a pesar de los reglamentos suntuarios que castigaban el lujo.

El trabajo del oro y la plata para ornato de las iglesias y para el adorno personal se prosiguió también muy activamente en este período antes de sentirse la influencia del Renacimiento. Las magníficas cruces procesionales de la mayoría de las catedrales españolas[131] y las obras mayores, como el hermoso trono de plata del rey Martín el Humano de Aragón, en la catedral de Barcelona, están hechas en su mayoría de placas repujadas o cinceladas montadas en madera, y enriquecidas a veces con piedras preciosas o con esmaltes; pero no ofrecen ningún carácter distintivo, aparte de los que se ven en las producciones del mismo período de las demás naciones europeas, siendo el gusto aún románico-francés con tradiciones bizantinas.

---

128 Aun en el siglo IX la lana de España era famosa en Persia y en Oriente; y, como hemos apuntado en el primer capítulo de este libro, en época tan temprana como la fenicia era reputada como la más fina del mundo.

129 Jaime II de Aragón —soberano de Barcelona, donde había entonces cientos de telares que hacían paño basto— deseaba enviar un presente al sultán de Egipto (1314 y 1322), y eligió paños verdes de Chalons y paños encarnados de Reims y Douai; pero no mandó ninguna tela española, y las cuentas del administrador de Fernando V demuestran que toda su casa se vestía de telas importadas. El gran centro para la venta de lanas estaba en Medina del Campo, y las fábricas de paños de Segovia y Toledo eran las más activas y celebradas de Castilla, mientras que las principales de la parte oriental eran las de Barcelona. Se dice que la mejora en la calidad del paño español después de la venida de la princesa Plantagenet se debió hasta cierto punto a que formaban parte de su dote algunos rebaños de carneros ingleses, y la mezcla de los géneros permitió hacer mejores paños. Los tejedores flamencos mezclaban lana española con lana inglesa para sus mejores tejidos.

130 Edrisi dice que en el reino de Jaén había en el siglo XIII 3.000 pueblos donde se practicaba el cultivo del gusano de seda; en Sevilla había 6.000 telares de seda, y Almería tenía 800 para la manufactura de brocados de fantasía, etc. Se dice también que un ministro de Don Pedro el Cruel poseía 125 arcas de tisú de plata y oro.

131 En el Museo de Kensington hay un buen ejemplar de este período (num. 514, 1873).

El trabajo artístico del hierro se hacía también con gran perfección, especialmente en las verjas del coro de las catedrales, que fueron construyéndose en este período en la mayoría de las grandes ciudades de España. Había una gran exportación de hierro en barras a Flandes e Inglaterra, siendo los principales artículos que se exportaban, a cambio de los géneros finos que necesitaban las clases superiores españolas, el hierro, la lana, el cuero y el vino. En toda clase de obras de metal, como en arquitectura, había en este período mezcla no poco frecuente del último estilo árabe (o alhambresco), aunque esto donde más se ve es en los puntos donde abundaban los mudéjares, como en Toledo, donde las hermosas puertas de la catedral están hechas de madera cubierta de planchas de bronce con dibujos geométricos e inscripciones arábigas, y fechadas en 1337; y en Córdoba y Sevilla, donde las «puertas del perdón» son de construcción semejante y del mismo período. Iguales particularidades se advierten en las armas, que ahora se hacían en casi toda España, siendo más notable la influencia árabe sobre el dibujo de las producidas en Toledo y en el Mediodía que en las de Bilbao y Calatayud; pero los hermosos yelmos damasquinados de Granada y las rodelas de cuero y los escudos alargados con espléndidos realces de metal, hechos por los moros, eran apreciados por los cristianos tanto como por los musulmanes. En el ajuar y accesorios prevalecían también las mismas influencias.

Las obras más bellas, como las sillas de coro y los altares de las catedrales, revelan primeramente claro influjo francés y flamenco; pero a principios del siglo XV habían adquirido mayor libertad de líneas y fecundidad de invención en manos de los artistas españoles; y en muchos casos, donde los cristianos nuevos eran numerosos, se encuentran en las obras de madera de las mismas catedrales cristianas los airosos dibujos geométricos del arte árabe[132]. Aunque la importante manufactura de la cerámica de reflejos metálicos de los árabes continuó sin gran alteración de estilo en la mayoría de las partes de España, las producciones de Málaga, Valencia y Granada en los siglos XIV y XV alcanzaron una perfección antes desconocida, y eran buscadas en toda la Península[133]; y los azulejos, usados casi universalmente en España para decoración de las casas, que en un principio se hacían de mosaico, siendo cada fragmento de un color distinto para formar el dibujo, ahora se hacían de una pieza con el dibujo pintado. Debieron fabricarse en cantidades enormes, particularmente en Sevilla, a juzgar por lo que abundan aún en todos los puntos de España; y hasta la introducción del gusto del Renacimiento italiano en el siglo XVI, conservaron el puro estilo geométrico árabe en su decoración.

De estos hechos puede deducirse que, durante el período que historiamos, las artes árabes continuaron en las mismas manos que antes, pero con alguna menos actividad y prosperidad que en el siglo anterior, y con poco cambio en métodos y estilos. La decadencia en la producción de tejidos, particularmente, se debió en gran parte, sin duda, a la preferencia de las clases más ricas por los artículos de Francia, Italia y Flandes, y a la prevención creciente contra todo lo que llevase la marca del Islam. Como veremos después, el constante clamor de los españoles desde este tiempo (fin de siglo XIV) en adelante era que España se estaba quedando sin metales preciosos y primeras materias para pagar los costosos productos manufacturados importados del extranjero; y los imprevisores edictos que trataban de atajar esa corriente completaron la ruina de la industria española.

Pero, si la mayoría de las artes e industrias de España no vivían aún en el siglo XIV y principios del XV más que del impulso recibido de las conquistas de Toledo y de Andalucía, había un arte, por lo menos, en que los españoles dejaban atrás en este período a todos sus rivales. La larga lucha con un enemigo de otras creencias, el vivo sentido de lo sobrenatural y la constante instigación del clero durante la reconquista, habían hecho de la religión de los españoles algo

132 Como, por ejemplo, en la caja del órgano de la capilla fundada por el arzobispo de Sevilla en la catedral de Salamanca en 1374.

133 Como, por ejemplo, el hermoso vaso de la Alhambra, el lindo vaso de hiedra del Museo de Kensington, y algunos de los platos de la colección de Mr. Salting, del mismo Museo, que revelan la transición gradual del gusto oriental puro a las más amplias influencias introducidas por los modelos italianos.

diferente de la de todos los demás cristianos —más fiera, más militante, más fervorosa y agresiva—, a la vez que la natural exuberancia de la raza y su redundancia de expresión prestaban a todas las manifestaciones religiosas una forma exaltada y exagerada. Ya hemos notado que en el siglo XII habían empezado a insinuarse los primeros signos de la llamada arquitectura gótica en las macizas catedrales de arco redondo del estilo románico, adaptación española del tipo francés. A fines del siglo XIV el genio del pueblo había producido lo que era ya en rigor una adaptación especial del gótico; y durante este período y poco después luce esplendorosamente la gloria de España, sus atrevidas y nobles iglesias ojivales. Más claramente que en su literatura, mejor aún que en sus instituciones, manifiéstanse las características especiales del pueblo español en la piedra imperecedera de los grandes monumentos arquitectónicos producidos en esta temprana fase de su evolución como nación. Veneración profunda mezclada con un exagerado engreimiento, reticencia orgullosa trocada fácilmente en declamación florida, viva imaginación atropelladora de todas las limitaciones materiales: eso, y mucho más, puede verse en los severos espacios y macizos muros, rasgados por puertas y ventanas recargados de adornos; en edificios cuya vasta amplitud de espacio libre es aún el asombro y la desesperación de todos los arquitectos, y cuyos atrevidos arcos, desprendidos de soberbios haces de columnas, están rodeados por todas partes de una ornamentación tan exuberante, tan variada, tan profusa y prolija, que más parece obra de hadas que de hombres[134]; en claustros cuyo grave y severo fondo aparece velado por un hermoso encaje de piedra, cuya exquisita tracería, desarrollándose más florida cada vez, disimula su maciza fortaleza.

El mismo fenómeno que hemos observado en la degradación de la literatura latina por la influencia ibérica se demostró después en la decadencia de la arquitectura gótica merced al mismo espíritu. La gravedad exquisita de la traza principal, contrastando con la elegante ornamentación, perdióse después y fue sustituida por el desenfreno del adorno, libre de toda traba[135]. Las formas se viciaron, la fantasía degeneró en pesadilla; y después, bajo Felipe II, vino una reacción, y Juan de Herrera volvió a introducir el estilo romano, que en su forma española ha seguido siendo la arquitectura nacional hasta el día. Hasta dónde contribuyó el saber judío y árabe a la erección de las sublimes catedrales españolas de fines del XIII y del XIV, es difícil decir. En las del Norte y centro de España, como Burgos, León y Toledo, sólo hay ligerísimas huellas visibles de tal cooperación; y, con todo, dejando a un lado el concurso francés, que, especialmente en Cataluña, fue activo, sin duda, es cierto que los hombres de nacimiento español que poseían la mayor suma de saber científico en aquella época eran los de descendencia judía y árabe; y es de presumir que aun catedrales como la de Toledo[136], que, según Mr. Street, era «una gran protesta contra la arquitectura musulmana», debían algo de su belleza y solidez a los judíos, mozárabes y mudéjares, que al tiempo de su erección eran realmente los únicos artífices instruidos de las ciudades[137].

Pero, sin insistir en lo relativo a las iglesias de la España septentrional y central, hubo un desarrollo muy interesante de arquitectura en las partes del país que habían sido más recientemente

---

134 La espléndida catedral de Lérida fue empezada en 1203 y acabada doscientos años más tarde, y los claustros son de una magnificencia singular. Toledo, una de las más grandes catedrales cristianas (90.000 pies cuadrados), es del mismo período, y un buen ejemplar del contraste antes mencionado entre el exterior, comparativamente severo, y la decoración del interior, de una riqueza y belleza incomparables. La anchura relativa de muchas catedrales góticas españolas, y el cimborrio o cúpula central cubierta de pizarra, son sus características más notables. La catedral de Gerona, por ejemplo, tiene 73 pies de ancha por 160 de larga, con una amplitud de nave de 56 pies; y la de Manresa tiene 200 pies de larga, sólo el doble de su anchura. La proporción usual de la anchura con la longitud de las catedrales góticas inglesas viene a ser de un octavo.

135 Ejemplares de este desenfreno pueden verse en casi todas las adiciones y edificios posteriores a mediados del siglo XV, como las tumbas de la Cartuja de Miraflores, cerca de Burgos, y los claustros de San Juan de los Reyes, en Toledo.

136 La primera piedra fue puesta en 1227, por el más grande de todos los monarcas erectores de iglesias, San Fernando.

137 En apoyo de esta presunción puede citarse el hecho de que todavía en 1504, cuando los habitantes de Zaragoza quisieron construir su soberbia y hermosa torre, figuraban asociados al director español de los obras un judío llamado Ince de Galli y el moro Ezmel Ballabar.

reconquistadas, y aun en algunos casos tan hacia el Norte como en Aragón. Fue, por decirlo así, la cristianización de las tradiciones arquitectónicas árabes por los mudéjares, y la evolución de un nuevo estilo, del cual pueden verse aún muchos ejemplares, tales como la hermosa torre de la Giralda, de Sevilla; el Alcázar y la Casa de Pilatos, de la misma ciudad; la famosa Puerta del Sol, de Toledo, y el Palacio de Mendoza, en Guadalajara. Este fue también el período en que la arquitectura puramente hispano-arábiga acabó de despojarse de su rigidez bizantina, y alcanzó el apogeo de su espontaneidad y belleza en la Alhambra de Granada. Podemos, pues, decir que, en perfección arquitectónica al menos, España, desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XV, igualó, si no superó, a todas las naciones de la tierra.

Durante el mismo período de los siglos XIII y XIV se dio también un gran paso en materia de educación laica. La cultura había llegado a ser una moda cortesana. Alfonso X de Castilla, como hemos visto, era mejor literato que rey, pero el mismo Jaime el Conquistador de Aragón hubo de escribir su propia crónica; y un siglo después las cortes de ambos países estaban inundadas de escritores en verso, a imitación de los modelos provenzales, y de príncipes y cortesanos que buscaban fama como prosistas e historiadores. En circunstancias semejantes, es evidente que se necesitaba alguna especie de educación distinta de la preparación de candidatos para el sacerdocio. Verdad es que en las varias escuelas de las catedrales se daba instrucción en el saber profano a los hijos de los grandes personajes, especialmente en Palencia, que gozaba de la protección especial de los reyes de Castilla. Pero ni en Castilla ni en Aragón se proveyó regularmente a la educación seglar sistemática, hasta que Alfonso VIII, a fines del siglo XII, fundó la «escuela general» de Palencia (Universidad en 1212) y trajo maestros eminentes de Francia e Italia. Alfonso IX de León, pocos años después, promovió la formación de una escuela con profesores laicos en Salamanca, que San Fernando, a mediados del siglo XIII (1242), dotó espléndidamente como Universidad, trasladando allí la escuela de Palencia. Su hijo, Alfonso el Sabio, siguió protegiendo a Salamanca, y fundó la Universidad de Sevilla (1252); y los Papas rivalizaron unos con otros en complacer a sucesivos reyes de Castilla concediendo bulas y privilegios a maestros y estudiantes, con lo cual, a fines del siglo, Salamanca por lo menos era rival de París, Bolonia y Oxford. De allí a viente años, Alcalá (1293) y Valladolid (1304) fueron dotadas y elevadas a la categoría de escuelas superiores; y la juventud española de alto nacimiento, acometida de verdadera manía por la literatura, se aglomeraba en las escuelas, aunque puede sospecharse que con más deseo de adquirir lustre en las bellas letras que de estudiar las ciencias abstractas, el hebreo, el griego, las matemáticas, la geometría y la astrología, para cuya enseñanza había profesores. En Aragón, naturalmente, la tendencia era tan poderosa como en Castilla, si no más, porque allí se sentía más inmediatamente el influjo de la cultura francesa. La corte de Aragón, aun bajo el batallador Jaime, era una corte literaria; bajo sus sucesores llegó a ser una mansión encantada de poesía; y la fundación de las Universidades de Palma de Mallorca (1280), Valencia (1245) y Lérida (1300), a que habían de seguir en los siglos inmediatos Barcelona, Gerona, Huesca y Zaragoza, prueba que en achaque de letras Aragón no iba a la zaga de Castilla.

La literatura castellana estaba ahora en pleno desarrollo e iba tomando un sesgo peculiar, mezclando las tradiciones provenzales, de que estaba tan prendada, con huellas del estilo sentencioso que los árabes y los judíos habían continuado, inspirándose en los modelos anteriores. Alfonso X y su hermano Fadrique, por vía de pasatiempo cortesano, hicieron traducciones de estudios y cuentos orientales, como *Calila y Dimna* y *Engaños de Mujeres* (1253). Sancho IV, su hijo, mandó hacer o patrocinó la traducción de una enciclopedia del saber general (*El Lucidario*), y las colecciones de sentencias de Isac al Ibadi y de Abdul Wafá Mubashir ben Fatik, que suministraron a Caxton materiales para sus *Dichos y sentencias de los filósofos*. Las letras castellanas tendían en general en el siglo XIV hacia la poesía didáctica y la filosofía versificada, como la *Vida de San Ildefonso*, los *Proverbios en rimo de Salomón*, y el curioso *Poema* (mudéjar)

de Yúsuf, escrito en castellano, pero con caracteres árabes[138], que, aunque de origen oriental, se basaba a las claras, en lo tocante a la forma, en modelos primitivamente provenzales.

Pero hubo, por lo menos, en el siglo XIV, un genio literario español capaz de trasmutar sus antiguos modelos hasta el punto de crearse un estilo propio. El jovial y disoluto sacerdote Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, un Rabelais español, que conoció las prisiones, como San Pablo y Cervantes, fustigó a los clérigos contemporáneos, altos y bajos, incluso él mismo, con una sátira desenfadada que debió parecerles más que un sacrilegio. A semejanza de poetas más famosos aún, tomó sus materiales, árabes y franceses, donde los encontró; pero transfiguraba cuanto caía en sus manos con su cáustica vena y su alegre y desbordada exuberancia. Era un verdadero compatriota de Marcial, y compatriota también de Mendoza y de Mateo Alemán. Los tipos que satirizaba —el noble hambriento y jactancioso, la medianera hipócrita, el criado taimado y el sacerdote lascivo— eran tipos tan reales de la vida española en los versos del Arcipreste, como cientos de años después en el *Lazarillo de Tormes* y en *Guzmán de Alfarache.*

Un nombre literario mucho más famoso, al menos para lectores extranjeros, es el del príncipe castellano Don Juan Manuel, sobrino de Alfonso el Sabio (1282-1347), cuyos *Cuentos del conde Lucanor*, serie de 49 apólogos didácticos, algo a imitación de parte de las *Noches árabes* que también sirvieron de modelo a Boccaccio y a Chaucer, se han traducido a todas las lenguas civilizadas. Esos cuentos, cada uno de los cuales tiene su aplicación moral, toman su asunto muchas veces de la vida española de aquel período, y son modelos de narración dramática, a la vez que un tesoro de informes sobre las costumbres del tiempo. Don Juan Manuel, a cuya mala carrera política hemos hecho ya referencia, escribió multitud de libros —crónicas, libros de caballería, de guerra, de caza, sobre el arte de gobernar[139], exhortaciones, y otros muchos—; pero, como autor, vive por los cuentos del *Conde Lucanor*, primera aparición en España del relato breve, inspirado en las tradiciones orientales y amoldado al gusto y al lenguaje de la Europa moderna.

También Alfonso XI, si no fue autor, según se afirma, porque el hecho es dudoso, fue, como su tutor, amante de las letras e inspirador de la *Crónica rimada* que lleva su nombre; y la corte de Don Pedro el Cruel pudo enorgullecerse de un famoso poeta y filósofo judío, Rabbí Sem Tob, que escribió en verso castellano infinidad de proverbios morales, derivados principalmente de fuentes árabes y judías, pero dignificados en el tono y nuevos en la forma de presentación.

También el célebre historiador y cortesano Pedro López de Ayala fue favorito de Don Pedro el Cruel, cuyo nombre ha transmitido para eterno baldón. Servidor desleal, tipo de la nobleza veleidosa del día, abandonó a un amo tras otro, a medida que declinaba su fortuna. En la batalla de Nájera (1367) fue hecho prisionero por el Príncipe Negro, que le llevó, según se dice, a Inglaterra —o, como es más probable, a Gascuña—; y en la gran batalla de Aljubarrota, donde Juan II de Castilla fue derrotado por los portugueses (1385), volvió a caer prisionero, y permaneció cautivo en una jaula de hierro durante meses. Este hombre, de vasta y variada experiencia, de noble nacimiento y alta posición, se complacía, como el príncipe Don Juan Manuel, en consignar por escrito lo que había visto y aprendido en el largo curso de su vida. Es mejor conocido por su Crónica de los reyes a quienes sirvió; pero, aunque su estilo histórico es de más fuerza persuasiva que el de sus antecesores y contemporáneos, carece del tono festivo y del humorismo con que Froissart describe algunas de las escenas, en que tomó parte también López de Ayala. Sin embargo, donde brillan más sus dotes es en un largo poema escrito en su vejez, el *Rimado de Palacio*, enérgica sátira social que anatematiza sin conmiseración todos los vicios y flaquezas del tiempo en que vivía. Con revelaciones de sí mismo que llevan el sello de la sinceridad, él, como el regocijado Arcipreste de Hita, fustiga sus propias debilidades tan severamente como las ajenas; y la convicción que saca el lector moderno de las *Rimas de Palacio* es que el castellano del siglo XIV no tenía nada que

138 Esa escritura aljamiada era usada frecuentemente por los moros que vivían en la España cristiana.

139 El *Libro de los Estados*, en que el autor utiliza el cuento como vehículo para expresar sus opiniones sobre religión, política y moral.

aprender en punto a malignidad de sus compatriotas del XX. El canciller López de Ayala escribió otros libros y muchas traducciones; pero sólo se le recuerda por una historia que presenta para siempre como un monstruo atroz a su amo, el rey Don Pedro I de Castilla, y por un poema que estigmatiza a la sociedad en que vivió como profundamente viciosa y despreciable.

Tal era, en resumen, el estado de cosas en Castilla y León cuando, en 1369, Enrique de Trastamara, hijo bastardo de Alfonso XI, escaló el trono pasando por encima del cadáver de su hermano, Pedro el Cruel. El nuevo monarca se encontró enfrente de un cúmulo de dificultades. Tenía que satisfacer a los nobles que le habían colocado en el trono, pero no se atrevía a indisponerse con los pueblos, varios de los cuales permanecían fieles a la memoria del rey legítimo. Además, los mismos nobles se hallaban divididos en facciones antagónicas; y, por remate, Portugal, Navarra, Aragón e Inglaterra estaban al frente del usurpador. Fernando de Portugal, biznieto de Sancho el Bravo de Castilla, pretendía la corona; y Constanza e Isabel, las dos hijas de Don Pedro I, estaban casadas con los dos príncipes ingleses, Juan de Gante y Eduardo, conde de Cambridge —después duque de York—, el mayor de los cuales afirmaba también su derecho al trono de Castilla.

En tales circunstancias, lo primero que necesitaba Enrique II, después de haber castigado al rey de Portugal y los moros de Granada por sus respectivas agresiones, era atraerse amigos. Su legislación, pues, en las dos primeras Cortes de Toro después de su advenimiento (1369 y 1371), tendió a conquistar la confianza de las villas y ciudades[140]. Se castigaba severamente a los ladrones y malhechores, altos o bajos, con los cuales no había seguridad en los caminos, y se dio una ley de trabajadores más restrictiva que nunca, en la cual, no sólo se determinaban los salarios y las horas de trabajo, sino que se señalaban precios para todos los artículos ordinarios de consumo. Pero lo más importante de todo fue la completa reorganización del procedimiento judicial que adoptaron esas Cortes.

Ya se ha expuesto que la jurisdicción primaria, tanto civil como criminal, con excepción de las causas referentes al clero, estaba en manos de los municipios y de los poseedores de los grandes feudos tributarios (honores); pero siempre había una apelación última al soberano. A este fin, sucesivos reyes, desde la época goda, habían asociado a su corte ciertos funcionarios para que los asesorasen en materias legales. Esos funcionarios llegaron a constituir, como en otros países, una especie de tribunal, cuyas decisiones eran confirmadas por el rey; y el código de Alfonso el Sabio (1274) constituyó regularmente ese tribunal. Se nombraron veintitrés alcaldes de corte —nueve en Castilla, seis en Extremadura y ocho en León. Tres de los castellanos y cuatro leoneses debían acompañar siempre y aconsejar al rey por turno, y reunirse todas las mañanas desde la primera misa hasta la misa mayor, y el mismo rey debía juzgar por sí mismo y ser accesible a todos los litigantes tres días en semana antes del almuerzo, y recibir después del almuerzo a los nobles que deseasen dirigirle peticiones o consultas. Sus largas ausencias del país y la turbulencia de su reinado habían sido parte para que esas disposiciones cayesen en desuso, y Fernando IV y Alfonso XI dieron nuevas reglas con fin análogo, señalando el último de ellos, en las Cortes de Madrid de 1329, dos días en semana para negocios: el lunes para asuntos de gobierno, y el viernes para entender en apelaciones y causas civiles y criminales, en unión «con sus alcaldes, homes buenos de las ciudades y el consejo».

Pero en virtud del «ordenamiento sobre la administración de justicia», decretado por Enrique II en las Cortes de Toro (1371), se adoptó un nuevo código de procedimiento judicial, instituyéndose la Cancillería o Audiencia como tribunal de apelación. Siete de los jueces (oidores) eran obispos, y, a más de éstos, se nombraban ocho alcaldes de varias divisiones del reino para

140 Una de las concesiones más extraordinarias de Enrique II fue la hecha en respuesta a una petición de las Cortes de Burgos de 1367, durante su primera dominación. Consistía ésta en que los representantes del estado llano, elegidos por los municipios, entrasen a formar parte de su consejo con los nobles y prelados que le habían compuesto hasta allí. Esos consejeros populares se llamaban *homes buenos*, y eran doce: dos de las ciudades castellanas, otros dos de León, y el mismo número de los reinos de Galicia, Andalucía, Toledo y Extremadura. Esta concesión fue confirmada en Toro en 1369.

asistir y aconsejar al rey sobre materias judiciales en casos de última apelación de las decisiones del alto tribunal. La Audiencia así establecida recogió de manos de los nobles el poder judicial, y a los pocos años tuvo su asiento permanente en Valladolid, donde continuó hasta el siglo pasado el tribunal principal de Castilla. Al propio tiempo se definieron las funciones y atribuciones de los jueces de primera instancia de las ciudades y de los distritos rurales, y todo el edificio judicial adquirió de hecho forma permanente. Se decretó especialmente que la administración de justicia no estuviese en manos de los nobles, sino de hombres instruidos en la ley, y en todo caso la sentencia debía hallarse de acuerdo con los fueros locales. Se ordenó en las mismas Cortes que se desmantelasen todas las fortalezas situadas en medio del campo, y que no se rehabilitasen sin el consentimiento del rey; y otras disposiciones análogas dieron a los municipios y a la clase media un grado de independencia y de poder como nunca antes habían disfrutado[141].

Atraídas así las villas y ciudades, aunque a costa de algún desvío de la clase noble, Enrique II renovó su guerra con el pretendiente portugués, contra quien se había levantado la nobleza de su reino, y el monarca de Castilla pudo llegar a las puertas de Lisboa, cuya ciudad sitió. Pero el Papa arregló una paz, en cuya virtud, Sancho, hermano del rey de Castilla, debía casarse con Beatriz, hermana del rey portugués, al propio tiempo que Fadrique, hijo bastardo de Enrique II, debía casarse con la tierna hija de Fernando de Portugal, y otra hija bastarda de Fernando con Alfonso, hijo ilegítimo del rey de Castilla.

No bien se concluyó este complicado tratado de paz, tuvo que marchar Enrique contra Carlos el Malo de Navarra, que había ocupado algunas de las ciudades castellanas. También terminó el Papa esta contienda, y Enrique se encontró después frente a frente con Pedro IV de Aragón, que resucitó las antiguas reclamaciones de la soberanía de Murcia; y, como consecuencia, Juan de Gante, duque de Lancaster, juzgó propicia la ocasión para hacer valer los derechos de su mujer a la corona de Castilla[142]. Pero la flota inglesa expedicionaria fue derrotada y destruida por los castellanos a la altura de la Rochela (1372), y la pretensión inglesa tuvo término por entonces. Enrique de Trastamara murió pocos años después (1379), dejando a su hijo mayor, Juan I, como heredero de la corona.

Durante todo el reinado de Enrique y de sus sucesores, continuaron las facciones turbulentas de los nobles. Se habían hecho enormemente más ricos con las mercedes enriqueñas, pero por lo mismo habían aumentado sus rivalidades recíprocas; y aunque sus disputas traían revuelto el país, las confederaciones de ciudades eran ahora, indiscutiblemente, el mayor poder del Estado. Algunos de los nobles descontentos, mal avenidos con aquel estado de cosas, ofrecieron su apoyo a uno u otro de los pretendientes; y Juan I, al comienzo de su reinado, volvió a encontrarse en guerra con Portugal. El desenlace fueron nuevos proyectos de matrimonios, y la hija de Fernando de Portugal, Beatriz, que había sido desposada con el bastardo Don Fadrique, quedó ahora unida nominalmente al infante Enrique de Castilla. Este arreglo fracasó también con motivo de reanudarse la guerra, gracias a la ayuda prestada por el conde de Cambridge a Fernando de Portugal; y cuando el legado pontificio negoció una paz nueva, la misma princesa Beatriz fue casada con el niño Fernando, hijo de Juan I. Pero a poco murió la mujer del último, y entonces se convino finalmente en que la princesita Beatriz, tantas veces desposada, se casaría con el mismo rey de Castilla, llevando consigo la herencia de la corona de Portugal y la futura unión de los dos países.

Fernando de Portugal murió inmediatamente después, y Juan de Castilla trató de tomar posesión de Portugal, en virtud de su tratado de matrimonio. Pero no había simpatías entre los portugueses y los españoles; y la nobleza del país más pequeño, celosa de su independencia, se

141 En este tiempo fue cuando los nobles se trasladaron principalmente a las villas y ciudades, construyendo sus casas solariegas en las calles de las poblaciones que hasta allí les habían pagado tributo. Desde este punto también empezaron a declinar los municipios.

142 Pedro el Cruel y el arzobispo de Toledo juraron que el primero estaba casado legalmente con Doña María de Padilla, y, por consiguiente, que Constanza, la duquesa de Lancaster, era legítima. Pero no había más prueba que su palabra.

levantó y mató a aquellos de los suyos a quienes se suponía favorables a Castilla, y proclamó rey de Portugal al gran maestre de la Orden de Avís, Don Juan, hijo bastardo de Pedro IV de Portugal, que era apoyado por Inglaterra contra Castilla, mientras que Francia prestaba su auxilio a la última. Sólo la lucha podía decidir la cuestión, y los dos ejércitos se encontraron (agosto de 1385) en los famosos campos de Aljubarrota, donde los castellanos fueron derrotados con terribles pérdidas, y Portugal aseguró su independencia por doscientos años más.

El poder militar de Castilla quedó deshecho en el terrible día de Aljubarrota. Se mandó vestir de luto a toda la nación; pero en el ínterin se hizo un gallardo esfuerzo para resistir al pretendiente más formidable a la corona, que había aprovechado la ocasión para invadir a Castilla. Mientras las Cortes de Valladolid suscribían de buen grado nuevas cargas bajo la forma de levas de ciudadanos armados y de subsidios, Juan, duque de Lancaster, y su mujer Constanza, hija de Don Pedro el Cruel, eran coronados reyes de Castilla por Ricardo II de Inglaterra, con toda la pompa y esplendor que podían ostentar las cortes medievales. Con una gran armada y un ejército de varios miles de ingleses, Juan de Gante entró en la Coruña en agosto de 1386, y apoyado por muchos nobles gallegos y por una fuerza portuguesa que envió Don Joan de Avís, marchó triunfante desde Galicia a Castilla, y parecía como si nada pudiese resistir a los ingleses.

Pero los acometió un enemigo más mortífero que las precipitadas levas de la trastornada Castilla. La terrible peste los segó a millares, cundieron por las huestes el pánico y el desaliento, y Juan de Gante se vio obligado a hacer la paz y renunciar a su esperanza de ser rey de Castilla, aunque el matrimonio de su hija Catalina con Enrique, el heredero del trono castellano[143], aseguró a sus descendientes la corona que él ambicionaba (1387).

Desvanecida así la esperanza de la nobleza castellana de poder servirse de un pretendiente como instrumento en contra de su rey, se quitó la careta, y reclamó abiertamente mayor participación en el gobierno, con detrimento de los municipios. Su poder político, no obstante, había pasado, y no tenían abierto más camino que la rebelión armada. Pero los cordones de la bolsa estaban en manos de las Cortes, la gran fuerza armada de los concejos estaba al servicio del rey contra los nobles, y dondequiera que los últimos se levantaban sucumbían ante la alianza del soberano y la clase media. Los representantes de los concejos en las Cortes, embriagados con su propio poder, se hacían cada vez más exigentes. Las Cortes de Briviesca (1387), de Palencia (1388) y de Guadalajara (1390) obtuvieron de Juan I concesiones que encadenaron a los artesanos más fuertemente aún a sus empleadores, y al propio tiempo redujeron a los nobles a mayor impotencia política. Un consejo especial de cuatro letrados, no nobles, sino representantes de los concejos, debía asistir al rey en el ejercicio de su poder judicial; las cuestiones originadas en los feudos de los nobles debían someterse primeramente a los alcaldes ordinarios, con apelación al señor y finalmente al rey, y otras muchas disposiciones se adoptaron que tendían a someter la nobleza a la clase media en asuntos judiciales, como ya había sido sometida en asuntos políticos. Juan I cedió en todos los puntos, porque era claro que sólo en los municipios podía apoyarse; pero su muerte, en 1390, dejando a su heredero, Enrique III, niño de once años, necesitado de una regencia, ofreció a los nobles nueva ocasión de afirmar el poder de que habían sido privados.

La aristocracia española no tenía la cohesión que poseían los concejos para un objeto común; los tratados de unión entre ciertas familias para fines determinados eran frecuentes[144], pero la codicia y las rivalidades mutuas hacían imposible la cooperación por largo tiempo. Así, pues, cuando nueve nobles, a cuyo frente se hallaba el arzobispo de Toledo, obtuvieron la regencia durante la menor edad de Enrique III, estalló el descontento, no sólo de muchos de su propio orden, sino especialmente de los municipios, cuyo poder había sido irresistible basta entonces. Con una

143 Enrique y su mujer inglesa tomaron por primera vez el título de Príncipes de Asturias, que han llevado siempre desde entonces los herederos del trono español.

144 Debo al duque de Frías pormenores sobre muchos de esos convenios, existentes en sus archivos. Algunos de esos tratados son alianzas ofensivas y defensivas contra todo el mundo; otros son para objetos especiales.

prodigalidad que competía con la de Enrique de Trastaraara, los regentes distribuyeron gracias y privilegios a los nobles para ganar amigos; pero los concejos, gracias a su predominio legislativo, lograron una vez más el ascendiente. A la edad de catorce años, en 1393, Enrique III fue declarado mayor de edad, y las Cortes de Madrid del mismo año acordaron confirmar todos los privilegios y fueros concedidos por los reyes anteriores, y anular todos los concedidos por los regentes (excepto los eclesiásticos). Esto, naturalmente, impulsó a los nobles a rebelarse; pero, gracias al apoyo de los pueblos, las fuerzas del rey pudieron dominar el desorden, y los nobles de Castilla se vieron obligados a esperar otra ocasión.

Enrique III, a pesar de tratar, como sus predecesores, de favorecer a las clases medias, cercenó más aún la independencia municipal popular, extendiendo la práctica de sustraer la administración primaria de justicia de manos de los alcaldes electivos de sus concejos, y nombrando regidores, peritos en leyes, para actuar como magistrados; aunque probablemente ni los concejos ni el mismo rey comprendían entonces que la introducción del principio del nombramiento en la organización municipal significaba la corrupción y decadencia de los municipios[145], y el desarrollo del despotismo, ya que, a la vez, reyes y ciudades destruían el poder de los nobles, que hubiera podido servir de contrapeso.

El gobierno de Enrique III fue popular y afortunado. Portugal aprendió de nuevo que la agresión a un poder más fuerte era peligrosa (1398), y Castilla, en paz con el resto del mundo, ocupó un puesto más importante que hasta allí en la política europea, debido en parte al parentesco con la corte de Inglaterra[146], y en parte al deseo del Papa de Roma de atraerse a la principal potencia española e impedir que abrazase completamente la causa del anti-Papa español de Aviñón, Benedicto XIII (Pedro de Luna). Además, los aventureros que habían conquistado las Islas Canarias las reconocieron ahora como feudo de Castilla, y esto dio al reino su primera posesión allende el mar y un valioso punto de apoyo para su expansión hacia el ignorado Mediodía. La expansión hacia Levante era, como hemos visto, la política especial de Aragón; pero Castilla, en este reinado, envió embajadas al remoto Oriente para saludar en Samarcanda al victorioso Tamerlán[147], y sostuvo activas relaciones diplomáticas con otros países. Cuando más brillantes parecían las perspectivas de la nación bajo Enrique III, murió el joven rey a la edad de veintisiete años, dejando un hijo de dos años, Juan II, con lo cual el reino castellano leonés se vio expuesto nuevamente a los peligros de una larga minoría (1406).

Pero esta vez, al menos, fue afortunado en punto a regentes: la reina viuda, Catalina de Lancaster, y el tío del rey, Don Fernando, uno de los personajes más nobles de la historia española. Fieles a su táctica habitual, las varias facciones de nobles trataron de suscitar los celos de los regentes, y Catalina de Lancaster se inclinó a prestar oídos a la calumnia de que su cuñado ambicionaba la corona; pero la honradez y la lealtad transparentes de Fernando la desarmaron, y durante seis años Castilla vivió feliz, tranquila y próspera, gobernando Fernando el Sur y conquistando para su sobrino una parte del reino de Granada, mientras Catalina gobernaba sabia y prudentemente las provincias septentrionales.

---

145 Si las ciudades no comprendieron esto entonces, lo vieron poco después; porque las Cortes de Ocaña de 1422 pidieron que se confiriese a los municipios toda la jurisdicción civil y criminal, y que el rey no enviase regidores, salvo a petición de las ciudades mismas. Se concedió así; pero los reyes, con varios pretextos, siguieron enviando jueces a las poblaciones que poseían cartas de la Corona, y la petición de las Cortes fue renovada veinte años después (1442). La práctica continuó, no obstante, hasta que se hizo general, y fue seguida posteriormente del nombramiento de los miembros del municipio. Las ciudades que poseían cartas de los nobles fueron invadidas de análogo modo por sus señores, que ahora vivían en ellas usualmente, y solían ser hechos por el rey alcaldes hereditarios. Consecuencia natural de todo fue la completa corrupción del sistema representativo.

146 La mujer de Enrique III, como se recordará, era Catalina de Lancaster, hija de Juan de Gante y Constanza de Castilla.

147 Puede verse en inglés una interesante reseña de esta embajada, publicada por la Hakluyt Society. Fue escrita por uno de los enviados, González de Clavijo.

Cuando al fin, en 1412, el «Buen» Regente Don Fernando fue llamado a ocupar el trono vacante de Aragón, no tardó en ser víctima Castilla de las ambiciones y rivalidades de sus gobernantes. Mientras vivió Don Fernando, aun ausente en Aragón, su autoridad y su tacto impidieron que Castilla cayese en la anarquía; pero él murió en 1416, Catalina de Lancaster no llegó a sobrevivirle dos años, y al punto empezó entre los nobles la lucha por la regencia. Las ciudades representadas en las Cortes (1419) procuraron poner fin a la contienda declarando al rey mayor de edad, aunque sólo tenía catorce años; pero Juan II era débil, indolente, nada político, y pronto cayó en las redes que se le tendían.

Con alarma de las ciudades, los nobles le impusieron un consejo de quince prelados y caballeros, al cual estaba obligado a consultar, y no tardaron en publicarse edictos que ponían en peligro los privilegios municipales. Pero de entre la muchedumbre de nobles ostentosos y pendencieros que llenaba la corte surgió uno que los eclipsó a todos, y con el altanero despotismo de un Wolsey y la pródiga magnificencia de un Gavestón o un Buckingham gobernó a Castilla y al rey con mano de hierro durante cerca de cuarenta años. Don Álvaro de Luna era hijo bastardo de un noble aragonés y sobrino del anti-Papa Benedicto XIII, que había sido arzobispo de Toledo y había traído su sobrino a Castilla.

Podría creerse que Don Álvaro de Luna, una vez dueño del ánimo del rey, trabajaría por el predominio político de su orden; pero, como acontece con la mayoría de los favoritos, su primer pensamiento fue para sí propio, y el segundo para el rey a quien todo lo debía. Seguramente que nunca hubo un privado más ambicioso de títulos y gracias que éste. Setenta poblaciones y fortalezas le reconocían como señor; era condestable de Castilla, gran maestre de Santiago, con ducados y condados por añadidura; sus rentas eran mayores que las del rey, y su fausto superaba al de todos los soberanos que Castilla había conocido. Pero, si era insaciable su sed de lucro, no tenía el menor deseo de fortalecer ni enriquecer ninguno de los dos elementos políticos antagónicos, los nobles y el pueblo, declarándose aquéllos, por consiguiente, casi con unanimidad contra él, y quedando hasta el día de su trágica muerte sus sañudos e incansables enemigos.

Durante los primeros años fue dudoso el resultado de la lucha, y en una ocasión se halló Don Álvaro desterrado de los reinos de su amo. Pero pronto se arrepintió Juan II, al verse privado de los consejos y el apoyo de su favorito, y que los nobles, lejos de satisfacerse de la desgracia de su enemigo, se mostrasen aún más insolentes y exigentes que antes; y Don Álvaro de Luna fue llamado con urgencia por el rey, para encargarse de nuevo del mando supremo. Antes de que pudiese el ministro restaurado desempeñar tranquilamente su cargo, era necesario emprender una campaña para derrotar a los dos primos del rey, los infantes de Aragón y de Navarra[148], quienes, a invitación de los descontentos nobles castellanos, habían invadido el reino de Castilla. Pero viéndose en presencia de un ejército castellano, que había sido levantado en el primer lugar para oponerse a los moros de Granada, los infantes de Navarra y Aragón no tuvieron más remedio que firmar una tregua de cinco años, durante los cuales se avinieron a dejar en paz a Don Álvaro de Luna. Después de ganar una victoria sobre los moros, Don Álvaro volvió a ser víctima de las intrigas de los nobles, y fue al destierro, aunque sólo para ser llamado nuevamente a toda prisa en cuanto Don Juan II pudo librarse de las influencias que le rodeaban.

Una vez, al principio de su reinado, el monarca fue prendido en su propio castillo de Tordesillas por su atrevido primo Enrique de Aragón (hijo del «Buen» Regente) y tenido preso, hasta que accedió al matrimonio de Enrique con la hermana de Don Juan, Catalina de Castilla. Más adelante, en 1439, se propuso que Juan II de Castilla, el rey de Navarra, Enrique de Aragón, Enrique de Castilla, hijo y heredero de Juan II, que se había unido a los nobles descontentos contra el favorito de su padre, Don Álvaro de Luna, y los mismos nobles, se reuniesen en Tordesillas y en la

148 La tía de Juan II, la hermana de su padre Enrique III, se había casado con Carlos el Noble de Navarra; mientras que su tío, el «Buen» Regente de Castilla, Fernando, había sido elegido rey de Aragón.

vecina Simancas para arreglar pacíficamente sus respectivas diferencias. Pero tan baja andaba la moralidad del tiempo, que ninguna de las partes quiso ponerse en poder de las otras sin garantías.

Parece que en la corte de Castilla no había más que un hombre respetado generalmente, Don Pedro Fernández de Velasco, el «Buen» conde de Haro, y a su exclusiva custodia se confiaron las dos poblaciones donde debía reunirse la augusta asamblea. Bajo su promesa personal de que nadie sufriría ningún daño se celebró la conferencia[149], pero la paz fue de corta duración; cinco años después se formó una unión general de nobles, con ayuda de los aragoneses y navarros, para destronar a Don Juan II y elevar al trono a su primogénito Enrique. Pero las fuerzas de los concejos apoyaron al rey y a su favorito, y los rebeldes fueron aplastados en la batalla de Olmedo (1445). Don Juan II se había casado en temprana edad con su prima María de Aragón, de quien sólo había tenido un hijo, el rebelde infante Enrique; pero, como el rey estaba ahora viudo (1445), Don Álvaro de Luna concertó, por su desgracia, un matrimonio entre Don Juan II y Doña Isabel, infanta de Portugal, que, después de su matrimonio, hizo causa común con los nobles contra el privado. Don Álvaro de Luna adoptó sus procedimientos habituales para castigar los disturbios; pero esta vez la joven reina convenció a su marido de que el ministro estaba usurpando la autoridad real. El juicio y el castigo se sucedieron rápidamente. El favorito caído, despojado de sus riquezas y honores, fue ejecutado en Valladolid en 1453[150]; pero la pérdida del amigo destrozó el corazón de Don Juan II, que murió dentro del mismo año.

Don Juan II fue desafortunado en vivir cuando vivió. Pacífico y amable, uno de los más grandes protectores de las letras que jamás gobernó en España, no dejaba de tener grandes dotes de inteligencia, pero era completamente inhábil para manejar las riendas del gobierno de una nación durante lo recio de la lucha entre los principios aristocrático y democrático. Don Álvaro de Luna, aunque codicioso e intolerante, no gobernó en general desacertadamente, inspirándose en la idea de acrecentar el poder de la Corona, y con un rey enérgico en su apoyo, el ultimo se hubiese sobrepuesto a los dos elementos, como su biznieto lo hizo.

Pero, aunque su largo reinado fue políticamente un fracaso, marca un período de esplendor social en la corte y de un lujo casi universal como nunca antes se había visto en España[151]. Al propio tiempo, las letras castellanas, bajo el patrocinio del rey, alcanzaron uno de esos puntos culminantes de desarrollo que aparecen en España con intervalos de unos dos siglos. Con el adelanto de la cultura y de las artes de la paz, la tosca poesía épica de tiempos anteriores y la poesía didáctica que siguió habían pasado de moda; y a principios del siglo XV hicieron furor la poesía lírica y las crónicas de lances novelescos, así en la corte castellana como en la aragonesa. Del rey Don Juan II y Don Álvaro de Luna hacia abajo, casi todos los nobles y caballeros escribían versos de algún linaje, y de 136 poetas que figuran en el *Cancionero general* (Valencia, 1511), más de la mitad

149 El conde de Haro escribió una interesante reseña de la conferencia, que se publicó años después. A su descendiente el actual conde de Haro (duque de Frías) debo el conocimiento de la interesantísima colección de documentos, que se conserva en sus archivos, referente al «Seguro de Tordesillas.»

150 Un contemporáneo hace una viva descripción de la escena en la *Crónica de Don Juan II*: «Esto hecho, comenzó a desabrocharse el collar del jubón, y a componer la ropa que traía vestida, que era larga, de chamelote azul, forrada en raposos ferreros —yo pienso que llamaban así a lo que nosotros martas—; y como el maestre fue tendido en el estrado, llegó a él el verdugo, demandándole perdón, diole paz, y, pasando el puñal por su garganta, le cortó la cabeza, y púsola en el garabato referido, adonde estuvo nueve días.»

151 La extensión general del lujo en el vestir había dado nuevo impulso a la manufactura de telas finas y tejidos de oro en España. Probablemente en ningún período fue tan rico y exagerado como ahora el atavío personal. Había una obsesión por la magnificencia, que alcanzaba en grados diferentes a todas las clases de la comunidad. Las Cortes de Palenzuela celebradas en 1452 se quejaron al rey, del lujo desenfrenado del tiempo, y le pidieron que volviese a poner en rigor las rígidas leyes suntuarias de Alfonso XI. El rey convino en que la ley era letra muerta, y que el gusto por la esplendidez en el vestir traspasaba todos los límites; pero debió comprender que la ley de cien años antes era ahora imposible, y nada se hizo. El rey decía que la seda, el tisú y los brocados eran entonces de uso general, y que hasta personas de condición inferior gastaban guarniciones de oro, plata y aljófar, pieles de marta y forros de armiño. Las artesanas, según él, usaban vestidos propios sólo de grandes señoras, y la gente de todas las condiciones vendía cuanto poseía para adornarse: rasgo oriental que se perpetuó largo tiempo en España.

probablemente pertenecían a la corte de Don Juan II, y en el *Cancionero de Baena* la proporción debe ser mayor aún. Música, bailes, representaciones teatrales[152] y lides poéticas eran las diversiones que distraían al rey, mientras Don Álvaro de Luna gobernaba a su albedrío.

La nueva tendencia, tanto en la prosa como en el verso, debía en gran parte su impulso a la introducción de la literatura italiana en España. Ya los escritores de la península hermana habían dejado muy atrás, así en materia como en elegancia, los ensayos más primitivos de los españoles en la misma dirección. Venecia, Pisa, Génova, y aun Bolonia, Milán y Padua, eran más ricas y estaban en relación más íntima con el mundo que las ciudades españolas; y la culta labor de Guido Cavalcanti, de Dante, de Petrarca y de Pistoja había suplantado en gran parte en España, especialmente en Castilla, las composiciones de los trovadores provenzales y la didáctica sentenciosa de árabes y judíos[153]. La afectación y el atildamiento malograron las tentativas poéticas de muchos de los caballeros distinguidos del día; la pedantería del asunto y la sutileza de la forma destruyeron casi todo el encanto de sus modelos italianos y latinos; pero, cuando se olvidaban por un instante de su erudición y de su artificio métrico, y dejaban correr libremente la pluma, brotaba frondosamente la antigua fecundidad española de imaginación y de palabra; y en los Cancioneros y en otras partes sobreviven bastantes composiciones buenas de esta especie para hacer del reinado de Juan II de Castilla uno de los puntos brillantes de la historia literaria de España.

El renacimiento halló expresión primeramente en la persona de Don Enrique de Villena, príncipe de la casa de Aragón, cuya fama contemporánea no ha sancionado grandemente la posteridad. Merece ser recordado, entre otras razones, porque, según todas las probabilidades, fue el primer autor de un drama regular en lengua española bajo la forma de una comedia alegórica, que no ha sobrevivido. También escribió por primera vez en la misma lengua un tratado sobre arte poética, y se ocupó especialmente en crear, en Aragón y Castilla, institutos para el fomento de las obras poéticas[154]. Eran éstos corporaciones regularmente organizadas, que celebraban concursos y exámenes con gran aparato y solemnidad; y Don Enrique de Villena, en su *Gaya Ciencia*, dedicada al marqués de Santillana, hace una reseña muy interesante de una de esas ceremonias, que él presidió en Barcelona.

Pero, por mucha que fuese la fama de Don Enrique durante su vida, su saber —o, como diríamos nosotros, su pedantismo— era tan grande que inspiró serias sospechas de haberse vendido al diablo. Su famoso discípulo y sucesor, Don Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, uno de los más ilustres nobles españoles, se libró del oprobio que iba anejo al desmentido alarde de saber, aunque también él parece hoy insufriblemente pedantesco. Sus canciones, serranillas y sonetos, en que transpiran alternativamente el gusto de Italia y el de Provenza, pero con cierta fragancia española, le acreditan de verdadero poeta, aunque probablemente el escritor miraba esas composiciones como pasatiempos efímeros, en comparación de su ataque político a Don Álvaro de Luna después de su muerte[155], o de sus diálogos dramáticos y colecciones de proverbios.

---

152 En la *Crónica de Don Juan II* se dice que, con motivo de la visita del rey a Soria, en 1436, para ver a su hermana la reina de Aragón, hubo grandes fiestas, y los juglares y mimos entretuvieron a la corte con música, bailes y acciones cómicas; y otra vez, cuando el «Buen» conde de Haro tuvo en su ciudad de Briviesca, en 1440, a la reina de Navarra y a su hija, la prometida de Enrique, príncipe de Asturias, hubo bailes de caballeros en el palacio, y farsas y corridas de toros y juegos de cañas.

153 Casi las últimas producciones de esta escuela escritas en tiempo de Don Juan II fueron: el *Libro de Enxemplos*, colección de cuentos morales cortos, por Clemente Sánchez (algunos de procedencia oriental), y el *Libro de los Gatos*, traducido de las *Narraciones* de un monje inglés, Odo de Cheriton.

154 Cuenta que Don Juan I de Aragón, que dotó el primero de esos colegios de trovadores, mandó una embajada al rey de Francia pidiéndole que enviase de Tolosa personas que se encargasen de dirigir la institución. Ninguno de esos colegios sobrevivió después de pasada la pasión de moda por la poesía.

155 Es éste un poema notable en 53 coplas, llamado el *Doctrinal de Privados*, en que la sombra del difunto ministro refiere sus propias faltas y flaquezas, y expone las enseñanzas que deben sacarse de su vida y de su muerte.

«Abrid, abrid vuestros ojos,
Gentíos, mirad a mí.

Más italiano era aún su contemporáneo cortesano Juan de Mena, de Córdoba, a quien se atribuyen generalmente todas las obras del tiempo, buenas o malas, de autor desconocido, pero cuya ampulosa verbosidad anuncia la decadencia en la forma, que invariablemente sigue a todo período de actividad en las letras hispanas.

También marchó a buen paso la escritura de crónicas, y con arte creciente en la presentación de los hechos. Entre ellas merece citarse especialmente, por su mérito como historia y por su vigoroso castellano, la de Don Juan II; en cambio, la de Don Álvaro de Luna presenta sofísticamente al gran ministro como sólo pudo aparecer a los ojos de su más abyecto adulador. Los autores de esas dos crónicas son dudosos; pero el primer historiador de su época fue indiscutiblemente el sobrino de López de Ayala, Fernán Pérez de Guzmán, cuyas *Generaciones y semblanzas* nos ofrecen vivos retratos de los grandes personajes de la corte de Enrique III de Castilla, en que el autor vivió y escribió.

Esta época —el siglo XV— fue, pues, una época de renacimiento y madurez en la literatura española. La forma particular en que debía sobrevenir inevitablemente la decadencia estaba indicada —aunque quizá no vista entonces— por las circunstancias de la sociedad del tiempo. La imaginación ibérica, como siempre que se despierta, emprendió una carrera desenfrenada. Las guerras no eran ya cruzadas, en que santos espectrales y cruces celestes guiaban a la victoria a los españoles elegidos; eran contiendas de ambiciones entre reyezuelos rivales, todos estrechamente emparentados, o peleas facciosas de nobles pendencieros, de donde nada heroico podía extraerse. ¿Qué quedaba, pues, a que pudiera asirse la hambrienta fantasía de los españoles? Cuentos morales, proverbios en verso, y aun romances heroicos y épica guerrera: todo eso había tenido su tiempo.

Pero misteriosas tierras extranjeras, como un fondo para fantásticas aventuras personales, deparaban un nuevo campo, y sobre él se arrojaron vorazmente los escritores y lectores españoles. Ya se ha hecho mención de las embajadas enviadas por Enrique III al Oriente y a otros puntos. Uno de los enviados, Clavijo, hizo su relato con tantas maravillas como las de Sir John Mandeville o las narraciones portentosas de Marco Polo. La *Crónica del conde de Buelna, Don Pero Niño*, por su escudero, Díaz Gámez, es un relato de aventuras intrépidas, verdadero, indudablemente, en parte; y la narración del célebre *Paso honroso*, en que un caballero, Suero de Quiñones, y nueve amigos desafiaron al mundo por su dama, e hicieron 600 carreras en un mes (julio de 1434), debió enardecer a infinidad de caballeros y llevarles a buscar lances peregrinos dignos de la crónica.

De conmemorar sucesos maravillosos, que sólo pueden ocurrir a pocas personas, a inventarlos, lo cual pueden hacer muchos, no había una distancia muy larga, aunque exigiese tiempo. Un portugués —Joao de Lobeira, u otro— había escrito a principios del siglo XIV una novela céltica de amor y aventuras, que hoy nos parece pueril e inocente, pero que era, sin duda, muy real para el paladar literario del día. Trata de los amores de princesas y caballeros imaginarios de la lejana Bretaña; pero, pobre como es la novela, el *Amadís de Gaula* llegó a España en un momento psicológico en que exigía pasto la imaginación literaria. El libro se tradujo al castellano

---

Cuanto vistes, cuanto vi,
Fantasmas fueron y antojos.
Con trabajos, con enojos
Usurpé tal señoría,
Que, si fue, no era mía,
Mas endevidos despojos.
    Casa a casa, ¡guay de mí!
Campo a campo allegué,
Casa agena no dejé,
Tanto quise cuanto vi.
Agora, pues, ved aquí
Cuánto valen mis riquezas,
Tierras, villas, fortalezas,
Tras quien mi tiempo perdí.»

—quizá se hicieron varias versiones, pero han desaparecido todas—, y en el reinado de Don Juan II circulaba de mano en mano en manuscrito, era leído ávidamente, y la moda requería el conocimiento familiar de sus incidentes y personajes. Luego vino un diluvio de imitaciones, cada una más maravillosa, más florida, más descabellada que la anterior; hasta que, al fin, Cervantes barrió toda la ralea con su implacable sátira.

El siglo XV español vio erigida en un culto la caballería andante por la imaginación desbordada del pueblo. Nada había singularmente magnánimo ni generoso en el carácter de la raza misma, como ha podido advertirse por los hechos de su historia; pero siempre tuvo en ella un eco poderoso la idea de la exaltación personal mediante el sacrificio; y el secreto de esta nueva pasión avasalladora era el afán de distinción y preeminencia individual por la devoción desinteresada a alguna persona o alguna abstracción; el mismo sentimiento que condujo a los antiguos cristianos de Córdoba a buscar el martirio, y en un período ulterior llenó las ermitas y los claustros de España de furibundos ascetas que desollaban y mortificaban sus carnes y alimentaban las infernales hogueras de la Inquisición, cuyas víctimas estaban animadas también de un espíritu semejante. Primero habían venido los rudos cantares de gesta, los romances de Bernardo del Carpio, de los Siete Infantes de Lara y del Cid; después, los relatos más pulidos, pero igualmente fantásticos, de los *trouvères* franceses; y ahora, las narraciones novelescas de origen céltico, en que apuestos caballeros de tierras remotas, con valentía y abnegación sobrehumanas, conquistan el amor de damas sin par y, lo que es más importante aún, la preeminencia personal sobre todos los demás hombres.

Con todo este fárrago, la nación se formó un falso ideal del honor y de la conducta, y una idea exagerada de sus propios méritos. Damas y caballeros, y hasta, como hemos visto, la gente jornalera, con la cabeza llena de estos libros de caballería, se esforzaron en vestir y vivir según la moda novelesca. La mala semilla cayó en suelo fértil, porque el español siempre encontró alguna excusa para adormecerse en la creencia de que era un individuo aparte; y así, al abrirse la era moderna del mundo, se hizo un visionario, ganoso de aventuras en lejanos países, pero enemigo del trabajo perseverante en el propio.

1400 a 1460.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Con la continua lucha entre los elementos privilegiados y populares, parecía haber crecido el poder político de las municipalidades castellanas. Pero ya había empezado la decadencia. La gradual e insidiosa intrusión del poder de los reyes en los municipios minó en sus cimientos la fuerza de las instituciones representativas, al par que la loca disipación en el vestido y en el gasto a que se habían entregado todas las clases sociales, condujo naturalmente a la corrupción y a la relajación en los asuntos públicos y privados. En los reinos de Castilla también iba haciéndose visible ahora la degeneración en la producción industrial. La victoria sobre los musulmanes había suprimido un gran incentivo, y una vez más la riqueza que de todas partes afluía al país en pago de las hermosas cosas exportadas, estaba determinando una reacción y una relajación de la energía. El nuevo impulso estaba gastándose. En la literatura era evidente una tendencia análoga. A pesar de hallarse ahora en el apogeo de su boga en las Cortes y de mirarse como una distracción distinguida, la literatura estaba tomando formas viciosas que conducían a la decadencia. La pasión por las novelas de caballería, que dominaba a España en este período, es otro síntoma que, andando el tiempo, condujo a la decadencia tanto del carácter como de las letras nacionales. Son de notar también en este período los esfuerzos de Castilla por competir con Aragón en el desarrollo de las relaciones exteriores. La primera posesión de Castilla fuera de la Península fueron las Islas Canarias, ocupadas ahora formalmente. Embajadas a Tamerlán y a otros potentados lejanos, tratados comerciales con Inglaterra y otros actos semejantes, prueban que los españoles estaban cansados ya

del trabajo perseverante y provechoso y ansiaban otras excitaciones, una vez concluidos los siglos de guerra continua con los infieles.

SUMARIO DE LO QUE HIZO ESPAÑA POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Aunque España, durante este período, rebosaba en versos buenos y malos de todas categorías, contribuyó poco al recreo permanente del mundo, porque el espíritu infundido ahora en su literatura provenía de modelos italianos, que otras naciones simultáneamente recibían y adaptaban a sus respectivos gustos. Adelantó, no obstante, el cultivo de la crónica en prosa, y su forma y estilo ejercieron alguna influencia en la producción similar de otros países. El nuevo elemento notable ahora (aunque no exclusivo de España) en tales escritos era la introducción del interés personal en la crónica general, y esto llevó naturalmente a la invención de aventuras personales y de viajes imaginarios, que tan profundamente influyó después en la literatura en prosa de Europa. La popularización de los libros de caballería en España durante este período, que difundió la afición a ellos por toda la cristiandad, fue otro signo de decadencia futura, que tuvo consecuencias nocivas, no sólo en España, sino en el mundo entero.

VIII.
De la anarquía al orden. Unificación por la fe.

Aragón.—Conquista de Nápoles.—Navarra.—Enrique IV (el Impotente) de Castilla.—Pacheco, marqués de Villena.—Don Beltrán de la Cueva.—La Beltraneja.—Deposición de Don Enrique en efigie.—Isabel la Católica de Castilla.—Su matrimonio con Don Fernando de Aragón.—Guerra civil en Castilla.—Muerte de Don Enrique.—Advenimiento de Isabel.—Su enérgica política.—La Santa Hermandad.—Las Cortes de Toledo, 1480.—Reformas en la administración y en la judicatura.—La Inquisición.—Razones de su establecimiento.—Persecución de los judíos.—Simpatía del populacho con la intolerancia religiosa.—Granada.—El descubrimiento de América.—Algunas causas de la crueldad de los primeros exploradores.—Los objetivos de Aragón.—Guerra con Francia.—Gonzalo de Córdoba.—Conquista de Nápoles.—Algunos matrimonios infaustos.—Muerte de Doña Isabel.—Don Fernando y Don Felipe.— Jiménez de Cisneros y la persecución de los moriscos.—Muerte de Don Felipe.—Doña Juana la Loca.—Don Fernando se apodera de Navarra.—Muerte de Don Fernando.

La muerte de Martín de Sicilia en 1409 había dejado a su padre, Martín el Humano de Aragón, sin herederos varones; y, habiéndole pedido las Cortes que designase sucesor antes de su muerte, adoptó el extraordinario procedimiento de convocar a los representantes de todos los pretendientes para que defendieran la causa de sus representados. Al monarca, que murió en 1410, estando pendiente la cuestión, se le suponía favorable a su nieto Don Fadrique, hijo legitimado de Martín de Sicilia, que había sucedido a su padre en el trono de la isla, aunque había sido excluido del de Aragón; pero cada uno de los pretendientes tenía en su apoyo a una parte del pueblo, y la elección aparecía rodeada de peligros y dificultades.

Las Cortes catalanas tomaron la iniciativa examinando los méritos de los varios pretendientes en 1410, y luego entraron en negociaciones con las Cortes de Aragón y de Valencia, logrando como resultado que cada uno de los tres Parlamentos nombrase tres delegados para que, reunidos en Caspe en 1412, procediesen a la elección de rey. Los seis competidores no tardaron en quedar reducidos a dos, a saber: Don Jaime, descendiente en línea masculina de la casa real de Aragón, y lugarteniente del reino, hombre querido y respetado, y, sobre todo, aragonés; y Don Fernando de Castilla, el «Buen» Regente, que era hijo de una hermana del difunto rey Don Martín.

Los nueve delegados discutieron en secreto durante tres meses la ardua cuestión que iba a decidir de la suerte de Aragón y de España, y al fin prevalecieron las grandes dotes y el noble carácter de Don Fernando, el «Buen» Regente. En la plaza pública de Caspe se levantó un gran tablado, y, después de un sermón del futuro San Vicente Ferrer, se proclamó rey de Aragón a Don Fernando (Junio de 1412), con alborozo de la masa popular de los tres reinos, congregada para honrar a su nuevo soberano[156]. De todos los pretendientes, sólo Don Jaime y Don Fadrique discutieron la elección; pero Aragón, a diferencia de Castilla, estaba regido por un gobierno puramente parlamentario, y las rebeliones contra la elección duraron poco. Fernando fue coronado con toda pompa en Zaragoza a principios de 1414; el desgraciado Fadrique de Sicilia, conde Luna,

156 El derecho hereditario de Don Fernando era muy inferior al de Don Jaime y algunos otros pretendientes; pero no debe olvidarse que la corona de Aragón no había perdido nunca enteramente su carácter electivo, aunque dándose por supuesto que la elección de rey quedaba circunscrita dentro de la familia reinante. Los compromisarios habían prestado juramento de elegir según «Dios, justicia y buena conciencia», y no estaban obligados a examinar simplemente el aspecto legal de las varias pretensiones. Aunque en Aragón no regía la ley sálica, la tendencia general era favorable a la exclusión de la línea femenina; y en este caso, como en el de la sucesión de Dona Petronila, parece haberse atendido a la conveniencia más bien que a la tradición nacional.

desposeído y fugitivo, murió en Castilla; y Don Jaime pasó el resto de su vida en la fortaleza de Játiva.

Fernando se encontró así, a la edad de treinta y seis años, rey de Aragón, Valencia, Mallorca, Sicilia y Cerdeña, y conde de Barcelona; pero, fiel al ideal aragonés, trató de extender más aún la influencia de su país en el Mediterráneo, negociando el matrimonio de su segundo hijo, Juan, gobernador de Sicilia, con la extraordinaria Juana de Nápoles. Ésta, sin embargo, cambió de parecer, como solía, antes de que llegara su futuro, y se casó con un pretendiente francés, el conde de la Marche; el prometido aragonés se casó luego con la princesa de Navarra.

Don Fernando era sabio y justo; pero la independencia de los tres Parlamentos nacionales con que tenía que entenderse era difícil de sufrir para un príncipe castellano, acostumbrado, como estaba, a las representaciones más humildes de Cortes compuestas principalmente de burgueses. En Barcelona, en 1416, uno de los diputados se dirigió al rey en términos tan insolentes, que Fernando, aunque reprimió toda manifestación de su cólera, salió de la ciudad furioso, y murió en Igualada pocos días después. Su hijo, Alfonso V, que se había casado con una hermana de Juan II de Castilla, le sucedió en el trono, y más aún en la tradicional política exterior de su país: porque la suprema ambición de Alfonso fue ser un gran potentado mediterráneo, y la mayor parte de su reinado la pasó en Italia, mientras gobernaba su mujer como regente de Aragón, y sus tres hermanos intrigaban y luchaban incesantemente en las míseras pendencias de los nobles de Castilla con su débil rey y con el favorito, y en las contiendas de la vecina Navarra.

Mientras Alfonso V estaba tratando de someter su isla de Córcega (1420), Juana de Nápoles, que andaba en lucha con nuevas dificultades, y había aprisionado a su nuevo marido, solicitó la ayuda de Alfonso contra sus enemigos, prometiéndole, en cambio, adoptarle y hacerle su heredero. Alfonso fue recibido con toda clase de honores por la veleidosa reina, cuya capital ocupó; pero Juana no tardó en cansarse de los aires protectores de su hijo adoptivo, y eligió por nuevo heredero al rival hereditario de Alfonso en su política italiana, Luis de Anjou, cuya casa alegó desde entonces un doble derecho al trono napolitano.

Durante los once años siguientes Aragón sostuvo una guerra constante con las fuerzas angevinas y genovesas (a que a veces ayudaba el Papa) por la posesión del reino de Nápoles. Al fin, en 1435, pocos meses antes de la muerte de Juana, la flota aragonesa fue completamente derrotada por el duque de Milán, y Alfonso y sus hermanos cayeron en manos de sus enemigos. Un cambio de Papa, la defección del duque de Milán y nuevo sesgo de la intriga permitieron a poco al aragonés volver a entrar en campaña contra Renato de Anjou, hermano de Luis, que reclamaba ahora la corona. En 1442 Nápoles fue tomado por Alfonso V; y, aunque en un principio el Papa Eugenio había concedido formalmente a Renato de Anjou la investidura del reino, Alfonso V fue, desde allí hasta su muerte, rey de Nápoles y de Sicilia con la bendición del pontífice, y no dejó de dirigir sus ojos más lejos y de soñar con rescatar a Constantinopla de la amenazadora horda de los turcos, que poco después destruía el Imperio de Oriente. Cuando murió, al fin, en 1458, este enérgico y ambicioso Alfonso de Aragón, su hijo bastardo Fernando heredó los reinos de Italia, mientras su hermano Juan, que ya había tomado posesión del reino de Navarra por derecho de su mujer, vino a ser también ahora rey de Aragón.

En el curso de esta historia no se ha hecho más que una ligera referencia al pequeño reino de Navarra. Encerrada entre Castilla y Aragón, y habitada por un pueblo (los vascos) que había permanecido separado étnicamente de los demás pueblos españoles, Navarra había ejercido poca o ninguna influencia en la formación de la nación mayor. Con instituciones parlamentarias desenvueltas en el mismo sentido que las de Aragón y Cataluña, con una Cámara legislativa donde los tres órdenes— nobleza, clero y estado llano — obraban de concierto como una traba puesta a la Corona, con una sociedad, en fin, nacida de una aristocracia, existía poca o ninguna simpatía hacia Castilla, donde la sociedad había surgido de una confederación de comunidades autónomas. Durante siglos, pues, Navarra vivió en relación principalmente con Aragón y con los señoríos del

Mediodía de Francia; y, por sucesivos matrimonios de herederas de Navarra, dinastías francesas habían gobernado el reinecillo español al par que los territorios del otro lado de los Pirineos.

Por la muerte de Carlos el Noble, acaecida en 1425, se extinguió la línea masculina de Evreux, y recayó la corona en su hija Blanca, mujer de Juan de Aragón, que a la muerte de su hermano Alfonso V, en 1458, pasó a ser rey de Aragón. Blanca había muerto en 1441, y la corona correspondía entonces a su hijo Carlos, príncipe de Viana, y, caso de morir él sin sucesión, a su hermana Blanca; pero el príncipe, con arreglo a la última voluntad de su madre, convino en no tomar el título de rey mientras viviese su padre, Don Juan II de Aragón. El último, turbulento, ambicioso y sin escrúpulos, había intervenido constantemente con sus hermanos en la lucha castellana de los nobles contra Don Álvaro de Luna, y en una de las crisis de la contienda se había casado, después de la muerte de Blanca de Navarra, con la hija de Enríquez, almirante de Castilla y jefe del partido opuesto a Don Álvaro.

Cuando Don Álvaro de Luna quedó una vez más victorioso en Olmedo (1445), y Juan se retiró al reino de Navarra, perteneciente a su hijo, la nueva mujer de Juan, orgullosa y ambiciosa, no tardó en promover enconada lucha contra su hijastro, el joven príncipe de Viana, el rey legítimo de Navarra; y el pequeño reino se dividió en dos bandos hostiles. En 1452, Juan II, al marchar para intervenir en un nuevo ataque contra Don Álvaro de Luna, envió a Navarra a su mujer en calidad de co-regente con el príncipe de Viana, y estalló una guerra civil entre padre e hijo. Los castellanos hicieron cuanto pudieron por ayudar al hijo, porque su hermana Blanca se había casado con Enrique IV de Castilla; pero Carlos de Viana fue derrotado y encerrado por su padre en el castillo de Monroy. Los propios súbditos futuros de Juan, los aragoneses, le reconvinieron con indignación en la Cortes por el tratamiento de su heredero, y exigieron su libertad. Pero pronto estalló de nuevo la discordia en Navarra; y el desgraciado príncipe de Viana, huyendo de la cólera de su padre, se fue a la corte de su tío Alfonso de Nápoles, mientras la guerra civil seguía desolando su país.

Al morir Alfonso V de Aragón, en 1458, y ocupar los tronos de Aragón y Sicilia Juan II, el joven príncipe se retiró a meditar a un monasterio cerca de Mesina, y en el ínterin sus muchos amigos proyectaron su matrimonio con Isabel, infanta de Castilla, y le llevaron a Barcelona. Su irritado padre le prendió allí traidoramente y le aprisionó. Cataluña acudid a las armas, y Juan II, alarmado, volvió a dar libertad a su hijo; pero este último murió inmediatamente después, envenenado, casi de seguro, para indeleble oprobio de su padre.

Pocos hechos de la historia han suscitado tanta controversia como la trágica vida y muerte de este amable príncipe tan maltratado y la causa de la implacable persecución paterna. No era ciertamente su propia ambición; pero, por otro lado, los que defienden a su padre dicen que, si éste hubiese deseado apoderarse de la corona de Navarra e incorporarla a la aragonesa, no hubiese permitido, como lo hizo, a la hermana del príncipe, Leonor, y a su marido francés, tomar posesión del gobierno como virreyes suyos y sucederle a su muerte. La verdadera heredera era Blanca, antes reina de Castilla, ahora repudiada por su despreciable marido, Enrique IV, y que vivía a la sazón en el retiro; pero su padre, que la odiaba tanto como a su difunto hermano, la confió a los tiernos cuidados de su hermana menor y heredera, que estaba casada con Gastón de Foix, y fue Blanca envenenada en el castillo de Ortés (1462).

Los catalanes no podían olvidar el trato dado por el rey a sus hijos, y continuaron en armas contra él, y más especialmente contra su intrépida y varonil esposa, Juana Enríquez. Durante años asoló la guerra civil el principado de Cataluña, que desde entonces nunca volvería a cejar por mucho tiempo en sus tentativas de separarse del resto de España. El astuto Luis XI, mediante un trato artificioso, adquirió temporalmente el territorio que poseía Aragón al Norte de los Pirineos, en pago del pequeño auxilio prestado a Juan y a su mujer castellana; mientras que el desdichado Enrique IV, rey de Castilla, Renato de Anjou, y su hijo, el duque de Lorena, ayudaron más o menos eficazmente a los sublevados catalanes. Barcelona resistió durante años; aun el animoso espíritu de Juana Enríquez llegó a flaquear; y cuando ella murió en 1468, todavía continuaba la lucha. El rey de

Aragón, viejo ahora y casi ciego, siguió adelante la guerra, envenenando a sus enemigos cuando podía, y alentando a su hijo bastardo, el arzobispo de Zaragoza, el jefe de sus ejércitos, a castigar sin merced con mano dura. Quebrantado por la edad y los achaques, abatido, como estaba, por su pesada carga de pecados, debió ver, con todo, que sus esfuerzos no habían sido estériles. Cierto que el montuoso reino de Navarra podía pasar a la posteridad francesa de su hija Leonor, que era la regente; pero todo el resto de España estaba ahora destinado a quedar bajo un cetro, y ese lo empuñarían sus descendientes, porque su hijo único, Fernando, habido en el matrimonio con su amada Juana Enríquez, estaba casado ya con la que ceñía la corona castellana.

Fernando era un hijo digno de tal padre. Joven como era aún, se había mostrado ya hábil, cauteloso, reservado, lleno de ambición y desprovisto de escrúpulos; y cuando Juan II bajaba a la tumba en 1479, bien pudo pensar que, al fin, sería un hecho el sueño de sus ascendientes, y que el rey de Aragón, conde de Barcelona, con el refuerzo de la riqueza de Castilla, podría tener bajo su dominio, no sólo el Mediterráneo, sino un nuevo y más grande imperio oriental, de donde la cruz había arrojado definitivamente a la media luna.

Ahora es tiempo de volver a los sucesos contemporáneos de Castilla, donde la muerte de Don Juan II (1454) había elevado al trono a su rebelde hijo Enrique. El nuevo rey, recio de miembros, rubio, velloso y linfático, era, con todo, una criatura cuitada, de cuya debilidad pensaban arrancar, al fin, los nobles ambiciosos las concesiones que les darían vara alta en el Estado. Como su antecesor Enrique II, empezó por conceder feudos, títulos, exenciones y pensiones con mano tan pródiga, que provocó los celos de unos nobles contra otros, y esto neutralizó hasta cierto punto el peligro que había para el Estado. Como antes, se formaron «ligas» y «uniones» de nobles, en que tres o cuatro familias pactaban solemnemente alianza ofensiva y defensiva contra todas las demás; pero las rivalidades eran tan grandes, que no era posible una confederación general de toda la nobleza.

El hombre que en un principio recibió la parte del león en los favores del rey, hasta el punto de llegar a ser escandalosa su riqueza, fue Don Juan Pacheco, a quien el padre de Enrique, Don Juan II, había nombrado ministro principal de su hijo[157]. Sobre este afortunado pero insaciable personaje, que fue después marqués de Villena, se concentraron, por consiguiente, los celos de los nobles menos favorecidos; y una vez más las disensiones de los nobles entre sí redujeron a Castilla y León a un estado próximo a la anarquía.

Pacheco había empezado por determinar, con gran beneficio suyo, las condiciones en cuya virtud se zanjó la larga disputa de Navarra[158]; pero el único modo de acallar el descontento de los nobles era ocuparlos en una guerra que prometiese enriquecerlos a expensas de algún otro. Los moros de Granada hacían siempre buen juego, y las divisiones del reinecillo musulmán invitaban al ataque. Consiguientemente, reuniendo Cortes en Cuéllar, Enrique, rey de Castilla, pronunció un discurso ante los diputados deplorando el lujo y la ociosidad del tiempo, y proponiendo que se emprendiese sin dilación una obra tan buena y tan necesaria como la extirpación de los enemigos de la fe, a lo cual asintieron las Cortes.

La guerra contra los moros había continuado con intermitencias, como hemos visto, durante siglos, y en algunos períodos, especialmente bajo San Fernando, se había desplegado gran celo para fomentar el sentimiento religioso en relación con esa guerra; pero el objeto primordial de la lucha

---

157 El conjunto de esas concesiones, y otra multitud de documentos relacionados con ese personaje, se hallan en los archivos de su descendiente el duque de Frías, que ha tenido la bondad de proporcionarme copiosos extractos. Otros han sido impresos en los *Documentos inéditos*, vol. XIV.

158 Como un ejemplo de la manera de arreglar tales asuntos en aquella época, pueden citarse esas condiciones de paz, a saber: que los reyes de Navarra (Blanca de Navarra y su marido Juan), mediante el pago de 3.500.000 maravedís, convenían en entregar al rey Enrique todas las poblaciones y territorios que poseían en Castilla, excepto Chinchilla, Alarcón, Albacete, Tobarra, Yecla, Sax, el castillo de Garci Muñoz, Villarejo de Fuentes, San Clemente, y algunos otros, *que debían pasar a Juan Pacheco*. Así, pues, todas las principales poblaciones castellanas que poseían los navarros venían a ser propiedad del favorito, mientras que la nación pagaba 3.500.000 maravedís por la posesión de algunos pueblos insignificantes que ni siquiera se mencionan en el tratado.

cristiana, durante cientos de años, había sido la recuperación del territorio más que la destrucción del infiel; y ese discurso de Enrique IV denota el cambio de sentimientos que había sobrevenido a consecuencia del mayor poder de la Iglesia y del establecimiento de la Inquisición papal.

Enrique no ganó ni honra ni provecho en las tres campañas sucesivas contra Granada, aunque sus incursiones se extendieron hasta la fértil vega misma: porque el rey era débil y nada belicoso, amante del aparato militar, pero poco dispuesto a sufrir los riesgos y penalidades de la guerra. Los codiciosos nobles, viendo defraudadas sus esperanzas de botín, volvieron a sus ligas, algunas de las cuales conspiraron contra el mismo rey, cuya completa ineptitud era ahora patente para todos. Se había divorciado de su primera mujer, la desgraciada Blanca de Navarra, por causa de impotencia, aunque al mismo tiempo andaba en amoríos con algunas de sus damas; y, no sin disgusto de muchos nobles, se casó en 1461 con la princesa de Portugal Juana, cuyo ostensible favor hacia Don Beltrán de la Cueva, con la humillante complacencia del rey, era causa de gran descontento en la corte.

Mientras llovían concesiones y favores sobre Don Beltrán —que pronto había de ser conde de Ledesma y gran maestre de Santiago—, los otros nobles, con Pacheco a la cabeza, maquinaban con Juan II de Aragón y Navarra. En vano procuró Enrique conservar a Pacheco de su parte concediéndole más beneficios que nunca; en vano se dieron plenos poderes (mayo de 1461) al mismo favorito, al arzobispo de Toledo (Carrillo) y a algunos otros nobles, para concertar la paz interior en condiciones cualesquiera; con Don Beltrán de la Cueva, haciendo abierta ostentación de ser el amante de la reina, y alardeando del favor del rey, no había paz posible. Agravóse la dificultad cuando la reina dio a luz una niña en 1462, y el rey convocó a los nobles y las Cortes para la jura de la princesa como heredera del trono.

Era demasiado. Los nobles descontentos se reunieron en Burgos, teniendo al frente a Pacheco y a su tío, el arzobispo de Toledo, y protestaron contra el reconocimiento de la princesa Juana —la Beltraneja, como la llamaban con ironía—, cuyo nacimiento se decía que era notoriamente ilegítimo. El hermano menor del rey, Alfonso, niño de once años, fue reconocido como heredero, y se envió un ultimátum a Enrique. El rey parecía dispuesto a una avenencia, y aceptó el reconocimiento de su hermano como heredero, a condición de que se casara con su sobrina, «la Beltraneja». También Don Beltrán de la Cueva entregó a Alfonso el gran maestrazgo de Santiago, que hacía de él casi un soberano, a cambio del ducado de Alburquerque; y Pacheco, ahora marqués de Villena; su tío Alonso de Carrillo, arzobispo de Toledo, y los representantes de la alta nobleza, recibieron de Enrique el encargo de proponer remedios para los disturbios que afligían al país.

Se reunieron en Cigales, y el memorial que presentaron en diciembre de 1464 debió herir al rey, porque llegaba a arrojar dudas sobre su ortodoxia, y evidentemente pronosticaba la intención de los nobles de destronarle[159]; al propio tiempo los comisionados condenaban a destierro o prisión a todos los partidarios de Don Beltrán de la Cueva. El último fue bastante fuerte para impedir que se llevasen a la práctica las recomendaciones, y los nobles descontentos se retiraron a Ávila, donde adoptaron la extraordinaria medida de destronar al rey en efigie con una ceremonia eminentemente característica del espíritu novelesco dominante en España a la sazón.

Fuera de la ciudad murada, en una eminencia de la dehesa, se erigió un espléndido trono, en el cual se puso una figura vestida de negro, pero adornada con todos los emblemas de la realeza (julio de 1465). A son de trompetas y con llamamientos de heraldos se intimó al rey a comparecer en persona; y luego, en ausencia suya, leyóse la solemne acusación contra él y fue despojándose a la

---

159 El memorial está en los archivos del duque de Frías, y aconseja al rey: 1.° Que despida de su lado a todos los moros que están con él, y cese de favorecerlos, o, mejor, que los persiga y confisque sus bienes.—2.° Que vuelva a hacer la guerra a Granada.—3.° Que favorezca a los jueces eclesiásticos, y permita a los obispos celebrar sus congregaciones y sínodos.—4.° Que nombre un confesor idóneo, y que confiese y reciba la absolución una vez al año por lo menos.—5.° Que pague puntualmente las obligaciones del país, y deje de hacer peticiones de dinero: porque nunca había habido tantas peticiones como en los años 1461 y 1462, y, si había necesidad de imponer nuevos gravámenes, eso sólo debía hacerse con el consentimiento de los *tres estados*. El punto principal está en las dos últimas palabras.

figura, uno por uno, de los atributos reales. El guerrero arzobispo arrancó de sus sienes la corona, que indicaba la soberanía; el conde de Plasencia le quitó la espada, emblema de la justicia; otro noble le arrebató el cetro del gobierno; y, por último, tiraron la efigie con desprecio para que la hiciese pedazos la muchedumbre.

Los reyes de Castilla habían sido siempre sacrosantos; desde el tiempo de los últimos visigodos su ministerio había sido tan sacerdotal como real; y esa tremenda ceremonia, de que los espectadores hablaban después con espanto, sólo podía explicarse por la creencia de que la religión del rey era heterodoxa, otro signo de los tiempos que no debe olvidarse. Luego, con toda reverencia, se proclamó rey al niño Alfonso en lugar del destronado Enrique, y la mayoría de las grandes ciudades del sur y del centro se pusieron de parte de los nobles y de su nuevo juguete.

Era claro para Don Beltrán de la Cueva que debía luchar o caer. Publicáronse furiosas denuncias contra el rey Alfonso, Pacheco, el arzobispo y sus amigos; y toda España se vio obligada a afiliarse a un bando. Los ejércitos se encontraron en Olmedo, siendo capitaneado el de los nobles por el fiero Carrillo, que fue herido en la refriega, mientras que Don Beltrán mandaba el ejército del rey; pero ambas partes se atribuían la victoria, y la batalla nada decidió. El rey niño Alfonso había estado acumulando merced sobre merced a favor del insaciable Pacheco; pero ahora éste cambió en redondo, y prometió a Enrique hacer la paz. Las cosas, sin embargo, habían ido demasiado lejos, y la influencia de Pacheco con los nobles había disminuido. Durante cierto tiempo dominó en Castilla un período de anarquía absoluta. Pequeñas ligas de nobles y de ciudades luchaban unas contra otras o desafiaban a todo el mundo; y ni las órdenes de Enrique ni las de Alfonso valían el papel en que estaban escritas fuera de las fortalezas de sus partidarios. En 1468 el principito Alfonso murió envenenado en Cardeñosa, cerca de Ávila, y por un momento pareció más brillante la estrella de Enrique IV el Impotente; pero los nobles no tenían que buscar muy lejos a otra figura decorativa, aunque esta vez encontraron una persona muy distinta de todas aquellas con que habían tenido que habérselas antes.

Isabel de Castilla, la hermanastra del rey, hija de Juan II, habida de su segunda esposa, Isabel de Portugal, tenía diez y seis años. Era ya un modelo de piedad y de ilustración, y había dado pruebas de prudencia y de tacto en sus relaciones con el rey, en el seno de cuya familia había vivido hasta la pacificación parcial después de la batalla de Olmedo; entonces, por su propia seguridad, buscó refugio al lado de Alfonso y los nobles. Cuando murió Alfonso, ella se retiró al convento de Santa Ana, en Ávila; y cuando los nobles la buscaron allí para saludarla como reina, justa y diplomáticamente declinó el honor, y se ofreció a negociar entre los nobles y el rey. Los nobles se resistían; pero no había nadie en cuyo nombre pudiesen obrar más que Isabel, y ella se hizo firme. Prefirió con cordura una corona legal en el porvenir a una corona ilegal en el presente, y las condiciones a que Enrique tuvo que someterse fueron bastante humillantes para él, al paso que completamente favorables para su hermana.

Siempre ha habido grandes dudas en punto a la ilegitimidad de la pretendiente rival del trono, la hija de la reina, Juana la Beltraneja, porque el rey había jurado una vez que era, y otra que no era, el padre; pero los testimonios sacados a luz en nuestros días fortalecen considerablemente la idea de que era hija legítima y heredera del rey. Los nobles y el clero eran ciertamente bastante poco escrupulosos para desdorar a la infeliz con el estigma de bastarda, si convenía a sus intereses, como creyeron que convenía en este caso; y su exclusión del trono fue simplemente una intriga política, para la cual sirvió de pretexto su supuesta ilegitimidad. Hasta qué punto pueda considerarse a la misma Isabel responsable de la injusticia cometida con su sobrina, es cosa abierta a discusión. Era una jovenzuela que en tal asunto debía ser necesariamente guiada por otros; y, asegurándola el más grande dignatario eclesiástico de España y los nobles principales del país que la legítima heredera del trono era ella, y no la Beltraneja, no sería sorprendente que, con sus grandes ambiciones y sus ideas exaltadas, los hubiese creído.

Enrique IV aceptó las condiciones que ella impuso, y en un monasterio de Jerónimos situado en un sitio llamado los Toros de Guisando, los nobles y prelados reunidos allí en 1468 prestaron juramento de fidelidad a Enrique como rey y a Isabel como heredera de las coronas de Castilla y de León. La pobre Beltraneja quedó a un lado, y su madre divorciada; congregáronse Cortes para dictar al desdichado rey nuevos remedios a los males de la nación, y se estipuló solemnemente que no se obligaría a Isabel a casarse contra su voluntad ni sin el consentimiento de su hermano. No carecían de fundamento estas estipulaciones, porque las facciones rivales habían hecho dos tentativas, por lo menos, para casarla con sus patrocinados desde la muerte de su prometido, el infortunado príncipe de Viana[160]. Pero la cuestión era de vital importancia para el país, como la comprendió evidentemente Isabel misma. Luis XI la ambicionaba para su hermano. Ricardo, duque de Gloucester (Ricardo III), le ofreció su mano, como hicieron otros pretendientes menos ilustres; pero Isabel no tenía la menor intención de dejar que Castilla pasase a ser patrimonio de Inglaterra o de Francia, y su proyecto era que su país absorbiese, en vez de ser absorbido.

Generalmente se había tendido a la unión entre Castilla y Portugal más bien que entre Castilla y Aragón, por razones que ya se han consignado varias veces; pero los que hayan seguido la historia concurrente narrada aquí de los dos reinos españoles, comprenderán que ahora se había llegado a un punto en que cada uno de esos países no podía realizar sus aspiraciones nacionales sino sumando con sus fuerzas las del otro. Los descubrimientos de los portugueses en las costas de África, y los importantes resultados comerciales que había tenido para Castilla la posesión de las Canarias, abrían los ojos de muchos hacia el valor de nuevas posesiones allende el mar. El reino granadino estaba en sazón para la conquista cristiana, y, efectuada ésta, todo Marruecos quedaba abierto al ataque de los castellanos; pero nada podía hacerse sin la seguridad del auxilio de una potencia marítima de primer orden como Aragón. Este último reino, a su vez, entorpecido ahora más que nunca por Francia, y luchando con la enconada oposición de venecianos y genoveses, veía atajada su expansión desde Sicilia hacia el Oriente, a menos de tener también detrás de sí la población y la riqueza de Castilla y de León. Que la perspicacia de Juan II de Aragón y la mayor aún de su hijo Fernando vieron esto, es seguro, y hay mil razones para creer que la joven princesa Isabel lo vio asimismo; pero el arzobispo y los nobles que tan afortunadamente intrigaron para conseguir el matrimonio de los dos herederos, obedecían quizá principalmente a la consideración de que, si unían el reino aragonés a su partido político, no habría nada que pudiera resistirles, y de que la posición legislativa de los nobles de Aragón era mucho más fuerte que la de la aristocracia castellana, postergada ahora en el Parlamento por los municipios.

El rey Enrique y el partido de la corte, acaudillado ahora por Don Juan Pacheco, que codiciaba aún mayores mercedes, se opusieron tenazmente al matrimonio, y entraron en negociaciones con el rey de Portugal para la unión de la Beltraneja con su heredero, y la proclamación simultánea de su legitimidad. Pero la Iglesia estaba con Isabel, y el pueblo la seguía. Pacheco trató audazmente de robar a Isabel de Madrigal, y se tramaron maquinaciones para detener y matar a Fernando, si entraba en Castilla. El prometido, disfrazado (otra cosa característica de aquel tiempo novelesco), atravesó en medio de mil peligros por entre las gentes de las ligas de Pacheco y Mendoza, y se unió en matrimonio a Isabel de Castilla, con entusiasta regocijo público, aunque con una ceremonia modesta, dentro de los fuertes muros de la leal ciudad de Valladolid (octubre de 1469), adonde la princesa había sido llevada por el belicoso arzobispo de Toledo y sus tropas. Las condiciones impuestas por los castellanos estaban lejos de agradar a Don Fernando ni a su astuto padre, y en una ocasión pareció como si no se hubiese convenido nada; pero, indudablemente, Don Fernando aceptó el tratado, según su costumbre, con intención de violarlo[161],

160 Los nobles habían tratado de imponerle por marido un hermano de Pacheco, el gran maestre de Calatrava, y el partido de la Corte la había prometido a Alfonso V de Portugal, el hermano de la reina.

161 Esto se vio patentemente con motivo de la conducta de Fernando al subir Isabel al trono (1474). Entonces alegó su derecho a ser rey de Castilla como representante masculino de Fernando el Bueno, regente de Castilla (elegido rey de Aragón), y quiso tener la prioridad sobre su esposa en el propio reino de esta última. Isabel se mostró firme pero

porque él se comprometió a respetar las costumbres y leyes de Castilla, a reconocer a Isabel como gobernante única de Castilla y reina consorte de Aragón, y a no salir de Castilla sin el consentimiento de su mujer.

La noticia del matrimonio cayó como un rayo en la corte del rey Enrique, porque significaba la ruina de los Pachecos y los Mendozas, que se habían opuesto a él; y el haber violado Isabel el compromiso que contrajo en Guisando, de no casarse contra la voluntad del monarca, sirvió de pretexto para desheredarla nuevamente y proclamar a la Beltraneja legítima heredera de la corona. Se convocaron Cortes para la jura, pero no asistieron los procuradores de las ciudades. El bando cortesano de nobles se reunió, no obstante, en octubre de 1470, para tributar homenaje a la Beltraneja, que estaba entonces prometida solemnemente al duque de Guyena, hermano y heredero de Luis XI[162].

Una vez más se desunieron las ligas de nobles, abandonando muchos a Isabel por su rival, y durante cierto tiempo sonrió la fortuna a la Beltraneja: porque Aragón estaba en guerra con Francia por las provincias de Rosellón y de Cerdaña, que, como se recordará, habían sido cedidas a Luis XI, pero se habían sublevado y vuelto a unir a Cataluña. Fernando de Aragón se vio obligado a dejar a su joven esposa en su modesta corte de Dueñas, y con un cuerpo de caballería castellana marchó a combatir a los franceses. Se portó bien, y, con su astuto padre, se dio trazas para hacer la paz con Luis XI en condiciones ventajosas.

Cuando tornó a Castilla, había vuelto a declinar la estrella de la Beltraneja. La ligereza, la debilidad y la rapacidad de su padre putativo, la alta sabiduría de Isabel y el influjo de la Iglesia habían vuelto a dejar al rey y a su hija huérfanos de apoyo, y el marido francés de quien tanto se esperaba, había sido envenenado. No había realmente gobierno central. Las corporaciones municipales, las ligas de nobles, los jefes individuales en sus castillos amurallados, y los señores territoriales dentro de su jurisdicción, mantenían cierta especie de orden, y luchaban unos contra otros; pero cada cual seguía su camino, cambiando de partido o vendiendo su adhesión según le placía, y reinaba la anarquía en todas partes[163].

Por fortuna, en 1474 murió el desdichado Enrique el Impotente, e Isabel subió al trono de Castilla. Estaba en Segovia al tiempo de morir su hermano, y allí fue proclamada reina en diciembre de 1474, no sin algunas protestas a favor de la Beltraneja; y a principios del año siguiente las Cortes de Segovia rindieron solemne homenajea Isabel. Las reclamaciones de Don Fernando sobre la corona de su mujer amenazaron algún tiempo con disturbios, que no se conjuraron sino gracias a la sabiduría de la reina y al reconocimiento de su hija Isabel por las Cortes como heredera del trono.

Pero sobrevino un peligro mayor que ese. Los nobles que habían apoyado a la Beltraneja, reforzados ahora por el mismo arzobispo de Toledo, que antes habían tenido enfrente, llamaron al ambicioso Alfonso V de Portugal, que atravesó la frontera con un ejército poderoso, se desposó con su sobrina la Beltraneja, en cuyo nombre reclamó la corona, y ocupó las plazas de Toro y de

---

conciliadora en el asunto, y, aunque no con plena satisfacción de Fernando, se llegó a un arreglo en cuya virtud reinarían juntos y todas las disposiciones reales, monedas, etc., llevarían los dos nombres; pero Isabel conservó en sus propias manos el patronato eclesiástico y la hacienda de Castilla, al par que los comandantes de las fortalezas de su reino debían estar a las órdenes de la reina solamente; de modo que ella, y no su marido, disponía de los supremos recursos de su reino en armas y dinero.

162 El tratado de matrimonio firmado por Luis XI esta en los archivos de Frías. Es también curioso ver en los mismos archivos las numerosas mercedes y dádivas con que sobornaban a Pacheco los varios pretendientes a la mano de la princesa, sobre todo los reyes de Portugal y de Francia, y, por supuesto, su propio rey.

163 Los escritores del día comprendían perfectamente lo calamitoso de la situación. Sobreviven dos célebres colecciones de coplas satíricas, a saber: las *Coplas del Provincial* y las más conocidas de *Mingo Revulgo*, que trazan un cuadro vivo de la anarquía dominante y del desprecio con que los escritores miraban a las turbulentas clases superiores. Las *Coplas de Mingo Revulgo*, que se componen de 32 estancias, figuran un diálogo entre dos pastores: Mingo Revulgo, que toma el partido de la masa del pueblo, y Gil Arribato, que lleva la voz en nombre de las clases aristocráticas. El resultado del coloquio es cargar la censura sobre el rey y su corte y alabar a la moderada y sobria clase media.

Zamora. Don Fernando, al principio, tuvo que alejarse de Toro, porque Luis XI operó una diversión a favor de la Beltraneja invadiendo a Vizcaya; pero Isabel valía por una hueste y era ya el ídolo de su pueblo. Reunienclo Cortes en Medina del Campo en agosto de 1475, pidió elocuentemente su concurso contra el extranjero que trataba de imponer un soberano a Castilla. Las ciudades votaron los auxilios que ella requirió; la Iglesia trabajó en su favor con denuedo, y antes del fin del año tenía preparados poderosos refuerzos para reunirse al ejército de su marido. La batalla decisiva se dio en febrero de 1476, cerca de Toro, donde los portugueses fueron completamente derrotados, y las esperanzas de la Beltraneja destruidas para siempre.

En el tratado de paz que se hizo se acordó que la desgraciada princesa se casase con el infantito Juan, heredero de Fernando e Isabel; pero la Beltraneja estaba cansada de que la casasen y descasasen para agradar a los demás, y se retiró a un convento portugués, donde acabó sus días, mientras que el heredero de Portugal se casó con Isabel, la tierna hija de la reina de Castilla. Los nobles rebeldes fueron ofreciendo gradualmente su sumisión a sus nuevos soberanos; Luis XI propuso una alianza y perpetua amistad a la importante potencia formada ahora por la unión de Castilla y Aragón; y cuando murió el monarca aragonés Juan II, en enero de 1479, Fernando e Isabel, «los Reyes Católicos», dos genios gobernantes de la mayor altura en sus géneros respectivos, reinaron en los Estados confederados de Castilla, León y Aragón.

Los problemas que tenían ante sí eran múltiples y difíciles, especialmente en Castilla, donde la debilidad de los reyes sucesivos de la casa de Trastamara había dejado crecerse a los nobles al punto, aumentando en el ínterin enormemente las posesiones de los señores territoriales. Sus turbulentas ligas hacían imposible un gobierno central efectivo; pero lo más grave era que, merced a su influjo y al de los reyes, había declinado el poder de la clase media en las Cortes. En el reinado de Juan II el número de ciudades con derecho de representación en las Cortes se había reducido a 17, y el nombramiento de nobles como alcaldes hereditarios, juntamente con la designación de corregidores, permitía en muchos casos al monarca dictar la elección de representantes a su albedrío. Por otra parte, la votación del servicio ordinario y extraordinario, sin discusión, había dado al monarca motivos para considerarlos como un tributo que podía exigirse en cualquier caso, y que el derecho de las Cortes a discutir servicios sólo rezaba con las peticiones que excedieran de la suma regular pedida anualmente.

La codicia y la ambición de todas las clases habían traído la enervación del gobierno de Castilla. Los nobles, reclamando su exención de las cargas nacionales, habían hecho posible su exclusión del poder legislativo; la clase media, entonces omnipotente en las Cortes, había consagrado todos sus esfuerzos a cercenar los privilegios de los nobles, de la Iglesia y de los artesanos, y había sido desposeída a su vez de mucho poder político después de caer la corona en manos de facciones de nobles, que la convertían en simple instrumento de un partido o de un favorito. En tales circunstancias, con todas las clases divididas, bastaba que apareciese un monarca enérgico para que se apropiase el poder e implantara en Castilla el despotismo.

Muy otra cosa ocurría en Aragón. Aquí es verdad que Jaime I y Pedro IV habían destruido en gran parte el poder feudal de los nobles; pero tanto en Aragón como en Cataluña los dos órdenes de nobles se habían unido con los burgueses para impedir el completo dominio de la Corona, y el resultado fue la existencia, no sólo de un fuerte Parlamento, en que estaban representadas todas las clases, sino de un sistema judicial positivamente independiente del soberano.

Por el pronto, pues, la necesidad principal de los nuevos monarcas era concentrar en sus propias manos el poder político disperso en Castilla. El primer paso dado en este sentido revela su inteligencia. Las instituciones más fuertes y respetables que habían existido, antes que la ambición de los nobles hubiese precipitado al país en la anarquía, eran las hermandades de las principales ciudades. Esas hermandades fueron resucitadas a fin de organizar una policía militar de 2.000 caballos y numerosos arqueros, mandada por el hermano del rey, y pagada por los municipios

confederados[164], para limpiar los caminos de ladrones y perturbadores de la tranquilidad, de alta y baja condición. La *Santa Hermandad*, como se llamaba, poseía sus propios tribunales de justicia sumaria; una junta de magistrados, elegida por las ciudades confederadas, debía decidir, sin apelación, todas las causas que la enviasen los alcaldes de las poblaciones. Sin tregua ni merced, el país fue barrido de malhechores. Los nobles, grandes y pequeños, que habían vivido de la rapiña, y los maestres de las grandes Órdenes militares, que habían degenerado en cuadrillas de saqueadores, estaban amedrentados. Eso, de una reina nueva, era más de lo que esperaban, y protestaron y reconvinieron; pero en balde, porque la Santa Hermandad era más fuerte que cualquier federación que ellos formasen, y la reina era inflexible. Isabel había conseguido la supremacía y quería conservarla. Ella misma acudía a todas partes, viajando a caballo con una ligereza que asombraba y alarmaba a sus súbditos. Veintenas de siniestros castillos fueron arrasados, y dispersos sus rapaces poseedores.

Las grandes Cortes de Toledo de 1480, unas de las más importantes celebradas en España, ordenaron por iniciativa de la reina una nueva codificación de las leyes; se hizo una reforma completa del sistema judicial, y se crearon cinco Consejos para entender, respectivamente, de las cuestiones extranjeras, de las peticiones a los soberanos, de los asuntos aragoneses, de la organización de la policía, y de la hacienda. Don Fernando mismo juzgaba apelaciones últimas todos los viernes, y en el curso de muy pocos años los organismos gubernamentales y judiciales funcionaban regularmente, los caminos estaban seguros, las poblaciones eran comparativamente prósperas, y el tesoro real, vacío al advenimiento de Isabel, se hallaba en una situación floreciente.

Nada de esto se hizo sin persistente oposición de los nobles, que iban perdiendo, uno tras otro, sus privilegios y poderes. Se les prohibía erigir nuevos castillos; se retiraron los privilegios de acuñar moneda, que habían sido sembrados a granel; las pródigas concesiones de tierras de la Corona y de cargos productivos, hechas a ellos por los últimos reyes, fueron abolidas por las Cortes de Toledo, a las cuales se les invitó especialmente a asistir para defender su propia causa. Pero estaban desunidos, celosos unos de otros, apartados por antiguos odios de familia; y la grandeza, que había sido la beneficiada principalmente por las concesiones, era aborrecida por la nobleza inferior. No tenían, por tanto, más remedio que inclinar humildemente la cerviz ante Fernando e Isabel, y entregar lo que se les pedía para que se les permitiese gozar de lo restante. La Corona, además, a medida que vacaban los maestrazgos de las órdenes militares, fue tomando posesión de los vastos dominios de esas Órdenes, cuya administración había llegado a ser un escándalo, y en lo sucesivo se asignaron pensiones fijas a los caballeros, y los maestrazgos quedaron generalmente en la familia real, en virtud de bulas obtenidas de los Papas.

La fijación del valor de la moneda, la abolición de las aduanas entre León y Castilla, la reducción de los privilegios de la Mesta de aprovechar las tierras ajenas para pasto, el fomento de la industria del tejido de paños, la manufactura de armas y el trabajo de la plata, y el auxilio prestado a la construcción naval en Andalucía, devolvieron a las ciudades gran parte de la prosperidad que habían perdido durante los tiempos azarosos transcurridos desde el asesinato de Don Pedro el Cruel.

Pero había aún otro punto en que la presciencia de Isabel y de su marido vio que debía trabajarse, si había de ser un hecho la unidad nacional. En las primeras páginas de esta obra hemos indicado que las condiciones geográficas y etnológicas de España hacían casi imposible la unificación por el camino usual de la fusión de razas y de la creación de intereses comunes. Hemos visto que al pueblo gobernante más grande que ha conocido el mundo, a los romanos, les costó siglos establecer en España su parcial unidad burocrática, que se deshizo cuando faltaron ellos. La historia que hemos contado de la reconquista ha sido la de una constante guerra a muerte, sin la menor indicación de que nadie soñase a España constituyendo una nacionalidad. Lo más cercano que había habido a esta idea fue durante el último período visigodo, cuando el país era regido por

164 Para sufragar los gastos se impuso una contribución de 18.000 maravedís por cada cien cabezas de familia.

concilios de eclesiásticos, y también cuando toda España se unió en una cruzada contra los moros en 1212.

Los largos siglos de lucha contra el Islam bajo el patrocinio de la Iglesia habían exaltado el natural fervor religioso de los españoles; y el espíritu romántico del siglo XV, que ya hemos mencionado, vino a inflamar más aún la mente de los hombres con ideas de enaltecimiento por el sacrificio. Aunque, con el tiempo, se había exacerbado el sentimiento contra los mudéjares y los judíos, como extranjeros que vivían misteriosamente aparte y monopolizando muchas industrias lucrativas, no había habido, en Castilla al menos, ninguna persecución sistemática por motivos religiosos. Se ha visto ya que la Santa Inquisición había existido en los dominios aragoneses desde principios del siglo XIII, mientras que en Castilla atajó su desarrollo la oposición de Alfonso el Sabio. Aun en Aragón y Cataluña la institución era comparativamente blanda en sus castigos, y en su constitución, por supuesto, había sido puramente eclesiástica y papal. El astuto Fernando, que había estado familiarizado con la institución toda su vida, fue, al parecer, el primero a quien ocurrió que podía ser utilizada como un instrumento para otros fines que la imposición de la uniformidad doctrinal.

Los castellanos miraban con celos todo lo que viniese de Aragón, e Isabel había procurado desde un principio afirmar la supremacía de los soberanos castellanos sobre su Iglesia; pero la exaltación religiosa estaba en el ambiente, y quizá la reina comprendió sin dificultad las ventajas que podía obtener enganchando las crecientes fuerzas del fanatismo a su carro gubernamental y dirigiéndolas por su propio camino. Merced al estrecho vínculo religioso, no sólo podía asegurarse la unidad nacional, y darse un impulso irresistible a la conquista de Granada, sino que podían obtenerse tesoros confiscando los bienes de los recalcitrantes, especialmente de los judíos. La última razón fue probablemente la principal que influyó en el ánimo de Fernando; y sin pérdida de tiempo, después del advenimiento de su mujer, y de acuerdo con ella, obtuvo una bula del Papa para el restablecimiento de la Inquisición en Castilla, y su reorganización en Aragón.

La primera nota pública de intolerancia, que debió convencer a los reyes de que estaban en lo cierto, la dieron las Cortes de Toledo de 1480, adoptando una serie de leyes opresoras contra los judíos. Se les vedaba ejercer las profesiones en que sobresalían, y se los abrumaba con inhabilitaciones y reglamentaciones insultantes. Sólo después de esto se hizo uso de la bula del Papa, y se estableció formalmente la Inquisición en el monasterio de dominicos de San Pedro y San Pablo, de Sevilla, a principios de 1481. En ese año, sólo en Andalucía se quemaron como herejes 2.000 judíos y moros; pero el gran holocausto no dio principio hasta que en 1483 se nombró inquisidor general al Padre Torquemada, un furibundo fanático dominico, confesor de la reina. Torquemada era un hombre de gran energía y de una arrogancia sin límites bajo la capa de la humildad, y había hecho a la reina tan fanática y tan intolerante casi como él. Fernando necesitaba dinero; Isabel anhelaba la unidad nacional por la fe, y la gloria de haberla conseguido a cualquier precio; Torquemada estaba sediento de sangre de herejes. Los tres quedaron plenamente satisfechos. Los judíos eran los ciudadanos más ricos y más ilustrados de España. Muchos miles habían huido ya a las ciudades de Castilla donde la Inquisición no podía alcanzarles fácilmente; pero los implacables jueces dominicos prendían y juzgaban a los que podían ser acusados, y más especialmente a los que habían abrazado el cristianismo y eran sospechosos de reincidencia, y uemaron vivos a muchos millares de infelices inocentes, durante los siguiente años, en el gran quemadero de las afueras de Sevilla.

Los judíos eran odiados por su riqueza; pero el quemarlos a ellos y a los «cristianos nuevos» en esas proporciones alarmó a algunos de los ciudadanos más sensato» de Castilla, y el Papa mismo se arredró, e intentó, aunque en balde, atajar la matanza. Los reyes habían tomado su partido; y, aunque al comienzo los inquisidores encontraron cerradas muchas de las puertas de las principales ciudades de Castilla, Isabel era despótica, los judíos eran impopulares, y el terrible tribunal, sombrío y despiadado, no tardó en alzarse en todas las partes de España, imprimiendo en el alma de los

españoles un sello, que fue en adelante la marca de la raza. Los aragoneses, más libres que los castellanos, protestaron contra toda infracción de las leyes del reino por la Inquisición, y asesinaron al inquisidor general en la catedral de Zaragoza (1497); pero Fernando estimaba provechosas las confiscaciones, y recibió con ceño severo las quejas de sus súbditos. La venganza del Santo Oficio acabó por aterrorizar aun a los rudos aragoneses y llevarlos a una sumisión parcial.

Los judíos de Cataluña y Aragón habían alcanzado un grado de riqueza y de consideración social que les había permitido contraer alianzas con muchas familias nobles, y los más altos funcionarios de la Iglesia y del Estado tenían sangre judía en sus venas. La Inquisición hirió primero a la clase más poderosa, y miembros de las más grandes familias, sin excluir la realeza, fueron objeto de sañuda persecución a la más vaga sospecha de que simpatizaban con el judaísmo. Pero, aunque el Santo Oficio se salió con la suya en esta ocasión, la constitución judicial aragonesa era ilustrada y justa, el sistema representativo era poderoso, y la Inquisición tropezó allí con una firme resistencia permanente, tal como no la experimentó en ninguna otra parte de España, y ojos celosos espiaban toda tentativa de los jueces eclesiásticos de atacar los privilegios especiales de Aragón.

Sin embargo, sería erróneo decir que las masas ignorantes del pueblo miraban con disgusto el Santo Oficio en ninguna parte de España. Fanáticos sacerdotes habían atizado su odio y su envidia hacia los judíos; y el populacho, en un arrebato de furia, había matado y saqueado judíos más de una vez por su propia cuenta, especialmente en Barcelona en 1388. El populacho, pues, aplaudió esa persecución del odiado pueblo por papas y por reyes, porque le lisonjeaba, y daba una alta sanción a su furia y violencia. La ignorante muchedumbre recibió con satisfacción ese nuevo testimonio de que ella, que, por supuesto, estaba pronta a recitar cualquier credo, era la sal de la tierra, y mejor que sus prójimos. Su sed de sangre, su ansia de excitaciones, su orgullo personal, todos sus instintos se sentían satisfechos; y no hay que negar que la Inquisición, aunque odiada por las clases mejores, era popular entre la muchedumbre.

En cuanto a Isabel, fanática exaltada, casi histérica, estaba convencida indudablemente de que el humo de los herejes quemados era un incienso grato al Altísimo; pero, a fuer de gran estadista, no estaba menos segura de que, si mediante el terror y Torquemada podía dominar las almas de los hombres, no le costaría gran trabajo gobernar sus cuerpos. Por otra parte, Fernando, con sus vastos planes, que eran hacer de Aragón el dictador de Europa, necesitaba ante todo fondos; y las confiscaciones de los bienes de los judíos se agotaron en pocos años. Se había puesto en tensión todos los ánimos a fin de conquistar para Castilla el último refugio de los moros en Granada, porque eso era necesario para que le llegase su vez a Aragón; pero, cuando Granada estuvo en su poder (marzo de 1492), entonces fue preciso que Fernando tuviese dinero para sus grandes designios propios. El medio que eligió para procurársele era quizá el más desacertado que podía concebirse económicamente; pero Fernando vivió antes de los tiempos de la economía política.

La prevención popular contra los judíos se había hecho cada vez más enconada; y si a un tiempo junto podía lisonjearse a las masas, tenerse propicio al clero y llenar el propio tesoro, no es de presumir que el rey de Aragón ni su mujer sintiesen empacho por agraviar a los judíos. Así, pues, en la ciudad conquistada de Granada se expidió el inhumano edicto mandando salir de España a todos los judíos, hombres, mujeres y niños, en el término de cuatro meses, so pena de pérdida de la vida. Por un refinamiento de crueldad, debían dejarse en el país toda la riqueza que había atraído sobre ellos el odio de las masas. Había en España un cuarto de millón de judíos, y en medio de escenas desgarradoras aquellos infelices, viejos y jóvenes, enfermos y sanos, ricos y pobres, fueron arrojados de sus hogares y del país en que habían nacido. A pie, y sin dinero la mayoría, se dirigían hacia los puertos y hacia Portugal, cayendo y muriendo a miles a orillas de los caminos, extenuados, despojados de lo poco que trataban de ocultar, maltratados, y muchas veces asesinados. Los que quedaron de ese pueblo, muchos de ellos criados en el lujo y la opulencia, los ciudadanos más cultos e instruidos de nacimiento español, se vieron impelidos a buscar refugio en países menos

bárbaros, para perpetuar allí el habla española de sus ascendientes[165] y llevar por siempre sus nombres castellanos. Había aún, no obstante, un abismo más profundo de inhumanidad. Los judíos fueron perseguidos, y confiscados sus bienes; pero los muertos no pueden hacer reclamaciones ni tomar venganza, y se obtuvo del Papa una bula mandando a todos los soberanos cristianos prender y volver a enviar a España los judíos que hubiesen llegado a sus dominios. Por fortuna para la causa de la humanidad, esa brutal orden fue generalmente desatendida.

Otra parte de la gran obra de la unificación nacional en que pusieron mano Fernando e Isabel fue la extinción definitiva de la dominación musulmana en España[166]. La situación anárquica de Castilla durante un siglo había alentado a los reyes de Granada a interrumpir el pago de su tributo; y cuando Fernando, en respuesta a las insinuaciones de Muley Hasan para un nuevo tratado de alianza en 1476, reclamó el tributo, la contestación del moro fue una negativa altanera. Fernando no estaba preparado para la guerra, porque no había subido aún al trono de Aragón; pero una algarada mora y la toma de Zahara por los granadinos en 1481 dieron el pretexto a los soberanos católicos para una guerra regular de conquista, en ocasión en que ya estaban preparados. El primer hecho fue la toma de la importante ciudad mora de Alhama, por el marqués de Cádiz, a principios de 1482; y los reyes, con un gran séquito de eclesiásticos, establecieron su cuartel general en Córdoba, avanzando Fernando hasta la conquistada Alhama, desde donde sus tropas asolaron la fértil vega de Granada sin encontrar seria resistencia. A partir de entonces hubo guerra continua contra los moros durante seis años.

Las excitaciones del clero y la persecución de los judíos y de los cristianos nuevos habían provocado ahora en el pueblo español una furia de intolerancia. Siempre había odiado y despreciado a los extranjeros, y aun a los hombres del pueblo vecino, pero los motivos de su odio habían sido principalmente étnicos y geográficos. Ahora, la crueldad innata, el orgullo individual, una viva imaginación alimentada largo tiempo con fábulas extravagantes, religiosas y profanas y el afán de riqueza sin trabajo, todo concurrió, bajo las fervientes bendiciones de la Iglesia y de la reina, para hacer de los españoles, como raza, perseguidores crueles de los que se atrevían a pensar de distinto modo que ellos. Con ese nuevo espíritu se fue a la conquista de Granada, y sería ocioso negar que dio a los cristianos españoles una cohesión que nunca antes habían conocido. Esa fue la fuerza de la reina, y ella lo sabía, aunque la atribuyó probablemente a la intervención especial de Dios en su favor, del propio modo que había aprendido que Él envió a Santiago para dar la victoria contra los infieles a las fuerzas de sus antecesores.

El reino de Granada era presa de discordias intestinas. La primera mujer de Muley Hasan, una dama española, cristiana de nacimiento, trató de deponerle en favor de su hijo, Abu Abdalla (Boabdil). Después de la pérdida de Alhama, el pretendiente fue proclamado rey de Granada, y Muley Hasan huyó a Málaga, en cuyo punto y en Loja él y el Zagal causaron a los cristianos una serie de derrotas desastrosas. Pero Boabdil, ganoso de consolidar su poder en Granada y de anular las victorias de su padre y de su tío, se aventuró a dar batalla a los cristianos en Lucena, donde fue hecho prisionero, y no quedó libre sino al precio de su abyecta sumisión y del pago de un crecido rescate. Cuando volvió a Granada como humilde tributario de los cristianos, halló a su tío en

165 Los judíos de Turquía hablan aún el español, y, al escribir, tengo a la vista un periódico de este año (1900) publicado en Sofía (Bulgaria), e impreso en caracteres hebreos, pero en idioma castellano. Se titula *La Verdad*.

166 Pero esta medida no se adoptó sin alguna resistencia de Fernando, que deseaba ante todo recobrar de los franceses sus condados de Rosellón y de Cerdaña. Había enviado en balde una embajada formal al nuevo rey de Francia, Carlos VIII, pidiendo su restitución, en conformidad con la promesa y las instrucciones de Luis XI (1484). Insistió Fernando en que el primer deber era recobrar uno lo suyo antes que conquistar lo que pertenecía a otros. Si la guerra de la reina contra los moros, decía, era una guerra santa, la suya contra el francés sería una guerra justa. La reina, sin embargo, salió adelante con su empeño, aunque disimulándole tras la decisión de llevar las dos guerras a un tiempo, lo cual era imposible, porque el rey andaba en disputas con sus Cortes en Tarragona, los catalanes y los valencianos se hallaban casi amotinados porque se había convocado a sus representantes para congregarse fuera de sus respectivos dominios, y los aragoneses estaban muy resentidos de que el rey los abandonase por causa de Castilla. (*Crónica* de Pulgar.)

posesión del poder; y, durante la guerra civil que se empeñó entre ellos, los cristianos se apoderaron sucesivamente de Zahara, Ronda, Zalea, Loja, Moclín, Vélez Málaga, Málaga, Baza, Guadix y Almería.

A fines de 1490 todo lo que quedaba a los musulmanes del reino de Granada era la ciudad y la llanura circundante; y a principios de 1491, Fernando le puso sitio, jurando sostenerle hasta que cayese en sus manos la última fortaleza del Islam en España. Isabel misma estaba allí estimulando con su presencia y sus exhortaciones a los caballeros castellanos a consumar proezas de valor personal. Todo lo que podían hacer la ciencia de la guerra, el gasto pródigo y la persistencia inflexible por asolar la comarca del contorno y reducir la ciudad, todo lo hizo la reina católica. El mísero Boabdil, cuya traición y cuya ambición habían dividido su reino enfrente del enemigo, fue impotente para resistir a toda la hueste de los caballeros de España, apoyada por la tremenda influencia de la Iglesia católica y el ardiente celo e incansable esfuerzo de Isabel. El campamento cristiano se incendió por accidente; pero el espíritu invencible de la reina erigió en su sitio una ciudad de piedra, que llamó Santa Fe, en testimonio de su resolución de no moverse de allí hasta que Granada fuese suya.

A medida que fue estrechándose el círculo de hierro que rodeaba la fortaleza mora, Boabdil perdió el ánimo y la esperanza, y en noviembre de 1491 firmó una capitulación para entregar la ciudad en el plazo de sesenta y cinco días. Pero no hubo necesidad de esperar tanto. Boabdil, abatido, abandonó el reino de sus mayores, y la hermosa, la sin par Granada, la joya más brillante del Islam en el Occidente de Europa, pasó a ser una ciudad cristiana (enero de 1492). Arrojados del país en que habían dominado durante más de siete siglos, los musulmanes podían dominar en África y aun amenazar a Europa desde el Oriente; pero el Occidente del continente blanco debía ser cristiano para siempre a partir de entonces. El hecho fue un gran acontecimiento y produjo en Europa una impresión profunda, desproporcionada con la pequeñez militar de la conquista del reinecillo granadino; y, en cambio, un suceso que a la sazón pareció de importancia secundaria, estaba destinado a ejercer una influencia inmensamente más grande sobre el pueblo español, y quizá sobre la historia del mundo.

La circunnavegación de África por los portugueses, y su llegada por mar a los puertos asiáticos, habían dado un impulso irresistible a la especulación cosmográfica. Entre las muchas inteligencias que se ocupaban de las vastas perspectivas que ofrecían los nuevos descubrimientos, figuraba la de un marino genovés establecido en Lisboa, varios de cuyos parientes habían hecho viajes arriesgados al Atlántico occidental y meridional, y que, por su parte, había llegado, en la dirección Norte y Oeste, hasta Islandia, y en la dirección Sur, hasta el golfo de Guinea. Sus lecturas y propias meditaciones le habían conducido a la conclusión de que podía llegar al Asia navegando derecho hacia el Poniente, y había propuesto a Juan II de Portugal el equipo de una expedición de exploración con ese objeto. La cuestión pasó a una comisión, que informó desfavorablemente; y el Consejo del rey opinaba de la misma manera, no sólo porque la idea en sí misma se reputaba impracticable, sino porque el genovés pedía para sí, en caso de éxito, condiciones que se consideraban inadmisibles. La última fue, probablemente, la principal razón que hubo para rechazar sus proposiciones: porque subrepticiamente se envió un buque por cuenta del rey para comprobar los asertos de Colón; pero la tripulación, alarmada a la vista del misterioso mar de Sargazos, tornó sin fruto. El autor del proyecto, disgustado de esa mala fe, salió de Portugal para buscar apoyo en Francia o en España, al paso que su hermano iba a Inglaterra con objeto semejante (1484). La nave en que iba Colón fue arrojada por una tormenta al puerto español de Palos, y el marino buscó refugio con su hijo en el vecino monasterio de la La Rábida. Dejando su hijo al cuidado de los frailes, uno de los cuales era Juan Pérez de Marchena, antiguo confesor de la reina, se dirigió a Sevilla, con la intención, probablemente, de embarcarse allí para Francia; pero, habiendo sido presentado a Don Luis de la Cerda, primer duque de Medinaceli, el gran magnate local, le explicó sus proyectos, y obtuvo la promesa del duque de ayudarle a equipar una expedición.

Mientras la expedición se preparaba, el duque escribió al omnipotente cardenal Mendoza, informándole del proyecto, y pudiéndole el permiso de la reina para la salida de la expedición. La respuesta fue una citación para que Colón mismo se presentase en la corte y explicase sus proyectos a los soberanos. Estaban viajando entonces por el norte de España, pero después vieron a Colón en Córdoba en mayo de 1486. El marino los había esperado allí durante meses en medio de la pobreza y lleno de impaciencia, hazmerreír de los ingenios cortesanos, que se mofaban del gran soñador; y cuando, al fin, vio a los monarcas, estaban preocupados con la campaña futura, y se limitaron a remitir el asunto a una comisión de sabios.

De las varias repulsas y pruebas sufridas por Colón antes de conseguir su objeto, no cabe hablar aquí. Aunque encontró muchos cortesanos superficiales que se rieron de él y de sus proyectos, tuvo varios amigos poderosos: el cardenal Mendoza; el camarero del rey, Juan Cabrero; su tesorero doméstico, Luis de Santángel, un aragonés de sangre judía; Gabriel Sánchez, el tesorero de la Corona aragonesa; Fray Juan Pérez, y otros muchos.

Pero Fernando e Isabel tenían demasiado en que pensar, especialmente el primero. La guerra con los moros, las grandes disputas aragonesas con Francia, y la política exterior que ocupaba el espíritu del rey, apenas le dejaban tiempo ni fuerzas para atender a otras cosas. El objetivo secular aragonés era la extensión por el Mediterráneo, no por el Atlántico; y Colón, tras años de pretender, consumirse y esperar, fue despedido con una negativa, en parte, sin duda, por las exorbitantes condiciones que imponía, si triunfase. Pero sus amigos Santángel y Cabrero influían en el ánimo de los reyes, y a Isabel la seducían los vastos horizontes que el éxito podía abrir a Castilla; en su consecuencia, se volvió a invitar a Colón a discutir las condiciones. Pero éstas parecían aún excesivas, y Colón se aferraba a ellas tenazmente. Él y sus descendientes debían ser virreyes y grandes almirantes de las Indias por siempre, percibir el diez por ciento de todas las transacciones, importaciones y exportaciones, y de todos los minerales y productos, y ser copartícipe en un octavo con todo el que se arriesgase a ir allá o a volver, con otras muchas cosas del mismo linaje.

Fernando debió ver la imposibilidad de hacer a un navegante extranjero concesiones que le convertirían en un soberano independiente y le darían un riqueza que excedía de todo cálculo humano. Pero Isabel apremiaba. La dificultad de dinero se zanjó con un préstamo de Luis de Santángel. Fernando rara vez firmaba un tratado con la intención de cumplirlo más que hasta donde conviniera a sus propios intereses; así Colón vio aceptadas al cabo plenamente todas sus condiciones, y en 1492, poco después de la toma de Granada, marchó a descubrir y a tomar posesión del Nuevo Mundo para Castilla y León. De las varias vicisitudes de la empresa, de la defección del gran descubridor, de cómo se desentendió Fernando del compromiso contraído, no es posible hablar aquí.

A los muy pocos años fueron visibles las consecuencias del descubrimiento para el pueblo español. Se había acabado con los moros dentro del país; ahora había millones desconocidos de infieles que dominar, saquear y matar; había en perspectiva aventuras a cuyo lado no eran nada las relatadas en los libros de caballería; había el espejismo deslumbrador de riquezas sin límites, maravillas que sobrepujaban a los sueños aun de aquellas imaginaciones alimentadas con los relatos novelescos más descabellados. ¿Qué mucho que los españoles perdieran su equilibrio mental, y que la rapiña, la codicia y la crueldad señalaran su camino con un gran rastro de sangre por dondequiera que marchaban? Eran a sus propios ojos un pueblo elegido, que a la sombra de la cruz no podía hacer ningún mal; la Inquisición había santificado la crueldad en el servicio de Cristo. La confiscación y la muerte habían sido el destino de los conciudadanos de dudosa ortodoxia; el despojo y la expulsión habían sido impuestos en nombre de la fe a sus parientes moros ante los ojos levantados al cielo de su santa reina. ¿Serían más escrupulosos aquellos rudos campesinos, marineros y soldados, que los mejores de entre los suyos? Si era acepto a los ojos de Dios quemar y saquear a españoles cuya doctrina era discutible, ¿cuánto más grata no sería la sangre de salvajes infieles que no creían en nada? Y, sobre todo, ¡cuánto más provechosa para los matadores, que en

este caso podrían guardarse ellos mismos el botín de sus víctimas con la aprobación de su conciencia! Todo esto fue haciéndose más evidente a medida que corría el tiempo, y dejó su impresión profunda en España; pero era consecuencia natural de lo que había precedido al descubrimiento de América, a saber: la determinación de Isabel y Fernando de utilizar el fanatismo religioso en la consolidación de sus reinos. Fernando, por lo demás, en cuanto al presente, tenía sus pensamientos más cerca del país propio que de las remotas tierras allende el Océano, que podían ser beneficiosas para Castilla, pero que apenas podían ser más que un entorpecimiento para los asuntos aragoneses, que le llegaban más al alma.

Después de la conquista de Granada, el movimiento natural de Castilla hubiera debido ser hacia Marruecos, donde habían buscado refugio, y constituían un foco permanente de enemistad contra ella muchos de los ciudadanos musulmanes que había expulsado; pero Fernando ejercía naturalmente sobre Isabel una influencia poderosa, y se adoptó la política que debía conducir al mismo tiempo a la grandeza transitoria y a la ruina permanente de España. Ya se ha indicado que Castilla no tenía cuestiones pendientes que la pusieran en antagonismo con Francia, y que sus relaciones con Inglaterra habían sido generalmente cordiales y amistosas, relaciones comerciales y de familia. No así Aragón. Rival de Francia durante siglos en Provenza, en Sicilia, en Nápoles, en Génova; dueño legítimo aún de dos provincias del Norte de los Pirineos, que el francés retenía por la fuerza, necesitaba buscar alianzas que rodeasen a Francia de un círculo de enemigos, si los aragoneses habían de realizar su sueño de dominar en el Mediterráneo.

Mientras Fernando se veía detenido delante de Granada, su política recibió un golpe con la incorporación de Bretaña a Francia mediante el matrimonio diplomático de Carlos VIII con la duquesa. Gracias a este refuerzo, y alentado por las disensiones de los príncipes italianos, se creyó en situación de hacer valer su derecho a la corona de Nápoles, que había heredado de la casa de Anjou. Nápoles, como se recordará, había pasado a la descendencia ilegítima de Alfonso V de Aragón, y su corte era aún en gran parte aragonesa. Hubo, pues, que ganar a Fernando con la entrega del Rosellón y la Cerdaña para que no interviniese en Nápoles a favor de su pariente. Fernando era quizá el político más falso y despreocupado de una época singularmente huérfana de escrúpulos. Maestro de disimulo, con afectación de franqueza, su doblez engañó una y mil veces a los mismos a quienes había chasqueado antes. Carlos VIII, superficial y testarudo, no era hombre para medirse con él, y confió en él a su costa. Años antes Fernando, a fin de conservar la autonomía de Bretaña, se había entendido con Maximiliano de Austria, el poseedor de los Países Bajos por derecho de su mujer, y con Inglaterra, la dueña del canal[167]; y se había hablado mucho de matrimonios entre los hijos de los monarcas aliados. Por el tratado de Barcelona (enero de 1493) Carlos restituyó a Aragón sus dos provincias francesas, a cambio de la seguridad de su libertad de acción en Italia y en cualquier otra parte, y de la promesa de Fernando de que su familia no se uniría por matrimonio con las casas de Inglaterra, Austria y Nápoles.

Cuando Carlos, en 1494, informó a Fernando de sus intenciones contra Nápoles, y reclamó su ayuda en conformidad con el tratado, el rey de Aragón afectó sorprenderse sobremanera. Y después que el apoyo de Milán y las rivalidades de los Estados italianos habían permitido al francés atravesar el país y tomar posesión de Nápoles sin obstáculo, Fernando tranquilamente empezó a trabajar para tender un lazo a los vencedores. El Papa valenciano Alejandro VI (Borgia) no había podido impedir el paso de los franceses por Roma; pero, instado por Fernando, promovió la formación de una «liga santa» compuesta de España, Roma, Austria, Venecia y Milán, aparentemente contra el turco, pero en realidad contra Francia. El resultado fue la firma del tratado de Venecia (1495), y Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán[168], con una armada española y un

167 Enrique VII, a pesar de lo astuto, se dejó engañar completamente en su tratado con Fernando, y fue inducido a un movimiento militar contra Francia (1492), que sirvió a España, sin mover un hombre, para atemorizar a Carlos VIII y llevarle a firmar el tratado de Barcelona.

168 Fernando deseaba nombrar un jefe aragonés; pero Isabel insistió en el nombramiento de uno de sus súbditos, ya que los gastos de la guerra los sufragaba en gran parte Castilla.

ejército de 5.000 hombres, marchó a Nápoles, y, con ayuda de los naturales, expulsó a los franceses, y restableció en el trono al rey aragonés. Las victorias de Gonzalo de Córdoba, desde el punto de vista moderno, eran bastante insignificantes, pero demostraron a Europa que había entrado en liza una nueva nación militar. Con excepción de las luchas en Sicilia y Cerdeña, el soldado español no había guerreado hasta entonces más que en su propio país contra los moros. Los franceses e italianos, a pesar de ser críticos acerbos, confesaban ahora que, por el sufrimiento en las marchas, la sobriedad, la obediencia y el tenaz valor, ninguna infantería conocida en Europa podía igualar a la que mandaba Gonzalo de Córdoba en Italia, y esta preeminencia duró ciento cuarenta años.

Fernando se aprovechó de su contienda con los franceses para romper todos los compromisos contraídos por el tratado de Barcelona. Tenía de su matrimonio con Isabel cinco hijos, uno de los cuales era varón, Juan, nacido en 1478, y el resto hembras. La hija mayor, Isabel, contrajo matrimonio en 1490 con el heredero de la corona de Portugal; y, habiendo muerto el marido a los pocos meses, la infanta se casó entonces con el primo del precedente, el rey Don Manuel. Pero el triunfo supremo de la política de Fernando —y la ruina de España— fue el doble matrimonio de su hijo y de su segunda hija, Juana, con la hija y el hijo del emperador de Austria, Maximiliano. El archiduque Felipe, heredero, por parte de madre, de Flandes y de las vastas posesiones de la casa de Borgoña, debía casarse con Juana de Aragón, y la hija única de Maximiliano, la archiduquesa Margarita, debía contraer matrimonio con Juan, el heredero de las coronas de Castilla y Aragón. Al paso que se concertaban estas alianzas importantes, se discutía otra de no menor entidad, en medio de mil intrigas por una y otra parte, a saber, el enlace de Arturo, príncipe de Gales, con la hija menor de Fernando e Isabel, Catalina de Aragón.

La imaginación se deslumbraba ante los horizontes que abrían esos matrimonios. Los hijos de Felipe y de Juana poseerían los magníficos puertos de Flandes, y cercarían a Francia con la posesión de Borgoña, de Luxemburgo y del Franco-Condado, mientras que la posesión de la corona imperial y de los dominios alemanes de la casa de Austria permitiría oponerse al avance de Francia por la Italia septentrional. Al otro lado del canal los nietos de Fernando gobernarían en Inglaterra y dominarían en el estrecho mar que baña el Norte de Francia, al par que el matrimonio de Margarita Tudor con Jacobo IV de Escocia privaría a Francia de su antiguo aliado, y el rey de Castilla y de Aragón podría entonces, seguro del éxito, extender su poder desde Sicilia, por el Norte de África, hasta Siria, y, por el Adriático y el Egeo, hacia Constantinopla, hasta que fuese un hecho positivo la antigua aspiración al Imperio de Oriente. Los genoveses y venecianos, intimidados por la potencia mediterránea dominante, decaerían, y los descendientes de Fernando podrían regir, sin oposición, desde las columnas de Hércules hasta el Cuerno de Oro. El plan era espléndido, y el astuto Fernando trabajó por su parcial cumplimiento durante su larga vida; pero vinieron la muerte y los reveses, y en vez de bendiciones, ese plan atrajo una maldición sobre la posteridad del que le había concebido.

Con magnificencia sin ejemplo se celebraron los matrimonios austriacos (1497); mas a los pocos meses vino el primer golpe con la muerte prematura del amable y cumplido príncipe Juan, el único hijo varón de los soberanos españoles. La inmediata heredera de las coronas era la princesa Isabel, mujer de Don Manuel de Portugal; pero también ésta murió al año al dar a luz un hijo, que siguió a la madre al sepulcro. Así, pues, la segunda hija de Fernando e Isabel, la princesa Juana, casada con el archiduque Felipe, duque de Borgoña, conde de Flandes y heredero del cetro imperial, vino a ser la heredera de la corona de Castilla.

La princesa, desde su matrimonio con su gallardo marido, había vivido en su fastuosa corte de Bruselas; pero al año del enlace llegaron a la reina Isabel horribles rumores de que su hija había abandonado el austero catolicismo de la corte española por una forma menos rígida de religión. Se había negado a confesar con un sacerdote enviado de España por su madre, y los prelados españoles a quienes se comisionó para informar a la escandalizada reina no pudieron hacer otra cosa que mover gravemente la cabeza y deplorar la evidente apostasía. En Flandes reinaba la especulación

heterodoxa, y era sabido que Felipe, el archiduque, se burlaba abiertamente de los severos y furiosos dominicos, que se habían apoderado de la conciencia de los españoles, desde la reina Isabel hasta el último mendigo. La perspectiva del advenimiento de Juana llenaba de terror a los que habían edificado la unidad nacional sobre el exclusivismo religioso, y poco después del nacimiento del primogénito de Juana, Carlos (1500), empezaron las intrigas para impedir que ella gobernase nunca en la católica España.

En 1502 Juana hizo una visita a España, y su madre, aprovechando la coyuntura, pidió a las Cortes que proveyesen al gobierno para el caso de su muerte y de hallarse ausente su heredera, o de no ser gustosa de gobernar o estar incapacitada[169]. La insinuación de la reina fue suficiente. Deseaba que su marido Fernando gobernase en Castilla como en Aragón después de su muerte, y se cumplió su deseo. Juana, como sabemos, era histérica y padecía de debilidad mental, aun suponiendo que no fuese herética, y los reyes odiaban al archiduque flamenco Felipe, cuya influencia sobre su mujer era soberana; y no es de extrañar que creyesen que el rey de Aragón desarrollaría la vasta política iniciada por ellos mejor que su histérica hija y su marido extranjero. Antes de morir, Isabel la Católica confirmó esta decisión en su solemne testamento, y desheredó en rigor a su hija en favor del rey Fernando[170].

La reina se había resentido mucho de una enfermedad nerviosa, y años antes de su muerte se comprendía que su vida no sería larga. Ella nunca había economizado sus esfuerzos. Con más actividad que la mayoría de los hombres de su corte, había recorrido su reino incesantemente, sofocando disturbios aquí, celebrando Cortes allá, siguiendo las campañas contra los moros, y ocupándose por sí misma de los asuntos de Estado. Ayunos, devociones fervorosas y mortificaciones de la carne habían alternado con la constante labor de su ministerio. Los pesares y reveses de la adversidad y la temprana muerte de sus hijos habían quebrantado algo su espíritu vigoroso; pero, gran estadista hasta lo último, gobernó el país desde su lecho de dolor hasta que vino en su alivio la muerte en Medina del Campo, en Noviembre de 1504; y en medio de una guerra de los elementos como jamás se había visto en España, según se decía, el cuerpo de Isabel la Católica fue llevado con reverente devoción por sus supersticiosos y apesadumbrados súbditos a su última morada en aquella hermosa Granada, que la reina había restituido a la fe de Cristo.

No cabe discutir aquí plenamente el verdadero carácter de la gran reina. Que sus miras fueron altas y nobles, puede concederse; y que logró consolidar a España como ningún otro monarca, es cierto. Pero ¡a qué costa! En unión con su consorte, dio alas a las fuerzas del fanatismo y del odio

169 Poco después hubo muy serias disputas entre la madre y la hija (1503), cuando nació en España el segundo hijo de la última. Doña Juana estaba locamente celosa de su marido, e inmediatamente después de su restablecimiento quiso marchar de España y reunirse con él en Flandes. Isabel negó su permiso, y aprisionó a su hija en Medina del Campo. Si Juana estaba realmente loca entonces, como insinuó Doña Isabel, es cosa discutible; pero sabemos por testimonio de Pedro Mártir, que se enfureció como una leona por su detención, y sus violentas protestas dieron resultado, porque poco después se unió con su marido en Flandes. No hay duda, de todos modos, de que estuvo privada de su razón poco después de la muerte de su marido (1506), y es sumamente probable que, lo mismo antes que después, padeció accesos alternativos de frenesí y de abstracción melancólica.

170 El famoso pero discutido testamento de la reina, firmado a fines de octubre de 1504, un mes antes de su muerte, proyecta gran luz, a ser fidedigno, sobre el carácter tan debatido de la soberana. Quería ser enterrada en Granada de una manera digna, pero sencilla; hacía muchas mandas pías, y señalaba a su marido una crecida dotación. Esa piadosa dama, sin embargo, revoca todas las mercedes hechas a sus nobles y a otros por complacencias con la importunidad, y deseaba que su sucesor no enajenase ninguna porción de los dominios de la Corona. El acto no era muy honroso, porque muchas de esas mercedes habían sido concedidas por valiosos méritos y servicios. En codicilos recomienda a su sucesor, a ser posible, la abolición de la alcabala o impuesto del 10 por 100 sobre todas las transacciones, que durante trescientos años venía agobiando al comercio español; y mandaba también que se procediese con clemencia y benignidad en la conversión de los indios. Una diputación de los desgraciados indígenas de las Indias Occidentales había venido poco tiempo antes de Santo Domingo y había pintado el exterminio horroroso de que eran objeto. El cardenal Jiménez de Cisneros había repetido el relato a la soberana, y se había creado un consejo especial para entender en los asuntos coloniales, pero poco o nada se había hecho para salvar a los indígenas. Ni fue de gran eficacia el encargo testamentario de la reina. (Burke: *History of Spain*, edited by Martin Hume.)

religioso que inundaron su reino de sangre y de lágrimas, y le dejaron atrás por siglos en la carrera de las naciones. Su protección a Colón queda más que empañada por su protección a Torquemada; su exaltada piedad se ahoga en el recuerdo de su conducta con los judíos y moriscos. Era una acabada encarnación del sentir predominante de sus compatriotas: que a ellos todo les estaba permitido; que ellos no podían obrar mal, porque trabajaban por y para Dios. Veremos el fruto amargo que produjo después tal espíritu. Por una ironía, o quizá por la eterna justicia, del destino, toda la astucia de Fernando, toda la sabiduría, todo el esfuerzo y el fervor de Isabel, no acarrearon a España más que desastres, ruina y muerte. Mil veces mejor hubiera sido para Castilla permanecer aislada en su rincón de Europa, sin la perturbación de las vastas complicaciones europeas, que haber sido arrastrada por Aragón a concebir ambiciones y asumir responsabilidades que no se avenían con sus naturales recursos ni con la magnitud ni el carácter de su población. Su grandeza efímera, caramente pagada por larga y dolorosa decadencia, no trajo al pueblo hispano, aun mientras duró, ni paz, ni ventura, ni prosperidad durable; y los reyes que hicieron grande a España fueron los peores enemigos que tuvo.

Cuando murió Isabel, aún estaban por cumplir los grandes proyectos de Fernando con respecto a Italia. Era capital para él conservar en sus manos los recursos de Castilla, a fin de poder realizar sus designios. Pero sabía que Castilla estada recelosa, y que los nobles castellanos acechaban impacientemente una ocasión para recuperar la influencia de que los había privado Isabel; por lo mismo, el diplomático Fernando hizo que su hija Juana fuese proclamada en Toledo reina de Castilla, y le mandó venir a España con su marido Felipe. Sin embargo, eso no era más que un trámite de pura fórmula, y, antes de que llegase la nueva soberana, su padre reunió Cortes en Toro, y promulgó allí el testamento de Isabel, que le constituía a él en regente, procurando hacer correr la voz de que su hija estaba loca. Los nobles, fieles a su costumbre de pescar en agua revuelta, protestaron, y mandaron un emisario a Felipe y a Juana. El archiduque protestó inmediatamente contra el acto de su suegro, y le pidió que se retirase a su reino de Aragón. Fracasado el intento de obtener subrepticiamente el consentimiento de Juana para su regencia, Fernando recurrió al extraordinario expediente de proponer casarse con la Beltraneja y hacer valer su derecho a la corona de Castilla contra el de su propia hija. Pero la pobre Beltraneja no estaba para ser sacada de su convento por un intrigante como el rey de Aragón.

Defraudado en esto, volvió los ojos a su antiguo enemigo, Luis XII, y celebró con él un tratado contra los intereses de Felipe y de Juana, que habían estado hasta entonces en estrecha alianza con el rey francés. Un tratado anterior con Luis XII, para la división de Nápoles entre Francia y Aragón, había sido violado por el último, que expulsó nuevamente a los franceses, destronó al rey napolitano y puso en Nápoles como virrey a Gonzalo de Córdoba. Pero, no bien necesitó Fernando cerrar el camino a su yerno, hizo fríamente otro tratado con Luis XII, comprometiéndose a pagar una cuantiosa indemnización, a restituir las posesiones de todos los súbditos franceses de Nápoles, y a casarse con la sobrina del rey francés, Germana de Foix, una encantadora princesita francesa, más joven que las hijas de su futuro. No hay que decir que Fernando, como de costumbre, cumplió la parte del pacto que le convenía, y no más. Pero, por el pronto, el tratado era un golpe serio contra Felipe, que, no pudiendo pasar ahora por Francia, vino a España por mar, para hacer valer el derecho de su mujer, o, más bien, el suyo, de gobernar en Castilla.

Tocando de paso en Inglaterra, y firmando un tratado de alianza con Enrique VII, Juana y Felipe desembarcaron en el norte de España en junio de 1506, acompañados por una fuerza de varios miles de flamencos. Todos los nobles castellanos estaban en su favor, porque sabían que no tenían que esperar nada de Fernando. El artero rey vio que la fuerza era inútil, y, según su costumbre, ensayó el halago; pero Felipe había resuelto que él, y no el rey de Aragón, gobernaría en Castilla, y rechazó inflexiblemente todas las proposiciones. De la pobre Juana nada se dijo. Su marido había refutado hasta allí con indignación todas las insinuaciones de que estaba loca, pero no tardó en cambiar de tono luego que vio a su suegro. Fernando, con aire tranquilo y con cara risueña,

acogió paternalmente a «sus queridos hijos»: porque el taimado aragonés sabía cuándo debía ser humilde, y entonces es cuando era más peligroso. Él y Felipe se encerraron juntos largo rato, sin la presencia de Juana, y el mismo gran ministro de Isabel, el cardenal Jiménez de Cisneros, quedó a la puerta para alejar intrusos. Antes de terminar la conferencia secreta en la iglesia de Villafáfila, Fernando había conseguido convencer a Felipe de que Juana, a quien su padre no había visto hacía dos años, estaba loca; y suegro y yerno, tan falso uno como otro, sonrientes y abrazándose, firmaron un tratado de amistad, en que parecía que Fernando había salido perdiendo en todo. *Él* no deseaba más que la felicidad de sus queridos hijos, que gobernarían en Castilla, mientras que su bondadoso y desinteresado padre dejaría a España por algún tiempo y visitaría su nuevo reino de Nápoles, que nunca había visto.

Pero había un tratado secreto, de que el mundo no sabía nada, por cuya virtud se excluía a Juana de toda participación en el gobierno, y Felipe y Fernando, marido y padre, convenían en unir sus fuerzas, a ser preciso, para impedir que interviniesen la reina o sus partidarios. Fernando, para precaver toda eventualidad, antes de que se secara la tinta de su firma, juró solemnemente ante un notario apostólico que el juramento que había prestado sobre los Evangelios a ambos tratados le había sido arrancado por la fuerza, y protestó secretamente contra el hecho de que se privara a su hija de su gobierno. Después de lo cual, satisfecha su conciencia, tomó el camino de Nápoles, y Felipe de Austria, I rey de Castilla, gobernó en nombre de la desgraciada Juana, su mujer. El gran Jiménez de Cisneros estaba al lado del nuevo soberano, y le ayudaba ostensiblemente en la empresa de obtener de las Cortes el reconocimiento de su derecho a gobernar independientemente de Juana. En eso no fue afortunado, porque Juana era reina de Castilla, y sólo a Juana y a Carlos quisieron reconocer las Cortes como soberanos legítimos. Pero la influencia de Felipe sobre su mujer era absoluta, y durante dos meses hizo lo que quiso en el gobierno, con espanto y horror de los españoles. Rodeado de flamencos, cuya habla gutural, cuyo esplendor aparatoso y libres modales disgustaban a los rígidos eclesiásticos de la corte de Castilla, Felipe de Austria, desconociendo las causas profundas que habían hecho de España lo que era —un país sin más lazo de unión que el nuevo de la intolerancia religiosa—, quiso tratarla como hubiese tratado a su rica e ilustrada Flandes.

Durante los últimos años del reinado de Isabel, la Inquisición había ido de atrocidad en atrocidad bajo la influencia de Jiménez de Cisneros, el arzobispo de Toledo, y del terrible Deza, el inquisidor general que sucedió a Torquemada. En la capitulación de Granada, Isabel había prometido tolerancia completa para la población musulmana. Los moros serían juzgados con arreglo a sus propias leyes, y practicarían tranquilamente su religión. Pero se faltó vergonzosamente a lo prometido, por consejo de Cisneros. Ya no había judíos, y Fernando necesitaba más dinero. Isabel suspiraba por nuevos triunfos espirituales. Cisneros se indignaba con orgullo de que hubiera quien se atreviese a tener una opinión distinta de la suya. Las espléndidas bibliotecas árabes, los inapreciables manuscritos, los libros acopiados de los antiguos tesoros del Oriente, de Persia, de Grecia, de Siria, libros de ciencia, de filosofía y de historia, suntuosas encuadernaciones y maravillas de iluminación, fueron arrojados a miles a las llamas por ese gran prelado cristiano y verdadero amante de los libros. Pero la quema de los libros no bastaba para satisfacer el odio de Cisneros a la heterodoxia, y de ella pasó a la de los hombres. El buen arzobispo de Granada, Talavera, que era de abolengo judío, protestó, pero en vano, y él mismo fue víctima después de la persecución del Santo Oficio. Primero la conversión forzada, luego la opresión y el insulto de lo que era caro a los musulmanes, impulsaron a los moros a la rebelión; después vino el establecimiento de la Inquisición en todo su rigor en Granada, y, por último, la abolición total de la religión mahometana (1501), so pena de muerte o destierro inmediato[171].

171 Por un refinamiento de crueldad, no se permitía a los infelices refugiarse en África ni en ninguna otra tierra musulmana; y, aunque se afirmaba en el edicto que podían vender sus bienes, la exportación del oro y la plata estaba terminantemente prohibida, de modo que no podían llevar consigo los productos de la venta. Como en el caso de los judíos, aunque se intentó salvar las apariencias, la medida fue adoptada, realmente, como una medida de

Las barbaridades inhumanas que vinieron después no son para descritas. Los moros resistían, y recibían la muerte; o, si aceptaban el bautismo, se sospechaba que conservaban adhesión a su antigua fe, y la Inquisición los prendía y quemaba. El mismo arzobispo de Granada fue perseguido; y el terrible Deza en Granada, y el no menos terrible Lucero en Córdoba, estaban saciando sus crueles instintos en los cuerpos humanos, cuando Felipe de Austria cortó severamente su persecución y suspendió a ambos de sus funciones.

En el ínterin, el austero y enérgico Cisneros siguió al lado del monarca hasta que, a los dos meses de la marcha de Don Fernando, Felipe, el joven más gallardo de Europa, cayó enfermo misteriosamente, y murió de repente. Si fue envenenado por orden de su suegro o de la Inquisición, no hace al caso ahora; pero que el viejo monarca y Cisneros estaban completamente preparados para su muerte, es cosa segura. No se habló una palabra de Doña Juana la Loca, porque la pérdida de su idolatrado marido la privó temporal o permanentemente de la escasa inteligencia que tenía. Cisneros, con un vigor y una decisión que denunciaban un arreglo previo, tomó el poder en nombre del ausente Don Fernando, se impuso a los nobles y a las Cortes, y Don Fernando, al volver de Nápoles, tomó tranquilamente posesión del gobierno de Castilla en nombre de su nieto Carlos (agosto de 1508).

Hubo alguna negociación para desembarazarse de Juana, la pobre semi-demente, casándola con Enrique VII de Inglaterra, y su hermana Catalina de Aragón de muy mala gana sirvió de agente matrimonial al efecto; pero, muerto Enrique Tudor, se ahogó el proyecto, Juana fue encerrada en el castillo de Tordesillas, y durante el resto de su larga vida no volvió a gozar de la libertad. Traicionada sucesivamente por su madre, su marido y su hijo, Juana la Loca se presenta a nuestros ojos como una de las figuras más patéticas de la historia.

El hijo único del matrimonio del rey con Germana de Foix murió niño, y el heredero de Aragón, Castilla, Flandes, Borgoña, el Imperio, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, era Carlos de Austria, el hijo mayor de Felipe y Juana, que había nacido en 1500. Tal era, por lo menos, la idea de Maximiliano, el emperador, cuyas ambiciones a favor de su casa no eran quizá menos grandes, aunque sí menos prácticas, que las de Fernando. El emperador soñaba con la dominación universal para su heredero. Fernando trabajaba por la constitución de dos imperios: uno que abrazase toda la Europa central, teniendo por base a España; otro que, partiendo de un reino de Italia, comprensivo del Tirol, se extendiese hacia el Oriente[172]; éste era su proyecto favorito, el proyecto aragonés para su nieto menor. Con dos imperios semejantes, trabajando de común acuerdo, se acababa el del Islam, y la posteridad de la casa de Aragón dominaría al mundo. Pero, aunque Fernando revolvió, mintió e intrigó hasta lo último, sus ambiciosos designios fracasaron.

La gran reina de Castilla había muerto, y Fernando no pensaba más que en objetivos aragoneses; pero las miras tradicionales del reino mayor no fueron olvidadas por otros. Jiménez de Cisneros organizó a sus expensas poderosas expediciones y conquistó una gran parte de la costa septentrional de África (1505-1509); y ya hombres como Balboa, Solís, Almagro, Cortés y Pizarro llevaban las armas de Castilla y de León al través del nuevo y vasto continente occidental, que debía reconocer su imperio.

Fernando no prestaba a todo esto más que un tibio apoyo; su anhelo era aumentar la influencia de Castilla en una dirección que la pusiese en antagonismo con Francia, y hacerla servir así a sus propios fines nacionales. Fernando nunca había perdido de vista a Navarra, de donde, como se

---

exterminio. Hay aún muchos españoles que aplauden esa y otras medidas semejantes, por tender a la unificación nacional mediante la religión.

172 La infame liga de Cambray (1508) entre Fernando, Luis XII, el emperador y el Papa Julio, tenía por verdadero objeto el reparto de los territorios de Venecia. Fernando, por supuesto, jugaba de mala fe, y formó una coalición secreta con Venecia contra Francia, a la cual arrastró a Enrique VIII (1511) con el señuelo de que Inglaterra pudiese recuperar la Guyena; la intención era arrojar a Francia de Lombardía y formar en el norte de Italia, con Milán, Venecia y Génova, un gran reino, que pasase al nieto menor de Fernando, su favorito. La desastrosa batalla de Rávena (1512) frustró este plan.

recordará, había sido reina la primera mujer de su padre; y en una de las muchas coaliciones contra Luis XII, los navarros, íntimamente relacionados con la casa de Francia, se habían puesto de parte del francés. El Papa, a petición de Fernando, había declarado cismático a Luis XII, y fulminado un bula de excomunión contra Navarra (1512). Esto fue pretexto suficiente para la ocupación del país por Fernando, y en las Cortes de Burgos (1515) el antiguo reinecillo fue incorporado, no a Aragón, sino a Castilla, aunque sin perder su autonomía.

Este acto de expoliación fue una de las últimas maldades de Fernando. La edad y la constante labor acababan con él. Viendo con amargura que, después de todo, vendría a sucederle el mancebo flamenco, a quien apenas conocía, pero de quien no podía esperarse que, en su vasto imperio, antepusiera los intereses aragoneses a todos los demás; habiéndose hecho sospechoso a todo ser viviente, hombre o mujer; ingrato, por su parte, con todos los que le habían servido, y receloso de todos ellos, desde el gran capitán hasta el gran cardenal, comprendió, al fin, que había fracasado en lo referente a Aragón. Si hubiese podido desmembrar a España, dejando su reino hereditario, con sus antiguas ambiciones, a su nieto favorito Fernando, a quien había educado como un aragonés, todo hubiese ido a maravilla[173]; pero sabía que esto ni Carlos ni Castilla había de consentirlo; y, por otra parte, no habiendo conseguido apoderarse de la Italia septentrional, no podía legar a ningún sucesor la llave de la política a que habían consagrado su existencia él y sus antecesores. Veía que la riqueza y la población de España se emplearían en vastos proyectos europeos, pero proyectos que serían beneficiosos para el poseedor de Flandes, para el heredero de la corona imperial, para el rey de Castilla, con su gran continente de Occidente y los ilimitados horizontes de África. Aragón, por quien él y su padre, antes de él, habían maquinado, intrigado, mentido y asesinado, se reduciría a una provincia desdeñada, y Fernando el Católico había vivido estérilmente. Así, no llorado, con todas sus ilusiones desvanecidas y todas sus esperanzas frustradas, el último rey particular de Aragón murió miserablemente en Madrigalejo, en enero de 1516, dejando a Cisneros como regente de Castilla, y a su hijo bastardo, el arzobispo de Zaragoza, como regente de Aragón, hasta la llegada a España de su heredero, Carlos de Austria.

1460 a 1520.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Este es, sin disputa, el período más importante de la historia del pueblo español. Soberanos astutos habían unido los dos conjuntos de reinos, en un instante en que toda la nación estaba ansiosa de orden y de ser librada de los desaforados nobles, que, privados del poder legislativo, no podían recurrir más que a la violencia para conquistar el predominio que buscaban. Los monarcas utilizaron hábilmente la fuerza de los municipios confederados para restablecer el imperio de la ley, y cuando los nobles habían sido reducidos a cortesanos y despojados de su fuerza, se procedió a debilitar el poder representativo de las municipalidades, hasta que, al fin del período, todo estuvo dispuesto para el golpe de muerte de Villalar. Se hizo una revolución en los sistemas administrativo y judicial, concentrando un poder siempre creciente en manos del monarca, hasta erigir en Castilla un despotismo. De más importancia aún, en ciertos respectos, fue la expulsión de España del último vestigio del poder moro, y la adopción deliberada por Fernando e Isabel de una política de persecución religiosa, para dar a sus pueblos una solidaridad cuyo logro, por natural fusión étnica y política, hubiese exigido siglos de espera. Esto, si deparó a los soberanos un instrumento sólido para

---

173 Quiso en su testamento dejar la regencia de Castilla y Aragón a su nieto Fernando, de nueve años entonces tan sólo, con la esperanza, sin duda, de que Carlos viviría en Alemania o en Flandes, y su hermano sería permanentemente regente en España. Pero el Consejo de Castilla se negó a consentirlo. Cisneros, que estaba de hecho desterrado en Alcalá, era, a todas luces, el único hombre de España que podía empuñar firmemente las riendas hasta la llegada del rey, y en Cisneros, a quien odiaba Fernando por castellano, recayó la designación. En la carta que escribió a la hora de su muerte al mayor de sus nietos, Carlos, afirmaba que hubiera podido disponer de sus reinos como le pluguiese, pero que se los dejaba a Carlos por amor a él, rogándole, en cambio, que fuese bueno para con su viuda, la reina Germana de Foix.

sus vastas miras y ambiciones, condenó al pueblo español a dos siglos de marcha viciosa por un falso sendero, y dándole una unidad que, por la naturaleza de las cosas, no podía ser permanente, le permitió imponerse al mundo en una medida desproporcionada con su capacidad, con sus recursos y su verdadera fuerza.

En sesenta años, varios pueblos no amalgamados étnicamente, habían pasado de una situación de impotente anarquía al puesto de la nación más poderosa de Europa. Fernando había arrastrado a Aragón, y en pos de él a Castilla, al vórtice de la política central europea; Nápoles y Sicilia habían pasado a ser patrimonios de su corona, y el vasto continente de América pertenecía a Castilla; Navarra y Granada habían sido incorporadas, y al fin del período que nos ocupa España estaba ya empezando a ser la bestia de carga y la vaca de leche del mayor imperio que el mundo había visto desde los días de Roma. Sin unidad de propósito entre las varias razas y sistemas de la Península, eso hubiera sido imposible. Para el logro de tal unidad se encendieron las hogueras de la Inquisición, y España empezó a recorrer la ancha vía inclinada que parecía tan espléndida, pero que conducía inevitablemente a la ignorancia, a la pobreza y a la ruina nacional. Ya la industria había decaído, y la ociosidad había ocupado su puesto. La persecución de los artesanos, la expulsión de los judíos y el fanatismo del clero, habían convertido en cosa deshonrosa el comercio y el trabajo, como incumbencia especial de razas de ortodoxia discutible; y eso en el momento en que América reclamaba géneros manufacturados, que España no estaba en aptitud de proporcionar. El brillo del imperio español ofuscaba ya los ojos, y les impedía ver las llamas que debían consumir todo lo mejor de la nación, no dejando detrás más que cenizas.

Social y literariamente, España, como el resto del mundo en este período, recibió su luz de Italia, y estaba adelantando en la obra de adaptar la cultura extranjera a la índole del pensamiento patrio, cuando sobrevino el azote inquisitorial, y gradualmente todas las producciones fueron languideciendo después, menos las de pura imaginación. Pero, aun así, la potente ola de la nueva cultura, que invadía a Europa, produjo su efecto hasta en España. Las Universidades españolas cobraron nueva vida, y fueron nuevamente dotadas; el saber volvió a estar de moda. La nueva Universidad de Alcalá de Cisneros recibió asistencia de sabios de todas las naciones, y la compilación de la gran Biblia políglota complutense ocupó los trabajos de las mayores autoridades del mundo en la materia, así judías como cristianas.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Patrocinó el descubrimiento de América, y merced a la audacia, a la sed de aventuras, al celo fanático y a la concupiscencia de su pueblo, exploró y reveló, en un período de tiempo maravillosamente corto, una gran parte del continente. De un modo indirecto sirvió al mundo, con detrimento suyo, por su falta de aptitud y de voluntad para levantarse entonces industrialmente, porque los raudales de oro y plata que venían de sus nuevos territorios se dirigían irresistiblemente a otros países, mientras ella se quedaba pobre. La moneda española de oro y plata abundó en pocos años en todos los países, menos en España misma. Intelectualmente, su mayor servicio al mundo en este período fue la producción de la políglota complutense y de la Celestina, uno de los primeros ejemplares, si no el primero, de composición dramática moderna.

Su servicio de alejar definitivamente la media luna de la Europa occidental, y de enriquecer a otros países expulsándola miles de judíos hábiles y laboriosos, se halla contrarrestado por el daño irreparable que irrogó al humano progreso fundiendo su población en una unidad temporal al calor de las hogueras del fanatismo religioso.

IX.
España y el Imperio. Grandeza y decadencia.

Efectos que produjo en España el gobierno de Fernando e Isabel.—Sistemas administrativo y judicial.—La Inquisición.—Las Cortes.—El vínculo de unidad religioso.—Cisneros.—La literatura española bajo los Reyes Católicos.—El desarrollo del lujo.—Desacertadas medidas fiscales.—Consecuencias de la política de los Reyes Católicos para las relaciones exteriores de España.—La venida de Carlos a España.—Las Cortes de la Coruña.—El levantamiento de los comuneros.—La Germanía.—Las peticiones de las Cortes.—Villalar.—Carlos el emperador a la cabeza de la cristiandad católica.—Guerras en Italia, Francia y Alemania.—Cargas onerosas sobre Castilla.—Representaciones de las Cortes.—Guerras continuas.—Carlos y el Papado.—Felipe, regente de España.—Planes de Carlos para el engrandecimiento de España.—El matrimonio inglés.—Advenimiento de Felipe. Su política y sus ambiciones.

No es exagerado decir que la situación de España, tanto nacional como internacionalmente, cambió por completo durante los reinados de Fernando e Isabel. Bajo una serie de reyes débiles de la casa de Trastamara, Castilla, al advenimiento de la reina católica, había caído en una anarquía casi completa. Los nobles, como hemos visto, carecían de la cohesión indispensable para la formación de una oligarquía, porque no habían constituido nunca una clase compacta, sino que estaban fraccionados hasta el infinito en ligas, cada uno de cuyos miembros no miraba más que al engrandecimiento propio. Aunque se hallaban así demasiado divididos, y eran demasiado débiles para imponer al país una forma aristocrática de gobierno, habían sido bastante fuertes para desposeer a la Corona de la mayoría de las atribuciones que la daban el poder supremo, y para corromper las fuentes del sistema representativo municipal, que durante más de dos siglos habían sido el principal apoyo del gobierno de la nación. La intrusión de los nobles en los municipios, la creación de alcaldes y concejales hereditarios nobles y el nombramiento de corregidores por la Corona, habían debilitado grandemente el poder de los municipios; y la reducción del número de ciudades que mandaban procuradores a las Cortes a 17 (número que Isabel elevó a 18 con la adición de Granada), permitía influir más fácilmente, así en la elección de representantes como en las decisiones de las Cortes mismas[174].

Con el advenimiento de Isabel, la Corona obtuvo la supremacía. Mediante la extensa revocación de mercedes, la supresión de las turbulencias de los nobles por medio de la Santa Hermandad, la destrucción de los castillos, y la amenaza que la Inquisición tenía pendiente sobre las cabezas de los nobles, la mayoría de los cuales llevaban en las venas sangre judía o mora, se intimidó completamente a las grandes familias que antes habían hecho imposible el gobierno. La conquista de Granada, además, acrecentó en grande escala los recursos materiales de la Corona; y la mayor prosperidad de las poblaciones, debida a la mayor seguridad de que gozaban y al fomento de la industria y del comercio, permitió también la votación de mayores subsidios para el Tesoro, y contribuyó a aumentar el poder de la soberana. Así la energía y la buena estrella de la reina acabaron por poner a sus pies a los nobles castellanos, por hacer de ellos cortesanos funcionarios y ministros, pero siempre humildes servidores de la soberana, que era bastante fuerte para domeñarlos.

---

174 El modo de elección variaba mucho, según los términos del fuero, como en Inglaterra. En algunos concejos se echaban suertes para decidir los dos miembros que habían de ir a las Cortes; en otros el método consistía en elegir por turno dos miembros de la clase superior, mientras que en ciertas poblaciones tenían el derecho de nombramiento el jefe de una familia noble, o la Corona, Pero en los últimos tiempos, por punto general, los representantes eran miembros del municipio nombrados oficialmente, muy a menudo letrados.

Tanto Fernando como Isabel[175] odiaban las instituciones representativas, y, aunque utilizaron los concejos en su primera lucha con los nobles castellanos, reunieron Cortes con la menor frecuencia posible (no hubo ninguna reunión entre 1482 y 1498), y procuraban reducir su importancia cuanto podían. La Corona no podía exigir ningún nuevo tributo sin el consentimiento de las Cortes, pero podía pedir un servicio pagadero en varios años; y como no se practicaba la regla saludable de obtener satisfacción de las propias demandas antes de conceder, el poder legislativo de las Cortes se reducía a la presentación de peticiones, que podía desatender el soberano, si así convenía. A pesar de todo, las Cortes de Castilla, aunque ahora en decadencia, no eran estériles, y ejercían plenamente su derecho de representación.

Pero el mayor cambio tocante al gobierno interior del país fue el debido a la nueva organización administrativa implantada en Castilla por Fernando e Isabel El consejo real, como ya se ha visto, se componía de nobles y prelados llamados a consulta por el monarca, y a los cuales se añadieron, durante el apogeo del poder municipal, miembros de la clase media. Estos últimos, sin embargo, habían desaparecido antes del tiempo de Isabel, y habían sido sustituidos por letrados a fin de que asesorasen al rey acerca de las apelaciones judiciales. Los Reyes Católicos dividieron este Consejo en tres: un Consejo de Estado, elegido personalmente por el rey, para consultarle especialmente sobre los asuntos exteriores, cuando lo desease; un Consejo de Hacienda, para inspeccionar los gastos; y, sobre todo, el Consejo de Castilla.

Este último era la gran máquina de gobierno con que se pensaba suplantar el poder de las Cortes. El gobierno interior del reino, tanto administrativo como judicial, estaba realmente en sus manos, y a la muerte del monarca era el poder supremo hasta el advenimiento de su sucesor. Se componía del soberano, un presidente efectivo, que era siempre un gran prelado, nueve letrados y tres nobles; y a él correspondía el nombramiento y alta vigilancia de los jueces de toda Castilla y de todo León. Utilizaba un cuerpo de inspectores para informarse de los abusos o negligencias de los magistrados municipales, y otros funcionarios para vigilar la justa y debida recaudación de los tributos e informar sobre el estado de los caminos, puentes y fortalezas. Ese consejo formaba también el tribunal supremo de apelación; existían, además, dos audiencias regionales en Valladolid y Granada, divididas en secciones para lo civil y lo criminal, y tribunales locales de apelación en Galicia y Sevilla. No sólo intervenía así el Consejo de Castilla en toda la administración interior, sino que tenía la facultad extraordinaria de decretar y derogar leyes por una mayoría de dos tercios con el asentimiento del soberano[176].

A esos tres Consejos principales deben añadirse: el Consejo de la Inquisición; el Consejo de Aragón, compuesto de miembros aragoneses, para asesorar al rey sobre la administración de ese reino; el Consejo de las órdenes militares, para administrar los bienes que fueron de esas órdenes y habían pasado a la Corona; el Consejo de la Bula de la Cruzada, para administrar las rentas eclesiásticas especiales llamadas así, y procedentes de la venta de las indulgencias papales en España; y poco después, en el reinado de Carlos V, el Consejo de Indias, para los asuntos coloniales. Se verá con esto que, en la administración civil y judicial, a la anarquía había sucedido el orden durante el reinado de los Monarcas Católicos en Castilla.

También se asentó la hacienda sobre una base más estable que hasta allí, aunque la falta de toda idea de la ciencia económica impidió el abandono de los deplorables errores que tanto contribuyeron a la ruina final de España. Las minas y la venta de la sal eran monopolios de la Corona de Castilla, y producían aún una renta importante, como también las tierras y los tributos feudales afectos a la soberanía, que Isabel recobró. Pero la contribución más productiva, al par que más destructora, era la *alcabala* o diezmo sobre todas las ventas; a menudo se concedía a

175 La reina, sobre todo, detestaba el sistema representativo, verdaderamente eficaz, de Aragón y Cataluña, en que concurrían los tres brazos. En cierta ocasión, refiriéndose a alguna petición descomedida de las Cortes aragonesas, dijo: «Aragón no es nuestro; tendremos que conquistarlo.»

176 Aunque sus actos debían ser confirmados por las Cortes, cuando éstas se reuniesen.

municipios especificados pagarla por encabezamiento; pero, de todos modos, acabó por arruinar la industria española. Había también un derecho de aduanas *ad valorem*, de un 12 por 100 sobre importaciones y exportaciones; y había, finalmente, el servicio votado por las Cortes, y concedido siempre, aunque muy a regañadientes por lo común, de 300 millones de maravedís, pagaderos en tres años, que recaudaban por cuotas los municipios, y percibía el tesoro real[177].

Pero cosa de más importancia nacional permanente que la administración misma, fue la unificación de la nación en el terreno doctrinal, llevada a cabo por Fernando e Isabel. Los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos, los navarros no tenían nada de común con los demás. Los gallegos eran una raza afín con la portuguesa, pero no simpatizaban con los semi-moros andaluces y valencianos. No había aún, en realidad, España, ni étnica ni políticamente, porque el país se componía de una porción de dominios distintos, cada uno con sus leyes, costumbres, tradiciones, preocupaciones y diferencias de raza peculiares. La unidad burocrática de los romanos no era ya posible, porque de la reconquista habían surgido naciones diferentes; pero, al menos, los varios pueblos, los gobiernos autónomos, los municipios semi-independientes, podían mantenerse unidos por el fuerte lazo de la unidad religiosa; y con este objeto se estableció la Inquisición, como un sistema gubernamental, que debía convertirse después en un instrumento político. Hasta ese punto se debe a los Reyes Católicos la consolidación de España, aunque es más que discutible si la unidad así comprada valía lo que costó. Es engañarse, sin embargo, suponer que la política de persecución y expulsión, adoptada por Fernando, Isabel y Cisneros, fue dictada sólo por celo ciego o estúpida ignorancia, porque los tres estaban muy lejos de ser ciegos ni estúpidos. Vieron que si España había de ser poderosa para los fines a que aspiraban, debía ser sólida; y reconociendo que, en virtud de causas naturales, la unificación por las vías ordinarias sería lenta, si no imposible, dirigieron a sabiendas las fuerzas crecientes del fanatismo por un canal particular, y santificaron la crueldad para alcanzar su objeto. Así España aparece por primera vez en el concierto de las naciones modernas de Europa como una potencia cuya existencia misma en forma consolidada depende de su rígido catolicismo doctrinal. Veremos que esto la puso en antagonismo con todo lo que era libre y progresivo en Europa, y la llevó a hacerse el campeón de la intolerancia religiosa, al paso que la posesión de Flandes por su monarca la obligó a mantener relaciones amistosas con Inglaterra, jefe de la emancipación religiosa respecto de Roma.

Socialmente, España, como el resto de Europa, empezó a sentir ahora los efectos de la nueva vida que corría por las venas del mundo. La antigua cultura había atravesado su período de decadencia; pero las semillas que dejó tras de sí estaban produciendo nuevas flores. Como hemos visto, las letras antiguas habían vivido en España mucho después de haber muerto en los demás países. Ahora retornaron a ella, con distinto color, forma, y aun a veces objetivo, de Italia, de Francia y de Alemania. Como antes, los españoles, pueblo de sobrepujante instinto literario, se apresuraron a acogerlas, y a no ser por las circunstancias de su unificación, hubieran podido dirigir al mundo durante cierto tiempo en las ciencias y las letras.

Isabel había sido educada por eclesiásticos, antes de sobrevenir la mudanza; pero no economizó ningún esfuerzo para procurar que sus hijos fuesen personas cultas e instruidas, y trajo a este fin de Italia y de Francia los hombres más doctos del tiempo. Las universidades españolas, ya famosas, se desenvolvieron maravillosamente a favor de la protección de Isabel y el celo de Cisneros. Surgieron nuevos colegios en antiguas fundaciones, se dotaron nuevas universidades y se

177 Más adelante, en tiempo de Felipe II, llegó a ser costumbre corriente pedir un servicio adicional extraordinario de 150 millones de maravedís; y la suma total de 450 millones, pagaderos en tres años, era la que Felipe II y sus sucesores insistían en mirar como un tributo fijo, el cual debía ser ratificado simplemente de año en año por la comisión permanente de las Cortes, que continuaba funcionando en la capital, aunque la asamblea misma sólo fuese convocada en ocasiones especiales, tales como el reconocimiento de un heredero de la corona o de un nuevo monarca, o cuando se requería un subsidio extraordinario. Las rentas emanadas de los dominios de la corona aragonesa eran completamente insignificantes, y costaba tantas molestias y recriminaciones obtener recursos por esa parte, que Fernando y sus sucesores convocaron lo menos posible las Cortes aragonesas, catalanas y valencianas, y dependieron principalmente de los recursos, excesivamente castigados, de Castilla.

crearon nuevas cátedras. El saber volvió a estar en boga una vez más, y toda la España distinguida afluyó a las escuelas. La gloria suprema de Cisneros es su célebre fundación de Alcalá, que redime en parte el ciego fanatismo que le llevó a quemar los libros árabes en Granada; y es también honra imperecedera suya la Biblia políglota complutense, en que se publicaron las Escrituras, en vista de muchos códices antiguos en hebreo, griego y latín, por los más sabios hebraizantes de Europa —tres de los cuales, por lo menos, eran de raza judía—, y que se imprimió en Alcalá bajo la inspección de Cisneros. A principios del reinado de Isabel, además, la literatura profana recibió nuevo impulso con la introducción de la imprenta en España, y en los años siguientes las traducciones de Dante y de Boccaccio competían en número con las ediciones de *Amadís* y los nuevos libros de caballería, que pasaban presurosamente de las prensas a las manos de ávidos lectores. Volvieron a abundar los escritores nacionales en prosa y verso de calidades diferentes; y un poeta, por lo menos, Juan del Encina, sobrevive en sus numerosas composiciones líricas, y especialmente como el primer español que dirigió la atención de sus compatriotas por los cauces en que descollaron después sobre todos los demás, y que él popularizó: la escritura de comedias. Siglos antes se habían escrito y representado en España composiciones más o menos dramáticas, y pocos años antes del advenimiento de Isabel, Gómez Manrique, había escrito un *momo*. Juan del Encina dio un paso más, y produjo muchas églogas sagradas y profanas, sencillas, pero indiscutiblemente dramáticas, cuya acción y argumento se desarrollan en una fábula regular[178]. La famosa *Celestina*, un completo drama moderno —o novela en forma dramática— se publicó algunos años después (en 1499), y se asegura ser obra de cierto Fernando de Rojas[179]. Ha conservado su atractivo hasta el día, a pesar de su extremada crudeza, y se reputa justamente la primera obra dramática legítima en español, aparte de los diálogos pastoriles y de los autos sagrados.

Mas, por desdicha, el creciente poder inquisitorial mató en flor esa naciente actividad literaria y esa sed de saber, y, aunque la corte protegió las letras clásicas y estimuló la literatura italiana, se cohibió gradualmente la libertad de expresión, se miró con malos ojos la ciencia y la especulación filosófica, y la literatura española volvió a languidecer, excepto en ciertas direcciones que se especificarán en otro capítulo.

El desarrollo del lujo y del esplendor en Europa progresaba rápidamente con la propagación de la influencia del Renacimiento italiano, y España, como de costumbre, no quedó a la zaga del resto del mundo en su afición a la elegancia. El atavío de la misma Isabel era de una magnificencia increíble; los brillantes brocados de oro de los moriscos de Valencia y Granada eran célebres en Europa para ornamentos eclesiásticos y vestidos de damas principales; y el pedido de ellos dentro y fuera de España trajo gran prosperidad a las ciudades españolas, no bien atajó Isabel la anarquía que había reinado. Unas Cortes tras otras deploraban que aun la pobre gente trabajadora siguiese vistiendo tan galanamente como la gente de condición, «con lo cual no sólo derrochan su propia hacienda, sino que acarrean la pobreza general». Pero, cuando los Reyes Católicos vieron que se usaba el oro en tan grandes cantidades en la manufactura de tejidos, muchos de los cuales eran exportados, dieron una severa pragmática (1495) prohibiendo en absoluto, no sólo la suntuosidad en el vestir, sino también, bajo las penas más crueles, la introducción, venta y manufactura de tejidos

178 La *Égloga de Fileno*, v. gr., cuenta la historia de un amor pastoril desgraciado, y *Cristino y Febea* relata la tentación y apostasía de un santurrón.

179 Mr. Fitzmaurice Kelly es de este parecer, y lo confirma hasta cierto punto la edición de la Celestina, que yo he visto, impresa en 1599, en que las primeras letras de los versos de introducción forman una especie de acróstico, que dice: «El bachiller Fernando de Rojas acabó la comedia de Calixto y Melibea e fue nacido en la Puebla de Montalván.» Aquí, sin embargo, sólo se afirma que Rojas acabó la obra. El argumento de este famoso libro nos presenta un amante contrariado sirviéndose de una artera zurcidora de voluntades para obtener los favores de su amada. La vieja triunfa, pero todas las principales *dramatis personæ* tienen un fin trágico. El objeto es contraponer la virtud y el vicio. La obra es demasiada larga para representarse, y se compone de veintiún actos; pero se han hecho innumerables adaptaciones a la escena desde el tiempo en que fue escrita hasta hoy. El título completo es *Tragicomedia de Calixto y Melibea*.

que contuviesen oro o plata, y más especialmente los bordados de oro, que rendían tanta ganancia a los artífices de Valencia, Granada y Sevilla.

Una moda no muere así como así, y la pobre gente, cuya industria se arruinaba, se esforzó en buscar sustitución a los tejidos y bordados de oro, de que hubiesen podido surtir al mundo, con gran provecho de España, si se la hubiese permitido hacerlos. Es verdad que no podía usarse el hilo de oro; pero las Cortes de 1498 se quejaron amargamente de que los tejedores estaban introduciendo toda clase de novedades en la manufactura de brocados, terciopelos y sedas, «con lo que la gente se sentía tentada a malgastar su dinero en lujos inútiles», y los Reyes Católicos expidieron una orden al año siguiente, prohibiendo la manufactura, venta y uso de la seda en vestidos, salvo para forros, a fin de evitar que el dinero saliese del país para pagar la seda cruda, toda vez que sólo una parte de la usada procedía de España. No se tuvo en cuenta la creciente exportación de los tejidos finos, que pagaba con creces el coste de la primera materia introducida, y la industria del tejido de seda padeció tanto que jamás volvió a recobrarse enteramente.

Los reyes podían seguir, y seguían, promulgando edictos contra el lujo; pero como ellos y su corte vivían en medio del mayor esplendor, especialmente después de la venida de Felipe de Austria, no era factible evitar que vistiesen ostentosamente los que podían; y aunque, de acuerdo con la petición de las Cortes de Burgos de 1515, la regencia de Fernando prohibió terminantemente el uso de la seda, a no ser por personas de alto rango, y aun a éstas no se las permitía llevar hilo de oro o de plata en ninguna forma, lo único que se consiguió fue que se importasen a España en gran escala las telas francesas y flamencas, mientras los tejedores españoles se morían de hambre. A pesar de la insensatez económica de esa medida —y también del sistema financiero de Fernando de los anticipos y del arriendo de las rentas—, el rey, en otros sentidos, aparecía adelantándose a su época en la protección del comercio, cuando prohibía, entre otras cosas, la exportación de productos españoles en naves extranjeras, siempre que pudiese disponerse de una nacional, y cuando en otra ocasión procuraba obtener de potencias extranjeras un convenio que eximiese de embargo a la propiedad particular en represalias por actos de un gobierno.

Como se ve, la influencia de la energía de los Reyes Católicos sobre la situación interior del país fue maravillosa. Había conseguido que Castilla pasase en treinta años de un estado de anarquía a un estado de regularidad, disciplina y orden; los desaforados nobles se habían convertido en afables y obedientes cortesanos; se había impuesto con firmeza el decoro y la humildad al disipado e insolente clero[180]; una fuerza permanente armada a disposición de la Corona había sustituido a los contingentes accidentales de campesinos proporcionados por tributarios de una confianza dudosa; se había instituido una norma de justicia y de administración que, al menos en teoría, era perfecta; y, en fin, los habitantes de España constituían un pueblo, unidos por su ferviente adhesión a las fórmulas de Roma.

Pero si era grande el cambio interior, más notable era aún el operado en las relaciones de España con los países extranjeros. La astuta diplomacia de Fernando había tendido a favorecer las aspiraciones tradicionales de la Corona de Aragón, sin interés para Castilla. Su consecuencia fue embeber a Aragón en Castilla, y agobiar a los dos reinos con obligaciones exteriores en todos los

180 Esto se debió en gran parte al famoso cardenal Cisneros, que, a la muerte de Mendoza, «el cardenal de España», fue elevado al arzobispado de Toledo por Isabel, muy contra la voluntad de Fernando. Cisneros era un fraile franciscano de gran austeridad y estaba decidido a purgar las Ordenes monásticas de la escandalosa licencia que las deshonraba. El general de los franciscanos y el Papa mismo (1495) se opusieron violentamente a esas enérgicas reformas. Pero Isabel se puso enfrente de Alejandro VI, y Cisneros triunfó, imponiendo orden y decoro a los frailes, muchos de los cuales huyeron de los claustros. Cisneros tomó después por su cuenta al clero secular, que era escandalosamente inmoral e ignorante y no se preocupaba grandemente de cumplir sus votos ni aun en la apariencia. Contra la abierta oposición de la mayoría de los obispos y del clero, y de la misma Roma, perseveraron Cisneros e Isabel, hasta obligar a una vida decorosa a los sacerdotes seculares lo mismo que al clero regular. Es indiscutible que Isabel purgó a su Iglesia de los peores abusos de que se quejaban, con respecto a la Iglesia en general, los primeros reformadores, y que en un tiempo en que el resto del clero de Europa era extraordinariamente licencioso, los sacerdotes españoles eran, por punto general, virtuosos y piadosos.

puntos de Europa, que sin ser beneficiosas ni para Castilla ni para Aragón, acabaron por arrastrar a España a la ruina. Ató a su cuello el dogal de Flandes, y echó sobre su pueblo, no amalgamado aún, la abrumadora carga del Imperio, en manos de un emperador cuyos territorios germánicos eran pobres e insignificantes. Hizo de España el sostén del partido católico extremo en toda la cristiandad, en una época en que iba a decidirse la gran contienda entre la libertad y la servidumbre del pensamiento; asoció el mantenimiento de la uniformidad religiosa con la existencia de una nación como gran potencia, y al propio tiempo que la imponía tal suerte, la obligaba, como poseedora de los Países Bajos y enemiga de Francia, a sostener relaciones amistosas con Inglaterra, que vino a acaudillar la rebelión contra las ideas en que estaba basado todo el edificio de España.

Para Castilla, especialmente, fue desastrosa la diplomacia de Fernando. En un tiempo en que todo el Norte de África estaba maduro para su ocupación, y el vasto continente de América exigía para su debida colonización y administración cada hombre y cada ducado que se pudiese ahorrar, Castilla, que no estaba en pugna con Francia, agotó su sangre y su tesoro para combatir con ella por el Imperio, para imponer a pueblos extranjeros un yugo religioso que aborrecían, y para implantar en Italia y en Flandes un despotismo político que reobró sobre Castilla misma, que completó su propia esclavitud, y del cual nada sacó en cambio. Se verá, así que, aunque la política de Fernando e Isabel había procurado ordena España, sustituyendo las fuerzas contendientes de la democracia y la aristocracia por el despotismo, por otra parte, para servir las miras aragonesas de Fernando, puso a la nación innecesariamente en primera línea en la gran lucha que iba a entablarse en la Europa central, lucha en que ella no tenía nada que ganar y sí mucho que perder. No había más que un medio de haber evitado el peligro y el desastre de tal posición, a saber: modesta renuncia y concentración nacional. Veremos que el orgullo, el fanatismo y la ambición de los gobernantes y del pueblo hicieron imposible ese camino, e inevitable la catástrofe final. Si ésta se demoró tanto, fue sólo por la natural tenacidad de la raza y por los vastos recursos sacados de América.

Tal era, en resumen, la situación de las cosas cuando murió Fernando el Católico. El joven heredero extranjero, Carlos, estaba ausente en Flandes, su tierra nativa; su madre, la desgraciada Juana, se hallaba encerrada en su prisión de Tordesillas; y la ocasión pareció propicia a los nobles castellanos para tratar nuevamente de debilitar la corona en beneficio de sus intereses. Pero el severo Cisneros, con su tosco hábito franciscano, era hombre de sobra para medirse con ellos y con su instrumento, el joven Fernando, y se mantuvo firme hasta la llegada del nuevo rey. Fracasados sus primeros esfuerzos, los nobles se pusieron al habla con Carlos mismo en Bruselas, y se envió al preceptor del monarca, Adriano de Utrecht —después Papa Adriano VI—, a compartir la regencia con Cisneros. Pero el gran franciscano le dejó a un lado, y se quejó al propio tiempo al nuevo monarca de que los recursos del país servían para favorecer intereses flamencos. Carlos, aunque mancebo de diez y siete años tan sólo, estaba resuelto a ser dueño de su albedrío, y ahora, y durante el resto de su existencia, su política consistió en dividir a los demás para dominar él.

Era un flamenco que hablaba poco español, y no tenía la intención más remota de someterse a la influencia del imperio eclesiástico que gobernaba a España. Durante varios meses dilató la venida a sus nuevos reinos, y, en el ínterin, sus súbditos, celosos y aborrecedores de los extranjeros, como hemos visto, estaban cada vez más disgustados de tener un soberano extranjero ausente. Murmurábase que Juana no estaba tan loca como se decía; y cuando, al fin, Carlos vino a España con su ruda y codiciosa falange de flamencos, y despidió a Cisneros[181] seca e ingratamente, sin verle siquiera, se avivaron como nunca los recelos. Carlos entró en Valladolid en noviembre de 1517, en medio de una muchedumbre hosca, irritada contra los ministros extranjeros que rodeaban al rey extranjero. Guillermo de Croy, hecho primer consejero; Sauvage, creado canciller de España; el joven sobrino de De Croy, sustituyendo a Cisneros en la posición episcopal más grande del mundo, en la sede toledana; flamencos por todas partes triunfando y bebiendo, monopolizando todos los

181 El cardenal murió inmediatamente después, de pena, se dijo, pero más probablemente envenenado.

puestos lucrativos, e insultando a los castellanos, acostumbrados a mirarse como la sal de la tierra: todas esas cosas no habían de tolerarse en silencio, seguramente.

En las Cortes de Valladolid (febrero de 1518) estalló la oposición. Carlos se había llamado ya a sí mismo rey. Se le hizo comprender que no era rey de Castilla hasta que jurase respetar sus privilegios y, sobre todo, mientras viviera su madre. Así los procuradores de los municipios no quisieron reconocerle más que como copartícipe del gobierno con Juana[182], y eso después que había jurado respetar los derechos de Castilla. Votaron un subsidio de mal talante, pero pidieron al rey que aprendiese el español, que se casase y viviese en España, y que no diese más cargos a los extranjeros.

Aragón y Cataluña fueron más firmes aún, y trataron al nuevo soberano con una altiva independencia, que aumentó al faltar éste a sus compromisos y enviar a Flandes a su hermano menor Fernando, a quien los aragoneses miraban como uno de los suyos. Cuando Carlos andaba así en reyertas con sus súbditos, haciéndose más impopular de día en día, murió su abuelo el emperador Maximiliano (enero de 1519), dejándole la vasta ambición de alcanzar el poder universal. La primera lucha fue por la corona imperial misma. Francisco I tenía que hacer la competencia a Carlos, porque todas las fuerzas de España y de las casas de Borgoña y Habsburgo estaban ahora contra Francia[183]. Pero, en medio de su disputa más porfiada con los tercos catalanes en Barcelona, supo Carlos que las intrigas de sus amigos habían tenido éxito, y que él, mozo de diez y nueve años, era emperador a la vez que rey de Castilla, León, Aragón, Sicilia y Nápoles, el monarca más poderoso en apariencia, pero cuyos recursos materiales dependían principalmente de Castilla y de Flandes.

Durante el resto de su vida, la tribulación principal de Carlos fue obtener dinero de España para los objetos extraños al país, y empezó a experimentarla desde un principio. Ya para tomar posesión de su Imperio estaba necesitado de recursos. Castilla, como la tierra aragonesa, se hallaba en fermentación. Carlos había roto ya todos los compromisos contraídos en Valladolid; ahora se titulaba Rey de los Romanos y «Majestad», en vez de mirarse como rey de Castilla y Aragón con su madre, y de usar el título de «Alteza»; y cuando, en su anhelo de embarcarse para Flandes y obtener dinero para sus fines, convocó las Cortes castellanas en Santiago, fuera del territorio de Castilla[184], subió de punto la oposición de las municipalidades. Toledo se puso al frente reclamando en una petición briosa que Carlos no saliese del reino, que no levantase fondos para gastos en otras partes, y que despidiese a todos los extranjeros. Otras muchas ciudades se adhirieron a la representación de Toledo, y varias de ellas se abstuvieron de responder a la convocatoria, que miraban como anticonstitucional. A su paso por Valladolid el rey se encontró con un tumulto amenazador, del cual no pudo librarse sino huyendo precipitadamente, y todas las grandes poblaciones del trayecto hasta Galicia elevaban sus representaciones. Cuando Carlos reunió las Cortes en Santiago, y después en la Coruña, los diputados que asistieron al principio rehusaron votar recursos, hasta que el rey prometió volver dentro del término de tres años y abstenerse de nombrar extranjeros para los cargos lucrativos. Llovieron peticiones sobre él, solicitando que moderase sus gastos y los de sus flamencos, que hablase español, que obligase a la Inquisición a proceder con arreglo a la ley, que prohibiese toda revocación de leyes no hecha por las Cortes, y otras muchas cosas por el estilo.

182 Con la condición, además, de que si Juana recobraba la razón, reinaría sola, y Carlos no sería más que príncipe.

183 Carlos, durante su viaje a España, había celebrado con Francisco I, en Noyon, un tratado de paz, en cuya virtud el joven rey debía casarse con Luisa Claudia de Francia, que murió en 1518. A pesar de eso tratado, era evidente que debía haber lucha entre las dos grandes potencias rivales por el dominio de la Europa central. Todos los puntos de divergencia que las separaban volvieron a avivarse con la muerte del emperador Maximiliano.

184 Sandoval dice que el motivo de convocar las Cortes en punto tan distante fue el temor de De Croy por su propia seguridad. Era tan impopular, que estaba expuesto a que le asesinasen, y deseaba hallarse cerca del mar para poder huir fácilmente. En la primera serie de sesiones celebradas en Santiago, las Cortes estaban divididas tan por igual, que era imposible obtener subsidios. Se suspendieron entonces las sesiones para reanudarse en la Coruña, donde Carlos debía embarcarse, y eso dio tiempo para influir en los diputados con dádivas y amenazas hasta asegurar una buena mayoría.

Carlos puso cara risueña hasta conseguir la votación del dinero que necesitaba[185], y luego se embarcó (20 de mayo), dejando a los representantes entenderse como pudieran con sus enfurecidos comitentes.

Al marchar el monarca estalló la tempestad. La orgullosa Toledo fue la primera que se alzó al grito de «¡Viva el rey! ¡Mueran los malos ministros!», y pronto todas las grandes ciudades castellanas ardían en cólera contra los extranjeros, la corte y los funcionarios del gobierno. No cabe duda de que los nobles y el alto clero fomentaron en un principio el alzamiento popular, porque los primeros jefes fueron Juan de Padilla y Pedro Laso de la Vega, dos aristócratas de Toledo. Pero la nobleza era tímida, porque había sentido antes la pesada mano del monarca, y el elemento democrático no tardó en dejarla atrás, especialmente en las ciudades industriales, que derribaron al gobierno y erigieron nuevos cabildos, principalmente de artesanos, de los cuales fueron excluidas a veces las clases nobles. Los tributos nuevos impuestos por Carlos, la opresión de los ministros flamencos y la ausencia del rey fueron los pretextos inmediatos y ostensibles para la explosión; pero realmente se trataba de una lucha política y social, que venía preparándose inconscientemente hacía tiempo. Los nobles, ahora que era demasiado tarde, vieron que eran impotentes contra la Corona sin el auxilio del estado llano, y trataron de hacer causa común con él para sus propios fines. Pero la clase media tenía una cuenta larga que ajustar con los nobles; estaba irritada por la reciente corrupción que la nobleza y la Corona habían introducido en los municipios y en las Cortes, y decidió restablecer la supremacía de las municipalidades sin la participación de los nobles. Había, además, un tercer elemento, que se dejó sentir ahora por primera vez. Hemos visto que los campesinos y artesanos, de sangre mixta en su mayor parte, habían permanecido hasta aquí en silencio, y habían sido oprimidos por sus amos de la nobleza y de la clase media. Reglamentación del trabajo, prohibición de asociación, salarios fijos y tarea obligatoria, con leyes brutales sobre la vagancia, y restricciones tiránicas de todas especies, habían mantenido a los trabajadores en la servidumbre, y éste era el elemento que ahora vino a predominar en la revuelta.

Más particularmente sucedió así en el levantamiento del reino de Valencia (las *germanías*), que antecedió y sobrevivió al levantamiento de las comunidades castellanas. En Valencia los artesanos habían sido armados temporalmente ante la amenaza de una incursión mora, y los gremios habían formado una confederación militar regular. Carlos ofendió a las clases gobernantes y a las Cortes de Valencia por no ir allí a jurar como rey antes de marcharse, y él y su representante, Adriano, habían dado alas después a la plebe armada. Alentada ésta así, se sublevó. Usurpó el gobierno, formó una junta revolucionaria permanente de 13 artesanos de la capital, y se constituyeron juntas subsidiarias análogas en otras ciudades[186]. Los nobles y la gente distinguida que no se refugió en Denia o en Morella hallaron la muerte, y Valencia fue presa de un populacho anárquico, cuya violencia y ferocidad crecían de día en día, para desesperación de los mismos que habían iniciado el alzamiento. Aquí ningún caballero apoyó la revolución, aunque muchos clérigos incitaron el fanatismo de la muchedumbre para que asesinase a los desgraciados campesinos moriscos que cultivaban las tierras de los nobles[187]. Por fin, en 1521, algunos de los nobles, con

185 Los diputados por Toro, Salamanca, Madrid, Murcia, Córdoba y uno de los leoneses votaron contra la concesión.

186 Esa junta dictó multitud de disposiciones inspiradas en un ideal democrático imposible. Una de ellas prescribía que, siempre que se ejecutase a un trabajador por cualquier delito, se ahorcase a la vez a un miembro de la clase noble. Debe advertirse que hoy el antagonismo entre las clases sociales es más notable aún en el reino de Valencia y en Barcelona que en ninguna otra parte de España, y allí es donde tuvo más fuerza la insurrección cantonal de 1873. Graves disturbios futuros es probable que encuentren su foco en esa parte de España, y su raíz en el descontento social.

187 La suerte de los moriscos fue singularmente dura. Muchos habían combatido valientemente en defensa de la propiedad de sus amos, atacados por las germanías; y, cuando estas vencieron, se impuso el bautismo cristiano a esa población industriosa. Aun después de bautizarse, muchos cientos recibieron la muerte; pero, una vez vencidos en definitiva los agermanados, los moros que quedaban volvieron, naturalmente, a su prístina fe. La Inquisición entonces los trató como renegados, y el emperador apoyó la cruel decisión. A pesar de las apelaciones del Consejo do Aragón y de muchos magnates valencianos, se mantuvo la sentencia: nuevo bautismo, o la muerte. Muchos de

ayuda de tropas levantadas en las provincias, tomaron por asalto la ciudad de Valencia, en medio de escenas de horrorosa carnicería. El terciopelero Peris, cabeza de la revolución, sorprendió a los vencedores, y siguió una confusa matanza en las calles, en que sucumbió Peris. Játiva y Aloira continuaron defendiendo la causa de la germanía durante tres años; pero, con su caída en 1525, la insurrección valenciana de los trabajadores terminó, sin dejar huellas durables.

Cosa muy distinta fue el levantamiento más serio de las comunidades de Castilla. La vuelta de los diputados de las Cortes de la Coruña fue la señal de la explosión. En Segovia los dos procuradores fueron ahorcados a las puertas de la ciudad por los furiosos pañeros, y al punto la revolución fue propagándose de ciudad en ciudad por toda Castilla. En Toro, Ávila, Cuenca y Madrid corría la sangre por las calles, y en la mayoría de los sitios los nobles empezaron a comprender que habían dado un paso en falso y desencadenado fuerzas que no podían dominar. El carácter semisagrado del monarca protegió en un principio a la Corona contra todo ataque; pero, cuando el débil cardenal Adriano, el regente, intentó sofocar la insurrección por la sola fuerza de las armas, estalló la guerra civil, con todas sus consecuencias. Medina del Campo, el gran centro comercial y bancario de España, el emporio de paños, sedas y granos de toda la Península, además de ser también uno de los principales arsenales, fue quemada y saqueada por las tropas del cardenal, se dijo que por accidente. Pero, en todo caso, la gran pérdida y ruina que esto ocasionó suscitó un odio tan profundo y universal contra el extranjero, que la revolución barrió ahora cuanto se le ponía por delante.

La «Junta Santa», formada en Ávila, con Padilla y otros caballeros por jefes, depuso al regente Adriano con todo su Consejo, constituyendo la Junta revolucionaria el poder supremo, en nombre de Juana y de Carlos. Juana estaba en Tordesillas, y la infeliz vino a ser de pronto el centro de la trama. No estaba loca, decían los revolucionarios, y esa, al menos, era española y comprendía su lengua. El cardenal Adriano olvidó también su locura, y voló a Tordesillas para que le confirmase en la regencia. Juana vacilaba, y se citó a su prisión al Consejo real para consultarle. Estando reunidos, Juan de Padilla y los comuneros los sorprendieron y prendieron a todos, y él, a su vez, pidió a la reina la confirmación de su autoridad. Ahora la «loca» quiso diplomáticamente informarse y aconsejarse de la Junta santa, que se reunió en Tordesillas, pero no logró persuadirla a que pusiese su firma en el decreto. La Junta decía que Juana simpatizaba con los comuneros, y el pueblo la creyó durante cierto tiempo, y aclamaba a su legítima reina. Esa fue la única ocasión propicia de la vida de Juana, si estaba en su juicio; pero no supo aprovecharla; los acontecimientos no tardaron en complicarse fuera de su prisión, y volvieron a dejarla en el olvido.

En la incertidumbre nacida de la vacilación de Juana vieron una esperanza los nobles que aún estaban por la revolución. Era evidente para ellos que, si triunfaba la revolución con su programa presente, quien ganaría sería el estado llano y no la nobleza; y por lo mismo, fomentaron la división que acarreó el desastre. Se preparó un mensaje a Carlos, exponiendo todas las quejas formuladas en lo pasado por las Cortes, y pidiendo remedio. Solicitábase que los extranjeros fuesen excluidos de los cargos; que los tejidos extranjeros se sometiesen a las mismas restricciones que los nacionales; que no saliese de España ningún metal precioso, ni se exportase ganado; que todo el comercio de América se centralizase en Sevilla; que no se permitiese a los tribunales eclesiásticos inmiscuirse en asuntos civiles; que se redujesen rigurosamente los gastos de la corte, sobre todo en comer y beber; que se purificase la administración civil, religiosa y judicial, con otras muchas cosas a este tenor. Todo eso estaba muy en su punto. Siempre lo habían pedido las Cortes, aunque sin ser grandemente atendidas en muchos casos; pero la Santa Junta fue más allá, y formuló una serie de peticiones constitucionales revolucionarias.

Se pedía que todo concejo libre enviase tres representantes, elegidos respectivamente por la nobleza, el clero y el pueblo; que los procuradores fuesen absolutamente inviolables, que votasen

---

los moros se retiraron a las montañas y resistieron a las tropas reales, prosiguiendo una guerra intermitente hasta 1526, en que las tropas alemanas de Carlos derrotaron y mataron a los rebeldes.

estrictamente según las instrucciones de sus comitentes, y que sufriesen la muerte si recibían alguna remuneración de la Corona. La asamblea debía reunirse, por lo menos, cada tres años, sin convocatoria, e intervenir en todo lo tocante a su régimen interior; en cuanto a las Cortes de Santiago y la Coruña, debían declararse anticonstitucionales, y anularse sus votaciones. Las tierras de los nobles no se eximirían en adelante de contribución; los nobles no serían empleados en puestos financieros, y el rey no crearía más nobles privilegiados. El cardenal regente y todos sus funcionarios y el Consejo de Castilla debían cesar en sus funciones, y se invitaba a Carlos a volver a España, casarse y a residir en el país.

Esta petición, a que Carlos no se dignó responder siquiera, puso a los nobles de parte del rey, y el rey los atrajo hacia sí uniendo a la regencia de Adriano al popular Velasco, condestable de Castilla, y al almirante Enríquez. Velasco tenía a Burgos en sus manos, y la ciudad volvió a someterse. La nobleza comprometida en la revolución, especialmente Don Pedro Laso de la Vega, procuró robustecer su partido, poniendo al frente de sus fuerzas a Don Pedro Girón, heredero del conde de Ureña, en vez del popular patriota Juan de Padilla. El nuevo jefe fue un traidor, y se retiró su ejército al acercarse las tropas de la regencia a Tordesillas, cuya ciudad, con la desgraciada Juana, cayó en manos de los regentes. Cundió entre los comuneros la desanimación y la división; Andalucía abandonó la causa; la misma Santa Junta estaba dividida profundamente entre Laso de la Vega y el popular Padilla; los excesos del violento demagogo Acuña, obispo de Zamora, con su sacrílega partida de curas guerreros y salteadores, horrorizaron a la parte más moderada de los mismos. La guerra civil se desencadenó en toda Castilla, luchando clase contra clase, pueblo contra pueblo, y a menudo una calle contra otra. El saqueo se hizo general; a la confiscación de los bienes de los nobles por las comunidades respondían los nobles, donde era fuertes, con la matanza del pueblo. Por fin, cuando el condestable Velasco reunió una fuerza suficiente, dio el golpe final contra Padilla, que, con una fuerza mermada y desalentada de rebeldes, fue alcanzado cerca de Villalar en abril de 1521.

Apenas puede llamarse eso una batalla, aunque sus consecuencias fueron de monta, porque los comuneros huyeron desalentados en medio de la espantosa lluvia, poseídos de un pánico loco, y la esperanza de gobierno representativo en Castilla quedó muerta por doscientos noventa años más. Se ejecutó inmediatamente a Padilla y a los demás jefes; y, aunque la heroica viuda de Padilla se sostuvo algún tiempo en Toledo con el obispo Acuña[188], la causa murió en Villalar; y cuando el emperador Carlos volvió a España (julio de 1522) con 4.000 infantes alemanes, pudo ver con satisfacción irónica que nobles y burgueses se habían destrozado unos a otros, y destruido la fuerza política de ambos elementos, dejándole a él por déspota supremo, sin nadie que le contrarrestara. Podía ser clemente y moderado, como lo fue[189], y alejar de su lado a la mayoría de sus amigos flamencos: porque ahora sabía el español, De Croy había muerto, y el cardenal Adriano era Papa.

Existían otras razones para que Carlos fuese tan popular en su segunda visita a España como impopular había sido en la primera. No sólo aparecía rodeado de nobles españoles y hablando español, sino que la vanidad de los españoles se sentía halagada al ver extenderse por todo el mundo

188 Ella y su familia lograron refugiarse en Portugal; pero el furibundo obispo fue cogido cerca de la frontera francesa, llevado a Simancas, que siempre había permanecido leal, y ahorcado de las almenas del castillo después de cinco años de prisión.

189 En 1 de noviembre de 1522, el día de la fiesta de Todos los Santos, se erigió un magnífico trono al aire libre, junto a la iglesia, en Valladolid. Después de la misa, Carlos subió al solio y anunció en español a la multitud una amnistía general para todos los que habían tomado parte en la rebelión, excepto unos cuantos jefes. Se cuidó de evitar, en esa solemnidad, el uso del título y de las insignias imperiales. Llevaba la corona cerrada de un príncipe soberano y el manto de terciopelo carmesí forrado de armiño, en vez de la corona imperial abierta y el manto de púrpura y de oro de emperador. No cabe duda de que Carlos vino a España en un principio con una idea muy falsa del país y del pueblo, a quien le habían inducido a mirar como una nación de semisalvajes, que podía ser gobernada mejor por flamencos. El levantamiento de los comuneros, que en su origen se dirigía en gran parte contra la dominación extranjera, abrió los ojos en punto a la independencia y a la tenacidad de los españoles, y su conducta para con ellos cambió desde entonces radicalmente.

la fama de su soberano. Ese pálido y melancólico joven de veintidós años estaba ya a la cabeza de los monarcas de Europa. Por un golpe de audacia había conquistado la amistad de su veleidoso tío el rey de Inglaterra; por su propio influjo había decidido en la Dieta de Worms la condena de Martín Lutero, y echado así sobre sus hombros la carga española del patrocinio de la causa católica; sus tropas habían derrotado a los franceses en Navarra, y sus generales marchaban de victoria en victoria por los llanos de Lombardía; atraído a Venecia, asegurado para sí el dominio de Milán, convertido a Génova en humilde servidora, comprado un Papa con un donativo de principados[190], y elevado, en fin, otro, su antiguo preceptor Adriano, a la cátedra de San Pedro.

Durante la permanencia de Carlos en España creció su gloria. En febrero de 1525 la brillante victoria de Pavía puso en sus manos la persona de su rival, Francisco I de Francia. No fue enviado a Aquisgrán ni a Bruselas el rey cautivo, sino a la orgullosa Castilla, para acrecer la popularidad del vencedor entre los ya deslumbrados españoles. Cuando Carlos recibió la noticia de la batalla, no dio muestras de regocijo ni quiso permitir ninguna demostración de su pueblo. Digno y dueño de sí, trató a Francisco espléndidamente, más como huésped que como prisionero; pero fue aquélla una lección práctica que los españoles no olvidaron, y Carlos, con toda su magnanimidad aparente, impuso a Francisco, a cambio de su libertad, condiciones que, a no haber sido desatendidas después, hubieran acabado para siempre con los designios de Francia[191].

Sin embargo, Carlos había pagado caras sus victorias en Italia. La fortuna no le había favorecido invariablemente, y sus recursos habían sufrido una sangría tremenda; pero los españoles de sus ejércitos demostraron en esos momentos de adversidad su verdadero temple. Cuando los alemanes y los suizos murmuraban por la escasez de raciones y por la falta de paga, las tropas españolas, orgullosas de la gloria individual que adquirían, daban sus propias capas alegremente para pagar a los mercenarios alemanes; y cada hombre de ellas se miraba a sí mismo como el héroe de la hueste, destinado a distinguirse por el sacrificio personal, distinguido por Dios, si no por los hombres. Tal era el espíritu que hizo invencible a la infantería española, y dio a los ejércitos del emperador el nervio que los sostuvo en Europa: el antiguo espíritu ibérico, que no ha muerto nunca.

No cabe aquí entrar en pormenores sobre las largas guerras y complicadas intrigas de Carlos en Italia. Aunque el rey francés desistió de sus derechos, los italianos no estaban dispuestos a dejarse dominar por España, o, mejor, por el emperador, y este último tuvo que hacer frente a las ligas de los Estados italianos y desafiar Papas italianos en Roma una y otra vez, con varia fortuna, pero con un resultado invariable, por lo tocante a España: esquilmar su tesoro y arrebatarle una población vigorosa, sin el menor beneficio positivo para la nación; acrecentando, es verdad, el orgullo de los españoles y su pasión por la guerra y las aventuras, pero perjudicándoles en todos conceptos como ciudadanos útiles.

Desde su vuelta, Carlos había reunido las Cortes casi anualmente en Valladolid, Toledo o Madrid, y siempre para pedir dinero y más dinero, con gran alarma de los diputados, cuyas representaciones eran tan constantes como inútiles[192]. Las peticiones de las Cortes volvían siempre

---

190 Ferrara, Parma y Plasencia, a León X (Médicis).

191 Por el tratado de Madrid, Francisco renunciaba a todos sus derechos sobre Italia y si su soberanía sobre Flandes y Artois. Convenía también en ceder la Borgoña a Carlos, en privar de todo auxilio a la destronada reina de Navarra, y casarse con la hermana del emperador, Leonor.

192 Las tres primeras Cortes de Castilla después de la derrota de los comuneros fueron constitucionalmente de la más alta importancia, por cuanto fijaron las futuras relaciones entre el monarca y el Parlamento. En todas pugnaron los representantes por que se les permitiera discutir, antes de votar recursos, las varias quejas que habían recibido el encargo de formular. Carlos se mostraba siempre conciliador, pero firme, y los diputados cedían, aunque prometiendo el emperador que sus peticiones serían atentamente consideradas después. Las peticiones reproducían constantemente ciertas tendencias, principalmente el deseo de que se excluyese a los extranjeros de los beneficios nacionales, el recelo que inspiraba ver a la Iglesia en posesión de tierras feudales o la acumulación de propiedad en manos muertas, y las quejas sobre la lentitud de la administración de justicia y sobre la corrupción de los funcionarios administrativos. Se condenaba siempre la enajenación de propiedad de la Corona, como también el despilfarro y disipación de la corte, y, sobre todo, las crecientes peticiones de dinero para la Corona. Decían las

sobre los temores de la intrusión clerical en las causas civiles, sobre la creciente riqueza de la Iglesia, sobre la acumulación de propiedad exenta de contribución en manos de fundaciones religiosas, y sobre la salida de oro del país con destino al Papa o para pago de artículos extranjeros; y las Cortes dictaron multitud de medidas encaminadas a remediar esos males.

En Aragón, que no había tomado parte en el levantamiento de los comuneros, las Cortes siguieron su firme y bien trazada senda, poniendo trabas a la intrusión de la Inquisición en los asuntos civiles, protegiendo la libertad del súbdito, regateando todo lo posible la concesión de recursos, y haciendo siempre la concesión con carácter de contrato. También en Aragón, a consecuencia del levantamiento de las germanías en Valencia, se privó a los artesanos y trabajadores del derecho de asociación.

Carlos había hecho un popular matrimonio con su prima Isabel de Portugal, y su heredero había nacido en 1527, en el momento en que el rebelde príncipe francés al servicio de Carlos, el duque de Borbón, con alarma del emperador mismo, entró a saco en Roma y aprisionó al Soberano Pontífice. Era una situación peligrosa para Carlos, porque la coalición contra él tenía un poder formidable, y ese nuevo ultraje le ponía en antagonismo con las fuerzas católicas, no sólo fuera, sino dentro del país, donde, desde el reinado de Isabel, habían crecido constantemente el poderío y la riqueza de la Iglesia.

Pero la suerte y la magnífica infantería española sirvieron bien al emperador. El Papa Clemente VII fue atraído, y la Paz de las Damas (1529), aunque moderando algo la humillación del tratado de Madrid, excluyó a Francisco de Italia, y dejó libre al emperador para atender a asuntos que le interesaban todavía más de cerca. Falta le hacía, según pudo ver; porque los dominicos de España se atrevían ya a llamarle el jefe de los luteranos, y el cisma protestante de Alemania venía a atacar la raíz misma de su imperio. La influencia de Erasmo estaba dejándose sentir en España; los sacerdotes empezaban a murmurar de la libertad de ideas permitida en la corte de Carlos; y en las Cortes el representante de Toledo tenía el encargo de pedir al rey que ayudase a la Inquisición a extirpar la herejía bajo todas sus formas.

Era una situación verdaderamente difícil, nacida de la política de Fernando e Isabel de cimentar la unificación de los reinos sobre el exclusivismo religioso. Carlos, como rey de España sólo, hubiera podido seguir sin recelo la misma corriente; pero era emperador de Alemania, y en Alemania, lo mismo que en Flandes, tenía que habérselas con príncipes y pueblos poderosamente imbuidos en sentimientos protestantes. Tenía que desafiar a unos o a otros; tenía que exponerse a romper la unidad de España aniquilando el fanatismo, o arrostrar la guerra civil, y quizá la ruina, en Alemania, imponiendo a un país ilustrado el sistema que Fernando e Isabel habían introducido en la desunida y anárquica España.

Carlos se vio obligado por las circunstancias a adoptar el último partido. Debía el nervio de su fuerza a Castilla; la conservación de su dominio sobre Italia dependía de la continuación de las buenas disposiciones del Papado; su más dudoso amigo Enrique de Inglaterra se burlaba del Papa y se divorciaba de una princesa española; y su rival francés, Francisco I, ayudaba al monarca de Inglaterra en sus aspiraciones en cuanto pudiese. Las fuerzas gigantescas que habían de dividir a

---

Cortes que, cuando reinaban los Reyes Católicos, eran mucho menores los recursos de la Corona; que aquéllos no tenían las rentas de las Órdenes, ni las Indias, ni las bulas de la Cruzada, y que, sin embargo, prometieron no imponer más contribuciones. Las Cortes pedían a Carlos que cumpliese esa promesa, puesto que el país estaba tan pobre y arruinado; y él contestó secamente que no pensaba pedir dinero más que por causas justificadas y con arreglo a la ley. Las peticiones solían ser atendidas en gran parte, y así pasaban a ser leyes; pero la queja constante es que no se procuraba lo más mínimo hacerlas cumplir. Una innovación importante de estas Cortes fue que los poderes de los procuradores otorgados por los electores eran ahora extendidos por el gobierno y enviados a firmar a los municipios; de modo que el tenor de los poderes era conocido, y los representantes no podían escudarse tras ellos para negar una votación de recursos. Otra novedad importante fue el nombramiento de una comisión permanente para inspeccionar los gastos y el cumplimiento de las leyes. Ampliando gradualmente las atribuciones de esta comisión, la Corona pudo evitarse el. convocar las Cortes durante largos períodos.

Europa estaban ya de hecho distribuyéndose, y Carlos se vio obligado por los hechos a elegir el partido peor, y a convertir en causa propia la del rígido catolicismo.

En agosto de 1529 Carlos dejó a España bajo la regencia de su mujer, y se embarcó con rumbo a Italia. En Bolonia recibió de manos del Papa la corona de hierro de los lombardos y la diadema imperial. Al través de los amedrentados Estados italianos, teniendo ahora al Papa por humilde servidor, y sin temor ninguno al francés, marchó a sus dominios alemanes, donde debía empeñarse durante los siguientes años la doble lucha de la libertad religiosa contra la esclavitud de las creencias, y del cristianismo contra el Islam. Génova y Saboya estaban a la sazón a las órdenes de Carlos; Barcelona, Nápoles y Palermo eran suyas. En el Mediterráneo los franceses se hallaban reducidos a la impotencia, aunque, dando alientos a la agresión turca, podían aún fomentar las dificultades. Hasta tal punto se había realizado la primera parte de los sueños de los antiguos reyes aragoneses; pero realizado ¡ay! no a favor de Aragón ni a favor de España, sino más bien para que Génova y Lombardía sirviesen de conducto por donde afluyera la sangre española a Alemania, al Tirol, a los Países Bajos, para derramarse en las batallas del imperio y de la casa de Borgoña.

Y, sin embargo, con los turbulentos príncipes protestantes de Alemania estrechándole de cerca, y los musulmanes amenazando al Imperio, Carlos debió comprender, al menos en ese período, que la posición de rey de España, sin más que un territorio insignificante en Alemania, era incompatible con la posesión permanente de la corona imperial; y en 1531 su hermano Fernando fue coronado rey de los romanos, y reconocido heredero del imperio[193]. A Fernando, libre de la responsabilidad que imponía la posesión de España[194], se dejó el gobierno del Imperio en la ausencia de su hermano, y en Flandes gobernaba de análogo modo la hermana de Carlos, María, reina viuda de Hungría; y así, en 1533, el emperador quedó en libertad de volver a España, la parte más necesaria para él de sus vastos dominios. Había identificado su suerte con el régimen español, y desde entonces su política fue dominada en gran parte por las susceptibilidades españolas.

Afortunadamente para él, la política que reclamaban en aquella coyuntura los intereses imperiales estaba en pleno acuerdo con las ideas españolas. Los turcos habían amenazado al Imperio por el Danubio, y todo lo que los debilitara era de valor para los alemanes. Esa tarea correspondió en gran parte a los españoles. Barbarroja, el pirata de Berbería, había logrado constituir un poderoso imperio musulmán en la costa argelina, y lo había puesto bajo la protección del turco. Toda la gente perdida de la Europa oriental y meridional afluía al reino pirata, que agitaba y amedrentaba al Mediterráneo con sus depredaciones. En Castilla y Aragón, Cortes tras Cortes se quejaban al rey de que el comercio y las costas de España estuviesen a merced de esos bárbaros, que poseían las mejores naves y los marineros más diestros de Europa. Los piratas de por sí eran formidables; pero, cuando se les unió la flota turca, llegaron a constituir un peligro nacional, y la toma de Túnez por ellos amenazaba a Sicilia y a Nápoles.

Así, pues, cuando Carlos, en su viaje de regreso por Italia, se encontró, no sólo con esta dificultad, sino también con una nueva guerra con Francia, a consecuencia de la invasión de Saboya por los franceses, escribió a su virrey de Aragón (el duque de Alburquerque) pidiendo recursos. Los aragoneses contestaron que no se votarían recursos más que en Cortes debidamente constituidas (1535); y cuando Carlos, en enero de 1536, volvió a insistir desde Nápoles, deseando que se le atendiera sin «dilaciones ni ceremonias», obtuvo de Aragón una respuesta más ruda que antes, pero ningún dinero[195]. Carlos, a pesar de todo, marchó contra los invasores de Saboya; pero su ejército se

193 Fernando se había casado con la princesa Ana, heredera de los reinos de Bohemia y Hungría, que, con los territorios de la casa de Habsburgo, constituían un poder respetable para el futuro emperador, y le permitían oponer un baluarte al avance de los turcos.

194 Según el tratado que Carlos celebró en Nuremberg con los príncipes luteranos antes de su marcha, no se perseguiría a nadie por sus creencias religiosas hasta la reunión de una asamblea general de los Estados del Imperio. Es indudable, con todo, que lo que le indujo a esa paz fue el avance de los turcos contra Viena.

195 Cuando Carlos volvió a España al año siguiente, las Cortes de Valladolid (1537) suplicaron al emperador que hiciese la paz y que viniese a vivir permanentemente en España; pero votaron el servicio ordinario de 200 millones

hallaba mal aprovisionado y sus soldados no estaban de humor de combatir. Resultó, pues, que las tropas imperiales no fueron afortunadas, que los franceses ocuparon la mayor parte del Piamonte, y que, si el emperador conservó la ocupación de la Lombardía en virtud de una tregua de diez años pactada en 1538, no quedó bien parado su prestigio en Italia. Porque los españoles, en general, no tenían ganas de combatir con los franceses; nada iban ganando con derramar su sangre y agotar su tesoro por conservar la posesión del feudo milanés para el Imperio, que debía pasar fuera de la corona de España. Lo que más deseaban era proseguir la gloriosa lucha tradicional contra los odiados piratas musulmanes en el Norte de África, en la cual acababan de obtener tan gloriosas victorias, guiados por el propio emperador. La toma de Túnez por Carlos (1535) había sido una verdadera cruzada, en que las galeras del Papa, de Génova y de Portugal, unidas con las de Aragón y de Nápoles, salieron de Cagliari, con crucifijos alzados y banderas consagradas, a conquistar en nombre de Cristo. Después de un sitio terrible de cinco semanas en un estío africano, se tomó a Túnez, y quedó destruida la flota de Barbarroja.

Esa era la guerra que anhelaban los españoles, y no pelear con los franceses en las gargantas de los Alpes saboyanos o en las llanuras de Flandes por cuestiones en que nada les iba ni venía. Consiguieron su deseo en 1541, porque Barbarroja había vuelto a hacerse agresivo, y Carlos condujo contra Argel un espléndido ejército y una armada de 200 galeras. Pero la hueste cristiana sufrió un completo desastre. Las galeras fueron dispersadas y naufragaron, y el ejército, al retirarse a las embarcaciones que quedaban, fue derrotado y destruido. Carlos ganó en reputación personal por su sangre fría en la catástrofe, pero el poder naval de España en el Mediterráneo sufrió un eclipse durante muchos años.

Aunque en plena edad viril, Carlos era presa ya de la amargura y la desilusión, porque los problemas que le acosaban eran más de los que un hombre podía resolver. Había perdido su joven esposa, a quien quería entrañablemente, su salud era mala y sus trabajos incesantes. A una paz efímera con los franceses siguió la renovación de la guerra en 1542. Las Cortes españolas se resistían hasta el extremo a aumentar los recursos para una guerra con Francia. La escuadra turca, con el apoyo francés, devastaba las costas italianas. Carlos estaba en la mayor pobreza, asediado y amenazado por todas partes, y en 1543 corrió a Alemania a rogar a los príncipes alemanes en Espira que le ayudasen a ocupar a Güeldres, y así distrajo a los franceses de Italia, donde todo lo estaban arrollando. Con un ejército alemán y algunos españoles avanzó por el Luxemburgo, al par que pactaba con Enrique VIII una alianza, en cuya virtud se comprometía el último a unírsele con un ejército inglés y avanzar juntos sobre París, para dictar allí condiciones a Francisco. Dominaron soberanamente en esa alianza la mala fe y la desconfianza mutua, porque cada uno de los aliados temía que el otro le dejase en el atolladero. Francisco estaba completamente desprevenido para una guerra en el Norte, y no tuvo más remedio que recoger velas y procurar hacer proposiciones que

de maravedís para dos años, y las Cortes aragonesas, catalanas y valencianas de la misma fecha votaron también las sumas usuales. Las Cortes de Toledo del siguiente año (1538) son memorables en la historia constitucional de España por haber presenciado la última lucha de la nobleza castellana en persecución del poder político. Carlos estaba lleno de deudas, y muy necesitado de dinero para la guerra. Reunió, pues, a los nobles separadamente en el palacio, y les pidió que le votasen una cuantiosa suma bajo la forma de una sisa sobre los comestibles, que, naturalmente, deberían pagar los nobles como los demás. Cuando uno de los nobles se disponía a responder, el emperador le impuso silencio desabridamente, manifestando que harían mejor en despachar pronto el asunto, y no dejó a nadie decir una palabra en contra. Esto ofendió a la Asamblea, y, cuando después se presentó un caballero designado por el emperador para asistir como secretario a las reuniones, los irritados nobles le expulsaron violentamente. Luego se reunió la nobleza, eligió una comisión permanente de doce miembros de su seno, y adoptó un acuerdo a favor de su reunión en Cortes para consultar con los procuradores de las ciudades. Carlos se negó a esto, e insistió en que la votación se efectuase en el término de tres días. Los nobles entonces negaron redondamente, por lo tocante a ellos, la concesión del subsidio, y pidieron que se hiciera la paz y que el emperador residiese en España. A consecuencia de esto, el emperador despidió colérico a los nobles, amenazando a su jefe, Velasco, con arrojarle por la ventana. «Mejor es que no lo haga vuestra majestad (contestó Velasco). Soy pequeño, pero peso mucho.» Esto, no obstante, puso fin a la reivindicación de los nobles castellanos de formar parte de las Cortes por derecho propio.

dividiesen a sus enemigos. En la partida diplomática que se empeñó entonces le tocó perder a Enrique. Había tomado a Boulogne; pero vio con sorpresa que el emperador le había abandonado, firmando separadamente un tratado de eterna amistad con Francisco, en que se concertaba el matrimonio del hijo de éste con la hija de Carlos, y se daba en dote a los príncipes Milán o los Países Bajos. El tratado no tuvo consecuencias, y puede hacerse caso omiso de él; pero el motivo que impulsó a Carlos a hacer traición de esa suerte a Inglaterra y conceder condiciones favorables a su perpetuo adversario Francisco, que estaba a merced suya, es interesante para nuestro propósito.

Carlos palpaba ya las consecuencias que traía consigo la adopción de la política española en Europa. Los príncipes luteranos del Imperio, frente a las exigencias del emperador, estaban adoptando una actitud que anunciaba la aproximación de la tempestad, y debía ser evidente para Carlos que más pronto o más tarde tendría que combatir con sus feudatarios. En tal situación, la alianza con el rey cismático de Inglaterra y la enemistad con el católico rey de Francia, más bien era debilidad que fuerza para él, y ahora adquirió forma el gran proyecto de una Liga católica para imponer a Europa la unidad religiosa del tipo español.

Carlos empezó por ponerse a bien con Paulo III, el Papa Farnesio. Hemos visto que el papado en general miraba con recelo la creciente influencia española en Italia, y se había unido a los franceses, a los venecianos y a los turcos, para contrarrestarla. Los Farnesio no tenían ningún motivo para querer al emperador, porque los había tratado mal, y Paulo III, como sus predecesores, se había revuelto contra los continuos y afortunados esfuerzos de Carlos por debilitar la autoridad de los pontífices sobre la Iglesia española. Pero, cuando se le sugirió la idea de la unión de todas las potencias católicas para aplastar al protestantismo, y se le prometió que su propia familia se enriquecería con la concesión o restauración de un principado italiano, asintió calurosamente; ofreció reunir un concilio (el de Trento) para proyectar medios destinados a la conversión del mundo; prometió y contribuir generosamente con dinero a los gastos de una campaña y, por encima de todo, ceder en el punto que tanto interesaba a Carlos: el dominio de Roma sobre el clero español. Así, pues, el tratado de paz celebrado con Francisco en Crespy (1544) contenía cláusulas secretas que obligaban a ambos monarcas a unirse con otras potencias católicas para unificar la fe de Europa.

Desde entonces Carlos consagró su vida principalmente a procurar implantar en Alemania la forma española de unidad, en cuya empresa, con las fuerzas declaradas contra él, fracasó señaladamente. La sangre y el dinero de España corrían como agua con ese objeto; en vano abogaban las Cortes por la paz, y protestaban de que el país se hallaba exhausto y no podía hacer más; la flor varonil de todos los pueblos de España marchaba alegremente, y hasta con fervor, a luchar en la guerra santa contra los «herejes»[196]. El antiguo sentimiento español, de distinción individual por el sacrificio, se había aferrado a los corazones con garras de hierro. El odio a la herejía predicado en todas las iglesias de España, y las persecuciones de la Inquisición, habían convencido a los campesinos ignorantes de que a ellos y a su raza estaba reservada la gloriosa empresa de combatir por el Señor, y barrer de la tierra a los impíos enemigos que discutían la enseñanza de su santa Iglesia. Así, mientras las Cortes se lamentaban de las cargas abrumadoras que agotaban los recursos nacionales, y pedían al monarca que residiese en el país y viviese en paz con el mundo, las filas del pueblo español, incitadas por el clero, se enorgullecían más cada vez de la empresa que les estaba confiada, y desplegaban mayor crueldad, intolerancia y fanatismo, con el convencimiento que tenían de ser los instrumentos de la cólera divina contra los enemigos de Dios.

196 Debe tenerse presente que las Cortes eran ahora una representación muy imperfecta del país. Las pocas ciudades que enviaban diputados eran gobernadas por las clases superiores, y los representantes mismos eran nombrados en gran parte por influencias cortesanas. Las Cortes siguieron durante años presentando su larga lista de peticiones, y doliéndose de que, aunque éstas se otorgasen, no se hiciese nada por imponer la ley; pero, como ellas mismas votaban para sí cantidades considerables de dinero incluidas en el servicio concedido al rey, y se dejaban sobornar en gran escala, la repetición de los agravios nacionales llego a ser cosa de pura forma, por guardar las apariencias.

Y no sólo se endurecía el pueblo español en su tarea a compás que arreciaba la oposición: el emperador mismo se hacía más español cada vez en su política alemana e italiana.

Con el avance de la edad y el mal estado de su salud, debió convencerse de que, durante su vida, no podría dar cima completa a sus designios; pero tenía un discípulo capaz de continuar su obra: su único hijo legítimo Felipe, en quien cifraba todas sus esperanzas. Este deseo de perpetuar su política y engrandecer a su querido hijo modificó sus ideas en cuanto a la sucesión, y le inspiró la esperanza de hacer de España la dueña del mundo. Su hermano Fernando era ya rey de los romanos, así como de Hungría y de Bohemia, y su sucesor reconocido en la corona imperial, y por la paz de Crespy hemos visto que Carlos se comprometía a la segregación, ya de los Países Bajos, ya de Milán; pero la gran victoria de Mühlberg (1547), que anuló durante cierto tiempo a los príncipes luteranos, le confirmó en su idea de que la política española podía dominar en Europa, en cuyo caso sólo gobernaría debidamente el español Felipe.

Porque Felipe era todo un español. Criado la mayor parte del tiempo en ausencia de su padre por mujeres devotas y sacerdotes; rodeado desde la cuna por la soberana convicción de que él y los suyos habían sido elegidos especialmente para combatir por la causa divina; heredero de la exaltación religiosa de su casa; profundamente poseído de que España era el único centro verdadero de la fe religiosa, y de que no podría ser malo nada que se hiciese al servicio del Señor, ese mancebo reservado y receloso de veintiún años, viudo ya con un solo hijo, era la encarnación de todas las cualidades salientes que hemos reconocido como características de la raza española. A él, como a tantos de sus compatriotas, avasallábale la idea de la distinción personal a los ojos de Dios mediante el propio sacrificio. Trabajo paciente y afanoso, abnegación de sí mismo, sumisión humilde al sufrimiento y ascetismo extático: tal fue la dote de su larga vida. Penas, reveses, decepciones, que hubieran despedazado el corazón de la mayoría de los hombres, pasaban por él sin alterar su impasibilidad de mármol. Creía que Dios le enviaba a él especialmente esas aflicciones como una prueba con que trataba de distinguirle de los demás por el rigor del sacrificio, para que luego fuese mayor su gloria y la gloria del Señor a quien servía. Aparte de esto, era bondadoso, buen padre y buen marido, amo indulgente y considerado, sin la menor inclinación a la crueldad por la crueldad. La mentira, el dolo, la crueldad, los sufrimientos y la muerte de legiones de desvalidos, el asesinato secreto de los que le estorbaban, no eran un delito *para él*, porque, en su extravío moral, creía que los fines justificaban los medios, y que en las causas asociadas de Dios y de España todo era legítimo.

Cuando era un niño aún, su padre le confió las claves secretas de su sistema político. Era un credo vil, que Carlos había heredado del taimado Fernando el Católico, y agravado por su cuenta, y que acabó por precipitar su casa en la ruina; pero era sutil y calculador, y halló cómodo alojamiento en el cerebro raro y reconcentrado del joven Felipe. No confíes en ningún mortal; llama a consejo a hombres de opiniones opuestas, y azúzalos a unos contra otros para descubrir lo peor de todos ellos; escucha el consejo de cada uno, y luego, sin dar explicaciones, procede por tu cuenta; elige tus ministros de entre la morralla, y excita la envidia de los demás hombres contra ellos, para que no puedan tener más amigo que tú; haz de tus nobles cortesanos obsequiosos, embajadores en países extranjeros, oficiales y gobernadores de posesiones lejanas, pero no les dejes ningún poder ni influencia en el país; debilita las instituciones representativas, especialmente en Aragón, donde son fuertes; haz que todo poder y actividad emanen de ti solo, y, sobre todo, utiliza la mayor fuerza de España, la unidad religiosa, para tus propios fines.

Tal era el Evangelio político en que fue educado Felipe, y en cuya diplomacia era ya un maestro a los veintiún años, cuando su padre le llamó a Alemania (1548), a fin de revelarle sus grandes planes para el porvenir. Estos no eran nada menos que la erección del dominio de España, en vez del vicariato del Imperio, en el Norte de Italia —donde Felipe había sido ya creado duque de

Milán[197]— y la unión permanente de los territorios de la casa de Borgoña a la corona de España. Esto equivalía a rodear a Francia de territorio español, a circunscribir el poder temporal del papado, y a impulsar, consiguientemente, a ambas potencias a proseguir la lucha secular con España hasta romper las ligaduras. Resultó también, como consecuencia, que en lo sucesivo, sucediese lo que sucediese, España, como poseedora de Holanda y de Flandes, debía conservar relaciones amistosas con Inglaterra. Ni aun la perspectiva de esos vastos dominios llegó a satisfacer a Felipe, y durante los dos años que permaneció con su padre en Alemania y en Flandes se convino en que, después de la muerte de Fernando, él heredaría también la corona imperial, y gobernaría toda Europa desde España por métodos españoles. La idea de una calamidad como esa alarmó a alemanes, flamencos e italianos del Norte, porque a todos había ofendido la gravedad altanera y fría de Felipe.

Pero la defección de Mauricio de Sajonia y la unión del nuevo rey de Francia (Enrique II) a los protestantes alemanes cambió de repente todo el aspecto de las cosas. Carlos se encontró en guerra por todos lados: Mauricio y los alemanes marchaban por Alemania triunfalmente; el emperador estuvo a punto de caer prisionero en Innsbruck; el ejército imperial fue destrozado por completo delante de Metz; los franceses invadieron el Piamonte; los Farnesio tumultuaban a Italia, y Carlos, casi abatido, tuvo que firmar la paz de Passau (1552), que concedía la tolerancia a los luteranos alemanes. La política española quedaba así derrotada en Alemania; toda esperanza de hacer emperador a Felipe se desvanecía, y la dominación de España en toda la Italia septentrional se hacía imposible.

El golpe era rudo para España; pero la diplomacia de Carlos buscó compensación en otra parte. Felipe estaba todavía viudo, aunque se habían hecho muchas insinuaciones para su matrimonio, especialmente con Juana de Albret, la reina titular de Navarra, cuyo reino se había apropiado Fernando el Católico, y con una princesa portuguesa; pero el príncipe, muy embebido en las tareas de su regencia, y consolado con unas relaciones irregulares, no había sido un pretendiente muy solícito en ningún caso.

La muerte del joven Eduardo VI de Inglaterra y la elevación al trono de María Tudor, medio española, abrieron a Carlos una perspectiva por la cual su querido hijo y España podían aún dominar en Europa. Si la rica Inglaterra llegase a unirse a España, ya podían irse donde quisieran la vana corona imperial y los turbulentos príncipes luteranos. Flandes e Inglaterra dominarían el Canal; Barcelona, Génova y Palermo, el Mediterráneo; Milán ofrecería paso por tierra a las tropas italianas para dirigirse al través de Alemania al Franco-Condado, al Luxemburgo y a Flandes; y Francia, cercada por mar lo mismo que por tierra, sería humillada más eficazmente que por el plan antiguo. Felipe era hijo sumiso y obediente a la vez que ambicioso estadista. La perspectiva de casarse con una reina sin atractivos, de más edad que él y de mala salud, no era tentadora. El príncipe no tenía nada de común con el carácter inglés, pero amaba a España; su ambición de gobernar a Europa por métodos españoles era grande, y con verdadero espíritu de sacrificio se casó con María de Inglaterra (1554). Pero fracasó el plan. El emperador se veía otra vez en guerra con Francia y en grave apuro, como siempre, de dinero y de hombres; los ingleses, en cambio, no tenían ningún motivo de hostilidad contra Francia, y los sublevaba y aterraba el temor de que la alianza española los arrastrase a una guerra continua con sus vecinos y sometiese a Inglaterra a los procedimientos de gobierno españoles. Felipe se esforzó en tranquilizarlos con dulzura y con espíritu conciliador; pero, en su ausencia, Gardiner y los católicos ingleses encendieron las hogueras de Smithfield, y el español tuvo que soportar la censura. Inglaterra, a su pesar y con gran indignación, se vio envuelta en guerra con Francia; la reina, desilusionada y desgraciada, languidecía; el Consejo y el pueblo inglés patentizaban que Inglaterra no sería gobernada nunca por un rey español; Isabel y la religión protestante triunfaban; y vinieron al suelo todos los planes de imponer a Europa la política española por medio de Inglaterra. En adelante España no tenía que

197 Milán era un feudo del Imperio, y el ducado quedó vacante, salvas las reivindicaciones francesas sobre él, a la muerte del último duque Sforcia.

contar más que con su propia fuerza para asegurar en los dominios de su rey la unidad política mediante la uniformidad religiosa.

El simple anuncio del fracaso de sus esperanzas, aun antes de realizarse, dio al emperador el golpe de muerte. Afligido y cansado de una lucha continua contra fuerzas demasiado poderosas para ser dominadas; abatido por la desilusión, los reveses y la enfermedad; presa del misticismo religioso, heredado quizá de Isabel la Católica y de su desgraciada hija, el gran emperador soltó de sus fatigados hombros la carga que no podía soportar más. En la escena memorable del palacio de Bruselas (octubre de 1555) Carlos se despidió de toda gloria terrenal, y el español Felipe pasó a ser soberano de los flamencos, a quienes odiaba tan profundamente como ellos a él; de allí a poco, por otra abdicación, quedó hecho rey de España, mientras el emperador, despojado de toda su grandeza, fue a encerrarse en vida en su tumba de Yuste, y a dejar, al fin, sus huesos en el país que había sido destinado a ser el centro y el corazón de su sistema político.

La tarea de Felipe era más imposible aún que la de su padre, a pesar de verse libre del ahogo del imperio. Era un hombre rígido, inflexible, que no comprendía más que un sistema de gobierno: alcanzar la solidaridad nacional mediante la imposición de la unidad religiosa; y su único objeto era regir todos sus dominios desde España por ese método puramente español.

Sin embargo, en los primeros días de su gobierno se encontró en guerra con el jefe de la Iglesia católica[198] y con el rey católico de Francia, mientras que la posesión de los Países Bajos le imposibilitaba de ponerse a mal con Inglaterra, donde la Reforma se hacía cada vez más fuerte y agresiva. Su gran victoria sobre los franceses en San Quintín (1557) no fue aprovechada ni condujo a ninguna ventaja ulterior, porque Felipe no era guerrero[199], y tenía otros planes en la cabeza. Inglaterra había perdido a Calais en esa guerra, pero Inglaterra debía mirar por sí misma. Era evidente que Isabel seguiría su propio camino, y no permitiría a Felipe influir en la política inglesa; así éste, como su padre en 1544, dejó a un lado a Inglaterra, y una vez más formó una Liga católica con el rey de Francia para oponerse al protestantismo en todo el mundo (1559), porque el mismo Enrique II estaba ahora atento al peligro de la Reforma en su propio país.

En vano los consejeros españoles de Felipe, eternamente celosos y desconfiados de los franceses, le instaban a derribar a Isabel y restablecer el catolicismo en Inglaterra cuando aún era tiempo. Sus propios Países Bajos estaban ya bastante contaminados de protestantismo, y se asustaban de que su nuevo príncipe extranjero tratase de gobernarlos a la usanza española por medio de la Inquisición; y una Inglaterra protestante, se decía, con quien él no pudiese sostener relaciones amistosas, pondría en peligro sus dominios fronteros. Felipe se limitaba a sonreír siniestramente, porque tenía sus propios designios, y no quería precipitarse nunca. Primero, pensaba, se entendería con sus Países Bajos, ahora que estaba seguro de Francia; y, cuando se despidió de sus nobles flamencos, que manifestaban temores por su cara autonomía, no se esforzó en disimular su ceño. Una representación elevada a él, ya por flamencos, ya por aragoneses, equivalía a una impía rebelión; la diversidad de creencias era una blasfemia. No había más que un remedio, que él supiese: la rígida unidad religiosa y la concentración de todo el poder en sí mismo. Los flamencos tenían que entrar a la fuerza en el molde predilecto de Felipe, y el poder motor debía ir de España. Así, a su querida España se dirigió el rey a fines de 1559, poseído de su divina misión de gobernar a los hombres esclavizando sus almas, seguro del especial apoyo del Omnipotente; dispuesto a torturar miembros humanos, a quemar carne humana, a llevar la miseria, la ruina y la muerte a millares de inocentes para la mayor gloria de Dios; pero resuelto, costase lo que costase, a no ser un rey de herejes.

---

198 El violento napolitano Paulo IV, que aborrecía a los españoles, y aspiraba a arrojar de Italia a «la vil y abyecta ralea de judíos, escoria del mundo.» Excomulgó al católico Felipe en los términos más ultrajantes.

199 Cuando Carlos supo, en su retiro de Yuste, la victoria de su hijo, preguntó si los españoles habían llegado a París. El duque de Saboya, que mandaba las fuerzas de Felipe, suplicó al rey, casi con ira, que le permitiese avanzar; pero en vano.

Con ese espíritu simpatizaba fervorosamente el populacho español, populacho de una ignorancia crasa, cuya religión se reducía por lo común a la observancia supersticiosa de las formas prescritas, de las cuales no entendía una palabra, y cuyo culto no se diferenciaba gran cosa del paganismo de sus antepasados. Sus mejores sentimientos eran ahogados por la persecución de sus compatriotas, los judíos y moriscos, y por el oprobio que acumulaba la Inquisición sobre todas las personas de dudosa ortodoxia; y el inculto patán y el soldado jactancioso se miraban, allá, a su manera, como seres aparte por razón de su fe, y creían que los españoles y el rey de los españoles tenían una misión más elevada que la concedida a los demás mortales, y que, de entre los ocho millones de españoles existentes, el Juan o Pedro en cuestión descollaba, a los ojos de Dios y de los hombres, como el más celoso y ortodoxo de todos. A eso había llevado la política de Fernando y de Isabel a la masa del pueblo español.

1520 a 1560.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

La fuerza moral irresistible, comunicada temporalmente por la exaltación espiritual que unificó a España, se patentiza en la rapidez con que América fue hecha española; pero también el pueblo español sufrió un gran cambio en este período. En Castilla el poder de las Cortes elegidas por los municipios se había reducido a una estéril exposición de quejas, y los nobles habían degenerado en satélites de la corte. El centro del régimen español había venido a ser el César de cuya sola voluntad dependía todo, y que, a su vez, dependía de España, porque, de todos sus vastos dominios, el único que podía ser exprimido sin más consecuencias que unas cuantas reconvenciones verbales, era Castilla. Los españoles, embriagados con la grandeza de la misión, a que se creían llamados por el Altísimo, de extirpar la herejía en todo el mundo, estaban dispuestos a someterse a la pobreza, las penalidades y la muerte en contiendas seculares que no les importaban, y aplaudieron ciegamente la erección de la Inquisición en instrumento político, porque sancionaba la idea de que ellos eran mejores que los demás pueblos. Los aragoneses y catalanes eran menos exaltados; pero, en cambio, los halagaba la esperanza de aquella expansión tradicional de su dominio en Italia, que miraban como una consecuencia de la política del emperador.

España bajo Felipe II cristalizaba ahora en la forma nacional que conservó durante siglos. La política de Fernando y del clero había dado sus frutos. España se había purificado, e iba a completar su purificación deshaciéndose de la mayoría de los que la habían enriquecido con su habilidad y su trabajo. Todos los españoles que quedaban pensaban del mismo modo; todos estaban convencidos de que eran una nación superior y sagrada. Miraban la labor productiva como lote de aquellos en cuyas venas circulaba la baja sangre de los moros y los judíos; y los que eran, o presumían ser, de puro abolengo cristiano, la miraban con desprecio. Tan grande era, con todo, la demanda de artículos manufacturados para la exportación a América, y tan copioso el oro que afluía, que las clases industriales gozaban de alguna prosperidad, y durante algún tiempo estuvieron ocupados los telares y talleres de España. Pero no por mucho. La industria, gravada por exacciones onerosas para proveer a los gastos de un imperio universal, desestimada y despreciada, volvió a decaer. Inglaterra, Francia, Alemania y Flandes se enriquecían con el oro de América, que sólo entraba en Sevilla para salir de nuevo, dejando a España más pobre que nunca. La pérdida constante de los hombres más fuertes y resueltos, que ora marchaban a las guerras de Italia y de Alemania, ora corrían locamente en busca de oro a América y a las recién descubiertas Filipinas, estaba también dañando mucho a la industria. Gran parte de la labor agrícola era desempeñada por franceses, que venían en la época de las faenas y se volvían a su país con los salarios en los bolsillos. Las operaciones bancarias y comerciales, al fin de este período, estaban casi enteramente en manos de extranjeros. El precio de toda clase de artículos experimentó una subida considerable, en parte a consecuencia del gran incremento de los pastos, y en parte a consecuencia de las exportaciones a América, en unión con la escasez de circulación debida a la continua salida de dinero. España había empezado ya a caer en

una ociosidad orgullosa: cada hombre se gloriaba de la riqueza nacional, sin perjuicio de deplorar su individual pobreza; cada ciudadano ponderaba la grandeza y omnipotencia del soberano y la sublimidad de su fe para poner más alta su propia superioridad sobre todos los demás hombres. España llegaba en este período a su mayor grandeza, la cual llevaba consigo los gérmenes de su rápido decaimiento.

Con la constante comunicación que ahora existía entre España e Italia, la literatura de este país había dado el tono casi enteramente a la española. Así ocurría con especialidad en el verso, en que los principales poetas nacionales —Boscán, Garcilaso y Mendoza— seguían estrictamente los modelos italianos y latinos. Los estudios científicos eran mal mirados por la Inquisición, pero floreció en grande la historia, y había nacido la novela picaresca.

SUMARIO DE LO QUE HIZO ESPAÑA POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

Primera y principalmente, había completado la obra de imponer a toda la América meridional y a gran parte de la septentrional su lengua, sus leyes, su religión y su raza. El descubrimiento del nuevo continente, de las Filipinas y de las Islas de las Especias, amén de dar impulso a la exploración, sirvió, por razones explicadas en el texto, para dar trabajo a toda Europa, y acrecentó inmensamente el comercio y la riqueza de todos los países, salvo España.

Intelectualmente, el mayor servicio de España en este período fue la producción en 1554 (verosímilmente por el célebre Don Diego Hurtado de Mendoza) de la primera novela picaresca, *El Lazarillo de Tormes*, que se extendió por el mundo en un tiempo increíblemente corto, y engendró la novela moderna. El carácter especialmente dramático de la imaginación española también había empezado en éste período a imprimir su sello en la escena moderna, especialmente en Italia; y las primeras comedias modernas en verso, como las entendemos ahora, fueron escritas y representadas en español (1517), aunque el gran renacimiento dramático nacional debía venir algo después.

Las obras didácticas de Antonio de Guevara, teólogo, estadista e historiador de la corte de Carlos V, alcanzaron gran boga en Inglaterra, donde Lord Berners, Sir Francis Bryan y otros muchos las tradujeron e imitaron. A este período pertenece también el famoso Luis Vives, sabio y latinista valenciano, que fue catedrático de la Universidad de Oxford, y vivió mucho tiempo en Inglaterra, donde alcanzaron gran popularidad sus obras, especialmente su *Instrucción de las mujeres cristianas* y la *Introducción a la Sabiduría*, traducida por Sir Richard Morison y otros. Traducciones del *Amadís* y de sus numerosas imitaciones españolas circulaban ahora por Europa, e influyeron mucho —en bien o en mal— sobre las ideas contemporáneas.

La dominación de España en la parte de América que la había asignado el juicio arbitral del Papa, había adquirido ahora una forma definida, y será útil dar aquí una breve idea de los procedimientos por los cuales se había organizado con tal rapidez el nuevo continente. Las primeras líneas del gobierno colonial se trazaron cuando Colón emprendió su segundo viaje (1493). Se nombró un tesorero colonial para intervenir en los asuntos económicos a nombre de la Corona. Se autorizó a Colón para establecer donde lo creyese conveniente alcaldes, alguaciles y magistrados encargados de administrar la ley; se instituyó una jerarquía eclesiástica regular; se construyó una Aduana en la Española, y otra correspondiente en Cádiz, y se dictó una serie de reglamentos para la extracción, fundición y transmisión a España de los metales preciosos. Es de advertir que todos los documentos oficiales expedidos por Isabel con respecto a las Indias mandan terminantemente que se trate con bondad y humanidad a los indios, cuyo bienestar y cuya conversión, decía, apreciaba más que todo el oro que pudiesen proporcionar las Indias. Cómo la obedecían sus lejanos súbditos, puede verse en el célebre libro del obispo Las Casas. Se autorizó a quinientos españoles para permanecer en la Española. Pero muchos de ellos, y centenares de otros mandados de España, extendíansus arriesgados viajes más lejos cada vez. Después del tercer viaje de Colón se perdonaba a todos los delincuentes de España que se decidiesen a vivir en la Española a sus expensas.

A principios del siglo XVI se apoderó del pueblo español una verdadera fiebre por la exploración aventurera. Como escribía un contemporáneo, tan a oscuras iba aquella gente a las Indias, que, a unos la pobreza, a otros la codicia y la ambición, no les permitían ver lo que hacían o buscaban. Tan poderosa era la corriente, que casi todo capitán de embarcación que podía reunir bastantes hombres y dinero hacía la prueba de llegar a la tierra del oro. En 1503, Isabel vio claramente que un tráfico de tal entidad debía ser organizado, y estableció en Sevilla la Casa de Contratación, por donde tenía que pasar todo el comercio con las Indias, así importaciones como exportaciones. Ojeda, Cortés, Balboa, los Pizarros, Almagro, Valdivia y otros cien avanzaron por el nuevo continente con unos cuantos acompañantes intrépidos cada uno. Dondequiera que se plantaba la cruz al lado del escudo de Castilla y de León, la primera petición era oro, y después esclavos para trabajarle. Enjambres de sacerdotes predicaban el evangelio de la piedad; aventureros imponían el evangelio de la codicia. Frailes misioneros, alcaldes y contadores del rey seguían de cerca por todas partes los pasos de los exploradores; y cuando llegaban nuevos colonos o aventureros, ya encontraban establecidos en cada punto funcionarios autorizados para hablar en nombre de la Iglesia y del rey.

Los países más ricos en oro de fácil explotación —Méjico (Nueva España) y Perú— fueron los primeros virreinatos establecidos, a los cuales siguieron los de Nueva Granada, Guatemala y Buenos Aires, con las capitanías generales de Caracas y Chile. Cada potentado colonial ejercía por delegación todos los poderes de la corona de Castilla, sin más contrapeso que las Audiencias, ajustadas al modelo de las de España, las cuales, si lo estimaban conveniente, podían aconsejar al virrey y, de no ser oído el consejo, recurrir al soberano de España. Cada virreinato se dividía en provincias, gobernadas por corregidores de nombramiento real, pero dependientes de la autoridad del virrey; las poblaciones elegían sus Ayuntamientos, como en España, y eran prácticamente autónomas. Todos los puestos administrativos quedaron en manos de los españoles, con exclusión de los mestizos, que crecieron rápidamente. Esto ocasionaba una salida constante de colonos de España, de los cuales volvían muy pocos; de modo que la colonización, aunque arrebataba a España algunos de sus mejores pobladores, apenas contribuía a alterar directamente las costumbres ni las ideas de los españoles en la madre patria. Indirectamente, por supuesto, su influencia fue inmensa, como en el texto se ha visto.

Mientras el tráfico entero con América se efectuaba mediante la Casa de Contratación de Sevilla, los asuntos gubernativos se centralizaron en el Consejo de Indias, establecido por Carlos V en 1524, en sustitución de las comisiones o consejos temporales que se habían nombrado alguna que otra vez para un fin semejante desde 1511. A mediados del siglo XVI, la organización de las colonias era completa, y toda la América meridional y buena parte de la septentrional quedaban marcadas para siempre con el sello de las tradiciones étnicas, del lenguaje y de las creencias de los pueblos ibéricos.

X.
Un pueblo cruzado. Fracaso nacional.

La colonización y organización de las posesiones españolas.—Cambios sociales en España en la primera mitad del siglo XVI.—Consecuencias de la colonización de América para la industria.—Perversa política fiscal: sus efectos.—Felipe II y el papado.—La clave del sistema de Felipe.—Auto de fe en Valladolid.—Política exterior de Felipe.—La derrota de los Gelves.—Socorro de Malta.—La Inquisición triunfante en España.—Los españoles en Flandes.—El duque de Alba.—España e Inglaterra.—Decadencia de la industria española.—Fanatismo del pueblo.—La autoridad sobre la Iglesia española.—La guerra de los moriscos.—La expulsión de Andalucía.—Don Juan de Austria.—Lepanto.—Ambiciones de Don Juan.—Don Juan en Flandes.—Alejandro Farnesio.—La conquista de Portugal.—La Armada Invencible.—Felipe y la Liga.—Enrique IV va a misa.—Antonio Pérez y Aragón.—Essex en Cádiz.—Muerte de Felipe II.—Fracaso de sus esfuerzos.

La España a que Felipe vino como rey en 1559 había cambiado mucho desde el advenimiento de su padre. Hemos notado ya, de pasada, el enorme incremento del poder de la Corona, lo mismo en asuntos seculares que religiosos; la venida a menos de las instituciones representativas y de la nobleza como fuerzas políticas, y el desarrollo de la intolerancia religiosa como un instrumento de gobierno en manos del rey. Pero, en el ínterin, la dominación y colonización española de América y de las Filipinas habían producido casi repentinamente un gran cambio social. Hemos visto que el tejido de la seda y el terciopelo del Mediodía y de Levante, en manos de los moriscos en su mayoría, había seguido defendiéndose frente a los lamentables decretos suntuarios y a las gravosas contribuciones, que la industria necesitaba sortear para poder sobrevivir; y también que las fábricas de paños de Segovia y otras partes habían padecido mucho con la alcabala y con los derechos impuestos por los Ayuntamientos sobre los artículos de tránsito. El descubrimiento de América, con el aflujo del oro, fácilmente arrancado a los indígenas, cambió de pronto el aspecto de la industria en la madre patria durante la primera mitad del siglo XVI. Había que surtir de géneros a los colonos y exploradores para su uso y para el tráfico. El oro abundaba, y mientras sucedió así no había que pensar en industria productora en las colonias mismas. España conservaba en sus manos un rígido monopolio de abastecimientos, y el único emporio era Sevilla.

Así, en cincuenta años, a partir de la muerte de Isabel, España se hizo un país comercial y manufacturero. Hubo gran aflujo de las clases agrícolas a las ciudades, especialmente en Castilla, cuya industria superior era la fabricación de paños; y los salarios subieron rápidamente. En Toledo y Segovia, sobre todo, los telares se elevaron al quíntuplo en los veinticinco años anteriores a 1550, y en todos los puntos del país se trabajaba activamente para proveer a las nuevas necesidades de América. Los continuos viajes de Carlos, y el enorme número de flamencos, alemanes e italianos que venían en su séquito o eran atraídos por su presencia, introdujeron en las ciudades principales un contingente extranjero numeroso. Se había expulsado a los judíos; pero los genoveses no eran una mala sustitución, y no tardó en caer en sus manos la mayor parte de las operaciones bancarias y del cambio extranjero. La exportación de mercancías a América sólo podía hacerse desde Sevilla. España no podía esperar dar abasto a tan crecientes pedidos, para los cuales no estaba preparada ni por asomo su lánguida e impopular industria, y de Flandes e Italia vino una gran cantidad de artículos manufacturados para su embarque. Así, en el tercer cuarto del siglo XVI, los extranjeros hacían una buena parte del comercio de España.

Para suministrar la lana española que exigían los pedidos extraordinarios hechos a España y a Flandes[200], hubo que convertir en pastos grandes extensiones de tierra labrantía. También había que enviar vino, aceitunas y trigo para el consumo de los colonos, y se introdujo y cultivó en gran escala el lino para la fabricación de lienzos, que antes venían de Flandes en su totalidad. Todo esto trajo una grande y rápida subida de precios; y si España hubiese estado libre para atender a sus propios asuntos, con algún conocimiento de la economía política, se hubiese hecho el país más activo y rico del mundo.

Pero sus gobernantes llevaron su error en este respecto hasta la extravagancia. Ninguna medida omitieron las Cortes ni el rey para matar la prosperidad naciente del país. El gobierno se apoderaba frecuentemente de remesas de dinero de las Indias, destinadas a los comerciantes sevillanos, para derrocharlas en las guerras alemanas o italianas; y a pesar del enorme incremento del comercio y de la importación de metales preciosos de América, la circulación de numerario en el país era lamentablemente deficiente; porque gran parte del oro y la plata no pasaba de Sevilla, sino que iba a parar a manos de los comerciantes y banqueros extranjeros, para ser exportada de allí.

Merced a estas circunstancias, todo, naturalmente, era más costoso de producir que antes; y el alza continua de los precios llevó al gobierno a una serie de expedientes que aumentaron la perturbación. Las panaceas principales de la época eran la fijación arbitraria de precios en interés de los consumidores, con la consecuencia inevitable de entorpecer y desalentar la producción; la prohibición rigorosa de exportar oro y plata (orden eludida sistemáticamente por los grandes comerciantes y banqueros) y de emplear los metales preciosos más que en la moneda, lo cual mataba a los plateros y a los fabricantes de tisúes; y en fin, para colmo de aberraciones, la prohibición de exportar a América ciertas mercancías, en la creencia de que el gran pedido de los colonos era lo que encarecía los artículos. El único resultado de tal política fue quebrantar la confianza, perturbar el comercio, estimular el contrabando en grande, e inundar a España de productos extranjeros, que podían embarcarse directamente en Sevilla para América, sin sufrir el gravamen de la abrumadora alcabala (impuesto de 10 por 100 sobre toda venta)[201] y de los derechos de tránsito; y en España mismo, en los puertos, o cerca de los puertos, esas mercancías extranjeras, introducidas en gran parte de matute, podían venderse fácilmente más baratas que las manufacturas españolas.

Aunque se ahogaba así en la cuna la industria y el comercio, la demanda para América era tan grande y persistente que, a principios del reinado de Felipe II, se hacía en España un considerable y lucrativo comercio en paños y sedas. La afluencia de extranjeros, que monopolizaban el comercio y las operaciones bancarias, y aun algunas ramas de la industria, era la característica más notable del tiempo. De ello se quejaban continuamente las Cortes, y se intentó con frecuencia proteger a los

200 Para demostrar cuán grande era la necesidad y la imposibilidad en que se veía España de surtir los mercados que había creado, puede citarse el pasaje siguiente de la *Declamatio Panegyrica in laudem Hispaniæ* de Houder (1545): «De todas las naciones de Europa, España es la que nos suministra la mayoría de artículos de todas clases. Nos envía tanta lana, que sólo Brujas recibe anualmente de 36.000 a 40.000 fardos; cada uno de los cuales cuesta 16 ducados, y da dos piezas y media de paño, que vale más del doble antes de prensarse. Esos paños se vuelven a mandar en los mismos barcos que traen la lana, y puede juzgarse del beneficio que dejan a Flandes. Además de esos paños, enviamos a España todos los lienzos, muselinas, batistas y tejidos de algodón, tapices y la bastante quincallería para cargar a veces 50 buques al año.»

201 Ese impuesto suicida, que después se elevó al 14 por 100, se alivió en parte en algunas poblaciones mediante el encabezamiento de sus municipios. Su influjo sobre el comercio no pudo ser más desastroso, puesto que el valor de la mercancía subía más del 10 por 100 cada vez que cambiaba de manos; de donde resultaba que la mayoría de las manufacturas no podían usarse más que en las inmediaciones del punto de producción, y adquiridas de primera mano. El gobierno intentó mitigar las consecuencias del tributo prohibiendo la reventa por intermediarios; un posadero, v. gr., no podía vender comestibles a sus huéspedes, sino que éstos tenían que adquirirlos por sí de primera mano y llevarlos al posadero para que se los aderezase. Otro procedimiento era conceder a los municipios el derecho preferente a adquirir ciertos artículos necesarios a un precio fijo. Pero la alcabala siguió constituyendo, con los millones, otro impuesto deplorable sobre los comestibles, la base principal de la Hacienda española durante siglos.

naturales a expensas de los extranjeros; pero los españoles eran poco afectos a los oficios prácticos y a los negocios, por la desdichada circunstancia de ser éstos cosa mal vista en el país, cosa propia de moriscos y judíos; además, las guerras del emperador, por una parte, y América por otra, habían privado a España de muchos de sus mejores brazos, y no había más recurso que los extranjeros para hacer el trabajo nacional. Los grandes banqueros alemanes, los Fugger, y los capitalistas genoveses, no cesaban de adelantar al emperador las grandes cantidades que pedía para sus guerras, recibiendo en cambio un interés exorbitante, a menudo de más del 10 por 100, y la cesión de contribuciones. Esto, que era meter a los extranjeros dentro de casa como recaudadores de tributos y arrrendatarios de las rentas, redobló el odio del pueblo contra los intrusos y su descontento por las contribuciones, de que no recibía ningún beneficio.

Así acontecía que, a pesar de las grandes sumas que venían a España de América, y a pesar del aumento del comercio, el estado de la Hacienda seguía siendo deplorable, y la principal dificultad durante los largos reinados de Carlos y de su hijo nacía de su continua y angustiosa pobreza, no obstante suponérseles los monarcas más ricos del mundo, y aunque el nombre del país vino a ser sinónimo de riqueza metálica. La administración, no había sufrido gran cambio. El Consejo de Castilla (gobernación y asuntos judiciales) y el Consejo de Estado (negocios exteriores principalmente) habían crecido en importancia a medida que declinaban las Cortes: se crearon los nuevos Consejos de Indias y de Guerra; se formó un Consejo de Italia, aparte del Consejo de Aragón, y el comercio de América se había puesto enteramente en manos de la Casa de Contratación de Sevilla; pero permaneció intacto el mal sistema de traer y llevar continuamente los asuntos del rey a los Consejos.

Durante el reinado de Carlos, se anduvo mucho en el camino de recabar para el monarca la intervención del patronato y de las temporalidades de la Iglesia. Los reyes habían disfrutado, durante mucho tiempo, el producto de la venta de las indulgencias papales y una pequeña porción de los diezmos eclesiásticos; pero Carlos había aumentado esa porción considerablemente, y en un trance de apuro (1545) se le permitió también vender un gran número de tierras eclesiásticas. Asimismo, tras empeñada contienda, se negó finalmente al Papa el derecho de circular sus bulas en España sin el pase real, y se redujo a una mera sombra su poder sobre la Inquisición. Todo esto fue política deliberada de parte de Carlos y de Felipe, con la intención de utilizar la organización religiosa para los fines del gobierno civil; y como esto sólo podía conseguirse poniendo al clero bajo la dependencia del soberano y iro del Papa, no se desperdició ninguna coyuntura de robustecer la autoridad real sobre la Iglesia y la Inquisición.

Una de las últimas y más vivas recomendaciones de Carlos a Felipe fue que extirpase de sus dominios toda huella de herejía. El emperador era clemente y benigno por naturaleza; ni él ni su hijo fueron impulsados por pura crueldad en la conducta que siguieron. Veían que la «herejía», en Alemania y en todas partes, conducía a la guerra civil y a la rebelión contra la autoridad, y creyeron, indudablemente, que el remedio enérgico de aplastar el cisma en su cuna evitaría mayores desastres en el porvenir. Además, el cisma en España hubiese significado la disolución nacional, porque el único lazo que mantenía juntos a sus varios pueblos era la unidad religiosa, introducida por la Reina Católica, hasta que Felipe vino a obtener la reverencia y el amor de todos los españoles hacia su propia persona, como la encarnación de la unidad religiosa nacional, y como el primer rey verdaderamente español de toda España.

El largo período de elaboración y la cooperación y contraposición de tantos elementos, que hemos seguido en las páginas precedentes, eran, al fin, cosa terminada. La apasionada independencia local y el sentido individualista, herencia de los primitivos ascendientes; el misticismo romántico y la veneración supersticiosa que engendraron las circunstancias de la reconquista; el fervor religioso, nacido de siglos de lucha con los musulmanes; el amor a la guerra y el desdén de la industria, hijos de las circunstancias de su historia, todo eso se hallaba fundido ahora en el espíritu de los españoles, tal y como los conocemos. Los españoles eran aún, sin embargo, y

seguirán siendo siempre, diferentes naciones, con una tendencia centrífuga sólo contrapesada, a principios del siglo último, por la reverencia hacia un monarca semisagrado y la unidad absoluta de creencias; y durante los últimos noventa años, por el hábito nacional y el instinto de propia conservación.

Tal era la nación apasionada, anhelante de sacrificio y sedienta de acciones heroicas, sobre que vino a reinar Felipe II. Él no pasaba de los treinta y tres años de edad, pero ya tenía madurado su sistema de gobierno y su plan de vida. Se había puesto enfrente del Papa, saliendo victorioso y aprisionando a los portadores de las bulas pontificias; su general, el duque de Alba, había entrado en la Ciudad Eterna como un conquistador, aunque dándose por un penitente; y la autoridad de Roma sobre la Iglesia española carecía de fuerza a la sazón. Una y otra vez, durante su reinado, se burló de los Pontífices por la tibieza con que miraban los intereses de su propia Iglesia; compró y vendió cardenales, los engañó, los injurió, e hizo alarde de la superioridad de su celo. Aunque sinceramente religioso, el papado, para él, no era más que una institución gobernada por un intrigante sacerdote italiano, promovido por él mismo quizá; y, por abyectas que fuesen a veces sus obsequiosidades de palabra, no miró desde un principio la institución entera de la Iglesia sino como un instrumento excelente de su política, cuando la necesitase. Fernando e Isabel habían dado el primer paso, y el emperador había seguido el mismo camino; pero Felipe conocía a sus compatriotas mejor que ninguno de ellos, y sabía que la concentración de todo el poder en sus manos, concentración necesaria para sus fines, podía obtenerse mejor identificándose él mismo estrechamente con lo que había llegado a ser ahora una obsesión nacional: la creencia en la especial misión de los españoles de extirpar la herejía. Ese fue el poder motor de su política, y los Pontífices y la Iglesia eran simples partes de la máquina.

Convenía, por tanto, que la primera gran ceremonia en que se presentase a su pueblo como rey fuese un pomposo auto de fe, que se verificó en Valladolid el 18 de octubre de 1559[202]. Sentado en un estrado magnífico, frontero a la iglesia de San Martín, rodeado por los .altos ministros de la Inquisición, juró solemnemente mantener la pureza de la fe y apoyar al Santo Oficio. La muchedumbre había acudido de varias leguas a la redonda, atraída por el anuncio de un espectáculo brillante, y por la concesión de cuarenta días de indulgencia. Intima satisfacción y admiración ferviente por el sublime catolicismo del rey, eran los sentimientos predominantes de la multitud; y cuando los doce infelices atormentados y condenados se dirigían penosamente, con paso vacilante, al lugar del suplicio, Felipe justificó la admiración de su pueblo, contestando a la reconvención de una de las pobres víctimas —un noble emparentado con la casa real— que si él, Felipe, tuviese un hijo tan perverso, él mismo llevaría los haces para quemarle.

El objeto que se propusieron, tanto Enrique II de Francia como Felipe, en el tratado de Cateau- Cambresis (1559), fue formar una coalición para aniquilar el protestantismo, que en Francia era ya un poder naciente y en Flandes un peligro nacional. Pero Enrique murió por un accidente durante las fiestas de la paz, y el advenimiento del joven Francisco II, con su mujer escocesa, María Estuardo, alteró considerablemente el aspecto de las cosas, porque ahora estaban en auge los Guisas, tíos de María Estuardo, con el partido ultra-católico; y la reina madre, Catalina de Médicis,

---

202 Antes de su llegada había recomendado a su hermana la regente Juana, princesa de Portugal, que patrocinase esas ceremonias; y ella y el hijo único de Felipe, Carlos, habían asistido en junio a un auto de fe. Otro testimonio de la resolución decidida de Felipe, de apoyar al Santo Oficio a toda costa, es su conducta en el célebre proceso de Bartolomé Carranza, arzobispo de Toledo, su propio confesor y amigo, que había sido promovido por el rey en Bruselas. Parece que el inquisidor general, Valdés, arzobispo de Sevilla, se resintió de que Carranza, simple fraile de la Orden de Predicadores, hubiese sido hecho primado , saltando por encima de él; y al llegar a España el nuevo arzobispo, no tardó en prenderle, so pretexto de haber incurrido en herejía en un catecismo que había escrito. El acto provocó grandes manifestaciones de indignación, especialmente entre los cortesanos que rodeaban al rey. Pero cuando éste llegó a España, las cosas habían ido demasiado lejos para que pudiese intervenir sin mengua del prestigio del Santo Oficio. Carranza era amigo suyo, y el cargo que se le imputaba no podía ser más fútil; a pesar de eso, Felipe consintió que el primado se consumiese durante años en un calabozo, y que muriese finalmente en el destierro, antes que parecer defender la heterodoxia bajo ninguna forma.

ambicionando gobernar a Francia mediante su hijo, volvía ya los ojos hacia los hugonotes y los moderados para suplantar a los Guisas en beneficio suyo.

Felipe, en conformidad con las últimas cláusulas del tratado de Cateau-Cambresis, se casó en terceras nupcias con la joven y hermosa hija del rey francés (Enrique II), Isabel de Valois, que vino a ser la más amada de las mujeres de Felipe y una de las reinas consortes más populares de España; pero el objeto internacional para que debía servir su matrimonio (la extinción del protestantismo) había fenecido de hecho antes de que se celebrase la triste boda en Guadalajara (enero de 1560)[203], porque el designio de Catalina de Médicis era, no acabar con los hugonotes, lo cual hubiese dejado a los Guisas dueños de Francia, sino servirse de ellos para su propia elevación. A Felipe no le convenía, tampoco por el momento, hacer a los Guisas demasiado poderosos, porque su sobrina era ya reina de Francia y de Escocia, y heredera de Inglaterra, y si llegaba a ser reina de este último país, como lo pretendía, Flandes correría peligro, y habría acabado la influencia española. Una Inglaterra herética bajo Isabel era cosa bastante mala; pero una Inglaterra y una Escocia francesas unidas, hubiese sido mucho peor; así, Felipe amenazó a Inglaterra y a Francia para obligarlas a hacer la paz, porque Isabel estaba ya atacando a Leith. Pero Isabel, sabiendo de sobra que España no se atrevería a debilitarla en beneficio de los franceses, siguió su marcha victoriosa, humilló a los Guisas, y se aseguró a sí propia contra peligros futuros por el lado de la frontera escocesa.

El matrimonio francés de Felipe, aunque afortunado domésticamente, nacionalmente fue un fracaso. No unió los intereses de los dos países de un modo más estrecho que antes, y los esfuerzos de la consorte francesa del rey español, durante el resto de su dulce vida, se dirigieron principalmente a conservar la paz entre sus hermanos y su marido, procurando a la vez estérilmente dirigir la política española hacia el engrandecimiento político de su madre.

De pronto cambió de nuevo la perspectiva con la muerte del marido de María Estuardo, Francisco II, y lució el sol de Catalina de Médicis, porque el nuevo rey Carlos IX, era un niño, y ella era su tutora, y soberana de Francia en realidad. Se burló de sus enemigos y sonrió a los hugonotes; pero Felipe tuvo que limitarse a amenazar; tanto Catalina como Isabel de Inglaterra, con la viveza de su ingenio femenino, eran más penetrantes que el recluso de España, con su reflexión laboriosa, y sabían que tenía tan ocupadas las manos como vacío el tesoro, y que las dos podían permitirse desafiarle. El torpe sistema centralizador de Felipe, que cargaba sobre él personalmente toda la labor mecánica del Estado, con la ayuda de ministros que eran poco más que empleados hábiles, contribuía ya a que su diplomacia fuese lenta y fácil de subvertir, a pesar de todas sus astucias. La infinita discusión y consideración de los asuntos por el rey y los consejos antes de decidirse a hacer nada, y la necesidad de someter al rey hasta pormenores nimios, paralizaban la iniciativa de los funcionarios ejecutivos, daban tiempo a los espías para informar y a los enemigos para prepararse, y ocasionaban, a la postre, el fracaso de los planes más profundamente meditados de Felipe.

El primer ejemplo de esto pudo verse en su tentativa de reafirmar el poderío español en el Mediterráneo. Durante su guerra con Francia, se recordará que las galeras turcas a las órdenes de Piali Pasliá y Dragut Reis el corsario habían hecho correrías por las costas de Sicilia, Nápoles y Menorca, y a su regreso habían arrebatado Trípoli a los caballeros de San Juan. A súplicas del gran maestre, después de restablecida la paz entre Francia y España, Felipe consintió en ayudarle a recuperar a Trípoli y castigar al turco. La expedición española, compuesta, en gran parte, de galeras genovesas alquiladas, con tropas italianas, alemanas y españolas, sufrió mil dilaciones y obstáculos, a consecuencia de la mala dirección y de la necesidad de consultar sobre cada punto a Felipe, que estaba en el centro de España. Pasaron muchos meses antes de que se pudiese partir de Messina, y cuando, al fin, en noviembre de 1559, se hizo a la vela la flota, los hombres que llevaba estaban enfermos y amotinados; 3.000 de ellos murieron o desertaron, las provisiones se echaron a perder, y el estado de las galeras era peligroso. Los turcos, en el ínterin, se habían preparado completamente

203 Para los pormenores de este matrimonio, véase *Philip II,* del autor.

con una espléndida armada de 86 galeras nuevas llenas de jenízaros, y Trípoli estaba atestado de hombres y de material de defensa. Los cristianos tomaron fácilmente la pequeña isla de los Gelves, donde antes había perecido en una ocasión la armada española (1510); pero poco después los sorprendió la flota turca. Cundió el pánico entre los cristianos; los jefes huyeron; 40 galeras y 5.000 hombres cayeron en poder de los musulmanes, y los españoles que habían desembarcado en la isla combatieron heroicamente contra un enemigo terriblemente superior, sin alimento ni agua, hasta que todos sucumbieron, desnudos y extenuados, pero peleando hasta el fin[204] (marzo a junio de 1560). Los turcos volvieron a enseñorearse del Mediterráneo, y al año siguiente otra gran flota española de galeras alquiladas, destinada a atacarlos, se perdió totalmente durante una tempestad.

Desde entonces hasta el memorable día de Lepanto, sin más excepción que el auxilio prestado para el socorro de Malta, España no pudo hacer más que defender sus pequeñas posesiones de la costa septentrional de África, y aun éstas, a pesar de hallarse casi a la vista de su mismo territorio, se veían condenadas a veces, por las lentitudes de Felipe, a clamar auxilio durante meses contra las avasalladoras huestes musulmanas que las atacaban. Las Cortes de Toledo (1560) hicieron presente al rey el peligro que envolvía para España el poder naval de los turcos. Felipe se concretó a responder que estaba haciendo cuanto podía y trabajando sin descanso, como así era cierto. Pero no llegó a ver nunca que su sistema era vicioso, y, a medida que corría el tiempo, intentaba aumentar aquella concentración personal que casi todo lo arruinaba.

Cediendo a instigaciones del gran maestre de los Caballeros de Malta, en 1565, consintió en contribuir al socorro de la isla, bloqueada por una gran flota turca. Francia no podía hacer nada en auxilio de los caballeros, porque ya el gran cisma hugonote dividía el país; el emperador no tenía recursos ni galeras. Felipe mismo, como de costumbre, estaba en el abismo de la penuria. Todos los recursos habían sido empeñados hacía tiempo a los Fugger y a los genoveses, y todas las partidas de ingresos habían sido anticipadas. Su reino napolitano anclaba revuelto al ver que se trataba de imponerle la forma española de la Inquisición, y en España no era fácil obtener ni hombres ni dinero. Gracias, sin embargo, principalmente a la energía del virrey de Sicilia, García de Toledo, que había reclamado en vano el auxilio del rey, y al brillante heroísmo de los caballeros, que con su guarnición de 10.000 hombres se sostenían contra 100.000 turcos, reunióse en Sicilia una fuerza, que fue enviada en socorro de la isla. La tempestad la dispersó más de una vez, y, cuando al fin llegó a Malta (septiembre de 1565), los heroicos caballeros estaban ya en trance desesperado. La llegada del socorro les infundió nuevo aliento, y continuaron defendiéndose. Mientras Felipe rezaba y andaba en procesiones, por toda contribución al socorro de Malta, y la cristiandad se acongojaba al pensar en la caída inminente del puesto avanzado del cristianismo en el Mediterráneo, García de Toledo trabajaba infatigablemente, y con otra fuerza siciliana se presentaba delante de la bloqueada isla. Los turcos empezaron a desmayar. Habían cañoneado durante muchos meses sin resultado visible; ahora se exponían a ser atacados por retaguardia, y, después de una última tentativa infructuosa de tomar por asalto a Saint-Elmo, levantaron el sitio y se retiraron. El Mediterráneo se salvaba de ser un lago turco; pero, aunque España ganó algo de la gloria de la gran proeza, una de las más heroicas de la historia, lo que hizo el rey Felipe para ese fin fue poco, porque ya la centralización había introducido la parálisis y la esterilidad en la administración pública.

---

204 El duque de Medinaceli tenía el mando supremo, pero Juan Andrés Doria —sobrino del gran genovés Andrés Doria — mandaba las galeras. La cobardía y la ineptitud de Doria fueron la causa principal del desastre. Él y el duque de Medinaceli abandonaron a sus hombres y huyeron de Gelves en un barco rápido a favor de la oscuridad de la noche, mientras los turcos andaban ocupados con sus presas. Los 2.500 soldados de varias nacionalidades, y otros tantos acompañantes que quedaron en la isla al mando del heroico español Álvaro de Sande, se sostuvieron contra fuerzas tremendamente superiores durante cerca de tres meses, hasta que su número se redujo a 700. Dos mil balas de cañón y 40.000 flechas habían caído en su fuerte, y se habían agotado las municiones, los víveres y el agua de los defensores, cuando Sande intentó una salida, y todos los cristianos fueron pasados a cuchillo o reducidos a esclavitud. Se encontrará una serie muy minuciosa y muy interesante de reseñas contemporáneas de este descalabro en *El desastre de los Gelves*, por el capitán Fernández Duro.

A pesar de lo importante que era para España inutilizar a los musulmanes en el Mediterráneo, el pensamiento del rey se concentraba en un punto que personalmente le interesaba de una manera más profunda. Se había propuesto acabar definitiva y absolutamente con la herejía en todos sus dominios, y, como hemos visto, empezó por España, para que la fuente de su poder, por lo menos, quedase libre de toda sospecha. La Inquisición había extendido ampliamente sus redes, y las redes se habían llenado de una manera cumplida. Ricos y pobres, grandes dignatarios de la Iglesia como el primado de España, nobles caballeros como Juan Ponce de León, damas distinguidas, monjas piadosas, sabios médicos y letrados, miles de individuos de todas las clases sociales, hasta el humilde menestral de sangre mora, habían pagado con su libertad y sus bienes, muchos con sus vidas, el delito de pensar independientemente sobre el asunto de su salvación eterna. Pero, desde el punto de vista de Felipe, no habían sufrido en balde; porque cuando el rey, acompañado de su pobre hijo hidrocefálico Carlos, abrió las Cortes de Madrid[205], a principios de 1663, dijo que en materia de religión se había hecho tanto, se había ejercido una intervención tan detenida y minuciosa, y auxiliado y favorecido tan eficazmente a los ministros del Santo Oficio, que no sólo se había extirpado por completo el mal que empezaba a propagarse, sino que, gracias a las precauciones adoptadas, el país, en lo tocante a su adhesión a la fe católica y a su obediencia a la Iglesia, era al presente, y seguiría siendo en el porvenir, con la ayuda de Dios, tan puro, firme y devoto como podía apetecerse.

Que este resultado no se había conseguido aun en España en tan corto tiempo sin una gran violencia, harto lo dicen las representaciones de las Cortes contra los excesos y abusos del Santo Oficio y de los jueces eclesiásticos, y especialmente contra el enorme número de personas de todas clases que se hacían familiares gratuitos de la Inquisición para eludir la jurisdicción civil ordinaria, y que de esa suerte podían desafiar la ley y cometer todo género de arbitrariedades. Felipe concedía ahora escasa atención a las quejas de las Cortes castellanas. Insistía en que se votase de una vez, sin discutir, el servicio ordinario y extraordinario, y hasta levantaba fondos por su propia autoridad, casi sin apología, mediante nuevas imposiciones[206]; y denegaba secamente o pasaba por alto las instancias de la asamblea para que se atajase la corrupción y arrogancia del clero y la creciente riqueza territorial de la Iglesia, exenta de contribución.

Con las Cortes aragonesas, sin embargo, la cosa era muy distinta. Felipe tuvo que congregarlas en 1564, porque necesitaba urgentemente dinero; pero las peticiones francas y perentorias de los aragoneses eran siempre como hiel y ajenjo para él. Esta vez, a fin de reforzar la argumentación a favor de un procedimiento criminal enteramente nuevo, con mayores garantías de independencia para los tribunales, las Cortes de Monzón hablaron del Santo Oficio en términos que escandalizaron al monarca. Las principales quejas eran la intrusión de la Inquisición en causas no puramente doctrinales y el abuso de eximirse de la ley civil la legión de los familiares nominales.

Las Cortes catalanas poco después fueron más violentas aún, y el soberano, indignado, trató de cortar sus deliberaciones suspendiéndolas. Pero las Cortes de Aragón y de Cataluña apretaron los cordones de la bolsa, y Felipe tuvo que ceder. Se dictó un nuevo ordenamiento (en 1568) limitando estrictamente las atribuciones de la Inquisición en Aragón y reafirmando la supremacía de los tribunales civiles en todas las causas que no fuesen doctrinales. La Inquisición y la Corona eran vigiladas siempre en Aragón por ojos celosos, y aunque Felipe y su tribunal favorito tuvieron que

---

205 Los representantes de Toledo y de Burgos disputaban siempre por la prioridad el primer día de Cortes; pero esta vez la lectura del discurso del monarca se vio retardada por una pelea de los diputados, a quienes los alcaldes tuvieron que separar a la fuerza.

206 El rey, en su discurso, dijo a los miembros (1563) que el tesoro se hallaba tan exhausto que todas las partidas importantes de ingresos estaban vendidas o empeñadas, y aun el servicio que debía votarse entonces había sido anticipado. Tan pobre era él, decía Felipe, que no tenía dinero para mantener las defensas ordinarias del país ni para atender a los gastos necesarios de su casa. Los diputados respondieron que el país se hallaba en situación tan mísera que no podía votar mucho, pero haría cuanto pudiese. Según costumbre, acabaron por votar el servicio de tres años —300 millones de maravedís— con 150 millones más, que ahora había llegado a ser lo corriente.

inclinarse por esta vez, uno y otro conservaron viva su cólera, y aprovecharon la ocasión más adelante para tomar venganza de los testarudos aragoneses. Se notará que la oposición al Santo Oficio en España no se dirigía contra sus métodos ni contra sus fines, sino sólo contra la infracción de la ley civil. Felipe tenía razón, por consecuencia, al vanagloriarse en 1563 de ver sofocada la herejía en el país definitivamente; y el pueblo en general simpatizaba del todo con el procedimiento en cuya virtud se había obtenido ese resultado.

El rey necesitó alcanzar ese objeto antes de poner en práctica el plan que había germinado silenciosamente en su sombrío espíritu, cuando Carlos, el emperador, con voz ahogada por las lágrimas, le había implorado que fuese bueno con los flamencos, cuyo soberano iba a ser desde entonces. Mientras Felipe permaneció entre los holandeses, reinaron entre uno y otros mutua aversión y desconfianza. El mantenimiento de una fuerza de tropas españolas en los Países Bajos, y el nombramiento de un extranjero, el cardenal Granvela, como primer ministro de la regente Margarita, eran violaciones de los derechos autónomos de los Estados. El nuevo arreglo de las sedes episcopales, inofensivo en sí, había despertado las sospechas de los flamencos; los temores a la forma española de la Inquisición, y el conocimiento del plan de extirpar el protestantismo a sangre y fuego, contenido en las cláusulas secretas del tratado de Cateau-Cambresis, contribuyeron a que los nobles, católicos sin excepción, se pusiesen sobre aviso, aun antes de la marcha de Felipe, para defender los privilegios que habían hecho a su patria rica y feliz.

Cuando el inhumano tribunal del Santo Oficio barría a España, aumentaron los temores de los flamencos. La regente Margarita pidió a su hermano la retirada de las tropas extranjeras, que hacían tan aborrecido su gobierno; pero ¡ay! Felipe, como siempre, no tenía ni podía conseguir dinero con que pagarlas; y sin eso, no se marcharían. Por fin, cuando Felipe recurrió a la dote de su mujer francesa para satisfacer a los soldados, Flandes se vio libre, durante cierto tiempo, de las picas españolas (enero de 1561). Pero el mal estaba ya hecho. Entre el soberano y el pueblo se había abierto un abismo que nada podía salvar. Granvela era blanco del odio de todos. Orange y Egmont renunciaron sus puestos en el Consejo como una protesta contra él. Montigny fue enviado a España para exponer a Felipe la opinión de los nobles, y entretanto, Granvela en Flandes y el intransigente Alba en Madrid, no hacían más que ensoberbecerse y bravear, incitando a Felipe a que tratase a Flandes como trataba a España. Pero Felipe no salía de su paso. Fríamente dio instrucciones a su hermana para que hiciese cumplir la ley a toda costa; y «la ley» significaba en este caso torturar y quemar algunos de los ciudadanos más laboriosos y útiles, cosa que ella sabía y decía que no podía hacer: porque los gobernadores y los príncipes flamencos se negaban a perseguir y matar a sus compatriotas, obedeciendo las órdenes de un tribunal extranjero.

Así iban las cosas de mal en peor. Felipe, inalterable y silencioso como una esfinge, de pronto, cuando era demasiado tarde, sacrificó a Granvela en 1564, y durante algunos meses la perspectiva fue más halagüeña, porque Margarita, hija del país y conocedora de sus compatriotas, había desaprobado desde un comienzo la persecución, previendo que sería, no sólo inútil, sino algo peor. Los nobles flamencos volvieron al consejo; Felipe prodigaba las sonrisas, y sus cartas eran gravemente bondadosas. Pero seguía insistiendo sobre la ejecución del edicto, a pesar de asegurarle Margarita que era imposible, porque había muchos protestantes, y ella no podía quemar poblaciones enteras. Además, los inquisidores y oficiales nombrados por Granvela seguían con sus crueldades y su corrupción, y la inmoralidad de los que abusaban de sus puestos para enriquecerse antes de que se les viniese encima el inminente alud, aumentaba el descontento del pueblo honrado. En vano el ostentoso y superficial Egmont vino a Madrid a suplicar al rey que dejase a Flandes gobernarse a la usanza antigua. Se le halagó y entretuvo, mientras se mandaba a Margarita orden más severa que nunca de matar sin contemplaciones: porque Felipe endurecía su corazón para el esfuerzo con que creía deber alcanzar la unidad en Flandes del mismo modo que en España.

El duque de Alba se impacientaba en el Consejo de Estado español de la cachaza de Felipe. Barred de una vez para todas a esos herejes, decía. El rey pensaba hacerlo, si era necesario, pero a

su debido tiempo. Sabía que en tal caso sólo sería eficaz un ejército de picas, y el dinero, como hemos visto, era difícil de obtener. Pero a fines de 1565 tenía hechos sus preparativos, y fulminó el rayo. En carta a su hermana, anunciaba su voluntad irrevocable de que la Inquisición procediese con el mayor rigor a extirpar la herejía, a costa de cualquier sacrificio. Había que dar muerte a todos los presos, y no tolerar por más tiempo que se librasen a causa de la negligencia, la debilidad o la mala fe de los jueces. Si algunos de éstos eran demasiado pusilánimes para ejecutar los edictos, él los reemplazaría con hombres de más valor y más celo. Margarita lloró y protestó con calor. Los gobernadores de las provincias, decía, no quemarían por ella 60.000 a 70.000 personas. Los grandes nobles flamencos abandonaron a la regente; *ellos*, en todo caso, no tomarían parte en asunto tan infernal, aunque eran católicos. Entonces la burguesía y los señores territoriales del Norte, protestantes los más, se levantaron, declarando abiertamente que ningún español los quemaría a ellos ni a los suyos por sus creencias. A la protestante Inglaterra afluyeron barcos de fugitivos clamando ayuda y protección de aquéllos, cuya sangre hervía ya al saber las atrocidades que la Inquisición había cometido en España con marineros y comerciantes ingleses.

Isabel no deseaba ponerse en pugna con Felipe, porque María Estuardo y los Guisas eran aún un peligro para ella; pero el grito de los holandeses halló un eco que conmovió a toda Inglaterra, y por más que la reina denunciase aquellos rebeldes al embajador español, ella y sus ministros, sobre todo los puritanos, hicieron la vista gorda al auxilio que se prestaba libremente a los que se llamaban a sí mismos, para burlarse de sus enemigos, los *pordioseros del mar*. Vino entonces la explosión de la ira protestante, la destrucción de iglesias y la profanación de altares. La regente Margarita no podía hacer más que llorar, al ver subir la ola imponente que iba a abogar en sangre su tierra nativa y arrebatar al linaje de su hermano la parte mejor de su antiguo patrimonio.

Pero Felipe permanecía ciego y ajeno a todo, menos al Cristo ensangrentado, ante el cual se acongojaba en un transporte maníaco de devoción, seguro en las tenebrosas intimidades de su alma, como tantos de sus compatriotas, de que el dedo divino le señalaba a él solo desde la gloria como el elegido único que debía imponer en la tierra la ley del Altísimo, con Felipe de España, por necesaria consecuencia, como vicerregente suyo. Sólo una vez titubeó en apariencia; pero cuando supo que Orange se había hecho protestante y había huido a la luterana Alemania a organizar la resistencia, vio que era llegada la hora de luchar a muerte por sus dominios flamencos, o su sistema de unidad religiosa se desplomaba, y el predominio político de España sobre Europa estaba sentenciado. Iría a Flandes él mismo, decía, aunque probablemente nunca lo pensó; pero, en todo caso, iría el feroz duque de Alba como su brazo derecho. La noticia cayó como una bomba en los Países Bajos. A Inglaterra huyeron millares de personas, para quienes el solo nombre de Alba era ya un terror. Margarita misma amenazó con retirarse si iba el duque. Su hermano le cogió la palabra, y cuando el gran Toledo marchó a Flandes con su ejército (Septiembre de 1567), la regente se lavó las manos de la futura matanza de sus compatriotas, y fue fríamente despedida.

Isabel y su Consejo veían con sobresalto la aproximación de poderosas fuerzas españolas, porque toda Europa comprendía a la sazón que iba a empezar la gran lucha de las creencias, y había incertidumbre sobre el punto donde caería primero la desdicha. Formaban causa común, por una parte, hugonotes, luteranos y anglicanos; por otra, Felipe, con toda España tras de sí, el Papa y los católicos en general; Catalina de Médicis hacía diestros equilibrios en Francia, según los consejos de su interés; Isabel, en Inglaterra, tan pronto amenazaba como sonreía, enardeciéndose o enfriándose, según predominaban en su Consejo Leicester o Burghley; pero por punto general ayudaba a los flamencos hasta donde podía, sin ponerse en guerra abierta con Felipe.

El duque de Alba se entregaba a su odiosa obra con frío rigor, sin que asaltase su espíritu ningún género de dudas sobre la rectitud de sus actos. Las cabezas más altas debían caer primero; y Egmont y Horn, ambos católicos, murieron traidoramente en el cadalso, porque eran jefes y

queridos, como Bergues y Montigny recibieron la muerte en España por la misma razón[207]. No fueron sacrificados por herejía, sino como un ejemplar, para que se supiese que no debía volver a hablarse de los derechos de Flandes en contraposición a la voluntad de Felipe. Después, aunque la gente arredrada afluía a la iglesia, y todo estaba tranquilo —porque el ladino Orange, a la sazón en Alemania, no había dado aún el grito de guerra—, empezó la hecatombe de flamencos, hombres y mujeres, católicos y protestantes. Un huracán devastador de matanza asoló las populosas e industriosas comunidades, y los flamencos inclinaron la cabeza humildemente al paso de la tempestad. En 1 de julio de 1570, el duque de Alba se creyó victorioso, y desde su espléndido trono de Amberes anunció que Felipe, en su gran clemencia, había otorgado una amnistía a todo su fiel pueblo. La herejía y la rebelión, en su sentir, estaban consternadas y anonadadas, y Holanda, Flandes y Artois permanecerían en unión con España por la cadena de hierro de la uniformidad religiosa.

Pero el duque de Alba y su amo daban excesivo valor a su sangrienta victoria. La alcabala, como hemos visto, arruinaba la industria española, circunscribiendo el consumo de comestibles y de manufacturas a los lugares de producción y aumentando su precio hasta un punto que hacía imposible la competencia con los productos extranjeros, España se extenuaba; pero la industria y el comercio de Flandes eran entonces los más ricos del mundo, y podían dar mucho en contribuciones. El duque de Alba se hallaba en grave apuro de dinero; su feroz soldadesca estaba sin pagar, y de las Cortes castellanas no había manera de sacar un real sobre la concesión ordinaria y extraordinaria de 150 millones de maravedís al año. Con gran sacrificio, Felipe había conseguido que los banqueros genoveses le prestasen una crecida cantidad para las necesidades perentorias del duque. El dinero fue enviado por mar, y la mayoría de las naves que le llevaban fueron arrojadas por corsarios hugonotes y holandeses a puertos ingleses, donde a principios de 1569 cayeron en poder de Isabel, que utilizó el dinero para sus propios fines. Fueron vanas las protestas, las amenazas y los halagos que se pusieron en juego para inducirla a devolverle. Ella, decía, era tan solvente como Felipe, y tomaba el préstamo por su cuenta. El embajador español, un conspirador insolente, en estrecha inteligencia con los enemigos de Isabel[208], fue arrojado del país. El duque de Alba y Felipe embargaron los bienes ingleses en Flandes y España, e Isabel respondió embargando en Inglaterra una cantidad décupla de propiedad española. A pesar de todo, Felipe no se atrevió a llegar a la guerra con ella, como el duque de Alba le dijo francamente, en atención a que Orange, con ese auxilio, podía sublevar a Holanda, y el rey de España y de las Indias no podía exprimir un ducado más de su país angustiado, porque había empeñado o vendido todo lo que poseía. Así, él y el duque volvieron los ojos en busca de auxilio al rico comercio de Flandes. Los flamencos aguzaban siempre la vista tratándose de sus intereses, y eran gente que entendía de negocios. Cuando el

207 Cierta escuela de escritores creyó durante mucho tiempo que Felipe sacrificó en esta ocasión a su único hijo y heredero, Don Carlos, por su supuesta herejía. Pero hoy no cabe duda de que el desdichado joven, deforme e imbécil de nacimiento, se había vuelto un loco peligroso de resultas de un accidente en la cabeza, y de que su muerte fue consecuencia de su enfermedad. Ya su conducta en 1563 era tan violenta y escandalosa, que causó profunda pena a su padre; y a medida que pasaban los años, el príncipe empeoraba. Es verosímil que se le acercasen amigos de los Países Bajos, o quizá del partido de la paz, capitaneado en España por Ruy Gómez, y parece que deseó que se le encomendara la obra de pacificar a los flamencos. La negativa de Felipe le puso frenético, y quiso matar al duque de Alba y al cardenal Espinosa. El odio que tenía a su padre era el de un maníaco homicida, y participó a su joven tío Don Juan su pensamiento de matar al rey. Su arresto por el rey mismo fue, pues, necesario. Sus desvaríos en la prisión y su negativa a tomar alimento durante días seguidos, eran actos de un imbécil histérico con crisis homicidas. Fuese el que quisiese el resultado del largo proceso —cuyos testimonios fueron destruidos—, el mísero joven se condenó a muerte a sí propio (1568) por sus aberraciones y excesos; y lo que se cuenta de su asesinato en la prisión, es una de las mil invenciones del insigne impostor Antonio Pérez. La muerte de Don Carlos ocurrió pocas semanas antes que la de la hermosa reina Isabel de Valois, su madrastra, y en un principio su prometida, a quien él quería tan locamente. Por de contado, el supuesto amor de la reina por él es absurdo, y la pasión exagerada del príncipe por ella y por su tía Juana, también su prometida, era obsesión de lunático más que vehemencia de enamorado.

208 Había empezado a conspirar con la prisionera María Estuardo apenas llegó, y era el fautor principal en la conspiración de Ridolfi, que contaba con el apoyo del duque de Norfolk y otros nobles católicos ingleses.

duque, pues, trató de imponerles la alcabala, comprendieron que aquello implicaba la ruina de su preeminencia comercial, y se levantaron, al fin, para hacer frente al tirano en defensa de su bolsa con más denuedo del que habían demostrado nunca para luchar por su autonomía o su libertad religiosa. A partir de entonces las causas de la fe y de la hacienda quedaron indisolublemente unidas, y los tenaces holandeses se mantuvieron apiñados hasta que se ganó la batalla del protestantismo y de la independencia.

No cabe aquí dar pormenores sobre las vicisitudes de esa terrible lucha. La matanza, sin tregua ni merced, acobardó a los valones católicos y apagó sus bríos; pero, a pesar de todo, Holanda y Zelanda se mantuvieron firmes a las órdenes del gran Orange. En los Consejos de Felipe había dos partidos: el partido del fanatismo inflexible, dirigido por el duque de Alba y el cardenal Espinosa, y el partido de la paz y la diplomacia, de que era jefe el único amigo del rey, Ruy Gómez. En ausencia de Alba prevalecía el último partido, y el mismo Felipe estaba disgustado de aquella inútil e inacabable matanza, así de protestantes como de católicos. Aun el duro corazón del duque de Alba estaba a punto de desmayar con aquel fracaso, porque él no podía matar a Holanda entera. Los ingleses y los rebeldes eran dueños del mar, y Zelanda recibía en abundancia armas y municiones, mientras que ningún buque español se atrevía a acercarse a un puerto flamenco sin una fuerte escolta, y el comercio español estaba casi ahuyentado de los mares, por corsarios y por piratas que se daban ese nombre.

Felipe creía que estaba haciendo una obra santa; y, a coronarla el éxito, el sacrificio de vidas nada hubiese pesado en la balanza a sus ojos; pero sacrificar vidas, y en especial vidas de católicos, sin objeto ni resultado, era cosa ingrata para él, porque no tenía ningún amor a la sangre por sí misma. Se relevó, pues, al duque de Alba (1573)[209], y se envió un nuevo gobernador, Requesens, inclinado a la templanza y a la conciliación, a fin de persuadir, mas que de forzar, a los flamencos a la unidad con España, siendo sin duda la intención del rey atraer de nuevo primeramente a los católicos belgas, alejados por la severidad del duque de Alba y la imposición de la décima, y entenderse luego por separado y sin blanduras con los protestantes neerlandeses.

Mientras tanto, las cosas iban cada vez peor en España. Ya se ha apuntado que al retirarse el emperador, el desarrollo momentáneo de la actividad industrial que había seguido al descubrimiento del Nuevo Mundo estaba en decadencia, y que los enormes gastos de las guerras imperiales habían reducido los recursos de España a la penuria. Un hacendista de primer orden, con poder despótico, quizá hubiese conseguido rehabilitar el crédito público, y restaurar hasta cierto punto la prosperidad de los ciudadanos. Pero Felipe era, si cabe, peor hacendista y economista político que su progenitor; y como la gran contienda en que se había empeñado exigía el empleo de crecientes tesoros, precipitó más aún a su país por la pendiente de la bancarrota. Su sistema de allegar fondos, era incautarse de las remesas particulares de las Indias; levantar empréstitos forzosos de los prelados, nobles y personas ricas; tomar a préstamo grandes cantidades en las condiciones más usurarias, de las cuales se desentendía después; y, sobre todo, vender señoríos de la Corona, oficios y títulos de nobleza que conferían exención de las contribuciones ordinarias, y reducir así los ingresos futuros. Aunque las Cortes protestaban continuamente contra esas medidas, las soluciones que proponían eran, si es posible, peores. Sus remedios contra el agotamiento nacional eran prohibir la exportación de metales preciosos y el empleo de los mismos en más forma que en la moneda; dificultar, y a veces suspender, la exportación de mercancías, aun a América; fijar precios arbitrariamente, con la descabellada idea de abaratar los artículos, pero con el resultado real de paralizar la industria; y dictar furibundas leyes contra la prodigalidad en el vestir y el comer de las clases superiores, leyes de que no se hacía aprecio a las pocas semanas. El abandono del trabajo agrícola por la pasajera actividad de las ciudades y por la constante salida de hombres para América y las guerras, había

209 El duque mismo se alababa de haber quemado o ejecutado 18.000 personas en los Países Bajos, amén del mucho mayor número que mató durante la guerra, en gran parte mujeres y niños. En un año se quemó o ahorcó a 8.000 personas, y el total de las víctimas flamencas del duque de Alba no debió bajar de 50.000.

dejado incultas grandes extensiones de terreno[210]; y los crecientes dominios de la Iglesia y de los nobles, mal cultivados y exentos de contribución, arrojaban sobre las restantes clases hacendadas una carga también creciente, que en muchos casos hacía que el suelo no mereciese la pena de cultivarse.

La vagancia y la mendicidad se extendían de un modo aterrador; la Iglesia y los monasterios rebosaban de holgazanes insolentes; la ruina de la industria por las alcabalas, los peajes y las aduanas interiores; el amor desapoderado a la elegancia, a los placeres y a la ostentación, y el gran número de fiestas religiosas, habían hecho ahora a la mayoría de los españoles enemigos de las tareas fecundas; y para que nada faltase, el enorme número de los que se llamaban nobles o hidalgos, gente que miraba todo comercio u oficio como cosa inferior a ellos, aumentaba la preocupación ya existente contra el trabajo útil.

De esa suerte la maldición de un imperio dilatado y de una ambición desmedida no tardó en producir sus funestos efectos. Mientras los campos españoles permanecían incultos y la industria española agonizaba, los mejores y más robustos hijos del país andaban fanfarroneando por Milán, Nápoles y Sicilia, guarneciendo fortalezas en el norte de África, muriendo a millares en los yermos ignotos de la América meridional y central, y combatiendo ciegamente en los Países Bajos contra los defensores de la independencia.

España había emprendido una obra demasiado grande para sus fuerzas, y aunque el pueblo persistiese en la tarea que se había impuesto de unificar religiosamente a la cristiandad con un tesón que asombraba y alucinaba al mundo, el fin era inevitable, y ese fin era la ruina. Sobre el agobiado y empobrecido estado llano de Castilla cargó la pesadumbre del gasto universal. Los aragoneses y catalanes, con sus Parlamentos coherentes, pudieron mirar, y miraron, por sí mismos. Milán, Nápoles y Sicilia fueron más a menudo una fuente de gastos que de ingresos, y la corrupción y malversación descaradas de los funcionarios españoles distraían la mayor parte de las rentas de América, cuando no eran capturados los galeones en el camino por los corsarios ingleses.

Con el comercio español casi ahuyentado del mar, con la industria española medio muerta, y el rey tan ponderado de España en situación insolvente, sin crédito ninguno con los banqueros extranjeros, ni el monarca ni la nación pensaron nunca ceder un ápice de sus principios. En un mes hubiera podido Felipe pacificar los Países Bajos, concediendo plena libertad de conciencia, con lo cual hubiese él conservado la soberanía de una nación satisfecha y próspera; hubiera conseguido la firme amistad de Inglaterra y perfecta seguridad para su comercio, reconociendo alguna igualdad de creencias. Todas las demás cuestiones eran subordinadas. Había espacio de sobra en las amplias Américas para Hawkins, Drake y Cavendish, lo mismo que para Felipe, si España se hubiese decidido a renunciar al fetiche de la unidad religiosa, a la cual, es cierto, hallábase asociada su solidaridad nacional interior, pero que no era políticamente necesaria para otros países.

La actitud de España durante el siglo XVI y su extraordinaria fidelidad a una idea no debe atribuirse sólo, como se hace generalmente, al carácter personal del monarca. Felipe II, con su tétrico orgullo, su mística devoción, su prepotente individualismo, no era más que la personificación del espíritu de su pueblo: porque, a pesar de decepciones y reveses, a pesar de la pobreza, de la miseria, de la opresión y el sufrimiento, su pueblo le siguió con leal devoción, casi con culto, hasta el infausto desenlace. En los capítulos anteriores hemos seguido paso a paso el desarrollo del carácter español a partir de los elementos que entraron a formarle; hemos notado su acentuada personalidad, su extática veneración de las fuerzas divinas, de las cuales se miraba como una parte cada individuo, su constante anhelo de distinguirse por el sacrificio en la lucha contra las fuerzas del mal; hemos notado también, y en consecuencia, la avidez con que se entregó al espíritu de la caballería andante. A mediados del siglo XVI la fantasmagoría de gigantes, ogros y princesas

210 España, el mejor país productor de trigo de Europa, se vio obligada por el hambre varias voces a importar grandes cantidades de trigo durante el reinado de Felipe, el cual tuvo que cerrar los ojos a la violación de su propio edicto, y permitir la importación hasta de Inglaterra.

cautivas era insuficiente para satisfacer inteligencias que la literatura del Renacimiento italiano había hecho más prácticas, y que había ilustrado el contacto con pueblos extranjeros; pero el individualismo introspectivo de los españoles era aún tan poderoso como siempre, y buscaba una nueva dirección en que poder desplegarse.

El fervor religioso que se manifestó primero en Isabel la Católica, la exaltación provocada por la Inquisición, y el misticismo ascético que fue la característica dominante y la política principal de Felipe II, suministraron al pueblo español la dirección por que suspiraba. Los curas y los frailes estaban siempre presentes. En la corte, en el campamento y en la vida diaria, la atmósfera de la rígida religión uniforme envolvía todas las cosas y personas. El espíritu español, duro, severo y ascético, como una protesta contra el agrado, pulcritud y elegancia árabe, y contra la belleza sensual de que habían revestido su culto los italianos, se complacía en la parte dolorosa de la religión, que era la acorde con su naturaleza. Los españoles se convirtieron en una nación de místicos, en que cada persona sentía su propia comunidad con Dios, y era capaz, por consiguiente, de cualquier sacrificio, de cualquier heroísmo, de cualquier sufrimiento por su causa. El ideal supremo del individuo era ser un caballero celestial, lanzarse a arriesgadas aventuras en defensa de la causa de Cristo crucificado, bien así como los ya decadentes caballeros andantes habían acometido la empresa de acorrer damas agraviadas. Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y su maravillosa Compañía, y San Juan de la Cruz, con sus visiones y sus éxtasis, no eran más que tipos; apenas había un monasterio de frailes sin su vidente dado al ayuno o su santo soñador; apenas había un convento de monjas sin su milagrera cataléptica; apenas había un árido cerro sin su ermitaño, viviendo en sucia y abyecta miseria, pero altamente convencido de su comunión personal con Dios. No sólo los clérigos, sino los seglares y los soldados, se hallaban poseídos de la misma extraña idea, e iban al trabajo o a la guerra con un espíritu de sacrificio, aliviado por orgías de espantosa inmoralidad. El mismo Felipe, viviendo como un ermitaño y afanándose como un esclavo en su celda de piedra, practicando rígidas mortificaciones y sufriendo las penalidades voluntarias de que se envanecía, era querido de sus súbditos, porque obedecía al mismo instinto que ellos. Él los guiaba, es verdad, pero los guiaba porque ellos querían seguir el mismo camino.

No disponía de gran riqueza este país, fuera de la que podía obtenerse por el trabajo; la nación era ignorante y perezosa, y carecía de la solidaridad étnica que presta fuerza a un pueblo. Los ingleses eran más resueltos y perseverantes; los franceses estaban más adelantados; los alemanes eran más reflexivos e inteligentes; los italianos poseían mayor refinamiento; pero, a pesar de todo, ninguno de ellos tenía aquel ímpetu irresistible que hizo de los españoles soldados de Cristo, inspirado cada uno por una energía mística superior a sus propias fuerzas, y que dio a la nación española en el siglo XVI un predominio sobre Europa que no justificaban sus recursos ni su grado de desarrollo.

Esa exaltación extraordinaria fue la que llevó a Felipe a intrigar en la nueva reunión del concilio de Trento (1562) para impedir la unificación de la cristiandad sobre bases distintas de las suyas. Los obispos franceses y alemanes y un partido poderoso del mismo Vaticano querían que se permitiese el matrimonio de los sacerdotes y la administración del sacramento en las dos especies; pero Felipe dictó arrogantemente su voluntad a los prelados, y cuando el Papa (Pío IV) le reconvino por mezclarse así en asuntos doctrinales, el embajador español, Vargas, riñó al Pontífice como a un escolar, y en España se cerró desdeñosamente la puerta a las bulas que transmitían las decisiones del concilio, porque una de las resoluciones se suponía que atentaba a la omnipotencia de Felipe sobre la Iglesia española. Cuando murió Pío IV en 1565, subió al trono de San Pedro un hombre muy diferente. Miguel Ghislieri (Pío V) era tan arrogante como el mismo Felipe, y se hacía inevitable una lucha muy empeñada. Pío la provocó de propósito publicando nuevas bulas que prescribían algunas reformas en la administración eclesiástica. A esas bulas se les negó el pase, como antes, a menos de ir autorizadas con la firma del soberano, y entonces el Papa abrió sus baterías ordenando perentoriamente la promulgación de las bulas en los territorios españoles de Italia. Los virreyes españoles amenazaron con la prisión a todo obispo que obedeciese al Papa, y el último excomulgó a

los virreyes. Pero los obispos y el clero tenían que estar a bien con Felipe por sus puestos y sueldos, y obedecieron al rey. Entonces Pío V, en venganza, se negó a renovar a Felipe el derecho de vender las bulas de cruzada; pero los españoles no se atrevieron a negarse a comprarlas al soberano, y durante cierto tiempo se prescindió de la licencia del Pontífice. Llovieron sobre Felipe amenazas y reconvenciones por permitir que la Inquisición tuviese preso al arzobispo de Toledo (Carranza) y por gastar las rentas de la sede en la construcción del vasto monasterio del Escorial al pie de la Sierra de Guadarrama. Pero, a la postre, el Papa tuvo que confesarse vencido, porque, para Felipe y su pueblo, su gran misión unificadora no necesitaba de la sanción papal, aunque pudiese reclamar su ayuda.

Otro buen ejemplo de la manera que tenía de atropellar ese sentimiento fanático todo linaje de consideraciones de humanidad, de justicia y aun de propio interés, nos le ofrece una medida inicua y desastrosa: la expulsión de los moriscos de Andalucía. Durante el reinado de Carlos esa población ingresó nominalmente en la Iglesia católica, y estaba en camino gradual de fundirse. Se habían publicado edictos prohibiéndola usar el traje moro y hablar más lengua que la española; pero era una población industriosa y próspera, y las grandes sumas con que contribuía especialmente al Tesoro imperial en ocasiones de apuro, hacía que no se extremasen los rigores en la ejecución de los edictos. Muchos de sus miembros, sobre todo en el reino de Granada, guardaban secreta adhesión a las creencias de sus padres, aunque ostensiblemente profesaban el cristianismo. Los cristianos entre quienes vivían, y que los odiaban por su prosperidad, no tardaron en encontrar un pretexto para atacarlos después del advenimiento de Felipe. Importaban esclavos de África para las faenas agrícolas, y eso se prohibió a petición de las Cortes en 1560. Fue un golpe rudo para ellos; pero más duro aún fue el edicto de 1563, vedándoles poseer armas de ninguna clase. Esa política se continuó en 1567, en que se publicó una orden prohibiendo toda distinción de traje y aspecto, y mandando que ninguna mujer saliese con la cara tapada[211], que no se asegurasen las puertas de las casas de los moriscos, que sólo se usasen nombres españoles y la lengua española, y, sobre todo, que cesase la práctica del baño caliente, ese lujo especial de los musulmanes.

La gente era pacífica, trabajadora, sobria; pero ver holladas sus tradiciones era más de lo que podía sufrir. Primero recurrieron, como antes, a los subterfugios y a las dádivas; y mientras tanto, los que mejor los conocían, como Mendoza, marqués de Mondéjar, gobernador hereditario de Granada, trataron de inclinar a Felipe a más meditados acuerdos. Pero los eclesiásticos fanáticos del partido de Alba estaban ahora en auge (1567), y de ellos no podía esperarse merced. Por fin, en la Navidad de 1568 estalló la tormenta. Desde los montes se precipitó sobre Granada una fuerza de fanáticos musulmanes, saqueando las casas cristianas y profanando los santuarios cristianos. Por la hermosa vega pasó una horda de demonios, que no dejó tras de sí más que desolación, y luego se retiraron a las fragosidades de las Alpujarras, para erigir un nuevo reino musulmán bajo Aben Humeya. La noticia de la rebelión del Islam se propagó por Andalucía y Valencia. Millares de individuos, que habían olvidado casi los grandes días de sus ascendientes bajo los califas, corrieron a las armas dispuestos a morir por las creencias y las tradiciones que en otro tiempo habían sido tan gloriosas.

Ejército tras ejército de cristianos cayeron sobre ellos, con el objeto abiertamente declarado de llevar a su seno la matanza, no la guerra. Se dio muerte a sangre fría a mujeres y niños, lo mismo que a los hombres. Cuántos miles sucumbieron en los ataques y en las inevitables represalias, imposible es decirlo. Seis mil fugitivos desvalidos, niños y mujeres, fueron sacrificados por el marqués de los Vélez en un día; y aún no estaban satisfechos los clérigos, que en la cámara del Consejo y en la catedral pedían sangre y más sangre, ni más ni menos que pedían la de los herejes flamencos que estaban en manos de su jefe principal, el duque de Alba.— En vano los gobernadores civiles, y aun los militares, aconsejaban alguna moderación, alguna clemencia. El inquisidor Deza y

211 Esta costumbre había arraigado tan firmemente en la población del Mediodía de España, que aun hoy quedan huellas en Andalucía, donde las mujeres de la clase más pobre se tapan la parte inferior del rostro con el pañuelo. En Perú y en Chile, la costumbre está más generalizada aún.

el cardenal Espinosa no entendían de misericordia con los que negaban su sagrado derecho a imponer a otros hombres una doctrina.

Cansado, al fin, de las quejas del clero contra la flojedad de los soldados, Felipe decidió enviar a su brillante y gallardo hermano bastardo Don Juan de Austria, a aniquilar la rebelión. Don Juan de Austria era más capaz y querido que la mayoría de los hombres de su tiempo; no tenía más que veintidós años, y se pensó que sería persona demasiado elevada para que el clero le atacase, y demasiado inexperto para hacer otra cosa que cumplir al pie de la letra las órdenes de su hermano. Ahorcar moriscos no era cosa que se avenía con su temple caballeresco, y su espíritu se sublevaba contra las despiadadas órdenes que tenía que ejecutar. Todo morisco de Granada debía ser internado en la árida Castilla, y los que resistiesen o no pudiesen viajar debían ser ahorcados (1569). Millares de inocentes, muchos de ellos verdaderamente cristianos, fueron perseguidos, arrojados de las hermosas campiñas cultivadas por ellos y los suyos durante siglos, y reducidos a la esclavitud.

A todo esto, proseguía la guerra en las montañas. Había estallado la división en el reino morisco, y Aben Humeya, entregado ahora a una vida disoluta, fue asesinado; las tropas españolas habían vencido y sido vencidas en acciones parciales una y otra vez; pero, al fin, Don Juan tomó por asalto el fuerte de Galera, el país quedó agotado y el rey morisco pidió la paz. Don Juan, por su parte, se inclinaba a la clemencia; no así los eclesiásticos del Consejo de Felipe. Muerte o esclavitud: tal fue la suerte decretada contra todo individuo de sangre mora del reino de Andalucía. De sus hermosas llanuras cultivadas como jardines, de las bellas ciudades blancas que resplandecían en las pendientes, de los montes pedregosos que ellos habían hecho sonreír con sus cosechas penosamente regadas, de todas partes se los arrojó, como poco antes a sus hermanos granadinos. Abatidos, encadenados, atravesaron las espesas nieves invernales de Sierra Morena con dirección a Castilla, para morir muchos en el camino, y consumirse los demás en la servidumbre entre gentes extrañas. Don Juan de Austria ejecutó el cruel decreto con el corazón oprimido, y a fines de 1570 Andalucía estaba limpia de moriscos, y limpia al mismo tiempo de sus mejores y más útiles ciudadanos. Unos cuantos hombres, como Mondéjar, Ruy Gómez y el mismo Don Juan, vieron eso, y lo deploraron amargamente; pero la gran masa de los españoles y su rey no veían nada, no comprendían nada, no encontraban ninguna crueldad, no reparaban en ningún interés; habían sido elegidos por Dios para extirpar la incredulidad, y desgraciados de los que se interpusiesen en su camino.

Pero, por celoso que fuese Felipe, tenía que atender a consideraciones respecto de las cuales nada sabían sus súbditos. Su sistema estaba ya arruinado; sus eternas discusiones y trasiego de documentos de un lado para otro, su empeño de dirigirlo todo por sí, permitió a adversarios vigilantes, como Isabel y Catalina de Médicis, conocer todos sus planes mucho antes de ser puestos en práctica[212].

La segunda trama en que entró Felipe —la de Ridolfi, el duque de Norfolk y muchos de los nobles católicos ingleses, para asesinar a Isabel— fue descubierta, y quedó frustrada; en la que tenía por objeto comprar a Hawkins y atacar a Inglaterra con su flota, le engañaron e hicieron traición. Cecil, que tenía espías en todas partes, sabía perfectamente las personas con quienes maquinaba el rey de España, y anduvo a veces en la trama de las maquinaciones él mismo; y, a pesar de todo, Felipe, convencido de que fracasaba en los Países Bajos por el auxilio que los ingleses prestaban a Orange, constantemente descubierto y burlado en sus fútiles conspiraciones contra Isabel, con sus galeones apresados invariablemente en el mar y sus tripulaciones ahorcadas por piratas ingleses,

212 El largo juego de Isabel en la cuestión del matrimonio es un buen ejemplo de esto; y también la conducta de Isabel y de Catalina de Médicis, cuando ésta se vio llevada a celebrar una conferencia con el duque de Alba en Bayona, en la fecha de la entrevista con su hija, tercera mujer de Felipe. La reina madre francesa vio que querían comprometerla a extirpar de Francia a todos los hugonotes, y, aunque afectó aprobar, pronto halló modo de excusarse; Isabel, en cambio, sugirió el pensamiento de un matrimonio entre ella y el joven rey de Francia. Isabel y Catalina comprendieron perfectamente que permitir a Felipe gobernar la política de uno u otro país equivaldría a arruinar a los dos.

perdido el crédito y rodeado de desastres por todas partes, no se atrevía a romper abiertamente con la reina «herética» que había frustrado todos sus arrogantes proyectos. Por más que clérigos y soldados se deshiciesen en denuestos contra la «insolencia» y la perversidad de Isabel, Felipe, para salvar su país de una completa ruina, tuvo al fin que abrir sus puertos al comercio inglés (1573), sin restitución de la crecida suma que le habían saqueado cuatro años antes; se vio obligado a desaprobar que el Papa excomulgase a la reina inglesa, y hubo de cerrar los ojos al poderoso apoyo de Inglaterra, que mantenía viva la rebelión en Holanda. Porque era evidente a la sazón que él no podía sojuzgar al protestantismo en Europa sin contar con la amistad de Inglaterra. Si Inglaterra se hacía católica, por el asesinato de la reina o de otro modo, tanto mejor; pero, en todo caso, protestante o católica, Inglaterra debía ser atraída. Esto basta de suyo para evidenciar la flaqueza de la pretensión de España; el fin que perseguía no podía alcanzarse sino por un sacrificio de principios, hasta el punto de ofrecer una vela a la potencia protestante principal.

Pero si el rey veía esto, su ciego pueblo no lo veía. Para los españoles, Inglaterra era una insignificante isla semisalvaje que había caído en manos de una gavilla de herejes, a quienes paralizaría de terror el solo nombre de España. Sabían que su comercio era devastado por marinos ingleses, y que los enemigos de su rey eran auxiliados por hombres, armas y dinero de Inglaterra; pero vivían aún en su mundo de ilusiones, engreídos con la idea de la riqueza fabulosa de su rey, que estaba en el abismo de la pobreza; vanagloriándose del poder avasallador de su país, que era incapaz de defender lo suyo, y muy ufanos con la convicción de la asistencia divina, cuando por todas partes tropezaban con reveses. Todo eso, decían, era una prueba que Dios les enviaba para aquilatar su firmeza. A su debido tiempo intervendría en favor de su causa y de sus elegidos; y nunca perdían la fe.

En la hora de exaltación, después de expulsados los moriscos de Andalucía (1570), Felipe estaba en Sevilla con Don Juan de Austria, cuando llegó un legado especial del Pontífice. Pío V se hallaba aún en relaciones tirantes con España, y la república de Venecia había solido hacer causa común con los franceses contra los designios de Aragón; pero ahora unos y otros se encontraban intranquilos, porque los turcos estaban sitiando la isla veneciana de Chipre, y su captura era un peligro para todos los Estados cristianos del Mediterráneo. En vista de esto, el Papa ofrecía a Felipe de nuevo la bula de cruzada y mayor poder que nunca sobre la Iglesia española, si quería unir sus galeras a las de Roma y Venecia para vencer a la armada turca.

Felipe desconfiaba de los venecianos y no miraba al Papa con buenos ojos; no obstante, después de muchas invocaciones del nombre de San Fernando y de calurosas instancias de Don Juan, accedió por fin. Chipre cayó en poder de los turcos antes de que la pesada administración de Felipe permitiese tener preparada una flota; pero en el verano de 1571 se reunió en Mesina una lucida fuerza: 208 galeras, 6 galeazas y 50 barquichuelos, con 29.000 soldados y 50.000 marineros y remeros, constituían una de las más grandes manifestaciones navales que jamás se habían visto en el mar. Tenía el mando Don Juan de Austria, y ahora llegó a su apogeo la exaltación religiosa. Era una verdadera cruzada. Todos los hombres de la flota ayunaron, confesaron y fueron absueltos. En la proa de cada galera había un crucifijo, en lo alto ondeaban banderas bendecidas, y el brillante y juvenil príncipe, vestido de terciopelo blanco y oro, alentó a sus huestes con este grito de guerra: «¡Cristo es vuestro general! ¡Combatís por la causa de la cruz!» Los buques de la escuadra estaban atestados de jesuitas y de frailes; la oración, el sacrificio y la abnegación de sí eran las consignas de los cristianos. Las armadas se encontraron en el golfo de Lepanto el 7 de octubre de 1571, y los turcos hicieron alarde de valentía, porque hasta allí habían sido victoriosos. Pero ¿quién podía resistir a un espíritu como el demostrado por los españoles? El predominio del poder naval turco en el Mediterráneo acabó para siempre, y Don Juan de Austria fue el héroe cristiano, santo y soldado a un tiempo junto, a quien hombres y mujeres, en toda la Europa meridional, saludaban casi como a un semidiós. También él era español, imbuido en la fanática creencia de sus compatriotas, y soñaba con conquistas de grandes imperios cristianos en el norte de África, en Oriente... ¿quién sabe dónde? Era un joven, y el triunfo y la adulación le trastornaban la cabeza.

Felipe no quería comprometerse en aventuras arriesgadas. Permaneció frío, y dejó a su hermano sin dinero ni apoyo. Los turcos recuperaron Túnez y la Goleta, e hicieron terrible matanza en las guarniciones españolas. Don Juan tronó y suplicó; pero el impasible Felipe no estaba dispuesto a permitir que se alterasen sus planes en beneficio de su hermano bastardo, y no se movió. Se pusieron al lado del príncipe consejeros sesudos, pero el entusiasmo del joven los ganó a sus ardientes sueños. Por fin, Felipe decidió alejarle de las escenas de su triunfo y su ambición, y mandarle de virrey a Flandes, donde los asuntos exigían una mano conciliadora.

Requesens había empezado por separar a los católicos belgas de Orange y de sus protestantes holandeses; pero los últimos, que estaban resueltos a no volver a fiarse nunca de los españoles, hicieron oídos de mercader a sus insinuaciones falaces, y se defendieron con éxito en el terreno de las armas. Felipe, como siempre, andaba escaso de dinero, y los flamencos católicos seguían renegando de la presencia de aquella fuerza numerosa de soldados italianos y españoles, bárbaros y sanguinarios, que no querían moverse del país sin su paga. Para ellos, todo flamenco, católico o protestante, era lo mismo: un ser inferior, a quien no había más que insultar y saquear, cuando no asesinar.

En balde los católicos y Requesens suplicaban a Felipe que mandase dinero para librarse de aquellos bandidos, si no quería que se perdiese todo. Felipe no tenía recursos ni crédito, y las cosas iban cada vez peor, cuando murió Requesens, en marzo de 1576. Los más fieles adictos a Felipe enviaron a España mensajes apremiantes manifestando que, si no salían las tropas, la Flandes católica estaría pronto tan perdida para España como la Holanda protestante. Entonces fue cuando el desdichado monarca, agotados los recursos de su ingenio, decidió mandar a Flandes a Don Juan de Austria, con orden de atraerse a las provincias belgas a cualquier costa, y mandar a las tropas españolas evacuar el país. Pero el príncipe había visto frustrados sus locos planes, y no estaba de humor conciliador. El Papa (Gregorio XIII) y otros le habían ya murmurado al oído que, si no podía ser emperador de Oriente, podía salir de los Países Bajos con las tropas españolas, caer sobre Inglaterra, libertar a María Estuardo, hacerla su esposa y traer a Inglaterra y Escocia al redil de la Iglesia. Don Juan dio oídos, y se perdió. El nuncio hizo indicaciones a Felipe sobre el plan, y Don Juan mismo desobedeció órdenes, y vino a Madrid a defender sus ideas. Felipe permaneció torvo y silencioso; pero comprendió que tenía que anular a su hermano, para que no le crease un conflicto; porque, con Holanda contra él, y su propia Flandes católica dudosa, la única probabilidad de evitar una completa ruina era seguir en buenas relaciones con Inglaterra.

Así se ordenó severamente a Don Juan que tomase el camino de Flandes para inducir con halagos a las tropas turbulentas a marchar a Italia y volver a atraer por la bondad a los católicos flamencos. Fue con despecho, y llegó demasiado tarde. La canalla sanguinaria había caído sobre Amberes (4 de noviembre de 1576), y en un día aterrador redujo la ciudad más rica de Europa a una humeante carnicería. Los católicos se unieron ahora en estrecho haz a los protestantes para defender sus hogares y sus hijos, y cuando Don Juan llegó a Luxemburgo, vio que no podría entrar como gobernador en los Estados sino con las condiciones dictadas por los naturales. Inútilmente rogó a Felipe que le permitiese resistir y luchar. La respuesta fue: «Haced la paz en cualesquiera condiciones compatibles con mi soberanía», y de esa fórmula no quiso salir Felipe nunca. Al fin se tomó dinero prestado para dar a las tropas un plazo de su paga, y las tropas salieron a regañadientes, seguidas de las maldiciones de toda una nación. Don Juan, con todas sus esperanzas desvanecidas y lleno el corazón de rencores, entró en Bruselas en medio de un populacho alegre que había arrancado al español la promesa de la tolerancia y el olvido de lo pasado.

El vencedor de Lepanto aborrecía su misión, y se rebeló locamente contra ella. Con cada carta desatinada, incoherente, se endurecía el corazón de su hermano, porque el villano Antonio Pérez insinuaba en el ánimo del rey la sospecha y la desconfianza del ambicioso bastardo. Don Juan, dolorido del abandono y loco de impaciencia, desobedeció órdenes, se apoderó traidoramente de la fortaleza de Namur, y desafió a los flamencos. Entonces fue inevitable una guerra de reconquista.

Don Juan murió acibarado por las decepciones (octubre de 1578), y se envió un hombre de un cerebro más frío que el suyo, Alejandro Farnesio, de Parma, hijo de la hermanastra de Felipe, Margarita, con la misión de volver a ganar a Flandes para España, y, a ser posible, de aniquilar a Orange y a sus protestantes holandeses.

Casi simultáneamente con estos sucesos, ocurrieron otros que alteraron los planes de Felipe. Durante veinte años venía esforzándose en mantener amistosas relaciones con Isabel de Inglaterra. Como hemos visto, había sido insultado, desafiado y robado; sus súbditos rebeldes, auxiliados contra él durante años, miraban ahora a la reina de Inglaterra como su dueña; sus embajadores habían sido desdeñosamente despedidos de Inglaterra, y la astuta política de la reina «hereje» había frustrado todos sus planes. A pesar de eso, él no se atrevió a responder sino con el constante soborno secreto de conspiraciones y asesinatos, o prestando tímida e insuficiente ayuda a los católicos irlandeses e ingleses desleales. Comprendió que Francia codiciaba los hermosos puertos de Bélgica, y que cualquier movimiento de él contra Inglaterra acarrearía una estrecha alianza entre la reina inglesa y Catalina de Médicis, que pondría a las dos naciones enfrente de España. Si, por otra parte, destronaba a Isabel para hacer reina a María Estuardo y elevar al poder a los Guisas en la Gran Bretaña como en Francia, eso podría conducir a la aniquilación del protestantismo; pero, en todo caso, haría de Francia la potencia preponderante, con detrimento de España. Así, durante veinte años, Felipe no pasó de conspirar cautelosamente contra Isabel.

Pero en agosto de 1578 sucumbió en una cruzada loca e inútil contra los moros su aturdido sobrino Don Sebastián, rey de Portugal, y le sucedió su tío, un cardenal anciano. Había varios pretendientes a la herencia de la corona, pero ninguno tan poderoso como el rey de España. El pueblo portugués, por su parte, eligió a Don Antonio, pariente dudosamente legítimo de la familia real. Pero Felipe sobornó nobles, aterrorizó sistemáticamente a altos y a bajos, y, cuando murió el cardenal en 1580, estaba prevenido, con un ejército bajo su mando y el de Alba, para tomar posesión de su nuevo reino[213]. Los portugueses eran débiles y se hallaban divididos, los nobles estaban comprados o desterrados, y Felipe marchó lentamente tras las huellas de su ejército, para ser coronado rey de Portugal, mientras que el fugitivo Don Antonio, perseguido de población en población, en peligro constante, huyó por fin a Francia, y de allí a Inglaterra, para ser un arma aguda en manos de Isabel y Catalina contra Felipe durante el resto de su vida.

La posesión de Portugal por España aumentó enormemente el poder de Felipe para dañar a Francia y a Inglaterra. La parte de América asignada por el Papa a Portugal iba unida a la metrópoli, de igual suerte que los vastos dominios africanos y sus establecimientos en la India, y el espléndido puerto de Lisboa daba a España lo que nunca había tenido: un acceso central y fácil por el Atlántico. Felipe tuvo cuidado de cumplir todas las formas constitucionales: había sido aceptado por los regentes y por las Cortes portuguesas, de modo que ni Inglaterra ni Francia podían controvertir legalmente su derecho; y pareció como si, al fin, hubiesen vuelto a soplar para Felipe los vientos de la fortuna. Otras cosas le favorecieron también por el momento. El rey de Francia, Enrique III, no tenía hijos, y sólo una vida —una mala vida— mediaba entre el hugonote Enrique Navarra, el enemigo hereditario de España, y la Corona francesa. Esto significaba a todas luces que tornaría a estallar en Francia la guerra civil con más encono que nunca, y fue parte para que los Guisas, los campeones católicos, volviesen los ojos a España como el único apoyo con que podían contar para sus miras ambiciosas. En su consecuencia, pronto se pactó un convenio, comprometiéndose los Guisas a ser humildes servidores de Felipe y de los intereses de España, en vez de los de Francia, caso de que su prima María Estuardo llegase a ser reina de Inglaterra.

Felipe probablemente no contaba mucho con este compromiso de los Guisas; pero sabía que, apoyando su causa, podía tenerlos lo bastante ocupados en Francia para que no le estorbasen en

213 La cuarta mujer de Felipe, Ana de Austria, murió en Badajoz durante este viaje, y poco después la siguieron la mayoría de sus hijos supervivientes. Felipe quedó viudo para el resto de su vida. M. Gachard ha publicado en París, 1884, una serie de cartas afectuosísimas que el monarca escribió durante este viaje a las dos hijas mayores de su tercera mujer, y en las cuales se lamenta de su desamparo doméstico y expresa vivamente su cariño hacia sus hijos.

Inglaterra. Así maduraba poco a poco en la tardía mente de Felipe la gran maquinación por la cual podría hacerse católico el mundo. La incauta María Estuardo, en su prisión, estaba en comunicación secreta con el embajador de España, y se vio envuelta también en la serie peligrosa de conspiraciones que acabaron por llevarla al cadalso. En todas partes había espías, y todas las comunicaciones que recibía o enviaba la pobre mujer eran leídas por los ministros de la reina. Cada vez se agriaban más las relaciones entre Isabel y Felipe, que por primera vez se sentía tranquila respecto de Francia, seguro de que, contando con los Guisas, podría sumirla en una guerra civil cuando quisiese. Las depredaciones de que eran objeto los navíos y tesoros españoles por parte de Drake provocaron en los súbditos de Felipe una sed rabiosa de venganza, y redoblaron su fanático odio a los herejes. La diplomacia de Alejandro Farnesio había pacificado a los flamencos católicos, y el rey de España debió pensar entonces que aún podía ser un hecho el sueño nacional de cuya realización había desesperado. Pero la invasión y conquista de Inglaterra era una empresa ardua, y no podía acometerse ligeramente.

Había dos partidos de católicos ingleses y escoceses: el partido francés o moderado, que predominaba en el Vaticano, y el partido extremo jesuita, que veía con horror la posibilidad de que el falaz Jacobo Estuardo —así se llamase católico— sucediera a su madre como rey de Inglaterra y Escocia. El último partido era omnipotente en los consejos de Felipe, y no tardó en convencerle de que su derecho a la corona de Inglaterra era perfecto después del de María Estuardo, una vez excluido Jacobo por su «herejía»[214]. La infortunada reina había caído enteramente en manos del partido español, y en junio de 1586 desheredó a su hijo en favor de Felipe.

Como eternamente, la principal dificultad de Felipe era el dinero. La invasión de Inglaterra suponía un gasto tan enorme, según estimación de su gran almirante, el marqués de Santa Cruz, que el plan, aun después de modificado grandemente[215], excedía con mucho de los medios de que podía disponer España sola. Había, pues, que obtener del Papa (Sixto V) una cuantiosa suma, y se urdió la serie más extraordinaria de intrigas para que pudiese conseguirse la ayuda papal sin descubrir al Papa las intenciones ulteriores de Felipe respecto a la corona de Inglaterra[216]. Sixto era astuto y económico; no tenía ningún deseo de engrandecer a Felipe políticamente, y estaba rodeado de cardenales franceses e italianos, resueltos a impedir, si era posible, la dominación de Inglaterra y Escocia por España. Sin embargo, en parte con ardides, en parte con apelaciones a su celo religioso, se consiguió que Sixto ayudara a Felipe, imponiendo como condición única que el millón de coronas de oro que prometía no se haría efectivo hasta que los españoles desembarcasen en Inglaterra. En esto no cedería por ningún halago ni amenaza, porque desconfiaba profundamente de Felipe.

España, Portugal, Sicilia y Nápoles resonaban con los preparativos para la gran expedición; y el fanatismo del pueblo, ya inflamado con la muerte de María Estuardo, se había convertido en una verdadera fiebre con los anatemas de los sacerdotes contra la malvada Isabel, y con las seguridades de que el pueblo oprimido de Inglaterra no aguardaba más que a España para librarse del puñado de herejes que le sojuzgaba. Se arrancaban empréstitos forzosos a los nobles y al clero, a los comerciantes e industriales; se recurría a contribuciones y exacciones de todas clases para allegar

214 Se recordará que una hija (Felipa) de Juan de Grante y de su primera mujer, Blanca Plantagenet, se casó con Juan I de Portugal, y una hija habida de su segunda mujer se casó con Enrique III de Castilla.

215 El plan era reunir una vasta fuerza que saliese directamente de España: 150 barcos grandes, 320 más pequeños, 40 galeras, 240 pinazas, con 30.000 marinos, 70.000 soldados y 1.600 caballos. El coste debía ascender a 3.800.000 ducados. Se comprendió pronto que era imposible la concentración y el transporte marítimo de una fuerza así desde España.

216 Aunque el partido jesuita, dirigido por el Padre Persons y por los representantes de la nobleza católica inglesa, importunaba constantemente a Felipe con argumentos y genealogías, para demostrar su absoluto derecho a la corona inglesa (que, como todos los derechos derivados de la casa de Lancaster, no tenía valor sin la sanción parlamentaria), Felipe comprendía que no le sería permitido tratar a Inglaterra como un patrimonio de España. Su intención, aunque cuidadosamente oculta, era conferir la corona inglesa a su querida hija Isabel Clara Eugenia, la mayor habida de su matrimonio con su tercera mujer, a quien dejaba la soberanía de Flandes.

fondos; pero, aun así, la pobreza y miseria del país parecían hacer imposible la reunión de las inmensas sumas exigidas. En 1586 las Cortes trazaron al monarca un cuadro sombrío de calamidades, y no votaron más que los 450 millones de maravedís de costumbre para tres años, y asegurando muchos miembros que ni aun eso podrían pagar nunca sus comitentes. Se sobornó entonces a todos los representantes; pero, cuando la gran armada estaba casi dispuesta para hacerse a la mar, en abril de 1588, fueron congregadas las Cortes, y se les hizo una petición de ocho millones de ducados. Las Cortes se aterraron, y dijeron resueltamente al rey que tal suma era imposible. Pero el púlpito y el confesonario empezaron a trabajar en todos los ámbitos de España, y, merced a su influjo sobre el pueblo, tal presión se ejerció sobre los representantes, que éstos votaron un nuevo impuesto sobre los comestibles, el cual completó casi la ruina del desgraciado país, y durante los dos siglos siguientes castigó la agricultura y la industria bajo el nombre odioso de los «millones».

La pobreza siguió como la sombra al gran plan de invasión desde el principio. Felipe trabajaba como un galeote, arreglando los menores detalles; la corrupción, el fraude y el despilfarro imperaban soberanamente, y los funcionarios robaban miles de ducados, mientras el rey regateaba uno. Ninguna iniciativa ni responsabilidad se dejaba a los funcionarios en el sistema de Felipe, y la continua exigencia de consultar al centro de España desde lugares distantes traía consigo paralizaciones y dilaciones. Primero la escuadra debía hacerse a la mar en 1587, pero no había nada dispuesto: ni armas, ni hombres, ni barcos. Luego Drake, burlando a los espías, destruyó los barcos que había en Cádiz, e impidió que la armada saliese durante aquel año. Las provisiones se echaron a perder, y hubo que renovarlas; el mal tiempo retardó la concentración de las naves; el gran almirante Santa Cruz murió de pesar por las injustas reconvenciones de Felipe. Dinero, dinero y más dinero era el clamor constante, porque las pagas corrían a medida que pasaban los meses, y había que mantener millares de hombres ociosos. Entre los nobles y los oficiales imperaban la rivalidad y la indisciplina, y Felipe tuvo que elegir un necio y un cobarde para mandar la flota, en atención a su alto rango. El fracaso era inevitable desde el principio, a no mediar circunstancias completamente favorables. Santa Cruz lo previó; Farnesio lo predijo, y suplicó a Felipe que le permitiese hacer la paz con Inglaterra, en realidad, convirtiendo en negociaciones formales las que venían haciéndose fingidamente; aun el miserable duque de Medinasidonia lo veía, e instó a Felipe a abandonar la expedición, cuando la flota fue arrojada a la Coruña por la tempestad.

El plan acordado era que Farnesio estuviese prevenido en Dunquerque con un gran ejército, principalmente de flamencos, alemanes e italianos, dispuesto a embarcarse en lanchas, cuyo paso por la boca del Támesis debía proteger la Armada Invencible. Todo estribaba en que la flota pudiese defender el estrecho mientras cruzaban las barcas, y eso dependía del tiempo en gran parte. La larga tardanza de la Armada en hacerse a la vela desde Lisboa, y su ignominioso regreso a la Coruña, desaparejada y diseminada (19 de junio), después de tres semanas en el mar, sumieron a Farnesio en la desesperación, porque sus soldados estaban sin pagar, azotados por mortífera peste y ya desalentados, y la mayoría de su marineros eran flamencos desafectos. El duque de Medinasidonia, por otra parte, en cuanto estuvo navegando, empezó a clamar por que Farnesio fuese en su auxilio; y en respuesta a sus peticiones, más frenéticas e importunas cada vez, a medida que se hacía visible el desamparo de la Armada, se le dijo secamente que no se movería una lancha ni se podría utilizar un hombre hasta que los navíos de la flota despejasen y defendiesen el estrecho.

Pero, dijeran lo que quisiesen los peritos, la nación española y el rey no pensaban ni remotamente en un fracaso. ¿No eran sus barcos los mayores que surcaban el mar? ¿No eran sus soldados los mejores de Europa? Y sobre todo, ¿no era aquélla la batalla misma de Dios? Y de nuevo volvió a transportar a la nación entera la antigua ilusión orgullosa. Centenares de lucidos caballeros, vestidos de terciopelo y oro, andaban jactanciosamente por los barcos, creyéndose con toda sinceridad miembros de la milicia de Dios empeñados en una santa empresa; curas y frailes mascullaban sus misas; banderas sagradas, bordadas por manos hermosas y bendecidas por prelados, ondeaban en los penoles, y las instrucciones relativas a la conducta de los soldados y de

los marineros eran más propias de una escuela conventual que de una armada y un ejército invasor. La flota, que finalmente avistó el cabo Lizard el domingo 30 de julio de 1588, se componía de unas 120 velas, y su completo desastre es uno de los hechos más ruidosos de la historia de la guerra.

En una semana de combate en retirada por el Canal se disiparon los sueños nacionales de un siglo. ¿Dónde estaba su decantada superioridad?, murmuraban los míseros hombres. ¿Dónde la especial protección divina que se les había prometido a ellos y a su causa? Los herejes podían navegar a su alrededor y desafiarlos, y a medida que bregaban más hacia adelante, acosados siempre por los ingleses día tras día, caía la venda de sus ojos. Entonces vino el furor del desengaño, el pánico a la altura de Calais, la gran batalla cerca de Gravelinas, la imposibilidad de volver a Dunquerque, y por último la huida, la ignominia y la destrucción. De Farnesio, de Medinasidonia, de sus barcos, del tiempo, de todos y de todo se abominaba, con lágrimas y maldiciones; pero la verdadera culpa estaba en la loca ceguedad de una nación, y el despertar fue cruel, no sólo para los desdichados de la Armada misma, sino para toda España. Del fondo del corazón del pueblo subió un clamor de rabia y de despecho que hablaba de algo más que de la pérdida material, grande como era. Significaba el quebranto de la creencia de la nación en su especial santidad y en su misión divina.

Sólo Felipe permaneció impasible en apariencia ante la magna catástrofe; pero él, por lo menos, comprendió su horrenda significación. La ruina y el fracaso del objetivo de su vida, y el hecho de que los despreciados herejes, de que sus rebeldes súbditos, de que la Jezabel de Inglaterra le habían derrotado al fin; de que el Papa le había engañado después de todo, y de que los franceses se frotaban las manos con alegría y se burlaban de su afrenta: todo esto debió ver, pero jamás perdió el ánimo. Aquélla era la causa de Dios, y Él enviaría la victoria final.

Al desdichado Enrique III de Francia le impidieron ayudar a Isabel en la hora de peligro sus severos amos, los Guisas y la Liga católica. El inmediato heredero de la corona francesa había muerto (1584), y Enrique de Valois era el último de su mísero linaje. Enrique de Navarra, el príncipe hugonote que seguía en el orden de sucesión, había recibido insinuaciones de España más de una vez; pero el gran Borbón estaba resuelto a ser, como Isabel de Inglaterra, un soberano nacional, libre de la tutela extranjera, y se hizo el sordo a los halagos de Felipe. Él tendría Francia entera o nada; aunque, si se hubiese contentado con Bearn y Gascuña, hubiese conseguido su disfrute como un reino sin luchar. La hija de Felipe, Isabel, tenía derecho, por su madre, al ducado de Bretaña; el marido de su hermana, el duque de Saboya, podía ocupar la Provenza; los Guisas se hubiesen satisfecho con el centro y el Este, incluso París^ donde eran idolatrados, y Felipe podía apropiarse la Picardía, la Flandes francesa y quizá un trozo de la costa normanda. Un reparto así hubiese sido un golpe maestro, y hubiese dado a España el dominio del Canal, para ruina de Inglaterra y Holanda; pero Enrique de Navarra pidió auxilio a Isabel, y se negó a tomar parte en la desmembración de la nación que miraba como suya.

Amenazas, halagos, excomunión papal y guerra abierta no lograron doblegarle. Bajo la presión de los Guisas, el monarca revocó el edicto de tolerancia a favor de los hugonotes, y la consecuencia fue un estado de anarquía en toda Francia. Enrique III, fugitivo de su propia capital, que le aborrecía, simple juguete en manos del duque de Guisa, vio que él y su país iban a ser sacrificados a los intereses de España, y tomó el partida desesperado de hacer asesinar en Blois, casi a su presencia, a los Guisas (diciembre de 1588). Resultó lo que su sagaz madre había predicho: por toda Francia corrían denuncias del asesinato real, y París le depuso solemnemente, estableciendo un gobierno revolucionario bajo el duque de Mayena, hermano de Guisa, que se puso y puso a toda la Francia católica a los pies de Felipe de España.

Esta era, seguramente, la ocasión en que el Omnipotente quería recompensar a Felipe por todas las crueles decepciones del pasado. Si él lograba dominar o dividir a Francia, no tendría ningún rival en el continente, y aun podía ser un hecho su idea de una cristiandad unificada con arreglo al patrón español. Así, hizo toda clase de esfuerzos por ayudar a la Liga católica, y sangró a

su paciente país hasta agotarle para impedir lo que significaría la ruina completa de su causa: la conversión de Francia en una nación protestante bajo Enrique de Navarra.

Enrique III, después del asesinato de Guisa, se había acogido a la protección de los hugonotes, y con Enrique de Navarra sitiaba a París a la cabeza de 40.000 hombres, cuando el último de los Valois cayó herido de muerte por el puñal de un fraile fanático, Santiago Clemente, y Enrique de Navarra vino a ser *de iure* rey de Francia (agosto de 1589). El Consejo de París propuso proclamar a Felipe rey católico de Francia; pero el duque de Mayena tenía sus ambiciones personales, y procuró que se designase por el pronto al anciano y achacoso cardenal de Borbón, que estaba en manos de su sobrino hugonote, y a quien no se permitió nunca gobernar. París era acérrimamente guisista; pero la mayor parte de los recursos del país estaban en manos del rey legítimo, Enrique IV, y Felipe tuvo que colocarse con respecto a Francia en la misma situación en que se había visto con respecto a Inglaterra. Debía quitarse la careta y reconquistar a Francia por la fuerza de las armas, para hacerla católica. No tenía la menor intención de imponer a España el tremendo sacrificio que eso suponía en beneficio del inconstante Mayena, y las circunstancias le impulsaron a hacer una guerra de conquista contra Francia, para que un gobernante español pudiese implantar allí la unidad católica. Esto dio a Enrique IV la enorme ventaja de aparecer como el campeón de la causa nacional contra el extranjero, y contribuyó a su popularidad grandemente. Mayena, receloso y ambicioso, no tardó en desamistarse con Farnesio y los jefes españoles, y no prestó más que un tibio auxilio a los invasores, sobre quienes vino a caer todo el peso de la guerra.

Felipe era ya un hombre de edad y de salud quebrantada; la sangría hecha en sus recursos era tan enorme, que había reducido a Castilla a una completa desolación; y, sin embargo, veía que tenía que luchar a muerte para evitar que Francia se hiciese una nación protestante. Farnesio estaba resentido de la frialdad y poca confianza con que le trataba su tío y por la insuficiencia de los recursos que le enviaba. Felipe fue siempre desabrido y desagradecido con los que mejor le servían, y mató a pesadumbres a Farnesio, como a Don Juan de Austria (diciembre de 1592): porque los católicos fanáticos de España habían empezado a murmurar que el gran Farnesio era desleal, como habían hecho cuando la Armada. La marcha de la lucha era adversa a los españoles. El brioso arrojo y la sagaz diplomacia de Enrique de Navarra, el constante auxilio de Isabel a los hugonotes, y el recelo creciente, aun de los liguistas católicos, de que el único objeto de Felipe era sentar a su hija en el trono francés para sus fines políticos, convencieron al rey de España de que no podría dominar nunca a Francia entera con las armas españolas contra la voluntad de los franceses. Lo mejor que podía intentarse por el pronto era apoderarse de Bretaña para su hija, y con este objeto ocupó a Blavet, en la costa, lo cual hizo entrar en acción a las tropas inglesas y aumentó las dificultades con que luchaba.

Intentó por la vía diplomática asegurar la elección de su hija como reina de Francia por los Estados de París, mediante su matrimonio con el joven duque de Guisa; pero fracasó el intento, porque el embajador de Felipe, Feria, no era hombre para medirse con Enrique de Navarra, que se presentaba ya como el francés patriota, dispuesto hasta a hacerse católico por el bien de su país, si se le convencía cumplidamente. El paso fue dado. Enrique fue a misa, y conquistó el corazón de París y de Francia (1593).

Así se desvanecieron las esperanzas de Felipe de dominar a Francia; pero, al menos, había conseguido impedir que se hiciese una potencia protestante, y tuvo que contentarse con eso a la fuerza. El estado de guerra entre Francia y España continuó lánguidamente hasta la muerte de Felipe, porque él era demasiado orgulloso para confesar su derrota; pero con la conversión de Enrique IV el asunto de entidad estaba decidido. El catolicismo unificado del tipo español quedó vencido como una fuerza en Europa. La bala de un asesino pagado por España había matado a Orange; pero Holanda era ahora bastante fuerte para ser dueña de sí, sin temer a España. Francia era un país católico, pero donde existía una completa tolerancia religiosa. El porvenir en Inglaterra se presentaba oscuro, porque a la muerte de la anciana reina parecía inevitable una disputa de

sucesión; pero era manifiesto que, sucediera lo que quisiese, no se permitiría allí sentar el pie a la Inquisición y al catolicismo español, por mucho que trabajasen los jesuitas. Así, casi por todas partes, Felipe no podía ver más que el naufragio de vastas ambiciones, la defraudación de esperanzas que se elevaban al cielo, la denegación de oraciones fervientes, la bancarrota de la nación y la derrota personal.

Pero, con todo, a pesar de los años y los achaques, a pesar de sufrimientos tan terribles que vale más callarlos, jamás vaciló en su fe. Él no podía errar, pensaba, porque servía la causa de Dios. Los reveses, los desastres, las catástrofes se repetían así una y otra vez, porque el designio divino, en virtud de alguna razón inescrutable, era conducirle a él y a su pueblo a la victoria por esa áspera senda. Jamás se le pasó por las mientes a Felipe que su sistema fuese defectuoso o que sus dotes fuesen insuficientes para su empresa, y hasta lo último nunca perdió la fe en la divinidad de su misión y la de España de dominar la cristiandad por la unidad católica.

Los últimos años de Felipe fueron amargados por preocupaciones de otro género que las emanadas de su lucha contra el protestantismo. Una circunstancia relativamente trivial dio origen a una lucha constitucional entre el rey y los aragoneses, tan celosos siempre de todo lo que pudiera redundar en menoscabo de sus privilegios. Felipe había ordenado en 1578 a su secretario principal, un bribón de formas atractivas llamado Antonio Pérez, que hiciese asesinar a cierto Escobedo, emisario molesto de Don Juan de Austria. No se realizó entonces el hecho; y cuando se consumó, seis meses después, el rumor público asoció al asesinato los nombres de Antonio Pérez y de la princesa de Éboli, viuda de Ruy Gómez. Contrarió a Felipe el escándalo, y dejó en parte caer de su gracia a Antonio Pérez. Pero, con la vuelta al poder del partido del duque de Alba en 1580, los enemigos de Antonio Pérez descubrieron poco a poco al monarca que el secretario le había engañado, sobre todo en lo tocante a Don Juan de Austria; que el asesinato de Escobedo fue realmente una venganza de un desaire hecho a la princesa, a quien había revelado Pérez secretos de Estado. Pérez fue encerrado en un calabozo durante varios años y procesado por el asesinato que había cometido, cumpliendo, es verdad, órdenes del monarca, pero realmente por complacer a su amante. Tenía a su lado muchos amigos y un fuerte partido político, que, ignorando los hechos verdaderos, se indignaron por la aparente injusticia de ese proceder; y Pérez, después de sufrir el tormento, logró huir a Aragón, donde sabía que no podría ser arrestado sumariamente ni aun por el rey, si reclamaba la protección del procedimiento aragonés.

Pérez conocía mejor que ningún hombre del mundo los secretos de Felipe, y éste, furioso, despachó órdenes a Aragón para que se volviese a traer al fugitivo, vivo o muerto, a todo trance. El pueblo aragonés se amotinó, juró que no se infringirían sus fueros, y puso en seguridad a Pérez llevándole a su cárcel de la Manifestación[217]. El rey se vio obligado a perseguirle con arreglo a las leyes aragonesas; pero, antes que divulgar secretos de Estado en pleno tribunal, acabó por desistir de la persecución, porque los jueces aragoneses no querían consentir al soberano la menor latitud. Reclamó entonces al secretario como servidor suyo, pero el tribunal aragonés se negó a entregar al preso; y, a instancias del rey, el Santo Oficio le llevó de la Manifestación a sus propios calabozos acusado de irreligiosidad. Resultó de aquí un gran levantamiento popular en Zaragoza (1591), y todo Aragón corrió a las armas para defender la Constitución. El palacio de la Inquisición fue sitiado, el representante del rey estuvo a punto de recibir la muerte, y el preso obtuvo la libertad y finalmente fue conducido a Francia, de donde huyó a Inglaterra para conspirar con los enemigos de Felipe durante el resto de su vida.

Había que dar una lección a los aragoneses. Un ejército castellano de 16.000 hombres ocupó la capital, y otras fuerzas reales barrieron el pueblo rebelde en los distritos rurales que trataban de resistirlas. La Inquisición extendió sus redes, y todos los ofensores que no habían huido fueron a parar a los calabozos del Santo Oficio. Se decapitó al justicia mayor, varios nobles aragoneses

---

217 La Manifestación era uno de los privilegios que el rey había jurado guardar. Era, en efecto, como el *habeas corpus* inglés.

murieron envenenados; y en un auto de fe celebrado en la plaza de Zaragoza, 79 infelices fueron condenados a muerte, aunque, por súplica clemente de Felipe, sólo se quemó a 6. Felipe sentó pesadamente la mano a Aragón, porque el hombre que aterrorizó al país con sus tropas fue el veterano Alonso de Vargas, uno de los soldados de la escuela de Alba. Felipe se mostró fríamente misericordioso, y no hizo gran cambio en la letra de la Constitución aragonesa; pero los ciudadanos estaban intimidados, porque conocían a su hombre, y Vargas y sus guerreros les patentizaron que las picas eran más fuertes que constituciones de papel, y que en adelante las tan decantadas libertades de Aragón no debían interponerse en el camino de la voluntad soberana del rey Felipe.

Un último golpe vino después a contristar a Felipe antes de morir. Los jesuitas ingleses y los vehementes frailes que le rodeaban no habían cesado nunca de encarecerle el deber de atacar a Inglaterra para restaurar la fe. Sabía, por una experiencia costosa, cuan imposible le era contender directamente con los hombres que habían deshecho la Gran Armada; estaba casi sin dinero, con una marina completamente desorganizada, con un ejército insuficiente para proteger sus propios dominios y proseguir su guerra francesa, y evitó prudentemente comprometerse en una empresa imposible. Pero la rebelión de Tyrone en Irlanda parecía ofrecer una ocasión favorable para dañar a poca costa al enemigo, y Felipe prometió a los católicos en armas un auxilio tímido e insignificante. Esto se exageró de un modo absurdo en Inglaterra; y Essex, y el partido puritano sobre todo, afectaron creer que era un peligro nacional. Así, con mucha vacilación y recelo de parte de Isabel, se preparó una buena flota al mando de Essex y Howard, la cual se dirigió a la bahía de Cádiz (junio de 1596) y tomó por sorpresa la ciudad. No había ninguna defensa digna de tal nombre. Los cañones eran anticuados e inútiles, las murallas de la fortaleza se desmoronaban; en todas partes reinaban la pobreza, el abandono y la inacción; y el miserable duque de Medinasidonia permanecía cruzado de brazos, mientras la ciudad era sistemáticamente saqueada, y los españoles quemaban 13 buques de guerra del país y 40 barcos de América con mercancías por valor de 10.000.000 de ducados, para que no cayesen en poder del enemigo. La fortaleza fue arrasada hasta los cimientos, y la primera ciudad marítima de España quedó reducida a un montón de ruinas: hecho que pregonaba a todo el mundo que el poder tan ponderado de España era un sueño sin fundamento.

El mísero rey se acercaba al sepulcro, cuando recibió la terrible nueva, y debió parecer como si el toque funeral por la grandeza de su país hubiese coincidido con el suyo. Pero él no se quejó nunca. Todavía, en un transporte de devoción, agarrando y besando un tosco crucifijo, yace en su pobre cama en el vasto monasterio de granito que se había construido por mansión, pidiendo siempre perdón y clemencia, pero no dudando jamás de que su causa era la causa justa. Cuando al fin (septiembre de 1598) cerró los ojos por última vez, despidiéndose de la lucha imposible de toda su vida, dejó a su país sumido en una pobreza y miseria indecibles, agotado por tres cuartos de siglo de incesantes combates con las olas irresistibles de la ilustración, de la libertad y del progreso.

Felipe fue obligado por las circunstancias a ponerse al frente de una causa perdida, pero en su extravío le acompañaba la nación entera. El pueblo español y su rey se imaginaban que la unidad religiosa exigida por el país, único lazo que podía ligar fuertemente sus heterogéneas poblaciones para los fines políticos de sus monarcas, era igualmente aplicable a la dominación de otros países, de diversas circunstancias étnicas y políticas. Acometieron la obra de imponer su sistema a la cristiandad con un fervor y un convencimiento que dieron a España, a pesar de su fracaso, una influencia en el mundo sin proporción ninguna con su fuerza. Felipe fue a la par el apóstol y el supremo sacerdote de la fe que hizo a España grande temporalmente. Con su muerte acabó el impulso; pero durante un siglo más, cuando a los ojos de todos España había caído en abyecta miseria o impotencia, todavía persistía en Europa la tradición altamente proclamada, aunque infundada, de su riqueza, de su grandeza y de su poderío superiores; y el orgullo de la inolvidable leyenda mitiga aún los golpes de la adversa suerte en la desgraciada España de hoy.

1560 a 1600.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

España llegó a su mayor altura y a su mayor descenso como potencia naval durante este período. Lepanto fue la apoteosis de la antigua galera como máquina de combate; la derrota de la armada marcó su extinción. Los grandes barcos que usaban los españoles para el comercio americano e indio, y para su protección, exigían nueva táctica, si habían de utilizarse para combatir. La idea de la galera era en gran parte la de un corcel marítimo destinado a conducir soldados a la pelea, y los españoles mantuvieron esa idea táctica en sus combates navales con los ingleses sobre barcos mayores. Atracar y aferrarse, para que los soldados pudiesen abordar al enemigo, era el objetivo español; atacar a los navíos españoles a larga distancia con artillería e impedir que entrasen en acción los soldados y las armas blancas y mosquetería, era el de los ingleses. Los españoles eran demasiado orgullosos y tercos para alterar sus nociones de combate en consonancia con la nueva construcción de los buques y las exigencias de los tiempos. Los ingleses disponían de una serie de grandes buques que demostraron la utilidad del navío mismo como una máquina de guerra, si estaba bien construido y manejado; y España perdió el cetro de los mares.

Como se habrá visto en el texto, la nación había sentido pronto las consecuencias de cargar sobre sí el peso de una cruzada que puso a sus gobernantes en conflicto con todos los elementos más vigorosos de Europa. La pobreza, la miseria y la desolación se habían enseñoreado de todo el país. Al par que las contribuciones agobiaban más cada vez a la industria, se destruían las fuentes mismas de la riqueza productiva. La expulsión de los moriscos de sus hogares fue un hecho tan absurdo como criminal; pero casi toda la nación aplaudió el acto, como aplaudió el objeto de las guerras que la arruinaban. La mala semilla del fanatismo, sembrada para sus fines por Fernando e Isabel, y alimentada por sus descendientes,, había dado ya sus frutos. La exaltación espiritual que impulsó a los españoles irresistiblemente al través de América y de media Europa, el exclusivismo religioso que los fundió en un sólido instrumento útil para sus reyes, condujo a la extinción de sus libertades, esclavizándolos en cuerpo y alma, y los hizo a la vez ignorantes y presuntuosos.

Ya en un siglo se había arruinado el país, y la larga agonía del siglo siguiente no era más que una lenta disolución. España había llegado a cifrarlo todo en el establecimiento de la unidad religiosa en la cristiandad, y había fracasado. El paso en falso de Fernando el Católico, al adoptar la uniformidad religiosa como el vínculo de unión nacional para servir a las aspiraciones aragonesas, había hecho depender la nación del aniquilamiento del protestantismo. Felipe II murió después de toda una villa de lucha, dejando al protestantismo entronizado en Inglaterra, Escocia, Holanda, Alemania septentrional y Escandinavia, y dictando condiciones aun en la católica Francia. España, pues, había sido vencida. No sólo quedaba demostrado que era imposible la idea por la cual combatió, sino que la base de la nación misma era inestable, y el pueblo había sacrificado en la lucha su propia libertad civil, religiosa e intelectual.

En el período que ahora revisamos, España había añadido Portugal y sus inmensas colonias a las posesiones de Castilla; la mayor parte de Italia estaba bajo su dominio, y la parte más rica de Flandes seguía siendo suya. En apariencia era más rica y poderosa que nunca antes. Pero su decantada grandeza era ya una vana ilusión. Aquella fe en una inspiración divina, que la había hecho temporalmente grande, iba menguando ante los golpes de la suerte; y, al abrirse el siglo XVII, España estaba desfalleciendo.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

El oro español procedente de América seguía afluyendo desde Sevilla a todos los países de Europa, menos a España. Las especias, drogas y gomas del Oriente llegaban ahora a Europa, por Lisboa, en los galeones hispano-portugueses, con más economía y abundancia que antes por Levante y Venecia. España exportaba aún a la mayoría de los países guantes, cuero fino, sedas y vestiduras eclesiásticas, a pesar de lo castigada que estaba su industria. La exportación de vino, aceite y otros productos naturales era de mucha importancia, no obstante hallarse prohibida a

Inglaterra durante cierto tiempo, y creció más aún cuando, algo después, la navegación disfrutó de seguridad, por vez primera en cincuenta años. Del renacimiento parcial en este sentido se tratará en el próximo sumario.

Se habrá notado en el texto que el principio de cada período de actividad intelectual y literaria de España coincidió en el tiempo con una decadencia del carácter y de instituciones nacionales. Así ocurrió en el período presente. España había entrado a la par en el ciclo de su eclipse como nación, y en aquel en que iba a ofrecer su mayor tributo a la riqueza intelectual del mundo. Durante la segunda mitad del siglo XVI se habían publicado en Inglaterra y en Francia gran copia de libros españoles de todas clases, así en el original como en traducciones. Las obras españolas sobre política, teología, viajes, historia, didáctica, los libros de caballería y las novelas picarescas[218] estaban de moda, y el estudio del español era un refinamiento de cultura. Pero, sobre todo, Cervantes había escrito el Quijote —aunque aún no estaba impreso—, Lope de Vega se hallaba en pleno florecimiento, y Mateo Alemán acababa de publicar su Guzmán de Alfarache, antes del primer año del siglo XVII.

---

218 Se encontrará una lista de todos los libros españoles publicados y estudiados entonces en Inglaterra en la *Spanish Literature in the England of the Tudors*. Underhill (Macmillan, New-York, 1899).

XI.
Consumación de la decadencia

Movimiento literario en el siglo XVI.—El desarrollo del drama español.—Lope de Vega.— La prosa española.—Don Quijote.—Las novelas picarescas.—Decadencia material y moral del pueblo.—Felipe III y el duque de Lerma.—Expulsión de los moriscos.—La guerra de los treinta años.—Muerte de Felipe III.—Condición del pueblo al advenimiento de Felipe IV.—Olivares y Richelieu.—La rebelión de Cataluña.—Pérdida de Portugal.—Caída de Olivares.—Desilusión y muerte de Felipe IV.—Agotamiento del país.—Costumbres del pueblo.—La edad de oro de la literatura y el arte españoles.— Velázquez, Murillo, etc.—Escultura española.—Reinado de Carlos II.—Su muerte.—Una herencia disputada.

El siglo XVI había sido un período de despertar para toda Europa. El esqueleto de la antigua cultura surgía dondequiera revestido de la hermosa carne del renacimiento. La imprenta llevaba el solaz de las letras a la generalidad de las personas cultas, y la popularización del drama profano transmitía el fruto del ingenio y de la imaginación a las muchedumbres que no podían leer. La mayor parte del movimiento artístico y literario había venido de Italia, cuyo país estaba en estrechas relaciones con España por la dependencia política y por la comunicación constante en paz y en guerra. Los soldados, los comerciantes, los funcionarios y los aventureros españoles estaban tan familiarizados casi con el italiano como con su propio idioma; y, por otra parte, el español era la lengua de moda en la mayoría de las ciudades italianas. España era, pues, uno de los países que debían recibir primeramente la nueva influencia civilizadora. Dante, Petrarca y Boccaccio llegaron aquí al principio en traducciones; pero, a mediados del siglo XVI, la forma, por lo menos, de la poesía española se modificaba merced al influjo de esos poetas, pasando del primitivo verso octosílabo al flexible y elegante endecasílabo italiano, vehículo favorito, después, de la expresión poética española, que en esa forma debía despertar tanta admiración en el mundo europeo. Boscán, Garcilaso y Hurtado de Mendoza, los primeros italianistas, tuvieron que luchar con una gran oposición de parte de los españoles a la antigua; en cuya opinión, las rígidas formas que habían satisfecho a sus ascendientes desde el tiempo de Juan de Mena eran bastante buenas para ellos. Pero el influjo del renaciente y refinado clasicismo de Italia venció la resistencia, y a fines del siglo, y durante los sesenta años siguientes, una profusión de versos fáciles, lozanos y brillantes; de odas, de poemas épicos, de composiciones líricas, de sonetos, de narraciones y, sobre todo, de dramas, fluyó a raudales, para deleite de España y de Europa.

El furor por las letras volvió a apoderarse del pueblo español, y otra vez, como en los tiempos de la decadencia romana, la producción literaria adquirió de golpe un carácter ibérico que la distinguió de sus modelos[219]; porque Cervantes, Lope de Vega, Calderón y Tirso de Molina (Gabriel Téllez) estaban animados del genio español y no podían menos de imprimirle en sus obras.

En anteriores páginas seguimos la evolución del drama español, desde las recitaciones de los juglares y los autos sacros, hasta los diálogos pastoriles de Juan de la Encina. La primera manifestación de la nueva influencia italiana sobre el teatro español fue visible en las comedias de Torres Naharro, representadas en Nápoles en el primer cuarto del siglo XVI. Estas no eran ya episodios pastoriles dramatizados, como las églogas de Encina, ni narraciones en diálogo dramático, como la famosa *Celestina*, sino dramas regulares sencillos en cinco actos. Castillejo, el denodado

219 Lope de Vega, que compuso, según se dice, de 1.500 a 1.800 comedias y 400 autos sacramentales (conservándose hoy 400 de las primeras obras y 40 de las segundas), escribió en su *Nuevo arte de hacer comedias*: «Que quien con arte ahora las escribe / Muere sin fama y galardón...» y confesaba que él encerraba los preceptos con seis llaves antes de escribir, y quitaba de su vista a Plauto y a Terencio, para que su inspiración le dictara lo que agradase al público.

adversario de la influencia italiana, hacía reír a todo Madrid, poco después, con los chistes, al par que le abochornaba con la deshonestidad de sus farsas populares. Pero la rígida corte del emperador y de su hijo no fomentaban tales diversiones en la alta sociedad, y no podían andar muy altos el mérito y el decoro en obras escritas para la muchedumbre y representadas delante de una manta en un patio.

Lope de Rueda, a mediados del siglo XVI, se dirigió a un auditorio más extenso. Sus obras escénicas, breves, sencillas e ingeniosas, cautivaron el gusto del público, y entonces se abrieron las compuertas. Juan de Malara y Juan de la Cueva escribieron comedias a centenares; y otro Naharro introdujo, en 1570, decoraciones movibles y trajes apropiados. Todos los pueblos de España eran visitados constantemente por actores ambulantes, y en 1582 se establecieron en Madrid dos compañías permanentes (en los corrales del Príncipe y de la Cruz); y después de la muerte de Felipe II, otro corral, inmediato al sitio que ocupa el Teatro Real actualmente, se dedicó a representaciones para recreo del rey y de la corte. En el momento en que toda España, con el instinto dramático de la raza, se agolpaba a ver comedias y encontraba pocas que valiesen, apareció el gran Lope, que con su talento, su ingenio y su fecundidad, transformó el teatro español, como su contemporáneo Shakespeare el inglés.

Enorme como fue el servicio que Lope de Vega y los demás grandes autores dramáticos prestaron al teatro moderno, difícilmente superó al que hicieron a la literatura los grandes maestros de la prosa española en un período semejante. En el tiempo sobre que ahora escribimos (principios del siglo XVII) el gusto del público español en este respecto había sufrido un gran cambio. La filosofía didáctica —tan pesada ahora para nosotros— de Antonio de Guevara y su escuela, las tediosas crónicas, que degeneraban muchas veces en vanagloriosos recuerdos de aventuras personales, y las afectadas imitaciones de *Amadís* y habían cedido el puesto a obras de un orden superior, escritas en un estilo de un vigor y una frescura no superados antes ni después. La brillante imaginación y el humorismo agridulce de la raza ibera se vistieron de un lenguaje tan puro y tan noble como el empleado por los escritores de la misma raza en los días florecientes de las letras romanas antes de que viniese la maldición del estilo florido. Diego Hurtado de Mendoza había sido uno de los primeros y más brillantes ejemplos de la nueva prosa en su *Lazarillo de Tormes* y después en su *Historia de la Guerra de Granada*, Antonio Pérez, escribiendo sus mordaces sarcasmos contra Felipe II desde el seguro refugio de Londres o París, jugaba con la hermosa lengua castellana como un diestro floretista con su florete. Cervantes, en el *Quijote* y en las *Novelas ejemplares*, sobrepujó a todos sus predecesores; y el historiador Mariana y una legión de escritores de segundo orden llevaron el mismo estilo brillante a la historia y la polémica.

El mundo esperaba algo mejor que las ficciones alambicadas de una caballería inverosímil, cuando los españoles le dieron el padre de la novela moderna. Boccaccio, Bonaventure de Perriers y otros habían demostrado tiempo hacía que todos los episodios de la vida del vulgo podían hacerse interesantes; pero el *Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache* y sus muchos continuadores, y el más grande de todos, *Don Quijote*, probaron que en manos de escritores españoles, con el limpio y nervioso castellano entonces en boga, las aventuras de un personaje imaginario podían servir de vehículo para la flagelación o el encomio de las personas o de la sociedad en general, representadas por tipos. El ingenio y la malicia campeaban aquí libremente, a despecho de la Inquisición, y todo el mundo saludaba con regocijo esta manifestación legítima del espíritu ibérico. *Robinson Crusoe, Tom Jones, Joseph Andrews* y *Pickwick* descienden tan directamente de *El Lazarillo de Tormes, Guzmán de Alfarache, Don Quijote, El Diablo Cojuelo, El Gran Tacaño* y *Gil Blas*, como las comedias de Moliere, Corneille y los dramaturgos de la Restauración inglesa de las de Lope de Vega y Calderón de la Barca.

Los últimos años del siglo XVI y los primeros del XVII vieron una marcada y lamentable degeneración del carácter del pueblo. La exaltada fe en su misión sagrada de destruir la herejía difícilmente podía sobrevivir a sus repetidas derrotas por mano de los herejes; y el largo

apartamiento del viejo monarca, y el rígido ascetismo que rodeaba a la corte, habían dejado a todas las esferas de la sociedad en libertad de entregarse a todos los grados de la licencia, sin perjuicio de rendir servil acatamiento de palabra a las ceremonias de la Iglesia y a los curas y frailes que pululaban por todos lados[220]. La reacción contra la ferviente creencia que había animado al país durante cien años hizo a los españoles en el siglo XVII (lo mismo a las mujeres que a los hombres) desdeñosamente escépticos, aunque observadores devotos de las formas que se les prescribían. Al ascetismo había sucedido una conducta tan libre, especialmente entre las mujeres, que chocaba y sorprendía a los extranjeros. El abandono y disipación de altos y bajos, la presunción y vanagloria, la corrupción y holgazanería, que ahora y durante los cien años siguientes caracterizaron al pueblo español, eran las consecuencias naturales de la caída de un alto ideal por el cual habían sacrificado su prosperidad material, su libertad civil, su independencia intelectual y religiosa. Todo lo que había quedado del espléndido sueño al presente era ignorancia, fanatismo y arrogante presunción.

El país estaba completamente arruinado. Grandes extensiones de terreno quedaron desiertas por falta de cultivadores; la mayor parte de la tierra estaba vinculada perpetuamente en la Iglesia y los nobles; los talleres y las fábricas permanecían ociosos, y la emigración a América continuaba sin disminuir. Las últimas Cortes de Felipe II dijeron oficialmente al rey que nadie tenía dinero ni crédito, y que el país estaba completamente desolado; que el que hacía algún dinero lo ocultaba y vivía de él pobremente hasta que se le concluía; que las alcabalas mataban el comercio; que donde antes se manufacturaban 30.000 arrobas de lana no se hacían entonces 6.000, y que en las ciudades principales la mayoría de las casas estaban cerradas y abandonadas.

Tal era el país a cuyo trono subió en 1598 Felipe III. El sistema entero de su abuelo y de su padre había consistido en hacer que el monarca lo fuese todo, y el resto de los hombres simples juguetes en sus manos; pero el anciano monarca, aun antes de morir, vio de qué modo se arruinaría su sistema, y deploró que el cielo le hubiese negado un hijo tan laborioso y dispuesto al sacrificio como él. El primer acto del reinado del joven Felipe fue entregar el manejo de los negocios a su favorito, el duque de Lerma, mientras él repartía su tiempo entre desatentadas diversiones y una devoción no menos desatentada. En una época en que lo que más se necesitaba, como hemos visto, era un gobierno firme, sensato y justo y una economía severa, se hicieron al país peticiones jamás oídas antes[221], y se llegó a una locura de despilfarro bajo el gobierno del duque de Lerma, que, por su parte, derrochó cuantiosas sumas de dinero con ocasión del matrimonio del rey, gran parte de las cuales marcharon fuera[222]. Para proveer a esos gastos se vendieron en gran escala títulos, grandezas y cargos lucrativos, con lo cual se vació más aún el Tesoro. Los precios de los artículos seguían subiendo, y aunque aún venían todos los años grandes sumas de oro de América a Sevilla, el que quedaba en España se atesoraba o enterraba en su mayor parte para preservarlo de las reclamaciones de los arrendatarios y recaudadores de tributos, y la circulación era excesivamente escasa. Se atribuía esto ignorantemente al empleo excesivo de la plata para el uso y adorno eclesiástico y doméstico, y en 1601 Lerma intentó infructuosamente poner mano sobre esa fuente de riqueza. Cuando vio la actitud amenazadora de los obispos y del clero, apeló a la misericordia de toda clase de súbditos del rey, e hizo mendigar dinero de puerta en puerta para aquel soberano y aquel Gobierno, que reclamaban la preeminencia sobre todos los demás, y se jactaban de ser los más ricos del mundo, sin duda porque eran los más derrochadores.

La lección de la humildad era muy difícil de aprender para el soberano y para el pueblo. La soberanía de Flandes había pasado, a la muerte de Felipe II, a Isabel Clara Eugenia, la hija favorita a quien el padre había tratado inútilmente de hacer reina de Inglaterra y de Francia; pero España creía aún de su deber derramar sangre y dinero para ayudar a la nueva soberana de Flandes a luchar

220 Contarini, el embajador veneciano en Madrid por entonces, decía a su gobierno que los españoles, *aunque eran inmorales, ¡eran buenos cristianos!*

221 Diez y ocho millones de ducados en seis años.

222 Cabrera de Córdoba dice que los gastos públicos para esas fiestas se elevaron a 1.000.000 de ducados, que los nobles contribuyeron con 3.000.000, y Lerma, por sí solo, con 300.000.

con los holandeses[223]. El archiduque Alberto, marido de Isabel y soberano consorte, intentó concertar una paz con Inglaterra y Holanda; pero las pretenciosas reclamaciones formuladas por España eran ahora ridículas, y las negociaciones no dieron resultado. La antigua tradición de dominar a Inglaterra seguía aún en pie, y los agobiados españoles sufrieron un crecido recargo del impuesto sobre los comestibles, para costear una gran expedición en auxilio de la rebelión de Tyrone en Irlanda. El desarreglo, la corrupción y los desastres dieron buena cuenta de la expedición: Tyrone fue vencido, y las ilusiones de España recibieron un nuevo golpe.

Antes de morir Isabel, un consejero español, más audaz que los restantes, dijo francamente al rey y a sus colegas que era una vana ridiculez persistir más tiempo en la pretensión de imponer a Inglaterra un soberano o una religión; y cuando subió al trono Jacobo I, tuvo fin la larga enemiga, y España firmó una paz con un país protestante[224]. Pero, aun así, fue en términos que Isabel no hubiese aceptado nunca; y España, a pesar de su manifiesta impotencia, obligó al acobardado Estuardo, por pura arrogancia, a prometer que no auxiliaría a los holandeses ni permitiría a los buques ingleses comerciar en las Indias. La guerra con los tenaces holandeses continuó seis años más —hasta 1609—, porque España no quería tratar con ellos más que como rebeldes. Pero al fin (1609) se firmó una tregua de doce años con la protestante Holanda, y quedó vencida finalmente la causa por la cual España lo había sacrificado todo. Sucediese lo que quisiese en Europa, nunca podría España dictar a otras naciones la religión que habían de seguir.

Por primera vez durante un siglo estaba en paz España. Su comercio se hallaba libre de las depredaciones de los corsarios, y la situación del pueblo mejoró algo indiscutiblemente en lo que toca a los recursos de los ciudadanos particulares. Pero la corrupción se había cebado tanto en la vida nacional, que los fondos de que disponía el Gobierno para los fines útiles eran tan restringidos como siempre[225]. No se emprendían obras públicas ni se hacía ningún gasto reproductivo; pero, de Lerma para abajo, todo funcionario robaba a la nación en la medida de su poder. Pensiones, gracias, monopolios, cargos, títulos, todo se vendía a los mejores postores. Había 20 virreinatos y 46 capitanías generales, con dotaciones espléndidas, 500 encomiendas pensionadas y un número enorme de plazas pródigamente retribuidas dentro y fuera del país. En circunstancias semejantes, las posesiones extranjeras y coloniales poco o nada contribuían al Tesoro nacional; pero los sátrapas españoles y los subordinados, que pretendían gobernarlas, acumulaban riquezas superiores a cuanto puede soñar la avaricia. Las fuerzas del ejército y de la marina se habían reducido a casi nada, aunque se presentaban regularmente las nóminas de buques y regimientos que no existían; y las galeras españolas del Mediterráneo sólo con dificultad podían proteger parcialmente las costas de la Península misma contra las constantes correrías de los piratas turcos y moros.

La mayoría de estos ataques se dirigían a las costas valencianas, donde residía una población numerosa de sangre mora, ciudadanos honrados, sobrios e industriosos, ocupados la mayor parte en el tejido de la seda y en la agricultura, los cuales, con su habilidad y su paciencia, habían convertido la vega de Valencia del un extremo al otro en un vergel. Se acusaba a esos moriscos de ayudar a los piratas moros, y aun de mantener correspondencia con los protestantes ingleses, en daño de

223 Desgraciadamente para España, la soberanía de Flandes, etcétera, volvió posteriormente al rey (Felipe IV), a la muerte, sin hijos, de la infanta y de su esposo, el archiduque Alberto.

224 En las *Relaciones* de Cabrera de Córdoba (*Documentos inéditos*) hay una reseña muy interesante de la visita de Lord Howard a España para la ratificación de ese tratado, presentando un curioso cuadro de la pródiga magnificencia de la corte española en tiempo de Lerma.

225 Los recursos nominales del rey de España en este tiempo los estimaba el embajador veneciano en 23.859.787 ducados; pero todas las partidas se exageraban, y casi de seguro el total de lo que ingresaba en el Tesoro no llegaba a la mitad de esa suma. En este período los gastos de la casa real (que en el reinado anterior habían subido a 400.000 ducados anuales) habían llegado ahora a 1.300.000 ducados. Cuando la animadversión pública amedrentó a Lerma pocos años después, y arrojó a los leones a algunos de sus ministros subordinados, uno de éstos (Franqueza) tuvo que desembolsar rapiñas y cohechos por valor de 1.400.000 ducados, y otro (Ramírez del Prado) una suma semejante.

España[226]; y los cristianos entre quienes vivían, particularmente los fanáticos curas, dirigidos por el arzobispo Ribera, los perseguían cruelmente. Disfrutaban de bienestar, mientras sus ociosos compatriotas andaban hambrientos, andrajosos; soportaban sin quejarse un gran recargo de contribución, y, sin embargo, tenían dinero cuando los demás carecían de él. Eran «una esponja que chupaba toda la riqueza de España», decían los cristianos viejos. Eran «hijos del diablo, que se enriquecían por brujería», gritaban los sacerdotes. Se atizó el odio contra ellos, y se pidieron duras medidas para aquilatar la sinceridad de su cristianismo. Se ofendieron, y mediaron comunicaciones entre ellos y los moriscos de las otras partes de España. El duque de Lerma se alarmó, porque la población perseguida era muy numerosa, y aumentaba rápidamente; y en septiembre de 1609 se publicó el terrible edicto mandando que todos los hombres, mujeres y niños de linaje moro del reino de Valencia se embarcasen para Berbería en el término de tres días, a excepción de seis de los «más viejos y buenos cristianos» de cada distrito, a quienes, por un refinamiento de crueldad, se ordenaba quedarse para enseñar a los cristianos sus procedimientos de cultivo.

Con todo género de circunstancias de inhumanidad se embarcó a millares de esos infelices, cuyo gran delito era su economía, para arrojarlos del país en que habían vivido sus ascendientes durante siglos. Maltratados, saqueados, y en muchos casos asesinados en el camino hacia los puertos, los que pudieron sobrevivir salieron desfallecidos y sin recursos, y en marzo de 1610 se declaró al reino de Valencia libre de la mancha de la sangre mora. Durante los seis meses se despojó de todo y se expulsó de su tierra natal a más de 150.000 de los mejores ciudadanos de España, muchos de ellos ricos y respetados, y tan puramente españoles a menudo como los mismos sacerdotes que los anatematizaban. Pero el fanatismo y la codicia ansiaban más víctimas, y durante el año 1610 se llevaron acabo análogas expulsiones de moriscos de Castilla, la Mancha, Extremadura, Aragón, Andalucía, Murcia y Cataluña. Los moriscos del Norte a duras penas podían distinguirse de los cristianos de vieja cepa: tan íntimamente se había mezclado la sangre; pero blancos o morenos, ricos o pobres, todos los individuos de ascendencia mora conocida fueron despedidos del suelo español en aquel año cruel.

Se calcula que no bajarían de 500.000 almas las que salieron así, llevando en sus corazones a su nueva patria africana el odio a los españoles cristianos, que sobrevive en sus parientes hasta el día. El fatuo clero y su ignorante grey se regocijaban de ver limpio el país de aquellos cuyos padres le habían gobernado en medio del esplendor y de la prosperidad, pero los pocos españoles más reflexivos lloraron aun entonces la pérdida del mejor elemento de la población industrial española. Desde aquel año el país no ha vuelto a recobrarse nunca enteramente del golpe que entonces recibió. La fastuosa magnificencia de Lerma se ha olvidado; la santidad de Ribera se ha desvanecido ante su crueldad; las diversiones y devociones del monarca no se recuerdan sino para ridiculizarse; pero monarca, arzobispo y ministro viven desde entonces en la memoria de los hombres como los perpetradores de uno de los más grandes crímenes contra la humanidad y contra su patria que registra la historia del gobierno.

No se necesitaba ahora ser adivino para ver que España estaba en decadencia y que sus pretensiones de superioridad eran infundadas. Los que habían sentido su pesada mano en el pasado estaban impacientes por humillarla. Saboya y los Estados italianos, Suiza y el partido protestante de Inglaterra se hallaban dispuestos a hacer causa común con Enrique IV de Francia, y dar un golpe para reducir a la casa española de Austria en Europa al puesto que correspondía a su poder real, y devolver a Francia el predominio de que la había privado el ascendiente temporal de España. Pero el puñal de Ravaillac arrebató la vida al gran bearnés (mayo de 1610), y cambió todo el aspecto de las cosas. Su viuda, la regente María de Médicis, con sus inclinaciones papales y su reverencia tradicional por la gran potencia católica, cambió de arriba abajo la política de su ex-hugonote marido, y volvió a inclinarse ante el dios de la supremacía católica española. Se casó al joven rey de Francia con la infanta española Ana, y al hijo mayor de Felipe III con una princesa francesa (1612);

226 Jacobo I, al subir al trono, había enviado a España algunas cartas acusatorias de ellos, escritas en el reinado anterior, que había encontrado en Inglaterra.

se firmó con extraordinario júbilo y magnificencia[227] un tratado que debía hacer de España y Francia por siempre una gran confederación católica; y Jacobo I de Inglaterra, para no quedarse aislado, se arrastró servilmente ante Gondomar y su amo, a fin de captarse la amistad de una nación que, a los ojos de todo el mundo protestante, había hecho quiebra en recursos, carácter y fuerza. Sólo el duque de Saboya alzó la cabeza contra sus amos antiguos, y durante dos años ardió la guerra en el norte de Italia entre él y los casi independientes virreyes españoles, sin resultado decisivo por ninguna de las dos partes (1617). Siguió una guerra entre esos sátrapas (Toledo y Osuna) y la república de Venecia; mas por este tiempo los asuntos de España habían llegado a una crisis que exigía perentoriamente la terminación de la guerra en Italia a cualquier precio.

Se ha mostrado en los capítulos anteriores que todas las desventuras de España se debían al hecho de que la herencia imperial había impuesto al país una tarea superior a sus fuerzas y a sus recursos. Por fin, se veía libre de todo interés directo en Alemania y en Flandes. Sus pretensiones de dictar la religión de la cristiandad habían fracasado irremisiblemente, y, como hemos visto, aun el manejo de sus propios asuntos era más de lo que podía hacer con éxito. Pero su pueblo y aun sus ineptos gobernantes, engreídos por la nueva adhesión francesa y el servilismo del rey inglés, todavía soñaban en la posibilidad de realizar las antiguas ambiciones. Había empezado en Alemania la guerra de los treinta años, y a ruegos de su pariente el emperador, Felipe, pobre como era, consintió nuevamente en arrastrar a su país a una guerra en que nada tenía que ganar; y se amontonaron sobre España nuevas cargas, para enviar un gran ejército a las órdenes de Espínola a invadir el Palatinado y combatir por la supremacía del catolicismo en la Europa central. La batalla de Praga (1620) decidió la lucha en lo tocante al «rey de Bohemia», yerno de Jacobo Estuardo; y durante muchos años después, la política inglesa respecto de España se subordinó al deseo de los Estuardos de conseguir que se restituyesen siquiera al desgraciado Palatino sus dominios hereditarios. España vio así lisonjeado su orgullo, pero nacionalmente no ganó nada, y el sufrido pueblo se hundía en mayor abyección cada vez, en medio de la miseria y de la corrupción crecientes que se enseñoreaban de todo. El espléndido Don Rodrigo Calderón, paje de Lerma, cayó por una intriga de palacio, y fue desposeído de su rango y de su riqueza mal adquirida. Lerma, por su parte, buscó una seguridad relativa contra una conspiración dirigida por su hijo el duque de Uceda, acogiéndose precipitadamente a un cardenalato[228]. A una cuadrilla de saqueadores sucedía otra; el círculo de corrupción se extendía más cada vez desde el palacio real, su centro; y la situación del país se agravaba de continuo.

La decadencia de la agricultura y el lujo de las rapaces clases superiores contribuían a que se apiñase la población en las ciudades, con la esperanza de recoger algunas de las migajas que cayesen de las mesas de la única clase que era rica. La vida desocupada y el eterno escribir y recitar versos, que solía ser un pretexto para disculpar la ociosidad, eran los recursos de los que pugnaban por hacer presa en los saqueadores; y las capitales estaban atestadas de supuestos caballeros, de lacayos bergantes, de matones asalariados, de frailes haraganes y de escritores satíricos en busca de patronos. La población total del país era ahora de unos 9.000.000 de almas, y en los veinte años del reinado de Felipe los agricultores de una sola provincia —la de Salamanca— habían descendido de 8.343, con 11.745 yuntas, a mucho menos de la mitad de ese número en hombres y en ganado. Por otra parte, no había menos de 32.000 frailes de las órdenes de Santo Domingo y de San Francisco, sólo en España. Todas las Cortes que se reunían suplicaban el remedio. El reino, decían, estaba convirtiéndose rápidamente en un desierto, y una y otra vez rogaban al monarca que moderase sus propios gastos y que cesase de prodigar pensiones y oficios, que obligase a los nobles a vivir en sus haciendas y enviase a trabajar útilmente en los campos a las muchedumbres de pretendientes que los seguían. Una vez fueron las Cortes bastante osadas para pedir que se aliviase a la producción

227 Dícese que sólo Lerma gastó 400.000 ducados en su viaje a la frontera, donde debían reunirse los contrayentes y firmarse el tratado. (Dávila.)

228 En *Gil Blas* puede verse una viva pintura de este período.

agrícola de alguno de los gravámenes que impedían su circulación, y que se pusiese un límite al número de curas, frailes y monjas, que vivían en una ociosidad estéril.

Pero ahora se hacía poco caso de las Cortes. Felipe, sus favoritos y los favoritos de sus favoritos *ad infinitum*, seguían su antigua marcha, viviendo en un paraíso de despilfarro y esplendor, alternando con accesos de devoción extática, hasta que, al cabo, llegó para el rey el término de todas las cosas, y lleno de remordimientos por su malgastada vida, y muy preocupado, como un día su padre, por el porvenir de su sucesor, Felipe III exhaló el último aliento, el 31 de marzo de 1621[229]En cualquier otro país, la desolación y la miseria sufrida por la mayoría de los habitantes hubieran hecho al rey, por lo menos, impopular. Pero no fue así. La vana idea de que era Felipe el potentado más rico de la cristiandad pasaba aún como un artículo de fe para la mayoría de los españoles, y el esplendor que le rodeaba lisonjeaba el orgullo del ínfimo de sus hambrientos súbditos. Las añejas tradiciones sacerdotales de la soberanía de Castilla subsistían aun al través de los siglos; y que el rey no podía equivocarse en su inefable grandeza, era un axioma a que los españoles se aferraban tenazmente, porque, en la misma medida en que se elevaba a su rey, sobre los otros reyes, se elevaban ellos sobre los otros súbditos.

El oficio de privado era demasiado provechoso para no excitar viva competencia. El duque de Uceda había desbancado a su padre, el duque de Lerma; pero otro más fuerte que los dos estuvo acechando y maquinando mucho tiempo para desposeer a toda la casta de Sandoval e imperar él en España bajo el nuevo rey. Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, altivo, imperioso e inteligente, se había captado ya la confianza del rey de diez y seis años, a quien lanzó en edad tan temprana al mar de los placeres, que a la postre debía arrebatarle; y, apenas depositado el cuerpo de Felipe III en el mausoleo de jaspe que había construido para su estirpe en el palacio de granito de su padre, se hizo un expurgo de Uceda y sus amigos. Olivares no respetó altos ni bajos: Uceda murió preso; la cabeza de Calderón cayó por fin; el gran virrey de Nápoles y Sicilia, el duque de Osuna, fue encerrado en un calabozo, del cual no debía salir nunca; y cuando todo estuvo despejado, Olivares, duque y grande ahora, puso la mano en el gobierno por su propia cuenta bajo la égida del flaco, pálido y rubio mancebo, de mandíbula saliente, cuyos ojos de plomo miran eternamente desde el lienzo inmortal de Velázquez.

Si se quería que España volviese a sonreír, la tarea del nuevo ministro era, en verdad, una tarea hercúlea. Los abusos que habían venido acumulándose en los últimos veinticinco años estaban pidiendo remedio a voces. La gran reclamación de las personas ilustradas era que se modificase la imposición de tributos, que se aligerasen los millones y las alcabalas, y que el pueblo volviese así a a las tierras que había abandonado por necesidad. «¡Fíjense las cuotas para cada distrito, y que los ayuntamientos recauden el dinero mediante una contribución uniforme!», decían unos. «¡Que vuelvan los nobles y los prelados a sus haciendas!», decían otros. «¡Que se reduzcan los gastos de la corte y las prodigalidades estériles!», clamaban todos. Las diversas fuentes de recursos estaban empeñadas y arrendadas, y la recaudación, en la mayoría de los sitios, era opresora en extremo. La más ligera equivocación o evasiva traía aparejado un proceso, que era la ruina del contribuyente, y bastaba que se incoase tal proceso para que el demandado lo abandonase todo y se lanzase a la vida vagabunda. Había una legión de monopolios —los naipes, la pimienta, el azogue, la sal, etc.—, y cada monopolio tenía sus tribunales, jueces y funcionarios especiales, de modo que los arrendatarios de tributos venían a ser jueces en causa propia y se salían en todo con la suya. Olivares se esforzaba por introducir alguna mejora, y el rey estaba lleno de simpatía hacia los

229 Se encontrará una relación circunstanciada e interesante de los sucesos de la corte durante el reinado de Felipe III en la historia contemporánea escrita por un cortesano contrariado llamado Novoa (aunque se atribuyó antiguamente a otro, llamado Vivanco), que había ayudado a Olivares en sus primeras intrigas contra Uceda y los Sandovales, y no había sido recompensado como esperaba. La mezcla de esplendor y de abandono del tiempo, la desesperación y la confusión, engendradas por la miseria general, y la afectada pasión literaria que se había apoderado de los españoles de todas las calidades, aparecen pintados vivamente en las revelaciones sin artificio de Novoa. (*Documentos inéditos*, LX y LXI.)

sufrimientos de su pueblo. Pero los dos tropezaban con la ignorancia y las malas tradiciones, y no hacían más que tocar la superficie de la cuestión. El sistema suicida de gravar las fuentes de producción permanecía inalterable. Se reformó hasta cierto punto la corrupción de los funcionarios, se prescribió a todas las clases sociales una manera más modesta de vestir y vivir, se suprimió la multiplicidad de servidores inútiles, se prohibió severamente la costumbre universal de pasear las calles en coche arriba y abajo durante la mayor parte del día.

Pero éstos no eran más que síntomas del mal que aquejaba al pueblo; no eran el mal mismo, que tenía raíces más profundas. El verdadero mal consistía en que la política de sus gobiernos había hecho a los españoles ignorantes, fanáticos y obstinados; esa política los había llevado a mirar el trabajo como una deshonra, y sobre el trabajo pesaban todas las cargas nacionales. El alto espíritu de sacrificio había muerto; la nación no tenía ya la conciencia de una misión sagrada. Los que bullían alegremente vivían de los que trabajaban, a quienes miraban con desdén, y era natural que cada ciudadano tratara de incorporarse al bando de los ociosos respetados antes que al de los trabajadores despreciados[230].

En estas circunstancias, la primera necesidad nacional era no tanto disminuir los gastos y reducir el lujo como fomentar la producción. Lo último no lo intentó J Olivares; a lo primero renunció desesperanzado después de una prueba tímida. Una vez (1623) las Cortes de Castilla —compuestas ahora sólo de los representantes de 18 municipios— sacaron fuerzas de flaqueza para decir a Olivares, aunque sin resultado, que no se atrevían a votar la crecida suma adicional de 70.000.000 de ducados destinada a librar de deudas al real patrimonio, y que, en todo caso, sus comitentes no podrían pagarla. Pero dinero había que tener de algún modo, porque los españoles estaban otra vez en guerra con los holandeses, ahora que había concluido la impopular tregua de doce años, y el emperador no cesaba de pedir a Felipe nuevos auxilios para combatir a sus súbditos protestantes de Alemania. Se recurrió, pues, una vez más al antiguo y desastroso sistema de hacienda[231]; se contrataron empréstitos a interés usurario, se empeñaron rentas por más años, se vendieron en gran escala cargos, títulos y señoríos de la Corona, eximiendo de contribución a los compradores, mientras la masa del pueblo seguía pereciendo de hambre y vagaba harapienta, si no podía lucir raso. La adhesión de la reina regente francesa María de Médicis había salvado a España de ataques durante cierto tiempo; pero con la subida de Richelieu, más patriótico y más ambicioso para su país que la reina madre, creció el peligro. A Jacobo I de Inglaterra se le embaucaba aún con negociaciones para casar al príncipe de Gales con la hermana de Felipe IV. Por parte de España, eso no era más que una nueva tentativa para dictar a Inglaterra la religión del Estado, a fin de disponer de su fuerza política; y cuando Carlos I lo comprendió, en su loco viaje clandestino a España, ya

230 El testimonio de los contemporáneos respecto a la indolencia que había invadido a la nación en este período sería increíble, si no le confirmasen ampliamente los resultados conocidos. Un viajero francés (Voiture), que estuvo en España en 1621, escribía: «Si llueve, los lugareños que van con pan a Madrid no le llevan, aunque saben que pueden venderlo a mejor precio. Cuando escasea el trigo en Andalucía y abunda en Castilla, nadie se toma la molestia de enviarlo donde hace falta, sino que se espera a que lo lleven de Francia o de cualquier otra parte... Si los españoles son pobres, es porque son abandonados y perezosos». Otro (Campanella) escribía en el mismo período: «El español es haragán, no sólo en agricultura, sino en toda clase de oficios. Tal es la razón de que España carezca de manufacturas; de que toda la lana, seda y otros productos se envíen fuera; de que toda la materia prima que no se exporta se elabore, no por españoles, sino por italianos, y de que el cultivo de las tierras y de las viñas se deje a los franceses». Madame D'Aulnoy dice algún tiempo después: «Prefieren soportar el hambre y todo género de penalidades, a trabajar. El orgullo y la indolencia les impiden labrar la tierra, que, por consiguiente, permanece inculta, a menos que algunos extranjeros más industrioso» emprendan la obra, llevándose a su patria los salarios, mientras el mísero campesino español rasguña una guitarra vieja o devora con los ojos un pobre romance.» Un español (Fray de la Mata) se lamentaba en 1655 de que inundasen el país 120.000 extranjeros, que se llevaban anualmente en salarios 1.000.000 de ducados de oro. Talos testimonios podrían multiplicarse hasta el infinito. Las mismas obras de Cervantes, Lope de Vega y Góngora están llenas de referencias al espíritu ocioso, pendenciero y bravucón de los españoles del tiempo.

231 El gran remedio de la pobreza del país propuesto entonces por las Cortes fue restringir más la exportación de moneda y de metales preciosos.

demasiado tarde para salvar la dignidad de su país ni la suya, tuvo término la negociación solapada[232]. Inglaterra se alió con Francia, y Carlos se casó con Enriqueta María.

Entonces quedó España, aunque ella no lo veía, a merced de sus rivales, y Richelieu sacó todo el partido posible de las circunstancias. No necesitó esforzarse mucho; porque, a pesar del agotamiento del país y el fracaso de su propósito de atar a Inglaterra, el altanero y despótico Olivares, con la aprobación de la mayoría de sus compatriotas, se inclinó a una política de agresión, que una vez más puso a España en contacto hostil con algunas de las fuerzas más vigorosas de Europa. El triunfo de Espínola en el Palatinado había vuelto a despertar los sueños españoles de dominación, que parecían haber sido sepultados en la tumba de Felipe II, y se empezó una campaña vigorosa para subyugar a Holanda. Espínola no logró someter a Bergen (1624), y entonces marchó contra la famosa plaza de Breda, guarnecida por una fuerza de 7.000 holandeses, ingleses y franceses, al mando de Justino de Nassau. Espínola tenía para emprender el sitio una fuerza casi cuádruple, en su mayoría españoles e italianos, e impidió que Mauricio de Nassau y su ejército de 18.000 hombres socorriesen la ciudad. Mauricio combatió heroicamente sin lograr su propósito, pero la plaza se sostuvo mes tras y mes durante el invierno contra la severa persistencia de Espínola y de sus abrumadoras fuerzas. La defensa de la ciudad es famosa en la historia, y su rendición (1625) en honrosas condiciones, cuando se había perdido toda esperanza, ha sido inmortalizada en uno de los más célebres cuadros de Velázquez. Esta victoria, el continuo auxilio prestado por España al emperador y, sobre todo, la ambición no disimulada de Olivares con respecto a los Estados italianos que no estaban ya bajo la dominación española, movieron, por fin, a Francia a la acción.

Los españoles habían seguido ocupando la Valtelina a despecho de los tratados, y Richelieu, en unión con Saboya y Venecia, había invadido el territorio (1624), aunque evitando durante cierto tiempo una declaración abierta de guerra. Pero cuando, tendiendo a Carlos I de Inglaterra el antiguo cebo de la restitución del Palatinado, atrajo a ese país a la alianza con el suyo, se quitó y la careta, y se reanudó la larga lucha entre Francia y la casa de Austria, en la cual Inglaterra, como de costumbre, fue el instrumento de su aliada. Una vez más los españoles, ante la idea de la renovación de la gloria, sacaron a luz los tesoros largo tiempo escondidos; el clero, los nobles y hasta las señoras contribuyeron con su plata y sus joyas a pagar hombres y armas. El Papa se puso de parte de España, y fue liberal en bendiciones. Los Estados italianos respondieron al llamamiento ante una invasión de Italia por los franceses, y la posición de Richelieu no le permitió durante cierto tiempo ir demasiado lejos frente al partido católico unido de Francia y de fuera, y se pactó una paz entre Francia y España (1526), dejándolo todo, sobre poco más o menos, como estaba antes. En Alemania y Flandes, gracias al genio de Tiily y de Espinóla, las cosas habían marchado favorablemente para los españoles; la armada holandesa fue destruida a la altura de Gibraltar por Don Fadrique de Toledo, que luego limpió parcialmente el Mediterráneo de los piratas moros que le infestaban. Además, los holandeses, que se habían apoderado de algunos de los establecimientos españoles en la América del Sur y en las Indias occidentales, fueron expulsados de allí. Todo esto despertó la antigua arrogancia española. Felipe IV era el rey más grande que se había conocido nunca —Felipe el Grande, el rey del Planeta, se le llamaba— y el conde-duque de Olivares el ministro enviado por el cielo, que iba a realizar, al fin, la grandeza sólo soñada por el segundo de los Felipes.

232 A pesar de la situación miserable del país, Olivares aprovechó la visita del príncipe de Gales y de Buckingham a Madrid para hacer un alarde de magnificencia nunca visto. Se arrojaron al viento las pragmáticas que ordenaban la economía en el vestir y el vivir; las joyas, etc., dadas como presentes a Carlos y a su séquito valían enormemente más que las que ellos habían traído. Toda la visita parecía un sueño de despilfarro. Góngora, en un poema escrito entonces, dice que el rey de España gastó en el agasajo 1.000.000 de ducados de oro; y un manuscrito contemporáneo que yo poseo, debido a un funcionario de la corte (Soto de Aguilar), trae una lista de presentes y convites que parecería justificar la afirmación de Góngora. Para más pormenores que los que aquí pueden darse de la visita de Carlos a Madrid, véase también la *Historia de Felipe IV* de Céspedes, la *Historia* de Clarendon, el *Príncipe Carlos y el matrimonio español* del Dr. S. R. Gardiner, las *Cartas* de Howell, el *Endymion Porter* de Mrs. Townsend y la *Defensa* de Lord Bristol (*Camnde Miscellany*, vol. VI).

La parte principal de los gastos de esta política agresora tenía que ser cubierta de algún modo por la arruinada Castilla; y cuando se exprimió hasta el último escudo que pudo obtenerse, Felipe se dirigió a Aragón, para ver de sacar a los testarudos Parlamentos algo más que lo que daban a regañadientes todos los años. No encontró a los tres Parlamentos de Aragón, Cataluña y Valencia en las mejores disposiciones. Cada uno de ellos se aferró a la letra de sus antiguos fueros, y resistió la presión que había reducido a la impotencia a las Cortes de Castilla. Olivares, vivamente resentido contra una institución que se atrevía a interponerse en el camino de su voluntad, estuvo altanero e imperioso, y empezó por inducir al rey, ante una muestra de oposición de las Cortes de Valencia, a abolir de una plumada su facultad de negar los subsidios pedidos. Las Cortes de Cataluña fueron más firmes, y denegaron las grandes y anticonstitucionales peticiones que se les hacían. La negativa fue tan enérgica que Olivares, con real o supuesta alarma por la seguridad del rey, se le llevó precipitadamente de Barcelona, dejando en pos de sí la semilla de disturbios que debía producir a su tiempo abundante cosecha.

Entretanto, se preparaba Richelieu. Había estado en guerra con su antes aliada Inglaterra, que andaba ayudando a los hugonotes, y había derrotado al duque de Buckingham delante de la Rochela. Ahora estaba dispuesto a solventar cuentas con Olivares. El pretexto para la guerra fueron las pretensiones rivales del duque de Nevers y del duque de Guastala a la herencia del ducado de Mantua. Esta vez el duque de Saboya estaba al lado de España, y ocupó el territorio disputado. La toma de la Rochela (octubre de 1628) y la sumisión de los hugonotes dejó a Richelieu libre de llevar la guerra a Italia con fuerzas francesas. Olivares hizo la paz con Inglaterra, y gradualmente quedaron ordenadas las fuerzas de ambos lados, uniéndose ahora el emperador, España y Saboya contra Francia, el Papa, Venecia, Mantua y los holandeses. Richelieu salió victorioso en casi todas partes; Carlos Manuel de Saboya murió apesadumbrado, en julio de 1630, y el gran Espínola poco después. España, completamente agotada ahora, dejó la lucha, y Richelieu obtuvo todo lo que había pedido en Italia por el tratado de Casale (octubre de 1630). Todavía fue más desastrosa para los españoles su campaña en Holanda, donde no sólo habían sido arrojados ignominiosamente de las Provincias Unidas, sino que habían perdido la posesión de Güeldres en la lucha con el príncipe de Orange; y en Alemania los protestantes con el gran Gustavo Adolfo arrollaban cuanto se les oponía. Durante el rudo invierno septentrional de 1632 los españoles de los ejércitos imperiales murieron a montones. Tilly, el mejor general del emperador, halló la muerte en el campo de batalla, y Wallenstein, su sucesor, fue asesinado (1634).

Todo parecía perdido para la causa de la casa de Austria, cuando el infante Don Fernando, el joven hermano del rey de España, de camino con un ejército de 18.000 hombres para su nuevo gobierno de Flandes[233], llegó oportunamente a Nordlingen para auxiliar a los imperiales, y en una de las más sangrientas batallas de la guerra de los treinta años causó una terrible derrota a los protestantes, que perdieron 12.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros (1635). El valor y el arrojo de la infantería española en esa ocasión fueron dignos de las mejores tradiciones de la raza, y conquistaron la admiración de sus mismos enemigos. Había, en efecto, entre los españoles una poderosa aunque temporal reanimación de aquella idea de misión religiosa, a la cual se debió su pasado ímpetu. Los españoles eran otra vez una hueste católica que combatía contra herejes; el desenlace de los litigios territoriales en juego no les interesaba nada. Si tal o cuál potentado gobernara en Mantua, en Cleves, en Saluzzo, no era cosa que podía interesarles; pero figurar en las filas del ejército del Señor y combatir con sus enemigos lisonjeaba nuevamente su amor propio y despertaba su ardor fanático. La victoria de Nordlingen volvió a poner en campaña a Richelieu y a los franceses contra Olivares y los españoles, porque la rivalidad personal entre los dos ministros era tan grande como la enemistad nacional, y tornó a reanudarse la guerra con vigor. Los españoles peleaban bien, y durante los años 1635 y 1636 prosiguió la lucha en Alemania, Saboya y Flandes con varia suerte, pero siempre para mayor extenuación de la mísera España despoblada.

233 La infanta Isabel, que había heredado la soberanía a la muerte de su padre, Felipe II, había muerto sin hijos (1633), y la soberanía había vuelto a España.

En 1637 el Papa hizo un esfuerzo por conseguir una paz general; pero de nuevo se interpuso en el camino el orgullo español, negándose a entrar en conferencias con los holandeses y los protestantes alemanes. Hubo un momento durante el año en que parecía como si todo Flandes, Luxemburgo y el Franco Condado estuviesen perdidos para España, al propio tiempo que era aniquilado un ejército español que había invadido a Francia. Por fin, en 1638 pareció a Richelieu llegada la hora de humillar definitivamente a su rival, y los franceses cruzaron la frontera española, tomando a Irún y poniendo sitio a la plaza de Fuenterrabía. Pero, o por traición, como decía Richelieu, o por pánico, La Valette huyó ante una fuerza española de socorro, y fracasó el intento. Al siguiente año los franceses, al mando de Condé, cruzaron los Pirineos por el otro extremo, por la provincia española de Rosellón, y penetraron en Cataluña. Los catalanes, reducidos a sus solos recursos, lucharon valientemente, y después de terribles pérdidas consiguieron expulsar a los invasores (1639), fallando así la segunda tentativa de invasión como la primera. En cambio, la escuadra española fue completamente destruida por los holandeses en las Dunas (1639), y los grandes gastos y esfuerzos que había hecho Olivares por rehabilitar el poder marítimo de España resultaron perdidos.

La guerra así se encendía y se amortiguaba alternativamente en distintos puntos de Europa, sin resultados decisivos para una ni otra parte. Pero, en una guerra de recursos con Francia, España tenía que ser vencida a la larga, porque Richelieu era un hacendista más ilustrado que podía serlo cualquier ministro español, y España no constituía aún una nación políticamente unida, como Francia. Olivares era un hombre de indomable energía y de gran capacidad natural; tenía vastas ambiciones para su país y por cuenta propia; pero, como Fernando el Católico y Carlos I, vio que, sin un vínculo que uniese a toda la población de España, no podría haber un gran destino para ella. El vínculo momentáneo de exaltación espiritual, forjado en mala hora por Fernando y el clero, se estaba ya cayendo a pedazos; y Olivares, dirigiendo los ojos al otro lado de los Pirineos y del golfo de Vizcaya, veía dos grandes naciones prósperas, organizadas sobre las bases naturales de la fusión étnica y la unidad territorial política. Él, sin duda, no llegó a comprender qué causas profundamente arraigadas —algunas de las cuales han sido expuestas en este libro— hacían imposible el logro de una unidad semejante en España, a no ser por un procedimiento lento y circunspecto. Olivares, como los que le habían precedido, tenía prisa de realizar sus designios; quiso saltar por encima de las tradiciones nacionales, de los prejuicios étnicos y de las antiguas constituciones, y la consecuencia inevitable fue el desastre.

Castilla y sus dependencias languidecían, sumidas en la pobreza más hondamente cada vez. Los corsarios holandeses acosaban al comercio, ahuyentándolo casi del mar, y se apoderaban de gran parte de los tesoros de América; estaba prohibido todo comercio con los países que hacían la guerra a España, lo cual equivalía casi a una paralización completa del tráfico. Los precios de los artículos, por consecuencia, subían exorbitantemente, y Olivares agravó más aún la perturbación, en vez de remediarla, reduciendo en una mitad el valor de la moneda y bajando arbitrariamente los precios de los comestibles, con lo cual dificultó la producción. En 1638 el rey dijo a las Cortes castellanas que había tenido que empeñar rentas para tomar 72.650.000 ducados al 8 por 100 de interés, y se recargó la alcabala en otro 1 por 100[234], y se votó un aumento del impuesto sobre el vino. Pero las cosas habían llegado a un punto en los reinos de Castilla en que todo aumento de la contribución iba contra su propio fin y no producía ningún incremento de recursos; de modo que Olivares tuvo que dirigirse a otra parte en busca de dinero.

Ya se ha indicado lo mucho que se diferenciaban la composición étnica y las tradiciones gubernamentales de Cataluña de las de Castilla y del Mediodía. Las Cortes catalanas y aragonesas, no sólo habían defendido celosamente la bolsa, sino que, como estaban compuestas de representantes de todas las clases de la sociedad, tenían poder para atajar cualquier conato de

234 Cuando se vio que este 1 por 100 de recargo producía menos de lo que se esperaba, a consecuencia de la disminución de las transacciones, Olivares quiso aumentarlo más aún; pero las Cortes se negaron a votar entonces nada más.

infracción, por parte de la Corona, de los derechos autónomos a cuya sombra se había desarrollado el pueblo. Los catalanes, especialmente, eran y son una raza de energía, iniciativa y actividad extraordinarias, el nervio de la España industrial. Apenas les afectaron las causas que habían reducido a la mayoría de España a la presunción indolente y a la pobreza. No habían matado sus industrias y su comercio alcabalas y millones abrumadores; no había dañado el espíritu de sus ciudades industriosas una muchedumbre de cortesanos ociosos; para ellos su príncipe no era un soberano sacerdotal, como el rey en Castilla, sino un jefe ausente que sólo gobernaba por virtud de un pacto que debía cumplirse. La lengua y la literatura de los catalanes, además, eran provenzales más bien que castellanas, y ellos no habían estado sujetos nunca al dominio de ningún otro potentado ni gobierno fuera del suyo.

Cuando Olivares había llevado al monarca a Barcelona[235] en 1626 y en 1632, las Cortes negaron las peticiones anticonstitucionales del ministro, que envolvían un gran aumento de subsidios; y, como hemos visto, la primera vez Felipe salió airado de la ciudad. En 1640, cuando estaban agotados todos los otros medios de levantar fondos, Olivares dijo al Consejo en Madrid que, en el apuro nacional en que se hallaban, debían desentenderse los fueros de Cataluña e imponerse a los catalanes una contribución proporcionada a su riqueza. Ordenó también anticonstitucionalmente el reclutamiento de 6.000 catalanes para servir en Italia, y mandó habilitar cuarteles en Cataluña para un ejército castellano que debía operar contra Francia. Esta última medida fue la chispa que provocó el incendio. Los soldados castellanos, como solían, se dieron aires de superioridad, que los catalanes estaban poco dispuestos a sufrir. El virrey, Santa Coloma, además, aconsejó a Olivares arrogante y torpemente que tomase medidas rigurosas y extremas. La soldadesca castellana, sin pagar, se entregó al saqueo de los habitantes de los puntos en que estaba acuartelada; el odio de los catalanes se hacía más profundo cada vez, y eran continuas las luchas armadas. De pronto, en 7 de junio de 1640, estalló la revolución inesperadamente. Barcelona estaba llena de segadores de la montaña, rudos, independientes y belicosos, y se dio el grito de «¡Venganza y libertad! ¡Muera el gobierno! ¡Viva el rey!» Como un alud barrió la ciudad la ola devastadora. Santa Coloma fue acribillado a cuchilladas por los campesinos, y el soldado español que no huía era asesinado. La insurrección cundió rápidamente por la provincia.

Olivares recurrió a la dulzura; pero la sangre catalana estaba en ebullición, y el resultado fue la anarquía. Entonces se ensayó una política de severidad despiadada, casi de exterminio. Los campesinos y los ciudadanos resistieron como héroes y solicitaron la ayuda de Francia, que Richelieu ofreció. Alarmó esto a Olivares, con motivo, y se prometió a los catalanes el respeto de sus antiguos derechos. Los franceses les hicieron traición y se volvieron a su patria. La política conciliadora de Castilla dividió a los catalanes, y Olivares quedó por el momento victorioso (diciembre de 1640). El ejército mandado por el marqués de los Vélez atravesó el país desde el Sur, sometiéndole conforme avanzaba; pero cuando llegó a Barcelona encontró a la ciudad, con su vasta fortaleza de Monjuich, dispuesta a resistirle, armada hasta los dientes. Los habitantes habían negado la obediencia a Felipe IV, proclamándose súbditos del rey de Francia. Las tropas de Castilla, que trataron de tomar por asalto a Monjuich (enero de 1641), fueron derrotadas con terribles pérdidas; y en unas cuantas semanas volvía a arder la rebelión en toda Cataluña. Luis XIII juró por procura como soberano del principado. Jefe tras jefe español pugnaron inútilmente por reconquistar el territorio perdido. El Rosellón[236] y la mayoría de Cataluña se llenaron de tropas francesas; y Felipe en Madrid, con su corte aterrada, empezó a mirar de reojo al ministro cuya política le había puesto en aquel trance.

Felipe era indolente y dado al placer, pero era el hombre más orgulloso del mundo; sintió, pues, vivamente aquel golpe asestado a su soberanía, aunque su cara de pergamino no delatase

235 Barcelona era entonces y sigue siendo la ciudad más rica y más próspera de España, y la población del territorio de Cataluña, en aquella época, ascendía a más de un millón de habitantes.

236 El Rosellón, al Norte de los Pirineos, no volvió a estar bajo el dominio de España.

jamás la menor emoción, y decidió ir por sí mismo a ver de reducir a la obediencia a sus súbditos. Olivares hizo objeciones y protestó en vano. Felipe, por primera vez quizá en su vida, salió adelante con su empeño, y supo la verdad. Con gran congoja vio que los franceses imperaban en toda Cataluña y aun en la mayor parte de Aragón, que el Rosellón estaba perdido para siempre, que su ejército, a las órdenes del marqués de Leganés, derrotado y sin pagar, estaba desertando. Lleno de despecho y de pesadumbre, tuvo que volverse abatido a Madrid a fines de 1642; abrió ahora los ojos a la miseria de su pueblo, y los oídos a los clamores universales contra su ministro. Olivares fue despedido de pronto (enero de 1643), pero no con rigor —porque Felipe era dulce y clemente—, aunque toda España pedía la cabeza del caído Guzmán[237]. El oprobio destrozó el corazón y trastornó el cerebro del orgulloso Olivares, que no tardó en volverse loco y en morir[238].

Hubo otra causa para su caída, que hirió el orgullo de Felipe más aún que la rebelión de sus más ricos dominios españoles. Felipe II, cuando ocupó por la fuerza y el soborno el trono vacante de Portugal, prometió que el país sería gobernado con sujeción a sus antiguas leyes y administrado por funcionarios nacionales. No hubo ninguna tentativa de confundir los dos reinos; y la miseria y el agotamiento de Castilla no alcanzaron nunca a Portugal, porque el sistema financiero de este último había permanecido intacto, la tributación había sido relativamente moderada, y el rico comercio de Asia y África estaba centralizado en Lisboa. Pero Olivares soñaba en una gran nación peninsular políticamente unida, y desde el comienzo de su subida al poder excitó la desconfianza y el odio de los portugueses atentando a la independencia de que ellos eran tan celosos. Españoles, en su mayoría cortesanos corrompidos, invadieron los virreinatos, obispados, gobiernos y secretarías de Portugal. El comercio de la India fue trasladado a Cádiz; los buques portugueses eran blanco de los ataques de los enemigos de España, y sus colonias se veían invadidas por franceses y holandeses, mientras que todas sus fuerzas estaban empleadas en contiendas españolas con las cuales nada tenía que ver.

Luego Olivares (1636) empezó por establecer en Portugal un impuesto castellano de 6 por 100 sobre todo género de propiedad, y su agente, Vasconcellos, trató con insultante desdén las representaciones elevadas. El resultado fue una sublevación, atajada por la actitud conciliadora de la regente, una parienta de Felipe IV, duquesa viuda de Mantua. Pero Olivares no quería conciliación, y no sólo decretó un nuevo tributo especial como castigo, sino que elaboró un plan para abolir los Parlamentos portugueses y traer sus representantes a las estériles Cortes de Castilla. El heredero legítimo del trono portugués, usurpado por Felipe II, era el duque de Braganza, Don Juan, el primero de los nobles portugueses, cuyos vastos dominios abrazaban una cuarta parte de todo el reino. Era un hombre indolente y voluptuoso, que vivía espléndidamente en sus tierras, completamente apartado de la política; pero en la primera sublevación de Lisboa su nombre había sido aclamado por el pueblo, y Olivares procuró inducirle a venir a España o a marcharse fuera, recurriendo al halago, a la autoridad y hasta a la traición. Se le ofrecieron grandes misiones y

---

237 En los *Avisos* del período, impresos en 1790 en el *Semanario Erudito* de Valladares, vols. XXXI-XXXIII, se encontrará una reseña circunstanciada de los sucesos de este tiempo (1640-1644) con muchos pormenores sobre la guerra de Cataluña. Véase también la *Historia* (contemporánea) *de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, por Don Francisco de Melo, que llega hasta la derrota de los castellanos delante de Barcelona (1641).

238 He aquí una lista de los cargos desempeñados por Olivares y los emolumentos de que disfrutaba:

Encomiendas de las tres Órdenes militares	12.000	ducados
Camarero mayor	1.000	»
Caballerizo mayor	28.000	»
Gran canciller de las Indias	48.000	»
Sumiller de Corps	12.000	»
Privilegio de enviar un cargamento anual a las Indias	200.000	»
Alcaide de los Alcázares de Sevilla	4.000	»
Alguacil mayor de la Casa de Contratación	6.000	»
Ducado do Sanlúcar	50.000	»
Gajes de su mujer como camarera mayor y aya	44.000	»
	422.000	ducados

mandos, el rey le había citado a consejo; pero el duque de Braganza encontró siempre un pretexto para permanecer en Villaviciosa seguro entre sus vasallos. En el ínterin, el descontento iba condensándose alrededor del nombre del duque. Pinto Ribeiro, su secretario, estaba a la cabeza de la conspiración, y mañosamente preparó a su amo una recepción triunfal con ocasión de una visita del duque a Lisboa. Olivares, con la esperanza de ganar a Braganza, le había autorizado a poner las fortalezas de Portugal en buen estado de defensa, y le había enviado dinero para ese fin. Se aprovechó la ocasión para colocar las plazas fuertes en manos de portugueses leales.

Cuando era ya demasiado tarde, Olivares, seriamente alarmado, envió a Braganza una citación perentoria en nombre del rey. El duque fingía partir, no pudiendo demorarlo más, y se vio que el momento de dar el golpe era aquel o nunca. Una fuerza de conspiradores, comparativamente pequeña, se apoderó del palacio de Lisboa en diciembre de 1640, matando a Vasconcellos y deponiendo a la regente. El pueblo secundó el movimiento casi en masa. En medio de loco júbilo el duque de Braganza fue proclamado rey de Portugal con el nombre de Juan IV, y en veinticuatro horas toda la nación había aclamado a su soberano, mientras él se hallaba aún de acecho tímidamente en Villaviciosa. La noticia llegó a Madrid cuando se obscurecía el horizonte por la parte de Cataluña. Nadie se atrevió a hablar al rey, porque Olivares le había engañado acerca de Portugal desde el principio, y él no esperaba ningún contratiempo por ese lado. Pero la corte estaba llena de enemigos del favorito, y el mismo Olivares tuvo que descubrir a su señor la amarga verdad antes de que lo hiciesen sus adversarios, con detrimento de él.

—¡Buenas noticias! ¡buenas noticias! —exclamó con cara risueña, entrando en la cámara—. ¡Buenas noticias! Vuestra Majestad ha ganado un nuevo ducado y un gran dominio.

—¿Cómo eso? —preguntó Felipe.

—Señor —respondió Olivares—, el duque de Braganza ha perdido la razón y se ha sublevado, proclamándose rey de Portugal; de modo que sus dominios pasan a Vuestra Majestad.

Felipe sabía más, y, aunque no manifestó nada, aquella terrible pérdida hirió su corazón y contribuyó no poco a la caída del ministro.

Desde entonces hasta su propia ruina Olivares procuró una y otra vez recuperar a Portugal para su señor, recurriendo a la conjuración y al veneno, porque la sublevación de Cataluña hacía imposible reconquistar el reino por la fuerza de las armas[239], Pero todo inútilmente: el antiguo sueño de Castilla estaba ahora tan muerto como las ambiciones aragonesas de expansión oriental. No se trataba ya de extender hasta los confines de la tierra los dominios de España, sino de una lucha a muerte para mantener la integridad de su propio suelo. Aun Andalucía intentó establecer una soberanía aparte bajo el noble territorial más grande del país, el duque de Medinasidonia, jefe de la propia casa de Olivares, y hermano de la nueva reina de Portugal. En manos de otro caudillo la tentativa hubiera podido ser afortunada; pero Medinasidonia era un desdichado, como su antecesor de la Armada Invencible, y se rindió a las intimaciones.

Se verá así que, después de veinticinco años de gobierno de Felipe IV y Olivares, España había descendido a un grado de miseria y de impotencia mayor aún que en el negro reinado de Felipe III y de Lerma. Con la caída del valido, pensó el confiado pueblo que desaparecería de golpe la mala suerte que había perseguido a España. La reina, Isabel de Borbón, despertó, por fin, en el rey alguna conciencia de su deber como monarca; los Consejos, que en tiempo de Olivares habían sido impotentes, entraron una vez más en el ejercicio de sus funciones, y toda España, desde el rey hasta el mendigo, soñó que alboreaba una nueva era. Richelieu, además, el enemigo irreconciliable de España, había muerto; Luis XIII le siguió poco después a la tumba (mayo de 1643), y Ana de Austria, la hermana de Felipe, subió a la regencia de Francia durante la menor edad de su hijo Luis XIV. Con alguna diplomacia, y acaso con algún sacrificio de orgullo de parte de España, hubiese

239 Hubo un intento tímido de reconquistar a Portugal; pero la pobreza del país, la guerra de Cataluña y el desaliento general hicieron imposible el éxito.

podido hacerse ahora la paz. Pero Felipe y su pueblo volvieron a crecerse de pronto, y tomaron la fatal resolución de continuar vigorosamente la guerra contra Francia en el centro de Europa.

El hábil y popular infante Fernando había muerto (noviembre de 1641), y las provincias belgas eran gobernadas por Don Francisco de Melo, un noble portugués. Después de algunos pequeños triunfos sobre los franceses en Flandes, Melo, con un ejército español de 20.000 hombres, sitió la ciudad de Rocroy, en la frontera francesa. El joven Condé, con un ejército francés de igual fuerza, corrió en socorro de la plaza, y contra el parecer de su mentor, el mariscal L'Hopital, atacó a Melo (19 de mayo de 1643). En la batalla entablada, el prestigio de la infantería española, que desde el tiempo del emperador, cien años antes, había sido la más famosa de Europa, recibió el golpe de muerte. Seis mil españoles fueron hechos prisioneros, y ocho mil quedaron muertos en el campo de batalla. Los franceses se apoderaron de todos los cañones y de la mayor parte del bagaje, y en la fatal jornada de Rocroy los hombres españoles de armas probaron que la carcoma que había entrado en el corazón de la nación no los había respetado a ellos.

Condé no perdió el tiempo, y pronto estuvo en sus manos la Flandes belga hasta las puertas de Bruselas. Desde entonces las guerras fueron arrastrándose con vario éxito. En Cataluña, en la frontera portuguesa y en Flandes, año tras año, derramábase en balde la sangre y los tesoros de la arruinada España y de la saqueada América. En julio de 1647 la pretensión de obtener fondos de Nápoles anticonstitucionalmente condujo a la llamada revolución de Masanielo, y aquí también no tardó en enseñorearse la anarquía. Sin embargo, la pretensión del duque de Guisa de afirmar su oscuro derecho a la corona napolitana enfrió a Mazarino y al gobierno francés con la revolución, y el popular Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe, salvó una vez más a Nápoles para España.

Pero la larga guerra no sólo había agotado a España, sino a toda Europa, y la paz era una necesidad absoluta. Después de años de negociaciones, en 1648 se arregló con los holandeses el tratado de Münster. No hubo paz aún entre Francia y España durante años; pero el inevitable reconocimiento, por parte del último país, de la independencia de Holanda cerró una lucha sangrienta de cerca de un siglo, y el orgullo y el tesón españoles fueron humillados ante el mundo. Todavía se prolongó con intermitencias la guerra de Francia, porque Felipe pedía que todo el suelo español ocupado por los victoriosos franceses fuese abandonado, y aunque Mazarino tenía harto que hacer con los disturbios de la Fronda, se vio que eso era imposible. Al establecerse la república en Inglaterra, Felipe, algo bajamente, volvió los ojos hacia Cromwell, creyendo, sin duda, que podía hacer causa común con él contra Francia. Pero las exigencias del Protector inglés inflamaron el orgullo de los españoles. Pedía que se reprimiera en España el poder de la Inquisición con respecto a los ingleses, y que se abriese a Inglaterra el comercio con las colonias españolas. Se rechazaron altivamente esas exigencias, y Cromwell respondió al punto apoderándose de la Jamaica y firmando una alianza con Francia (noviembre de 1655).

El corazón de Felipe estaba casi destrozado. Las calamidades se sucedían sin tregua ni reposo. Sus territorios se hallaban en manos de sus enemigos, sus recursos se habían acabado ahora realmente, y sus pesares privados le habían arrebatado todo vigor y toda esperanza. Su primera mujer murió en 1644, y dos años después su único hijo y heredero, Don Baltasar Carlos, descendió prematuramente a la tumba. El rey se había casado a poco con su sobrina, Mariana de Austria, por causa de la sucesión, y para satisfacer al clero a quien había escandalizado sobremanera su vida abiertamente licenciosa. Pero todo placer huía ahora del monarca; en vano hacían sus truhanerías los bufones, exhibían sus encantos las actrices y versificaban los poetas a borbotones: el pálido y rígido semblante de Felipe no se dilataba nunca, y las rebeliones de su corazón contra la mala suerte que le perseguía a él y a su país no fueron vistas más que por un ser humano en aquel tiempo, la monja María de Agreda, única persona que pudo sondear las miserias del alma de Felipe, como podemos sondearlas nosotros, que tenemos el privilegio de leer la correspondencia secreta de los dos.

Y aún se eternizaba la guerra en Cataluña, en la frontera portuguesa y en Flandes. Don Juan de Austria, el hijo del rey[240], era el héroe nacional, y conquistó todos los triunfos que cupieron en suerte a los españoles; pero las circunstancias más que la habilidad ni el valor trajeron finalmente la paz al sufrido país. Los catalanes habían aprendido por experiencia que la dominación de Francia en el principado no era una dominación suave, y se habían enfriado poco a poco con sus nuevos señores. Así, cuando se entablaron, por último, las negociaciones de paz, no fue muy difícil conseguir que los franceses entregasen el territorio situado al sur de los Pirineos, que evidentemente no podían conservar contra la voluntad de sus habitantes. Sin embargo, el Rosellón pasó a ser francés para siempre, como la mayor parte del condado de Artois y la Flandes francesa, y los ingleses conservaron a Dunquerque. Pero el punto principal del tratado negociado laboriosamente era el matrimonio de Luis XIV con su prima española María Teresa; y en abril de 1660, Felipe, viejo y abatido por las preocupaciones, se dirigió con magnífica pompa a la frontera francesa, donde se ratificó solemnemente en la famosa isla de los Faisanes, en el Bidasoa, el matrimonio que traía para España tan importantes consecuencias.

El tratado de los Pirineos fue un golpe rudo para la vanidad española, pero siquiera dejó a Felipe con las manos libres para reconquistar a Portugal. Hacía tiempo que había vuelto a caer en sus hábitos de indolencia, abandonándolo todo en manos de su favorito, Don Juan de Haro, que era casi tan indolente como él, y ya había sido derrotado vergonzosamente más de una vez por los portugueses. Así, cuando el hijo del rey, Don Juan de Austria, invadió a Portugal con todo el ejército español a principios de 1661, Haro miró fríamente la empresa, y recibía con disgusto las reiteradas peticiones de refuerzos y recursos que hacía Don Juan. Portugal, por su parte, era presa entonces de disensiones civiles, y hubiese sido domeñado fácilmente, a no ser por el auxilio de Carlos II de Inglaterra, que se había casado con la princesa portuguesa Catalina de Braganza. El genio del mariscal Schomberg y su auxilio permitieron a los portugueses derrotar al ejército de Don Juan en Amegial (junio de 1663), con pérdida de 8.000 españoles y de todos los cañones, bagajes y banderas. Se sangró de nuevo a la arruinada España hasta reunir otro ejército puesto a las órdenes del conde de Caracena, a quien también derrotó Schomberg con pérdidas terribles (junio de 1665), y entonces la sentencia quedó escrita bastante claramente para ser leída por el más ciego. Portugal estaba perdido para la Corona española, y la unidad ibérica era una quimera.

Ese convencimiento llenó de amargura el corazón de Felipe IV. Por primera vez de su vida se manifestó emocionado al recibir la noticia aciaga. Arrojándose al suelo desfallecido, no pudo hacer más que sollozar en medio de su congoja: «¡Hágase la voluntad de Dios!» No había más que tristezas sin consuelo en torno suyo. Los placeres, a que todo lo había sacrificado, se habían reducido a cenizas. Su único hijo legítimo era una criatura quejumbrosa, tan débil y degenerada que sólo vivía a fuerza de expedientes extraordinarios. La reina, en la flor de su juventud, miraba por sí y hacía proyectos para cuando su marido muriese. A fuer de verdadera austriaca, desde el primer día de su matrimonio se había dedicado a neutralizar la influencia francesa en España por medio de su camarilla de sacerdotes y favoritos, y ya antes de la muerte del rey estaban ordenándose las fuerzas que años después debían dividir a Europa en dos campos. Humillado y lleno de sombríos presentimientos acerca de su país y de sí mismo, Felipe el Grande, el voluptuoso gastado y abatido, descansó, al fin, de veras (septiembre de 1665) en el ataúd de pórfido donde tantas veces había acomodado su cuerpo vivo en medio de sus morbosas miserias.

En los sesenta años de su vida no había hecho nada por aliviar los sufrimientos de su desgraciado pueblo. Durante su largo reinado su país perdió territorios, gloria, riqueza y prestigio. Los franceses, ingleses y holandeses se burlaban a cara descubierta del poder que había parecido tan grande aun en los días aciagos del padre de Felipe, Pero, a pesar de todo esto, el pueblo castellano le quería y reverenciaba, y se alzó un lamento en toda la nación cuando murió. Porque ¿no era el rey de Castilla, y no le afligió el cielo como afligía a su pueblo? ¿Debía censurarse al buen rey porque

240 Su madre era la renombrada actriz María Calderón (la Calderona), que compartía con María Riquelme, Francisca Besón y Josefa Vaca el aplauso y la admiración de un público que perdía el seso por las funciones dramáticas.

Dios hubiese querido enviar desdichas a España? Era, sin duda, popular, como lo habían sido su padre y su abuelo, porque era tan degenerado como su pueblo mismo, y representaba fielmente el carácter nacional de su época. Era perezoso y dado al placer, como su pueblo; si le seducían los oropeles relumbrantes, lo mismo le pasaba a su nación; si era taciturno y altanero, compartía esas cualidades con la mayoría de sus súbditos; si tenía pasión por la poesía, el arte y la literatura, esa pasión tenía también la muchedumbre que le aclamaba; y, en fin, si era ignorante, santurrón, preocupado, bondadoso y valiente, así eran los españoles de su generación. Era uno de tantos, y ellos le querían porque sus defectos eran los de todos, a pesar de los maldicientes y poetastros que llenaban la capital de pasquines referentes al monarca y al pueblo.

La condición de los españoles durante este período desastroso era, en efecto, material y moralmente, la que debía resultar de la universal decadencia en que se los había precipitado. Tenían que apurar hasta las heces el estimulante ponzoñoso que durante cierto tiempo pareció darles fuerza y empuje; y, aunque aún quedasen por beber las gotas más amargas, en la época de la muerte de Felipe IV la letargia y la desmoralización habían invadido el corazón mismo del pueblo, y no existía un solo elemento sano en la nación entera. El vicioso y opresivo sistema tributario descrito en páginas anteriores había reducido a una sombra a la agricultura y a la industria manufacturera. El impuesto del millón se había elevado a un octavo del precio de los artículos de consumo más imprescindibles, y la abrumadora alcabala había subido poco a poco hasta el catorce por ciento sobre todas las ventas. Si a esto se agrega la universal imposición de portazgos y arbitrios municipales, se comprenderá que el movimiento comercial dentro del país mismo estaba realmente muerto. Para completar la ruina, hallábase prohibido el comercio con todos los países con quienes España estaba en guerra; y como entre ellos figuraban los más progresivos e industriosos de Europa y los mejores consumidores de la producción española, la prohibición equivalía a una paralización igual del comercio exterior. Esto y los continuos secuestros y empréstitos forzosos que sufrían los comerciantes españoles hizo que los pocos negocios que había pasasen a manos de extranjeros, en su mayoría italianos, y aumentó el contrabando enormemente, con mayor detrimento aún del Tesoro nacional.

A falta de industria u ocupación productiva, la población afluyó a la capital[241], para participar, si era posible, del botín que recogían los nobles y el clero. La corrupción se hallaba tan extendida en todas las ramas de la administración pública, que Felipe dijo a las Cortes de 1654 que, de los 10.000.000 nominales de ducados de los ingresos anuales de Castilla, la suma que entraba efectivamente en el Tesoro no excedía de 3.000.000. A fines del reinado los ingresos efectivos de todas procedencias, incluyendo la plata americana, no excederían mucho de 9.000.000 de ducados. Lo que quedase, pues, entre las uñas de los virreyes, oficiales y administradores debía ser enorme. Como la mayoría de esos personajes pertenecían a la nobleza, que, con las corporaciones religiosas poseedoras de grandes propiedades territoriales, estaban exentas de la contribución ordinaria, se comprenderá que había llegado un momento en que toda la riqueza nacional estaba en manos de esas dos clases. A veces, en épocas de necesidad angustiosa, suministraban voluntariamente, o por la fuerza, grandes contribuciones de hombres y de dinero, sin lo cual las guerras en que España estaba empeñada hubiesen tenido que cesar por falta de recursos; pero, con todo, lo más característico de la vida del pueblo en este período era la unión de la última pobreza con una ostentación en el vestir y en el porte que dejó en toda la nación un sello duradero. Frecuentemente se dictaban pragmáticas prohibiendo el excesivo lujo, y sobre todo el vicio dominante del tiempo —el paseo ocioso en coche a todas horas—, pero sin resultado duradero.

En circunstancias como estas, se comprenderá que las ciudades principales, y especialmente Madrid, eran verdaderas sentinas de iniquidad, y cosa proverbial sobre todo la falta de decoro de las mujeres. Abundaban los días de fiesta, y se aprovechaba toda ocasión para grandes ceremonias, corridas de toros y juegos de cañas, en que aparecían nobles y caballeros compitiendo unos con

241 La población do Madrid en este período era de unas 200.000 almas (aunque un historiador español de nuestro tiempo la eleva a 370.000).

otros en derroche de lujo. En los dos teatros de la capital, y en las funciones de las compañías de cómicos de la legua que recorrían todo el país, se aglomeraba siempre un público numeroso; la composición y recitación de poesías, comedias y sátiras servía de pretexto para la ociosidad casi general en las ciudades. Las calles estaban atestadas de curas, frailes, supuestos caballeros y, sobre todo, supuestos estudiantes, que vivían de la contribución voluntaria o involuntaria de los demás; no había ahora ningún alto ideal nacional ni creencia en ninguna misión religiosa divina. Los soldados peleaban en guerras de las cuales no comprendían nada; sin pagar, medio muertos de hambre y harapientos, peleaban solamente porque aun ese pobre oficio ocioso era mejor que no tener ninguno. Los oficiales, procedentes de la clase que había paralizado la modorra centralizadora de la casa de Austria, eran por lo común incompetentes, y completamente corrompidos, como los administradores civiles. La Inquisición había aniquilado el pensamiento independiente y la cultura científica; la religión, bajo el mismo funesto influjo, había degenerado en negra superstición; y sobre la nación entera se cernían las espesas sombras de la miseria y el desencanto.

Hemos dicho que en cada uno de los períodos anteriores de disolución que habían afligido a España, la producción intelectual había llegado a su más alto grado de excelencia, declinando después rápidamente bajo el peso de su propia fecundidad y superabundancia retórica.

Eso es exactamente lo que sucedió por tercera vez durante el reinado del cuarto Felipe. El mismo rey, no sólo era un poeta y dramaturgo anónimo, sino que protegía a los hombres de letras, actores y artistas, y en afectados juegos florales y academias daba la norma del dilettantismo y la virtuosidad. La fecundidad prodigiosa de Lope de Vega había ido unida a un genio casi sin rival; pero, aun en su caso, la facilidad excesiva le había llevado a producir frecueutemente cosas indignas de él; y lo mismo puede decirse de los grandes hombres que le seguían, como Calderón, Montalván, Moreto y Vélez de Guevara. Pero estos y otros varios escritores contemporáneos consiguieron, por medio de sus mejores obras, elevar el drama español del tiempo de Felipe IV a la mayor brillantez, y daban la pauta al resto de Europa mediante Racine, Corneille y Molière. En las obras de los espíritus de segundo orden, que los imitaban, era donde se percibía la verdadera nota de decadencia. En una sociedad donde todo el mundo escribía algo, donde una poesía satírica o una burla afortunada podían conquistar cargos o riqueza, no es maravilla que los hombres inferiores tratasen de atraer la atención pública con afectadas singularidades de dicción, puesto que el círculo de ideas era muy restringido, y no venía a ensancharle ningún aumento de saber ni de especulación.

Cosa curiosa: la escuela decadente fue fundada por un hombre de genio, que en su vejez se veía adelantar por escritores nuevos. Góngora, en tiempo de Felipe II y de su hijo, había escrito poemas que no hubiesen podido desdeñar los más grandes maestros de la poesía española; pero luego, en su afán de singularizarse, adoptó lo que llamaba Lope de Vega su *jerga cultidiablesca*, lo que después se llamó «gongorismo». La absurda afectación de culta oscuridad hizo presa instantáneamente en la fantasía de los poetastros. Aun el gran Quevedo, que tenía un ingenio tan chispeante, pero que usaba un castellano tan afectado, siguió a Lope en la condenación de la *culta latiniparla*. Jáuregui, otro verdadero poeta, escribió un discurso contra el hablar «culto oscuro»; pero el nuevo estilo deparaba una manera de distinguirse a los que carecían de talento, y antes de la muerte de Felipe IV, la poesía española iba siendo ahogada con rapidez por la creciente inundación de palabrería afectada e intrincada, que no tardó en sumergirla completamente.

Ya hemos notado cómo el origen mixto, semita y celta del pueblo español impelía irresistiblemente a la inteligencia nacional a manifestarse en forma dramática o pictórica. Aun en las primitivas imitaciones españolas de las canciones de gesta francesas, los sucesos relatados se presentan casi invariablemente bajo la forma de una descripción dramática o pintura verbal más que de introspección de los pensamientos, motivos e imaginaciones de los caracteres, y esta peculiaridad había distinguido a todo nuevo desarrollo de la producción intelectual española: crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril. Hemos visto cuan potentemente corría el genio nacional por los cauces dramáticos en este período de Felipe IV; pero,

vasta como era la producción en este respecto, había otra rama afín de expresión que se abría simultáneamente a los españoles y llegó a un esplendor sin igual bajo el distinguido patrocinio del monarca para declinar después de análogo modo y tan rápidamente como el drama y las letras.

El arte del Renacimiento había llegado a España de Italia, y la estrecha relación del emperador con este país y con Flandes atrajo a su corte algunos de los pintores más eminentes de ambos países. Tiziano fue tratado por Carlos y su hijo casi como un amigo; Antonio Moro, Coxcye y otros flamencos se enriquecieron con la protección de la corte española; y los españoles que en el siglo XVI cultivaron el arte pictórico —Sánchez Coello, Pantoja, Morales, Tristán, etc.— crearon una escuela en que es visible la influencia de Venecia y de Flandes[242]. Felipe II trajo de Europa cuadros y pintores para su inmenso palacio de El Escorial; y el prurito de dotar iglesias y fundaciones religiosas en su tiempo y el de su sucesor había atraído a España a los mejores artistas de Italia para la decoración de los altares, la talla de las sillas de coro y el dibujo de las sagradas imágenes. Después de la muerte de Felipe III debía verificarse una completa revolución en el arte pictórico de la Península. Hasta este período, la batalla de los estilos italiano y germánico había conducido, en lo que atañe a los artistas españoles, a un eclecticismo algo insulso, en que predominaban las influencias italianas.

Con la venida de Rubens a España en 1603, empezó a iniciarse el cambio. El pintor trajo, como presentes del duque de Mantua a Felipe III y a Lerma, un gran número de copias de cuadros italianos; y, cosa de mucha más importancia, él mismo produjo, mientras vivió en España, multitud de magníficas obras independientes, de espléndido colorido, de palpitante vida, que irresistiblemente avasallaron la imaginación española, extenuada en la pobre rigidez del arte pictórico nativo, único que conocía. Aquí había una forma que convenía al genio de la raza. Vehementes, esplendorosos, sensuales y opulentos, los cuadros de Rubens abrieron los ojos de los pintores españoles, y en lo sucesivo el arte de la Península tomó un rumbo propio, en que la libertad de Rubens y la belleza de factura de los italianos aparecen moderadas por la sombría devoción externa de la vida española y las augustas tradiciones de la corte. Cuando Carlos Estuardo vino a Madrid (1623), encontró en todo su apogeo la moda de hacer colecciones de cuadros, y él mismo se dejó arrastrar por la corriente, comprando la galería de aquel infeliz Tassis asesinado, el cortesano audaz que se había atrevido a poner los ojos en la reina. Felipe, su huésped, tenía ya tanta afición a las colecciones como a los toros o al teatro[243], y con los estímulos del patrocinio revelóse el genio español latente.

Siguiendo a Ribera (*Spagnoletto*), a Pacheco y quizá al Greco, Diego de Silva Velázquez adoptó al principio una versión algo severa y sombría del gusto italiano, templada por la fidelidad a la naturaleza que había introducido en España Rubens; pero, después de su venida a la corte desde Sevilla, y especialmente después de su viaje a Italia, fundó la brillante y espléndida escuela de pintura española, cuyas principales características son la expresión sincera del carácter, la naturalidad de la actitud y la libertad de factura. La perfección de los cuadros de Velázquez se debe en gran parte, naturalmente, a su genio sin rival; pero allí transpira, con todo, el carácter español. Su estilo grave de Sevilla se animó en Madrid con el esplendor de la corte en que vivía rico y honrado, pero quedando refrenada esa animación por la altiva taciturnidad de los personajes que pintaba y la influencia de la Iglesia. Durante sus cuarenta años de vida como pintor de la corte, trabajó incesantemente. Cada fase del carácter del rey aparece estampada indeleblemente en los innumerables lienzos en que le representa el gran pintor. Como una procesión viviente, desfilan ante nosotros los galanes, los bufones, los enanos, los príncipes, los poetas y los nobles que hicieron de la corte de Felipe IV lo que hemos visto. Desde el andrajoso aguador de Sevilla (en Apsley House), la obra de la juventud de Velázquez, hasta la cara pálida y escuálida del pecador soberano, pintada

242 Esto se refiere, sobre todo, a los pintores de Castilla, que se inspiraron mucho en Tiziano. La escuela de Valencia, de que pueden mirarse como representantes Juan de Juanes y Ribalta, fue muy influida por Rafael y sus discípulos.

243 Posteriormente, después de la ejecución de Carlos I, cuando sus cuadros fueron vendidos en Inglaterra, Felipe compró muchos a altos precios, y algunas de las joyas que adornan el Museo de Madrid proceden de Whitehall.

cuando el artista se acercaba al sepulcro, en 1660, el genio personal del hombre ilumina todo lo que hizo, y el título más grande del «rey planeta» a la gratitud del mundo es que supo apreciar en su valor verdadero al artista que le inmortalizó.

Otros artistas españoles que sintieron influencias semejantes produjeron obras buenas en su género, pero sin el sello personal que distinguió a cuanto hizo Velázquez. Ribera, el Greco, Mazo, Zurbarán y sus escuelas eran tristes y sombríos, pero majestuosos. Sólo Murillo compite con el maestro en habilidad técnica, pero sin su gigante fuerza y penetración. Bartolomé Esteban Murillo poseía el amor andaluz casi pagano a la belleza sensual, y, aunque le cautivaba el atractivo de artistas como Andrea del Sarto, la atmósfera de devoción que le rodeaba infundió en sus obras un arrobamiento religioso que es puramente español. Pero con Murillo aparece la primera nota de decadencia. Lo que en él era un esfuerzo afortunado por alcanzar la belleza santa, se convirtió en los artistas de segundo orden que le siguieron en una pugna por la preciosidad, que condujo rápidamente a la insipidez enojosa.

Análoga marcha siguió el arte español característico de la escultura en madera. Los escultores flamencos e italianos, que vinieron a España en tiempo del emperador y su hijo, trajeron consigo un arte atractivo bien pagado, que los españoles acogieron ávidamente; y las obras de escultura producidas por los españoles en el siglo XVI fueron rígidas imitaciones de Miguel Ángel, Rafael y Julio Romano. Pero el siglo XVII presenció el nacimiento y apogeo de una escuela puramente española —principalmente andaluza— de escultura en madera pintada y dorada para adorno de los altares y decoración de las iglesias, en que la soltura del pincel de Murillo y su religiosidad de sentimiento se ven unidas a la perfección anatómica de los maestros italianos. Afortunadamente, abundan los ejemplares aún existentes de ese bello arte. Como la madera en que están ejecutados es de duración y se halla protegida por la pintura barnizada, se han conservado a menudo en estado perfecto, y las hermosas estatuas y estatuitas de Montañés, Alonso del Cano y Gaspar Becerra parecen muchas veces acabadas de salir de las manos de los maestros. Con la decadencia general, también este arte cayó en la afectación y la insignificancia, y a fines del siglo XVII había perdido toda su distinción.

La arquitectura siguió el mismo camino. La exuberancia de ornato había matado el gótico español antes de mediados del siglo XVI[244], y con Juan de Toledo y Herrera vino a sustituirle la severa y sencilla adaptación española del estilo clásico italiano[245]. Recargaron éste, a su vez, las monstruosidades y contorsiones atormentadas de Donoso, Churriguera y su escuela[246]; y mobiliario, retablos[247], ornamentos, todo había perdido la pureza de forma y significación antes de principios del siglo XVIII.

Así es que, durante el desgraciado reinado de Carlos II (el Hechizado), la nación española en todos sus elementos —su literatura, su moral, su arte, y hasta la casa reinante que había atraído sobre ella esa serie de desdichas—, todo estaba enfermo de muerte; no había más esperanza que la disolución y la resurrección. La reina madre Mariana de Austria, regente durante la minoría de su hijo, no hizo nada por detener al país en la pendiente. Con un franco reconocimiento de hechos palmarios y el abandono de ambiciones inasequibles hubiese sido posible hacer menos ruinosa la catástrofe final. Pero Mariana no tenía más que una política, a saber: fomentar los intereses del imperio, y apartar a España de la amistad con Francia, que había hecho posible el matrimonio de Luis XIV con María Teresa. Por eso estaba dispuesta a sacrificarlo todo. Desafió los sentimientos españoles y la oposición de Don Juan de Austria introduciendo a su confesor alemán, el Padre Nithard, en el Consejo, y haciéndole inquisidor general; reconoció por tratado la independencia del reino portugués (1668); se rodeó de una guardia extranjera (*chambergos* se les llamaba en son de

244 Como en la capilla de San Juan de los Reyes, en Toledo.

245 Como en El Escorial y en la catedral de Valladolid.

246 Como en la catedral de Cádiz.

247 Como en los retablos de las iglesias de las Calatravas y de San Luis, en Madrid.

burla, por la semejanza de sus uniformes con los que usaban las tropas del mariscal Schomberg); y antes de pasar dos años desde que empuñó las riendas del gobierno, estaba otra vez en guerra con Francia y en pugna con la masa de la nación española acaudillada por el popular Don Juan.

La razón ostensible de la guerra con Francia era que Luis XIV pretendía la corona de los Países Bajos, por derecho de su mujer, cuya renuncia a la sucesión debía depender del pago de la dote, que no había sido satisfecha[248]. Los franceses no tardaron en ocupar la mayor parte de Flandes y el Franco Condado, y otra vez fue sangrada España para recobrar la fatal herencia que ya le había hundido. Pero en balde. La paz de Aquisgrán (1668) dio a Francia todas las plazas fuertes que había conquistado en los Países Bajos, mientras que España no hizo más que recobrar el Franco Condado, que era inútil para ella, y que estaba segura de perder más pronto o más tarde. Cuando en 1672 Luis XIV invadió a Holanda, en unión esta vez con el corrompido Carlos II de Inglaterra, pareció condenado el dominio de España en las provincias belgas, y el país tuvo que luchar de nuevo con las potencias más fuertes de Europa. El resultado fue rescatar a Holanda de Francia, pero perdiendo España definitivamente el Franco Condado. Cataluña fue invadida y asolada por los franceses, fue invadida asimismo la Flandes española, y, en las largas negociaciones para la paz de Nimega, España, como de costumbre, hubo de hacer grandes sacrificios en interés de las demás potencias, sin que se consultara siquiera a sus representantes. Debieron cederse más ciudades de la Flandes española, Valenciennes, Saint-Omer, Ypres y Cambrai, entre otras; y, mientras lisonjeaban el vano orgullo del pueblo las disputas que promovían los enviados españoles por cuestiones de precedencia, y la clemencia que demostraba el rey librando a sus enemigos tan fácilmente, se perdían de vista los intereses reales del país, y todos los demás países interesados trataban a España con desatención desdeñosa (1678).

Cuando Don Juan de Austria se sublevó al principio del reinado, los nobles y cortesanos, muchos de los cuales se habían unido a él al comienzo, después, una vez desterrado el Padre Nithard, se abstuvieron de proceder extremos contra Mariana misma, detenidos por la tradicional reverencia hacia el trono. Pero a poco la gente maldiciente de la capital empezó a murmurar que la reina había perdido el derecho al respeto, y que tenía por amante uno de los poetas de la corte, que no tardó en aparecer como ministro y favorito, tan pródigo e insolente como el mismo Lerma en otros días. Valenzuela era un simple advenedizo; y, a pesar de que no ahorraba los sobornos, los medios de que disponía ahora no eran suficientes para satisfacer a los corrompidos rivales que le rodeaban. Los amigos de Don Juan de Austria estaban activos; y en la mañana del día en que el rey llegaba a la mayor edad —a los quince años (1675)— se obtuvo secretamente su firma para una orden llamando a la corte a su hermano bastardo.

Mariana andaba vigilante, el rey era una criatura enfermiza, casi idiota[249], y estaba bajo su dominio completamente; y, tan pronto como apareció Don Juan de Austria en la capital, se expidió otro decreto desterrándole. Sus amigos fueron degradados y desterrados; y Valenzuela, ahora grande de España y el hombre más poderoso del país, se enseñoreó de todo. Pero aún había en la corte amigos de los intereses franceses, y, a despecho de Valenzuela y de la reina, fijaron la atención del rey en las privaciones y miserias que le rodeaban, no sólo ahora en las viviendas de los pobres, sino aun en su propio palacio: porque tan completamente se había paralizado la producción, que a menudo no podían obtenerse comestibles a ningún precio. El bandolerismo, el saqueo y la anarquía imperaban a las puertas mismas de la capital; los franceses estaban asolando a Flandes y Cataluña, la administración gubernamental era un desbarajuste, y la única industria que quedaba era el robo.

---

248 Realmente no había más motivo para esa reclamación que la ambición de Luis de adquirir los hermosos puertos y ciudades de Flandes. El pretexto para la reclamación fue que, como Felipe II había dejado Flandes a su hija mayor Isabel Clara, con exclusión de su hijo el rey de España, el mismo precedente debía seguirse a la muerte de Felipe IV.

249 No pudo andar ni hablar bien hasta los diez años, y no salió nunca de manos de las mujeres hasta su mayoría. Cuando tenía treinta años parecía un hombre de sesenta, y antes de los cuarenta murió de consunción senil.

Por pura debilidad, o con la esperanza de poner remedio a tan deplorable estado de cosas, el joven rey huyó, por fin, de palacio (1677) y se arrojó en brazos de Don Juan de Austria. Mariana fue recluida en un convento; Valenzuela intentó escaparse, pero fue cogido y llevado a Filipinas; y el pueblo, ebrio de alegría, creía que del gobierno de Don Juan iba a surgir, como por arte mágica, un nuevo cielo y una nueva tierra española. Pero el nuevo gobernante fracasó tan insignemente como su predecesor. La decadencia del país había ido demasiado lejos para ser remediada, aunque Don Juan hubiese poseído el talento y la energía indispensables para tal empresa; y mientras él apartaba celosamente al monarca de toda comunicación con los demás, y hacía inútiles esfuerzos por afrancesar las costumbres y los trajes españoles, las cosas iban de mal en peor.

Se firmó la vergonzosa paz de Nimega, bien recibida por el pueblo; y, ahora que había vencido en España el partido francés, Don Juan emprendió una negociación a fin de perpetuar su influjo antes que otra vuelta de la rueda de la Fortuna volviese a traer a la reina madre austríaca. El desdichado, sobre cuyos caídos hombros descansaba el manto abrumador de Carlos V, no sólo era mentalmente un cretino, sino físicamente un verdadero Calibán. Los repetidos matrimonios entre los miembros de su casa, de que él era último fruto, habían reproducido en su persona una exageración del tipo peculiar de su linaje. La mandíbula inferior sobresalía, desmesuradamente, dando origen a un habla y una masticación imperfectas; y la lengua, de un tamaño anormal, agravaba este defecto. Tenía una voz débil y atiplada; pelo rubio, lacio y ralo; ojos azules, linfáticos y saltones, de mirar estúpido y cubiertos de párpados rojizos tan pesados que casi oscurecían la vista; añádase a esto una inteligencia tan menguada que apenas podía leer, y en lo mejor de la edad viril sólo encontraba placer en los juegos más infantiles, y se comprenderá que no podía esperarse mucho de tal criatura, ni casada ni soltera, aparte de servir de instrumento a los demás.

Aun en esa hora temprana se estaba viendo que probablemente sería el último descendiente masculino directo de la casa española de Austria, y se comprendía que cualquier partido que llegase a dominarle mediante un matrimonio podría disponer quizá de su pesada herencia cuando cayese de sus manos. Don Juan estaba al lado del rey, y, después de infinitos manejos, le casó con María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, hija de Enriqueta de Inglaterra (Madame). Don Juan no logró ver realizado su designio. Murió, probablemente envenenado, en septiembre de 1679, y el rey corrió desde el lecho mortuorio de su hermano en busca de los abrazos y consejos de Mariana de Austria, porque no podía hacer nada por sí mismo.

En noviembre entró en España la hermosa y joven reina francesa. Había suplicado deshecha en lágrimas a su padre y a Luis XIV que no la mandasen del alegre y brillante París al triste Madrid para vivir en perpetua compañía con un idiota; pero sus ruegos fueron estériles, y se la impuso el sacrificio para que contribuyese a colocar a España bajo la dependencia de Francia. Fracasó, porque era de suyo ligera y aturdida, y ahora se hizo desconsiderada. Desde el primer día que cruzó los Pirineos ofendió a la rígida corte española por su desdén de la estricta etiqueta que prohibía reír a una reina. El rey era libidinoso, y estaba loco de amor por su mujer y lleno de celos. Mariana sonreía, y se limitaba a reprender suavemente el atolondramiento de la joven: porque veía que en aquel fúnebre palacio las negras redes iban envolviendo poco a poco a la reina enviada para suplantarla. Tempestades de celos, seguidas de caricias desenfrenadas, una superstición infantil alternando con diversiones igualmente pueriles, acabaron por disgustar a la reina con su marido y su corte; y, a despecho de la reconvención de los partidarios franceses, siguió indiferente su camino, mientras la facción austriaca maquinaba para el porvenir. Una y otra vez se desvanecieron sus esperanzas de sucesión, y murió al fin en el tétrico y viejo Alcázar, se dice que de veneno (1689), y otra vez quedó libre el campo para que entablasen la contienda los opuestos intereses.

Los asuntos del desgraciado país llegaban ya casi al punto más bajo posible. No existía responsabilidad en ninguna parte, porque el poder había pasado de manos del rey a ministros nominales, y de éstos a Consejos, que le transmitían, a su vez, a funcionarios, de los cuales descendía a gente ruin y venal. El precio de los comestibles se fijaba tan bajo por decreto, que se

hacía imposible la producción y se agravaba la escasez. Había en Madrid 40.000 extranjeros que monopolizaban todos los negocios que quedaban, y las labores agrícolas del norte y del centro eran hechas por franceses que venían con ese fin. La marina había desaparecido completamente, y el ejército, sin pagar, estaba indisciplinado. Se había sextuplicado por decreto el valor de la moneda de cobre[250], y casi todo el comercio exterior que existía era de contrabando. Ahora, además, Luis XIV no se consideraba ya obligado a nada para con un país tan manifiestamente reducido a la impotencia; y se arrancó a España concesión tras concesión, hasta ponerla en el caso de resistir. La arruinada nación tuvo que luchar nuevamente con Francia en Flandes y Cataluña, con el mismo resultado que antes, y Luis XIV dictó su voluntad en la paz de Ratisbona (1684).

Calamidades sin cuento afligían al país —tempestad, peste, terremoto, hambre—; y el idiota rey seguía mascullando sus oraciones, mientras los cortesanos, el clero y las mujeres que le rodeaban compraban y vendían su influencia, y maquinaban desde la mañana hasta la noche. La Inquisición, que en el reinado precedente había sido menos agresiva, volvió a levantar la cabeza con orgullo; y, a falta de todo otro gobierno, vio una ocasión propicia para afirmar nuevamente su funesto predominio político[251]. En medio de toda esta miseria, todavía pudo la reina madre arrancar de España 12.000 hombres para prestar auxilio al emperador contra los turcos; y España figuró en una liga de potencias católicas y protestantes, formada para oponerse a toda costa a ulteriores intrusiones francesas[252]. Con este mismo objeto, el partido alemán casó a Carlos II el Hechizado con la princesa María Ana de Neoburgo, hija del elector palatino y hermana de la emperatriz; y el partido francés respondió con una renovación de la guerra, en la cual lucharon juntos los protestantes holandeses y los católicos españoles. La guerra ardió durante seis años en Flandes, Saboya y Cataluña. En Cataluña, sobre todo, fue seria la lucha, aunque era sostenida principalmente por los mismos catalanes, con escaso auxilio del llamado gobierno de Madrid. Por último, aunque Barcelona estaba en manos de los franceses, y aunque algunas de las principales fortalezas de Flandes habían sido conquistadas por Luis XIV, la paz de Ryswick se hizo en condiciones inusitadamente buenas para España, pues los victoriosos franceses restituyeron a sus derrotados adversarios Cataluña, Luxemburgo, Mons y Courtrai.

No había que buscar muy lejos el motivo de esta clemencia de parte de Luis XIV. Carlos II de España estaba cayendo ya en la decrepitud, y ahora se comprendía que no tendría hijos. Su imperiosa mujer alemana y su favorita, Madame Berlips, vigilaban constantemente para mantener al rey en manos de su partido. Tanto Luis como el emperador eran nietos de Felipe III, y los dos se habían casado con hijas de Felipe IV. Como hemos visto, la madre y la mujer de Luis habían renunciado sus derechos a la corona de España, aunque la renuncia de María Teresa era a condición del pago de la dote que aún se le debía. Pero el emperador alegaba principalmente ser el representante masculino de más edad de la familia Habsburgo[253]. La corte de España se hallaba dividida en dos campos, cada uno de los cuales hacía esfuerzos supremos por estar en posesión del rey cuando llegase su última hora. Toda Europa tomó partido. El embajador inglés, coronel Stanhope (cuyas interesantes cartas desde Madrid deben leerse), el ministro del emperador y la reina defendían las pretensiones austríacas, en tanto que el poderoso cardenal Portocarrero, el embajador francés Harcourt y muchos de los nobles principales abogaban por las pretensiones francesas. Era, pues, evidentemente político, de parte de Luis, atraerse las simpatías del pueblo por

250 En 1680 volvió a reducirse de repente a su justo valor, y esa medida produjo una miseria mayor que nunca.

251 En la Plaza Mayor de Madrid se celebró en 1680 el mayor auto de fe que se había visto nunca, con una pompa y un esplendor no alcanzados jamás, ni aun en los tiempos de Felipe II. Hubo 106 reos juzgados en presencia del rey, y se alistaron como familiares 85 nobles. La hoguera, preparada en las afueras de la puerta de Fuencarral, tenía 60 pies cuadrados de superficie y 7 de altura.

252 La elevación del príncipe de Orange al trono inglés favoreció esta inteligencia, porque importaba a ese príncipe utilizar el poder de su nuevo reino para defender a Holanda de los ataques de Francia.

253 Como quiera que fuese por lo tocante a Aragón y Cataluña, eso no le daba ningún derecho a la corona de Castilla. La causa austriaca, pues, era siempre más fuerte en los primeros países.

su magnanimidad en la paz de Ryswick, máxime cuando el sentimiento general, al menos en Castilla y en el Sur, era favorable a la sucesión de un príncipe francés, que se hiciese español y continuase las antiguas tradiciones del trono.

El primer objeto de los dos bandos de conspiradores era apartar a sus rivales del lado del rey. Se había hecho creer al infeliz que estaba hechizado, y vivía en un continuo terror de fantasmas y tentaciones imaginarias. Esta alucinación, si no fue promovida, fue, cuando menos, utilizada por el partido francés para influir en el ánimo del monarca; y la extraordinaria serie de intrigas con que ese partido logró al fin su propósito es uno de los dramas más novelescos de la historia. El rey cambiaba de opinión a cada paso en cuanto a su sucesor, según conquistaban el ascendiente la reina o Portocarrero. Las potencias intentaron arreglar las cosas mediante una repartición, pero el emperador no quería ceder un ápice de lo que miraba como un derecho de nacimiento. Mientras se disputaba así sobre su herencia, y se destinaban maridos a su mujer para cuando muriese, el pobre Carlos se acercaba a su fin. Su aposento estaba atestado de reliquias e imágenes sagradas; se tenía alejados a los partidarios austríacos, y Portocarrero y sus frailes no se separaban nunca del lecho, amenazando al moribundo con la condenación eterna si no dejaba su reino a un pariente francés. «¿Quién soy yo para dar reinos ahora?», exclamó en un raro momento de lucidez. Pero, al fin, se consiguió que firmase un testamento en favor del joven Felipe, duque de Anjou, nieto de Luis XIV y de María Teresa. Una vez la reina logró arrancarle la promesa verbal de deshacer ese testamento y dejar sus vastos dominios al hijo del emperador Carlos. Pero volvió a apoderarse de él la letargia, y quedó en pie la voluntad escrita. El 29 de octubre de 1700 se veía ya que el último descendiente decrépito del gran emperador, en línea masculina, se estaba despidiendo del mundo. Firmó un decreto nombrando un Consejo de regencia, de que formaban parte la reina y Portocarrero, hasta la venida del nuevo rey francés, y dos días después llegó su fin.

Los Habsburgos españoles y la organización del desgraciado país que habían sacrificado a su ambición y su locura, llegaron a su fin al mismo tiempo. Desde el primer paso en falso de Fernando el Católico, hasta la muerte de Carlos II, España había marchado a la inevitable ruina acarreada por la conducta de sus gobernantes. No hubo modo de eludir ni de suspender la decadencia, porque el empeño de violentar fuerzas naturales para fines personales sólo podía conducir al desastre final; y al esclavizar las almas y los cuerpos de los individuos de un pueblo con la idea de hacerlos permanentemente grandes como nación, era una obra predestinada al fracaso. En España el fracaso fue completo. El experimento había costado sufrimientos y penalidades superiores a cuanto cabe imaginar; la nación había perdido dos siglos en la carrera del progreso, y, rendida y extenuada, tenía que empezar de nuevo la obra de la civilización, después de atravesar la purificación terrible del fuego que ahora la aguardaba.

1600 a 1700

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Durante esa decadencia material y moral descrita ea el capítulo anterior, se habían debilitado extraordinariamente todas las instituciones establecidas, excepto la Corona. Las Cortes de Castilla estaban completamente anuladas, y después del tiempo de Olivares, hasta las Cortes de Aragón, Cataluña y Valencia participaron de la enervación general. Los Municipios, que habían sido la verdadera unidad de gobierno, se hallaban ahora totalmente corrompidos, y habían perdido todo derecho de asociación. Los nobles —una clase en constante aumento merced a las pródigas concesiones y ventas de privilegios— formaban ahora una burocracia más bien que una aristocracia, y no se preocupaban más que de lucrarse con los cargos públicos. Toda otra industria que no fuese el trabajo ordinario de producción para el consumo local, estaba realmente muerta. Los vinos, aceites, frutas, etc., cosechados en el Mediodía y en Levante, sólo podían exportarse desde los puertos contiguos a los puntos de producción; y este comercio, cuando no estaba prohibido —como lo estuvo durante una buena parte de este período—, se hallaba principalmente en manos de

extranjeros. Gran porción del dinero que aún venía a España de América se enviaba al extranjero para sostener los ejércitos de fuera, o era ocultada por aquellos a quienes pertenecía; pero como España, por su parte, no podía al presente surtir de artículos a sus colonias, existía un gran comercio de contrabando entre la América española y otros países, y mucha plata no llegaba a España nunca.

La ociosidad, el lujo y la frivolidad del pueblo llegaban al extremo al fin del período que nos ocupa. Materialmente los españoles estaban arruinados; su prestigio había muerto, y su territorio se evaporaba; pero, como en ocasiones anteriores de degeneración nacional, su afición desmedida al solaz y recreo condujo a una explosión de actividad literaria y artística que dio a España en este período su edad de oro.

SUMARIO DE LO QUE HIZO ESPAÑA POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

España no ofreció ahora al resto del mundo ningún alto ideal espiritual. Sus colonias seguían estimulando a los hijos de otros países a la exploración, al comercio, al pillaje y a la conquista, y contribuían así indirectamente a aumentar la riqueza del mundo; pero España misma no tenía nada que presentar, fuera de ambiciones fallidas, pretensiones jactanciosas e impotencia nacional. Y, no obstante, la deuda del mundo para con ella es mayor en este período que en ningún otro, porque en él se publicó *Don Quijote*; el teatro español inauguró el drama moderno; y al par que Cervantes, Lope de Vega, Calderón y Quevedo escribían para todo el mundo, Velázquez, Ribera, Murillo y Zurbarán pintaban para todos los tiempos.

XII.
La detención de la decadencia. Su término. Resurrección.

Advenimiento de Felipe V.—Las guerras de sucesión.—La influencia francesa.—La princesa de los Ursinos.—El tratado de Utrecht.—Isabel de Farnesio y sus guerras.—Muerte de Felipe.—Pérdida de Flandes.—Fernando VI.—Estado social, político e intelectual del pueblo.—La era de reformas.—Carlos III.—Grandes mejoras efectuadas.—Los jesuitas.—Reacción.—Muerte de Carlos III.—Carlos IV y Godoy.—España, satélite de Francia.—La familia real en Bayona.—La guerra de la Independencia.—Fernando VII y la Constitución.—La vuelta del despotismo.—Isabel II y Don Carlos.—El reinado de Isabel.—La revolución.—Alfonso XII.—Conclusión.

El testamento de Carlos II, dejando la corona española a Felipe, duque de Anjou, fue el acontecimiento más importante de la historia europea desde la Reforma. Todas las naciones de la cristiandad entraron en la lucha; porque de su desenlace parecían depender la dominación del Mediterráneo, la suerte de Flandes, la expansión de la navegación y del comercio ingleses, el porvenir de Italia, la existencia de Holanda como Estado y, por fin, la gran cuestión de si prevalecerían en dos continentes los métodos teutónicos o los latinos. Esta última consideración fue la que dividió finalmente las fuerzas en ambos campos y condujo a la transacción inevitable; pero durante los primeros meses, Europa estaba como aturdida con el choque de la contienda futura, mientras se realizaban las combinaciones, y el rey francés decidía la actitud que debía adoptar para el logro de sus objetivos. De su decisión dependían muchas cosas. Si hubiese podido atraer a todas las potencias a su proyecto de reparto para que Francia extendiese su territorio por el Norte de Italia y por España hasta el Ebro, se hubiese engrandecido la nación francesa misma; y, si Luis había de emplear fuerzas nacionales en la próxima lucha, ese parecía el objeto más fácilmente asequible. Pero el emperador había exigido para su hijo la herencia completa, y se había dejado toda la herencia al príncipe francés. El punto arduo que debía decidir Luis, ya en edad avanzada, era si valía la pena ponerse en pugna con media Europa y agotar quizá a su propio país, para sentar en un trono vecino a un miembro de su familia, cuyos descendientes, en una o dos generaciones a lo sumo, no podían menos de identificarse con los intereses españoles y rechazar la influencia francesa. En resumen: Luis XIV estaba llamado a resolver si debía utilizar los recursos franceses en beneficio de la nación francesa o para engrandecer su propia casa, y optó por lo último. «Señores (dijo al fin, presentando su nieto a la corte congregada): he aquí el rey de España». El *fiat* del «rey sol» estaba pronunciado, la palabra que Europa esperaba anhelante estaba dicha, y ahora las decisiones que había que tomar eran claras.

El gallardo mancebo de diez y siete años, desde entonces Felipe V, pisó el suelo español en los comienzos del siglo nuevo (28 de enero de 1701), y toda España le recibió con aclamaciones, porque veía en él la encarnación de una nueva vida nacional. Aun la rebelde Cataluña, donde era virrey el príncipe alemán de Hesse-Darmstad, se pronunció *incontinenti* en favor del francés; y el primer decreto firmado por el nuevo soberano, cuando cruzó los Pirineos, fue para sustituir al príncipe de Hesse-Darmstad por el sobrino de Portocarrero, conde de La Palma. Se desterró de la corte a la viuda de Carlos II, con todos los amigos del austríaco; y se nombró ministros a los partidarios franceses Portocarrero, Arias y Ubilla. Pero el verdadero gobernante de España en esos primeros días fue el duque de Harcourt, embajador francés, que tomó puesto en el Consejo español, como intentaron hacer en adelante todos sus sucesores. «*Il n'y a plus de Pyrénées*», dijo Luis, y quiso decirlo tanto en un sentido político como en un sentido social. Durante muchos años, hábiles ministros, agentes y espías le habían suministrado los más minuciosos informes respecto a las

deficiencias y particularidades del antiguo sistema español de gobierno[254], y hacía mucho que había resuelto extender a España los métodos y prácticas de su país. Portocarrero era un instrumento dócil, porque estaba deseoso de complacer a sus amos, y era manifiesta la necesidad absoluta de una reforma radical en aquella administración. El pueblo en general se entregaba, como de costumbre, a las más risueñas ilusiones, creyendo que el nuevo monarca acabaría con toda el hambre y toda la miseria que había traído el antiguo régimen, porque la fama del poderío y del esplendor de su abuelo había cautivado ya la imaginación de los españoles.

A pesar de lo necesaria que era para el país la estricta economía, las medidas violentas de reducción adoptadas en todas las ramas de los gastos nacionales pusieron, naturalmente, en pugna con el nuevo orden a las legiones de explotadores del antiguo estado de cosas, y el hecho de que las reformas traían un sello francés proporcionaba una poderosa palanca a los que fomentaban el descontento. Las medidas adoptadas eran también, en muchos casos, indiscretas, como por ejemplo, la que daba a los pares de Francia en España los privilegios de la grandeza del país. La Península, por otra parte, estaba inundada de franceses de todas categorías, que se daban aires de superioridad por su nacionalidad común con el monarca. Los ministros, en fin, especialmente Portocarrero, anhelaban monopolizar la influencia sobre el rey, y, al efecto, competían unos con otros en obsequiosidad hacia los franceses.

El pueblo empezó pronto a murmurar al ver que tropezaba en las calles con un número creciente de franceses, y que esos franceses ocupaban los cargos públicos y monopolizaban todos los ramos del comercio; y las Cortes de Castilla, congregadas para reconocer a Felipe como rey en mayo de 1701, pidieron que se consultase a los representantes del pueblo en punto a las reformas financieras que estaba haciendo el nuevo ministro francés, de Hacienda, Orry. Pero el sistema de Luis XIV no daba al contribuyente ninguna intervención efectiva en los gastos, y se denegó la petición. La nobleza era la que más padecía, y justamente, con esas reformas, puesto que durante siglos había eludido la contribución y se había aprovechado de los antiguos abusos; y esa clase, naturalmente, era la que capitaneaba la oposición contra Felipe. Así, poco a poco, iban deslindándose los campos en España para la contienda iniciada ya por el emperador. Luis XIV había atraído a su lado al versátil duque de Saboya, concertando el matrimonio de Felipe V y la hija del duque, María Luisa de Saboja; y el rey de España fue a Barcelona a recibir a su prometida, después de jurar los privilegios de Aragón y Cataluña en las respectivas capitales. Se le recibió en ambas Cortes con entusiasmo, aunque hubo de pasar por el enojo de tener que entrar en transacciones para obtener subsidios; y después, mientras aguardaba la llegada de la futura reina, se puso a trabajar para enviar refuerzos a su reina de Nápoles, donde el emperador había conseguido promover un levantamiento.

Francia y Austria habían venido ya a las manos en el norte de Italia; Inglaterra y Holanda, aunque habían prometido en un principio reconocer a Felipe, estaban preparadas para tomar parte en la refriega, y era evidente que iba a empezar la lucha. El joven rey era valiente y animoso, y después de pasar algunos meses en Barcelona con la saboyanita que se había hecho su mujer, marchó a Nápoles y Sicilia a combatir por su corona, mandando a Madrid como regente a María Luisa. La niña —no contaba más que catorce años— era persona de una capacidad y una firmeza excepcionales, y tenía a su lado una de las mujeres más inteligentes de Europa, Ana María de la Tremouille, princesa de los Ursinos, que había sido enviada como mentor suyo, en interés de Francia, por Luis XIV o, más bien, por madame de Maintenon. Durante años, en el curso de la más agitada crisis de la suerte de España, hizo más por el país y por los jóvenes reyes que todos los ministros juntos. Se reformaron maneras y costumbres, y penetró la luz y la claridad donde antes sólo había existido la lobreguez y la ignorancia. Ana de la Tremouille tenía todo el vivo despejo de las altas damas francesas de su época; era un espíritu delicioso en la correspondencia epistolar, una mujer de mundo llena de experiencia y de tacto, y lo que valía más que todo, una estadista de

254 Las instrucciones dadas a sus agentes se encontrarán en el *Recueil des instructions aux ambassadeurs françáis en Espagne*, y los informes en la correspondencia de Villars y Harcourt.

resolución, de penetración y de recursos. Era una francesa enviada especialmente para servir los intereses franceses; pero vio en seguida que los españoles odiaban a los extranjeros, y que el pueblo de quien dependía la corona de su joven *protégé* en la próxima lucha, estaba ya medio amotinado con la intrusión de la influencia francesa. Toda la sociedad española se había disgregado; los átomos buscaban a ciegas un imán en que poder agruparse, y la princesa vio que, sobre los destrozos hechos por las aguas que habían inundado y ahogado las instituciones españolas, la única roca firme que se mantenía en pie era la reverencia tradicional del pueblo hacia el que ceñía las coronas de Castilla. Ese era el núcleo en torno del cual agrupaba ella el nuevo orden de cosas. Luis XIV la reconvenía reiteradamente, disputaba con ella, la hacía caer de su gracia, porque creía que abandonaba los intereses confiados a su protección. Pero ella sabía muy bien que sin la simpatía del pueblo por los reyes se perdería todo; y desafiando hasta las iras del «rey sol», se hizo firme en la defensa de Felipe y de su mujer, y de las tradiciones españolas, por cuanto todo dependía de su prudencia.

De las largas y complicadas guerras de la sucesión española no puede consignarse en este libro sino la parte en que parecieron influir sobre el desarrollo del pueblo español. Después de luchar valerosamente en Italia contra el príncipe Eugenio y sofocar parcialmente el levantamiento de Nápoles, Felipe V volvió a Madrid a principios de 1703, para encontrarse en el foco de la lucha. Marlborough estaba en el Rhin con un ejército inglés para ayudar a los austríacos y holandeses contra los franceses, y pocos meses antes una escuadra inglesa de 50 buques, con un ejército de 12.000 hombres, había intimado a Cádiz la sumisión al rey legítimo de España, Carlos III de Austria. Los españoles bajo el antiguo régimen, dominados por la indolencia y la desanimación, hubiesen opuesto, sin duda, una resistencia débil. Pero el brío y el vigor de la joven reina y de su camarera mayor, francesa, despertaron en el alma nacional un sentimiento de deber para con la Corona. No entraban en litigio a la sazón las creencias ni la nacionalidad del monarca, porque los dos pretendientes eran católicos y los dos eran extranjeros; mas el partido francés, casi por vez primera en la historia del país, tocó la cuerda sensible de la unidad de suelo y de trono[255]. La intrépida reinecita se desprendió de sus estuches de joyas, y con su elocuencia sacó tesoros ocultos de obispos y cabildos, de palacios, catedrales y conventos, y se puso a Andalucía en estado de defensa. La escuadra inglesa se alejó con rumbo a Vigo, y apresó los galeones cargados de plata; pero el pueblo hispano se salvó de la invasión.

Cuando Felipe volvió a su capital ya habían huido los nobles partidarios del austríaco, y pudo proseguir, sin abierta oposición, la obra de reorganizar su reino. No convocó Cortes que le entorpeciesen, pero se consultó a todos los españoles de reconocida experiencia y sabiduría. Se reformó radicalmente el cobro y arriendo de tributos, que habían sido tan opresores. Se condonaron antiguas contribuciones territoriales incobrables, y volvió a ponerse el suelo en cultivo; se reorganizó completamente el ejército con sujeción al modelo francés; se impuso economía en todo; se simplificó el vestido, a ejemplo del rey, y España empezó ya a animarse con una nueva vida.

Se enviaron a Flandes y a Italia tropas españolas; y mientras la guerra se desarrollaba principalmente en Alemania con vario éxito, bajo Marlborough, Eugenio y Tallard, el pretendiente austriaco desembarcó en Lisboa con honores regios (mayo de 1704) y con la intención de invadir a España. Pero la idea de resistir a la invasión inspiraba ahora al pueblo nueva energía. El Gobierno obró con prontitud, y reunió en la frontera portuguesa una gran fuerza a las órdenes del mariscal Berwick —a quien después se unió el mismo Felipe— y, arrollando la resistencia, invadió la mayor parte de Portugal (1704). Fallido el intento de dominar a España desde esta parte, los aliados, con

255 Aunque fuese inconscientemente, se entrevió que las tradiciones y los procedimientos centralizadores de los franceses tenderían a unificar todos los reinos de España bajo la Corona de Castilla, y ese sentimiento, indiscutiblemente, fue el que dio más fuerza a Felipe V en cuanto llegó a traslucirse que, bajo la dirección de la princesa de los Ursinos, resistiría hasta morir todo intento de reparto que llegase a hacerse o proponerse aun por Luis XIV. Este hecho explica también por qué Cataluña se pronunció tan enérgicamente a favor del archiduque Carlos, que, a los ojos de los catalanes, representaba la idea de un sistema federal en que pudiese conservarse intacta la autonomía de los reinos de Aragón. Este es aún el punto que separa a esas regiones del resto de España, y marca las diferentes tradiciones étnicas de los pueblos.

una escuadra inglesa al mando de Rooke, trataron de tomar a Barcelona; pero fracasaron, aunque Rooke, al volverse, sorprendió a Gibraltar y se posesionó de esa plaza, que debía ser en adelante una fortaleza inglesa (julio de 1704), a pesar de las promesas de los ingleses y de los grandes esfuerzos de los españoles y de los franceses por recuperarla.

Durante 1705 continuó la guerra en la frontera portuguesa, siendo mandados los aliados por lord Galway y los franceses y españoles por el mariscal Tessé, ahora que Berwick se había retirado temporalmente, disgustado por la continua intervención del Gobierno francés. El conde de Peterborough, también con una gran fuerza de buques y de hombres, sometió varias plazas en la costa española, y por fin indujo a los valencianos y a los catalanes a asociarse a la causa del pretendiente austriaco, Carlos III. Esas regiones comprendieron ahora que el sistema centralizador francés significaría la unificación de sus Gobiernos con el de Castilla, y estaban dispuestas a luchar hasta lo último en defensa de su antigua autonomía. Carlos III desembarcó en Barcelona bajo la protección del conde Peterborough; fue proclamado rey de España con el mayor entusiasmo, y a fines de 1705 dominaba sin obstáculo en la mayor parte de los reinos de Aragón.

La causa francesa era derrotada al mismo tiempo en Italia y Flandes por el príncipe Eugenio y el duque de Marlborough, respectivamente[256], y ahora había llegado el período crítico de la lucha, por lo tocante a la soberanía de España. El desenlace final dependía de las simpatías dominantes del pueblo español, y esas simpatías se hallaban divididas. Los nobles, abierta o secretamente, estaban a favor del austríaco, que había sido aceptado como el campeón del antiguo orden de cosas enfrente del sistema reformista francés; y todas las unidades locales que temían la centralización estaban dispuestas a aclamar a Carlos III mejor que a Felipe V. Felipe y su mujer habían luchado valerosamente por conquistar el corazón de los españoles, y lo habían logrado en las Castillas; pero todo el resto de España, o estaba contra ellos o permanecía dudoso; y si había que vencer a los aliados en el suelo español, la arruinada Castilla sola no era bastante poderosa para conseguirlo. Se pidió auxilio a Luis XIV, y se hizo un esfuerzo desesperado para levantar nuevas fuerzas en España misma. Con un ejército de 20.000 hombres Felipe trató de recobrar el rebelde nordeste. Los fieros catalanes, aun las mujeres y los niños, resistieron palmo a palmo. Por fin Felipe, después de meses de persistente lucha, estaba a punto de tomar a Barcelona (mayo de 1706), cuando apareció una flota inglesa a la entrada del puerto, y su ejército huyó precipitadamente. El rey mismo tuvo que marchar por la frontera francesa, y anduvo fugitivo hasta que volvió a Madrid. Al mismo tiempo su ejército de la frontera portuguesa fue vencido por los aliados que mandaba Galway, y entonces pareció perdido todo. Felipe huyó a Burgos, mientras Carlos III entraba triunfalmente en Madrid como rey de España. Pero Castilla permanecía aún fiel de corazón a Felipe V; la posición de Carlos llegó a ser poco a poco insostenible ante el avance del duque de Berwick y su fuerza reorganizada, y Felipe volvió a entrar en su capital (octubre de 1706).

En adelante, la causa de Felipe ganó terreno gradualmente. El brío y la persistencia que demostraron el rey y su mujer les granjearon nuevas simpatías, y a mediados de 1707 la guerra estaba confinada en los reinos de Aragón, que tenían que ser conquistados palmo a palmo por los ejércitos levantados en el resto de España. La lucha en lo sucesivo, aunque los españoles no lo conociesen entonces, no era tanto entre dos pretendientes de la corona de España como entre dos tradiciones étnicas antagónicas: los hombres de sangre franca y goda, con sus asambleas libres feudales, que miraban los reyes como jefes elegidos, contra los celtíbero-romanos, influidos por el Cristianismo, con su idea profundamente arraigada de una democracia igual bajo un César semisagrado; o, en otros términos, los teutones contra los latinos. Por fin, en la gran batalla de Almansa (abril de 1707), los ingleses y alemanes fueron derrotados por Berwick, y el austríaco quedó reducido en adelante, excepto por corto tiempo, al principado de Cataluña. Cuando se conquistó, finalmente, a Valencia y Aragón, Felipe V hizo lo que no se había atrevido a hacer ni aun Carlos I. Suprimió de una plumada la autonomía de Aragón, y quedó extinguida definitivamente la

256 La batalla de Ramillies se dio en mayo de 1706, y el príncipe Eugenio venció a Marsin en Turín en septiembre de 1706.

ambición de Fernando el Católico, porque su reino no podía esperar ya utilizar para sus fines el resto de España. Mientras Felipe prosperaba así en la Península, la causa borbónica sufría derrota tras derrota, a manos de Marlborough, en Flandes, y en la primavera de 1710 fue evidente que todos los beligerantes estaban agotados y que la paz era una necesidad vital.

Con la consolidación de la causa de Felipe en España, los españoles volvieron a estar celosos de los franceses, cuyos esfuerzos habían hecho posible el triunfo, y el rey se vio obligado a elegir ministros exclusivamente españoles en el seno de la codiciosa nobleza antigua. Con esto volvió a renovarse la confusión en la administración, y la consiguiente pobreza obligó también a Felipe V a prestar oídos a las proposiciones de paz. Cuando supo, sin embargo, que en los planes de su abuelo entraba el reconocimiento de su rival austríaco como rey de España y de las Indias, dejando a Felipe Sicilia y Cerdeña solamente, tanto él como sus súbditos españoles rechazaron indignados tal solución, y continuó de nuevo la guerra. Francia y España hicieron nuevos sacrificios, y una vez más el entusiasmo de los españoles rayó en delirio cuando el rey apeló a la lealtad de sus súbditos. Los aliados volvieron a quedar victoriosos en Valencia y Cataluña, los ejércitos de Felipe fueron rechazados, y Carlos III entró nuevamente en su hosca capital de Madrid (septiembre de 1710). Pero éste fue su último esfuerzo. Las tropas protestantes, inglesas y alemanas, que le protegían, insultaban la religión y profanaban las iglesias; Carlos mismo era impopular; y cuando huyó al avanzar un ejército francés por los Pirineos, fue para no volver nunca.

Al mando del duque de Vendôme, los franceses y Felipe marcharon ahora de victoria en victoria; y cuando Carlos pasó a ser emperador, a la muerte de su hermano José, toda la situación cambió de repente. La alianza se deshizo, porque ninguna de las potencias quería ver a Alemania dominando en Flandes y en el Mediterráneo. Todas las partes estaban fatigadas de la larga guerra, y después de interminables disputas se firmaron los tratados de Utrecht y Rastadt (1713 y 1714) y se rehizo el mapa de Europa. España cedió al Austria, finalmente, la fatal herencia de los Países Bajos, y también Nápoles, Milán y Cerdeña, mientras que Sicilia debía pasar a Saboya[257]. Cataluña fue abandonada por todos los que la habían apoyado en su desesperada rebelión, y quedó a merced del ahora indiscutible rey de España. Barcelona se sostuvo firme hasta lo último contra su soberano, y hubo que asolarla a sangre y fuego antes de que cayese a los pies del rey, convertida en una sangrienta ruina, exhausta e inerte; y las amadas y costosas libertades de Cataluña fueron aplastadas en el molde de Castilla (septiembre de 1714).

Entonces Felipe de Borbón fue realmente, al cabo, rey de toda España. En la larga y cruel guerra el país había pasado por el horno, y había salido de él con sus antiguas instituciones consumidas totalmente, salvo la Corona de Castilla. La tabla estaba libre para que Felipe V escribiera en ella lo que quisiese. Pero el monarca no se hallaba a la altura de su gran obra. A impulsos de la excitación guerrera, fue capaz de una gran energía; en cuanto faltó la presión, cayó en una inacción mohína, que con los años se convirtió en insania letárgica. La poderosa influencia femenina que desde un principio le había rodeado le dominaba ahora completamente; y cuando murió su animosa mujer saboyana (1714), quedó sin esfuerzo bajo el dominio absoluto de la princesa de los Ursinos, que gobernaba a España libremente en su nombre.

Bajo su dirección competente, y con ayuda del hacendista francés Orry, se hizo una vasta mejora en la administración, y el país empezó a respirar de nuevo. Mas para que no viniese a suplantarla ninguna influencia rival, la princesa concibió el proyecto de casar al rey con una dulce princesita parmesana, sobrina de la viuda de Carlos el Hechizado. La principal recomendación de Isabel de Farnesio era que Alberoni, el representante de Parma, había asegurado a la princesa de los Ursinos que la joven había sido educada humildemente en la pequeña corte italiana, y sería un instrumento en manos de la hábil francesa. Era un ardid astuto y característicamente italiano. En

257 Como consecuencia final del trasiego ulterior de los principados italianos, Cerdeña fue dada a Saboya a cambio de Sicilia, que, con Nápoles, volvió a pasar de Austria a España para el infante don Carlos, el hijo mayor habido por Felipe V de su segundo matrimonio con Isabel de Farnesio.

realidad, la nueva reina era una mujer varonil e imperiosa, que vino a España, armada de todas armas por su tía la reina viuda, para vengarla del partido francés, que la había vencido. La aparición de Isabel de Farnesio al lado acá de los Pirineos fue la señal para la despedida insultante y el destierro de la anciana princesa de los Ursinos, y España fue gobernada en adelante por los felinos procedimientos eclesiásticos de las pequeñas cortes italianas, con el solo fin de hacer valer los derechos de Isabel y de sus hijos a los principados italianos que pretendían y para restablecer la influencia española en la península hermana.

Las guerras que siguieron no respondían a ningún interés nacional español, sino a intereses puramente dinásticos e italianos. Pero, desgraciadamente, Felipe V se dejó dominar por su segunda mujer más aún que por la primera o la princesa, y el progreso de España se retrasó durante años, y sus recursos se consumieron en luchas por tierra y mar en toda Europa, con el principal objeto de engrandecer a los hijos de la ambiciosa Isabel de Farnesio. Con este fin, la reina y su ministro Alberoni intrigaron en todas las cortes europeas y favorecieron las conspiraciones bretonas contra el regente Orleans y las conjuraciones jacobitas en Inglaterra. Desde Suecia a Sicilia extendió Alberoni la red de su política de intrigas, y a los cinco años de la llegada de Isabel, la flota española había sido derrotada por la inglesa (Siracusa, 1718), el ejército francés había invadido las Provincias Vascongadas y Cataluña, los ingleses ocupaban la costa de Galicia, y España, habiéndose apoderado de Sicilia, sostenía con dificultad sus posesiones contra los austríacos. Para hacer frente a tales empresas, la reina y Alberoni necesitaron desplegar grandes esfuerzos, y España, mucho más próspera ahora que en años anteriores, respondió con entusiasmo a loa llamamientos que se la hacían, en la creencia de que el país estaba volviendo a afirmar su poder en Europa. Pero las reformas de Alberoni habían lesionado muchos intereses; se le sacrificó, pues, al fin, cediendo a los ataques de sus enemigos (diciembre de 1719), y España, por primera vez durante muchos años, se encontró realmente en paz, hasta con el emperador, que abandonó en lo sucesivo sus pretensiones a la corona española.

Isabel creyó conveniente contar con el apoyo francés para las pretensiones italianas de sus hijos, concertando una serie de matrimonios entre las dos ramas borbónicas, y durante cierto tiempo prevaleció en España la influencia francesa, con exclusión de la inglesa, que un momento amenazó desbancarla. Entre esos matrimonios figuraba el de Don Luis, príncipe de Asturias, con Luisa Isabel, hija del regente Orleans, y el del joven Luis XV con la hija de Felipe e Isabel. Felipe a la sazón, aunque aún en edad media, era presa de una melancolía religiosa rayana en locura. Había conseguido introducir el traje y las maneras francesas en las clases superiores de España, pero él se había impregnado no poco del sombrío misticismo de la forma española de devoción. Toda su existencia acabó por circunscribirse a una rutina inalterable de rezos y de vida doméstica en compañía de su mujer. Para distraerle se construyó en La Granja un espléndido palacio a imitación de Versalles, en el cual se gastaron grandes sumas, como asimismo en reunir cuadros y esculturas de todos los países de Europa para adornar sus salones. Pero todo era inútil; y, acentuándose su postración de ánimo, los sacerdotes franceses que le rodeaban tuvieron más expedito el camino para convencerle de la vanidad de las cosas terrenas, e inclinarle a abdicar en favor de su hijo Luis. Isabel no se atrevió a oponerse a esto demasiado abiertamente, porque los españoles andaban ya reacios ante el coste de sus guerras; y España se asombró al saber una mañana (enero de 1724) que el rey había jurado renunciar su corona para siempre y retirarse a la vida privada en su palacio de las montañas de Segovia.

Pronto se vio que el reyecito Luis y su imprudente y atolondrada mujer francesa eran simples juguetes en manos de la astuta reina italiana, y otra vez se halló expuesta Europa a una conflagración por el empeño de Isabel de poner prematuramente a su hijo Carlos en posesión del ducado de Toscana, a cuya herencia en último término le habían reconocido con derecho las potencias. En medio de estas dificultades, murió el joven rey Luis, después de un reinado de siete meses, a la edad de diez y siete años (agosto de 1724). Para Felipe era una dura contrariedad volver a echar sobre sí la carga que había renunciado solemnemente para siempre; pero su segundo hijo e

inmediato heredero era un niño, su mujer instaba, y el desdichado volvió a ser rey, con disgusto casi ostensible de sus súbditos, quienes comprendían que detrás de él andaba la mano de Isabel de Farnesio, y que se volvería a sangrar a España para proveer a sus hijos de tronos italianos.

En el ínterin murió el regente francés, duque de Orleans, y el cambio de gobierno en Francia había conducido a la ruptura de los contratos matrimoniales de Luis XV con una princesa española, y del infante Don Carlos con una hija del duque. Era evidente que Isabel de Farnesio no podría contar ahora para sus fines con el auxilio francés, y adoptó una resolución que asombró al mundo. Durante un cuarto de siglo venía subsistiendo la enemistad entre la casa de Austria y Felipe V, a consecuencia de la disputa sobre la sucesión española. Por medio de un astuto ministro holandés, llamado Riperdá, se celebró ahora una estrecha alianza entre ambos países. Esa alianza tenía por objeto destronar en Inglaterra a la casa de Hannover, y restaurar a los Estuardos; afirmar nuevamente en Europa la supremacía del catolicismo, y arruinar a Inglaterra y Holanda. El comercio español, americano y oriental debía ser monopolizado por Austria mediante Ostende y Trieste, y volverían para España los días gloriosos, si el deseo y las pretensiones podían traerlos. Era un lindo trato en que España tenía que pagarlo todo y no ganar nada, salvo el reconocimiento, por parte de Austria, de las pretensiones del infante Don Carlos a su ducado italiano. Pero Riperdá engañó a todo el mundo, incluso a la reina, acerca de los términos reales del tratado y de la extensión de las concesiones imperiales, y su caída fue tan rápida como su subida (1726).

Aquí se le menciona sobre todo por una razón. Hasta entonces las reformas hechas en España habían sido principalmente administrativas. Ahora los fondos públicos se recaudaban y gastaban con relativa probidad, pero el sistema tributario era en rigor el mismo. La industria, el arte y el comercio españoles se veían reducidos a casi nada, y lo poco que se hacía lo hacían en su mayor parte extranjeros. Riperdá fue el primero que rompió con la mala tradición, y procuró que volviesen a trabajar los españoles. Se montaron en Segovia y en otras partes fábricas de paños con la protección del Gobierno, se dieron primas a la construcción naval, se abolieron derechos sobre ciertas materias primeras de fuera, y se trajo a España una legión de obreros extranjeros para instruir a los del país en las industrias que habían olvidado. Las medidas de Riperdá eran sabias, y no dejaron de dar resultados, pero precipitaron su caída: porque los españoles estaban muy prevenidos contra los extranjeros, y no habían aprendido aún que sólo el trabajo produce la riqueza nacional.

Aunque cayó el ministro, continuó la alianza con Austria, y en 1727 España volvió a encontrarse en guerra con Inglaterra, hasta que se vio que los intereses españoles se estaban sacrificando a los austriacos, y entonces se hizo una paz (1729) que aislaba por completo al emperador, y daba a Inglaterra el monopolio de la trata de negros y la libertad de comerciar en las colonias españolas. Con ayuda de Inglaterra se estableció pacíficamente al infante Don Carlos en su ducado materno de Parma, e Isabel de Farnesio vio al fin realizado en parte su objetivo (1732). Pero eso no era bastante para ella. España era ahora comparativamente fuerte, y por las hábiles intrigas de sus ministros y de la reina, había alcanzado en Europa un influjo mucho mayor que el que correspondía a su fuerza efectiva. El emperador estaba ocupado con Polonia; Nápoles y Sicilia no llevaban a bien su dominación, y España volvió a empeñarse en una guerra para dar esos dos reinos al infante Don Carlos.

En 1735 Francia y Austria, desentendiéndose de Isabel de Farnesio, concertaron una paz, por cuya virtud se reconocía a Carlos como rey de Nápoles y Sicilia, a condición de renunciar sus derechos sobre Parma y Toscana, con gran disgusto de la reina, que tenía hijos menores que colocar. Pero, atendido el estado de ánimo de España, hubo de conformarse por el pronto, aguardando a que las circunstancias la permitiesen arrastrar a una nueva guerra al país de su marido.

Hay que decir aquí algunas palabras respecto al hombre que contribuyó más que ninguno, desde la caída de Riperdá, a que España adquiriera en el mundo ese nuevo ascendiente. Los buenos resultados que había dado la administración francesa, aun durante las destructoras guerras de

sucesión, habían abierto los ojos de algunos de los españoles instruidos de las clases superiores sobre el atraso de su país; y el ministro que durante los diez últimos años había dirigido enteramente los asuntos, era el más eminente de esta nueva escuela de españoles, Don José Patiño. Estadista y diplomático de primera fila, como tenía que ser para medirse con Walpole, Köningseg y Fleury, era más grande aún como economista. Vio que no cabía proteger el comercio español con América sin levantar las pesadas cargas que habían arruinado a la madre patria. Su primera preocupación, por consiguiente, fue reanimar la navegación española, y en un plazo maravillosamente corto, merced a primas y subvenciones, pudo enviar de Cádiz escuadra tras escuadra de buques bien equipados, y hacer respetada a España en el mar, con manifiesto sobresalto del embajador inglés[258]. El comercio americano volvía a llegar a España, porque Patiño imponía pesados gravámenes a las mercancías extranjeras; se fundaron compañías privilegiadas; las remesas de plata eran ahora regulares, y más crecidas que anteriormente; se concedieron primas y auxilios a las fábricas españolas[259]; se combatió con rigor el contrabando; y al morir Patiño (1736) el poder naval del país era formidable y agresivo, y había revivido el comercio. El intento de acabar con el filibusterismo y el contrabando en grande, de que era centro Jamaica, puso otra vez a España en lucha con Inglaterra en 1739. Al saqueo de Puerto Bello por Vernon, respondió en España un gran despliegue de actividad naval. Inglaterra se encontró enfrente de una nueva potencia marítima que podía causar serio daño a su comercio y, en unión con Francia, amenazar sus costas. Desgraciadamente, no hubo nadie bastante enérgico, ahora que había muerto Patiño, para poner a raya la ambición de Isabel por sus hijos; y cuando murió el emperador, en 1740, y empezó la gran disputa por la sucesión austriaca, la probabilidad de pescar en aguas turbias volvió a lanzar a la reina española al vórtice de la lucha.

Durante los seis años posteriores España guerreó con Austria en Italia y con Inglaterra en el Mediterráneo, en unión sucesivamente con Saboya y Francia, sin más objeto que establecer al segundo hijo de Isabel, Felipe, como soberano de Parma y Toscana. En julio de 1746 la causa borbónica parecía vencida al fin por la terrible derrota de los españoles y franceses en Piacenza. El pueblo español se hallaba profundamente descontento de la costosa lucha a que se le obligaba cuando los estadistas españoles de la nueva escuela estaban esforzándose por restablecer la prosperidad industrial, y cuando se veía que las mejoras debidas a esos esfuerzos eran anuladas en gran parte por guerras que absorbían sus crecientes ingresos para servir a la ambición de la reina. En cuanto al monarca, había caído ahora en invencible negligencia y triste abatimiento; de modo que la reina disponía de la nación sin ninguna cortapisa.

Sin embargo, enfrente de una derrota como la de Piacenza y de la advertencia de Luis XV de no combatir más tiempo por colocar a un infante español en un trono del norte de Italia, Isabel no tuvo más remedio que allanarse a entrar en negociaciones de paz. En medio de las negociaciones, murió Felipe V de repente, y la guerra continuó todavía en Italia durante dos años, mientras proseguían las interminables discusiones sobre la división de los territorios.

Pero Isabel de Farnesio había perdido su poder, ahora que había desaparecido de la escena su apático marido. Su sucesor, Fernando VI, hijo de Felipe y de su primera mujer, aunque fue magnánimo y bueno con su madrastra, sabía cuán vital era la paz para España, y estaba resuelto a que prevaleciese en su tiempo, costase lo que costase a sus hermanastros. Su mujer, por otra parte, una princesa de Braganza, era un espíritu más enérgico que él, y tuvo a raya a Isabel de Farnesio; y finalmente (1748), se firmó la paz de Aquisgrán, que obligaba al infante Felipe a contentarse con los

258 Sir Benjamín Keene escribió a Newcastle muchas veces, manifestando su alarma por los asombrosos esfuerzos de Patiño en este sentido. «Tiene todo el Tesoro a su disposición (decía), y todo el dinero que no va a Italia para servir a las miras de la reina, se gasta en construir buques.»

259 La importación de artículos manufacturados de fuera estaba parcial o totalmente prohibida, y una vez Felipe ordenó del modo más rigoroso que todos los funcionarios y servidores del Estado vistiesen exclusivamente de géneros tejidos en España. La pragmática suntuaria de 1723 era sumamente severa en este punto, e imponía a todas las clases modestia en el atavío, para que el dinero gastado en vestir quedase en España, donde podían fabricarse los géneros ordinarios que se prescribían.

ducados de Parma y Plasencia; y un año después, un tratado aparte entre España e Inglaterra arregló las cuestiones pendientes entre ambos países.

Así, después de cincuenta años de guerra casi continua, España se encontraba despojada de todas sus fatales posesiones europeas. Flandes, Luxemburgo, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, todo se había perdido. El país quedaba reducido otra vez a sus proporciones naturales, y podía atender a su desarrollo interno, relegado al olvido, como hemos visto, cuando España fue arrastrada a la posición de potencia europea central. En cuanto a la vitalidad de la raza española, bien la patentizaba el hecho de que, en medio de los terribles sufrimientos e interminables sacrificios acarreados por los errores y la ambición de sus gobernantes, el país había renacido a nueva vida con el reciente ideal de la unidad de territorio y de trono, en sustitución del sueño muerto de dominación espiritual del mundo.

Los últimos cincuenta años habían sido un período de progreso intelectual y material; pero ese progreso, impuesto al país en virtud de ideas traídas de fuera, era un progreso exótico, y no formaba parte del desarrollo natural del pueblo mismo. Los españoles, aunque a menudo de mala gana y siempre sin convicción, aceptaron las reformas introducidas, y aun se holgaron y se enorgullecieron del poder y de la prosperidad crecientes que acarreaban; pero los hábitos intelectuales de la nación en general no habían cambiado esencialmente. Era aún inerte, supersticiosa e ignorante; seguía detestando a los extranjeros y las cosas extranjeras. Las clases mejores, en obediencia a las pragmáticas, y a ejemplo del rey, habían adoptado la peluca y el tricornio en vez de las guedejas y del sombrero de alas anchas. La golilla, que había sido universal en España y peculiar del país durante un siglo, cedía el puesto a las corbatas de encaje y las chorreras; la gente de tono era aficionada a la cocina francesa y a los libros franceses, y mobiliario francés llenaba los salones de los nobles en las capitales; pero el pueblo seguía sus usos, extraño a tales innovaciones, llevando capa y chambergo, jubón y calzones anchos, y despreciando las pelucas. La eterna olla de berza y garbanzos, las uvas, el aceite de oliva, los ajos, el fino pan blanco metido en harina, y el gazpacho en el sur, eran, los alimentos de la nación, como lo habían sido desde los tiempos de los romanos. Los valencianos comían su arroz, los extremeños sus famosos embutidos, los andaluces su atún, como habían hecho durante miles de años, y siguen haciendo hoy.

Personalmente Felipe V hizo poco bien por España, porque era sensual e indolente cuando no le despertaban grandes crisis; pero vino como representante de un sistema de ideas más moderno e ilustrado que el que había regido en tiempo de la casa de Austria, y su advenimiento despertó en la nación nuevas energías y esperanzas. Su debilidad había envuelto al país en la ruinosa y prolongada serie de guerras emprendidas a instigación de Isabel de Farnesio; pero su ruptura con la antigua tradición española de la privanza de nobles cortesanos le permitió elegir ministros realmente buenos y probos, como Orry, Patiño y Ustáriz, que purificaron la administración y aligeraron considerablemente la carga de tributos que pesaba sobre los ciudadanos. Es verdad que existían aún el impuesto del 14 por 100 sobre toda venta y la opresora sisa de los millones; pero se recaudaban en gran parte por cuotas municipales, y los arrendatarios de contribuciones, los usureros y los tribunales especiales no lanzaban ya al contribuyente a la completa desesperación. Después de abolida la autonomía de Valencia, se hizo aquí un interesante experimento de exacción de tributos (1717), que durante cierto tiempo gozó gran favor entre los economistas, y por el cual se abogó enérgicamente para toda España. Era la sustitución de las diversas fuentes de ingresos que habían existido hasta entonces por una sola contribución sobre la sal. Los derechos de peaje, arbitrios, sisas, etc., se suprimieron, y las aduanas de la costa y el impuesto sobre la sal se encargaron de proveer la contribución entera del reino de Valencia al Tesoro de la nación. El resultado fue un enorme incremento en la producción de tejidos valencianos, en su mayoría sedas, elevándose el número de telares, de 300 en 1717, a 2.000 en 1722.

Como se ha indicado, el establecimiento de compañías privilegiadas, la concesión de primas, la preferencia otorgada al comercio español y otros arbitrios habían aumentado considerablemente

en los últimos años de Felipe V el movimiento industrial del país, pero no ha de perderse de vista que todos esos no eran más que estímulos exteriores. La mejora que producían, aunque grande, era artificial, por cuanto no nacía de la energía ni de la inteligencia de aquellos a quienes más profundamente afectaba, ni de la acción natural de la industria libre de trabas e impedimentos.

Felipe había sido bastante resuelto y enérgico para afirmar su supremacía sobre el gobierno temporal de la Iglesia en España y para atajar con firmeza toda intrusión del papado en sus prerrogativas. A la Santa Inquisición se la hizo comprender que era responsable ante el soberano del uso que hiciese de sus grandes poderes. Sin embargo, los frailes, holgazanes e insolentes, lo invadían aún todo, entorpeciendo cuanto podían la introducción de la cultura extranjera, y eludiendo casi enteramente la carga de los tributos, aunque las posesiones y fundaciones eclesiásticas comprendían ahora casi una mitad del suelo del país.

Pero, a pesar de todas estas mermas, el aumento de los recursos era extraordinario. Al advenimiento de Felipe el total de los ingresos no excedía de 140.000.000 de reales, mientras que antes de su muerte llegaba a 250.000.000. No hay que decir que los gastos crecían en una porción mayor aun, a consecuencia de las continuas guerras y de lo que derrocharon Felipe y su segunda mujer en la construcción de los grandes palacios de la Granja y Madrid (el último en sustitución del antiguo Alcázar, destruido por un incendio) y en la compra del prodigioso número de obras de arte que añadieron a la ya extensa colección de los palacios reales[260].

Felipe había traído de la elegante corte de Versalles ideas elevadas en punto al deber de un soberano de amparar el arte y las letras, y desde los primeros días de su reinado tendió a la literatura la mano protectora de que estaba tan necesitada. En 1714 se fundó la Real Academia Española, y doce años después se publicó el famoso *Diccionario de la lengua castellana*, que sigue siendo hasta hoy la autoridad en la materia. La Biblioteca Nacional, la Real Academia de la Historia y el Seminario de Nobles de Madrid deben también su fundación a Felipe V, y bajo su patronato las letras españolas volvieron a levantar la cabeza, saliendo de la postración en que yacían. El Padre Feijóo, benedictino, crítico penetrante (*Teatro crítico* y *Cartas eruditas*), aunque atacado violentamente por los españoles a la antigua, a causa de su supuesto escepticismo, abrió a sus compatriotas una nueva vena de pensamiento y especulación en el libre estilo familiar que se había generalizado en Inglaterra y en Francia bajo la influencia de Addison, Steele y Descartes, mientras que Don Gregorio Mayans hizo mucho por salvar del olvido las obras de los grandes españoles de otros tiempos.

Como se ve, material e intelectualmente España adelantó mucho, aunque por un camino falso aún las más de las veces, durante el reinado del débil pero bien intencionado monarca con quien subió al trono la dinastía borbónica; en cambio, políticamente la situación del pueblo empeoró más bien que mejoró durante el mismo período. Del sistema de las instituciones representativas apenas quedaba más que la reunión de pura ceremonia de las Cortes de Castilla y algún residuo en las Provincias Vascongadas[261]; a ese sistema había reemplazado un despotismo sin disfraz a la francesa. Si este cambio provocó tan poca oposición en la mayor parte de España, fue porque no desdecía del todo del ideal ibero-latino cristianizado; pero tenía el inconveniente de no conservar, como había conservado aún en Francia, ni sombra de un vínculo de unión entre el déspota irresponsable y la masa del pueblo. El antiguo vínculo español habían sido los municipios autónomos y sus representantes en las Cortes de Castilla; pero los ayuntamientos de España se hallaban reducidos a la impotencia como cuerpos representativos, y las Cortes estaban muertas. No quedaba, pues, más que un rey supremo, asistido de un Consejo de su propia y libre elección o de un ministro responsable sólo ante él. No existía ninguna vía constitucional por donde el pueblo tuviese acceso al trono, porque los nobles habían perdido sus derechos feudales —nunca fuertes en Castilla— y no

---

260 Se encontrará una lista de las compras en el *Viaje artístico* de Don Pedro Madrazo. Barcelona, 1884.

261 Los reyes de España no eran más que señores de Vizcaya, y las provincias conservaron su autonomía económica y política hasta la última guerra carlista.

poseían como clase ningún poder ni influjo político. Se verá así que no había estabilidad en los cimientos sobre los cuales se levantaba el nuevo orden de cosas. El pueblo era gobernado, y hasta cierto punto mejoraba, pero sin hacer nada, por su parte, más que someterse sumisamente; y la decadencia nacional, aunque contenida, no había concluido, porque no era posible un renacimiento durable, a menos que emanara, por un proceso natural, del corazón y de las tradiciones del pueblo.

Tal era la nación que Fernando VI fue llamado a regir en 1746, a los treinta y cuatro años de edad. Se le tenía por hombre ilustrado, generoso y justo, aunque distaba mucho de ser un genio, y ni él ni su inteligente mujer, Doña Bárbara de Braganza, ambicionaba grandezas desmedidas para su país. Vieron que lo que hacía falta en España era ante todo la paz, y después levantar al pueblo de su postración. La paz se hizo cuerda y prudentemente, y en adelante, durante todo su reinado, Fernando VI y su mujer secundaron los esfuerzos de sus grandes ministros Carvajal y Ensenada, para guiar al país por la senda de la civilización y de la ilustración. Era una época, como se recordará, en que las clases ilustradas propagaban por Europa nuevas ideas de los derechos y deberes humanos, una época de activa especulación. El pensamiento empezaba a romper al fin las cadenas que la arrogancia y el fanatismo le habían impuesto, y a reivindicar el derecho de todos los seres humanos a labrar sus destinos con arreglo a sus luces, libres de la arbitraria intervención ajena. Pocos podían aun ver claramente hasta qué punto eran realizables semejantes teorías, y el generoso pensamiento del derecho universal de las criaturas de Dios a la felicidad terrena había cautivado a algunos de los espíritus mejores y más instruidos del siglo. Que los gobernados pudiesen tomar parte en la determinación de los medios conducentes al logro de su bienestar, era cosa en que no se había soñado aún, al menos en España, y los ilustrados ministros de Fernando VI recurrieron a decretos despóticos para ver de hacer renacer la prosperidad en una nación inerte a quien toda su historia había llevado a mirar con recelo las novedades.

En la corte española había dos distintas tendencias, a cuyo frente se encontraban los dos ministros que se dividían el gobierno. Carvajal, de noble alcurnia inglesa, abogaba constantemente por una estrecha amistad entre Inglaterra y España, mientras que Ensenada, hombre de humilde origen, pero de mucha más capacidad que su colega, trabajaba a favor de una alianza con Francia.

Esas opuestas influencias dentro del Gobierno hacían de Madrid en este período un centro de intrigas, dirigidas, respectivamente, por el embajador francés, Duras, y el embajador inglés, Sir Benjamín Keene; y no sólo andaban encontrados los dos ministros españoles en lo tocante a la política exterior, sino que la indolencia y el *dilettantismo* del rey dieron margen a la formación de camarillas palaciegas y al desarrollo de influencias ocultas, que complicaron más aun las intrigas de las potencias rivales[262].

En el curso de los intrincados manejos con que Inglaterra y Francia trataban de atraer a España a su lado durante la guerra pendiente entre esos países, los hermanastros del monarca, el reyde Nápoles y el duque de Parma, se pusieron de parte de los franceses e intentaron lanzar a España a una guerra contra Inglaterra. Eso dio ocasión al partido inglés para ensanchar la distancia ya grande que existía entre Fernando y los hijos de Isabel de Farnesio, por quienes España había sufrido tanto: porque Carlos de Nápoles, heredero de la corona de España, empezaba a darse aires de dueño, que auguraban mal para las relaciones entre su país e Inglaterra cuando sucediese a su hermano. Pero Carvajal era demasiado sensato y patriota para consentir que se comprometiese a España indebidamente, ni aun por Inglaterra; y Fernando, si no en otra cosa, se mantenía firme en lo relativo a la conservación de la paz. Cuando murió Carvajal en 1752, pareció por un momento que Carlos de Nápoles, Ensenada y Duras iban a arrastrar a España a una guerra en beneficio de Francia; pero, afortunadamente, los amigos de la paz encontraron una influencia que pesó en el ánimo del rey. Ricardo Wall, irlandés, embajador español en Inglaterra, había sido blanco de los

262 El padre Rabago, el confesor jesuita del rey, estaba a la cabeza de una camarilla que obraba a menudo con completa independencia de los ministros oficiales; y Farinelli, el famoso cantante italiano, que había cautivado a los reyes, era utilizado constantemente para fines políticos.

ataques furibundos del partido francés por la eficacia con que había secundado los esfuerzos de Carvajal; y ahora, después de porfiada lucha, fue nombrado para suceder a su jefe como ministro en Madrid. Su venida presagiaba la caída de Ensenada. El nuevo ministro vio que su colega había concluido ya un tratado secreto con Francia, y favorecía la oposición a Inglaterra en América sin conocimiento del soberano, y eso sirvió de base para el arresto y destierro de Ensenada y para la caída del partido francés (1754).

El marqués de Ensenada era muy impopular, tanto por su boato fastuoso, que recordaba a los envanecidos favoritos de los pasados tiempos, como por las innovaciones que se empeñaba en imponer a sus atrasados compatriotas; así es que su desgracia pareció bien a la mayoría. Pero no cabe duda de que hizo más por poner a España al nivel de otras naciones que ninguno de los ministros que le precedieron. Reconoció que una de las primeras necesidades del país era la facilidad de los medios de comunicación. Los caminos españoles se habían dejado en tan completo abandono, que la mayoría no eran ahora más que caminos de herradura, intransitables en mal tiempo. Ensenada intentó hacer transitables siquiera los principales. Se envió gran número de jóvenes de las clases media y superior a estudiar en las capitales extranjeras, para traer ideas modernas sobre ciencia, arte y letras. Por otra parte, se hizo venir de Francia y de Inglaterra a eminentes ingenieros navales, mecánicos e hidráulicos, para resucitar las industrias españolas; se atrajo a botánicos, naturalistas, metalurgistas e ingenieros de minas, como Bowle y Ker, para sacar partido de los recursos naturales del país[263]. Las ricas minas españolas, en que se había hecho poco durante siglos, fueron objeto ahora ele una explotación activa, con un beneficio de tres y medio por ciento para el Estado, y se sacó de ellas una renta crecida, al par que se abrieron las minas de América en condiciones análogas. Se reanimó la agricultura merced a la construcción de canales de riego y al alivio de algunas de las cargas que la oprimían. Subvenciones y primas a artículos manufacturados, y privilegios concedidos a los industriales extranjeros que establecían fábricas en España, devolvieron alguna prosperidad a la industria. El país estaba ahora en posesión de una armada de construcción y organización completamente nuevas, que aunque debida a la enemiga persistente de Ensenada contra Inglaterra, indicaba un gran adelanto en el poder de España para la defensa de sus intereses marítimos y comerciales. El plan favorito del ministro de una sola contribución impuesta a todos los ciudadanos estaba condenado a fracasar; pero la teoría, al menos, condujo a la simplificación del sistema tributario y a ideas más sanas respecto y a la distribución de las cargas nacionales, y produjo después notables resultados.

Con ministros tan inteligentes y con un rey tan amante de la paz, se elevaron rápidamente los recursos del Estado, así como la riqueza y el bienestar de los particulares. Los ingresos del Tesoro en los ocho años anteriores a 1750 subieron de 5.000.000 anuales de ducados a 27.000.000, y las rentas de las colonias se elevaron al doble (de 3.000.000 a 6.000.000); y el aumento de la fabricación de paños y tejidos de seda fue tan grande en este período, que los telares españoles daban abasto, en realidad, a toda la demanda americana. Apenas había una rama del saber o de la actividad humana de que no tratase Ensenada de dotar a los españoles, desde el estudio de los manuscritos árabes de El Escorial y la investigación de las antigüedades españolas, hasta el perfeccionamiento de la construcción naval y de la observación astronómica. Se comprenderá fácilmente que, a pesar de ser tan grandes estos esfuerzos, no llegaron a afectar de una manera inmediata a la gran masa de los más humildes ciudadanos ni a remediar de golpe los males resultantes de siglos de guerra y desgobierno. Se eximió del pago de derechos el transporte de los productos alimenticios, y se pusieron en buen estado unos pocos caminos; pero los millones y las

---

263 En una Memoria escrita a Fernando VI por Ensenada se ve hasta qué punto era necesario hacer un supremo esfuerzo para mejorar la instrucción en España. «No sé que haya cátedra alguna de Derecho público, de Física experimental, de Anatomía ni de Botánica. No hay cartas geográficas puntuales del Reino y de sus provincias; no hay quien las sepa grabar, ni tenemos otras que las imperfectas que vienen de Francia y Holanda. De esto proviene que ignoremos la verdadera situación de los pueblos y sus distancias, que es cosa vergonzosa.»

alcabalas seguían pesando sobre la producción a pesar de Ensenada, y la mano muerta del perpetuo vínculo eclesiástico y aristocrático seguía aún aferrada a la tierra y la condenaba a la esterilidad[264].

Después de la muerte de Carvajal y de Ensenada se hicieron aún continuos esfuerzos por arrastrar a España a la guerra entre Inglaterra y Francia. Pero Keene y el embajador francés trabajaron en vano. Fernando se hizo el sordo a las lastimosas exhortaciones del primero y a los sobornos tentadores del último, e insistió en la neutralidad de España, resuelto mientras viviera a que no se repitiesen los ambiciosos errores de sus predecesores. Desgraciadamente, su apacible y generosa vida fue demasiado corta. La reina Doña Bárbara murió en agosto de 1758, y la pena privó a Fernando de la razón. Como su padre, cayó en el abandono y en la melancolía religiosa, y duró en ese estado hasta agosto de 1769, en que también para él llegó la hora del reposo. Fue el soberano más verdaderamente bienhechor que España había conocido durante siglos, a pesar de ser hombre de pocas dotes y energía.

Pero vino demasiado tarde, y no pudo alterar el sistema que heredó. El pueblo seguía siendo ignorante y perezoso por las causas ya expuestas; la estructura política había sido destruida, y el soberano de España no era ahora más que un pináculo de piedra sobre postes de madera. Había que rehacer el edificio desde la base y construirle sólidamente para que pudiese resistir inconmovible los embates del tiempo. Fernando y sus ministros se esforzaron todo lo posible, según sus luces, para hacer a España próspera y feliz mientras el edificio se sostenía. Pero ellos y sus sucesores, dotados de mayor energía aún, no podían hacer más que eso, porque no sabían más, y las consecuencias del error ambicioso del anterior Fernando pesaban todavía sobre la nación española, incapacitándola para tomar parte en su propio gobierno.

Fernando VI estimuló más aún que su padre el progreso intelectual. Por todas partes surgían academias y sociedades científicas y literarias. A él debió su existencia, aún vigorosa, la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando; siguieron después en la capital la Academia de Latín y la de Historia Eclesiástica, a la vez que se fundaban instituciones similares en Barcelona, Sevilla y otros grandes centros. La extensión de cierta cultura *dilettante* vino a ser una cuestión de moda, y las sesiones de la legión de academias y sociedades eran frecuentemente un pretexto para alardes de galanura afectada más que ocasiones para un serio adelanto del saber. Más interesante que esos círculos era el gran número de comisiones de doctos enviadas a costa del Gobierno a las diversas municipalidades, catedrales y casas religiosas, con el fin de catalogar y copiar los manuscritos que estimasen importantes para la historia de España, y el paciente arreglo de los papeles de Estado de las oficinas nacionales. Mucho se hizo también en este reinado para emancipar la vida española de la tiranía de la Iglesia. El concordato firmado con el Papa (1752) puso término, al fin, a la larga disputa entre España y el papado acerca del patronato real sobre la Iglesia española; y, aunque el Santo Oficio continuase funcionando como siempre, ni Fernando ni su padre sancionaron jamás con su presencia un auto de fe. En el reinado de Felipe V, no menos de 14.000 personas fueron condenadas a varios castigos por la Inquisición; pero bajo Fernando VI el desarrollo de la inteligencia y el carácter del rey permitieron a hombres cultos alzar la voz atrevidamente contra la injerencia del Santo Oficio en la censura literaria y social. La Inquisición misma era puesta en tela de juicio por el tribunal de la opinión pública, y se notaba un descenso visible del número de persecuciones. Cierto que el autor más eminente del tiempo, el Padre Feijóo, fue acusado por atreverse a condenar el excesivo número de días de santos y a poner al desnudo las necias supersticiones de que estaba plagada la religión; pero salió triunfante de la prueba, y el rey mismo impuso perpetuo silencio a sus calumniadores.

La sociedad española, en su esfera superior, iba sacudiendo la herrumbre que la había envuelto, y amoldando sus ideas y sus costumbres a las de los franceses. La sombría devoción externa cedía el puesto a una actitud religiosa más flexible, la moral mejoraba grandemente, la

264 Se comprobó que en este tiempo quedaban sin cultivo 18.000 leguas cuadradas de la tierra más fértil de España, y 2.000.000 de almas de la población agrícola estaban al borde de la miseria.

manera de vivir era más distinguida y quizá un poco más pulcra. Y así, cuando Carlos de Borbón vino de Nápoles para suceder a su hermanastro, encontró dividido su pueblo entre una clase superior, imbuida en ideas francesas e imitadora de la cultura y del modo de vestir de los franceses, y la gran masa de sus compatriotas, que, aunque vivían en condiciones algo mejores que sus padres, seguían animados de todas las tradiciones, preocupaciones y prevenciones añejas. Encontró también a España en paz, poderosa en mares y tierra, con un servicio público pagado y respetable, un Tesoro solvente y un pueblo cuya política, así en los altos como los bajos, se compendiaba en esta fórmula: profunda reverencia al soberano de Castilla.

Carlos había elevado a Nápoles de lánguido virreinato español a reino independiente, próspero y digno. Le había dotado de una marina poderosa, de un comercio floreciente, de una administración bien ordenada y de cultas instituciones; y su partida, cuando vino a ceñir la corona española, fue un motivo de duelo sincero para los napolitanos. Se había dispuesto por tratado que, cuando Carlos subiese al trono de España, Nápoles pasase a su hermano menor, el duque de Parma, cuyos Estados se dividirían entre Austria y Cerdeña (Saboya). Pero Austria estaba en guerra, y Carlos, con el apoyo de Francia y mediante el pago de cierta suma, consiguió transmitir el reino de Nápoles a su tercer hijo, Fernando, niño de ocho años, haciendo a su segundo hijo, Carlos, príncipe de Asturias, heredero de la corona de España[265], mientras que el duque de Parma y Plasencia conservaba sus antiguos dominios. Carlos III, pues, llegó a España (octubre de 1759) libre de complicaciones y en disposición de gobernar su nuevo reino a su albedrío. Los españoles le recibieron por todas partes con los brazos abiertos, porque sabían el mucho bien que había hecho en Nápoles; y él, durante su lenta marcha desde Barcelona, condonó contribuciones, restauró privilegios y pagó con simpática afabilidad el afecto de sus súbditos. Isabel de Farnesio había actuado como regente hasta la llegada del soberano, y soñaba en servirse de España nuevamente, a fin de obtener el ducado de Toscana para su tercer hijo, Luis. Pero Carlos III era hombre de distinto temple que su padre y su medio hermano. Tenía su política propia, libre de influencias femeninas[266], e hizo comprender a su madre, bondadosa y respetuosamente, que habían pasado los días de su dominación.

Carlos había vivido fuera de España durante veinticinco años y volvió hecho un completo italiano, decidido a amoldar la vida española, al menos exteriormente, a los usos de los demás pueblos europeos. No tenía nada de la rígida y tétrica devoción española, sino que estaba saturado del escepticismo tolerante que caracterizaba a la cultura francesa de su tiempo, aunque era demasiado sensato para ponerse en pugna abiertamente con los hábitos religiosos de sus nuevos súbditos. Era, como persona, un rey enteramente distinto de cuantos habían tenido los españoles. Fuerte, animoso y activo, vestido siempre algo a la usanza de un hidalgo rural, pasaba todo el tiempo, cuando no ocupado en asuntos de Estado, al aire libre, con su escopeta y sus perros. Madrugando mucho y comiendo a las once, había hecho usualmente la labor de un día antes de que saliesen de la cama los perezosos madrileños. Era imperioso y obstinado hasta el último extremo, no permitiendo jamás ni aun a sus más altos súbditos discutir con él ni dirigirle observaciones. Convencido de poseer una capacidad y una experiencia sin semejantes en su reino, echó sobre sus hombros toda la responsabilidad de la gobernación del Estado, decidió sobre la guerra y la paz, a veces contra el parecer de sus propios ministros, y puso sus manos en todas las cosas, desde la dirección de la política internacional hasta los asuntos domésticos de sus súbditos[267]. Fue un Carlos V sin su cachaza, un Felipe II sin su fanatismo, un Fernando VI sin sus condescendencias con su mujer.

---

265 El hijo mayor, Felipe, era un idiota epiléptico, excluido de la sucesión.

266 Su mujer Amalia, princesa de Polonia (hija de Augusto, elector de Sajonia), murió a las pocos meses del advenimiento de Carlos, y el rey no volvió a casarse ni a tener cerca de sí ninguna influencia femenina.

267 Era muy entendido en varios oficios, y había hecho con en propias manos todo un equipo de soldado, zapatos inclusive. Desterró a los duques de Arcos y de Osuna por ciertos amoríos con actrices y castigó severamente a las damas en cuestión.

Dados sus antecedentes y ambiciones, no es de extrañar que hiciese al punto causa común con Francia contra Inglaterra, y comprometiese a su país en el pacto fatal de la familia borbónica, que lanzó a España a continuas guerras con Inglaterra, en beneficio exclusivo de Francia. Ese paso funesto se dio por mediación del ministro napolitano Grimaldi; y significaba la declinación de la influencia del general Wall. Desde entonces quedaba muerto el amistoso influjo de Inglaterra en España, y llegó a ser inevitable la guerra entre los dos países. En las Indias occidentales la victoria acompañaba de continuo a los ingleses, que tomaron a Granada, San Vicente, Santa Lucía, Tobago y, por último, la Habana (agosto de 1762), con un cuantioso tesoro y 12 buques de guerra, Manila se rindió también a una escuadra inglesa (octubre de 1762); un ejército inglés fue victorioso en Portugal, y Francia y España tuvieron que firmar la paz (1763), con gran ventaja de Inglaterra.

Otras dos veces, en el espacio de diez años (en 1764 y 1770), la misma política de agresión contra los ingleses en beneficio de Francia puso a España al borde de la lucha; pero Carlos III tenía que atender a múltiples reformas interiores y coloniales, y en ambas ocasiones fue bastante prudente para detenerse a tiempo, aun con algún quebranto de dignidad. Había, efectivamente, en el país asuntos de la más vital importancia. Carlos estaba decidido a refundir la vida española según sus propias ideas. No existía persona ni institución ninguna que contrarrestase su voluntad constitucionalmente, y él y sus ministros napolitanos, Grimaldi y Esquilache, creyeron que el pueblo español sería tan dúctil como los italianos del Mediodía. Olvidaron, si lo supieron alguna vez, que en la composición de la raza española entraba buena parte de aquella sangre celtíbera celosa y tenaz, que tanto había dado que hacer a los ejércitos cartagineses y a las legiones de Roma; olvidaron, además, que el inmutable Oriente había penetrado durante siglos en la raíz de la vida española, que el aislamiento de los valles del país y las guerras de razas habían llevado a los españoles a odiar fieramente todas las cosas extranjeras, y que la nación había vivido durante dos centurias animada por la fe en su superioridad sobre todas las restantes.

Cierto que la capital misma de los españoles andaba en lenguas por su fealdad y suciedad. Por el centro de las calles bajaban arroyos de inmundicia; montones de basura obstruían el acceso a sucios palacios; enjambres de vagos acampaban en zaguanes y pórticos sombríos, haciendo peligroso el tránsito por la población después del anochecer. Las damas y galanes podían pavonearse a la luz del día con el atavío de la Europa moderna; pero la gran masa de los habitantes los miraba con ceño, embozados en largas capas hasta los ojos, y cubiertos con sombreros anchos. Se barrerá y adornará a Madrid, decretó el rey; se limpiarán de vagabundos los caminos de las provincias; las calles se alumbrarán de noche con faroles públicos para seguridad de los transeúntes, y una limpieza decorosa acabará con los montones de basuras, que eran una vergüenza en una capital civilizada. Los ciudadanos se quedaron atónitos. ¿Eran ellos franceses o italianos, para que se les tratase así? Sus ascendientes no habían necesitado esas novelerías cuando dominaban al mundo, y no se necesitarían ahora.

Así los decretos del rey tropezaron con la resistencia pasiva de todo el país a amoldarse a las ideas italianas de civilización. Carlos era el rey, y tenía derecho a mandar; pero los ministros italianos eran los que se atrevían a imponer de esa suerte a los buenos españoles las maneras y costumbres de una raza inferior. Hombres encapotados rompieron de noche los faroles, y la nota vulgar del patriotismo era ser lo más españoles y lo más sucios y estar lo más a oscuras posible. Nobles de la antigua escuela, cuyos privilegios cercenaban las nuevas disposiciones financieras, atizaban la resistencia a la reforma; curas y frailes murmuraban lamentos, y alzaban las manos al cielo al ver aquellos impíos italianos que se mofaban de su pereza y de su inutilidad. Esquilache estaba designado para la venganza; porque, aunque el rey, desde los primeros días de su reinado, había dado a entender a la Inquisición y al clero que no toleraría ninguna intrusión suya, el soberano de Castilla estaba a demasiada altura para dirigir contra él la puntería.

La tormenta estalló en marzo de 1766, al intentar el Gobierno hacer cumplir la ley referente al traje de los ciudadanos, prohibiendo la capa larga y el sombrero redondo. La rebelión fue

proyectada y organizada secretamente por nobles y, casi con seguridad, por sacerdotes. Esquilache huyó ante el furor público; la guardia walona del rey se vio arrollada por la muchedumbre; durante dos días la capital fue presa de la matanza y el saqueo, y entonces el rey, enfrente del motín, tuvo que contemporizar, prometiendo atender las peticiones de las turbas. En adelante sólo los españoles serían ministros, se suprimiría la guardia walona y se rebajaría el precio del pan.

Pero los fautores secretos del motín tenían otras miras, y la agitación revolucionaria continuó en todas las grandes ciudades. Según los sacerdotes, la intranquilidad se debía en el fondo al espíritu del ateísmo volteriano traído por los extranjeros; pero los que miraban por debajo de la superficie veían que aquél era un esfuerzo de las organizaciones eclesiásticas, cuya antigua omnipotencia se desvanecía, para volver a imponer a la nación el yugo que trataba de sacudir el soberano. La Compañía de Jesús había sido puramente española en su origen. Nació del espíritu místico caballeresco que en el siglo XVI fue el poder motor nacional. Cada miembro de esa milicia de Dios era para sí mismo un héroe secreto que consagraba su vida ciegamente a promover el gobierno divino en la tierra, sin buscar el reconocimiento de los hombres, por estar seguro de un reconocimiento mucho más alto, ni pedir la aprobación del mundo, por estar convencido de la aprobación del Señor. Soberanos, instituciones, la misma Iglesia, no eran para los jesuitas sino otros tantos instrumentos que ellos debían emplear en el fomento de la religión, según la entendían: en la destrucción de la grandeza mundana, para exaltar la grandeza de Dios, para minar el gobierno secular y convertir el mundo en una teocracia. Perseguían por medios mundanos fines que reputaban celestes. Se lanzaron a conquistar, y a fines del siglo XVIII habían conseguido tales triunfos en las naciones católicas, que estaban en posesión de las fuentes del saber y del poder eclesiástico. Lo que hicieron con el Paraguay era un anuncio de lo que harían con la cristiandad entera si no recibían un golpe que los incapacitase.

El gran ministro portugués Pombal fue el primero que se atrevió con la organización gigantesca, expulsando a los padres de su país (1759) porque negaban la obediencia en América. Carlos III sabía perfectamente que el pueblo español no podría levantarse nunca por su propio impulso hasta que recibiese una educación libre y secular, y debió comprender que, mientras los jesuitas tuviesen en sus manos las escuelas y las universidades de España, sus planes de reforma tropezarían con un obstáculo insuperable. Las revueltas de Madrid debieron convencerle de que el problema de los jesuitas se le imponía a él con más imperio que al marqués de Pombal, y que había llegado la hora de hacer frente al poder que le contrarrestaba. Su ministro, el conde de Aranda, era un reformador celoso y hasta violento. Había vivido mucho tiempo fuera, y no podía avenirse con el atraso de sus compatriotas, olvidando las razones de su ignorancia y de su sumisión al clero. Por consejo suyo, el rey faltó a todas las promesas hechas a los amotinados, salvo el no volver a llamar a sus ministros extranjeros; y cuando la continua agitación convenció a Carlos y a Aranda de que en la resistencia a la reforma andaba la mano de los sacerdotes, cayó sobre España como una bomba un decreto expulsando a todos los jesuitas de los dominios del rey (abril de 1767). Fue una medida rigurosa, rigurosamente ejecutada en España y en las colonias, y el país se quedó atónito. Pero el rey era sagrado, y nadie se atrevió a discutir aquel acto, que, según el monarca, no obedecía a ningún motivo religioso, sino sólo a una exigencia política, por ser la Compañía desleal al Gobierno. Carlos no consentía compartir con nadie su autoridad. Las Cortes estaban anuladas, los nobles no tenían poder ni influencia, la Inquisición se hallaba a sus pies, y ahora se arrojaba del país al poder que se ocultaba detrás del clero, y Carlos se quedaba solo, sin nadie en la tierra para discutir la voluntad que imponía a su nación. El Papa se resistió durante algunos años, con repulsas o subterfugios, a la petición de los soberanos católicos de que se suprimiese en la cristiandad la Compañía de Jesús; pero Carlos III se salió con la suya, y se firmó el decreto pontificio (1777) por cuya virtud dejaron de existir los jesuitas durante cierto tiempo.

Es imposible enumerar siquiera todas las reformas que siguieron a la expulsión de los jesuitas. Animaba a Aranda un celo ardiente por apresurar el progreso y la ilustración del país, y tuvo a menudo poca prudencia en los métodos. Tierras incultas, que habían sido abandonadas, fueron

divididas libremente entre los habitantes de cada distrito; se permitió la exportación de los productos agrícolas; se impusieron altos derechos protectores a los tejidos extranjeros, dejando libre, en cambio, la entrada de primeras materias; se trajo a España un numero enorme de operarios extranjeros para restablecer industrias perdidas; se construyeron por todas partes canales y caminos; se desecaron pantanos; y canales de riego llevaron la fertilidad a zonas hasta entonces desiertas; circulaban por las carreteras principales coches-correos, y se establecieron en el trayecto posadas subvencionadas. Se nacionalizó y secularizó la educación, se dio vida a las universidades y se hizo entender al Santo Oficio que no existía más que por tolerancia. España parecía exteriormente ilustrada y adelantada. Las formas, el modo de vivir y la moralidad de las clases superiores mejoraban más aún, y se persiguió severamente la vagancia, la maldición de España durante tanto tiempo, mientras que una buena policía rural ofreció seguridad a los viajeros por primera vez durante siglos. Las clases trabajadoras participaban ampliamente, sin disputa, de la creciente prosperidad del país, pera todavía dejaban la mayor parte posible del trabajo a los extranjeros, y sus costumbres cambiaron poco; sus salarios eran más crecidos, pero los gastaban principalmente en vestir y divertirse; y las añejas tradiciones y preocupaciones permanecían intactas.

En el largo período de guerras y desgobierno de España, las colonias de América habían sido víctimas de abusos mayores aún que los de la Metrópoli. Todos los funcionarios, clérigos y seglares, que España enviaba —y se recordará que sólo los peninsulares eran elegibles para los cargos—, no hacían más que llenarse los bolsillos y volverse a su patria lo antes posible. Nada se gastaba en beneficio de las colonias, y de las grandes sumas que se suponían enviadas de allí al Tesoro real, no llegaba a España sino una cantidad insignificante. Carlos se propuso atajar ese mal, y mandó funcionarios con plenos poderes para reorganizar los gobiernos coloniales. A pesar de la resistencia y obstáculos que encontraron, las reformas se establecieron por el pronto. Pero la madre patria estaba lejos, las tradiciones oficiales eran malas, y no pasaron muchos años sin que las cosas volvieran a su antiguo ser.

En la América del Sur, después de varios arreglos parciales, continuaban intermitentemente las contiendas coloniales entre España y Portugal. En esas contiendas Inglaterra estaba por lo común de parte de los portugueses, y España contaba con la ayuda de Francia, en virtud del pacto de familia. Esto mantuvo vivos los resentimientos que mediaban entre españoles e ingleses; y cuando estalló la guerra de la independencia americana, Francia, que se había apresurado a reconocer a la nueva república, no tardó en arrastrar a España a la lucha (1779). Para una gran potencia colonial como España, era una conducta funesta proteger rebeliones de colonias; pero Carlos y sus ministros se hallaban infatuados con la alianza francesa, y estaban ciegos para todo lo demás. Llegaron hasta el extremo de proyectar con Francia una invasión de Inglaterra, sin conseguir más que un desastre (1779); y al siguiente año la escuadra inglesa mandada por Rodney les dejó maltrechos cerca de Gibraltar; y el ministro español Floridablanca promovió aquella gran liga contra Inglaterra conocida con el nombre de «neutralidad armada», y que se atribuye usualmente a Rusia. En el curso de la larga guerra, Inglaterra perdió la isla de Menorca, que volvió así al dominio de España, y tuvo que luchar con denuedo, una y otra vez, para conservar a Gibraltar contra los aliados; pero cuando se hizo la paz al fin (1783), la puerta del Mediterráneo continuó aún en poder de los ingleses.

Desde entonces hasta su muerte, acaecida cinco años después, Carlos III procuró mantenerse en paz con todo el mundo. Por un tratado con Argel, el Mediterráneo quedó protegido en el porvenir contra la piratería que había sido el azote de la navegación española durante siglos, y el rey y Floridablanca se vieron libres entonces para consagrar todos sus esfuerzos y recursos a la mejora de España. Será poco cuanto se diga del cambio que produjeron sus reformas en el aspecto exterior del país. En todas las grandes ciudades se establecieron hospitales, asilos y escuelas libres; los mejores edificios públicos que adornan aún las ciudades españolas datan en su mayoría de ese período; puentes y viaductos facilitaron el tránsito; puertos y muelles proveían por todas partes al enorme incremento del comercio. Multitud de conventos vacantes se convertían en fábricas, y artífices de

fuera restablecían, bajo la protección del Gobierno, industrias largo tiempo olvidadas. A fin de disponer de los cuantiosos recursos que exigían esas innumerables empresas, se fundó el Banco Nacional de San Carlos, con capital de 300.000.000 de reales, dividido en 150.000 acciones; las alcabalas se redujeron de 14 por 100 a 5 por 100, y quedaron abolidas completamente para la venta de primera mano. En cambio, se estableció un impuesto de 5 por 100 sobre todas las rentas territoriales, y se impusieron crecidos derechos a los artículos manufacturados de fuera. El resultado fue que, aunque la contribución era mucho más reducida y menos opresora que antes, los ingresos subieron considerablemente, llegando a más de 600.000.000 de reales anuales a fines del reinado. La población subió de 8.500.000 a 10.250.000 almas durante los veintiocho años de la administración de Carlos III[268].

España se había transformado extraordinariamente en ese período, pero se caminó demasiado aprisa. Las varias clases a quienes perjudicaban las reformas reforzaron con su odio desdeñoso hacia ellas el de la muchedumbre ignorante. A la otra parte de los Pirineos se dejaban sentir ya las inevitables consecuencias de las nuevas doctrinas sobre los derechos naturales del hombre, y las fuerzas de la revolución iban agrupándose, con alarma y desaliento de muchos reformadores que no habían comprendido a dónde los llevaban sus teorías. En España arreciaba la reacción a compás que se unían los elementos conservadores. La vanidad española empezaba a murmurar nuevamente que los que siempre habían estado por las ideas españolas tradicionales contra los innovadores extranjeros tenían razón después de todo. Curas y frailes fomentaban la misma idea entre la gente ignorante, y la marca de un buen español era más que nunca rechazar todo lo que no tuviese el sabor de aquellos antiguos tiempos en que España era un mendigo andrajoso henchido de vanidad, y la Santa Inquisición el poder más fuerte del país.

El rey era viejo y estaba fatigado, quizá aterrado por la magnitud de los sucesos que se veían venir, porque la reforma política, en el sentido de la intervención popular, jamás había entrado en sus cálculos. Déspota bienhechor, no concebía otra forma mejor de gobierno que la que le había permitido a él imponer la prosperidad y el orden a sus súbditos. No tuvo la amargara de ver demostrada esta verdad: que un pueblo debe buscar su salvación por su propio camino, y que los esfuerzos incesantes que había hecho él por civilizar e ilustrar a su país, mediante decretos, no había pasado de la superficie. Murió en los últimos días de diciembre de 1788, reverenciado y honrado, porque fue sabio y justo, no porque hubiese convertido un desierto horrible en un país risueño; querido, porque era el monarca sagrado y bien dispuesto para su nación, no por gratitud a los inmensos beneficios que hubiese hecho a su patria. Fue un gran rey —el mejor que tuvo España nunca—, pero no fue una providencia, y no pudo injertar una nueva vegetación en un tronco seco. Así como la infusión del vigor gótico sólo había servido para suspender, no para evitar, la consumación de la decadencia que redujo a átomos la España romana, así las nuevas ideas de los Borbones franceses sólo sirvieron para reanimar temporalmente el rescoldo moribundo del imperio español, edificado sobre la base perecedera de la arrogante exaltación religiosa.

Carlos IV subió al trono a la edad de cuarenta años, cuando iban siendo manifiestos los excesos de los revolucionarios franceses, y cuando crecía la marea de la reacción en España. El nuevo rey era un hombre tímido y bondadoso, dominado por una mujer imperiosa, María Luisa de Parma; y entre sus temores de irritar a los gobiernos revolucionarios franceses y el deseo de interceder por su pariente Luis XVI, no tardó en caer en una política vacilante, que hizo al país juguete e instrumento de Francia. Primero se intentó librar a España de las ideas francesas, suprimiendo todos los periódicos y exigiendo el juramento de fidelidad a todos los extranjeros del país[269]; luego se intentó conciliar el ánimo de la Asamblea Nacional de Francia, cuyo acto aisló al rey y le hizo aliado de los hombres que habían guillotinado al jefe de su casa. En adelante España se vio arrastrada a remolque por la Revolución francesa, y todas las potencias monárquicas señalaban

268 Al fin de la guerra de sucesión (1715) se había reducido a 6.000.000.

269 Había por entonces en España cerca de 30.000 familias extranjeras, francesas la mitad.

desdeñosamente con el dedo al necio y vacilante rey, que en tal ocasión así comprometía el esplendor de su puesto y la dignidad de su país.

Carlos era verdaderamente digno de compasión, porque en la crisis más difícil de la historia moderna se encontró muy por debajo de su obra. Estaba muy poseído de ser un genio; y había decidido seguir la política de sus grandes predecesores Carlos V y su hijo, haciendo un ministro de la nada para que dependiese en absoluto de la voluntad del soberano. La persona elegida fue un joven oficial de Guardias de Corps, D. Manuel Godoy, de quien se había enamorado la reina. Era un necio fatuo, a quien ofuscó su buena suerte. Rodeado de aduladores, y elevado como por arte de magia antes de los veinticinco años a los honores más altos que el rey podía conferir, y a la suprema dirección de los asuntos navales, militares y civiles, no es maravilla que le trastornasen la cabeza los gobiernos revolucionarios franceses, y después Napoleón, que le deslumbraba con la perspectiva de principados, y se burlaba de él como *l'âme de boue* a quien podía engañar sin ningún esfuerzo.

Ya en 1792, cuando Godoy tomó las riendas del gobierno, la administración pública había vuelto a caer en la corrupción y la confusión. La prosperidad financiera debida a las medidas de Carlos III había decaído durante la reacción, y la pobreza y la escasez eran generales. Por motivos de economía, el Ejército y la Marina estaban en el abandono; pero las insolentes exacciones de la Revolución francesa, unidas al sacrificio de Luis frente a la necia protesta de Carlos, lanzaron a España a una guerra con su vecina (1793), en que la nación salió derrotada, y tuvo que hacer una paz humillante. Después el desgraciado país fue empujado por los franceses a una guerra contra Inglaterra, en que no tenía nada que ganar; y en lo sucesivo, sin lucha apenas para librarse, España se hizo esclava de los políticos franceses. Se desatendieron desdeñosamente sus intereses, se consumieron sus recursos, se violaron sus territorios; pero cada nueva complacencia de Carlos IV y de su fatal ministro sólo conducían a mayores exigencias de Napoleón. La más innoble condescendencia, la sumisión más servil, no eran demasiado bajas para Godoy y su amo ante el nuevo déspota, que halagaba al uno con esperanzas de soberanía, y asustaba al otro con insinuaciones de deposición. Cuando Godoy se mostró reacio, una o dos veces, al ver que Napoleón hacía su agosto y se burlaba de sus promesas de pago, el déspota no tardó en tener a sus pies al desdichado español, con la amenaza de descubrir al rey las relaciones del favorito con la reina, relaciones que conocía todo el mundo menos Carlos IV. Y así se amenazaba o halagaba a la sufrida España, para imponerle sacrificio tras sacrificio. Sus ejércitos estaban diseminados por Europa a las órdenes del francés para combatir contra las antiguas monarquías en beneficio de la revolución, que ella odiaba con toda su alma; sus flotas se veían encerradas en puertos franceses, o exterminadas en Trafalgar; y, sin embargo, el pueblo español, que aborrecía todo lo que era francés, seguía amando y reverenciando a su miope monarca, y sólo maldecía al ministro advenedizo, a quien culpaba de todas sus calamidades.

Según sus escasas luces, Godoy se esforzó en continuar las reformas iniciadas por sus predecesores, y con ello se atrajo el recelo más profundo de sus compatriotas. Los sacerdotes, especialmente, estaban contra él, porque se atrevía a gravar con fuertes tributos las rentas eclesiásticas; proseguía vigorosamente las medidas que contenían el ingreso de gente ociosa e inútil en la Iglesia, y trataba de suprimir la vagancia, que permitía a un número enorme de supuestos estudiantes de la clase más pobre (que formaban el 90 por 100 de los. alumnos de las 17 Universidades españolas) y de mendigos de todos géneros, vivir de lo que se repartía a las puertas de los conventos[270]. Es un hecho patente que las tradiciones seculares españolas podían más que los decretos de los reyes y de los ministros, y que la ley era antipática al populacho. El pueblo se había acostumbrado a la pereza, y se complacía en distribuir o en recibir la mísera limosna dada o pedida en nombre de la Virgen. Mendigar no era una deshonra, como el trabajo, porque el cielo podía afligir al mejor de los hombres; y así, a pesar de los decretos, el fraile, el impostor y el mendigo

270 Bajo Carlos III había habido una gran disminución de eclesiásticos (desde 176.000 a 147.000), y el descenso era aún más notable bajo Godoy. El número de personas que presumían de nobleza y vivían ociosamente había decrecido también en el mismo período en un tercio, pero al advenimiento de Carlos IV existían aun 470.000.

seguían triunfando como antes; y aunque Godoy luchó valerosamente por fomentar la industria y la educación española, la mayor parte de la primera era obra de despreciados extranjeros, y la segunda, las más de las veces, sólo se utilizaba como capa de una insolente haraganería. A casi todas las clases alcanzaba la creciente tributación exigida para las guerras. Durante los primeros años de la administración de Godoy los gastos anuales habían subido desde 700 millones de reales a más de 1.000 millones, y la mayor parte del aumento fue pagada por impuestos sobre las rentas eclesiásticas y territoriales, y por el embargo, en calidad de préstamo, de dotaciones caritativas; pero cuando faltaron estos recursos se volvió al antiguo sistema de gravar los artículos de consumo, y acabaron por ensayarse todos los medios empíricos de obtener dinero[271].

El resultado fue una confusión y un disgusto general, y el agruparse poco a poco los descontentos alrededor del heredero primogénito de la corona, el príncipe de Asturias, Fernando, a quien se suponía que quería suplantar Godoy, y que vino a ser, por consecuencia, el ídolo nacional. Napoleón iba tendiendo sus redes a compás que crecía la discordia de la familia real de España. Al propio tiempo que se servía de Godoy y le tenía entre sus manos, daba a entender a Fernando que era amigo suyo, y manejaba diestramente al receloso hijo contra Godoy y contra la reina. Las dos partes se atacaban con tal encono, que no vieron los lazos que se les tendía. Napoleón había arrancado al valido un tratado secreto para la invasión y desmembración del aliado de Inglaterra, Porttigal, por soldados franceses que atravesarían el territorio español (1807), y antes de que se firmase el tratado los tropas imperiales pasaban los Pirineos. El pueblo español no las tenía todas consigo; pero el príncipe y Godoy se lisonjeaban con la creencia de que, en el momento crítico, los franceses prestarían apoyo a su causa contra la del adversario.

Los amigos del príncipe creyeron llegada la hora de dar el golpe, y en noviembre de 1807 tramaron una conspiración para envenenar a la reina y deponer al rey. La trama fracasó, y Fernando hizo traición a sus cómplices; pero la irritación pública contra el valido fue en aumento. La actitud de los 100.000 soldados franceses en el territorio español era más insolente cada día, y Portugal, en vez de ser desmembrado en beneficio del favorito, fue tratado como una posesión francesa. Godoy no pudo cerrar los ojos por más tiempo al hecho de que había sido burlado, y concibió el proyecto de mandar al rey y a su familia a la América del Sur, a imitación de la familia real portuguesa, dejando a España abandonada a su suerte. Fernando, en la confianza de que los franceses estaban aquí para ayudarle, levantó el país. En marzo de 1808 una sublevación de los guardias y del pueblo echó abajo a Godoy, y obligó a abdicar al monarca, indignado contra su hijo, y dispuesto a recurrir a Napoleón o a cualquiera para vengarse de él.

El pueblo español estaba loco de alegría al ver hecho rey a Fernando VII, su ídolo. Con el poderoso emperador a sus espaldas todo marcharía bien ahora, y al fin sería feliz España. Vanos sueños que duraron unas cuantas semanas tan sólo, porque las tropas francesas se enseñoreaban del país por todas partes, y a Fernando VII se le arrastraba con engaños hacia el norte para avistarse con el emperador. Llevado, al fin, al otro lado de los Pirineos, como su padre y toda su familia, se encontró prisionero en Francia, y en adelante él y sus míseros parientes rivalizaban unos a otros en servil complacencia con el vencedor. La nación española se veía abandonada; la antigua corona de Castilla era arrastrada a los pies de un usurpador de humilde cuna, para que éste la diese como regalo a su hermano José; la única institución estable que se había salvado del naufragio, la soberanía semisagrada, era objeto al presente de las befas de todo el mundo.

Tal era la situación de España en mayo de 1808: en quiebra[272], indefensa y desorganizada, con un ejército francés en su suelo, con la mayoría de sus fuerzas diseminadas en tierras extranjeras, y con la única autoridad que conocía, su casa real, riñendo y disputando por una sonrisa de Napoleón en un país extranjero. Entonces fue cuando los españoles dieron el ejemplo más hermoso que se ha

271 Desde entonces las cosas fueron de mal en peor, resultando todos los años un déficit de varias centenas de millones de reales, hasta que España cayó en una penuria y una confusión completas.

272 En este tiempo la Deuda había subido a 7.200 millones de reales, y había un déficit anual de 300’5 millones.

ofrecido jamás al resto de Europa. Odiando al extranjero como siempre le odiaron, reverenciando al que ceñía la corona con una ferviente devoción desconocida ele los otros pueblos, no repararon en nada. El 2 de mayo de 1808 fue la señal para el alzamiento espontáneo de una nación desarmada y abandonada contra las legiones veteranas francesas que habían conquistada media Europa en nombre del emperador: el más heroico y magnífico espectáculo que había visto el mundo durante siglos. Sin armas ni recursos, con la clase gobernante y oficial de España hostil o neutral, el pueblo se abalanzó a las pobres armas que pudo haber, y cada hombre fue un soldado, o, cuando eso era imposible, un matador aislado de franceses. Inglaterra corrió en su ayuda, y la úlcera de España puso a morir al íncubo napoleónico.

Durante los cinco años de guerra, en que los ejércitos extranjeros asolaron su territorio, sólo dos pensamientos impulsaron a España a combatir: la expulsión del extranjero y la restauración del monarca arrebatado por el invasor. Millares de individuos murieron animosamente por esta causa, y sólo por esta causa; por ella se sufrieron miserias y penalidades sin cuento con un heroísmo inenarrable, y Europa, y especialmente Inglaterra., contempló admirada esa devoción sublime por una idea de parte de una nación que, con la fuerza de un sentimiento, había dominado el mundo tres siglos antes.

Mientras la gran masa de la nación luchaba de este modo, reinaba soberanamente la anarquía política. Hasta donde alcanzaban las bayonetas francesas, y no más allá, el rey José, con unos cuantos españoles de la clase superior y del mundo oficial, y con la bendición de la familia real renegada, impuso en el país el régimen napoleónico; en los demás puntos, juntas provinciales constituidas por sí propias, consejos de regencia y juntas competidoras llamadas nacionales, en completa desorganización, y con mil extravagancias, hijas de la inexperiencia y de la ignorancia, pretendían obrar en nombre del pueblo. Dinero, armas, saber, soldados instruidos, todo eso tenía que venir principalmente de Inglaterra, porque los españoles gobernantes hacían poco o nada por ayudar. Habían perdido las tradiciones del *self-government*, y ambiciones pequeñas y una inexperiencia obcecada se anteponían a todo género de consideraciones nacionales. Tales fueron los hombres, teóricos avanzados en su mayoría, que en las Cortes de Cádiz (1810-1812), en medio de una Babel de elocuencia, dotaron a España de una nueva Constitución completamente extraña a los ideales y a la tradición española, y reformaron en el papel, de arriba abajo, toda la vida del país. Con la guerra desencadenada en la mayor parte de la Península, los 184 miembros, en su mayoría intrusos, que se habían nombrado a sí propios, no eran, en ningún sentido, representantes del pueblo, y la Constitución de Cádiz daba al país, a instigación suya, un código de gobierno que aún sería demasiado avanzado para casi todas las naciones. La nación era soberana, y un Parlamento de una sola Cámara debía ejercer el poder supremo; se establecía el sufragio universal y distritos electorales iguales; pero, sobre todo, se alteraban radicalmente las relaciones entre el soberano y el Estado, y se reducía el poder del rey a una sombra.

Era desafiar al rey y al pueblo, a ninguno de los cuales se había consultado; y cuando Fernando VII volvió del destierro a fin de la guerra (1814), juzgó que podía barrer impunemente por un decreto soberano los actos de los que habían gobernado el país en su ausencia. Así lo hizo con toda clase de circunstancias de dureza y crueldad; pero, aunque lo aplaudiese la multitud ignorante, estuvo mal hecho. La nueva Constitución había sido elaborada anticonstitucionalmente, y violaba los derechos del rey y las tradiciones nacionales. Era impracticable por entonces, y Fernando pudo muy bien insistir en que se modificasen sus disposiciones; pero olvidarse de todo lo que el país había hecho y sufrido, mientras él adulaba al enemigo vilmente, constituía un crimen político y una ingratitud de la peor especie. Esperar volver a los días en que los españoles eran simplemente «queridos vasallos», demostraba la ineptitud de Fernando para gobernar. Pero, hasta donde pueden hacerlo la pluma y la tinta, borró el trabajo y el sacrificio de una nación durante seis años. Todos los que eran favorables a la reforma debían ir al cadalso, a la cárcel o al destierro. Eso dio motivo a violentas rebeliones y a reacciones igualmente violentas durante su miserable reinado. Había faltas por ambas partes. El rey era vengativo, receloso y cruel; sus adversarios eran violentos,

deslenguados e insolentes. Pero la muchedumbre estaba de parte del monarca, y durante los veinte años siguientes imperó en España una ciega reacción. Se restablecieron todos los añejos abusos, reinaron soberanamente la ignorancia y el fanatismo, y lo mejor y más brillante de la raza española suspiraba y sufría en el destierro por las penas de su patria.

Sin embargo, a pesar de todo el fanatismo y oscurantismo de los procedimientos del rey, a pesar de todas las predicaciones del clero, no podía impedirse enteramente que las ideas modernas penetrasen en España; y antes de la muerte de Fernando la clase media educada y pensadora se preguntaba con indignación por qué habían de ser los españoles el único pueblo de Europa a quien estuviese negada toda voz en la gestión de sus propios asuntos, nacionales y locales. Las circunstancias de los últimos años del rey dieron gran impulso al movimiento en favor de concesiones moderadas al pueblo. Fernando VII se había casado en cuartas nupcias con María Cristina de Nápoles, y sólo había tenido de ella dos hijas. Hemos visto que, según el antiguo derecho, la corona de Castilla podía pasar a las mujeres; pero Felipe V había introducido por decreto la ley sálica francesa. Por razones de carácter doméstico, Carlos IV, al subir al trono (1789), ordenó a las Cortes que le dirigiesen una petición solicitando que aboliese la ley sálica y restableciese la antigua norma castellana de sucesión. Lo hicieron las Cortes secretamente, pero el rey no llegó a publicar el decreto, y el asunto quedó olvidado. El heredero del monarca era, pues, con arreglo a la ley vigente, su hermano Don Carlos, que se había hecho jefe de los ultra-oscurantistas; y en torno de él se agruparon los que deseaban que se negase todo género de concesiones y que se perpetuase simplemente el pasado despotismo. La joven mujer de Fernando, preocupada por el interés de su hija, influyó en el rey para que resucitara la antigua petición dirigida por las Cortes a su padre y aboliese la ley sálica. El rey estaba enfermo, quería a su mujer, e hizo lo que se le pedía. Tras esto vino una serie extraordinaria de intrigas alrededor de su lecho de muerte, en que primero triunfó un partido y después otro. Como todos los elementos clericales y conservadores extremos estaban al lado de Don Carlos, obvio es que Cristina y su hija sólo podían buscar apoyo en los reformistas; y éstos cobraron ánimos, creyendo que, si colocaban en el trono a la joven reina, se abriría para España una era de libertad constitucional. Tal era la situación de las cosas cuando murió Fernando VII, en septiembre de 1833. En su negro reinado toda España había retrocedido. La libertad personal era letra muerta; la Inquisición estaba restablecida, aunque se redujese a una mera sombra de lo que fue; toda la América meridional y Méjico habían sacudido la dominación corrompida y estéril de un monarca tan despreciable, y la mayoría de la nación opinaba ahora que no era ya tiempo de que continuase esa parodia del anticuado sistema de Felipe II.

Falta hacía un cambio, en efecto, porque el reinado de Fernando había sido una pesadilla nacional, sólo interrumpida una vez (1820) por la efímera dominación de un radicalismo extravagante. El único comercio que florecía ahora era el de contrabando; los caminos estaban infestados de ladrones; los gastos y los ingresos nacionales eran mucho menores que veinte años antes, y todo languidecía y había venido a menos.

A los ojos, pues, de los españoles, no se trataba simplemente de si la corona pasaría a Don Carlos o a su sobrina, según ésta o la otra regla de sucesión, sino de una lucha entre la continuación de un sistema ciego que había producido tan lamentables resultados, y el franco reconocimiento de las circunstancias modernas y la resolución de hacer ingresar a España en el círculo de las naciones progresivas. Puede concebirse que, a ser éste el desenlace, pocos se hubieran encontrado para combatir por el oscurantismo que Don Carlos representaba; pero, como se habrá visto en el curso de esta obra, había circunstancias especiales que daban a la lucha un carácter diferente del que hubiese adquirido en cualquier otro país. Las precipitadas y violentas medidas adoptadas por los inexpertos liberales en las dos ocasiones de su dominio (1812 y 1820) habían alarmado todos los intereses permanentes y a muchos ciudadanos tímidos; la Iglesia era aún sumamente poderosa, y temía un régimen revolucionario; y, en fin, cosa más importante, el ideal de los reformadores era una rígida centralización copiada de Francia, diametralmente opuesta a las tradiciones de una gran parte del país. Aragón, Cataluña, Valencia, Navarra y las Provincias Vascongadas se diferenciaban étnica y

tradicionalmente de Castilla. Las tres primeras regiones habían sido sometidas y anuladas; pero no habían olvidado su antigua autonomía, y miraban a la centralizadora Castilla con vivo recelo.

Así, pues, la guerra civil que durante los seis años siguientes desoló a España, no era sólo una lucha de la reina contra su tío o de las nuevas ideas contra las antiguas, sino una renovación de la añeja contienda entre un régimen centralizador y un régimen federal, que desde el nacimiento de la nación española había dividido a los pueblos que la componían. En general, por consiguiente, la reina tenía a su lado a los liberales y los reinos de Castilla, y Don Carlos contaba con el clero y con el Norte y Levante. De la red inextricable de intrigas políticas que se desarrollaron durante el curso de la guerra y después, no hay para qué hablar aquí sino en lo que afecta al cambio de ideas que sobrevino en el pueblo. La reina regente, aunque tenía que apoyarse por fuerza en los reformistas, deseaba tanto como Don Carlos mismo conservar intacto el poder despótico de la Corona; pero pronto se la hizo comprender que tal actitud era imposible, y entonces, violentándose, dio a España el Estatuto (1834) nueva Constitución, que esquivaba la mayoría de los puntos peligrosos de la Constitución de Cádiz, y establecía un poder legislativo con dos Cámaras y condiciones de elegibilidad muy restringidas, pero cuyo único derecho era el de petición a la Corona. Otra vez la elocuencia vehemente y la precipitación inexperta barrieron esa burla de concesión (1836), y volvió a proclamarse la Constitución revolucionaria de 1812, para ser sustituida al año siguiente por otra que trataba de armonizar los derechos de la Corona con los del pueblo[273].

En esta situación de inestabilidad, con la suerte de la guerra cambiando de semana en semana, y con una reina regente que se había desacreditado y hecho sospechosa, surgió en España por primera vez un mal que debía ser su azote durante cincuenta años. Mientras los políticos intrigaban y disputaban por ésta o por la otra Constitución, los ambiciosos generales que combatían a los carlistas creyeron que era llegado el momento de hacerse valer. La causa carlista estaba vencida realmente en 1839, a consecuencia, sobre todo, del agotamiento del país y de la defección de una parte del ejército del pretendiente; y el general liberal que más se había distinguido dando el golpe de gracia a la insurrección, Espartero, se aprovechó de las circunstancias para imponerse a la reina gobernadora. María Cristina, en el curso de los agitados sucesos de los seis años últimos, había demostrado que si se veía obligada a aceptar las varias Constituciones, no tenía la menor intención de cumplirlas. Había dejado a los moderados disolver las Cortes cuantas veces quisieron hasta que lograron reunir una asamblea a su gusto, y entonces procedieron a minar el edificio constitucional todo lo deprisa que podían.

Surgió la crisis entre Espartero y la reina regente con motivo de la cuestión de las libertades municipales, germen y cimiento de toda la vida pública española. Las Cortes de 1812 restituyeron a los pueblos la plena autonomía que habían perdido en los días tristes de España; la reina y sus amigos trataron de abolir anticonstitucionalmente la mayoría de esos derechos tan apreciados; y Espartero, el ídolo del ejército, se hizo el campeón de los pueblos. La regente huyó a Francia en presencia de una revolución, y Espartero gobernó en nombre de la joven reina (1840). En adelante se siguió el mal ejemplo; la revolución hecha por un general, trajo la reacción bajo otro. La subida de los radicales al poder significaba la proscripción y persecución de los moderados, y viceversa; y toda España fue víctima durante años de una gritería política turbulenta, en que palabras fogosas pasaban en todas partes por gloriosas proezas, y a la intolerancia de los unos respondía la persecución de los otros. Volvieron a cundir por el país el desorden y la anarquía; el dictador de una semana era el fugitivo de la siguiente. Cortes dominadas y corrompidas aprobaban leyes que nadie atendía ni respetaba; sucedíanse unas a otras las disoluciones, hasta que el partido que ocupaba el poder quedaba satisfecho de las Cortes elegidas; y a todo esto, la joven reina demostraba que era tan voluble e inconstante como sus predecesores.

Debía la corona a un movimiento revolucionario liberal, pero desconfiaba de un sistema que siempre que llegaba al poder trataba de reducir sus prerrogativas a una sombra, y no perdía ocasión

273 Era declaradamente una adaptación del Acta de Reforma parlamentaria inglesa de 1832.

de favorecer a los que la hubiesen excluido de la sucesión si hubiesen podido. Y no era este el único elemento de perturbación. Con una soberana consecuentemente conservadora hubiera sido fácil entenderse; pero Isabel II solía cambiar de ministros de una manera caprichosa, como su padre. Su vida y su carácter privados no eran ejemplares, y a menudo elegía consejeros, buenos, malos e indiferentes, por puro capricho o por motivos personales menos disculpables aún. La reina pasaba de un día a otro de los radicales extremos a los ultraconservadores, pero teniendo generalmente la astucia de dejar a los últimos el derecho de disolución. Así España continuaba viviendo vergonzosamente, acumulándose déficit tras déficit, en vez de los sobrantes predichos. La corrupción dominaba en todos los servicios públicos, desde palacio hasta el puesto de policía; y al fin, el país pacientísimo saludó con alegría en 1856 el triunfo de una sublevación militar de O'Donnell, en que entraban todos los políticos templados, y que fue bastante fuerte para imponer condiciones a la reina con la amenaza de la pérdida de la corona.

Durante unos cuantos años España prosperó extraordinariamente, porque O'Donnell siguió las corrientes del tiempo y consagró todas sus energías a la mejora material del país. La introducción de los ferrocarriles y el rápido incremento de la riqueza de Europa llegaron a la Península. Se vendieron, mediante convenio con el Papa, grandes cantidades de bienes de manos muertas, y se emplearon los productos en obras nacionales, que en muchos conceptos pusieron a España al nivel de las demás naciones cultas. El comercio se desarrolló en gran escala, doblando en diez años las exportaciones e importaciones, y la población aumentó a razón de un cuarto de millón por año[274]. Se habían suprimido ahora la mayoría de los impuestos intolerables que pesaban sobre el comercio y la industria; y si se hubiese dejado vivir al pueblo sin disturbios políticos, aun entonces hubiese podido sentar España los cimientos que exigía la reconstrucción nacional.

Pero afligía al país la plaga del político elocuente. Como había sucedido tantas veces en su historia, la vehemencia y la verbosidad dominaban su literatura y su política, y en la pelea por los destinos y en las disputas de empíricos rivales se perdían de vista los intereses del país. La reina, por su parte, iba de mal en peor, no siguiendo ninguna norma política consecuente, sino favoreciendo, por lo común, de una manera anticonstitucional, a los conservadores extremos. Así el descontento fue generalizándose, y los liberales, sin esperanza ahora de ningún remedio constitucional, se hicieron revolucionarios.

Se dio el golpe en septiembre de 1868. La escuadra se declaró en Cádiz por la revolución, y los generales más populares, vueltos del destierro, dirigieron el ejército contra la reina. Isabel cruzó la frontera francesa como fugitiva, para no volver más como soberana, y al fin llegó a su término la larga agonía de la disolución; la ruina de las instituciones fundadas sobre una falsa base por Fernando el Católico y el emperador estaba consumada; la última reliquia superviviente de los antiguos tiempos, la corona semisagrada de Castilla, había perdido su mágico poder, y no era más que un juguete en manos de soldados para ser vendido al mejor postor. La ruina fue total; la disolución, completa.

La revolución había destruido; mas, a fin de evitar la división entre sus sostenes, no había hecho plan ninguno para reconstruir. El resultado fue un período de anarquía. Surgían a docenas candidatos monárquicos, reales y no reales, porque cada fracción de revolucionarios tenía su favorito. Sólo los jefes republicanos poseían un programa completo, pero luchaban con la dificultad de que en las filas del pueblo español no había republicanos políticos. Los republicanos teóricos eran personas de sana intención, de competencia jurídica, que habían estudiado la historia de la república inglesa y conocían bien la Francia republicana; pero la masa que los seguía estaba animada de pensamientos diferentes. La idea que tenía de la República esa masa era, por punto general, la de una federación comunista de Estados autónomos, y los motivos que la impulsaban hacia ella se reducían a celos sociales e industriales y a la eterna tendencia separatista que distingue a los pueblos de España.

274 La población se elevaba en 1860 a 15.675.000 habitantes.

Por fin, la fracción monárquica más poderosa de los revolucionarios trajo un rey extranjero: Amadeo, duque de Aosta. Era honrado, valiente y caballero, e hizo cuanto pudo; pero era extranjero, y, como tal, se burlaban de él hasta los mendigos del arroyo. Antes que infringir, según consejo de sus ministros, la Constitución monárquica limitada, que había jurado respetar, renunció alegremente a su imposible cometido (1873), y dejó a España buscar otro jefe. En medio de todo esto y de la anarquía política siguiente, el país avanzaba con rapidez en riqueza, industria e ilustración. La nación vivía, y sigue viviendo, poco preocupada de las veleidades de los cambios políticos. Una constitución liberal moderada había asegurado ahora la libertad del individuo, y permitía a la nación desenvolverse, material e intelectualmente, sin obstáculos ni impedimentos; y no se repetirá nunca bastante que, aparte el daño que hacen los costosos e ineficaces servicios públicos y el sistema de mirar los destinos como un botín político, los gobiernos de Madrid no representan el estado del pueblo, ni ejercen gran influjo en la vida nacional.

Al rey Amadeo sucedió la República, cada una de cuyas fases fue más descabellada que la anterior, hasta que un presidente juicioso, Castelar, comprendió que el primer deber de todo gobierno es reprimir la anarquía. Los carlistas ocupaban el Norte, y los republicanos federales habían proclamado la independencia autónoma de varios distritos. Es aún una cuestión digna de examen si las más altas previsiones no aconsejarían reconocer esa idea arraigada de tantos españoles, y establecer francamente un sistema federal de Estados autónomos, ya bajo una Monarquía, ya bajo una República; pero hay muchas consideraciones, particularmente fiscales, que dificultan tal solución, y el primer deber de Castelar en aquel momento era claramente restablecer el imperio de la ley. Resultó así que los republicanos destruyeron la República, y el soldado adquirió una vez más la supremacía. La consecuencia era inevitable. El ejército dio el pasaporte a todos los bandos republicanos contendientes que habían fracasado, y restauró en el trono al joven Alfonso, único hijo varón de la fugitiva Isabel II.

El joven rey volvió, no como soberano de derecho divino, sino como jefe electivo de una Monarquía constitucional limitada. Su venida no fue un triunfo para la reacción, porque estaba en manos de prudentes mentores, que deseaban el bien de España; y la nación española, sea dicho en honor suyo, aceptó la situación con simpatía, dignidad y patriotismo. Los carlistas fueron nueva y finalmente derrotados, y España volvió a emprender su trabajosa pero saludable marcha hacia adelante. La Constitución establecida entonces y enmendada en 1890 da amplio poder político al pueblo, si no fuese por la general corrupción de la gente política y burocrática. No se pierde de vista la más antigua de las instituciones españolas, los municipios, los cuales eligen cierto número de miembros para el Senado. Existe también un sistema completo de gobierno local, según las antiguas bases sancionadas por la tradición, de pueblos, partidos y provincias.

En fin, bajo Alfonso XII se dio comienzo a la organización de España con arreglo a las exigencias de la tradición, y, como consecuencia, el país dio pasos gigantescos en todos los órdenes pacíficos y útiles. Desgraciadamente, el joven rey murió en 1886, dejando a su viuda, María Cristina de Austria, como regente durante la menor edad de su hijo póstumo, el rey actual. Bajo la regencia se ha seguido la misma marcha. Liberalismo y política conservadora significan poco para la masa del pueblo; los dos partidos políticos están de acuerdo en la mutua conveniencia de turnar equitativamente en el poder y en el disfrute del presupuesto. La oposición por ambas partes es superficial e inofensiva. Todo lo que pide la nación es que la dejen recuperar por sí el tiempo perdido en el pasado. La corrupción administrativa existe aún, y seguirá existiendo hasta que se eduquen poco a poco los comitentes y exijan probidad en tono perentorio. La pérdida de las colonias en la última guerra con América no debe mirarse como un signo de nueva decadencia de la nación, sino como natural consecuencia de la inmoralidad política y administrativa, que, a su vez, es el último residuo moribundo de los malos tiempos antiguos.

El peligro que aún amenaza a España es la tendencia invencible de ciertas regiones a afirmar su autonomía. Las razones fundamentales de esto se han expuesto plenamente en esta obra, y se

habrá visto que radican en el origen mismo de los pueblos peninsulares. Probablemente habrá que afrontar y aceptar el hecho en alguna forma antes de que la raza española ocupe su puesto permanente entre las naciones modernas.

Hasta aquí el resultado de aceptar juiciosamente la tradición de las unidades locales como la base de un sistema nacional de gobierno ha sido en general satisfactorio. La paz, la seguridad y la libertad han continuado sin interrupción durante muchos años. Los ingresos nacionales se han elevado a 800.000.000 de pesetas anualmente; el comercio de importación y exportación ha crecido en conjunto de un modo prodigioso, y sube ahora a unos 1.550.000.000 de pesetas, cuatro veces lo que era hace cuarenta años. La población ha subido a 17.500.000 almas, de las cuales saben leer y escribir el 30 por 100, en vez del 20 por 100 a que se reducían en 1860. El progreso artístico y literario ha sido tan notable como la mejora material. Artistas como Pradilla, Gisbert, Madrazo y Fortuny pueden sostener la competencia con los de cualquier otra nación de Europa; músicos como Sarasate; oradores soberanos como Castelar; historiadores y filósofos como Menéndez Pelayo, el difunto Cánovas del Castillo y otros no menos eminentes; novelistas de tantas dotes como Pérez Galdós, Valera y Palacio Valdés, demuestran, si fuese preciso, que España ha arrojado su sudario y ha vuelto a entrar en el mundo de las naciones vivas.

La decadencia fue larga y terrible, porque la erección del imperio se basó en un crimen contra la naturaleza y la humanidad, y generación tras generación de seres inocentes tuvieron que expiarlo hasta lo último, en medio de sufrimientos y dolores insondables. Pero la expiación por los errores pasados es ahora completa. El pueblo español puede aún sufrir vicisitudes y desgracias, porque le queda todavía el virus de una administración viciosa; pero, suceda lo que suceda, España no necesitará retroceder más para volver a empezar su vida de nuevo, porque ahora, después de tres siglos de extravío, marcha firme y animosa por la senda de progreso, que desde sus primitivas tradiciones conduce naturalmente al nivel superior de un estado moderno culto.

SUMARIO DE ESTE PERÍODO

Este período viene a comprender una detención de la decadencia nacional, seguida de una era de resurrección aparente, y, por fin, el remate de la decadencia y la cimentación sobre nueva base de las instituciones nacionales. Durante la mayor parte del siglo XVIII el nuevo vigor infundido en la vida del país por los monarcas y ministros franceses e italianos dio una energía momentánea, que por entonces se miró como una reanimación permanente. Ahora vemos que la mejora, a pesar de ser grande, no pasó nunca de la superficie de la vida del país, porque el nuevo régimen francés más bien completaba que remediaba la decadencia del sistema de gobierno nacional, sustituyéndole con un puro despotismo, que no estaba en armonía con las tradiciones de una gran parte de la nación, y no hizo nada por reanimar, ni aun en Castilla, aquellas unidades locales de gobierno en que se había apoyado la monarquía en los tiempos pasados. Con la huida de la familia real y la explosión de la guerra de la Independencia, quedó el campo libre, y, a haber prevalecido consejos prudentes, hubiese podido erigirse entonces un nuevo edificio sólido. Pero la impaciencia y locura de las Cortes y de los reformadores, que se empeñaban en reconstruir, según modelos extranjeros, todo el conjunto de las instituciones nacionales, y en alterar radicalmente las relaciones del soberano con el Estado, hicieron fracasar también aquellos esfuerzos, y la consecuencia natural fue la vuelta del país al más sombrío despotismo bajo Fernando VII. El período de anarquía y de disolución que siguió a su muerte dejó otra vez abierto el camino para empezar de nuevo la jornada al advenimiento de Alfonso XII (1874). Así se hizo afortunada y sensatamente, introduciendo otra vez las unidades locales en el sistema del gobierno nacional, y consiguiendo como fruto que la nación, con independencia de la corrompida burocracia, haya entrado en una vida completamente nueva, y, salvo una causa de perturbación posible, a que se alude en el texto, parezca tener por delante un dichoso y próspero porvenir.

SUMARIO DE LO QUE ESPAÑA HIZO POR EL MUNDO EN ESTE PERÍODO

España pasó en guerra la mayor parte del siglo XVIII, y contribuyó poco a la civilización en este período. Durante el reinado de Carlos III hubo una actividad literaria considerable, especialmente en el terreno de la ciencia política y económica; pero se dirigió, en su mayor parte, a introducir en España las ideas ya corrientes en Francia y en Inglaterra. En cuanto al alcance que tuviese para el mundo la supresión temporal de los jesuitas, puede ser una cuestión discutible; pero es indudable que al expulsarlos de la Península y de la América meridional, Carlos III dio al poder político de la Sociedad de Jesús un golpe del cual no es verosímil que se reponga nunca. El verdadero servicio prestado al mundo por España principia con la explosión contra los franceses, que condujo a la guerra de la Independencia. El espléndido heroísmo desplegado por el pueblo conmovió el corazón de Europa, como un ejemplo sublime de lealtad y devoción, y no cabe duda de que contribuyó poderosamente a fortalecer el sentimiento monárquico en otros países. España inició, además, el movimiento que acabó definitivamente con el peligro napoleónico, y sólo por esto es grande la deuda del mundo para con ella.

Los destierros a Inglaterra y Francia durante la tiranía de Fernando contribuyeron también mucho a dar a la literatura europea del 30 y el 40 el giro romántico que llegó a ser la nota especial del período. Desde entonces el influjo del arte y de las letras españolas en los demás países ha sido pequeño; y aparte alguna leve influencia sobre la pintura francesa, España ha recibido por lo común de otros países el tono artístico y literario, en vez de producir una nueva manifestación por sí misma.

BIBLIOGRAFÍA[275]

Con los límites de un apéndice es imposible dar una bibliografía de la historia española que se acerque siquiera a la suficiencia, y mucho menos a la amplitud debida. No obstante, el autor desea proporcionar una lista de libros útiles para los estudiantes que deseen ampliar su conocimiento de períodos o temas particulares que han sido necesariamente tratados sumariamente en la presente obra. Para los hechos de la historia nacional, dichos estudiantes pueden remitirse a la bibliografía contenida en *Spain, 1479-1788* del autor, y a la lista de autoridades que se ofrecen en *History of Spain to the Death of Ferdinand the Catholic* de Burke, editado por Martin Hume; mientras que para los detalles históricos de la España primitiva y romana deben consultarse las obras de Estrabón, Plinio, Diodoro Sículo, Livio, Lucano, Polibio, Silio Itálico y los historiadores modernos de Roma. La siguiente lista se limita a obras, en su mayor parte de fácil acceso, que tratan del desarrollo del pueblo español, sus instituciones, industrias y civilización.

La prehistoria y la España primitiva

GÓNGORA. *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*. (Madrid, 1868.)

SIRET. *Les premiers ages du metal dans le sud-est de l'Espagne*.

CARTAILHAC. *Les ages prehistoriques de l'Espagne et du Portugal.*

W. VON HUMBOLDT (traducción de Marrast). *Recherches sur les habitants primitifs de l'Espagne*. (París, 1766.)

HÜBNER (translation). *La Arqueología de España*. (Madrid.)

BONSOR. *Les colonies agricoles pre-Romaines*. (París, 1899.)

D'ARBOIS DE JUBAINVILLE. *Les celtes en Espagne*. (Revue Celtique, 1893.)

CEA BERMÚDEZ. *Sumario de las Antigüedades Romanas que hay en España*. (Madrid.)

CANDAU Y PIZARRO. *Prehistoria de la provincia de Sevilla*. (Madrid, 1894.)

CAÑAL. *Sevilla Prehistórica*. (Sevilla, 1894.)

PÉREZ DE VILLA-AMIL. *España Artística y Monumental*. (París, 1842-1850.)

PONS. *Viaje de España*. (Madrid, 1790.)

Muchos artículos en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, por el padre Fita y otros; también otros artículos en el volumen XXXIII de la *Revue Archéologique*. (París.)

Numismática y Lingüística

HEISS. *Description generale des monnaies antiques en Espagne*. (París, 1870.)

ZOBEL DE ZANGRONIZ. *Estudio Histórico de la Moneda Española*. (Madrid.)

SAULCY. *Essai de classification des monnaies autonomes espagnoles*. (París, 1840.)

GAILLARD. *Description des monnaies espagnoles*. (Madrid, 1852.)

BOUDARD. *Numismatique iberienne*. (París.)

BOUDARD. *Etudes sur l'alphabet iberien et quelques monnaies autonomes espagnoles*. (París.)

AUGUSTINI (arzobispo de Tarragona). *Diálogo de medallas, inscripciones y otras antigüedades*. (Tarragona. 1587.)

HEISS. *Descripción general de las monedas Hispano-Cristianas desde la invasión de las árabes.* (Madrid, 1865.)

275 Omitida en la traducción española. La tomamos y traducimos del original. [Nota del editor digital.]

HEISS. *Description des monnaies des rois Visigoths d'Espagne*. (París, 1870.)
POÇA, ANDRÉS DE. *De la antigua lengua, poblaciones, etc., de las Españas.* (Bilbao, 1587.)
EWALD Y LOEWE. *Exempla Scripturæ Visigothicæ*. (Heidelberg. 1883.)
TERREROS. *Paleografía española.* (Madrid, 1758.)
MAHUDEL. *Dissertation historique sur les monnaies antiques d'Espagne.* (París, 1725.)

Instituciones políticas y judiciales

DANVILA Y COLLADO. *El Poder Civil en España*. (Madrid, 1885-87.)
DU HAMEL. *Historia Constitucional de España*. (Madrid, 1848.)
SANTAYANA. *Gobierno político de los pueblos de España*. (Madrid, 1796.)
SEMPERE. *Histoire des cortes d'Espagne*. (Burdeos, 1815.)
COLMEIRO. *Historia de la Economía Política*. (Madrid, 1863.)
COLMEIRO. *Derecho administrativo español*. (Madrid, 1876.)
COLMEIRO. *Cortes de los Antiguos Reinos de León y Castilla*. (Madrid, 1883-86.)
GOUNON LOUBENS. *Essais sur l'administration de la Castille au XVI siècle.* (París, 1860.)
ANTEQUERA. *Historia de la Legislatura Española*. (Madrid, 1849.)
GARCÍA LOAISA. *Collectio Conciliorum Hispanæ*. (Madrid, 1593.)
LÓPEZ DE AYALA Y DEL HIERRO. *Los Concilios de Toledo*. (Madrid.)
ZURITA. *Anales de la corona de Aragon*. (Zaragoza, 1610, etc.)
DIXAR. *Fueros y observancias de las costumbres de Aragón*. (Zaragoza, 1576.)
JORDÁN DE ASSO. *Fuero viejo de Castilla*. (Madrid, 1771.)
CELSO, HUGO. *Leyes de Castilla*. (Alcalá, 1540.)
SADA, PEDRO. *Leyes de Navarra*. (Pamplona, 1614.)
ALFONSO X. *Las siete partidas.* (Madrid, Acad. Real, 1807.)
OLIVEIRA MARTINS. *Historia de la Civilización Ibérica*. (Madrid, 1893.)
MASDEU. *Historia Crítica de España*. (Valencia, 1783-96.)
DANVILA, M. *La Germanía de Valencia*. (Madrid, 1884.)
FERRER DEL RÍO. *Historia del Levantamiento de las Comunidades de Castilla*. (Madrid, 1850.)
VON HOFLER. *Der Aufstand der Castilianische Städte gegen Kaiser Karl V.* (Praga. 1876.)
MORÓN. *Curso de Historia de la Civilización de España*. (Madrid, 1841-46.)
DARWIN SWIFT. *James the First of Aragon.* (Oxford, 1894.)
FORSTER, *The Chronicle of James I of Aragon.* (Londres, 1883.)
AGUIRRE. *Collectio Conciliorum Hispaniæ*. (Roma, 1775.)
ASSO. *Historia de la Economía Política de Aragón*. (Zaragoza, 1798.)
DOZY. *Recherches sur l'histoire politique et litteraire d'Espagne*. (Leyden, 1881.)
ROMERO MUÑOZ, T. *Colección de Fueros Municipales*. (Madrid.)
FUENTE, V. *Estudios Críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*. (Madrid.)

Características económicas y sociales

CAPMANY. *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de Barcelona*. (Madrid, 1779.)
GARRIDO, F. *Historia de las clases trabajadoras*. (Madrid, 1870.)
JOVELLANOS. *Informe sobre el libre ejercicio de las artes*. (Madrid.)

LARRUGA, E. *Memorias políticas y económicas sobre los frutos, comercio y minas, de España.* (Madrid, 1788.)

LECEA, G. *Recuerdos de la antigua industria Segoviana*. (Segovia, 1897.)

UNA, J. *Las asociaciones obreras en España*. (Madrid, 1900.)

ULLOA. *Restablecimiento de las fábricas y comercio de España*. (Madrid, 1740.)

GANDARA. *Apuntes sobre el bien y el mal de España*. (Cádiz, 1810.)

SEMPERE. *Biblioteca española económico-política*. (Madrid, 1804.)

WYNDHAM, BLAWES. *Civil, Commercial, etc., History of Spain.* (Londres, 1793.)

SEMPERE. *Historia del lujo en España*. (Madrid, 1788.)

HIGGIN. *Commercial and Industrial Spain.* (Londres, 1886.)

HUME, MARTIN. *Modern Spain*. (Londres, 1900.)

BOWLES, G. *Historia natural de España.* (Madrid, 1782.) (Adaptación inglesa por Dillon.) (Londres, 1782.)

HUME, MARTIN. *A Fight against Finery in The Year after the Armada*, etc. (Londres, 1896.)

BONN, J. *Spaniens Niedergang während der Preisrevolution des XVI. J.* (Stuttgart. 1896.)

BORLASE. *History of Tin Mining in Spain.* (Londres.)

PÉREZ DE VARGAS, B. *De Re Metalica*. (Madrid, 1569.)

HABLEN, K. *Die Geschichte der Fugger'schen Handlung in Spanien*. (Weimar, 1897.)

MOREL FATIO. *L'Espagne au 16me et 17me siècles.* (París, 1878.)

JANER. *Condición social de los moriscos de España; Causas de su expulsión*. (Madrid, 1857.)

AERSENS DE SOMMERDYK. *Voyage d'Espagne* (1665). (Amsterdam, 1666)

BONNECASSE. *Relation de l'etat et gouvernement d'Espagne*. (Colonia, 1667.)

BONNECASSE. *Relation de Madrid*. (Colonia, 1665.)

MURET. *Lettres écrites de Madrid en 1666 et 1667*. (París, 1879.)

HOWELL, J. *Ho-Elianæ (Letters from Spain, 1620, etc.)*. (Londres, 1737.)

VILLARS, MARQUIS DE. *Memoires de la cour d'Espagne, 1679*. (París, 1893.)

VILLARS, MME. DE. *Lettres d'Espagne, 1679*. (París, 1823.)

PÉREZ PUJOL. *Historia de las Instituciones Sociales de la España Goda*. (Madrid.)

GALHARDO. *Progreso de las rentas en España*. (Madrid.)

MORATO CALDEIRO J. J. *Notas para la historia de los modos de producción en España*. (Madrid, 1897.)

ALTAMIRA. *Historia de España y de la Civilización española*. (El primer volumen se publicó después de terminar la presente obra; el segundo volumen se publicará en breve.)

Véanse también en el *Poder civil* de DANVILA Y COLLADO las diversas presentaciones de las Cortes respecto a la condición del pueblo en varias épocas; y también las memorias y viajes mencionados en la bibliografía de la obra *España, 1479-1788* del autor.

Literatura, ciencia y artes

MENÉNDEZ Y PELAYO. *Historia de las Ideas Estéticas en España*. (Madrid, 1886, etc.)

MENÉNDEZ Y PELAYO. *La Ciencia Española.* (Madrid, 1889.) Estas dos obras, especialmente la primera, contienen bibliografías exhaustivas sobre el arte, la ciencia y la filosofía en España, y puede decirse que contienen un epítome de todo lo que se sabe sobre los temas tratados.

TICKNOR, G. *History of Spanish Literature*. (Boston y Londres, 1863.)

FITZMAURICE-KELLY, J. *History of Spanish Literature*. (Londres y Nueva York, 1898.)

BOUTERWEK (traducción, Ross). *History of Spanish Literature*. (Londres, 1847.)

SCHACK (traducción española de Mier). *Historia de la Literatura y del Arte Dramático en España*. (Madrid, 1894.)

SCHACK (traducción española de Valera). *Poesía y Arte de los Árabes en España*. (Madrid, 1893.)

BALAGUER, V. *Historia de los Trovadores*. (Madrid, 1888.)

CHURTON. *Góngora*. (Londres, 1862.)

ANTONIO, N. *Biblioteca Hispana*, etc. (Madrid, 1778, etc.)

AMADOR DE LOS RÍOS. *Historia Crítica de la Literatura Española*. (Madrid, 1865, etc.)

DOZY. *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne*. (Leyden, 1881.) (Véanse también las obras mencionadas en el texto de esta obra.)

D'AVILLIER. *Recherches sur l'orfevrerie en Espagne au moyen age et a la Rennaissance.* (París, 1879.)

DE LA VIÑAZA, CONDE. *Goya, su tiempo, su vida y sus obras*. (Madrid.)

Una separata con monografías sobre Velázquez, Murillo, Goya, etc. se ha publicado recientemente en las *Great Painters' Series*. (Londres.)

RADA Y DELGADO. *Museo Español de Antigüedades*. (Madrid, 1872, etc.)

LAFORGE, E. *Des arts et des artistes en Espagne*. (Lyon, 1859.)

LLAGUNO. E. *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura en España*. (Madrid, 1829.)

JUSTI, C. *Velasquez and his Times*. (Londres, 1889.)

MADRAZO, P. *Murillo y Rafael*. (Madrid, 1882.)

MADRAZO, P. *Viaje Artístico*. (Barcelona, 1890.)

ZAPATER, F. *Goya*. (Zaragoza, 1868.)

LEFORT, P. (traducción española). *Historia de la Pintura Española*. (Madrid.)

LEGUINA. *Arte Antiguo (La plata española)*. (Madrid.)

CHAMPEAUX, A. *El Mobiliario en la Antigüedad, Edad Media y Renacimiento.* (Madrid.)

STREET, G. E. *Gothic Architecture in Spain*. (Londres, 1869.)

STIRLING-MAXWELL. *Annals of the Artists of Spain*. (Londres, 1891.)

PARCERISA. *Recuerdos de las Bellezas de España*. (Madrid, 1844-57.)

PÉREZ DE VILLA-AMIL. *España Artística y Monumental*. (París, 1842-50.)

PONS. *Viaje de España*. (Madrid, 1790.)

ÁLVAREZ DE COLMENAR. *Delices d'Espagne*. (Leyden, 1715.)

RIAÑO, J. *Industrial Arts in Spain.* (Londres.)

CONTRERAS. *Estudios descriptivos de los monumentos Árabes de Granada*, etc. (Madrid.)

BALAGUER. V. *Los Juegos Florales en España.* (Volumen XXXII de sus *Obras Completas*.) (Madrid.)

Música, Drama, y otras

BURKE. Capítulo sobre la música española, en *History of Spain*, editada por Martin Hume. (Londres, 1900.)

RIAÑO, J. *Critical and Biographical Notes on Early Spanish Music.* (Londres, 1887.)

SORiANO-FUENTES. *Historia de la música española*. (Madrid.)

BERMUDO, J. *Declaración de instrumentos musicales*. (Osuna, 1555) (Libro extremadamente raro e interesante.)

SALINAS, F. *De musica*. (Salamanca, 1577.) (Otro libro muy raro.)

FERRIOL Y BOXERAUS. *Reglas útiles para los aficionados a danzar.* (Capua, 1745.)

GARCÍA DE VILLANUEVA. *Origen, épocas y progreso del teatro español.* (Madrid, 1802.)

ÁLVAREZ ESPINO. *Ensayo Histórico del Teatro Español, desde su origen hasta nuestros días.* (Madrid, 1890.)

MORATÍN. L. F. Orígenes del teatro Español. (París, 1838.)

CAÑETE. M. *Teatro español del siglo XVI.* (Madrid.)

FEIJOO, PADRE. *Teatro Critico*. (Madrid.)

SEPÚLVEDA. R. *El corral de la Pacheca*. Historia del principal teatro de Madrid. (Madrid.)

Véanse también las obras escogidas de LOPE DE VEGA, CALDERÓN, TIRSO DE MOLINA, y otros dramaturgos españoles, de los que existen numerosas ediciones en español, inglés y francés.

ARGOTE DE MOLINA. *Libro de Montería*. (Las ediciones antiguas de esta obra son muy raras, pero recientemente se ha publicado una reimpresión en Madrid.)

MARTÍNEZ DE ESPINAR. *Arte de Ballestería y Montería.* (Madrid, 1761.)

MATEOS BALLESTERO. *Origen y dignidad de la caza.* (Madrid, 1634.)

NÚÑEZ DE AVENDAÑO. *Aviso de cazadores*. (Madrid, 1543.)

REYNA, F. *Libro de Abbeyteria* (antiguo libro español sobre caballos, etc.). (Burgos, 1548.)

UHAGON, F. *La Caza* (libro moderno con una exhaustiva bibliografía sobre el tema). (Madrid, 1888.)

BAÑUELOS DE LA CERDA. *Libro de la jineta* (libro antiguo sobre los caballos españoles). (Madrid, 1877.)

UHAGON, F. (editor). *Diálogos de la Monteria* (libro antiguo sobre la caza en España). (Madrid, 1890.)

ALCOCER, F. *Tratado del juego* (Denuncia de un clérigo sobre el juego, pero llena de información curiosa sobre el juego y los pasatiempos españoles en el siglo XVI). (Salamanca, 1559.)

HILLO, PEPE. *Tauromaquia*. (Madrid, 1804.)

MORATÍN, L. F. *Origen de las fiestas de toros*. (Madrid, 1777.)

SALGADO, J. *An Impartial and Brief Description of the Plaza at Madrid and the Bull Baiting.* (Londres, 1683.)

CASTRO, A. *Combates de toros en España*. (Madrid.)

MiLLAN, P. *Los toros en Madrid*. (Madrid.)

VELÁZQUEZ Y SÁNCHEZ. *Anales del Toreo* (completa historia de las corridas de toros). (Madrid.)

BEDOYA, F. G. *Historia del Toreo*. (Madrid, 1850.)

PRICE, L. *Tauromaquia, or Bull Fights in Spain.* (Londres, 1852.)

SÁNCHEZ DA NEIRA. *Los toreros de Antaño y los de Hogaño.* (Madrid, 1884.)

BURKE. Capítulo sobre las corridas de toros en *History of Spain*, edited by Martin Hume.

Véanse también las descripciones de las corridas de toros en los diversos viajes mencionados en la bibliografía adjunta al libro del presente autor, *Spain, 1479-1788*.

Árabes, Moriscos, y Judíos

LANE-POOLE, S. *The Moors in Spain*. (Londres, 1897.)

DOZY. *Histoire des musulmans d’Espagne*. (Leyden, 1881.)

GAYANGOS, P. *History of the Mohammedan Dynasties in Spain.* (Londres, 1843.)

BEBEL, A. *Die mohammedanische Kulturperlode*. (Stuttgart, 1884.)

AMADOR DE LOS RÍOS. *Inscripciones Árabes de Sevilla.* (Madrid,1875.)

AMADOR DE LOS RÍOS. *Inscripciones Árabes de Córdoba*. (Madrid, 1879.)

LAFUENTE, E. *Inscripciones Árabes de Granada.* (Madrid, 1869.)

LAFUENTE, M. *Historia de Granada*. (París, 1852.)

CONTRERAS, R. E*studios descriptivos de los Monumentos Árabes de Granada, Sevilla, Córdoba, etc.* (Madrid.)

DANVILA Y COLLADO. *La Expulsión de los Moriscos*. (Madrid.)

GUADALAJARA Y XAVIER. *Memorable expulsión y justísimo destierro de los moriscos.* (Pamplona, 1613.)

GEDDES (tracts). *History of the Expulsion of the Moriscos*. (Londres, 1702-1706.)

MURPHY, J, C. *Arabian Antiquities in Spain*. (Londres, 1813.)

HURTADO DE MENDOZA, D. *Guerra de Granada*. (Valencia, 1795.)

MÁRMOL CARBAJAL. *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos de Granada*. (Málaga, 1600.)

JANER. *Condición Social de los Moriscos*, etc. (Madrid, 1857.)

PÉREZ DE HITA. *Historia de los Bandos*, etc. (Valencia, 1597.)

PÉREZ DE HITA. *Guerras Civiles de Granad*a. (Cuenca, 1619.)

DOZY. *Recherches*, etc. (Leyden, 1860.)

CONDE, J. A. *Historia de la Dominación de los Árabes en España.* (Madrid, 1820.)

AMADOR DE LOS RÍOS. *Estudios sobre los Judíos en España*. (Madrid, 1848.)

Religión, Inquisición, etc.

LLORENTE. *Histoire critique de l'Inquisition*. (París. 1817.)

FLÓREZ Y OTROS. *España Sagrada* (cincuenta y un volúmenes). Madrid, 1754-1879.)

CASTRO, A. *History of Religious Intolerance in Spain*. (Londres, 1852.)

CASTRO, A. *Spanish Protestants*. (Londres, 1851.)

BOEHMER, E. B*ibliotheca Wiffeniana. Spanish Reformers of Two Centuries from 1520*. (Londres, 1874, etc.)

GONZÁLEZ DE MONTES, R. *Artes de la Inquisición Española*. (Madrid, 1851.)

WIFFEN. B. *Life and Writings of Juan de Valdés*. (Londres, 1865.)

GARRIDO, F. *La Restauración Teocrática, Progresos y Decadencia del Catolicismo en España.* (Madrid.)

CASTELAR. E. La Revolución Religiosa. (Madrid.)

LAFUENTE, V. *Historia Eclesiástica de España*. (Madrid, 1874.)

MAURENBRECHER, W. *Studien und Skizzen zur Geschichte der Reformationszeit.* (Leipzig. 1874.)

GEDDES (tracts.) (Londres, 1702-1706.)

Nota.—Cuando no se indica la fecha de publicación, es porque la obra a que se refiere ha sido publicada recientemente y aun está en venta.

ANEXOS

MIGUEL DE UNAMUNO
EL INDIVIDUALISMO ESPAÑOL
A PROPÓSITO DEL LIBRO DE MARTIN A. S. HUME, «THE SPANISH PEOPLE: THEIR ORIGIN, GROWTH AND INFLUENCE» LONDON, 1901.

Pocos libros me han sido más sugestivos de reflexiones respecto a nuestra España y a nosotros los españoles, que este libro de un inglés que nos conoce y nos estima. Es a primera vista un excelente compendio de historia de España, en 516 páginas en 8.°; pero si bien se mira resulta un excelente tratado de psicología del pueblo español.

Tiene en su capítulo X, pág. 375[276], una frase felicísima y muy gráfica, y es la de «la individualidad introspectiva de los españoles», *the introspective individuality of Spaniards*. En efecto, nos contemplamos mucho directamente a nosotros mismos, y no es éste, a la verdad, el mejor modo de llegar a conocernos, de cumplir el «conócete a ti mismo» colectivo y social. La introspección engaña mucho, y llevada a su extremo produce un verdadero vacío de conciencia, como aquel en que cae el yogui que se harta de mirarse al ombligo. Porque un estado de conciencia que consistiera pura y simplemente en que la conciencia se contemplase a sí misma, no sería tal estado de conciencia, por falta de contenido. Esa supuesta reflexión del alma sobre sí misma es un absurdo. Pensar que se piensa sin pensar algo concreto, no es nada. Aprendemos a conocernos lo mismo que aprendemos a conocer a los demás: observando nuestros actos, sin más diferencia de que como estamos siempre con nosotros mismos y apenas se nos escapa nada de lo que hacemos conscientemente, tenemos más datos para conocernos que los que para conocer a los demás tenemos. Mas aun así, rara vez sabemos de qué somos capaces hasta que nos ponemos a ello, y a menudo nos sorprendemos a nosotros mismos con algo que de nosotros no esperábamos.

De aquí la utilidad que le tiene a un pueblo conocer su historia para conocerse. Y Hume nos estudia en nuestra historia.

El humorista norteamericano Wendell Holmes habla en una de sus obras de los tres Juanes: de Juan tal cual él se cree ser, de Juan tal cual le creen los demás, y de Juan tal cual es en realidad. y como para cada individuo, hay para cada pueblo sus tres Juanes. Hay el pueblo español tal y como nosotros los españoles creemos que es, hay el pueblo español tal como le creen los extranjeros y hay el pueblo español tal y como es. Es difícil decir cuál de aquéllos dos se acerca más a éste; pero no cabe duda de que conviene cotejarlos, y vernos desde dentro y desde fuera. Por mucho que nos lamentemos de la injusticia o ligereza de los juicios que respecto a nosotros profieran los extranjeros que nos visitan o nos estudian de otro modo, pudiera suceder que no fuesen menos injustos o menos ligeros los juicios que proferimos nosotros respecto a nosotros mismos. No ha mucho Havellock Ellis, en un escrito titulado *The genius of Spain*, ha hablado de la unidad de nuestra raza, y esto se ha tenido aquí por un absurdo, cuando puede muy bien ser que las diferencias que separan a los naturales de las distintas regiones españolas no sean mayores que las que separan a los de las regiones de otros pueblos a que tenemos por más unos, proviniendo nuestra falta de solidaridad, nuestro instinto disgregacionista, nuestro kabilismo en una palabra, de otras causas que no diferencias de raza.

276 Unamuno cita por la edición original inglesa. (Nota del editor digital.)

Debe hacerse poco caso de ciertas afirmaciones etnológicas, dictadas, no por una investigación realmente científica, sino por sentimientos más o menos aceptables, pero ineficaces para establecer la verdad. Así, cuando un escritor afirma que los catalanes son arios y semitas los demás españoles, o poco menos, lo seguro es que apenas sabe lo que es eso de arios y de semitas; y como la tal distinción es filológica más que etnológica, sería curioso que nos dijera qué lengua hablaban los ascendientes de los actuales catalanes antes de que en Cataluña entrase el latín, porque no es de creer que se sostenga en serio el gracioso disparate de suponer que proceden de colonias griegas. Son fantasías que no merecen tomarse en cuenta.

Los juicios de Hume respecto al pueblo español son a las veces durísimos, pero no más duros que los que aquí se oyen. Hay que leer lo que dice respecto a Felipe IV, en el capítulo XI, pág. 438, y a cómo le quería el pueblo español del siglo XVII, porque tenía las mismas faltas que éste entonces, siendo ocioso y amante del placer, taciturno y altanero, poético, artístico y literario, ignorante, gazmoño, lleno de prejuicios, de duro corazón y bravo, como su pueblo.

Vamos a entrar en el estudio de la psicología del pueblo español según Hume, debiendo advertir que mezclo mis reflexiones y propios puntos de vista a los del historiador inglés, aunque haciendo notar lo que es suyo y lo que es mío.

Antes de pasar adelante quiero señalar la distinción que establezco entre individualidad y personalidad, distinción que me parece de gran importancia.

Todos mis lectores saben lo que quiere decir individuo o indiviso, unidad distinta de las demás y no divisible en otras unidades análogas a ella, y lo que quiere decir persona. La noción de persona se refiere más bien al contenido, y la de individuo al continente espiritual. Con mucha individualidad, separándose uno muy fuerte y acusadamente de los demás individuos sus análogos, puede tener muy poco de propio y personal. Y hasta podría decirse que en cierto sentido la individualidad y la personalidad se contraponen, aunque en otro más amplio y más exacto sentido pueda decirse que se prestan mutuo apoyo. Apenas cabe fuerte individualidad sin una respetable dosis de personalidad, ni cabe fuerte y rica personalidad sin un cierto grado eminente de individualidad que mantenga unidos sus varios elementos; pero cabe muy bien una individualidad vigorosa con la menor personalidad posible dentro de su vigor, y una riquísima personalidad con la menor individualidad posible encerrando esa riqueza.

Voy a servirme, como acostumbro hacer, de metáforas para aclarar mi idea.

En los gases se admite por los físicos que las moléculas están en cierto estado de disgregación, moviéndose rectilíneamente en todas direcciones —que es lo que produce los fenómenos de dilatación—, en cierto estado caótico y en realidad poco complejo; y sabido es también que no suelen presentarse de ordinario en estado gaseoso los cuerpos muy complejos, sino los más simples, los menos complicados. En cambio, los sólidos tienen sus moléculas ordenadas según órbitas o trayectorias relativamente fijas —sobre todo si son cristales—; y su individualidad se mantiene por intensa ley de cohesión, estando sus superficies en directo contacto con el ambiente y pudiendo comunicarse con éste y recibir su influjo. Un término medio ofrecen los líquidos. Pues bien; ciertos espíritus fuertemente individualizados pueden ser comparados a gases encerrados en una botella o bomba de recias paredes; mientras hay otros en contacto con el ambiente, en cambio con él y hasta de contornos cambiables, y que tienen una riquísima variedad interna, mucha personalidad.

O podríamos también comparar los unos a crustáceos encerrados en duros caparazones, que les dan formas rígidas y muy permanentes; y los otros a vertebrados, que llevando el esqueleto dentro, adoptan formas que se prestan a variadas modulaciones.

O, para terminar con las metáforas, son unos espíritus comparados con los otros dentro del organismo social de que forman parte; los unos, como células vegetales, encerradas en duras paredes —fuertemente individualizadas—; y los otros, como células animales, contenidas en

delicadísimas membranas y variables con movimientos amiboideos, aparte de los movimientos protoplasmáticos interiores, los llamados brownianos.

La individualidad dice más bien respecto a nuestros límites hacia fuera, presenta nuestra finitud; la personalidad se refiere principalmente a nuestros límites, o mejor no límites, hacia adentro, presenta nuestra infinitud.

Todo esto tiene mucho de quebradizo y acaso no se ajuste a una rigurosa psicología; pero me basta haber dado a entender al lector lo que con ello quiero decir, y prosigo.

Mi idea es que el español tiene, por regla general, más individualidad que personalidad; que la fuerza con que se afirma frente a los demás, y la energía con que se crea dogmas y se encierra en ellos, no corresponde a la riqueza de su contenido espiritual íntimo, que rara vez peca de complejo.

Paso ahora a señalar y comentar algunos pasajes de la obra de Martín A. S. Hume.

Ya en el prefacio nos dice que los españoles procedemos de raza afro-semítica, y que «la clave de este primitivo carácter de raza es una individualidad absorbente», *overwhelming individuality*, siendo debido a ella todo lo que en el mundo hemos hecho, nuestra pasajera grandeza imperial y nuestra tenacidad permanente (página 10), y más adelante (pág. 12), que ese sentido de individualidad, sobre el que se basaba el sentimiento, descansa en lo profundo de las raíces de la raza, habiéndolo convertido hábiles políticos en ventaja de sus ambiciones.

Al hablar de la dominación árabe en la página 77, dice que el berberisco, «como su lejano pariente el ibero, era hombre de fuerte individualidad, con una obstinada resistencia a obedecer a otro, a menos de que hablara en nombre de una entidad sobrenatural.»

Pero es al acabar el capítulo IX (pág. 345) en que trata de nuestra época de grandeza, a mediados del siglo XVI, donde estampa estas notables palabras:

«Cada labriego iletrado y cada soldado bravucón sentíase de una manera vaga que era una criatura aparte por razón de su fe; que los españoles y su Rey tenían una misión más alta que la confiada a otros hombres; y que, de entre los ocho millones de españoles vivos, el particular, Juan o Pedro, estaba individualmente, a presencia de Dios y de los hombres, como preminentemente el más celoso y ortodoxo de todos ellos. A esto había llevado a la masa del pueblo español la política de Fernando e Isabel.»

Y lo corrobora en ta preciosa pintura que hace de Felipe II, el ídolo de nuestros tradicionalistas. A ella pertenecen estos párrafos:

«En él, como en tantos otros de sus paisanos, basábase una intensa individualidad en la idea de una distinción personal a los ojos de Dios, mediante sacrificio de sí mismo... Era bueno de corazón, buen padre y buen marido, amo indulgente y considerado, sin afición a la crueldad por sí misma. Y sin embargo, no eran para él cosas malas la mentira, la deslealtad, la crueldad, el infligir sufrimientos y muerte a muchedumbre de gentes inermes, y el asesinar secretamente a los que se le cruzaban en su camino, porque en su oblicuidad moral creía que los fines justificaban los medios y que era todo legítimo en las causas enlazadas de Dios y de España» (pág. 339). «Era ciego y olvidadizo a todo lo que no fuese el sanguinoso Cristo, ante el cual se retorcía en maniática agonía de devoción, seguro en su oscura alma, como tantos de sus compatriotas lo estaban, de que el divino dedo apuntaba desde la gloria sólo sobre él como sobre el hombre escogido, que había de obligar a la tierra al gobierno del Altísimo con Felipe de España como su Vice-regente, cual obligada consecuencia» (pág. 368). «Felipe II, en su sombrío orgullo, su mística devoción, su poderosa individualidad, no era más que la personificación del espíritu de su pueblo; por eso le siguieron con leal devoción, casi con adoración, hasta su desdichado fin, atravesando decepciones y derrotas, miseria, pobreza, opresión y sufrimientos. Hemos trazado en anteriores capítulos, paso a paso, el desarrollo del carácter español a partir de los elementos de que se formó; hemos hecho notar su intensa personalidad, su estática devoción a las fuerzas divinas, de donde el que cada individuo se

considerara como estando aparte, y su constante anhelo de distinguirse por el sacrificio venciendo las fuerzas del mal.»

Ya sé que muchos de los que lean esta pintura saldrán con la tan socorrida cantata de que este Felipe II es el Demonio del Mediodía forjado por la leyenda protestante, oponiendo a él, el otro, el de la contra-leyenda —y como tal, no menos legendaria— que están forjando de entre un sinfín de minucias interpretadas con espíritu de rábula picapleitos, aplicado a la historia de la escuela del señor Seco-como-polvo que inventó Carlyle. Mas dejémonos abierto este pleito.

Lo que de la pintura de Hume me interesa aquí es lo referente a creerse cada español un individuo aparte, especial y personalmente escogido por Dios. Esto recuerda aquella pretensión de Pascal de que al morir Jesucristo hubiese derramado una gota de sangre por la redención de él, de Blas Pascal, que viviría en Francia a mediados del siglo XVII. En la historia de los que llamamos genios o grandes hombres, y otros héroes, se encuentran rasgos por el estilo. Cada uno de ellos tiene conciencia de ser un hombre aparte, escogido muy especialmente por Dios para una u otra obra.

En este respecto propendemos los españoles a creernos genios, o tenemos más bien un concepto robustísimo de la Divinidad, no creyéndole a Dios como el Dios frío y encumbrado del deísmo francés del siglo XVIII, el Dios bonachón y haragán de las buenas gentes que nos pinta Beránger, sino más bien como un Dios cuya atención y cuidado se extiende de la última hormiga, tomada individualmente, al más grande y espléndido de los soles.

En realidad pueden llegar a ser vituperables todas las pretensiones de singularidad y de formar uno aparte de los demás, pero se comprende que uno que discursea, v. gr., pretenda que se le tenga por el primer orador, o por el primer escritor uno que escriba, o por el mejor cantante uno que canta. Lo que no se comprende es que una persona sin hablar, ni escribir, ni pintar, ni esculpir, ni tocar música, ni negociar asuntos, ni hacer cosa alguna, espere a que por un solo acto de presencia se le dipute por hombre de extraordinario mérito y de sobresaliente talento. Y sin embargo se conoce aquí en España —no sé si fuera de ella— no pocos ejemplares de esta curiosísima ocurrencia.

Conozco también quien no halla inconveniente en admitir que otro sea más guapo, más elegante, más fuerte, más sano, más inteligente, más sabio, más generoso, etc., que él, y que le aventaje en todas y cada una de las prendas que se quiera; pero en resumen, él, Juan López, el individuo en cuestión, es superior a todos los demás, por ser Juan López y por no haber otro Juan López lo mismo que él ni ser posible que vuelvan a reunirse las cualidades todas, buenas, malas, mejores y peores, que hacen al Juan López de que se trata. Él es único e insustituible, y no le falta razón de esto. Y puede decir con Obermann: «En el universo no soy nada; para mí lo soy todo.»

Este violento individualismo, acompañado de un escasísimo personalismo, de una gran pobreza de personalidad, es lo que acaso explica mucha parte de nuestra historia. Explica la intensísima sed de inmortalidad individual que al español abrasa, sed que se oculta en eso que llaman nuestro culto a la muerte.

Rinden semejante culto a la muerte los más furiosos amadores de la vida, aquellos en quienes el goce de vivir no puede apagar el hambre de sobrevivir. Me parece un grandísimo error lo de asegurar que el español no ama la vida, porque le es dura. Es todo lo contrario; porque le era dura no llegó al *tedium vitae*, al *Weltschmerz* de los hartos, y aspiró siempre a prolongarla indefinidamente más allá de la muerte.

En la parte tercera de la *Ética* de Spinoza, un judío de origen español —o portugués, que para el caso es lo mismo—, hay cuatro admirables proposiciones, la sexta, séptima, octava y novena, en que establece que cada cosa, en cuanto es, se esfuerza por perseverar en su ser mismo; que el esfuerzo con que intenta cada cosa perseverar en su ser, no es más que su esencia actual misma (*conatus, quo unaquaeque res in suo esse perseverare conatur, nihil est praeter ipsius rei actualem essentiam*); que ese esfuerzo o conato envuelve tiempo indefinido y no finito, y que el espíritu intenta perseverar por duración indefinida y tiene conciencia de este su esfuerzo. No cabe expresar con más precisión el ansia de inmortalidad que consume al alma.

Este fuerte individualismo y de un individuo que se esfuerza por persistir le llevó a fijarse siempre en la dirección práctica, volitiva, y he aquí por qué nos admiraba tanto Schopenhauer a los españoles, teniéndonos por una de las castas más llenas de voluntad —o de voluntariedad más bien — más *vividoras*. El despego a la vida no es más que aparente, celando el más estrechísimo apego a ella. Y esa dirección práctica se ve en nuestro pensamiento, inclinado, ya desde Séneca, a lo que se llama el moralismo y poco afecto a la pura contemplación metafísica y especulativa, a ver el mundo como meros espectadores.

Ese mismo individualismo, que se hace impositivo, nos llevó al dogmatismo que nos corroe. España es el país de los más papistas que el Papa, como suele decirse, debiendo leerse a este respecto lo que Hume dice de las relaciones de Felipe II con la Santa Sede. España es el suelo escogido y abonado de eso que se llama integrismo y que es el triunfo del máximo de individualidad compatible con el mínimo de personalidad. España fue, en fin, y en más de un respecto sigue siendo, la tierra de la Inquisición.

De ésta y del inquisitorismo dice Hume muy buenas cosas. «Innata crueldad, orgullo individual, viva imaginación alimentada con extravagantes fábulas, religiosas y seculares, y gusto por la riqueza no ganada, todo se combinó bajo las bendiciones de la Reina (Isabel) y de la Iglesia para hacer de los españoles, como raza, infatigables perseguidores de los que se atrevían a pensar de diferente modo que ellos» (pág. 283). Bajo evidente y no pequeña exageración, hay aquí un gran fondo de verdad. Los españoles no podían obrar mal «porque obraban por la causa de Dios y con ella» (pág. 295). «No era ya posible (en tiempo de los Reyes Católicos) la unidad burocrática de los romanos, porque habían surgido de la reconquista naciones separadas; pero podía a lo menos mantenerse juntos a los varios pueblos, a los dominios autónomos y a las ciudades semiindependientes, por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición, como sistema gubernamental, que se desenvolvió luego en máquina política... Así es como aparece España desde un principio en el concierto de las modernas naciones europeas, como un poder cuya existencia misma en su forma concreta depende de su rígido catolicismo doctrinal» (página 311). Pongo tan en duda esta última afirmación de Hume y estoy tan lejos de creerla justa, que a rebatirla he de dedicar otro estudio especial. Digno es de leerse, por lo demás, cuanto el historiador inglés dice a propósito de aquel repulsivo gran Duque de Alba y de su tristísima campaña en Flandes.

El individualismo español que vamos comentando es, sin duda, el que ha producido otro de los rasgos de nuestra historia, rasgo en que muy en especial se fija Hume, y al que llamaremos cantonalismo o kabilismo. Compréndese que me refiero a la tendencia a la disgregación, a separarnos en tribus. De Hume, al principio de su historia, son estas notables palabras:

«En todo caso, lo que se sabe de su físico parece negar la suposición de que fueran (los iberos) de origen ario o indoeuropeo; y para hallar sus parejos hoy, no hay más que buscar las tribus kábilas del Atlas, los habitantes originarios de la costa africana opuesta a España, que fueron arrojados a las montañas por sucesivas ondas de invasión. No sólo en lo físico se parecen estas tribus a lo que debieron de haber sido los primitivos iberos, sino que en menos cambiantes peculiaridades de carácter e instituciones es fácil trazar su semejanza con el español de hoy. La organización de los iberos, como la de los pueblos del Atlas, era clánica y tribual, y su característica principal su indomable independencia local. Belicosos y bravos, sobrios y animosos, los de las tribus kábilas han resistido tercamente miles de años todos los intentos de fundirlos en una nación o sujetarlos a un dominio uniforme, mientras el ibero, que arranca probablemente del mismo tronco, se mezcló con razas arias que poseían otras cualidades, y fue sometido por seis siglos a la organización unificadora de la más grande raza gobernante que haya jamás visto el mundo: los romanos; y sin embargo, aun en el día de hoy, el carácter principal de la nación española, como el de las tribus kábilas, es falta de solidaridad» (*lack of solidarity*, página 3).

Esta idea radical reaparece de continuo, como estribillo o *leitmotiv*, en la obra de Hume. «El problema de los romanos —como fue el problema de todos los subsiguientes gobernantes de España — era levantar un edificio de civilización europea sobre cimientos líbicos o semíticos» (pág. 17). En la lucha con los romanos no tuvieron los españoles sentido de común lazo (pág. 25), y de hecho no puede compararse Viriato ni a Vercingetorix, ni a Arminio; cuando invadió Tarik, con sus berberiscos, a España, logró fácil victoria sobre un pueblo «cuyo único lazo de cohesión eran los cánones de la Iglesia, y cuyo supremo gobierno era un concilio de Obispos» (pág. 67); en el siglo XIII, cuando había casi pasado la necesidad de lucha y conquista y podía haberse asentado el pueblo bajo los sedantes efectos de la paz, «vino de la Roma papal el terrible soplo de intolerancia e hinchó en llama, que se hizo luego hoguera, la chispa, siempre encendida en el pecho ibero, de la envidia y el odio al del valle o la ciudad próximos; al hombre que se viste de otro modo, que habla de otra manera o que adora a otro Dios» (pág. 180); en tiempo de los Reyes Católicos, «los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos; los navarros no tenían nada de común ni con una ni con otra nación» (pág. 310). Fueron siempre y seguirán siendo diferentes naciones, con una tendencia centrifuga contrastada tan sólo al principio de este siglo (el XVI) por la reverencia a un Monarca semisagrado y la absoluta unidad de fe, y durante los últimos noventa años por hábito nacional y el instinto de la propia conservación» (pág. 356). Al final del libro, al hablar de la República española de 1873, dice que la idea de la República era en España, en los más de los casos, la de una «federación comunística de estados autónomos, siendo sus motivos los celos sociales e industriales, y la eterna tendencia separatista que es la característica de los pueblos españoles» (pág. 511). Y por último, al hablar de nuestro presente, concluye diciendo que «el peligro que amenaza todavía a España es la indesarraigable tendencia de ciertas regiones a cobrar autonomía. Las razones que sirven a esto de base han sido ampliamente expuestas en este libro, y se habrá visto que arraigan en el origen mismo de los pueblos. Probablemente habrá que afrontarlo y aceptarlo en alguna forma antes de que la raza española ocupe su posición permanente entre las naciones renacidas del mundo» (pág. 513).

Estos juicios podrán parecer muy duros a muchos; pero obsérvese que provienen de un inglés que nos conoce bien y que nos quiere, de un inglés que escribe y habla admirablemente el español, siendo muy galano escritor en lengua castellana, y que aparecen en un libro que forma parte de una de esas numerosas series a que son tan aficionados en Inglaterra los editores, de una serie que se titula «Los grandes pueblos» *The Great Peoples*, y edita en Londres Heinemann.

Ahora surgen dos cuestiones: la primera, de cuál es el origen de ese individualismo; y la segunda, de cuál sea su remedio, la cuestión etiológica y la terapéutica.

Desde luego me inclino a creer que el kabilismo o cantonalismo, la tendencia separatista, no proviene de diferencias de casta, como indicaba al principio al apuntar el parecer de Havelock Ellis. Si Cataluña o las Provincias Vascongadas quedasen de pronto aisladas en medio del Océano, veríanse pronto desgarradas por disensiones interiores, por separatismos, y se alzarían unos frente a otros los distintos dialectos del catalán o del vascuence. En el país vasco, et menos lince echa de ver tales disensiones interiores.

Hay un pecado capital muy genuinamente español y del que me propongo escribir con alguna extensión, y ese pecado es la envidia, nacido de nuestro especial individualismo, y ese pecado es una de las causas del kabilismo. La envidia ha estropeado y estropea a no pocos ingenios españoles, sin ella lozanos y fructuosos. Todos recordamos el famoso símil de la cucaña. Hay en el fondo de nuestra casta cierto poso de avaricia espiritual, de falta de generosidad de alma, cierta propensión a no creernos ricos sino a proporción que son los demás pobres, poso que hay que limpiar.

El kabilismo y el individualismo español me parecen ambos efectos de una misma causa, la misma que produjo el picarismo. En su libro *Hampa*, señaló muy bien Salillas que la pobreza del suelo, su mala base de sustentación, produjo la trashumancia y el vagabundaje. Me parece más concreto y más histórico decir que obligó a los iberos a ser pastores, o acaso lo fueron ya durante

siglos, en el país de donde venían. Con grandísima exactitud dice Hume que el puro español ha sido siempre «agricultor por necesidad y pastor por elección, cuando no era soldado» (*an agriculturist by necessity and a shepherd by choice, when he was not a soldier*) (pág. 224). Creo que podrían aclararse no pocos juicios acerca de nuestra historia, partiendo de este carácter pastoril de nuestro pueblo. En el fondo de la expulsión de los moriscos, pueblo agricultor y laborioso, de huertanos, apenas veo más que el tradicional odio de los que llamaré abelitas, de los descendientes en espíritu de Abel el pastor, contra los cainitas, los descendientes de Caín el labrador, que mató a su hermano. Porque la leyenda hebrea de Caín y Abel es una de las más profundas intuiciones de los comienzos de la historia humana.

¿Y cuál es el remedio a ese individualismo? Lo primero es ver si es un mal, o si apareciendo como tal no cabe convertirlo a bien, porque es evidente que de una misma madera se hacen los vicios y las virtudes, y que una misma pasión puede convertirse a bien o a mal.

Los siglos hicieron a nuestros remotos ascendientes pastores, y como pastores les hicieron haraganes, y vagabundos, y disgregados, y todas las demás cualidades que del ejercicio del pastoreo derivan; el tiempo, la vida urbana y civilizada, las necesidades que la concurrencia industrial y mercantil imponen hoy, el progreso, en fin, modificará ese fondo. ¿Cabe acelerar su obra y por qué medios? Esta es ya otra cuestión.

Diciembre de 1902.

CARLOS PEREYRA
LA POPULAR ESPAÑA DE MARTÍN HUME

Bien sabido es que pocos libros habrán alcanzado tanta popularidad como la que obtienen las obras históricas del inglés Martín Hume en los países de habla española. Su autoridad no es menor que su popularidad. Esto debe decirse, sobre todo, de la *Historia del pueblo español*. Fuera de nuestros países y del radio de nuestra lengua, la *Historia del pueblo español* ejerce quizá mayor influencia y es leída con un interés todavía más apasionado.

El libro capital de Hume merece esta difusión por las cualidades que lo avaloran. Está escrito con una rapidez, con una viveza y con una claridad, que acercan la obra a la perfección ideal en materia de resúmenes narrativos abreviados. La distribución de las materias es también muy feliz, y salvo la brevedad precipitada del relato en los últimos capítulos —defecto que compensa la existencia de un tomo destinado al siglo XIX por el mismo autor—, puede considerarse la *Historia del pueblo español* como un modelo de compendios.

Pero la obra tiene todavía mayor alcance del que suele concederse a un buen manual de estudio o entretenimiento.

Por mucho que quieran imaginarlo, será en general muy difícil que los individuos de nuestra raza formen una idea cabal de la significación que tiene este libro. Sólo puede apreciarse su importancia siguiendo el rastro de los conceptos históricos que ha dejado en el espíritu de los escritores de habla inglesa.

Al emprender su obra, el coronel Hume no se propuso hacer ante todo un compendio de fácil y amena lectura. Lo animaba un fin, realizado acaso más allá de su ambición. Quería dar una clave explicativa de la historia de España, y fundar una escuela de interpretación. Él mismo lo declara con la más cruda franqueza: «Este libro ha sido escrito, no con la idea de invalidar y sustituir las historias ordinarias, sino con la idea de completarlas y explicarlas.»

El resultado ha sido no sólo el haber completado y explicado las historias ordinarias, sino que prácticamente las ha invalidado y las ha sustituido para los países anglosajones, y en parte para los que leen francés. Cuando alguien pretende estudiar el pasado español, Martín Hume se presenta, con la irresistible insinuación de España, del guía oficial en los apeaderos de las ciudades históricas. Su método expositivo, que es verdaderamente grato para lectores poco atentos al fondo de las cuestiones, capta la simpatía. El autor logra fácilmente desautorizar a otros mentores. Gana, pues, la batalla de las ideas antes de librarla, anticipándose en el terreno de la fascinación y del halago. ¿Para qué estudiar otros libros si el de Hume encierra cuanto ha de saberse útilmente sobre España, y si proporciona además la clave explicativa de los acontecimientos? No sólo hablan así los lectores que compran una historia de España para llenar los ocios del verano, recreándose en los esplendores de Almanzor y en las negruras del Escorial. Hablan así el historiador, el viajero y el corresponsal de los grandes diarios londinenses o neoyorquinos, todo el que con una pluma en la mano, necesita improvisarse hispanista para tratar de España o de la América Española.

Las páginas se suceden; el lector está cautivado. Y más lo seduce aún, más lo domina la repetición de los conceptos en la *historia razonada* que hace Hume de *su España*. Nos gana por la pereza el que nos enseña sin rigores mnemotécnicos. Nos gana por el mismo arte el que nos excusa esfuerzos de pensamiento.

Y esto último es principalmente lo que caracteriza a Martín Hume. Su magia no se funda tanto en el relato como en la parte lógica, en la economía de esfuerzo cogitativo con que el lector ve resueltos los abstrusos problemas históricos españoles, mediante una fórmula de la más simplificada unidad.

Toda la España de Martín Hume —la España guerrera, la España conquistadora, la España fundadora, la España artística, la España moral—, se encierra en su fórmula: no hay pueblo español. El autor, es verdad, llama a su libro *Historia del pueblo español*. En la portada anuncia que trata del *origen, desarrollo e influencia de los españoles*. Pero no hay tal pueblo español. Con el título, *pueblo español*, se hace una parte del sortilegio. Pocos lectores tendrían un libro que se llamara simplemente *Historia de España*. ¿Pero hay algo más sugestivo que una *historia del pueblo español*? Y luego, estas palabras: *Su origen, desarrollo e influencia*, ¡hablan tanto! Una vez iniciada la obra de la captación de voluntades, se consuma con éste otro golpe magistral: No hay pueblo español, y toda la historia de España se explica precisamente demostrando que el pueblo español no existe, ni puede existir.

El coronel Martín Hume nació en España, o por lo menos se crió en España. Para mi objeto, baste saber que respiró ambiente español durante largos años. Y conociendo este hecho, me he preguntado al leer el libro, si el prejuicio antiespañol de Hume es un sentimiento británico o es el añejo antiespañolismo de los españoles pasado por el alambique de un extranjero.

Pero dejemos esto. Vamos a la tesis. O diríamos más bien: vamos al estribillo de este tratado manual. Los habitantes de España eran de antiguo bereberes en su mayoría. Todas las tinturas célticas, fenicias, grecorromanas y germánicas, dejaron intacto el elemento beréber. Cuando se realizó la conquista musulmana, ésta no fue sino una conquista africana, reafirmadora de lo existente, consolidadora de la sangre que predominaba. «La infusión de sangre puramente arábiga debió ser pequeña, porque la enorme mayoría de los invasores habían sido bereberes y otros pueblos del Atlas, de origen y tradiciones semejantes al tronco español original.»[277]

Esto se lee en la página 170 de la obra, pero no ha habido que avanzar tanto para encontrar el concepto, pues ya en el *Prólogo*, en las páginas 4 y 5 del libro, vemos: «Para España, hasta tiempos históricamente recientes, España no era una Patria; no lo es hasta el día sino en un sentido muy limitado. La verdadera patria del español era su pueblo, o el repliegue particular de los montes que formaba su mundo... Vinieron los romanos... los españoles se hicieron grandes, no como españoles, sino como ciudadanos individuales de la poderosa Roma... Pero cayó Roma, y España cayó con ella; porque no había ninguna cohesión, aparte del común orgullo político que había formado el vinculo temporal.»

Nótese el criterio del autor. La unidad política, último grado de perfección a que puede llegar el sentimiento nacional, tiene para Hume el carácter de un hecho extraño a la colectividad en que se manifiesta. Los españoles, localistas, dejan de serlo por la magia del nombre romano.

Caída Roma, España se disolvió, para aglutinarse de nuevo en la unidad visigótica. «Cuando luego los godos infundieron nuevo vigor en la decadente España romana, el fervor cristiano unió a los españoles, y otra vez fue elemento de adhesión el orgullo individual. Cada hombre se engrandeció a sus propios ojos por el hecho de formar parte de los elegidos a quienes Dios miraba con especial atención individual.» Esto es también del *Prólogo*, y se encuentra en la página 5, ya citada.

Los conquistadores entran en España como conquistadores. Desaparecen como sombras. España, preexistente y subsistente, es la misma, antes y después. ¿Qué hay de común entre la España eterna y la España romana? Nada absolutamente. ¿Qué hay de común entre esa España inconmoviblemente africana y la España visigótica? Absolutamente nada. ¿Qué hay de común entre la España, siempre igual a sí misma, y la España musulmana que viene de África? Tampoco entre estas dos Españas hay comunicación. Un pueblo estólido contempla el conflicto externo de las razas enemigas, y las ve pasar y desaparecer, como el espectador idiota ve pasar y desaparecer las figuras de un drama cuyo argumento no comprende.

---

277 Debo decir que cito textualmente la traducción española de don José de Caso, Profesor de la Universidad de Madrid, y que sigo la edición de la *España Moderna. Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía e Historia.* Madrid, (S.A.)

Bajo los Césares, «el creciente lujo y la ociosidad creciente de la capital, hicieron de España así el granero como la tesorería de Roma; y el incremento creciente de la riqueza la permitió, no sólo vivir, sino sembrar su suelo de edificios públicos, circos, caminos, acueductos y puentes, cuyos poderosos restos despiertan un vago asombro en el español degenerado del día.» (Páginas 46-47.)

El degenerado Cánovas, el degenerado Pérez Galdós, el degenerado Costa, el degenerado Castelar, el degenerado Cervera, apenas sienten un vago asombro viendo los poderosos restos de las vías romanas. Oliveira Martins dirá que con sus obras arquitectónicas dejó Roma la idea del Estado. La cabila desaparece, arrastrada por el fundente de la nueva forma política. Pero Hume quiere un pueblo español africanizado hasta el fin de los siglos.

Los españoles del tiempo de Roma construyeron acueductos, sin saber lo que construían. El historiador del *pueblo español* nos deja en la ignorancia de la significación que pudo haber tenido la economía imperial en España. Él se entrega por completo a la danza de su psicología étnica, simple como el ritmo adormecedor de un salvaje.

Saltando sobre el paréntesis de los godos, vemos al español del tiempo de los moros. «El antiguo espíritu ibérico volvía a revelarse en las diversiones como en la literatura. Los españoles del siglo XIII, ostentosos, pomposos y redundantes, como los del siglo III, se apropiaban todo lo relumbrante y fantástico de las diversiones de los moros y las invenciones de los provenzales; y todas las ciudades de España competían ahora en la frecuencia y brillantez de sus diversiones públicas.» (Páginas 206-207.)

Ya puedo irse haciendo un resumen psicológico: independencia individual, localización del patriotismo, orgullo personal, ostentación, pomposidad y redundancia. He ahí los seis ingredientes con que fabrica Hume su español eterno. No necesita más.

Esta psicología excluye sin duda la sobriedad y la fuerte belleza del *Cantar de mío Cid*, en quien todo el mundo ha visto los orígenes de una formación peculiar, característica del genio castellano.

También se salen de este marco el trainel D. Furón, antepasado de la caterva picaresca.

Las recortadas y artificiosas conclusiones de Hume, no hechas para explicar abreviando sino más bien para un burlado escamoteo de feria rural, excluyen las *cantigas de amigo* y todo el tesoro de la poesía gallego-portuguesa.

El pueblo español es un gran ausente en esta historia. No aparece sino como factor negativo. Hemos examinado ya 211 páginas. Y no hay pueblo español. Pero llega el momento esperado por todo el que abre un libro acerca de España. Llega el momento de los tizones.

El autor no abandona su registro. «El fatalismo y el desprecio de la vida, característica de las razas libio-semíticas, había hecho de los españoles combatientes denodados y conquistadores crueles. Cuando la necesidad de combatir y de conquistar había desaparecido casi, y el pueblo podía haberse normalizado a favor de las suaves influencias de la paz, vino de Roma el funesto hálito de la intolerancia, y convirtió en llama, que después pasó a ser un horno, la chispa, siempre encendida en el pecho ibérico, de la rivalidad y el odio contra el hombre del valle contiguo, del pueblo inmediato, contra el hombre que vestía de diferente modo, que hablaba de diferente modo o que adoraba un Dios diferente.» (Página 212.)

Después de esto es imposible o inútil el estudio de la Inquisición. Toda está dicho con mencionar las razas libio-semíticas, y la chispa encendida en el pecho ibérico... De ese modo se despacha gentilmente todo un capítulo de la historia de España. Adelante.

Después de la Inquisición, la decadencia económica. Sin dar vuelta a la hoja, ya sabemos cuáles son las causas de un fenómeno que requiere los más delicados esfuerzos para no caer en la amplificación grosera o en la suposición charlatanesca. «Los moros habían traído consigo el sistema perfecto del pequeño cultivo y de riego, que convirtieron a Valencia, a Murcia y a algunas partes de Andalucía en risueños vergeles, e hicieron ricos a los pacientes y laboriosos agricultores; pero esta

industria quedó circunscrita a ellos solamente, mientras que el español puro siguió siendo, como siempre había sido, agricultor por necesidad y pastor por inclinación cuando no era soldado.» (Pág. 263.)

Hubo un tiempo en que era posible, y no sólo posible, sino obligatorio, decir estos disparates. ¡El español agricultor por necesidad, pastor por afición y soldado por impulso unánime del pueblo! Naturalmente, si nos guiamos por las estadísticas de los narradores de leyendas y por las fábulas numéricas de los historiadores que escribieron antes de la era crítica, todo el mundo peleaba en España. Pero ya va siendo preciso reducir a limites racionales las cifras de la historia-batalla. Ya el simple buen sentido nos obliga. Hay que descontar del número de soldados a los famosos conquistadores de Indias, que en general tenían tanto de soldados como los labradores de sus pueblos. Ya vamos aprendiendo el arte del claroscuro, y podemos dibujar la verdadera fisonomía de España, país de agricultura y ganadería. Hume no se esfuerza por damos a conocer el estado real de la economía española y las vicisitudes a que hubo de correr la industria agrícola-pecuaria. No; le basta con afirmar que el pueblo español tenía «ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea», pero que todas fueron esterilizadas. Había un *virus* —así lo dice— que «penetraba en el corazón de la raza, harto dispuesta a recibirlo, y que andando el tiempo debía convertir todo su oro en escoria.» (Pág. 212.)

¿Cuál era ese *virus*? Tenía tres componentes: indolencia, fanatismo y espíritu aventurero. El *virus* dispensa al autor de establecer alguna prueba sobre las excelencias de suelo, clima y condiciones, no concedidas a ningún otro pueblo, entre las cuales figuraría tal vea la falta de vías fluviales convergentes y de penetración profunda, merecería un capítulo al menos la estructura orográfica, enemiga de la cohesión, y obtendría veinte líneas la acción del adversario secular que mantenía un estado de rebelión interna o aterrorizaba las costas levantinas. Otro historiador de España que entendiese con más conciencia su papel, estudiaría los acontecimientos en sí mismos, y no en factores de realidad problemática, en esas afirmaciones temerarias de que tanto desconfiaba Herculano. Menos aún se le vería inventando falsas ventajas mesológicas, sólo utilizables para poner de relieve otros hechos «carentes del grado necesario de certeza propio de los hechos históricos.» Verdad es que la crítica reconoce un papel al conflicto de los caracteres etnogénicos, pero a condición de distinguirlos, pesarlos y atomizarlos.

Hume parece no aceptar que cada siglo requiere estudios directos, y que no se puede bajar con un estribillo desde los tiempos de Aníbal hasta los de Alfonso XII. Está convencido de que le basta narrar con cierta animación incoherente y acomodar frases de corte sentencioso, infalibles para la ligereza incomprehensora de sus fieles.

España había construido grandes monumentos romanos, se había convertido al cristianismo, había recibido el reflejo de la civilización arábiga, deslumbrándose con ella, sin sentirla, ni adaptársela. España era y no era. No vemos nada concreto y definido. Pueblo de conquistadores, de soldados, de aventureros, de holgazanes, de fanáticos, de ostentosos, el verdadero pueblo español no había logrado siquiera aprender un poco de agricultura. La practicaba por necesidad. Su gusto le llevaba a las dehesas cuando no podía combatir a alguien, siempre de preferencia al vecino de los valles contiguos. Después se dedicó a la quema de sus compatriotas. Pero entretanto, se había hecho constructor de catedrales. «A fines del siglo XIV el genio del pueblo había producido lo que era ya en rigor una adaptación especial del gótico; y durante este periodo y poco después, luce esplendorosamente la gloria de España, sus atrevidas y nobles iglesias ojivales. Más claramente que en su literatura, mejor aún que en sus instituciones, manifiéstanse las características especiales del pueblo español en la piedra imperecedera de los grandes monumentos arquitectónicos en esta temprana fase de su evolución como nación.» (Pág. 268.)

Tenemos aquí un pueblo español dotado de genio aunque incapaz de cultivar la tierra. Sólo sabe pastorear vacas y ovejas. Lo domina la pasión militar. Pero este pésimo agricultor tiene dotes arquitectónicas. ¿Será que hemos llegado a la historia del pueblo español? Así es de suponer, pues

tres páginas adelante se dice que «por su perfección arquitectónica al menos, España, desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XV, igualó si no superó, a todas las naciones de la tierra.»

En ese mismo siglo XV «la imaginación desbordada» del pueblo español hizo un culto de la caballería andante.

Pero el autor se queda meditando un momento, y escribe: «Nada había singularmente magnánimo ni generoso en el carácter de la raza misma, como ha podido advertirse por los hechos de su historia; pero siempre tuvo en ella un eco poderoso la idea de la exaltación personal mediante el sacrificio; y el secreto de esta nueva pasión avasalladora era el afán de distinción y preeminencia individual por la devoción desinteresada a alguna persona o alguna abstracción —el mismo sentimiento que condujo a los antiguos cristianos de Córdoba a buscar el martirio, y en un período ulterior llenó las ermitas y los claustros de España de furibundos ascetas que desollaban y mortificaban sus carnes y alimentaban las infernales hogueras de la Inquisición, cuyas víctimas estaban animadas también de un espíritu semejante.» (Pág. 296.)

O renunciamos a entender, o esto significa que un pueblo carente de magnanimidad y generosidad, «como ha podido advertirse por los hechos de su historia», fue siempre «apasionado de la devoción desinteresada a las personas o a las abstracciones», pero que no lo fue por magnanimidad ni por generosidad, sino por el orgullo de la exaltación personal que se obtenía mediante el sacrificio.

Había que fabricar un pueblo de inquisidores clásicos para un público inglés, y se fabricó ese pueblo de verdugos con elementos de la caballería andante. Naturalmente muchos lectores de lengua española encontraron persuasivo este galimatías. Así lograban *ponerse a la altura de las luces del siglo,* como decía un famoso rastacuero en el Río de la Plata.

El pueblo español sigue en la brecha. O más bien se cansa en la brecha. Había peleado durante largos siglos. Había construido catedrales góticas. Tenía genio. Ya no quería trabajar. Ya no quería dedicarse a «cosas útiles y provechosas.» ¿Qué hizo entonces? ¿Dormir? No. Enviar Embajadores y concluir tratados de comercio. No es invención. «Embajadas a Tamerlán y a otros potentados lejanos, tratados comerciales con Inglaterra y otros actos semejantes, prueban que los españoles estaban cansados ya del trabajo perseverante y provechoso, y ansiaban otras excitaciones, una vez concluidos los siglos de guerra continua con los infieles.» (Pág. 298.)

Poco antes se nos había dicho que «el español siempre encontró alguna excusa para adormecerse en la creencia de que era un individuo aparte, y así, al abrirse la era moderna del mundo, se hizo un visionario, ganoso de aventuras en lejanos países, pero enemigo del trabajo perseverante en el propio.» (Págs. 296-297.)

El holgazán ya no sólo concluye tratados de comercio, ya no sólo envía embajadores a Tamerlán. Se dedica a las aventuras. Se hace visionario. Todo antes que el trabajo perseverante. Lo de América es una pequeña excursión recreativa para destripar indígenas y tenderse a la sombra de los cocoteros. No hay otra cosa en la aventura americana. Por lo menos para los historiadores del pueblo español.

Entretanto, España logró algo fundamental. Hume lo reconoce. España se unificó. ¿De qué modo? El maestro nos enseña que «las condiciones geográficas y etnológicas hacían casi imposible la unificación por el camino usual de la fusión de razas y de la creación de intereses comunes.» Dice cómo se realizó al cabo esa fusión de razas. ¡Tenía que ser! Descubre que «el terrible tribunal, sombrío y despiadado, no tardó en alzarse en todas las partes de España, imprimiendo en el alma de los españoles un sello, que fue en adelante la marca de la raza.» (Págs. 323-326.)

¿En dónde llevará esa marca el traductor de Hume?

Al autor se le olvidaron aquí tres o cuatro artículos de su impedimenta. Se le olvidó en primer lugar que había una raza, de la que venía hablando constantemente —raza a prueba de conquistas y

de influencias exteriores—, y se le olvidó que esa raza, con propensiones incontrastables, había establecido los quemaderos precisamente para satisfacer «la unánime tendencia a la exaltación personal y al egoísmo desinteresado.» Otra cosa se le olvidó. El medio geográfico era páginas atrás el más admirable del mundo; pero he aquí que de pronto ese medio resulta culpable de haber impedido la unificación étnica. Toda la estructura del libro queda comprometida. Debe reconocerse, haciendo justicia al autor, que la unidad española de que él ha venido hablando, es la unidad perfecta como rasgo de una raza incapaz de ver más allá del círculo de la tribu. España es una raza; no es un pueblo. Es una yuxtaposición de tribus. Verdad es que esas tribus hicieron acueductos romanos y catedrales góticas. Pero se cansaron, enviaron embajadas a Tamerlán, conquistaron el Nuevo Mundo, y acabaron por unificarse en los quemaderos.

«Las excitaciones del clero y la persecución de los judíos y de los cristianos nuevos, habían provocado ahora en el pueblo español una furia de intolerancia. Siempre había odiado y despreciado a los extranjeros, y aun a los hombres del pueblo vecino, pero los motivos de su odio habían sido principalmente étnicos y geográficos. Ahora, la crueldad innata, el orgullo individual, una viva imaginación alimentada largo tiempo con fábulas extravagantes, religiosas y profanas, y el afán de riqueza sin trabajo, todo concurrió, bajo las fervientes bendiciones de la Iglesia y de la reina, para hacer de los españoles, como raza, perseguidores crueles de los que se atrevían a pensar de distinto modo que ellos.» (Pág. 330.)

Esta página puede carecer de originalidad, pero cuando menos es una muestra del género. No falta una sola de las cualidades que constituyen el tipo del español asustachicos.

Con todo, Femando e Isabel han unificado a España. Pero esta era una obra puramente *doctrinal*. «Los castellanos odiaban a los aragoneses, los catalanes detestaban a los castellanos, los navarros no tenían nada de común con los demás. Los gallegos eran una raza afín con los portugueses, pero no simpatizaban con los semimoros andaluces y valencianos. No había aún, en realidad, España ni étnica ni políticamente, porque el país se componía de una porción de dominios distintos, cada uno con sus leyes, costumbres, tradiciones, preocupaciones y diferencias de raza peculiares. La unidad burocrática de los romanos no era ya posible, porque de la reconquista habían surgido naciones diferentes; pero al menos los varios pueblos, los Gobiernos continuos, los Municipios semiindependientes, podían mantenerse unidos por el fuerte lazo de la unidad religiosa, y con este objeto se estableció la Inquisición como un sistema gubernamental que debía convertirse después en un instrumento político.» (Págs. 362-363.)

Dejemos todo lo que haya de discutible en estas afirmaciones tan crudas. Dejemos todo lo que haya de impropio en las fórmulas. Ciñámonos a lo que importa. La raza no es ya la raza. No hay raza. Los gallegos son portugueses; los andaluces son semimorunos. Sin embargo, siete páginas adelante, en la 370, sale otra vez la raza. España debía caer; estaba condenada; la herían de muerte los vicios del sistema. ¿Por qué se retardó la catástrofe? «Si ésta se demoró tanto, fue sólo por la natural tenacidad de la raza...» Y en la página 283 cita un fenómeno especial, relacionado con esta tenacidad: «el espíritu que hizo invencible a la infantería española, y dio a los ejércitos del emperador el nervio que los sostuvo en Europa.» ¿Cuál es el espíritu que hace invencible a la infantería española? ¿No lo adivináis? Es «el antiguo espíritu ibérico que no ha muerto nunca.»

Cuando ve a Felipe II en la página 395, Hume dice que «era todo un español...» Y añade: «era la encarnación de todas las cualidades salientes que hemos reconocido como *características de la raza española*.»

El hecho, como siempre, se enuncia, pero no se explica. Una convergencia de influjos hereditarios borgoñones, alemanes, aragoneses y portugueses, produce la identidad entre este hombre extraordinario y esta raza extraordinaria, unificada hasta la pétrea solidez y diversificada hasta la incapacidad absoluta para formar un conjunto nacional. Se ve que a semejanza del verso libre, cuando es libre y malo, esta psicología del coronel es la escoba desatada de que habla Hermosilla.

El pueblo español se había hecho cristiano con los visigodos. Pero seguía siendo pagano como lo fue con los romanos. Era fanático y cruel. Así lo habían hecho Isabel y Femando. No hay que ver a los tipos excepcionales, sino a la masa entera. El autor contempla el estado del «populacho español, de una ignorancia crasa, cuya religión se reducía por lo común a la observancia supersticiosa de las formas prescritas, de las cuales no entendía una palabra, y cuyo culto no se diferenciaba gran cosa del paganismo de sus antepasados. Sus mejores sentimientos eran ahogados por la persecución de sus compatriotas, los judíos y moriscos, y por el oprobio que acumulaba la Inquisición sobre todas las personas de dudosa ortodoxia; y el inculto patán y el soldado jactancioso se miraban, allá a su manera, como seres aparte por razón de su fe, y creían que los españoles y el rey de los españoles tenían una misión más elevada que la concedida a los demás mortales, y que de entre los ocho millones de españoles existentes, el Juan o Pedro en cuestión descollaba, a los ojos de Dios y de los hombres, como el más celoso y ortodoxo de todos. A eso había llevado la política de Fernando e Isabel a la masa del pueblo español.» (Pág. 402.) No sólo la política de Fernando e Isabel, sino también «los caracteres de las razas libio-semíticas.»

A ellos vuelve el autor. Pero antes, le da una pasada al cristianismo. Había sido causa de orgullo. El cristiano era un elegido. El bereber bautizado se hacía intolerable. No quería trabajar. En el siglo XVI, no sólo se negaba a trabajar, sino que despreciaba al trabajador de Valencia que también era africano. Pero este africano se aplicaba al trabajo. No tenía orgullo, como el africano que desdeñaba el trabajo. La diferencia entre uno y otro africano consistía en la religión. La raza los unía. Jamás hubo diferencias entre los pueblos del Atlas y los de la península, pero en la península había profundas diferencias étnicas. El cristianismo obra como un veneno en los africanos de España, porque eran africanos. El mahometismo obraba de otro modo en los africanos de España, porque eran africanos. Nadie entiende esto. El autor menos que nadie.

«Miraban (los españoles) la labor productiva como lote de aquellos en cuyas venas circulaba la baja sangre de los moros y los judíos; y los que eran o presumían ser, de puro abolengo cristiano, la miraban con desprecio.» (Pág. 403.) Esta no es una idea exclusiva de Hume. Constituye el fondo cenagoso del prejuicio con que se ha fantaseado la historia económica de España, haciendo de ella un truculento novelón.

Hume ha dicho que España era el medio geográfico más perfecto del mundo. Después ha dicho que el medio dividía a los españoles. Pero no sólo es aislante el territorio; es pobre además. Dice el autor que «este país no disponía de grandes riquezas, fuera de la que podía obtenerse con el trabajo.» (Pág. 440.) ¿Estas son «las ventajas de clima, de situación y de suelo no concedidas a ninguna otra nación europea» que nos presentaba en la página 212? En doscientas veintiocho páginas suceden muchas cosas y hay ocasión para cambiar criterio y puntos de vista. Se requería un país maravilloso para contraste, y ahora se necesita un país medianísimamente dotado para explicar cómo esa raza pobre, mística y holgazana «dio a la nación española en el siglo XVI un predominio sobre Europa que no justifican sus recursos ni su grado de desarrollo.» (Pág. 440.) El predominio de *la nación española* sobre Europa es tanto más extraño cuanto que veinticuatro páginas atrás *no hay nación española*. «Los españoles eran aún, y seguirán siendo siempre, diferentes naciones, con una tendencia centrífuga sólo contrapesada, a principios del siglo último, por la reverencia hacia un monarca semisagrado y la unidad absoluta de creencias; y durante los últimos noventa años, por el hábito nacional y el instinto de conservación.» (Pág. 416.)

Cuando *diferentes naciones* tienen un *hábito nacional* y un instinto de conservación, hay algo que se llama *nación*, o la sindéresis es una vaguedad inefable para los hispanistas.

La pesadilla va a terminar. La *Invencible Armada* ha sido destruida. «Del fondo del corazón del pueblo subió un clamor de rabia y de despecho que hablaba de algo más que de la pérdida material, grande como era. Significaba el quebranto de la creencia de la nación en su especial santidad y en su misión divina.» (Pág. 460.)

Se acabó la religión. Se acabó el fanatismo. Otra España. Así, de golpe. Con la Armada se fue a pique el Catolicismo. «La reacción contra la ferviente creencia que había animado al país durante cien años, hizo a los españoles en el siglo XVII, (lo mismo a las mujeres que a los hombres) desdeñosamente escépticos, aunque *observadores devotos* de las formas que les prescribían. Al ascetismo había sucedido una conducta tan libre, especialmente entre las mujeres, que chocaba y sorprendía a los extranjeros. El abandono y disipación de altos y bajos, la presunción y vanagloria, la corrupción y holgazanería, que ahora y durante los cien años siguientes caracterizaron al pueblo español, eran las consecuencias naturales de la caída de un alto ideal por el cual habían sacrificado su prosperidad material, su libertad civil, su independencia intelectual y religiosa. Todo lo que había quedado del espléndido sueño al presente era ignorancia, fanatismo, y arrogante presunción.» (Pág. 478.) El pueblo español era estúpido, fanático y arrogante. Eso lo dicen todas las páginas anteriores. Son caracteres que el autor encuentra macerando diligentemente las raíces étnicas. Sin embargo, el pueblo español había cambiado. De creyente se había tornado en ateo, o por lo menos en escéptico; de ascético se había convertido en practicante de una conducta libertina. Y sin embargo, este pueblo que había sido siempre fanático y que repentinamente, por la dispersión y pérdida de los barcos de la *Armada Invencible* se hizo incrédulo, «era ya fanático.» Holgazán siempre lo había sido, según el coronel Hume, y he aquí que por la propia pérdida de los barcos se hace de pronto presuntuoso, corrompido, vano y holgazán, durante cien años. Léase de nuevo lo transcrito, y dígase si esto es prosa de historiador o brillante incoherencia de un inconsciente cronista.

El coronel sale a ver lo que pasa en Europa, y presenciando la batalla de Nordlingen, se queda pensativo. Saca punta al lápiz, y escribe su crónica. «El valor y el arrojo de la infantería española en esa ocasión, fueron dignos de las mejores tradiciones de la raza, y conquistaron la admiración de sus mismos enemigos. Había, en efecto, entre los españoles una poderosa aunque temporal reanimación de aquella idea de misión religiosa, a la cual se debió su pasado ímpetu.» (Pág. 497.)

El escritor no quiere dejar sin explicación uno solo de los hechos que narra. Ya había hecho escépticos a los españoles, pero todo se arregla devolviéndoles momentáneamente, o durante algunas horas por lo menos, las condiciones de que los había despojado. La historia psicológica no es tan complicada como se cree.

Pero, entretanto, España seguía obstinadamente su empeño de no ser nación. «España no constituía una nación políticamente unida como Francia.» (Pág. 499.) Todavía falta que lo diga muchas veces. En este caso, refiere su observación al hecho de que Olivares «hombre de indomable energía y de gran capacidad natural» apareciese con «vastas ambiciones para su país y por cuenta propia.» Pero «como Fernando el Católico y Carlos V, vio que sin un vínculo que uniese a toda la población de España, no podría haber un gran destino para ella. El vínculo momentáneo de exaltación espiritual, forjado en mala hora por Femando y el clero, se estaba ya cayendo a pedazos; y Olivares, dirigiendo sus ojos al otro lado de los Pirineos y del golfo de Vizcaya, veía dos grandes naciones prósperas, organizadas sobre las bases naturales de la fusión étnica y la unidad territorial política. Él, sin duda, no llegó a comprender qué causas profundamente arraigadas —algunas de las cuales han sido expuestas en este libro— hacían imposible el logro de una unidad semejante en España, a no ser por un procedimiento lento y circunspecto. Olivares, como los que le habían precedido, tenía prisa de realizar sus designios; quiso saltar por encima de las tradiciones nacionales, de los prejuicios étnicos y de las antiguas constituciones, y la consecuencia inevitable fue el desastre.» (Pág. 499.)

Es dudoso que el Conde Duque hubiera sacado gran provecho leyendo el libro de Hume, a pesar de que el libro es ameno y de que el Conde Duque tenía condiciones naturales para hacerse cargo de las cosas. Porque hay cosas de las que es imposible hacerse cargo. Entre ellas figura el conflicto étnico de los pueblos peninsulares. Unas veces nos habla Hume de la raza, otras de las razas. Nos habla de la nación, y nos habla de las naciones. En la página 518 apela a un recurso desesperado: «Ya hemos visto cómo el origen mixto, semita y celta del pueblo español, impelía

irresistiblemente a la inteligencia nacional a manifestarse en forma dramática o pictórica. Aun en las primitivas imitaciones españolas de las canciones de gesta francesas, los sucesos relatados se presentan invariablemente bajo la forma de una descripción dramática o pintura verbal, más que de introspección de los pensamientos, motivos e imaginaciones de los caracteres, y esta peculiaridad había distinguido a todo nuevo desarrollo de la producción intelectual española: crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril.» (Pág. 518.)

Estas invocaciones del factor étnico, a todo azar, nos recuerdan aquel centón de recetas del truhán, improvisado médico, y el *Dios te la depare buena* con que las aplicaba al enfermo, según salían de la faltriquera.

Para las crónicas rimadas, autos religiosos, cuentos didácticos y poesía pastoril, el origen mixto, semita y celta; para Felipe IV, se aplica otro mixto. «Era sin duda popular (Felipe IV), como lo habían sido su padre y su abuelo, porque era tan degenerado como su pueblo mismo, y representaba fielmente *el carácter nacional de su época*. Era perezoso, y dado al placer, como su pueblo.» Felipe II no era perezoso, y sin embargo representaba fielmente el carácter de los españoles que eran perezosos antes del descubrimiento de América, y que después del desastre de la Invencible se hicieron nuevamente perezosos. Pero sigamos con Felipe IV: «si lo seducían los oropeles relumbrantes, lo mismo pasaba a su nación; si era taciturno y altanero, compartía esas cualidades con la mayoría de sus súbditos; si tenía pasión por la poesía, el arte y la literatura, esa pasión también tenía la muchedumbre que le aclamaba; y en fin, si era ignorante, santurrón, preocupado, bondadoso y valiente, así eran los españoles de su generación. Era uno de tantos...» (Pág. 513.) La dificultad está en que los españoles, según Hume, se habían hecho escépticos y despreocupados. No importa «ya eran fanáticos.» (Pág. 478.)

Pasemos al siglo XVIII. Pero antes recordemos al boticario de Mateo Alemán. Este boticario «por no decir *no tengo* ni desacreditar su botica, te dará los jarabes trocados, los aceites falsificados; no le hallarás droga leal ni compuesto conforme al arte; mezclan, bautizan y ligan como les parece, sustitutos de calidades y efectos diversos, pareciéndoles que va poco a decir desto a esotro, siendo al contrario de toda razón y verdad, con que matan los hombres, haciendo de sus botes y redomas escopetas, y de las píldoras pelotas o balas de artillería.» Veamos lo que sucedía a mediados de 1707. La «guerra estaba confinada en los reinos de Aragón, que tenían que ser conquistados palmo a palmo por los ejércitos levantados en el resto de España. La lucha en lo sucesivo, aunque los españoles no lo conociesen entonces, no era tanto entre dos pretendientes como entre dos tradiciones étnicas antagónicas: los hombres de sangre franca y goda, con sus asambleas libres feudales, que miraban los reyes como jefes elegidos contra los celtíbero-romanos, influidos por el cristianismo, con su idea profundamente arraigada de una democracia igual bajo un César semisagrado; o en otros términos, los teutones contra los latinos.» (Pág. 544.) La cuestión de propiedad en los términos es relativamente vana. Lo importante es que haya términos y que los dados caigan del cubilete de la étnica.

Once páginas adelante, en la 555, surge de nuevo la raza española que a mediados de 1707 era el pleito de un perro germánico y un gato latino. «En cuanto a la vitalidad de *la raza española*, bien la patentizaba el hecho de que, en medio de los terribles sufrimientos e interminables sacrificios acarreados por los errores y la ambición de sus gobernantes, el país había renacido a nueva vida con el reciente ideal de la unidad de territorio y de trono, en sustitución del sueño muerto de dominación espiritual del mundo.» A un lado, los teutones y los latinos, los celtíberos romanizados y bautizados, y los francogodos feudales.

Pero esto es momentáneo. Poco tarda en ser preciso apelar de nuevo a la etnografía. Porque Carlos III «y sus ministros napolitanos, Grimaldi y Esquilache, creyeron que el pueblo español sería tan dúctil como los italianos del Mediodía. Olvidaron, si lo supieron alguna vez, que en la composición de la raza española entraba buena parte de aquella sangre celtíbera, celosa y tenaz, que tanto había dado que hacer a los ejércitos cartagineses y a las legiones de Roma.» (Pág. 571.) Él y

sus ministros podían olvidar eso, podían no saberlo; pero Hume olvida siempre lo que dice páginas atrás; olvida que precisamente la sangre celtíbera castellana había sido el elemento de que se valió un César semisagrado para imponerse a los teutones aragoneses. Él y los suyos «olvidaron, además, que el aislamiento de los valles del país y las guerras de razas habían llevado a los españoles a odiar fieramente todas las cosas extranjeras, y que la nación había vivido durante dos centurias animada por la fe en su superioridad sobre todas las restantes.» (Pág. 571.) También olvida Hume que la fe en la superioridad se había acabado, según él, después de ver destruida la Invencible Armada; que según él, fracasó la obra unificadora de Femando e Isabel, quedando sólo un pueblo de escépticos, perfectamente ajenos a toda convicción. Pero por una de las raras contradicciones de esta psicología, el español sigue siendo español, «y la manera de un buen español era más que nunca rechazar todo lo que no tuviese el sabor de aquellos antiguos tiempos en que España era un mendigo andrajoso henchido de vanidad, y la Santa Inquisición el poder más fuerte del país.» (Pág. 579.)

Hasta aquí he venido anotando al margen el libro de Hume sin ver otra cosa que la inocencia de su psicología de coronel, esa psicología fácil, llana, incongruente y por todo ello, no sólo eficaz para seducir a las plebes, sino recomendable a la simpatía de los que admiran la rara prenda del candor en quien escribe. Pero no es posible dejar de anotar dos hechos. En primer lugar debe señalarse la existencia de un contrabando de malevolencia muy enconada entre el fardaje de la buena fe. En segundo lugar no hay sólo contradicción o ingenuidad en ciertos puntos de vista del autor: hay una manifiesta usurpación de funciones que no le incumben.

El libro de Hume pretende ser un libro de historia, y hoy toda persona que se respeta, no lleva a la historia sino lo indiscutible, pues cuando lleva lo discutible presenta pruebas y anuncia formalmente el debate.

Voy a hacer una cita algo larga. Es necesario que así sea. El coronel trata un tema demasiado serio. Nos dice que los españoles perdieron todo equilibrio mental y dejaron en la historia un gran rastro de sangre. «Era a sus ojos un pueblo elegido, que a la sombra de la cruz no podía hacer ningún mal; la Inquisición había santificado la crueldad en el servicio de Cristo. La confiscación y la muerte habían sido el destino de los conciudadanos de dudosa ortodoxia; el despojo y la expulsión habían sido impuestos en nombre de la fe a sus parientes moros ante los ojos levantados al cielo de su santa reina. ¿Serían más escrupulosos aquellos rudos campesinos, marineros y soldados, que los mejores de entre los suyos? Si era acepto a los ojos de Dios quemar y saquear a españoles cuya doctrina era discutible, ¿cuánto más grata no sería la sangre de salvajes infieles que no creían en nada? Y sobre todo, ¡cuánto más provechosa para los matadores que en este caso podían guardarse ellos mismos el botín de sus victimas con la aprobación de su conciencia! Todo esto fue haciéndose más evidente a medida que corría el tiempo, y dejó su impresión profunda en España; pero era consecuencia natural de lo que había precedido al descubrimiento de América; a saber: la determinación de Isabel y Femando de utilizar el fanatismo religioso en la consolidación de sus reinos.» (Págs. 335-336.)

Aquí la psicología viene adornada de economía política. La psicología sigue siendo de soldado. Pero la economía política parece de predicador metodista. Un verdadero soldado no hablaría así. El menos experto de los coloniales sabe que los indígenas no fueron condenados a muerte para despojarlos de sus bienes. Y esto no sucedió porque los indígenas no tenían bienes. El oro atesorado existía en cantidades insignificantes. No hubo en América otro tesoro que el de Atahualpa, y pareció grande sólo porque se lo repartieron unos cuantos conquistadores. Si Pizarro hubiera llevado el número de soldados que acompañaban a Cortés, se habrían quedado sin saber lo que era la fortuna del botín. Pero la palabrería lleva mucho ruido y el párrafo suena. Por eso lo han dejado pasar.

Siempre que habla de cuestiones económicas, hace Hume afirmaciones que rivalizan con su psicología. «El descubrimiento de América, con el aflujo del oro, fácilmente arrancado a los

indígenas, cambió de pronto el aspecto de la industria en la madre patria durante la primera mitad del siglo XVI.» (Pág. 410.)

Bienaventurados los historiadores del pueblo español. Tienen el privilegio de ignorar que el oro no fue arrancado a los indígenas. El oro fue arrancado a la tierra, en los lavados de los ríos y en el seno de las montañas. Pero Hume necesitaba un conquistador de teatro.

Pasemos a la industria, y veamos cómo «en cincuenta años, a partir de la muerte de Isabel, España se hizo un país comercial y manufacturero.» (Pág. 410.) Recuérdese que había sido un país ganadero y pésimo agricultor, salvo en Valencia, Murcia y otras partes, según Hume. «Hubo gran aflujo de las clases agrícolas a las ciudades, especialmente en Castilla, cuya industria superior era la fabricación de paños; y los salarios subieron rápidamente. En Toledo y Segovia, sobre todo, los telares se elevaron al quíntuplo en los veinticinco años anteriores a 1550, y en todos los puntos del país se trabajaba activamente para proveer a las nuevas necesidades de América.» (Pág. 410.) Notemos que en todas partes se trabajaba activamente, que en Segovia y Toledo los telares subieron al quíntuplo, que los jornales se elevaron de un modo considerable, que el país se había hecho industrial y manufacturero. Esto fue obra del oro de América y de la demanda de productos para las nuevas colonias. La transformación se operó en medio siglo, y durante la segunda parte de ese medio siglo el movimiento adquirió un ritmo acelerado.

Las anteriores pinceladas o brochazos se encuentran en la página 410. Pero ya vamos a pasar de esta página a otra, y como siempre, ansioso de hacer un nuevo cuadro, Hume olvida el que acaba de pintar. Toma otros colores y otra tela. Sale el nuevo cuadro, y el artífice escribe bajo una leyenda explicativa. En verdad, no sabemos si es más admirable la incongruencia de los cuadros o de las leyendas.

«Los extranjeros acudieron. Se había expulsado a los judíos, pero fueron sustituidos por los genoveses.» ¿A qué se debió que acudieran los extranjeros? El autor no señala en primer lugar las causas económicas. Enamorado de las frivolidades, este *historiador del pueblo*, no aparta los ojos a la corte. «Los continuos viajes de Carlos, y el enorme número de flamencos, alemanes e italianos que venían en su séquito, o eran atraídos por su presencia, introdujeron en las ciudades un contingente extranjero numeroso.» Cualquiera de los historiadores de la transformación económica del siglo XVI en España, nos dice cosa muy distinta. Con todo, prosigamos. «Se había expulsado a los judíos, pero los genoveses no eran una mala sustitución, y no tardó en caer en sus manos la mayor parte de las operaciones bancarias y del cambio extranjero. La exportación de mercancías a América sólo podía hacerse desde Sevilla. España no podía esperar dar abasto a tan crecientes pedidos, para los cuales no estaba preparada, ni por asomo, su lánguida e impopular industria, y de Flandes e Italia vino una gran cantidad de artículos manufacturados para su industria.» (Página 411.)

Ya la industria no es próspera, ni va en aumento. Es impopular y es lánguida. ¿Impopular cuando por ella se había agolpado la población rústica en las ciudades? ¿Impopular cuando había pagado altos jornales durante medio siglo, y sobre todo de 1525 a 1550? Diríase que el autor de la página 411 es un adversario del que escribió la página 410. Sabido es que estas cuestiones han sido apasionadamente discutidas por los investigadores que estudian la historia económica de España. Hume sin duda siguió los debates, pero no le quedaron de sus lecturas sino los rasgos necesarios para hacer su fantástica historia de un pueblo imaginario.

«Ninguna medida omitieron las cortes y el rey para matar la prosperidad nacional.» Ya la industria vuelve a ser sinónimo de prosperidad. Nos hallamos en la pág. 419. En la 411 era impopular y lánguida. Había muerto sólo por haberse presentado los alemanes, los flamencos y los italianos, a quienes atraía el rey Carlos. Pero ahora se necesita que las cortes y el rey consumen un atentado contra la industria. Esta nunca pudo haber esperado, según Hume, desempeñar un papel brillante y hacer frente a las demandas de América. No creo que las ideas económicas de las cortes hayan sido buenas. Lejos de ello, estimo que las cortes representaron la preocupación de las clases

consumidoras, que piden precios bajos. Las cortes, en verdad, no comprendieron jamás las exigencias de una industria exportadora. Opino también que las cortes no tuvieron principios fijos, aunque hubieran sido malos, pues aconsejaban medidas contradictorias. Del rey nada digamos, o más bien de la corona. Probablemente fue la menos culpable de la ruina industrial, por cuanto pretendió abrir varios puertos al comercio trasatlántico, aun cuando no lo consintieron los intereses vinculados en los monopolios. Con todo, a la corona le faltó una dirección fija y consciente. Le faltó una actitud resuelta. No podía, por lo demás, tomar muy a pechos el interés de España, estando divorciada del país a causa de sus ruinosas empresas dinásticas. Hume le reprocha con justicia que «se apodera frecuentemente de las reservas de dinero de las Indias, destinadas a los comerciantes sevillanos, para derrocharlas en las guerras alemanas o italianas.» (Pág. 411).

Pero apenas ha lanzado esta acusación, o más bien, apenas la ha reproducido, se mete en el berenjenal de sus eternas contradicciones. Dice que «a pesar del enorme incremento del comercio y de la importación de metales preciosos de América, la circulación de numerario en el país era notablemente deficiente; porque gran parte del oro y la plata no pasaba de Sevilla, sino que iba a parar a manos de los comerciantes y banqueros extranjeros, para ser exportados de allí.» (Página 412).

Seguimos en la misma página 412. Después de explicar que el dinero de América se va a las guerras de Italia y Alemania o se va a los mercados de esta nación y de Flandes, y después de acentuar que las remesas no pasaban de Sevilla, por lo que había excesiva deficiencia de numerario; después de todo esto —nótese bien— y a renglón seguido, hace una afirmación singular: «Merced a estas circunstancias, todo, naturalmente, era más costoso de producir que antes; y el alza continua de los precios llevó al gobierno a una serie de expedientes que aumentaron la perturbación.» (Pág. 412).

Como a Fulgencio Tapir, a Hume se le barajaron las papeletas. El autor, que no había querido *invalidar otros libros de historia*, sino hacer del suyo una clave de todos los demás, faltó a su propósito fundamental por no recordar en aquel momento que cuando «el numerario escasea de un modo lamentable», los precios no suben, sino que, por el contrario, bajan.

Los expedientes del gobierno aumentaron la perturbación. ¿Pero de qué perturbación se trata? ¿De la fuga del dinero? ¿Del alza excesiva de los precios? ¿De la imposibilidad en que estaba la industria nacional para competir con la extranjera y para hacer frente a la demanda de los mercados del Nuevo Mundo?

El único medio de contestar satisfactoriamente, requeriría que el autor borrase sus dos páginas de plagios trastrocados, percatándose de que había puesto la carreta delante de los bueyes. En su precipitación, y sobre todo, en su deseo de pintar cuadros, olvidó que los hechos tienen antecedentes y consecuentes. Echó por la ventana la cronología, y con la cronología, la ley de la casualidad. Hizo el alza de precios consecuencia de la falta de numerario, cuando precisamente lo que pasó entonces fue primero que los altos precios determinados por la afluencia de especies metálicas y la falta de salidas en los puertos españoles para surtir los mercados de América, determinaron una competencia ventajosa que aprovechó la industria extranjera en detrimento de la nacional. Y sucedió también que al sentirse más tarde la escasez de numerario, el consumidor español creyó que era sacrificado a los intereses de la industria patria, encontrando excesivamente altos los precios, agobiado como estaba por la creciente decadencia económica. Pero no fue entonces cuando «todo, naturalmente, era más costoso de producir.»

Hume copió sin discernimiento y alteró especies, porque en este punto no tenía conciencia de lo que escribía.

El libro toca a su fin. Poco nos falta que leer. Hasta lo último Hume sigue enamorado de sus fórmulas. «Así como la infusión del vigor gótico sólo había servido para suspender, no para evitar, la consumación de la decadencia que redujo a átomos la España romana, así las nuevas ideas de los

Borbones franceses sólo sirvieron para reanimar temporalmente el rescoldo moribundo del imperio español, edificado sobre la base perecedera de la arrogante exaltación religiosa.» (Páginas 579-580).

Esta nota final es una condensación del libro. El pueblo español es un gran pueblo, pero un pueblo que *no hace* su historia. Se la vienen haciendo desde fuera los que acuden a conquistarlo o a gobernarlo.

¿Habrá algo de verdad en esto? Por lo menos hay de verdad un hecho, y es que al pueblo español *se le escribe su historia* por los extraños, sin que él se impute, y casi podría decirse, sin que se interese.

La tolerancia es una de las virtudes más bellas, pero la apatía es un defecto sintomático de pueblos, o más bien, de castas en estado de postración. No se puede hablar de ciertas naciones sin provocar excesos de apasionada intransigencia. De otras es posible decir todo lo imaginable, y de preferencia cuanto excite el placer insano del masoquismo. El caso de Hume y su libro encierra un tema de meditaciones. Por este libro se conoce a España en Bombay, en Hong-Kong, en Tokio, en Filadelfia, en San Francisco, en Melboume, en Pretoria y en Londres. Por este libro se inician en el conocimiento de la historia de España muchos españoles y muchos hispanoamericanos. Lo tradujo un profesor de la Universidad de Madrid. ¿Qué objeciones, qué reparos, qué advertencias ha hecho la pluma diligente y acuciosa de este traductor académico? ¿Qué observaciones ha dirigido la crítica española a una obra cuya huella encontramos en libros de gran resonancia y en espíritus de influencia tan dilatada como lo es la del vizconde Bryce?

La obra de Hume pertenece a un tipo que merece estudio desde un punto de vista interesantísimo. Es acaso la ejemplificación más curiosa de prejuicio antiespañol aceptado con beneplácito como muestra de un buen hispanismo.

No sé en qué país se hubiera traducido un libro extranjero de esta índole con la ecuanimidad empleada por el profesor don José Caso. Nada más odioso, por no decir inofensivo y ridículo, que la irritable suspicacia, sobre todo contra los extranjeros, siendo la xenofobia equipolente de la incultura; pero las cosas tienen limites y los hay también para la tolerancia. Yo, por lo menos, acaso no hubiera traducido sin lija esta económica expresión de la página 519: «Felipe II trajo de Europa cuadros y pinturas.» ¿Es una necedad o un insulto? No creo que Hume haya procedido con dolo en esta pequeñez. Pero se lo dejó intacto su sabor inocente. Y en historia no debe haber un solo adarme de inocencia. Sobre todo, cuando ésta viene después de una tonelada de malicia.

Carlos Pereyra

CLÁSICOS DE HISTORIA

http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/

532 François Plaine, *Los pretendidos terrores del año mil*
531 Juan Ximénez Cerdán, *Letra intimada al Justicia de Aragón*
530 Andrés de Mena y Francisco de Rioja, *Sobre el Conde Duque de Olivares, en su caída*
529 Luis Suárez, *Grandes interpretaciones de la Historia*
528 *La falsa vida del falsario Saavedra (relatos y refutaciones)*
527 Eusebio Jerónimo de Estridón, *Varones ilustres*
526 Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*
525 Pedro Mártir de Angleria, *Décadas del Nuevo Mundo*
524 Carlos Pereyra, *Tejas: la primera desmembración de Méjico*
523 Lorenzo Zavala, *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América en 1830*
522 Frances Trollope, *Costumbres familiares de los norteamericanos*
521 Jesse Ames Spencer, *Historia de los Estados Unidos* (2 tomos)
520 Benjamín Franklin, *Esclavos y razas (1751-1790)*
519 Alejandro Manzoni, *Historia de la Columna Infame*
518 Alejandro Manzoni, *Los novios. Historia milanesa del siglo XVII*
517 Fernando Patxot, *Las ruinas de mi convento*
516 Marqués de Ayerbe, *Memorias sobre la estancia de D. Fernando VII en Valençay*
515 Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal en los años 1494 y 1495*
514 Conde de Robres, *Historia de las guerras civiles de España desde 1700 hasta 1708*
513 Isidoro de Sevilla, *Historia de los reyes godos, vándalos y suevos*
512 Ángel Salcedo Ruiz, *Contra el regionalismo aragonés (1918-1920)*
511 Juan Moneva y Puyol, *Disertaciones políticas (republicanas y regionalistas)*
510 Andrés Nin, *Las dictaduras de nuestro tiempo*
509 Francisco Cambó, *Las dictaduras*
508 Manuel Chaves Nogales, *La vuelta a Europa en avión; los reportajes del Heraldo*
507 Guillén de Lampart, *Proclama por la liberación de la Nueva España y otros textos*
506 Carlos Pereyra, *La obra de España en América*
505 Pedro Mártir de Angleria, *Cartas del Nuevo Mundo 1493-1525*
504 Juan Moneva y Puyol: *Política de represión y otros textos*
503 Francisco Cambó: *Un catalanismo de orden; textos 1907-1937*
502 Macalister y otros, *Palestina en 1911 (Encyclopædia Britannica)*
501 George Robinson, *Viaje a Palestina y Siria en 1830*
500 Augusto Conte, *Recuerdos de un diplomático*
499 Pere M. Rossell, *La Raza*
498 *Las razas europeas en la antropología racista. Textos, mapas y gráficos*
497 Marco Aurelio, *Soliloquios*
496 Cayetano Barraquer, *Quema de conventos y matanza de frailes en la Barcelona de 1835*
495 Francisco Raull, *Historia de la conmoción de Barcelona en... julio de 1835*
494 Eugenio de Aviraneta y Tomás Bertrán Soler, *Mina y los proscriptos*
493 Ramón Xaudaró y Fábregas, *Bases de una constitución política… y otros textos*
492 Joaquín del Castillo, *Las bullangas de Barcelona o sacudimientos de un pueblo oprimido...*
491 John Tanner, *Narración de su cautiverio y aventuras con los indios de Norteamérica*
490 Alphonse Daudet, *Tartarín de Tarascón*
489 Gustave de Beaumont, *Estado Unidos en 1831: Esclavitud, racismo, religión, tribus indias...*
488 William Jay, *Causas y consecuencias de la guerra de 1847 entre Estados Unidos y Méjico*

487 Manuel Gil Maestre, *El anarquismo, hechos e ideas*
486 Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*
485 Richard F. Burton, *Peregrinación a La Meca y Medina*
484 Romualdo Nogués, *Aventuras y desventuras de un soldado viejo natural de Borja*
483 Vicente de la Fuente, *La sopa de los conventos*
482 John Leech, *Grabados de la Historia cómica de Roma*
481 José García de León y Pizarro, *Memorias*
480 Gustavo Adolfo Bécquer, *Desde mi celda. Veruela. Costumbres de Aragón*
479 Washington Irving, *Cuentos de la Alhambra*
478 Manuel de Galhegos, *Obras varias al real palacio del Buen Retiro*
477 Évariste Huc, *Recuerdos de un viaje a la Tartaria, el Tíbet y la China en 1844, 1845 y 1846*
476 Rafael Torres Campos, *Esclavitud e imperialismo en el África árabe*
475 Rosendo Salvado, *Memorias históricas sobre la Australia*
474 Juan Fernández de Heredia, *Libro de los fechos et conquistas de la Morea*
473 *Crónica del rey de Aragón Pedro IV el Ceremonioso*
472 Plinio el Joven, *Cartas. Libro I al IX*
471 Thomas Macaulay, *Revolución de Inglaterra*
470 Manuel Fraga Iribarne, *Razas y racismo*
469 Juan Bautista Pérez, *Parecer sobre las planchas de plomo que se han hallado en Granada*
468 G. Lenotre, *Historias íntimas de la Revolución Francesa*
467 Pierre Gaxotte, *La España de los años treinta. Artículos de «Je suis partout»*
466 Lucio Marineo Sículo, *Crónica de Aragón*
465 Gonzalo de Céspedes, *Excelencias de España y sus ciudades*
464 Plinio el Joven, *Panegírico de Trajano y correspondencia con el emperador*
463 *Auca de l'Estatut de Catalunya*
462 Thomas Macaulay, *Constructores del imperio británico en la India*
461 *Los ilustrados y la esclavitud*
460 José Pascasio de Escoriaza, *La esclavitud en las Antillas*
459 Alonso de Sandoval, *Mundo negro y esclavitud*
458 Claudio Claudiano, *Elogio de Serena*
457 *Concilio IV de Toledo (año 633)*
456 Pedro Bosch Gimpera, *España, Para la comprensión de España, y otros textos*
455 Ramón Menéndez Pidal, *Lenguas y nacionalismos. Artículos y polémicas*
454 Charles Van Zeller, *Guerra civil en España. Esbozos y recuerdos*
453 Antonio Pirala, *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* (6 tomos)
452 Plinio el Viejo, *Hispania antigua en la Naturalis Historia*
451 Benvenuto Cellini, *Su vida escrita por él mismo en Florencia*
450 *Propaganda y doctrina. Editoriales y oros textos de la revista Escorial (1940-1942)*
449 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*
448 Nuño de Guzmán, *Jornada de Nueva Galicia y otras cartas*
447 Alfredo Chavero, *Explicación del lienzo de Tlaxcala*
446 Ramón Menéndez Pidal, *Tres artículos sobre Bartolomé de las Casas*
445 Américo Vespucio, *Tres cartas sobre el Nuevo Mundo*
444 Publilio Siro, *Sentencias*
443 Aulo Gelio, *Noches áticas*
442 Tito Lucrecio Caro, *De la naturaleza de las cosas*
441 Aurelio Prudencio Clemente, *Psicomaquia o Pelea de las Virtudes y los Vicios*
440 Luciano de Samósata, *Historias verdaderas*
439 Concepción Arenal, *La cuestión social*
438 Benjamin Constant, *De la libertad de los antiguos comparada con la de los modernos*

387 Juan Mañé y Flaquer, *El regionalismo*
386 Valentín Almirall, *Contestación al discurso leído por D. Gaspar Núñez de Arce*
385 Gaspar Núñez de Arce, *Estado de las aspiraciones del regionalismo*
384 Valentín Almirall, *España tal cual es*
383 *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña (1885)*
382 José Cadalso, *Defensa de la nación española contra la Carta Persiana... de Montesquieu*
381 Masson de Morvilliers y Mariano Berlon, *Polémica sobre Barcelona*
380 Carlo Denina, *¿Qué se debe a España?*
379 Antonio J. de Cavanilles, *Observaciones sobre el artículo España de la Nueva Encyclopedia*
378 Eduardo Toda, *La vida en el Celeste Imperio*
377 Mariano de Castro y Duque, *Descripción de China*
376 Joseph de Moyriac de Mailla, *Cartas desde China (1715-1733)*
375 Dominique Parennin, *Sobre la antigüedad y excelencia de la civilización china (1723-1740)*
374 Diego de Pantoja, *Relación de las cosas de China (1602)*
373 Charles-Jacques Poncet, *Relación de mi viaje a Etiopía 1698-1701*
372 Thomas Robert Malthus, *Ensayo sobre el principio de la población*
371 Víctor Pradera, *El Estado Nuevo*
370 Francisco de Goya, *Desastres de la guerra*
369 Andrés Giménez Soler, *Reseña histórica del Canal Imperial de Aragón*
368 *Los juicios por la sublevación de Jaca en el diario "Ahora"*
367 Fermín Galán, *Nueva creación. Política ya no sólo es arte, sino ciencia*
366 Alfonso IX, *Decretos de la Curia de León de 1188*
365 *Codex Vindobonensis Mexicanus I. Códice mixteca*
364 Sebastián Fernández de Medrano, *Máximas y ardides de que se sirven los extranjeros…*
363 Juan Castrillo Santos, *Cuatro años de experiencia republicana 1931-1935*
362 Louis Hennepin, *Relación de un país que... se ha descubierto en la América septentrional*
361 Alexandre Olivier Exquemelin, *Piratas de la América*
360 Lilo, Tono y Herreros, *Humor gráfico y absurdo en La Ametralladora*
359 Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*
358 *Revolución y represión en Casas Viejas. Debate en las Cortes*
357 Pío Baroja, *Raza y racismo. Artículos en Ahora, Madrid 1933-1935*
356 Diego de Ocaña, *Ilustraciones de la Relación de su viaje por América del Sur*
355 Carlos de Sigüenza y Góngora, *Infortunios de Alonso Ramírez*
354 Rafael María de Labra, *La emancipación de los esclavos en los Estados Unidos*
353 Manuel de Odriozola, *Relación... de los piratas que infestaron la Mar del Sur*
352 Thomas Gage, *Relación de sus viajes en la Nueva España*
351 De la Peña, Crespí y Palou, *Exploración de las costas de la Alta California (1774-1799)*
350 Luis de Camoens, *Los lusíadas*
349 Sabino Arana, *Artículos de Bizkaitarra (1893-1895)*
348 Bernardino de Sahagún, *Las ilustraciones del Códice Florentino*
347 Felipe Guaman Poma de Ayala, *Ilustraciones de la Nueva Crónica y Buen Gobierno*
346 Juan Suárez de Peralta, *Noticias históricas de la Nueva España*
345 Étienne de la Boétie, *Discurso de la servidumbre voluntaria*
344 Tomás de Mercado y Bartolomé de Albornoz, *Sobre el tráfico de esclavos*
343 Herblock (Herbert Block), *Viñetas políticas 1930-2000*
342 Aníbal Tejada, *Viñetas políticas en el ABC republicano (1936-1939)*
341 Aureger (Gerardo Fernández de la Reguera), *Portadas de "Gracia y Justicia" (1931-1936)*
340 Paul Valéry, *La crisis del Espíritu*
339 Francisco López de Gómara, *Crónica de los Barbarrojas*
338 *Cartas de particulares sobre la rebelión de Cataluña (1640-1648)*

337 Alejandro de Ros, *Cataluña desengañada. Discursos políticos*
336 Gaspar Sala, *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*
335 *La Flaca. Dibujos políticos de la primera etapa (1869-1871)*
334 Francisco de Quevedo, *La rebelión de Barcelona ni es por el huevo ni por el fuero*
333 Francisco de Rioja, *Aristarco o censura de la Proclamación Católica de los catalanes*
332 Gaspar Sala y Berart, *Proclamación católica a la majestad piadosa de Felipe el Grande*
331 François Bernier, *Nueva división de la Tierra por las diferentes especies o razas humanas*
330 Cristoph Weiditz, *Libro de las vestimentas (Trachtenbuch)*
329 Isa Gebir, *Suma de los principales mandamientos y devedamientos de la ley y sunna*
328 Sebastian Münster, *Cosmographiæ Universalis. Mapas y vistas urbanas*
327 Joaquim Rubió y Ors, *Manifiestos catalanistas. Prólogos de Lo gayter del Llobregat*
326 Manuel Azaña, *La velada en Benicarló. Diálogo de la guerra en España*
325 François Bernier, *Viajes del Gran Mogol y de Cachemira*
324 Antonio Pigafetta, *Primer viaje en torno del Globo*
323 Baronesa D'Aulnoy, *Viaje por España en 1679*
322 Hernando Colón, *Historia del almirante don Cristóbal Colón*
321 Arthur de Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*
320 Rodrigo Zamorano, *El mundo y sus partes, y propiedades naturales de los cielos y elementos*
319 Manuel Azaña, *Sobre el Estatuto de Cataluña*
318 David Hume, *Historia de Inglaterra hasta el fin del reinado de Jacobo II* (4 tomos)
317 Joseph Douillet, *Moscú sin velos (Nueve años trabajando en el país de los Soviets)*
316 Valentín Almirall, *El catalanismo*
315 León Trotsky, *Terrorismo y comunismo (Anti-Kautsky)*
314 Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Sovietista*
313 José Ortega y Gasset, *Un proyecto republicano (artículos y discursos, 1930-1932)*
312 Karl Kautsky, *Terrorismo y comunismo*
311 Teofrasto, *Caracteres morales*
310 Hermanos Limbourg, *Las muy ricas Horas del duque de Berry (Selección de las miniaturas)*
309 Abraham Ortelio, *Teatro de la Tierra Universal. Los mapas*
308 Georg Braun y Franz Hogenberg, *Civitates orbis terrarum (selección de los grabados)*
307 Teodoro Herzl, *El Estado Judío*
306 *Las miniaturas del Códice Manesse*
305 Oliverio Goldsmith, *Historia de Inglaterra. Desde los orígenes hasta la muerte de Jorge II.*
304 Sor Juana Inés de la Cruz, *Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz*
303 *El voto femenino: debate en las Cortes de 1931.*
302 Hartmann Schedel, *Crónicas de Nuremberg* (3 tomos)
301 Conrad Cichorius, *Los relieves de la Columna Trajana. Láminas.*
300 Javier Martínez, *Trescientos Clásicos de Historia (2014-2018)*
299 Bartolomé y Lucile Bennassar, *Seis renegados ante la Inquisición*
298 Edmundo de Amicis, *Corazón. Diario de un niño*
297 Enrique Flórez y otros, *España Sagrada. Teatro geográfico-histórico de la Iglesia de España.*
296 Ángel Ossorio, *Historia del pensamiento político catalán durante la guerra… (1793-1795)*
295 Rafael Altamira, *Psicología del pueblo español*
294 Julián Ribera, *La supresión de los exámenes*
293 Gonzalo Fernández de Oviedo, *Relación de lo sucedido en la prisión del rey de Francia...*
292 Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey...*
291 Ángel Pestaña, *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*
290 Antonio Tovar, *El Imperio de España*
289 Antonio Royo Villanova, *El problema catalán y otros textos sobre el nacionalismo*
288 Antonio Rovira y Virgili, *El nacionalismo catalán. Su aspecto político...*

287 José del Campillo, *Lo que hay de más y de menos en España, para que sea lo que debe ser...*
286 Miguel Serviá († 1574): *Relación de los sucesos del armada de la Santa Liga...*
285 Benito Jerónimo Feijoo, *Historia, patrias, naciones y España*
284 Enrique de Jesús Ochoa, *Los Cristeros del Volcán de Colima*
283 Henry David Thoreau, *La desobediencia civil*
282 *Tratados internacionales del siglo XVII. El fin de la hegemonía hispánica*
281 Guillermo de Poitiers, *Los hechos de Guillermo, duque de los normandos y rey de los anglos*
280 Indalecio Prieto, *Artículos de guerra*
279 Francisco Franco, *Discursos y declaraciones en la Guerra Civil*
278 Vladimir Illich (Lenin), *La Gran Guerra y la Revolución. Textos 1914-1917*
277 Jaime I el Conquistador, *Libro de sus hechos*
276 Jerónimo de Blancas, *Comentario de las cosas de Aragón*
275 Emile Verhaeren y Darío de Regoyos, *España Negra*
274 Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*
273 Miguel de Unamuno, *Artículos republicanos*
272 *Fuero Juzgo o Libro de los Jueces*
271 Francisco Navarro Villoslada, *Amaya o los vascos en el siglo VIII*
270 Pompeyo Gener, *Cosas de España (Herejías nacionales y El renacimiento de Cataluña)*
269 Homero, *La Odisea*
268 Sancho Ramírez, *El primitivo Fuero de Jaca*
267 Juan I de Inglaterra, *La Carta Magna*
266 *El orden público en las Cortes de 1936*
265 Homero, *La Ilíada*
264 Manuel Chaves Nogales, *Crónicas de la revolución de Asturias*
263 Felipe II, *Cartas a sus hijas desde Portugal*
262 Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos y Felipe II*
261 *Felipe II rey de Inglaterra, documentos*
260 Pedro de Rivadeneira, *Historia eclesiástica del cisma de Inglaterra*
259 Real Academia Española, *Diccionario de Autoridades* (6 tomos)
258 Joaquin Pedro de Oliveira Martins, *Historia de la civilización ibérica*
257 Pedro Antonio de Alarcón, *Historietas nacionales*
256 Sergei Nechaiev, *Catecismo del revolucionario*
255 Álvar Núñez Cabeza de Vaca, *Naufragios y Comentarios*
254 Diego de Torres Villarroel, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*
253 *¿Qué va a pasar en España? Dossier en el diario* Ahora *del 16 de febrero de 1934*
252 Juan de Mariana, *Tratado sobre los juegos públicos*
251 Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*
250 Gilbert Keith Chesterton, *La esfera y la cruz*
249 José Antonio Primo de Rivera, *Discursos y otros textos*
248 *Citas del Presidente Mao Tse-Tung (El Libro Rojo)*
247 Luis de Ávila y Zúñiga, *Comentario de la guerra de Alemania… en el año de 1546 y 1547.*
246 José María de Pereda, *Pedro Sánchez*
245 Pío XI, *Ante la situación social y política (1926-1937)*
244 Herbert Spencer, *El individuo contra el Estado*
243 Baltasar Gracián, *El Criticón*
242 Pascual Madoz, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España...* (16 tomos)
241 Benito Pérez Galdós, *Episodios Nacionales* (5 tomos)
240 Andrés Giménez Soler, *Don Jaime de Aragón último conde de Urgel*
239 Juan Luis Vives, *Tratado del socorro de los pobres*
238 Cornelio Nepote, *Vidas de los varones ilustres*

237 Zacarías García Villada, *Paleografía española* (2 tomos)
236 Platón, *Las Leyes*
235 Baltasar Gracián. *El Político Don Fernando el Católico*
234 León XIII, *Rerum Novarum*
233 Cayo Julio César, *Comentarios de la Guerra Civil*
232 Juan Luis Vives, *Diálogos o Linguæ latinæ exercitatio*
231 Melchor Cano, *Consulta y parecer sobre la guerra al Papa*
230 William Morris, *Noticias de Ninguna Parte, o una era de reposo*
229 *Concilio III de Toledo*
228 Julián Ribera, *La enseñanza entre los musulmanes españoles*
227 Cristóbal Colón, *La Carta de 1493*
226 Enrique Cock, *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592*
225 José Echegaray, *Recuerdos*
224 Aurelio Prudencio Clemente, *Peristephanon o Libro de las Coronas*
223 Hernando del Pulgar, *Claros varones de Castilla*
222 Francisco Pi y Margall, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*
221 *El Corán*
220 José de Espronceda, *El ministerio Mendizábal, y otros escritos políticos*
219 Alexander Hamilton, James Madison y John Jay, *El Federalista*
218 Charles F. Lummis, *Los exploradores españoles del siglo XVI*
217 Atanasio de Alejandría, *Vida de Antonio*
216 Muhammad Ibn al-Qutiyya (Abenalcotía): *Historia de la conquista de Al-Andalus*
215 *Textos de Historia de España*
214 Julián Ribera, *Bibliófilos y bibliotecas en la España musulmana*
213 León de Arroyal, *Pan y toros. Oración apologética en defensa del estado... de España*
212 Juan Pablo Forner, *Oración apologética por la España y su mérito literario*
211 Nicolás Masson de Morvilliers, *España (dos versiones)*
210 *Los filósofos presocráticos. Fragmentos y referencias (siglos VI-V a. de C.)*
209 José Gutiérrez Solana, *La España negra*
208 Francisco Pi y Margall, *Las nacionalidades*
207 Isidro Gomá, *Apología de la Hispanidad*
206 Étienne Cabet, *Viaje por Icaria*
205 Gregorio Magno, *Vida de san Benito abad*
204 Lord Bolingbroke (Henry St. John), *Idea de un rey patriota*
203 Marco Tulio Cicerón, *El sueño de Escipión*
202 *Constituciones y leyes fundamentales de la España contemporánea*
201 Jerónimo Zurita, *Anales de la Corona de Aragón* (4 tomos)
200 Soto, Sepúlveda y Las Casas, *Controversia de Valladolid*
199 Juan Ginés de Sepúlveda, *Demócrates segundo, o… de la guerra contra los indios.*
198 Francisco Noël Graco Babeuf, *Del Tribuno del Pueblo y otros escritos*
197 Manuel José Quintana, *Vidas de los españoles célebres*
196 Francis Bacon, *La Nueva Atlántida*
195 Alfonso X el Sabio, *Estoria de Espanna*
194 Platón, *Critias o la Atlántida*
193 Tommaso Campanella, *La ciudad del sol*
192 Ibn Battuta, *Breve viaje por Andalucía en el siglo XIV*
191 Edmund Burke, *Reflexiones sobre la revolución de Francia*
190 Tomás Moro, *Utopía*
189 Nicolás de Condorcet, *Compendio de La riqueza de las naciones de Adam Smith*
188 Gaspar Melchor de Jovellanos, *Informe sobre la ley agraria*

187 Cayo Veleyo Patérculo, *Historia Romana*
186 José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*
185 José García Mercadal, *Estudiantes, sopistas y pícaros*
184 Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un príncipe político cristiano*
183 Emmanuel-Joseph Sieyès, *¿Qué es el Tercer Estado?*
182 Publio Cornelio Tácito, *La vida de Julio Agrícola*
181 Abū Abd Allāh Muhammad al-Idrīsī, *Descripción de la Península Ibérica*
180 José García Mercadal, *España vista por los extranjeros*
179 Platón, *La república*
178 Juan de Gortz, *Embajada del emperador de Alemania al califa de Córdoba*
177 Ramón Menéndez Pidal, *Idea imperial de Carlos V*
176 Dante Alighieri, *La monarquía*
175 Francisco de Vitoria, *Relecciones sobre las potestades civil y ecl., las Indias, y la guerra*
174 Alonso Sánchez y José de Acosta, *Debate sobre la guerra contra China*
173 Aristóteles, *La política*
172 Georges Sorel, *Reflexiones sobre la violencia*
171 Mariano José de Larra, *Artículos 1828-1837*
170 Félix José Reinoso, *Examen de los delitos de infidelidad a la patria*
169 John Locke, *Segundo tratado sobre el gobierno civil*
168 Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*
167 Miguel Asín Palacios, *La escatología musulmana de la Divina Comedia*
166 José Ortega y Gasset, *España invertebrada*
165 Ángel Ganivet, *Idearium español*
164 José Mor de Fuentes, *Bosquejillo de la vida y escritos*
163 Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*
162 Prisco de Panio, *Embajada de Maximino en la corte de Atila*
161 Luis Gonçalves da Câmara, *Autobiografía de Ignacio de Loyola*
160 Lucas Mallada y Pueyo, *Los males de la patria y la futura revolución española*
159 Martín Fernández de Navarrete, *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*
158 Lucas Alamán, *Historia de Méjico… hasta la época presente* (cuatro tomos)
157 Enrique Cock, *Anales del año ochenta y cinco*
156 Eutropio, *Breviario de historia romana*
155 Pedro Ordóñez de Ceballos, *Viaje del mundo*
154 Flavio Josefo, *Contra Apión. Sobre la antigüedad del pueblo judío*
153 José Cadalso, *Cartas marruecas*
152 Luis Astrana Marín, *Gobernará Lerroux*
151 Francisco López de Gómara, *Hispania victrix (Historia de las Indias y conquista de México)*
150 Rafael Altamira, *Filosofía de la historia y teoría de la civilización*
149 Zacarías García Villada, *El destino de España en la historia universal*
148 José María Blanco White, *Autobiografía*
147 *Las sublevaciones de Jaca y Cuatro Vientos en el diario ABC*
146 Juan de Palafox y Mendoza, *De la naturaleza del indio*
145 Muhammad Al-Jusaní, *Historia de los jueces de Córdoba*
144 Jonathan Swift, *Una modesta proposición*
143 *Textos reales persas de Darío I y de sus sucesores*
142 Joaquín Maurín, *Hacia la segunda revolución y otros textos*
141 Zacarías García Villada, *Metodología y crítica históricas*
140 Enrique Flórez, *De la Crónica de los reyes visigodos*
139 Cayo Salustio Crispo, *La guerra de Yugurta*
138 Bernal Díaz del Castillo, *Verdadera historia de... la conquista de la Nueva España*

137 *Medio siglo de legislación autoritaria en España (1923-1976)*
136 Sexto Aurelio Víctor, *Sobre los varones ilustres de la ciudad de Roma*
135 *Códigos de Mesopotamia*
134 Josep Pijoan, *Pancatalanismo*
133 Voltaire, *Tratado sobre la tolerancia*
132 Antonio de Capmany, *Centinela contra franceses*
131 Braulio de Zaragoza, *Vida de san Millán*
130 Jerónimo de San José, *Genio de la Historia*
129 Amiano Marcelino, *Historia del Imperio Romano del 350 al 378*
128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España.* Versión de Hinojosa
122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
114 *Crónica de San Juan de la Peña*
113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*

87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
82 Pomponio Mela, *Corografía*
81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
74 Egeria, *Itinerario*
73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
71 Roque Barcia, *La Federación Española*
70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus* (de *Al-Bayan al-Mughrib*)
68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
51 *Historia Silense, también llamada legionense*
50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
48 *Anales Toledanos*
47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
46 George Borrow, *La Biblia en España*
45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
44 Charles Fourier, *El falansterio*
43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)

37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
33 Carlos V, *Memorias*
32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
29 Plutarco, *Vidas paralelas*
28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
21 *Crónica Cesaraugustana*
20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
18 Juan de Biclaro, *Crónica*
17 *Crónica de Sampiro*
16 *Crónica de Alfonso III*
15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
13 *Crónica Albeldense*
12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
6 Idacio, *Cronicón*
5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
4 *Ajbar Machmuâ*
3 *Liber Regum*
2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)